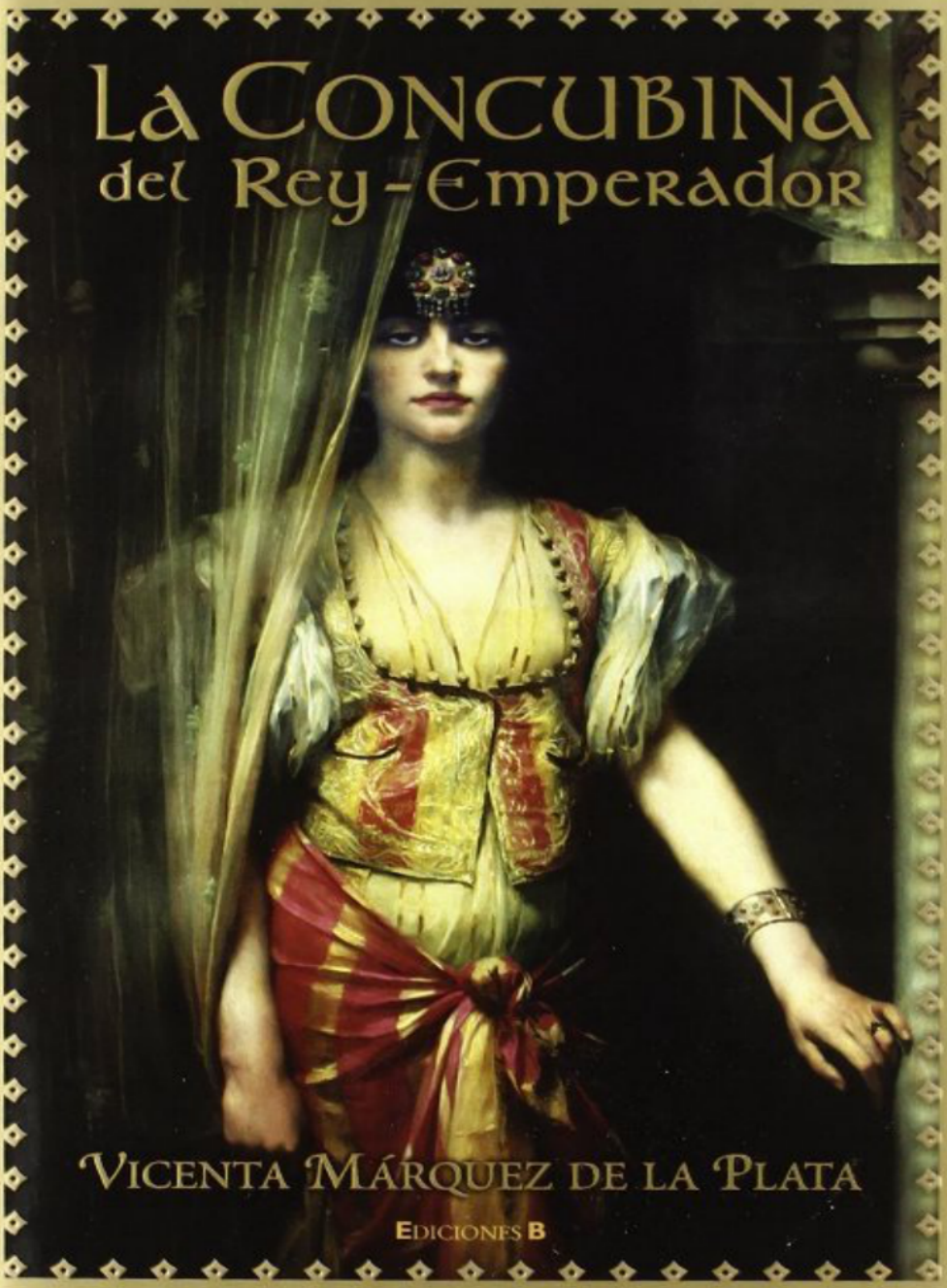
La Concubina del Rey-Emperador



Vicenta Márquez de la Plata

Ediciones B

Annotation

Corre el siglo XI: la Península se ve amenazada por la invasión de los almorávides, lodos, moros y cristianos, pueden sucumbir ante el arrojo de estos hombres liderados por el feroz Yusuf ben Tashufin. La supervivencia o desaparición de los pueblos peninsulares depende de su capacidad de unirse. Al-Mutamid sabe que quizá la única forma de lograr la continuidad de su reino, la taifa de Sevilla, sea contar con la protección del Rey-Emperador. ¿Qué mejor manera de asegurar una alianza que entregándole a su propia hija en matrimonio? Así pues, con apenas doce años, Zayda, hija del rey Al-Mutamid, es ofrecida al rey Alfonso de Castilla, que ya está casado con doña Inés de Aquitania.

Zayda ha sido educada por las almeas y sabe de arte y literatura, así como de armas y batallas, además de tener una belleza excepcional. Consciente de que la princesa puede ser una aliada incomparable, el rey Alfonso acepta recibirla en su corte y promete casarse con ella cuando su esposa muera. Pero las cosas no resultan tan sencillas para la joven, quien deberá aguardar mucho tiempo, soportando los matrimonios y amoríos de su prometido. Mientras espera, Zayda intenta por todos los medios que su padre, Al-Mutamid, y Alfonso VI, el Rey-Emperador, unan realmente sus fuerzas contra los invasores almorávides, los fieros hombres velados de negro procedentes de África, y así impedir el desplome de los reinos de taifas.

Basada en un personaje histórico, La concubina del Rey-Emperador se inspira en la vida de una mujer excepcional, testigo de los grandes cambios y logros del rey Alfonso VI, uno de los más recordados de la historia de España. Con una prosa hábil y un ritmo dinámico, Vicenta Márquez de la Plata recrea una época en la que las fronteras entre árabes y cristianos no estaban tan definidas, un momento crucial para nuestra comprensión del presente.

VICENTA MARÍA MÁRQUEZ DE LA PLATA

La concubina del Rey-Emperador

Ediciones B, S. A.,

Sinopsis

Corre el siglo XI: la Península se ve amenazada por la invasión de los almorávides, lodos, moros y cristianos, pueden sucumbir ante el arrojo de estos hombres liderados por el feroz Yusuf ben Tashufin. La supervivencia o desaparición de los pueblos peninsulares depende de su capacidad de unirse. Al-Mutamid sabe que quizá la única forma de lograr la continuidad de su reino, la taifa de Sevilla, sea contar con la protección del Rey-Emperador. ¿Qué mejor manera de asegurar una alianza que entregándole a su propia hija en matrimonio? Así pues, con apenas doce años, Zayda, hija del rey Al-Mutamid, es ofrecida al rey Alfonso de Castilla, que ya está casado con doña Inés de Aquitania.

Zayda ha sido educada por las almeas y sabe de arte y literatura, así como de armas y batallas, además de tener una belleza excepcional. Consciente de que la princesa puede ser una aliada incomparable, el rey Alfonso acepta recibirla en su corte y promete casarse con ella cuando su esposa muera. Pero las cosas no resultan tan sencillas para la joven, quien deberá aguardar mucho tiempo, soportando los matrimonios y amoríos de su prometido. Mientras espera, Zayda intenta por todos los medios que su padre, Al-Mutamid, y Alfonso VI, el Rey-Emperador, unan realmente sus fuerzas contra los invasores almorávides, los fieros hombres velados de negro procedentes de África, y así impedir el desplome de los reinos de taifas.

Basada en un personaje histórico, La concubina del Rey-Emperador se inspira en la vida de una mujer excepcional, testigo de los grandes cambios y logros del rey Alfonso VI, uno de los más recordados de la historia de España. Con una prosa hábil y un ritmo dinámico, Vicenta Márquez de la Plata recrea una época en la que las fronteras entre árabes y cristianos no estaban tan definidas, un momento crucial para nuestra comprensión del presente.

Autor: Márquez de la Plata, Vicenta María

©2008, Ediciones B, S. A.,
ISBN: 9788466617604
Generado con: QualityEbook v0.87

Vicenta María Márquez de la Plata

La concubina del rey-emperador

1ª eDICIÓN: abril 2008
Vicenta M.' Márquez de la Plata y Ferrándiz
Ediciones B, S. A., 2008
ISBN: 978-84-666-1760-4

Índice

Personajes
Entre la historia y el mito
1. Los reyes Alfonso VI de Castilla, Al-Mamun de Toledo, Al-Mutamid de Sevilla y la princesa Zayda
2. La visita que hizo Hugo Cándido al rey emperador
3. Los proyectos de Cluny. Constanza de Borgoña y sus acompañantes
4. El asedio a Toledo y una llegada inesperada
5. Los amores de Zayda y Alfonso. Un concilio en Burgos
6. Una heredera para el reino. La doncella Paradox
7. Zayda en Brugos. Una abundante correspondencia
8. El Cid es enviado a Sevilla. Un *rababah* con mensaje dentro
9. Zayda en Toledo
10. La embajada de los cristianos. El amigo de Toledo
11. El alquimista de Toledo
12. El alquimista y la decisión del Bet Din
13. La decisión de la mozarabía toledana. La entrevista con Al-Qadir
14. La reina Constanza, administradora de Toledo. Bernardo de Sédirac, arzobispo metropolitano
15. La vuelta de Zayda. El poder de don Alfonso
16. La invasión de los almorávides. La decisión de Zayda
17. La batalla de Sagrajas, llamada también de Zalaca
18. La grave enfermedad de doña Constanza. El regreso
19. Después de Zalaca: los señores borgoñones. El destierro de Zayda
20. La esperanza de una boda para Urraca. El viaje de Zayda
21. En el Palacio de las Cúpulas, otra prometida para Alfonso
22. La boda de Anisa. El primer viaje del *exea*
23. La caravana
24. La visita de Zayda a la ciudad de Sevilla y la muerte de Al-Mutamid
25. El sueño de Constanza. Berta de Borgoña
26. Una carta bermellona. El bautizo de Zayda
27. La decisión de Berta. La gloria de doña Isabel, la *regina*

emperatrice

Personajes

Abbu Ahmed ben Yussuf. Capitán de los hombres de Zayda y adalid de ésta, venido con ella de Sevilla. Conocido en la historia como *ad-dalil*.

Abraham bar Abraham. Judío representante de la Casa de Cachemira. Amigo de Doroteo.

Ad-dalil. Ver Abbu Ahmed ben Yussuf.

Berta de Borgoña. Esposa de Alfonso VI, había sido repudiada por Enrique IV de Alemania en 1069, contrajo matrimonio con Alfonso VI en 1093, y murió al año siguiente

Bernardo de Sédirac. Monje cluniacense elegido por el papa Gregorio VII para reemplazar a don Roberto. Fue nombrado abad de Sahagún y más tarde obispo de Toledo.

Constanza de Borgoña. Esposa de Alfonso VI desde 1081 hasta 1093. Madre de Urraca y Sancha.

Doroteo. Eunuco, amigo de la infancia y medio hermano (adoptivo) del rey Alfonso. Fue criado en palacio por doña Mayor de Castilla y por Sancho el Mayor de Pamplona.

Hafs. Pajecillo de Zayda.

Inés de Aquitania. Primera esposa de Alfonso VI, falleció en 1078. Sin sucesión.

Itimad. Madre de Zayda. Exquisita poetisa casada con Al-Mutamid, fue lavandera y casó con el rey por su talento como poetisa.

Mamun (Al-). Rey de Toledo, amigo de Alfonso. Muerto él, le heredó su hijo, que murió enseguida, y luego su nieto, Al-Qadir.

Mutamid (Al-). Muhammad ben Abbad, rey de la taifa de Sevilla. Padre de Zayda.

Mutawakkil (Al-). Rey de la taifa de Badajoz. Enemigo de Alfonso. Los toledanos le llamaron como rey de Toledo en preferencia a Al-Qadir.

Nashi. Eunuco de Zayda y su hombre de confianza.

Jimena Núñez de Guzmán. Amante y concubina de Alfonso VI l$_e$ dio dos hijas, Teresa y Elvira.

Qadir (Al-). Rey de la taifa de Toledo. Holgazán y pusilánime nieto de Al-Mamun.

Raimundo de Borgoña. Noble borgoñón, pariente de doña Constanza, marido de Urraca.

Roberto. Monje cluniacense enviado por el papa Gregorio VII para introducir el rito romano en España. Fue nombrado para ello abad de Sahagún, se rebeló contra ese mandato y se negó a obedecer al Papa. Fue amigo de Alfonso, al fin fue destituido por el legado papal y reemplazado por Bernardo de Sédirac.

Sayf al-Din. Jefe de la policía secreta de Toledo. Era también el jefe de correos, llamado *barid*.

Zayda. Hija de Al-Mutamid, Muhammad ben Abbad, rey de la taifa de Sevilla. Había sido educada con las *almeas*, doncellas de saberes profundos en todos los campos. Amante, concubina y esposa de Alfonso VI. Por su matrimonio con el rey fue reina-emperatriz. Tuvo con él, en 1094, un hijo, Sancho Alfónsez, que fue nombrado príncipe heredero.

Entre la historia y el mito

HACE algunos años la autora de este libro se decidió a escribir una obra que estudiase la vida y hechos de algunas de nuestras reinas de la época medieval. Sobre reyes se había escrito mucho y por variados autores, tanto de épocas modernas como antiguas, pero en relación a las reinas muy poco se había escrito o investigado y lo poco que se había hecho era sobre aspectos muy concretos, como su genealogía, su piedad, sus fundaciones o sobre los documentos que habían firmado de consuno con sus esposos.

Muchas de estas damas así mal tratadas por la historiografía fueron o bien reinas por derecho propio al ser ellas las herederas directas del trono o bien ostentaron el poder en nombre de sus hijos menores, pues, sobre todo en la edad media, era muy frecuente que los varones muriesen en el campo de batalla y tocaba entonces a las viudas salvaguardar la herencia de sus hijos como las tutoras legales de éstos. Estas soberanas reinaron verdaderamente, aunque el mérito de sus acciones se ha atribuido indefectiblemente al reinado de sus esposos o al de sus hijos, en cuyo nombre y representación ejercieron el poder.

Al intentar reconstruir las vidas de estas damas, el investigador se topa con muchas dificultades, siendo no la menor la falta de documentos que registren de forma fehaciente sus hechos, exceptuando aquellos que por su importancia histórica debían registrarse en las cancillerías, y éstos se firmaban con el nombre del monarca reinante, aunque éste fuese un niño de corta edad. Por esta razón al estudioso, a la dificultad de encontrar datos fidedignos en años tan procelosos, se une la de tener que comparar continuamente las fechas por ver si corresponden a la mayoría de edad de los reyes mencionados o más bien corresponden al reinado y hechos de sus madres respectivas.

Inmersos entonces en esta labor de investigación hallamos personalidades fascinantes, mujeres de enorme talento y gran decisión, con visión política y generosidad. De algunas fue difícil reconstruir sus vidas, los datos eran escasos, con sólo algunos, y casándolos con los hechos históricos, se ha podido recomponer su época y la influencia que tuvieron estas mujeres, reinas, favoritas o princesas en el devenir de nuestra historia.

Una de las más interesantes personalidades estudiadas nos pareció la de la «mora Zayda», así conocida en la historia y cuya personalidad nos llegó sólo a través de las brumas del mito por haber traído a Castilla una dote fastuosa, de modo que aun los que no saben de

historia han oído hablar de «la dote de la mora Zayda». A pesar de los datos contradictorios nos pusimos manos a la obra y logramos una reconstrucción, esperamos, muy ajustada a la realidad, a la auténtica vida de Zayda. [1]

Se sabe que nació en Sevilla, en el año de 1066, pero enseguida empiezan las dudas. ¿Era hija de Al-Mutamid, o más bien su nuera? Tradicionalmente se había aceptado que era hija del rey-poeta, el sevillano Abul Casim Muhammad ben Abbas, que por amor a su esposa tomó el nombre de Al-Mutamid (pues, en árabe, el nombre de ella está oculto en el de él). Fue también hija de la exquisita poetisa, llamada de soltera la Rumayquiya y luego Itimad, y que fue educada en la escuela de la *al-meas*. El estudioso Levi Provezal descubrió unos documentos que según él permitían asegurar que Zayda no era hija del rey de la Taifa sevillana, sino más bien esposa de su hijo Al-Mamun y que ella era hija de un hermano del rey de Sevilla (¿quizá de Ismail ben Abbada?) lo que haría a los contrayentes primos hermanos. Provenzal funda su aseveración en Ibn Idari Marrakusi, sacando el dato de *Al-Bayan al mugnb*. Povenzal traduce así la narración de la batalla de Uclés: *lefil d'Alphonse, Sancho qu 'il avait eu de l'epouse de Al-Mamun Ibn Abbad, l'aquelle s'etait convertie au catholicisme* —(... Sancho, el hijo que Alfonso había tenido de la esposa de Al Mamun, la cual se había convertido al catolicismo...).

Sin embargo, durante siglos, la opinión generalizada de los historiadores fue que Zayda era hija de Abul Casim Muhammad ben Abbad, o sea de Al-Mutamid, por esa razón hemos aceptado la primera teoría, o sea la española, en oposición a la teoría francesa de Levi Provenzal. En todo caso la teoría de Provenzal no ha sido reconfirmada por ningún otro hallazgo.

Aunque nuestro libro, en este caso, es una novela, nos hemos ceñido lo más posible a la historia y a la sociología del momento. Las aventuras de Zayda son fruto de la ficción, pero son sucesos que bien pudieron haber pasado y que son traídos a la realidad como vehículos de lo que verdaderamente sucedió a fin de que el lector se adentre en la realidad histórica a través de la vida de una princesa mora. Las batallas, las conquistas, las victorias y las derrotas, así como los protagonistas, tales con Alfonso, Yusuf ben Tashufin, Hugo de Cluny, Constanza de Borgoña, sus primos borgoñones, doña Urraca, doña Berta, los distintos Papas y los reyes de Taifas, son seres sacados de la historia, y muchas de las cartas que se citan en realidad se escribieron, bien que no literalmente. Son fruto de la fantasía las aventuras de la princesa, los sirvientes de Zayda y poco más.

Es histórico que el rey moro de Sevilla propuso al rey emperador una alianza entre ambos, un matrimonio entre su hija Zayda y el emperador. Alfonso VI aceptó ser el prometido de Zayda y ella le fue

enviada como tal, aunque nos hemos tomado la libertad de adelantar su llegada unos cuantos años para que ella, en la novela, tomara parte, al menos como testigo, en los grandes logros de Alfonso. Zayda aportó al monarca una dote enorme como son las plazas de Caracuey, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Oreja, Uclés, Huete, Amasátrigo y Cuenca.

Muerta su esposa, doña Inés de Aquitania, Alfonso tuvo hijos con una noble dama, Jimena, y su matrimonio con Zayda se fue retrasando. Casó luego con Constanza de Borgoña por imposición de la Orden de Cluny, e inclusive tuvo amoríos con una dama de su esposa. Mientras, Zayda vivió muchos años en la corte de Alfonso, esperando siempre contraer matrimonio con él. Debe de haber existido un gran amor entre ambos, pues Zayda resistió con el rey emperador a través de todos los matrimonios de éste con otras mujeres y de sus aventuras y amoríos, y él jamás la despidió de su lado. Al final de sus días, Zayda, con el nombre de Isabel, convertida al catolicismo, le pudo dar el hijo varón que el rey deseaba sobre todas las cosas. La fecha de la muerte de Zayda es dudosa y hemos optado por la más adecuada a nuestra novela. Lo que pasó a partir de ese momento debería ser motivo de otro libro.

1

Los reyes Alfonso VI de Castilla, Al-Mamun de Toledo, Al-Mutamid de Sevilla y la princesa Zayda

ALFONSO estaba embebido en la lectura de un libro de poemas que el día anterior por la tarde le había regalado el rey de Toledo, su amigo Al-Mamun, cuando la paz de la habitación fue rota por la entrada de un criado.

—Señor —dijo el sirviente moro—, un propio de doña Urraca acaba de llegar y pide ser recibido enseguida.

Alfonso se sobresaltó. Alzó la vista para mirar al recadero, que permanecía inclinado esperando su contestación.

—¿Un propio de doña Urraca? Hacedle pasar enseguida. ¿Ha dicho algo? —El joven Alfonso se incorporó y abandonó su libro. Se sentía curioso e inclusive preocupado. Hasta Toledo le habían llegado rumores de que su hermana estaba siendo sitiada en Zamora por el rey de Castilla, el hermano de ambos, Sancho II, apodado El Fuerte. Y él no podía hacer nada por ayudarla. Urraca era su hermana favorita y ella le amaba con pasión. Era por él que se había enfrentado a su hermano el rey. ¡Dios sabe qué podía haber pasado! ¿Estaría presa Urraca? ¿Muerta acaso? Pero no, no podían ser tan malas las noticias. Aunque si la carta era de Urraca, ella aún vivía y estaba libre.

El sirviente se inclinó y desapareció andando hacia atrás; al momento entró en la estancia el hombre de Urraca.

—Señor —dijo, inclinándose ante el príncipe—, señor, traigo noticias funestas.

—¿Noticias funestas? —Don Alfonso se esperó lo peor—. ¿Cuáles son esas noticias? ¿Qué le ha pasado a mi hermana? ¡Hablad de una vez, estoy en ascuas! —Don Alfonso se movió impaciente esperando las palabras del correo.

Éste apenas tenía resuello, se veía que había hecho una larga cabalgada, estaba lleno de polvo y sudor y apenas podía hablar.

Alteza, vuestra hermana, la reina de Zamora, está bien. Es vuestro hermano, el rey Sancho, señor, quien ha muerto. Mi ama doña Urraca os apremia a regresar enseguida.

Alfonso agarró al mensajero por los hombros.

—¿Muerto? ¿Muerto decís? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Señor, paciencia, os lo diré todo, pero soltadme.

—Perdonad, buen hombre. Seguid vuestra historia.

—Sabréis que estaba sitiando a mi señora, vuestra hermana. Pues bien, ha sido voluntad de Dios que en el sitio de Zamora el rey haya sido asesinado.

—No murió entonces en la guerra...

—No, señor, asesinado. Muerto por Bellido Dolfos, a traición.

Esa misma tarde el joven Alfonso abandonó su destierro e inició una carrera hacia tierras cristianas acompañado por sus fieles Pedro, Gonzalo y Fernando Ansúrez. No iban solos. El rey de Toledo, no contento con haberles proporcionado una lucida escolta, les acompañó en persona hasta la frontera.

—Si Alá, ¡bendito sea su nombre!, lo permite, amigo Alfonso, recobraréis vuestro reino y puedo aseguraros que tendréis en mí no sólo un protector, como hasta hoy, sino también un aliado —dijo el generoso Al-Mamun—. Hacedme saber cómo os reciben en Burgos. —Luego bromeó—: Si no son lo bastante buenos, volved conmigo. Jugaremos al ajedrez e iremos de caza durante largos años. ¡Siempre habrá algunas huríes para vos! —Bien sabía Al-Mamun del gusto de Alfonso por las mujeres.

—Al-Mamun, hermano mío, os debo mucho. Me habéis amparado en mi desgracia y tratado como a un príncipe. Si llego a ser rey de Castilla y León, como creo es la voluntad de Dios, os juro que seré siempre amigo vuestro y que mientras vos viváis vuestro reino no tendrá queja de mí Nunca os atacaré y ambos viviremos en paz, si os place y ahora lo prometemos solemnemente. Y haremos este juramento y esta paz extensivos a nuestros herederos. Nos comprometeremos nosotros a no hacernos la guerra ni hacerla a nuestros respectivos herederos. ¿Qué os parece?

El rey de Toledo pareció sumamente satisfecho.

—Me place, y la amistad que hemos tenido sea duradera y bendecida por Alá el Pacífico y el Misericordioso. Nuestros hijos y herederos compartirán la paz que les legaremos como herencia por el bien de ambos reinos. —Se abrazaron y sellaron su amistad perpetua de esta simple manera. Esperaban que por un largo tiempo no habría guerras entre Castilla y León y el reino de Toledo, la Kora Superior.

La amistad entre Al-Mamun y Alfonso era verdadera; pasado un tiempo, del rey moro recibió Alfonso un mensaje:

En el nombre de Alá, el Misericordioso, por el que se escriben todas las cartas y todo sucede. De Yahya ben Ismail, conocido como Al-Mamun, Rey de Toledo y Emir de los Creyentes, a Alfonso Rey Emperador de los Cristianos. Salud y gracia.

Bien sabéis que Al-Mamun significa Confiable o Digno de Confianza, y no en vano me han dado este nombre sin yo escogerlo. Hermano y rey, os ruego que confiéis en mí y en mi palabra y me prestéis ayuda en una empresa que voy a abordar enseguida. Mi delegado, *al-munib*, os pondrá al corriente de los detalles, pues en los días que corren no es aconsejable poner por escrito todo lo que piensa

el corazón, ni los planes contra el enemigo.

Tan pronto como reciba vuestra respuesta partiré hacia Córdoba, que fue del dominio de mis antepasados, ya que he determinado reconquistarla en mi camino hacia Sevilla. Córdoba es lugar intermedio de la mayor importancia si he de llegar a tomar el reino de Sevilla hoy bajo el tirano con ínfulas de poeta que se hace llamar Al-Mutamid, extraño nombre tomado de su mujer Itimad, también poetisa, que fue conocida en su doncellez como «la Rumayquiya». Aunque sé que, son vuestros tributarios, también sé que no cumplen con el pago de sus tributos, lo que os exime de vuestro compromiso de defenderlos y de no hacerles la guerra. Yo, por mi parte, os aseguro que si llego a reinar en Sevilla, he de pagaros fiel y puntualmente las *parias* a que ese reino se había comprometido y sumarlas a las que el reino de Toledo ya os paga. Todo ello junto os hará un hombre rico y por ello más poderoso aún si cabe. Y en nombre de nuestra amistad y a cambio de vuestra ayuda, os ofrezco libremente algunas plazas fuertes que a ambos nos convengan.

Bien sabéis que en África Yusuf ben Tashufin al mando de sus feroces almorávides desea invadir nuestra Península, bueno sería que todos los reyes estuviésemos preparados para no perder, unos y otros, lo que tenemos a manos de un tercero belicoso y recién llegado.

Loado sea Alá, el Misericordioso, pero Yusuf ben Tashufin es un bárbaro cruel y sin civilizar, y sus monjes-guerreros, sus *mora-bitun*, unos lobos que rezan.

Decidme si puedo contar con vuestra ayuda en mi camino a Córdoba, mandadme vuestra respuesta con el mensajero, pues mis hombres ya se preparan para partir, sólo esperamos vuestra contestación.

Y ésta no se hizo esperar, no la envió con el emisario o *al-munib*, sino que el mismo Alfonso se dirigió a Toledo al frente de sus huestes.

—Estamos a las puertas de Córdoba y aún no hemos hallado resistencia —comentó el emperador cristiano mientras compartía la cena con su amigo el rey moro—. Apenas unas partidas que nos han incordiado y molestado como moscas zumbadoras sin llevar a cabo ningún verdadero ataque. En verdad esperaba más firmeza de parte de un reino tan poderoso y tan fuerte.

—Ya os adelanté que el de Sevilla se dedica a la poesía, a la danza y al vino. No tiene ya guerreros y descuida la defensa de sus ciudades, tan seguro está de su poder. El mayor encanto de Sevilla son sus vinos, sus obras de arte, sus certámenes poéticos y sus insuperables *almeas*. Ni siquiera ha pensado que alguien pudiese llegar hasta el corazón de su reino.

—¡Deseo con toda mi alma que estéis bien informado! ¿Os han

dicho vuestros espías quién defiende la plaza, quién es directamente responsable de su defensa?

—¡Oh, sí! En cuanto a información mi espía es de fiar, aunque como persona es un indeseable, un bandido. Es el gobernador de Calatrava, pero por medio de sus propios informadores está bien introducido en Córdoba, lleva por nombre Ibn Ikassa. Imaginad qué clase de individuo es, que en sus años mozos adquirió fama de valiente y sanguinario como salteador de caminos. El padre de Al-Mutamid, el difunto Al-Mutadid, intentó cazarlo en vano durante muchos años. Hay un odio de especie entre él y los de Sevilla. Por él sé que el defensor de Córdoba es el mismísimo hijo de Al-Mutamid, un joven inexperto llamado Abbu Ammar Abbad. Mi intención es cogerlo como rehén e intercambiarlo luego por alguien que nos interese, o inclusive llevármelo a Toledo cargado de cadenas. No es enemigo para nosotros y no está en mi intención cubrirme de oprobio matando a un jovenzuelo imbécil.

En el nombre de Alá el Misericordioso por el que todas las cartas se escriben y suceden todas las cosas. De Al-Mutamid Rey de Sevilla a Yusuf ben Tashufin, Emir Al-Mummin y de sus al-morabitun. Husam al din, Espada de la fe y Rey de África: salud y gracia.

Debo deciros que el enemigo de los musulmanes, el traidor Adefonsus —Alá confunda su nombre—, ha llegado al mando de tropas innumerables para tomar para los cristianos la más hermosa perla del islam, la ciudad de Córdoba. Viene acompañado por un perro traidor que se hace llamar rey de Toledo, el hijo de Ismail ben Zenum, que fue conocido como Al-Zafir, el Victorioso —escupo al pronunciar su nombre—, Yahya ben Ismail, que es nombrado como Al-Mamun, el Confiable o Digno de Confianza.

Estos dos asedian mi ciudad, que es pacífica e industriosa, y sus habitantes temen por sus vidas y sus propiedades y más que nada por ver sus mezquitas convertidas en casas de campanas, es decir, las infames casas de oración de los cristianos politeístas.

Os suplico que vengáis con vuestros valientes almorávides y defendáis la causa de Alá y de su Profeta, pero ha de ser enseguida, yo os prestaré vasallaje y os pagaré con oro vuestra ayuda. Se haga en todo la Voluntad de Alá.

Esta carta había llegado hacía unos días a poder de Yusuf ben Tashufin cuando éste se hallaba comiendo dátiles en su tienda y bebiendo leche de camella. El *kitab* se la leyó, y Yusuf no hizo ningún comentario, sólo escupió el hueso del dátil que tenía en la boca. Por fin masculló:

—¡Ahora viene pidiendo ayuda el degenerado de Al-Mutamid, así

Alá permita su destrucción y la muerte de toda su obra! Más nos conviene esperar a que su reino sea desorden, caos y podredumbre, y entonces, por la misericordia de Alá, Ar-Raman, Ar-Rabin, Al-Malik y los demás noventa y nueve nombres sagrados, nosotros entraremos a rematar la obra y mataremos al cristiano Adefonsus y a su cómplice Al-Mamun.

Ni Alfonso ni Al-Mamun tuvieron necesidad de entrar a sangre y fuego en Córdoba. Impaciente y deseoso de hacer méritos ante el poderoso rey de Toledo, el hombre de Calatrava, Ibn Ikassa, auspició una noche un levantamiento popular dentro de las murallas de la ciudad. Dormía profundamente el joven Abbu Ammar Abbad. Se había acostado tarde después de ver bailar a unas danzarinas africanas y de haber libado con sus amigos y sus poetas áulicos. Se despertó entre las brumas del vino oyendo un estrépito, gritó pidiendo ayuda a su guardia personal pero nadie apareció; entonces, valientemente, empuñó él mismo su alfanje, cuya empuñadura estaba tachonada de piedras presas y cuyo I o relumbraba como la luna pálida. Por un momento pensó que e in había llegado, pronto se encararía con el Hacedor, un hijo de Al-Mutamid no podía ser cobarde. Pero tuvo poco tiempo para pensarlo, al punto entraron en su habitación varios esbirros armados hasta los dientes y el joven vio su sentencia de muerte en sus rostros. No se amilanó y combatió como lo que era, un hijo de rey, pero de pronto, por su espalda, sintió un golpe seco y no supo más. Era el mismísimo Ibn Ikassa, el asaltante de otrora, que fiel a su estirpe de bandidos y ladrones había comprado a la guardia real y entrado sigilosamente en palacio con sus hombres, los cuales pronto dieron buena cuenta de los pocos servidores, que, ignorantes de lo que sucedía, dormían tranquilamente. Sin guardias ni centinelas que se lo impidiesen, entró sin resistencia en las habitaciones del joven príncipe y, cuando éste se defendía de los asaltantes, desde detrás asestó un golpe de muerte al hijo de Al-Mutamid. La cabeza de Abbu Ammar Abad cayó rodando por el suelo. El de Calatrava la asió por los cabellos y blandiendo el trofeo se dirigió a la muralla.

—Poned esta cabeza en una pica sobre el lienzo más alto de la torre albarrana, y no la retiréis hasta que los cuervos la hayan mondado —ordenó—, y mandad enseguida un mensajero a los sitiadores; decidles que ya pueden entrar. Cuando lleguen que se les abra la puerta y se baje el puente. Yo mismo les entregaré la plaza, seguro que me hago merecedor de una buena recompensa. Les he ahorrado una guerra muy costosa en vidas y dinero.

Cuando la fina poetisa Itimad, madre del asesinado joven, supo el cruel fin de su hijo, cayó enferma y por muchos días no cesó de llorar. El rey de Sevilla se retiró a uno de sus palacios de verano y allí, en Al-

naw-ra, tuvo tiempo de meditar cuán vana había sido su súplica de ayuda a Yusuf ben Tashufin. Su carta había quedado sin respuesta y ahora el hermoso Abbu Amar Abbad estaba muerto. Habría sido mil veces mejor que él mismo hubiese acudido en auxilio de su hijo sin confiar en ayuda ajena, y menos aún del cruel Yusuf ben Tashufin. Su arrepentimiento no tenía fin, pero ahora era demasiado tarde para remordimientos mientras la cabeza de su hijo era mondada por los cuervos, exhibida como un trofeo en la muralla de la ciudad que él le había dado para gobernar. Era mejor prepararse para el día en que finalmente habría de enfrentarse, además, a Ben Tashufin.

Todo era luto y lamentaciones en Sevilla, en el palacio no se hablaba en voz alta respetando el dolor de Itimad, sólo la pequeña Zayda acompañaba a su madre y lloraba con ella. No tenía aún diez años y ya sabía lo que podía esperar de la guerra y de la *fitna*. El desorden, el caos y la muerte. También se enteró del nombre del asediador, Alfonso de Castilla, pero no era él quien había matado a su hermoso hermano, era un islámico llamado Ibn Ikassa, un enemigo de su familia. También se enteró de que Sevilla había perdido una plaza de la mayor importancia, Córdoba pasaba a manos del rey de Toledo; éste era ahora otro enemigo de Sevilla. Aunque era una niña, se iba familiarizando con la alta política y la desgracia.

Han pasado ya seis años desde que Alfonso fue reconocido como rey de Castilla y León, y tres desde que junto con su amigo Al-Mamun había ido a la conquista de Córdoba, que por cierto no tuvieron que tomar por la fuerza, sino que les fue entregada por un traidor llamado Ibn Ikassa. Ahora estamos en Sevilla en el año 1078[2] brilla el sol y el calor ha empezado a hacerse sentir en el Palacio de las Barandas.

Al-Mutamid era un refinado poeta y en sus veladas literarias se cantaba al erotismo y corría el vino.

Uno de su poemas favoritos había sido escrito durante el reinado de su padre y antecesor en el trono, el terrible Al-Mutadid, por el poeta áulico llamado Abul Hasan Ali ben Hisn había dicho:

El reflejo del vino atravesado por la luz
Colorea de rojo los dedos del copero',
Como el enebro deja teñido el hocico del antílope...

Y cada vez que el escanciero llenaba su copa, recordaba esos versos. Entonces las *almeas*, esas bellas damas educadas, instruidas, cultas, sofisticadas y hermosas le recitaban aquello:

Bebe el vino junto a la fragante azucena recién floreada.
Inicia tu coloquio por la mañana, cuando se abre la rosa.
Ambas parecen que se han amamantado en las ubres del cielo

Y de aquélla manó leche y de ésta sangre.

Al-Mutamid era admirador de las *almeas*. Su esposa, la maravillosa poetisa Itimad, a quien conoció como una lavandera apodada la Rumayquiya, había insistido para que en Sevilla, en el palacio de ambos, se albergara una escuela de mujeres cultas, poetisas, pensadoras y bailarinas: las *almeas*. Él había estado de acuerdo, amaba a su mujer y todo lo que ella sugería le parecía bien. En la escuela de damas se educaban más de cien doncellas *almeas*. Ellas no tenían deberes de harén, sólo se dedicaban a estudiar para ser perfectas acompañantes espirituales de los más sabios hombres, de los letrados extranjeros que visitaban al rey-poeta, de los filósofos que discutían con el sabio rey de Sevilla. Las *almeas* eran capaces de discutir de religión y filosofía con los alfaquíes más agudos. Eran también danzarinas excelentes y sabían tocar los más diversos instrumentos, poetisas que se permitían cantar al amor desvergonzado en varios idiomas. Eran las flores perfectas del jardín de Alá. Intocables, lejanas, insuperables.

Él lo más recóndito de su ser, Al-Mutamid hubiese deseado que todas las mujeres fueran como las *almeas*, que tuviesen su mismo talento, su belleza, sus gracias y sobre todo su ilimitada libertad. Pero bien sabía que no podía ser. Quizá dentro de diez mil años, cuando las mujeres normales fuesen de otra manera, podría salir la *almea* que acaso dormía dentro de cada una.

Pero había una entre todas a la que el rey de Sevilla amaba más que a nada en el mundo. La más joven, la más bella, la más talentosa, la que mejor tocaba el laúd, la que mejor cantaba, la que componía versos inocentes como el arrullo de la paloma. La que era admiración de los filósofos y eruditos por la facilidad de su palabra y la ligereza de su inteligencia: su pequeña Zayda, su hija, de quien se sentía orgulloso, más aún que si ella hubiese sido un hombre.

Pero hoy Al-Mutamid estaba gravemente preocupado. Hacía tiempo que desde África llegaban tambores de guerra y temía que Sevilla sería la primera en la lista de Yusuf ben Tashufin. De todos era sabido que Ben Tashufin despreciaba la poesía y abominaba del vino. Que respetaba tanto a las mujeres que no las dejaba salir de una habitación, no fuesen a ser mancilladas por miradas de deseo de hombres concupiscentes. La ropa de los fieles había de ser austera y parda siempre. Se había de hablar en voz baja y únicamente se elevaría el tono de voz para alabar a Alá. No se leerían libros impíos, sólo se había de leer el bendito Corán. Ni fiestas, ni bailes, ni certámenes, ni libros. Piadosas oraciones era todo lo que necesitaba un buen musulmán. Al-Mutamid, elegante, poeta, refinado, exquisito y catador de vinos, era el enemigo natural de

Yusuf ben Tashufin. Al-Mutamid era la encarnación de todos los vicios e impiedades.

Suspiró el moro. Él tenía la culpa de lo que estaba sucediendo. Cuando el rey de Castilla, Alfonso, y su aliado el rey de Toledo, Al-Mamun, habían ido a tomar Granada, recordaba que él había escrito a Ben Tashufin pidiéndole auxilio contra el castellano y el toledano. Pero Yusuf ben Tashufin lo había despreciado e ignoró su llamada. Ahora sabía por qué. Era él, Al-Mutamid, el enemigo, no Alfonso ni Al-Mamun. Ellos vendrían después. En todo caso el de Sevilla no podría ya vengarse de Al-Mamun, pues había muerto envenenado según decían. Alá le había hecho justicia cumplida sobre la persona del rey de Toledo y luego sobre su estirpe, pues también el hijo había seguido los pasos del padre e ido a la tumba en pocos meses. Ahora reinaba el nieto, un jovencillo degenerado e inconsecuente, sin talento ni valor. El rey de Sevilla se preguntaba si Alá no le estaría ofreciendo en bandeja de plata la posibilidad de tomar Toledo para rehacer el Califato. Primero debía acercarse a Alfonso, el *rex imperator*. Se serviría de él contra Ben Tashufin, después...

Todo a su tiempo. El fino poeta era también un hombre de Estado, él había urdido un plan. Su hija, aunque joven, era una princesa de mucho valor, quizá la de más valor entre todas las de la Península, fuesen moras o cristianas. No sólo era hermosa como una estrella y bien preparada, sino que su dote era digna del rey más poderoso. En toda la tierra se hablaba de la dote de la princesa Zayda y todos los reyes se atrevían a soñar con apoderarse de tal tesoro, todo un reino. Al-Mutamid necesitaba para sus planes de la ayuda de un rey fuerte y cuajado en la batalla, un hombre que dispusiese de incontables guerreros, de innumerables caballos, de armas y bastimentos, de una retaguardia inacabable en hombres y recursos. En una palabra, la que necesitaba era la ayuda de Alfonso VI, su enemigo, el que había tomado Granada y muerto a su hijo. Era su única salida. El cristiano había probado ser un guerrero formidable, el único que podría detener a Ben Tashufin. Desde el año 1008, en que ganó la última batalla el horrendo Almanzor, los cristianos no habían perdido ninguna. ¿Por qué no enfrentarlos con Ben Tashufin?

Quizás ahora el Todopoderoso Alá le ayudaría. En la corte de Alfonso había un médico judío que se dejaba pagar por Alfonso y por Al-Mutamid. En sus cartas siempre firmaba como Isaac. No era ése su nombre, pero qué importaba. Isaac le había mandado un mensaje urgente haciéndole saber que la esposa de Alfonso VI, la delicada Inés de Aquitania, no viviría mucho. Estaba gravemente enferma. ¡Alabado fuese el Profeta! Inés ni siquiera le había dado hijos al rey Alfonso. Aquél era el momento de aproximarse al rey de Castilla y de León;

Mutamid envió una carta en los siguientes términos:

De Al-Mutamid, Emir de los Creyentes y Rey de Sevilla, siervo del Misericordioso, al Rey cristiano de Castilla y de León: salud y gracia.

Ha llegado a mi conocimiento que Alá el Misericordioso, por quien suceden todas las cosas, ha permitido que vuestra noble esposa se halle enferma. ¡Quiera Alá que sane y comparta el trono con vos por muchos años en compañía de descendencia numerosa!

Sé que allí tenéis buenos médicos de la casa de Judá, más si deseaseis uno de nuestra tierra (bien sabéis que son galenos inmejorables) os mandaría el mío propio, anciano experimentado y educado en la Madrasa de Bagdad. Si la voluntad de Alá fuese que la reina volase con las almas benditas y castas, sería necesario que buscaseis nueva esposa.

En esa tesitura os ofrezco una alianza entre nosotros, una boda entre vos y mi hija, la más culta, hermosa y casta de las princesas en toda la Península, la princesa Zayda.

Con ella recibiréis su dote, que como bien sabéis consiste en las plazas de Caracuey, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Uclés, Huete, Amasátrigo y Cuenca, con sus tierras circundantes, alquerías y tierras de labor. También mandaría cien mil dirhems de oro puro y cien caballos, esclavos y telas a determinar.

Sólo desearía que a mi hija no se la forzase a cambiar su religión, garantizando en cambio que el príncipe heredero, nacido de vosotros dos, será educado como cristiano. Zayda sería una esposa ejemplar bien para un cristiano bien para un siervo del Profeta.

Espera vuestra respuesta vuestro hermano el rey de Sevilla, Abul Qasim Muhammad ben Abbas, más conocido en toda la tierra como Al-Mutamid.

Pasó un tiempo y por fin llegó la ansiada respuesta:

De Alfonso VI, Rey de Castilla y Emperador de León, al Rey de Sevilla, Abul Qasim Muhammad ben Abbas, poeta que por amor se hace llamar Al-Mutamid. Salud y gracia.

En el nombre de Alá por el que se escribe todo y todo es hecho. Sépades que recibí la vuestra misiva con gran contento y que me siento honrado porque hayáis pensado en un enlace entre vuestra casa y la nuestra, enlace que sellaría unas paces que son necesarias a los reinos. Es cierto que mi esposa está enferma de melancolía y que en la tierra se teme por su vida, no obstante la edad de vuestra hija parece escasa pues si bien yo soy un hombre aún joven ella sólo tiene once o doce años según mis noticias.

Esperaremos la voluntad del Altísimo, y si enviudase, ya os lo

haría saber. Mientras, esperemos que Zayda crezca en edad, sabiduría y modestia, como conviene a una doncella de su estirpe. La acepto como prometida en el caso que digo. Si Dios se llevase a mi amada esposa Inés, desposaría a Zayda y aceptaría de buen grado su dote. Si lo creéis conveniente hacédselo saber a mi prometida.

Lo firmo de mi mano: Adefonsus VI. Rex Imperator.

Ésta había sido la respuesta de Alfonso, que si bien no era totalmente satisfactoria, al menos dejaba un resquicio para esa futura boda. Zayda era casi oficialmente la prometida del rey emperador. Al-Mutamid decidió dar a conocer a su hija el contenido de la misiva recibida desde Burgos. Era el momento oportuno. Se dirigió al jardín en donde las *almeas* solían descansar y en donde, si hacía buen tiempo, los maestros impartían sus lecciones de filosofía y literatura, o hablaban de plantas y sus dotes curativas o venenosas. De las yerbas que curaban el ánimo y de las que convertían al hombre en el temido lobatón u hombre fiera. De aquellas cuyas concocciones daban sueños felices y de las que volvían locas a las personas, del llamado «guante de lobo», cuyas flores como uñas calmaban las palpitaciones y fortalecían el corazón y de muchas otras que sería vano enumerar.

Hoy daba la clase un alquimista famoso venido de tierras lejanas. Las *almeas* también habían de conocer esos saberes, que por cierto eran muy apreciados y largamente discutidos en las reuniones de sabios y filósofos. La transmutación de los metales y las virtudes de la piedra filosofal eran temas recurrentes, y los sabios, fuesen musulmanes o cristianos, exploraban los límites de ambas. También había motivo de interminable discusión sobre la teoría de los colores.

—Fue Demócrito quien nos dijo que los colores básicos son blanco, negro, rojo y amarillo. Proclos nos dice que el sol produce el color oro y la luna el blanco, y Filón de Alejandría da a la tierra el color blanco, al agua el púrpura, al aire el violeta y aun el negro, y al fuego el rojo. Todos los colores, cualesquiera que sea su origen, son proyecciones de luz que generan cualidades... —Así estaba el alquimista hablando a sus atentas alumnas, cuando apareció Al-Mutamid. Cuando vieron llegar al rey moro, se interrumpió la clase en señal de respeto.

—Perdonad, nobles damas —dijo Al-Mutamid—, no deseo molestaros, sólo he venido a buscar a la princesa. ¿Puedo llevármela? — inquirió cortésmente al profesor, como si alguien en el mundo pudiese oponerse a su voluntad.

—¡Claro, Emir de los Creyentes! —respondió no menos cortésmente el Katib al-Hurr, llegado desde Bagdad—. Si termináis a buena hora, mandadla de vuelta, por favor.

Distraído, el rey inclinó la cabeza, como asintiendo.

Padre e hija se alejaron un tanto y se sentaron a la sombra de los arrayanes; al cabo de un momento Al-Mutamid enseñó a la niña la carta recibida y le explicó lo que subyacía tras ella. La joven tomó la misiva y la leyó, luego la devolvió a su padre y esperó algún comentario paterno.

—Hace tiempo que escribí a don Alfonso ofreciéndole una alianza entre nosotros por medio de un matrimonio. Ya veis que él contesta que está casado con princesa cristiana, pero que, si por voluntad de Dios se quedase viudo, os tomaría por esposa. Mis informadores me dicen que Inés de Aquitania morirá pronto. No sé cuándo se cumplirá la voluntad de Alá, pero sabed que estáis comprometida con palabra de matrimonio con don Alfonso de Castilla y emperador de León. Creo que no podríais haber soñado con una boda mejor. Seréis la *regina emperatrices* honrada por todos los reinos cristianos como la mayor entre las reinas y por los reinos musulmanes como nuestra enviada en el campo enemigo. Seréis bendecida por cristianos y musulmanes como prenda de paz.

La pequeña Zayda tenía ojos de gacela y miró a su padre soñadoramente. Entonces hizo una pregunta, la que haría cualquier jovencita a quien se le anuncia su compromiso.

—Padre mío, haré lo que digáis, pero... ¿sabéis si él es guapo?

La pregunta cogió desprevenido a Al-Mutamid. Lo que menos esperaba de su hija era tal pregunta.

—Pues en realidad no lo sé, sé que es un guerrero formidable y un hombre cabal. Como él dice, quizás es algo mayor para vos. Termina la treintena según creo, pero —añadió precipitadamente— eso es mejor para vos. Si llegáis a tener un hijo y él muere, seréis la reina viuda la *sayyida kubra* y la tutora del infante... si fuereis madre. ¡Reina tutora de los reinos de Castilla, León y Galicia! Todo son ventajas. ¿Deseáis, en verdad, saber cómo es el rey?

La joven asintió con la cabeza. Había oído hablar de Alfonso y de sus correrías guerreras, pero nunca se imaginó que pudiese llegar a ser su esposa. Ahora se le planteaba que quizá debería pronto compartir el lecho con Alfonso y se sentía curiosa. ¿Era acaso un viejo? ¿Calvo? ¿Gruñón? ¿O acaso delicado y hermoso, con cabellos largos y algo canos? ¿Sería de menguada estatura pero fuerte como un oso? ¿O quizá membrudo y delgado como corresponde a un batallador?

Al-Mutamid sentía en su fuero interno que la pregunta de la princesa era una tontería, pero decidió satisfacer su curiosidad, al fin y al cabo estaba mandando a su hija a un reino extraño, entre cristianos, a ser la esposa de un desconocido.

—No os preocupéis princesa, el noble emisario que ha venido con la carta nos podrá describir a su señor. Venid conmigo, aún está esperando una respuesta de nuestra mano.

El portador de la carta de Alfonso se llamaba Rodrigo Díaz de Vivar y se mostró amigable y cortés, contestó a todas las preguntas de Zayda; ésta, cubierta levemente la faz con un velillo trasparente que más que ocultar revelaba su belleza, hizo a don Rodrigo innúmeras preguntas sobre tierras cristianas, sus usos y costumbres y por fin:

—¿Podríais decirme cómo es vuestro señor? Quiero decir: ¿es acaso viejo, cojo o algo similar?

El señor de Vivar se echó a reír, su risa era alegre, lo mismo que sus ojos azules.

—¡Pero señora! ¿De dónde habéis sacado tal idea? Nuestro señor, por la gracia del cielo, es bien parecido, alto y rubio, quemada su piel en los campos de batalla, duro en su resistencia, pero, si se me permite decirlo, blando con las damas. —Miró a Zayda con ojos apreciativos aunque disimulando su risa interna—. Si quizá deseáis saber si es agraciado os diré que así lo dicen las señoras, a las que él ama y conquista, e inclusive las matronas dicen que es hombre fermoso de buenas costumbres y bien acicalado. Comparte muchas costumbres y usos con sus súbditos moros, cual bañarse con agua caliente y perfumada, lo que agrada a las señoras. Para campaña viste traje de guerra con casco de metal pavonado de oro y plata, corselete y *mofarrex*, pero en la paz y el descanso viste como vuestro padre, túnica suelta de seda de colores con cinturilla de eslabones metálicos de oro blanco y rojo y adorna sus habitaciones con lámparas e inciensos varios. A las horas del yantar le acompañan músicos judíos o árabes, pues gusta de sus melodías | y en su palacio siempre hallaréis gentes del Libro.

Zayda se sintió avergonzada, quizá no debía haber preguntado tales banalidades y demostrar así su ignorancia en cuanto a las costumbres del cristiano, pero el emisario vino en su auxilio:

—Señora, traje a vuestro padre una carta en que el rey os acepta por prometida, me la sé de memoria, pues tuve que hacerlo por si la misiva era robada o perdida. ¡Quién sabe qué puede pasar en tan largo camino! Os traigo un medallón con su efigie, aunque no se aprecia su cuerpo, os dará una idea de su presencia. —Le alargó un medallón que colgaba de una cadenilla. Ella lo miró, la pintura no era demasiado buena, pero los ojos que la miraban eran intensos, grandes y con pestañas curvas, la boca algo voluntariosa pero apetecible, pensó la princesa, tenía rizos cuidadosamente apretados alrededor de una cara de líneas regulares.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó tímidamente.

—Claro, señora, es para vos.

Ella lo halló muy hermoso. Y desde ese día y por los siguientes cuarenta años, esa pintura en una caja de malaquita, aunque vieja, deslucida y casi borrada, acompañó a Zayda.

—Eso es todo, princesa, ahora que habéis satisfecho vuestra curiosidad —dijo Al-Mutamid, una vez que hubieron abandonado al emisario— volved con las *almeas*, todo lo que aprendáis os será de ayuda. Por ahora sois muy joven y su esposa vive. Esperaremos noticias de Alfonso, hoy mismo le contestaré a su misiva agradeciéndole el medallón y diciéndole que lo aceptáis como señal y prenda de compromiso. Le diré que esperaremos la voluntad de Alá y sus noticias para enviaros a Burgos.

Zayda se sentía emocionada. ¡Ella, la reina de todos los cristianos! ¡Ella, la madre del príncipe heredero! ¡Ella, quizá, la *sayyida kubral* Además, las señoras cristianas, ella lo sabía bien, no velaban su rostro y compartían mesa y mantel con hombres aunque no fuesen de su familia, y no necesitaban ser *almeas* para ello, aun las torpes y sin gracia y aunque no supiesen leer o cantar podían hablar con extraños, eso le gustaba mucho. Quizá también habría hombres sabios entre los rudos guerreros del norte. ¿Podría ella abrir en palacio una escuelita para hijas de los nobles y educarlas para que también ellas supiesen leer, escribir y al menos pintar en telas y pergaminos? Además, Zayda presentía que el rey cristiano sería un buen marido. No la había aceptado por segunda esposa o concubina, sino que, respetando a Inés de Aquitania, había pospuesto cualquier relación hasta que Dios-Alá manifestase Su Voluntad. Él, obviamente, respetaba sus compromisos. Zayda lo amaba por momentos. Esperaría tranquilamente a que su prometido enviase por ella y entonces estaría lista. Siempre estaría esperando al emisario y al cortejo que vendría a llevársela.

2

LA VISITA que hizo Hugo Cándido al rey emperador

En Castilla había gran pesar, la dulce Inés de Aquitania se iba apagando lentamente y, aunque le habían sangrado muchas veces para purgar los malos humores y le habían administrado multitud de bebedizos y pócimas, no se había hallado medicina que detuviese su enfermedad. Inclusive se le habían administrado los Santos Óleos, pues de todos es sabido el poder curativo de los Óleos consagrados. Pero nada había sido útil. El fin de la reina parecía muy próximo; su dama más querida y prima lejana del rey, doña Jimena Núñez, acompañaba a la moribunda. La reina se apagaba sin dejar sucesión alguna. Ni niño ni niña que pudiesen continuar la estirpe de los reyes de Castilla y León. El rey emperador, don Alfonso, era uno de los tres varones nacidos a don Fernando el Magno y a doña Sancha. De un modo u otro los otros dos hermanos habían desaparecido. Se decía que doña Urraca tuvo algo que ver en el asesinato de Sancho el Fuerte, y el hermano pequeño, don García, yacía olvidado en un cárcel en tierras de Galicia. Se decía que todo ello era responsabilidad de Alfonso. Pero quizá todo eran habladurías de ociosos y charlatanes de feria y mercado y que, al fin y al cabo, los infantes tuvieron ese destino sólo porque Dios, en su infinita sabiduría, lo había dispuesto así.

Doña Inés se moría. El rey entró en la habitación en donde se quemaban sahumerios en una última tentativa por salvar a la reina, o al menos por alejar a los espíritus que rondan la cama de los que se preparan para enfrentarse con el Creador. Había un gran silencio sólo interrumpido por la respiración de la joven agonizante. Fuera de la habitación oraban día y noche piadosos monjes por el alma de la que se iba a encontrar a su juez y señor. Al lado de la sudorosa reina, doña Jimena le espantaba las moscas y atizaba el braserillo en donde se quemaban el incienso y otras yerbas. El aire era pesado y hacía calor.

—¿Cómo sigue la reina? —preguntó inútilmente don Alfonso. Era obvio que a doña Inés apenas le quedaban pocas horas de vida.

Ya veis, señor, Dios la ha llamado. Era un ángel, demasiado buena para nosotros. No creo que pase de hoy. —Dudó en decir lo que estaba pensando.

El rey conocía bien a doña Jimena y notó su vacilación.

—¿Deseabais decir algo, señora?

—La reina en su delirio sólo sentía no haberos dado un hijo.

—Es cierto, aunque yo he amado a mi esposa, lo que más deseaba era tener descendencia. Ya me voy haciendo mayor y ni un hijo he

tenido, ni de mi esposa ni de mis amigas y concubinas. ¡Ah, sí Dios quisiese que un hijo me naciese, sería el más feliz de los mortales! ¿Seré uno de esos hombres que a pesar de ser ardientes no pueden concebir? Dios me castiga por haber deseado la muerte de mis hermanos. Y castiga al reino en mí, pues cuando muera las más desastrosas guerras civiles seguirán a mi muerte. La *temida fitna*, como la llaman los moros. —Se arrodilló junto a la cama de su esposa—. ¡Perdonadme! —dijo, dirigiéndose a ella—. No os he dado la vida que merecíais, pero os aseguro que os amaba, no creáis que os reprocho que no hayáis concebido, seguramente no es falta vuestra, jamás he llegado a engendrar hijos, sólo Dios sabe si la culpa es mía.

La reina quizá le escuchó porque abrió sus ojos claros y le miró, luego pareció respirar más tranquila, cesaron sus estertores y murió sin más, como siempre había vivido, prudentemente. Alfonso besó la mano de la difunta y tapó su cara.

—¿Qué haré ahora? —dijo el emperador con desconsuelo—. Buscar otra vez esposa, buscar otra vez compañera legítima, buscar otra vez un descendiente. Recibir presiones de todo el mundo, del Papa, de los obispos, de los ricohombres. —Su voz traslucía un enorme cansancio.

—Señor —se atrevió tímidamente doña Jimena—, señor, quizá yo tenga la respuesta a vuestras oraciones y el consuelo de vuestras tristezas.

El rey miró a Jimena sin atreverse a creer lo que colegía.

—¿Y bien, doña Jimena?

—Alfonso —le apeó el tratamiento como hacía cuando estaban en la intimidad—, Alfonso, estamos esperando un hijo. Llevo dentro un hijo vuestro.

Desde que la dama anunciara al rey su preñez todo fue felicidad para Alfonso, y aunque era hombre de palabra, olvidó la promesa dada a la distante princesa mora. Pasó el tiempo y el fruto de sus amores creció también hasta que llegó el momento esperado. Los dolores del parto le llegaron a Jimena cuando se hallaba recogiendo flores en el jardín de palacio. Ella tenía ahora sus propias damas de compañía y su propio séquito, pues era la reina de hecho y pronto lo sería de derecho. Se preparaban unos esponsales fastuosos. Todos los acohombres del reino estaban invitados a las fiestas y celebraciones. ¡El rey se casaba por amor y un hijo venía ya de camino! Ahora había llegado la hora del parto. El heredero del reino iba a hacer su aparición llenando de júbilo al mundo entero. En volandas las damas acostaron a la reina en un lecho y Adosinda, la partera real, fue llamada urgentemente con sus bebedizos, sus yerbas y sus plegarias. Era una vieja que había visto nacer muchos niños, unos vivos y otros

muertos, por eso llamo también al sacerdote de palacio, no fuese a ser necesario que el recién nacido tuviese que ser bautizado enseguida o que la madre —¡Dios no lo permitiese!— muriese en el parto y necesitase absolución y los Santos Óleos. Pero no pasaría nada malo, la precavida partera también traía sus encantamientos, sus piedras benefactoras, sus reliquias y sus oraciones cabalísticas. Nada sobraba en estos casos y menos si la parturienta era una reina. Pero Jimena probó ser una brava moza y, después de haber visto el resultado de los cuidados de los curanderos reales en Inés de Aquitania, se negó siquiera a que la partera entrase en su dormitorio.

—No quiero verla —dijo firmemente—, es una bruja y sus cuidados no sirven de nada. Pariré sola con mis damas. No quiero piedras, ni brebajes, ni humos pestilentes. —Así que Adosinda, con gran pesar de parte de todas las damas de compañía, se quedó a la puerta del cuarto de Jimena sin poder entrar. Pero la fiel partera no por ello abandonó su puesto fuera de la estancia y desde allí entonó sus retahílas, sus salmodias y sus rezos y letanías.

Por fin, después de muchas horas, se oyó en palacio un grito de alegría. Doña Jimena había parido, ella y el recién nacido estaban bien. Desde las almenas, a las cocinas, desde los tejados a los sótanos, desde las atalayas a los campos, una ola de alegría conmovió el reino. Alfonso, que siguiendo la costumbre se había ido de caza cerca de su morada, oyó la trompa que le anunciaba la buena nueva. Montó su caballo *Raudo* y galopó hasta su morada, allí a la puerta le esperaba una nutrida representación de todos los palaciegos.

—¡Buenaventura, señor, buenaventura y bendiciones. ¡La reina ha parido y está bien!

—¿Y el niño, el niño está bien? —Lo preguntó sin aliento y enseguida notó como si todos se sintiesen azorados. Ya no parecían tan felices.

—Bien; sí, Alteza,

¿Entonces? ¿A qué vienen esas caras?

—Señor, no es niño, es niña...

Alfonso les miró extrañado, nunca se había planteado que el primer hijo que engendrase no fuese varón. Siempre pensó que, si Dios le enviaba una respuesta a sus oraciones por el bien del reino, le enviaría un varón. No había sido así, quizás era un castigo por sus pecados, por vivir en concubinato con doña Jimena, pero él se haría perdonar, se casaría enseguida con ella y el próximo nacido, sin duda, sería varón. Disimuló lo mejor que pudo su desilusión y exclamó:

—¡Pero eso qué importa! Inclusive en el caso de que no tuviese otro hijo, un heredero es un heredero. Las leyes no impiden reinar a las mujeres. Si ella llegase a reina la casaríamos con varón de mérito y ella ejercería la soberanía y él el poder. ¡El reino se ha salvado de las

ambiciones de los aventureros! —Eso dijo, pero en su fuero interno ya estaba pensando en otro hijo, esta vez un varón—. Voy a visitar a doña Jimena, a la niña la llamaremos Teresa en honor a doña Teresa de Monzón, mujer de muchas virtudes y de Teresa Florentina de Navarra, mi tatarabuela, mujer notabilísima.

La vida de don Alfonso tomó otro rumbo, asegurada la descendencia en la persona de su amada y amante doña Jimena Núñez, el rey se dedicó a sus jornadas de caza y a organizar un cuerpo de saeteros. Bien sabía él cuán útiles eran estos hombres cuando todo parecía perdido.

La vida con Jimena Núñez era plácida y la felicidad de don Alfonso completa. Se había cumplido con todo el protocolo, el cuerpo de doña Inés de Aquitania, la difunta *regina emperatrice*, se había enterrado con gran pompa y sentimiento; ahora, su lugar junto al viudo Alfonso había sido totalmente ocupado por Jimena. Fue como si Agnes, doña Inés, nunca hubiese existido. En cuanto pasase un año del luto que prescribía la etiqueta, Alfonso podría casarse con la madre de la infanta Teresa y para entonces ya nadie se acordaría de la pequeña y silenciosa Inés de Aquitania.

Un único sufrimiento tenía Alfonso: su amigo, el generoso moro rey de Toledo, cuyo nombre de linaje había sido Yahya ben Ismail, más conocido como Al-Mamun, había sido asesinado el 28 de junio de 1075, apenas tres años después de que Alfonso fuese entronizado como rey legítimo de los reinos cristianos. Todavía lloraba Alfonso la pérdida de su amigo y también porque el de Toledo al saberse enfermo de muerte le había escrito una carta confiándole la tutela de su hijo Hixem, pero antes de que el *rex imperator* hubiese podido hacer nada para ayudarlo o protegerlo, le llegaron noticias de que su pupilo había muerto también. ¡Tanto como amó a Al-Mamun y no había podido evitar que fuese envenenado y que su hijo también desapareciese, quizás asesinado! Nunca se supo claramente quién lo mató, si acaso fue un asesinato, el caso es que apareció muerto y sólo le pudo heredar su hijo, el débil y vicioso Al-Qadir.

Ahora el rey guerrero ya no se sentía ligado al reino de Toledo por promesa alguna. Sus juramentos con Al-Mamun eran para con él y para con su hijo; desaparecidos ambos, Alfonso quedaba con las manos libres para intentar la conquista de la Kora. Secretamente, Alfonso deseaba tomar la hermosa ciudad de Toledo. Ahora ya no tenía deuda alguna con su nuevo rey, el degenerado y débil nieto de Al-Mamun, Yahya ben Ismail ben Yahya, conocido como Al-Qadir. Alfonso deseaba vengar a su amigo, hallar a sus matadores y despellejarlos vivos, y al tiempo ganar gloria, fortuna y las bendiciones de Dios tomando para El una tierra infiel. Llevaba sus intenciones en secreto, pero se preparaba para cuando llegase el día

de conquistar Toledo. Para forzar a Yahya ben Ismail ben Yahya a una acción desesperada, Alfonso le había exigido, a cambio de respetar la paz entre ambos, una aportación económica fuera de toda posibilidad; con ello esperaba que el moro no pudiese pagar y tener un *casus belli*. Además, también Alfonso sabía que Yusuf ben Tashufin se revolvía en África y que sólo era cuestión de tiempo el que el caudillo pasase el Estrecho en busca de más tierras y por la honra de Alá, el Misericordioso. Alfonso preparaba a sus arqueros y a sus jinetes, un ejército bien dispuesto nunca estaba de más. Si Ben Tashufin osaba venir a desafiarlo, le encontraría dispuesto. El rey emperador era astuto y escondía sus propósitos con gran disimulo.

Pero era verdad que al otro lado del estrecho, las cosas iban mal para Al-Andalus. Yusuf ben Tashufin había empezado a mover sus tropas de temibles negros senegaleses, los *sinhaya*, y desde el corazón de África avanzaba lenta pero inexorablemente conquistando todo lo que se ponía a su paso... y matando a los islámicos que no consideraba suficientemente piadosos. De día en día se había acercado al norte, conquistando poco a poco toda la costa de Ifriquiya; de eso a una invasión de la Península, había sólo un paso. Todo hacía presagiar lo peor, Al-Andalus era como una doncella esperando ser violada, el terror recorría sus calles y plazas, la gente huía despavorida hacia el interior esperando alejarse del previsible desembarco y subsiguiente saqueo.

De Al-Mutadid, Rey de Sevilla a Adefonsus Rex Imperator:

Salud y gracia. En el nombre de Alá, por quien se hacen todas las cosas y se escriben todas las cartas, os envío ésta con toda urgencia. Bien sabréis que Yusuf ben Tashufin está preparando a marchas forzadas un enorme contingente de hombres bien adiestrados para que —¡Alá no lo permita!— procedan a conquistar Al-Andalus. De allí, será cuestión de tiempo el que Yusuf prosiga hacia el Norte, a vuestras tierras, y todos seremos destruidos, caeremos sucesivamente como un castillo de naipes si no nos unimos y presentamos un frente unido contra Tashufin.

Por la Voluntad del Misericordioso vuestra esposa, a quien Jesús tenga en su seno, ha pasado a mejor vida, según informaciones llegadas hasta aquí. Toda vez que tenemos un compromiso de boda entre vos y mi hija Zayda deseo vuestra confirmación para enviárosla a fin de que podáis contraer matrimonio con ella. Como muestra de mi buena voluntad os envío un adelanto en joyas, perfumes y telas que serán para la boda de mi hija, cuando llegue, así como diez libras de oro en polvo para que podáis surtir un ejército que nos ayudará a ambos.

No se esperaba Alfonso una misiva semejante de parte del rey de Sevilla. Era cierto que había prometido matrimonio a la joven Zayda, pero ese matrimonio era para cuando él fuese libre, no ya de Inés de Aquitania, sino de Jimena, la mujer que le había dado un heredero y, algo que no sabía más que él, estaba esperando otro. Se hallaba inmerso en los preparativos de su boda con Jimena cuando le llegó la carta de Al-Mutamid. Con premura el rey envió la respuesta al rey de Sevilla.

De Adefonsus Rex Imperator a Muhammad ben Abad, conocido en el mundo entero como Al-Mutamid de Sevilla. En el nombre de Alá el Misericordioso, por quien todo es hecho y todas las cartas escritas: salud y gracia.

Sépades que vuestro emisario y regalos llegaron bien a tierra de cristianos y que os agradezco ambos. Debo deciros que por voluntad de Dios Todopoderoso he sido agraciado con un heredero en la persona de doña Jimena Núñez. Como es el primero nacido de mi sangre es por ahora heredero indiscutible, mejor dicho heredera, pues es mujer, de todos mis reinos. A fin de legitimar su estirpe debo matrimoniar a doña Jimena, aunque no olvido mi compromiso con Zayda. Hacedle saber que es mi voluntad casar con ella tan pronto como el Señor permita mi viudez, cosa que está en sus manos y no en las mías. Dios bendiga a la pequeña Zayda y le dé salud, la haré llamar tan pronto como pueda cumplir mi palabra. Os envío para ella una hermosa cadena con pinjantes que fue de la reina Inés, para que la luzca cuando ella venga y sea también reina.

Con vuestro oro prepararé un ejército que nos permita defendernos de Yusuf ben Tashufin si se atreve a cruzar el estrecho. Todo está en manos de Dios, contad con mi apoyo y mi benevolencia. Por cierto, ¿cuándo pensáis pagar vuestras *parias*? Aunque seáis mi suegro sois mi deudor y tributario. Acepto el regalo, pero necesito el pago. Adefonsus Rex.

—Señor, acaba de llegar el enviado de Cluny y pide ser recibido enseguida. —El sirviente se inclinó ante Alfonso y esperó una respuesta.

El rey, que descansaba de su fatiga bajo una encina habiendo terminado la jornada cinegética, se molestó.

—¿Y quién es ese enviado tan impertinente que pide ser recibido sin haberse hecho anunciar antes?

—Me ha dicho que se llama Hugo, alteza, Hugo Cándido. —Rodrigo Díaz, que se sentaba a la sombra no lejos de Alfonso, dirigió a éste una mirada de inteligencia.

—Esperad un momento y luego traedlo a nuestra presencia —

pidió Alfonso, y después se dirigió a Rodrigo.

—¿Qué creéis que vendrá a hacer en Spania el abad de Cluny y amigo del astuto monje Hildebrando, nuestro Santo Padre?

—Pues no sé, don Alfonso, desde pedir dinero para Cluny hasta traeros una excomunión papal.

—¿Y por qué habría de traerme ningún anatema? —dijo fastidiado el rey de Castilla—. Bastante oro me ha sacado ya Cluny y bastante sacó también a mi piadoso padre aquel abad Odilón, ¡cómo venir ahora con excomuniones y anatemas!

—Pero ya sabéis que quieren apresurar el cambio de rito, y seguro que Hildebrando y Hugo os notan renuente ya que el Cluny sólo ha conseguido de vos que pongáis uno de sus Monjes Negros como abad en Sahagún. Bien poca cosa, considerando que inclusive el tal abad no sigue su rito, sino que se ha cambiado al rito de san Isidoro, al que ellos llaman rito de la mozarabía. O sea que en realidad no han tenido ningún éxito; antes al contrario, el cluniacense se ha convertido en mozárabe...

Pero no pudieron seguir su conversación, un monje llegaba apresurado andando vigorosamente bajo el sol implacable.

—Dios os bendiga, rey de Castilla. ¡Por favor, no os levantéis! —dijo viendo que ninguno de los dos caballeros hacía ademán alguno de levantarse de sus asientos a la sombra—. Vengo en nombre de Gregorio VII y os traigo su palabra y mandato. No dudo que lo acogeréis ambos como buenos hijos de la Iglesia.

Alfonso no hizo ningún comentario ni a favor ni en contra de lo dicho por el monje de Cluny, sin embargo no quiso ser demasiado descortés y con un ademán perezoso llamó a un sirviente que bajo unas matas esperaba cualquier seña del señor. Vino el hombre prestamente.

—¡Haced que traigan enseguida una *sedilia* y un refresco para el hombre de Dios!

Hugo Cándido se acomodó a la sombra tan pronto llegó la *sedilia.*

—Bien —dijo el clérigo—, hemos sabido que vuestra piadosa esposa Inés de Aquitania ha muerto. El Papa me envía a decir que ha rezado mucho por ella y que os consoléis, sin duda goza de la compañía de los ángeles, pues era en todo un espíritu inocente. —Alfonso esperaba. Sin duda no era ése el mensaje, ya llegaría después de la palabrería de rigor—. ¿No preguntáis nada? —dijo desconcertado Hugo—. ¿No queréis saber nada más de Su Santidad?

—Para qué voy a preguntar, sin duda, don Hugo, me diréis lo que me tengáis que decir. Espero, como buen hijo, que mi padre hable.

¿Se burlaba acaso? Su faz era completamente seria, pero Hugo Cándido no se fiaba, sabía que el rey de Castilla era duro de roer. Ya había evitado levantarse de su asiento cuando él había llegado a su

presencia. Una sutil descortesía que le hacía notar que allí él, Alfonso, era la primera autoridad mientras no hablase el Papa por su boca.

—Bien, entonces voy al grano. ¿Os importa que vuestro amigo oiga lo que tengo que decir? Es privado.

—Oh, por favor, cualquier cosa que digáis será pronto pública, así que ¡qué más da!

—Bien sabemos que Dios ha bendecido vuestro... —paró en seco —, ¿cómo diría? Vuestro tálamo... con un heredero... una niña... Alfonso le miró divertido.

—Sí, sí, decidlo sin miedo, una niña, una hembra, pero de momento es una bendición para el reino. A mi muerte no habrá guerras civiles. Y os informo que doña Jimena está ya esperando otro hijo, ¡puede ser que esta vez sea varón! Además, don Hugo, doña Jimena ha probado ser en extremo fértil, pues nuestras relaciones son cortas. Hacía muy poco que las habíamos iniciado, cuando murió mi amada esposa. Ya supondréis que nosotros, Inés y yo, no temamos relaciones de esposos durante su última enfermedad, que por cierto duró mucho tiempo...

Hugo se revolvió incómodo, no sabía cómo salir de esta conversación que le era embarazosa, pero siguió con su propósito. De hecho había venido enviado por Gregorio VII a prohibir formalmente la convivencia de Alfonso y Jimena y hete aquí que ahora era aún más difícil si cabe la tal prohibición. ¡Jimena había vuelto a concebir!

Se acordaba perfectamente del día en que su amigo Hildebrando le había llamado a su presencia para darle sus instrucciones precisas. Hugo le había traído noticias ciertas del concubinato de Alfonso y Jimena.

—Don Hugo —le había dicho sin más preámbulo el papa Gregorio —, las noticias que nos trajisteis nos han llenado de pesar. No está en nuestros planes el que Alfonso case con mujer inadecuada, inadecuada para nuestros planes, quiero decir. Esta Jimena es un inconveniente para nuestros propósitos.

Hugo Cándido esperaba tranquilamente por ver adonde quería llegar Gregorio VII. Este continuó:

—Necesito de vuestra ayuda. Ya hicisteis un buen papel en Aragón, donde Sancho Ramírez aceptó a nuestros monjes. Os necesito una vez más.

—Soy todo vuestro, Santidad.

El Papa movió la mano con desagrado.

—Obviad el tratamiento cuando estemos a solas, «hermano» será suficiente. El caso es que deseo vuestra cooperación inmediata. Salid hacia vuestro monasterio y enviad a vuestros monjes a todo lugar en donde se pueda recabar información sobre Jimena Núñez. Sobre su pasado y su conducta, sobre su familia y sus deudos. Es imprescindible

que sepamos si hay algún inconveniente canónico para una boda entre Alfonso y esa Jimena. Seguramente él está pensando en unas prontas nupcias para legalizar al bastardo que espera. ¡Salid hoy mismo y mandadme noticias de lo que vuestros monjes logren averiguar!

Hugo Cándido se puso de pie y luego se arrodilló ante el ardiente monje Hildebrando.

—Dadme vuestra bendición, hermano.

El Papa le bendijo y luego se puso él también de pie y ambos amigos se abrazaron.

—Id cuanto antes, Hugo, mientras tanto yo pensaré, y vos también pensad en una candidata adecuada para ser reina de Castilla y de León, que sea pía, inteligente y dúctil a nuestros deseos —y luego musitó—: y que no sea estéril como Inés de Aquitania. Necesitamos una capaz de parir y parir pronto. Adiós, hermano, el tiempo apremia, partid hoy mejor que mañana. Id con Dios.

Desde ese día Hugo Cándido había trabajado incansablemente y viajado sin pausa para cumplir con urgencia las órdenes de Hildebrando. No había tiempo que perder, y ahora, al saber que la concubina real estaba esperando otro hijo se dio cuenta de la dificultad de su labor.

Sus monjes diseminados por la tierra de Spania, aunque sin darse a conocer como los renovadores de Cluny que eran, le habían servido bien. Pronto supo que Jimena era prima quinta de Alfonso, descendiente del infante Ordoño de León. No era una mujer cualquiera, era de estirpe real y ya había dado hijos al rey. Al saber estas nuevas Hildebrando no se amilanó.

—¡Da igual que haya dado hijos a Alfonso o no y que sea de familia real! Viven en concubinato. Son parientes en grado no dispensable y además entraron en relaciones cuando aún vivía la reina Inés. Eso puede ser considerado como incesto.

La difunta Inés de Aquitania, hija del conde Guillermo VIII, había contado con su aprobación como reina de Castilla y de León y como futura madre de los hijos de Alfonso. Ella había sido pía y devota hija de la Iglesia y estaba al tanto de las intenciones del Papa en cuanto a llevar la Orden de Cluny a Spania con la idea de introducir en todo el mundo cristiano el rito cluniacense, llamado también romano. Inés había jurado interceder ante Alfonso para que esto se— llevase a cabo, pero su veloz muerte lo había impedido. Primero se concentró vanamente en lograr una descendencia que nunca vino y luego había desaparecido de este mundo sin tiempo para más. Pero quizá, caviló el monje Hildebrando, había sido mejor así, una mujer estéril era un peso muerto para el reino y un problema para Roma, pues más pronto o más tarde se pediría la nulidad. ¡Pero un posible matrimonio de Jimena con Alfonso era una mala noticia! Ella no conocía al Papa ni le

había jurado lealtad y probablemente no le importaba un ardite que Cluny se asentase o no en Spania; por el contrario, era una cristiana devota seguidora del rito de san Isidoro o rito mozárabe. Ni podía el Papa amenazarle con privar a su familia de la obediencia de sus súbditos si no se avenía sus deseos, pues Jimena Núñez no era hija de reyes.

Todo esto pasó por delante de los ojos de Hugo Cándido. Decidió ser prudente.

—Os traigo, señor, como bien pensasteis, órdenes del Santo Padre.

Para Alfonso esas palabras no presagiaban nada bueno. Pero el rey emperador era astuto.

—¿Está nuestro padre falto de limosnas extraordinarias? Bien sé de su sempiterna necesidad, es decir para dotar a las casas de Cluny de los bienes que son propios de una casa de Nuestro Señor. Comprar los terrenos, edificar las iglesias, guarnecer los monasterios, adquirir libros y salterios, mobiliario, leña y grano, en fin, un pozo sin fondo para la gloria de Dios. ¿Desea *otra* ayuda?

Hugo sintió que Alfonso le atacaba suavemente recordándole cuánto y cuánto oro le había sacado para sus fines.

—No, don Alfonso, de momento el Santo Padre vela por el bien de vuestra alma inmortal. Ha sabido que tenéis amores con vuestra prima Jimena y os advierte que no podéis matrimoniarla pues es prima en quinto grado por línea de paterna y tal matrimonio sería considerado incesto. —Al ver la cara sombría de Alfonso se apresuró —: No temáis, vuestros hijos serán legitimados. E inclusive dados por aptos para reinar si no tenéis otros, pero debéis alejaros de Jimena Núñez, vivís en contubernio y dais escándalo a vuestros reinos. El Papa, con su amor de siempre, no desea castigaros y comprende vuestra situación al haber buscado consuelo en Jimena cuando vuestra digna esposa Inés de Aquitania estaba enferma, pero ello debe cesar de inmediato.

—No dejaré a Jimena, había pensado en casarme este mismo mes, en cuanto ella tuviese el segundo de mis hijos.

—Os advierto, señor, que ningún clérigo del reino bendecirá vuestra unión y que será publicada en toda Europa como concubinato e incesto. Vos seréis excomulgado y la obediencia de vuestros reinos retirada. Todos los hombres de Castilla y León estarán en pecado mortal hasta que vos no os arrepintáis y dejéis a doña Jimena. Y si las cosas llegan a tal extremo dudo que el Papa pudiese reconocer a vuestros hijos como aptos para reinar.

La amenaza era mortal. Pero Alfonso no se dio por vencido, quizás el Papa lo pensase mejor, sobre todo si llegaba a necesitar de su ayuda.

—Deseo sobre todas las cosas casarme con doña Jimena y le he dado mi palabra. Nuestro parentesco es remoto y no hay incesto en nuestra relación. De hecho el papa Gregorio podría dispensar el parentesco si quisiera. Además, no podemos decir tales cosas a una mujer a punto de parir. ¿No querréis matar a la reina, verdad?

No, claro que no —se apresuró a aseverar Hugo Cándido—. Pero las cosas son como son y aunque vaya a dar a luz no podéis decirle que os casaréis con ella.

—Os propongo un compás de espera. Quién sabe si la reina va a morir durante el parto. ¡Entonces tendríais solucionado vuestro problema! Dejemos todo en las manos del Creador hasta que nazca el segundo niño... Luego volveremos a hablar.

No le pareció mal la propuesta a Hugo Cándido, así el rey tendría tiempo de meditar sobre su posición y ver que no tenía ninguna salida. Entonces, suavemente, se mandaría a Jimena a un monasterio y se colocaría en su lugar otra que ya estaba en la mente del Papa y de él mismo, una candidata ideal. Pero era demasiado pronto para dejar ver su juego.

—La bondad de Su Santidad ya había pensado en daros un tiempo para reconsiderar vuestra situación. No hagáis las cosas más difíciles para todos. Esperad, pues, tranquilo, la llegada del nuevo niño, que pluga al cielo, sea varón. Volveré dentro de unos meses y no oséis matrimoniar a Jimena Núñez u os veréis excomulgado *ipso facto* y vuestro matrimonio considerado nulo. ¡Estáis advertido!

—¿Os quedaréis con nosotros unos días, don Hugo? —preguntó fríamente Alfonso.

El monje se levantó de su asiento, interpretó claramente que el rey deseaba que se fuera lejos de su vista.

—No, desgraciadamente he de volver a Cluny enseguida, a pesar del calor he de reemprender viaje hoy mismo, pero no temáis, sabréis de mí en todo momento, y yo de vos. —Era una amenaza velada—. Decid a vuestra dama que el Papa le envía su bendición y desea que se arrepienta de sus pecados para perdonarle enseguida todas sus faltas. —Hizo una inclinación y se alejó rápidamente. El sol se ponía en el horizonte con un calor de fuego.

De Alfonso *rex imperator* al Rey de Sevilla Al-Mutamid. En el nombre de Alá el Misericordioso: salud y gracia.

Os supongo informado de que en el mes de *rabí at-tani* doña Jimena dio a luz su segundo hijo. Fue la voluntad de Dios que este segundo fuese también hembra. Debo informaros que, aunque nuestra intención era contraer matrimonio con doña Jimena, el Hombre de Dios, don Hugo Cándido ha visitado este reino enviado por el Ulema Máximo de los cristianos, el papa Gregorio VII. Es muy posible que ya

no pueda casar con la madre de mis hijas pues Hugo Cándido me dice que ello sería considerado como incesto. Preparaos pues a enviar a Zayda en cuanto pasen dos años y ella sea ya púber y pueda concebir un hijo varón que sea el heredero legítimo de los reinos de Castilla y de León. Todo ello sujeto a que paguéis vuestras deudas a estos reinos. ¿Cuándo podemos recibir el oro debido? Os envío para Zayda una cajita de nácar con cuentas de ámbar del norte, y una jaula de oro con un pajarillo que canta lo que le enseñan. No vale mucho pero es prenda de mi aprecio y mi respeto por mi pequeña prometida. Adefonsus Rex Imperator.

3

Los proyectos de Cluny.
Constanza de Borgoña y sus acompañantes

SIN DUDA GREGORIO VII seguía muy de cerca los pasos de Alfonso VI. En cuanto hubo pasado un plazo prudencial desde que la reina y real concubina diese a luz a su segundo vástago, el Papa no perdió ni un segundo en enviar de nuevo a su comisionado Hugo Cándido a finalizar la tarea que empezase no hacía aún un año.

El antiguo monje Hildebrando y ahora cabeza de la cristiandad estaba preocupado; el rey emperador no había renunciado a su escandalosa convivencia con Jimena Núñez y ello a pesar de que él, Hildebrando, le había hecho clara y patente su oposición a tal contubernio. ¿Pensaba acaso mantener su incestuosa relación con la dama? El Papa, conjuntamente con su amigo, ya le había buscado una esposa adecuada y no aceptaría de buen grado ninguna resistencia de parte de Alfonso, aunque tuviese que esgrimir contra él la excomunión y ello significase la muerte de su alma y su segura condenación eterna. Era de la mayor importancia para toda la cristiandad que una simpatizante de Cluny ocupase el trono de Castilla y de León. Una mujer pía y obediente a la Madre Iglesia, una mujer que agradeciese infinitamente al Papa la posibilidad de semejante trono; además debía ser mujer fértil, eso era muy importante si no querían, él y su amigo Hugo, verla repudiada muy pronto y, a la larga, tener a las hijas de la malhadada Jimena sentadas en el trono.

Se hallaba don Alfonso escuchando a sus músicos en la gran sala del castillo cuando le fue anunciada la llegada de un legado papal. No dudó ni por un momento de que el tal legado sería su viejo conocido Hugo Cándido. Alfonso amaba la música y aun pasaba por ser entendido, por ello que le interrumpiesen cuando se dedicaba a escuchar sus melodías preferidas le molestó en grado sumo.

—Haced pasar al legado a las habitaciones de respeto y decidle de parte del rey que comprendemos su cansancio después de tan largo viaje. Le dispensamos de saludarnos hasta mañana por la mañana, cuando yo mismo haré que le llamen en señal de obediencia y acatamiento.

¿Qué querría ahora el tal Hugo? Sin duda venía a recordarle que no debía vivir en contubernio e incesto. ¡Malditos clérigos! Pero él ya lo tenía todo arreglado, si había de repudiar a Jimena, sería sólo porque no había engendrado un varón sino sólo hijas. Si se veía obligado a hacerlo ya tenía esposa elegida: la mora Zayda sería un enlace de lo más ventajoso. Ella era joven, rica, princesa, y según le

habían asegurado sus emisarios, muy hermosa e instruida. El sentía curiosidad en cuanto a los conocimientos de Zayda. Sabía que se educaba con las *almeas* y que éstas eran damas entendían de asuntos que a veces ignoraban aun los más sabios del reino. ¡Una mujer que podía leer y escribir en varios idiomas, que podía discutir sobre filosofía y geometría, que componía música y versos, que danzaba y tocaba el arpa y la lira nonacorda! Ella causaría admiración y envidia en todos los magnates del reino. Además, por si fuese poco, era portadora de una dote fastuosa. Ninguna otra princesa le aportaría tales ciudades y fuertes a su ya de por sí poderoso reino. Alfonso no dudaba ni por un instante que ella, muy pronto, sería convencida de la bondad de la doctrina de Jesús y abandonaría su execrable religión. Además con esta boda tendría a su padre, Al-Mutamid, amarrado al destino de Castilla. Si al fin tomaba Toledo como era su intención y además pudiese, por qué no, heredar Sevilla en la persona de un hijo de Zayda, su reino sería inmenso y él el más poderoso rey de la cristiandad. Él sabía cómo llevarse bien con los moros, ya lo había hecho con su amigo el rey difunto de Toledo. Bien sabía que Zayda tenía hermanos varones, pero llegado el momento él haría que eso no fuese obstáculo para que Zayda fuese la heredera del reino de Sevilla. Según la ley, Alfonso era el soberano de los judíos que poblaban su reino, así sería el monarca de las tres religiones; nadie en toda la historia había podido decir lo mismo. Era un soberano muy poderoso, ya lo era hoy en día pero todavía podía aspirar a más. Zayda podía ser un instrumento útil, y si además era hermosa...

La sesión musical llegó a su término, y para mostrar su complacencia, Alfonso se dignó tomar colación con los músicos; gustaba de la música y era conocedor de ella, así que deseó comentar algunos extremos de la interpretación con los musicantes.

A estas cenas con músicos no asistía la reina Jimena, pues ella, excepto por la música de la liturgia mozárabe, no gustaba de erudiciones musicales. Si acaso hallaba placer en canciones en que los trovadores hablaban de amores o relatos cantados de gestas y heroicidades.

Solo en su habitación, Hugo Cándido tragó su ira y hubo de esperar hasta el día siguiente para poder hablar con el *rex imperator*. Tan pronto asomó un vestigio de luz sobre el horizonte, ya estaba un sirviente llamando a su puerta anunciándole que su alteza se vería honrado si aceptase tomar la primera colación en su compañía. El legado papal decidió tomar una pequeña venganza por la espera del día anterior, así que contestó:

—Decid a su alteza que tan pronto como haya terminado mis oraciones salmodíales estaré con él para romper el ayuno.

Pero el sirviente o mensajero no se amilanó por la respuesta.

—No me he expresado bien, santo abad, su alteza os espera para rezar juntos los salmos y luego anhela que celebréis misa en su capilla real—. Mi señor no pensaba desayunar sin haber cumplido sus obligaciones para con Dios. —¿Se burlaba acaso?—. Y en caso de que vuestra paternidad no pensase celebrar misa por motivos sólo conocidos por vos, el rey oiría misa celebrada por otro clérigo y mientras vos podéis pasear por el jardín, luego os reuniríais para la colación. Espero, don Hugo, que o bien me acompañéis o que me deis una respuesta para llevarla al rey.

De mala gana el clérigo cogió su capa y siguió al sirviente. Siempre terminaba obedeciendo al rey o acatando sus caprichos.

Tal y como le había sido anunciado, el rey le esperaba para rezar y luego don Hugo celebró el sacrificio de la misa en la hermosa capilla del castillo. No faltaron aguamaniles de plata, ni copas deauratas. El altar estaba velado por finas cortinas literatas y el sagrario por tenues cortinillas de sutil seda y oro hilado, todos eran tejidos celestiales, no en vano cubrían el Mayor Misterio. Los candelabros eran olovítreos y las paredes estaban cubiertas de pinturas que relataban la creación del mundo. A pesar de que en Cluny todo era magnífico, Hugo Cándido, en su interior, hubo de reconocer que la capilla del castillo de Peñaguja era digna no sólo del *rex imperator*, sino de la mismísima Roma.

Terminadas las liturgias y las oraciones y salmodias, por fin llegó el momento que ambos esperaban. Pasaron al refectorio y se sentaron en sendas *sedilias* de alto respaldo, acolchadas en el asiento con sus *calcitras* plumáceas, a una *mensa* bien provista de viandas y bebidas. Unos sirvientes trajeron enseguida unas jarras de agua tibia y perfumada para que pudiesen lavarse antes de coger la comida que se tomaba con los dedos. El agua se vertió sobre las manos de ambos comensales y se recogió en unas jofainas colocadas convenientemente, luego unos pajecillos presentaron al rey y al abad unos sábanos (servilletas) de color escarlata para que se secaran convenientemente.

Hugo Cándido no estaba acostumbrado a estos refinamientos, pues si bien en Cluny se hacía hincapié en el aseo y la limpieza del cuerpo como reflejo de la limpieza del alma, los monjes se lavaban las manos antes de comer en una fuente colocada en medio del patio y se secaban las manos al aire, es decir sacudiéndoselas, nada de exquisiteces como sábanos escarlata, ni agua de rosas. Claro que ellos era austeros hombres de Dios y éste era un príncipe estropeado por la vida muelle. De todos modos el clérigo no dejó de admirar no sólo el agua, las jofainas y los sábanos, sino también la mentó incrustada de hueso y nácar, las fuentes de plata y los vasos de vidrio, cosa inconmensurablemente elegante y difícil de conseguir. Los cuencos eran de cerámica adornada con trozos olovítreos y las jarras de

metales varios finamente repujados. No faltaba nada, y eso que, como aseguró el rey, era una colación pequeña antes del trabajo.

Estaban a medio desayunar cuando la reina se hizo anunciar. Era privilegio de la reina interrumpir a su real esposo por la mañana para darle los buenos días, pues según la etiqueta no podían amanecer juntos. Aunque hubiesen pasado toda la noche ocupados en menesteres amorosos, antes de romper el día el rey había de volver, honestamente, a su habitación y lo primero que hacía la reina antes de empezar el día era ir a ver si el esposo estaba bien y si había dormido tranquilamente, y ello aunque supiese muy bien cómo había dormido el real cónyuge.

—Perdonad, don Hugo —dijo ella graciosamente—, vengo a ver cómo está mi amado esposo. Normalmente desayunamos juntos, pero hoy ha querido hacerlo con vos, y hace bien. —Se dirigió al rey con una sonrisa esplendorosa—. Señor, ¿cómo estáis esta mañana?

El rey al ver a doña Jimena se levantó como pedía el protocolo.

—Dios os bendiga, señora. He tenido felices sueños, como sabéis. Ella se ruborizó y el abad se escandalizó, aunque no dijo nada. Pero Hugo Cándido tenía sus propias ideas sobre Jimena y al verla entrar no se levantó. Para él era una concubina, una prostituta, estaba en pecado y no se arrepentía, así que él continuó comiendo, pero Alfonso no pensaba dejar pasar por alto esta incorrección para con la madre de sus hijas.

—Venid, señora, sin duda don Hugo quiere besar vuestra mano. —Se acercó a ella y le condujo a la *se dilla* de Hugo Cándido—. Don Hugo tiene cierta dificultad en ponerse de pie porque es mayor y ha viajado mucho, así que yo le ayudaré. —Firmemente le obligó a levantarse de su asiento—. Ahora ya podéis rendir pleitesía a nuestra señora. —De mala gana don Hugo besó la mano de Jimena Núñez. Ella no pareció haber notado nada irregular.

—Os dejo para que sigáis vuestros negocios, yo también he de oír misa y luego juntarme con las infantas. ¡Adiós! —Salió graciosamente seguida de sus damas.

—¿No os parece encantadora? —preguntó maliciosamente Alfonso al abad.

Éste se atragantó.

—Oh, sí, sí, encantadora en verdad y muy discreta —vio llegado el momento—, pero bien sabéis que no podéis convivir con ella, es vuestra prima en quinto grado y por ello vuestra unión es incesto. Ya os previne, mejor dicho, el Papa me encargó que os previniese en su nombre de que habéis de cesar en tal convivencia o ateneros a las consecuencias. Bien sabéis que sólo respetamos su preñez, pero ahora ha llegado el momento de que la repudiéis y de que toméis otra esposa más conveniente al honor del reino y a vuestros intereses.

—¿Y qué llamáis vos una esposa conveniente al honor del reino? Creo que he de ser yo quien vele por el honor del reino, y lo primero que necesita el reino es un heredero; al menos ya tengo dos hijas.

—Pero nunca podréis casaros con la madre y ellas pueden ser calificadas como hijas de dañado y punible ayuntamiento y por ende ser incapacitadas para reinar.

Alfonso enrojeció de ira.

—¡Serían de dañado y punible ayuntamiento si fuesen hijas de vos, un clérigo, y de mujer libre o casada, pero Jimena es soltera y libre, lo mismo que yo; si acaso son hijas naturales pero eso no es obstáculo para reinar! Es más, yo me casaría si vuestro dueño el monje Hildebrando no se metiese por medio esgrimiendo sus amenazas, sus anatemas y pregonando al mundo que mi relación es incestuosa. Cosa que bien sabéis no es cierta, pues parentesco de primos en quinto grado se puede dispensar sin dificultad. ¡Decid lo que queráis pero no me tratéis como a un imbécil! —Se puso de pie y lo hizo tan violentamente que la *sedilia* y la *calcitra* cayeron al suelo. Un pajecillo se apresuró a recoger ambos.

—Paciencia, señor rey, no lo toméis así —dijo mansamente el legado—, el Papa sólo vela por el bien de vuestra alma, y si me apuráis por la de doña Jimena, pues ella también está en pecado mortal.

—¡Idos al diablo con vuestras amenazas, don Hugo! Bien está que me queráis obligar a dejar a mi compañera, pero que intentéis que yo crea que es por mi bien, ¡hasta ahí podríamos llegar! —El rey dio un puntapié a la *sedilia* y ésta rodó de nuevo por el suelo. El paje, asustado, se abstuvo de levantarla.

—En todo caso, señor rey, si os obstináis en seguir unido a doña Jimena, por la excomunión perderéis la obediencia de vuestros súbditos; en cambio, si acatáis las indicaciones de Gregorio VII, él os reconocerá como *imperator*, cosa que ningún Papa ha hecho todavía en relación con el imperio leonés. Por otro lado, no querréis correr la misma suerte que Enrique de Alemania, ¿verdad?

Alfonso se quedó repentinamente callado. El emperador de Alemania había osado nombrar sus propios obispos en oposición al mandato del Papa, que se lo había prohibido. Es más, Enrique IV había convocado a sus obispos alemanes y lombardos en Worms para requerir al Papa que abandonara el solio pontificio. El poder imperial, le dijo atrevidamente, proviene directamente de Dios y al Papa sólo le correspondía hacer que los cristianos lo acataran. La respuesta del monje Hildebrando había sido fulminante. La excomunión para él, su pueblo y para los obispos y clérigos que le obedecieran. Asustados, todos, pueblo y eclesiásticos, se apartaron de él y le negaron toda obediencia. Por fin el mohíno emperador había tenido que ir descalzo

en peregrinación hasta Canossa, en donde estaba el Papa, el cual le dejó cuatro días de rodillas, humillado y tiritando sobre la nieve, hasta que por fin le otorgó el perdón. La cristiandad había aprendido una lección, y sobre todo los reyes se aplicaron el cuento. Era mejor, caviló Alfonso, no desafiar al romano pontífice, no importa cuán fuerte se sintiese. Además, la promesa de reconocerle oficialmente como *imperator* era un cebo demasiado sabroso.

Ya se veía él, Alfonso, llamando a cónclave a los reyes, soberanos y potestades de toda Europa. Guillermo VIII, duque de Aquitania; Godofredo el Barbudo, conde de Anjou; Roberto Gusicardo, duque de Apulia y Calabria; Leopoldo II, margrave de Austria; Vratislao, duque de Bohemia; Boleslao el Atrevido, duque de Polonia; e inclusive quién sabía si podía convocar al mismísimo emperador bizantino Constantino Ducas. Vendrían todos, los de Armañac, de Borgoña, de Dinamarca, de Flandes y hasta el Capeto de Francia se vería obligado a respetarle, nadie podría disputarle la primacía entre los reyes del mundo pues el único que acaso hubiese podido hacerlo, Enrique IV, bastante tenía con consolidar su propia posición después del correctivo sufrido. Alfonso calló por largo rato y por fin preguntó:

—¿Y a cambio de qué tanta generosidad? No creo que sea sólo por el bien de mi alma, o sea por cesar la convivencia con doña Jimena, ¿o me equivoco?

—Sois muy agudo, don Alfonso. En efecto, Gregorio VII desea honraros sobre todos los otros príncipes nombrándoos emperador legítimamente, pero a cambio quiere que vos favorezcáis a la Iglesia, como por otra parte es vuestro deber de buen hijo.

Alfonso le dedicó una mirada penetrante.

—Siempre he favorecido a la Santa Madre —contestó algo cortantemente—. ¿Qué queréis decir exactamente, don Hugo?

—Quiero decir, don Alfonso, que como sabéis el Papa está empeñado en unificar el rito litúrgico en toda Europa. Cluny es su arma de penetración, nuestros monjes son los trasmisores y los enseñadores del nuevo rito, el Papa desea que hagáis efectiva, a la mayor brevedad, la penetración de los Monjes Negros en vuestras tierras, que aceptéis sin obstáculo alguno a la Orden Cluniacense, que vuestros obispos y abades sean paulatinamente de la orden de Cluny y que todo el reino se someta a la disciplina de la regla de san Benito, que es la nuestra, abandonando para siempre la liturgia isidoriana y los cenobios pactistas. Además, la Iglesia necesita oro para dotar a los monasterios que propagan las órdenes del Papa por toda la tierra. Vuestro padre, de gloriosa memoria, pagaba una limosna anual de mil metcales al monasterio y a cambio de este amor desde entonces hemos rezado todos los días por su alma. Deseamos hacerlo también por la vuestra.

—¿Algo más?

—Sí, que aceptéis por esposa a la elegida por el Papa y por mí mismo como reina y señora de Castilla y León, que podrá llamarse con todo derecho *regina emperatrice* y no como ahora, que se hace llamar como tal sin la sanción papal.

—Aún tengo otra pregunta, don Hugo, ¿y si no aceptase vuestra propuesta?

—Seréis excomulgado, ninguna mujer del reino o extranjera estará autorizada para casarse con vos, vuestras hijas serán declaradas incapaces de reinar, vuestros súbditos estarán incursos en pecado mortal si osasen obedeceros y, por último, el Papa revindicaría la herencia de san Pedro haciendo valer legalmente la donación de Constantino y nombraría otro rey para Castilla y León.

—¡Pero si la donación de Constantino es una burda falsificación!

—Eso —contestó tranquilamente el abad— lo sabemos nosotros y el Papa, pero el resto del mundo la da por verdadera. Vuestro reino pasara a Roma y ella elegirá otro rey que reine en su nombre y le preste vasallaje. Vos, alteza, seréis un paria y un maldito del Señor.

Sois un trapacero, abad, pero decidme, ¿quién es la reina en la que habéis pensado para estas tierras?

—Constanza, Constanza de Borgoña.

—¿La viuda del conde de Chalons-sur-Saone? ¿Pero no había ingresado en un convento? Al menos eso se oyó por aquí...

—Esa era su intención porque es dama muy piadosa, pero Gregorio VII le pidió que retrasase su decisión y que no ingresase en monasterio alguno hasta que yo hablase con vos. Ya veis que es de inmejorable prosapia, hija del duque de Borgoña, Roberto el Piadoso, y de su no menos piadosa esposa doña Helie de Seimur. Es cierto que estuvo casada con el conde Hugo II, pero ello os garantiza que la dama es fértil, pues de su difunto esposo ya ha parido varios hijos. Nadie desea para vos una mujer estéril.

Alfonso amaba a Jimena, pero no tanto que no estuviese dispuesto a cambiarla por otro connubio más provechoso, y aunque ahora ya tenía dos hijas, necesitaba un hijo varón, pero si no lo tuviese, ya tenía herederas al trono; bien podía probar suerte con otra dama. La figura de Zayda se hizo borrosa, ella retrocedió como oferta ventajosa para el reino. Tampoco era cosa de desengañarla, del todo, pues él sabía bien que todas las reinas morían generalmente muy jóvenes de sobreparto. La oferta de Hugo Cándido era irrechazable. Sancionar de una vez para siempre el título de emperador para el rey de León era algo que valía más que el oro y más que nada en la tierra. Colocaría al viejo Imperio leonés a la altura del Sacro Imperio y del Imperio bizantino. Nunca había soñado con tal exaltación.

—Pero... —aún intentó protestar sin mucho convencimiento— la

condesa es ya muy mayor, según creo, y el negocio más importante es dar descendencia al reino.

—Por eso no os preocupéis, ella se queda embarazada todos los años, con una pequeña ayuda —bromeó el abad—. Si en un par de años no tenéis descendencia podríamos considerar legal un repudio. ¿Qué os parece? Todavía puede cargaros de hijos, si Dios quiere. Ella nació en el 1046, año del Señor, o sea el 1084 del calendario romano. Es cierto que ha doblado la treintena, pero es fértil.

—¿Cuánto tardaría en venir doña Constanza a Burgos? —preguntó Alfonso.

—Casi nada, alteza, supusimos que os convenceríamos; ella, puede decirse que ya está en camino, vendrá con sus damas y acompañada Je un séquito de nobles, parientes y guerreros, como corresponde a su rango y linaje.

—¿Cuál es su dote?

—¿Dote? Una que vale para vos más que nada en el mundo. El documento papal nombrándoos *imperator*.

De Adefonsus Rex Imperator a Al-Mutadid de Sevilla. En el nombre de Alá el Misericordioso: salud y gracia.

Aunque habréis recibido mi carta en que os hacía llegar nuevas de mis intenciones, os hago saber, en nombre de Alá, por quien se escriben todos los documentos, que a pesar de que continúo con toda mi alma deseando desposar a la bella y discreta Zayda, por el interés del reino me veo obligado a desposar a una reina cristiana. El Ulema Máximo de los cristianos me ha escogido una dama de su preferencia y pariente suya a quien no puedo rechazar.

Mandadme noticias de Zayda, a quien respeto y amo como mi verdadera prometida que es. Yo empeño una vez más mi palabra y os aseguro que deseo matrimoniar a vuestra gentil hija tan pronto como sea otra vez libre. Ello tardará lo que la Voluntad de Dios sea servida.

Con el emisario envío una sarta de perlas azules para la resplandeciente Zayda, sé que ella es más hermosa que todas las perlas, las envío sólo en prenda de mi respeto y amor. Entre tanto, os recuerdo que tenéis una deuda con mis recaudadores y que mi paciencia tiene un límite.

ADEFONSUS *Imperator*

Cuando Alfonso calculó que la nueva reina borgoñona estaría ya a punto de llegar, llamó a la madre de sus hijas.

—Señora —dijo a Jimena Núñez, que no daba crédito a lo que oía —, señora, bien sabéis que os amo y que nunca os olvidaré, aunque no fuese más que porque me habéis dado dos niñas que son mi alegría, pero el Papa insiste en que nuestra unión es incestuosa y en que nunca

autorizará una boda entre vos y yo. Comprenderéis que en esta circunstancia debo separarme de vos por el bien del reino y también de nuestras almas.

—¡Pero vos no creéis que nuestra unión es incestuosa! —dijo Jimena en un súbito arrebato.

—No, desde luego, pero el Papa tiene el poder de hacerlo creer a todo el mundo. Debéis partir. Vuestras hijas se criarán en palacio como princesas y, si no tengo otros herederos, Teresa será reina y Elvira será casada de acuerdo a su prosapia. Os prometo que no obligaré a ninguna a abrazar el estado religioso. A vos, señora, que habéis convivido conmigo, os dotaré regiamente para que podáis entrar en el monasterio que elijáis y allí podéis ser abadesa, si tal es vuestro gusto. Me lo ha asegurado el legado papal. Tendréis siempre honras de reina viuda y en Cluny rezaran por vos todos los días. ¿Deseáis algo más?

Jimena Núñez recogió su manto con gesto regio y mirándole a los ojos dijo:

—Sólo de Dios espero algo, rey de Castilla y León, de vos nada más, ya tengo bastante con lo que me habéis dado. Me retiraré efectivamente a un monasterio, pero no deseo ser abadesa ni nada por el estilo, y menos aún reina viuda. ¡Dios os guarde! Me voy ahora mismo. —Salió sin mirar atrás.

Alfonso la vio partir con pena, pues en verdad había amado a doña Jimena, pero tan pronto como desapareció de su vista empezó a ilusionarse con la idea de tener una nueva reina en su tálamo. Muy adecuadamente ésta llegaría en la primavera. Hugo Cándido le había advertido que ella estaría enseguida en camino y él, a su vez, le había pedido que no se apresurase demasiado en enviarla, pues antes, como rey guerrero, debía ultimar algunos asuntos que no admitían espera. Ahora la flamante esposa estaba a punto de llegar. Toda nueva mujer era una novedad, un cambio, una primicia, un descubrimiento, una promesa. En cierto modo estaba ilusionado con su boda. ¿Sería hermosa la novia? ¿Apasionada? Era viuda, ¿pero sería por ello vieja y desgastada?

Alfonso dio instrucciones de que se remozaran todas las habitaciones de palacio, que se limpiaran y encalaran y repararan paredes y techos. También se habían de sacar los colgantes, tapices y banderolas para recibir a la novia. En palacio el mayordomo de cámara se afanaba ordenando la plata y los tapices más ricos para que todo luciese en todo su esplendor. Casi al mismo tiempo le llegaron noticias de que la reina ya estaba cerca y de que, una vez más, Hugo Cándido venía de camino, esta vez acompañando a su pariente.

Se prepararon lucidas justas, juegos de cañas, carreras de caballos y luchas en la palestra en las que se medirían los jóvenes más hábiles

del reino. Los Acohombres habrían de presentarse luciendo sus mejores galas y con sus familias al completo para rendir homenaje a la reina borgoñona y también, pensó Alfonso, para que se enterasen de que ella traía en sus alforjas su nombramiento papal como *rex imperator*, cosa que impresionaría a todos ellos. Es cierto que desde siempre los soberanos de León habían sido los emperadores de Spania, pero nunca habían contado con la sanción del romano pontífice.

Con rapidez se levantó un graderío para que los nobles del reino pudiesen presenciar las justas y competiciones. Los tronos de don Alfonso y doña Constanza se colocaron bajo un tejadillo hecho con maderas preciosas y tejas nuevas y el suelo de la tarima dedicada a los reyes se cubrió de mullidas alfombras árabes. Tapices y ricas telas habrían de colgar de barras colocadas al efecto alrededor del graderío. Para defender de los rayos del sol a las damas de respeto, ancianas, viudas, tutoras y abadesas, se cortaron ramajes y se cubrió la parte de la grada que se destinaba a ellas. Los clérigos y sochantres fueron convocados para que ensayasen sus mejores cánticos. Haciendo ostentación de su riqueza, Alfonso hizo público que, mientras durasen las fiestas, todos los que acudiesen a León a unirse en su regocijo serían alimentados a cuenta de la cocina real. Se impartiría justicia y se darían fueros a los pueblos y villas que así lo solicitasen. Todo un acontecimiento como no habían visto desde tiempos de Fernando el Magno, padre de don Alfonso.

La primavera se había adelantado y todo era verde y alegre. El aire era perfumado y los pájaros cantaban en el soto. No se podía pedir mejor recibimiento para la nueva reina de Spania. Por fin se anunció el séquito que traía a la soberana. Tan pronto como Alfonso supo que la novia se hallaba a dos horas de camino salió cortésmente a su encuentro. Doña Constanza se presentó ricamente alhajada y fastuosamente vestida. Su comitiva también se ataviaba con lujo y los soldados más parecían cazadores en día de caza que guerreros custodios. Sus armas eran finas más que efectivas, llevaban sobrepellices de pieles exóticas y sus petos eran de brillante metal. Los escudos relucían como si fuesen de oro pulido y sus jubones estaban confeccionados de lujosas telas y brocados mientras calzaban sus pies con delicados escarpines y no con zapatos recios, como se espera de un guerrero. Para los leoneses y castellanos, acostumbrados a la austeridad guerrera de estas tierras, tal lujo les pareció amaneramiento e inclusive algo afeminado, pero no por ello dejaron de apreciar la opulencia y ostentación de la comitiva. Sin duda tan acaudalada novia traería una gran dote para el reino. Ignoraban que lo único que traía la reina, además de a sí misma, era un pergamino firmado por el monje Hildebrando en que reconocía a Alfonso como *imperator*.

Alfonso tenía fino trato con las mujeres, así que al ver a Constanza, aunque ella había pasado con creces la frontera de los treinta, descabalgó y se acercó a su prometida. Besó el borde de su capa en señal de respeto y luego la miró fijamente. Ella se ruborizó.

—Sed bienvenida, alteza —dijo el rey dándole cortésmente el tratamiento que tendría después de casarse con él. Había dudado un poco antes de hablarle. Aunque el idioma franco no le era desconocido, no se atrevió a dirigirse a la dama en su propio idioma, además no deseaba que los caballeros acompañantes pudiesen criticar su modo de hablar, por ello usó el latín, el purísimo latín que de toda Europa sólo se hablaba en León.

Ella pareció gratamente sorprendida. Obviamente no había esperado tan cortés recibimiento y un latín tan bien pronunciado. A su vez se dirigió a Alfonso:

—Sed bien hallado, señor, me alegro de veros tras tan largo viaje hecho para quedarme en vuestra tierra. Os agradezco tan gentil acogida. ¿Podríamos descansar un poco antes de entrar en León? Veo por aquí cerca alguna sombra que podría acogernos y mis damas nos podrían brindar algo de beber.

Alfonso, aunque algo sorprendido por la petición, hizo una señal a su séquito de que se apeasen de sus cabalgaduras. El mismo tomó las riendas del caballo de su dama y lo condujo a una sombra. Enseguida apareció un paje con dos *sedilias* y a no tardar una azafata trajo un refresco para ambos.

—¿Qué tal viaje habéis tenido, mi señora? —preguntó el rey no sabiendo qué decir.

—Bien, un poco lento para mi gusto —dijo ella mirándole fijamente.

Él tenía cuarenta y tres años y la vida al aire libre y el ejercicio de las armas le hacían aparecer mucho más joven. Era delgado y atlético, alto y con el cabello algo rubio mientras que su tez estaba tostada por el sol. En todo era un real mozo. Ella, aunque ataviada con riqueza, era algo regordeta y tenía en su boca un gesto voluntarioso. Su porte era altivo y sus ademanes pausados. No era fea, pero tampoco hermosa. Bien sabía Alfonso que era viuda y que ya había tenido tres hijos, que habían quedado atrás como herederos que eran del condado de su difunto padre, Hugo II, conde de Chalons, muerto hacía ya algún tiempo. Los hijos habidos, al tiempo que la confirmaban como buena procreadora y mujer fértil, no habían evitado que su cuerpo presentase las huellas de la maternidad. Su talle no era como el de una moza, ni su tez tan fresca, pero en cambio, pensó el rey, tiene algo que no tiene ninguna mujer de Europa, un pergamino, un valioso pergamino. En ello estaba pensando cuando oyó que Constanza le hablaba.

—¡Señor, señor! ¿Me habéis oído?

Él se avergonzó. No había oído nada, pero era caballero gentil y se apresuró a contestar:

—Señora, perdonad, he esperado tanto para veros que ahora no me puedo concentrar en nada que no sea el veros. ¿Decíais?

—Que deseo presentaros a algunas personas que vienen conmigo y que se quedarán, si vos lo permitís. ¿Puedo hacerlo? Quiero, deseo, que antes de llegar a León los conozcáis... por si no fuesen de vuestro agrado, entonces se volverían a nuestro país con el resto de la comitiva.

—Haced como gustéis, señora, si os complace ya deseo conocer a esos personajes que os interesan.

Constanza ya había preparado la escena, así que, cuando empezó a llamar a los elegidos, ellos estaban ya a mano.

—Mi primo, Raimundo de Tolosa, conde de Saint Giles. Hijo de Pons de Tolosa, conde de Tolosa y de Almodís de la Marca. —El así llamado hizo una reverencia y miró con curiosidad al rey—. Mi primo, Enrique de Borgoña, muy joven como veis pero que me ha sido encomendado por su padre, Enrique de Borgoña. Es nieto de Roberto de Borgoña, apodado El Viejo, y de Sibila de Barcelona. Apenas tiene trece años, pero ya es experimentado jinete y justador. —El mozo parecía jovial y con ganas de agradar. Hizo una reverencia al rey. Constanza continuó—: Mi otro pariente, Raimundo de Borgoña, conde de Amaus...

Pero Alfonso ya no oía nada. Su atención estaba en otra parte. De pronto volvió a prestar atención, el joven de Borgoña le agradaba.

—Señor, en todo os obedeceré y estoy deseoso de aprender y serviros. —A Alfonso le pareció que era como el hijo que él hubiese deseado tener. Siguió escuchando la voz pausada de Constanza.

—Mi dama y azafata Gontroda de Amiens. Ha aceptado seguirme y me servirá a vuestro lado. No está casada ni tiene compromiso, así que confío que con el tiempo le hallemos un buen marido.

Pero Alfonso ya había detectado a la llamada Gontroda. Era ella la que le había hecho olvidar que estaba oyendo las presentaciones que le hacía doña Constanza. La azafata era hermosa como el cielo en un día despejado, sus ojos azules eran reidores, su pelo, del color del trigo maduro, estaba recogido en un rodete trenzado con delgados cordones. Su tez blanca, algo tostada por viaje. Su talle breve, su cuerpo menudo, sus dientes blancos y su expresión algo insolente y retadora al tiempo. Alfonso ya no escuchó nada más, Constanza le fue presentando a varios otros personajes pero él ya no tuvo más interés por nadie. «Al menos pensó—, doña Constanza ha traído un hermosa franca con ella, una criatura que es como un sueño.» Se preguntó cuánto tardaría en hacerle suya y se juró que no mucho. Cuando se

reanudó la marcha de ambas comitivas, el rey parecía cabalgar feliz y contento. Todo le iba bien, será *rex imperator* y doña Gontroda de Amiens no partiría de vuelta hacia el norte. La mora Zayda retrocedió aún más lejos en su memoria.

4

El asedio a Toledo y una llegada inesperada

DE HILDEBRANDO, monje de Cluny y por la Gracia de Dios Sumo Pontífice bajo la advocación de San Gregorio, Séptimo de ese nombre, a Adefonsus Rex Imperator de Spania. Salud y gracia.

De nuestro enviado Hugo Cándido hemos recibido noticias que nos congratulan por un lado y nos consternan por otro. Primero las buenas nuevas, las que hemos recibido de vuestro enlace con la catolicísima y virtuosa Constanza, desde ahora Emperatriz como vos; sabemos que la habéis aceptado como esposa legítima y que con ella compartís vuestro reino y vuestro tálamo. ¡Quiera Dios daros pronto un heredero varón digno de la grandeza de vuestro linaje y de vuestro reino! Rezamos al Altísimo todos los días con esta intención.

Con gran dolor de nuestro paternal corazón nos vemos obligados a reconveniros una vez más por vuestro liviano comportamiento. No se ha disipado aún el sonido de nuestra bendición al matrimonio cuando ya nos ha llegado noticia de vuestra infidelidad a los votos contraídos con la Regina Emperatrice. Tened en mente que es gracias a ella que sois reconocido Emperador y que igual que se os reconoció se puede anular tal reconocimiento. No es una amenaza, por ahora, sino un recordatorio.

Como os digo, nos han llegado nuevas de que sostenéis relaciones incestuosas con una pariente de vuestra esposa, una joven llamada doña Gontroda de Amiens. Habéis adquirido un compromiso de por vida con doña Constanza y Gontroda es prima en cuarto grado de Constanza, lo que añade el incesto al pecado de infidelidad. Os conmino a que abandonéis inmediatamente a la joven Gontroda y os apliquéis en conseguir descendencia legítima de vuestra legítima esposa. Espero que las relaciones con Gontroda hayan sido sólo una tentación pasajera y que al recibo de esta carta ya la hayáis alejado de vuestro real tálamo.

Reza por vos y por vuestro reino y os bendice, Hildebrando, humilde monje de Cluny y Papa por la gracia de Dios.

Esta carta recibió el rey de Castilla y León cuando se hallaba preparando una salida guerrera. El infeliz Al-Qadir había sido depuesto del trono de Toledo por la nobleza, que vista la actitud de su rey había preferido ofrecer el trono al rey de Badajoz: Al-Mutawakkil, y si bien Alfonso no se sentía obligado hacia el disoluto nieto del fiel y generoso Al-Mamun, el joven moro era su tributario, y aunque sólo fuese por dejar en alto su palabra decidió ayudarle a recuperar el

trono, trono que por otra parte Alfonso planeaba quitarle más adelante. Despreciaba a Al-Qadir porque este adolescente, además de todas sus faltas y sus relaciones nefandas con otros hombres, era un cobarde que al adivinar un peligro para su ciudad había huido hacia levante dejando a la real familia y a todos sus súbditos sin protección y sin señor. Consiguió Alfonso que los toledanos le aceptasen de nuevo, pero pensando en quitarle de todos modos el reino que tan mal gobernaba, le hizo comprometerse a pagar aún más altas, con lo que la antigua situación de Al-Qadir se hizo casi peor si cabe. Con esto contaba Alfonso.

Por fin, cuando el joven no pudo pagar lo pactado, el rey cristiano se decidió a sitiar la ciudad. De sus días de estancia en Toledo bien sabía don Alfonso que, si había de llegar a entrar en ese lugar algún día, ello ineludiblemente supondría un cerco largo y tedioso. Era un nido de águilas, una ciudad inexpugnable; el estratega que vivía en el soberano sabía que debía estar preparado para vencer al enemigo, más que por la fuerza, por la constancia. El rey era un gran táctico militar y sabía que la ciudad resistiría cualquier asalto y que sólo cortando sus vías de aprovisionamiento, su comercio, la entrada y salida de hombres, víveres, bestias y aun correos de cualquier clase, se podía aspirar, quizás, a hacer caer tal fortaleza. En principio no preveía que hubiera de sostener batallas o llevar a cabo ningún tipo de asalto a sus murallas, sólo había que llevar suficiente cantidad de hombres para que cortasen todos los caminos de la ciudad, inclusive los del río. Eso y esperar, esperar mucho tiempo hasta que la gran urbe se quedara exangüe o hasta que el señor de Toledo enviase tropas a romper el cerco. No le preocupaba la circunstancia de entrar en combate. Sus tropas estaban bien preparadas, y acantonados no lejos había suficientes hombres como para auxiliarle en caso de necesidad.

Se había dispuesto cuidadosamente para soportar un largo tiempo vivaqueando a los pies de Toledo. Sabía que debía llevar de todo y al tiempo no descuidar un aprovisionamiento continuado desde la retaguardia, pues si había de abandonar su sitio en busca de víveres u hombres, ello sería aprovechado por el enemigo para conseguir bastimentos y todo sería tiempo perdido.

Al cerco y sitio de Toledo no sólo iría la tropa, sino que inclusive la corte completa se había de movilizar; ello haría comprender a los sitiados que don Alfonso había venido para quedarse y esperaba con ello que el descorazonamiento y el desánimo cundirían entre los así encerrados.

Con la corte había de venir la *regina emperatrices* su esposa Constanza, no era cosa de dejarla sola atrás y perder el tiempo que necesitaba para que el ansiado heredero pudiera venir a alegrar el trono de Castilla. Y con ella, y sus damas y azafatas, vendría, cómo no,

su nuevo capricho, la bella Gontroda de Amiens. ¡Y justo ahora llegaba la misiva de Hildebrando! ¿Es que nunca dejaría de martirizarlo con sus reconvenciones? ¿Qué más le daba a Hildebrando, que había jurado continencia de por vida, que él, Alfonso, disfrutase de lo que la existencia le ofrecía? ¡Bastante había hecho abandonando a doña Jimena y desposando a la virtuosa pero insípida doña Constanza! Ella, al contrario que el Papa, no le reprochaba su infidelidad, se conformaba con que él cumpliese su débito con regularidad y no preguntaba más. A veces Alfonso se preguntaba si es que ella no sabía nada o quizás era que no le importaba. En todo caso no había apartado de su lado y confianza a su prima y azafata Gontroda, que la acompañaba a todas partes, con gran contento y satisfacción del enamoradizo Alfonso. Doña Constanza sufría en silencio las infidelidades de su esposo, con la esperanza de que el nacimiento de un heredero le llevaría más cerca de ella y más lejos de Gontroda.

Ahora los avituallamientos ya estaban preparados, los animales a punto, los hombres impacientes. El pusilánime reyezuelo de la taifa toledana no hacía nada en favor de la tierra que en teoría debía defender mientras la insurrecta nobleza toledana deseaba ofrecer el poder, de nuevo, a Mutawakkil, rey de Badajoz. Pero Alfonso no permitiría tal cosa.

Estaba el rey con su canciller redondeando los detalles de última hora. Este tomaba nota afanosamente de lo que el rey decía.

—... y haced saber por medio de bandos en toda la línea de la frontera que se pongan en pie de guerra los caballeros encargados de la *castellana*[3] y sus mesnadas. Se convoca el fonsado...

—Señor, señor. —Una voz agitada interrumpió sus órdenes.

Levantó la vista por ver quién era el atrevido que así osaba entrar en su presencia sin haber sido llamado. Era el soldado que hacía guardia a la puerta de palacio. Algo extraordinario debía de haber sucedido para que el hombre abandonase así su puesto y viniese en persona a verle.

—¿Qué sucede? ¿Qué os ha hecho abandonar el puesto de guardia? ¡Hablad pronto y volved al lugar del centinela! Hoy teníais servicio de guaytes, si mal no recuerdo, hasta la hora de vísperas.

—Señor, una carta bermellona ha llegado, traída por un mendigo.

—¿Una carta bermellona decís? ¿Y que la ha traído un mendigo? ¡Imposible! Si es bermellona no puede venir con un mendigo, y si trae carta bermellona y parece mendigo entonces no lo es. —Extendió una mano impaciente—. Dádmela al punto.

Pero el hombre meneó la cabeza.

—Me la han mostrado pero no me la han dado, alteza, dice el mendigo que sólo la entregará a vuestra alteza en mano. Que trae

noticias de la mayor importancia y que es necesario que sólo vayan de él a vos.

—¿Ha dicho su nombre?

—No, mi señor.

—Que entre él solo, sin ninguna compañía. Veremos quién es y qué desea. ¡Zape, enseguida! —le despidió agitando su mano en señal de impaciencia.

El hombre salió andando hacia atrás y luego corrió por los fríos corredores de piedra buscando la salida a la tibia luz del sol. Era el primer sol de primavera, a veces frío y a veces tierno y suave como una frazada de fina lana.

Llegó el sirviente real a presencia del mendigo; éste, arropado en sus andrajos, se había sentado en una piedra y esperaba pacientemente la vuelta del soldado. A cualquier observador parecería un necesitado que aguardaba una prometida limosna o un plato de comida caliente de las sobras de palacio. Cuando vio llegar al soldado con el que había hablado, se puso de pie. En realidad era un mendigo hermoso, alto y bien alimentado, sólo sus andrajos no dejaban lugar a dudas en cuanto a su posición y necesidad, bien vestido hubiese podido pasar por un hombre de buena estatura y bien parecido, fuerte y hasta atlético.

Del afligido Al-Mutamid rey de Sevilla a Adefonsus rey de los cristianos y Emperador en Spania, bendiciones y gracias. En el nombre de Alá, por quien todo es escrito.

No sé qué va a ser de nosotros. Vuestras huestes han arruinado lo poco que aún nos quedaba. No tengo oro para pagar *as parias* que se os deben, y no es por falta de voluntad, sino por imposibilidad que no se os ha mandado la cantidad estipulada para contar con vuestra protección. Ben Tashufin me envía de vez en cuando mensajes amenazadores, mis súbditos huyen poco a poco a otras tierras más lejanas en donde Ben Tashufin no pueda encontrarlos dormidos una noche.

Con mi fiel servidor Salaffudin os envío lo que más amo en el mundo para que lo cuidéis por mí; más quisiera estar muerto que tener que enviar a mi hija Zayda de esta manera. Me habéis dado vuestra palabra de cristiano de que desposaréis a mi hija cuando el señor Jesús os deje viudo. Espero que la cumpliréis y que Zayda será la Reina Emperatriz de esas tierras como lo es hoy la señora Constanza.

Con ella lleva la escritura de la dote que se os prometió, que son los lugares de Caracuey, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Oreja, Uclés, Huete, Amasátrigo y ciertas posesiones de Cuenca. Creo que todo ello bastará para que mi hija y vos mismo seáis ricos y tengáis muchos vasallos. Ninguna princesa llevó jamás dote como ésta.

En vuestras manos queda mi amada hija, respetadla y honradla como un caballero. Si oís que nos invaden desde África, venid a ayudarnos, si aún no fuera tarde. Recordad que Tashufin no es vuestro amigo ni lucha a vuestro favor. Vos seréis el próximo. Quedamos, vos y yo, en manos del Todopoderoso, cualquiera que sea su nombre. Os recuerdo vuestras promesas. Al-Mutamid, desgraciado rey de Sevilla.

Alfonso quedó preocupado a la vista del mensaje, era el de un hombre que se sentía entre la espada y la pared.

—¿Tan grave es la situación?

—Tan grave, señor. Hemos cogido en Cádiz algunos espías; por ellos sabemos que la decisión de pasar a la Península está tomada, la cuestión es sólo cuándo. Puede ser hoy o mañana o el año que viene. Los almorávides de Yusuf ben Tashufin son miles y crecen cada día. Están dispuestos a todo, son monjes-soldado. Han hecho su capital en Marrakus y allí se preparan a tomar toda la tierra. Nosotros sólo somos los primeros en su camino a este lado del mar. Pero eso no me concierne ahora, señor, debo entregaros a la princesa y volver a Sevilla. Ella trae un pequeñísimo séquito para no sentirse tan sola en tierra extraña; espero de vuestra munificencia que se le permitirá conservarlo.

—Traedme pues a la princesa, Salaffudin, seguramente estará agotada y deseará descansar. En cuanto al séquito por el que imploráis, decidme, ¿quiénes son?

—Un eunuco que es médico y sabe cantar y componer, pues la princesa es versada en alquimia, música y poesía, dos azafatas jóvenes como ella y una dueña de edad. Nada más. Ah, sí, y un niño a quien ella ama y que es su recadero y que no quiso quedarse si su señora se iba. Si os molesta, cuando crezca lo podéis suprimir. —Eso dijo tranquilamente Salaffudin. Pero Alfonso no era innecesariamente cruel.

—Si cuando crezca me incomoda le dotaré con algún patrimonio para que pueda sobrevivir y le enviaré lejos. Hoy por hoy, si la princesa le aprecia y él le hace compañía no veo por qué me ha de perturbar. En todo caso no hace falta matarlo. El resto de ellos me parecen apropiados.

El escribiente se inclinó.

—Alá ama la misericordia y enaltece al justo.

—Bien, dejémonos de palabrería y veamos a la princesa.

—Salgo pues, señor, a traerla, está fuera de la muralla, ha venido en mi pequeña escolta como mi sirvienta y el niño como su hijo. Así hemos pasado más desapercibidos. El resto pasaban como muleros y sus esposas.

Fuese el buen Salaffudin y quedó Alfonso intrigado. ¿Cómo sería

aquella en quien sólo había pensado como en una promesa vaga, una sombra casi sin realidad, un personaje fruto de su correspondencia con el rey de Sevilla? ¿Sería una niña tímida? ¿Una adolescente atrevida? ¿Una mujer llorona y quejumbrosa? En todo caso, pensó, bueno será informar a la reina Constanza, al fin y al cabo era una mujer que iba a ingresar en la corte y en el lugar que sólo corresponde a las mujeres, un sitio en que la soberana indiscutible era doña Constanza. El rey echó a andar decididamente hacia las habitaciones de su esposa.

—¡Anunciadme a la reina! Decidle que deseo hablar con ella —dijo sin más preámbulo a la azafata que hacía guardia fuera de las habitaciones de Constanza.

A poco salió la dueña haciendo reverencias al soberano.

—La reina os ruega que la esperéis unos momentos en el saloncito, está rezando sus letanías y saldrá inmediatamente a veros.

El rey torció el gesto pero asintió. Si estaba en las letanías sólo quedaban unos minutos. Entró y miró alrededor. Sintió curiosidad; por lo general él no entraba en esas habitaciones, el lugar en que se encontraba con su esposa era o bien en el dormitorio o en público en salones o en el refectorio, en la capilla o en el trono, pero su saloncito privado era un misterio por el que nunca sintió curiosidad. Había algún asiento bajo y dos o tres *sedilias*, varios almohadones puestos unos encima de otros, una tarima forrada de seda y flecos guarnida con asientos bajos. Alguna labor abandonada hablaba de los menesteres que entretenían a las damas, cerca de las labores cojines con agujas, cestos con hilos y sedas de muchos colores. Por las paredes alguna jaula con pájaros. Dos telarfes con sus tapices ya empezados. Un estante con dos libros: *Vida de San Martín de Sabaria* y un hermoso Evangeliario, ambos muy gastados. Una mesa, lámparas y fraganciarios diversos. El saloncito íntimo de doña Constanza y sus damas tenía dos hermosas ventanas que permitían una vista sobre los campos y montes. El rey pensó que era grato el ambiente en donde su esposa pasaba sus días. Sereno, recogido e íntimo.

No tuvo tiempo de pensar más.

—Perdonadme, mi señor —era doña Constanza, agitada y ruborosa—, no deseaba haceros esperar, pero como ya estábamos finalizando nuestras devociones, preferí terminar y daros luego todo el tiempo que necesitaseis. Espero que no os hayáis aburrido en este lugar tan poco... tan poco... —No halló palabras para terminar su frase.

El rey se sintió repentinamente de buen humor.

—¿Tan poco viril, queréis decir? —Rio de buena gana—. En realidad, señora, los lugares en donde viven las mujeres son los más interesantes para los hombres. Sois tan distintas a nosotros... En fin, no os azaréis más, me ha agradado ver vuestras habitaciones, debí

haberlas visitado antes. Son como vos, pulcras, recogidas y tranquilas e inclusive piadosas. Pero he venido a informaros de algo, apenas si queda tiempo, os ruego que os sentéis, doña Constanza. —Ella así lo hizo sin preguntar nada—. El caso es que ha llegado un emisario desde Sevilla. —Esperó que su esposa preguntase algo, pero ella sólo cruzó sus manos en su regazo y aguardó a que él continuase.

Don Alfonso se paseó por la habitación, empezó a sentirse incómodo, no sabía cómo abordar el asunto.

—¿Sabíais que antes de comprometerme con vos había dado palabra de matrimonio a doña Zayda?

Lo preguntó abruptamente deseando que ella lo negase para así poder explicarle quién era la joven y la importancia de su reino y de su padre, pero se vio sorprendido porque Constanza dijo mansamente:

—Todo el reino lo sabe ya. En la Galia, se comentaba y en Roma y en Bizancio. La correspondencia de los reyes no es un secreto para nadie.

Se sintió como desnudo así que se enfadó injustamente con ella.

—Me alegro de no tener que explicaros nada entonces. Os preferí a la mora porque —mintió, no se atrevió a decir la verdad—, bueno, porque erais cristiana y también porque mucho me lo recomendó vuestro tío el hombre de Dios don Hugo Cándido e inclusive el Papa. —Ella le miraba sin pestañear, sus manos apretadas en su regazo. — Bueno, el caso es que desde África parece que Yusuf ben Tashufin, jefe de los almorávides está a punto de pasar a la Península; el padre de Zayda teme por la vida de la familia real y me ha enviado a su hija para que la cuide y proteja... Considera que estoy en deuda con ella.

—¿Y lo estáis? —La voz de la reina era dulce.

Él se quedó como un niño cogido en falta, no supo qué contestar.

—¡Ojalá lo supiese, Constanza! —Le apeó el tratamiento—. El caso es que la princesa está ya aquí, su tutor me la entregará en breves minutos y no sé qué hacer con ella. ¿Os podéis encargar vos de doña Zayda? Es decir organizarle una ... no sé. ¿Es apropiado darle una corte de damas jóvenes como ella? Al menos podéis educarla y darle compañía. Tenéis unas habitaciones tan... agradables, señora.

—Si es mora, deduzco señor que no será cristiana.

Él se turbó algo.

—No, señora, no lo es. Pero quizá si ve vuestro piadoso ejemplo acepte el bautismo. En todo caso, señora, prometí a su padre no forzar su voluntad.

Doña Constanza torció imperceptiblemente el gesto.

—No puedo tener junto a mí a una hereje.

—Hay reyes de diferentes religiones en el mundo, y yo aspiro a ser el rey de las tres religiones, y además ella es una princesa, señora. Quizás esté en vuestras manos su conversión. Vedlo todo como una

obra de caridad.

—Lo haré por vos, trataré de darle aposentos y compañía. La veréis sólo si queréis verla.

—Tendrá que juntarse a vuestras damas para la vida diaria, pero ella ha de tener sus habitaciones privadas y disfrutar de servicio propio, suficiente y adecuado, como corresponde a una princesa. ¡Ah!, además deseo preveniros de que viene con algunos miembros también islamitas, musulmanes, de su casa real. A ellos quiero que se les respete como criados reales, como si fuesen de mi propia cámara. Advertídselo así a vuestras piadosas damas.

—Si es lo correcto y es vuestro deseo, se hará, os repito que lo haré por vos y por la salvación de su alma.

—Entonces voy a recibirla. Os la traeré luego. —Se inclinó y repentinamente tomó en sus manos el borde del traje de la reina y lo besó. Dio media vuelta y se fue tan rápidamente como había venido. Los ojos claros y fríe» de Constanza se llenaron de lágrimas pero al punto se rehízo, recuperó su compostura, y fue a buscar a sus damas para ponerles al corriente de la increíble noticia.

Cuando don Alfonso volvió ya estaba Salaffudin con una persona completamente cubierta de pies cabeza y envuelta en un tupido manto, espeso y raído. Su cara estaba invisible bajo las sombras de los pliegues que caían sobre su faz. Su cuerpo era delgado y más bien alto. Nada más era perceptible o se podía adivinar. El rey se sorprendió algo, esperaba ver a una bella muchacha, pero recapacitó y recordó que venía de muy lejos y que habían tratado de pasar desapercibidos y que había llegado hasta ahí como la esposa de un mendigo. Sin duda todos les habrían tomado por modestos viajeros, eso sí alguien se había interesado por ellos.

—¡Sed bienvenida, señora! —dijo cortésmente—. Espero que vuestra estancia con nosotros os sea agradable y que... —No sabía qué decir.

Ella, desde la oscuridad de su manto, dijo:

—¿Ya no sabéis cómo seguir, señor? ¿No me dais la bienvenida como a vuestra prometida?

—Bien quisiera hacerlo, doña Zayda, pero como sabéis soy hombre casado y mi esposa está al otro lado de estas paredes, no me parece bien hablar de promesas de matrimonio, cuando ella aún vive —y añadió piadosamente—: gracias sean dadas a Dios. Para hablar de otros connubios ella debería morir...

—Comprendo, buen rey, pero sí que hablasteis de compromisos con mi padre cuando aún estabais casado con doña Inés y luego con mi señora doña Constanza. ¿Cuál es la diferencia ahora?

Alfonso se sintió avergonzado. Ella tenía razón. Él no se había recatado de hablar de compromiso y aun de enviarle presentes. Se

disculpó lo mejor que pudo.

—Perdonadme, señora, sois discreta y decís bien, pero ahora hay que respetar a la reina, ella lo merece. Doña Constanza os acepta como dama de compañía y os tendrá entre sus dueñas, no puedo estar prometido a una de ellas. Comprendedlo,

Zayda calló por un momento.

—Os complaceré, rey Alfonso, pero en mi corazón soy vuestra prometida, he hecho este viaje hasta aquí con ese convencimiento. Esperaré respetuosamente todo lo que haya de esperar; si es la voluntad de Alá que doña Constanza viva más que yo, la serviré como la más fiel dama hasta su último día. Y hablando de otra cosa, ¿puedo bañarme y cambiarme de ropa? He llevado ésta todo el viaje y desearía presentarme ante vuestra señora al menos limpia y bien vestida.

Alfonso se azoró. Él era hombre que gustaba de los baños y los perfumes al modo moro, no en vano había vivido en Toledo con su amigo Al-Mamun, pero ninguna dama había osado hablar tan desvergonzadamente ante su presencia— Quizá las moras, entre ellas, hablaban de baños y vestidos.

—Os llevarán ante doña Constanza, allí ella proveerá— Iré luego a saludaros. Y vos, fiel Salaffudin, esperad aquí un rato, que se as dará un viático y una carta para vuestro señor. Habéis cumplido bien vuestra delicada misión, Zayda está bajo mi protección, decídselo así a su familia. Se fue andando con decisión, la seguridad de Zayda le había sorprendido. «No es mujer vulgar—pensó—, es decidida y descarada. ¡Ojala sea hermosa!»

Doña Constanza hubo de reconocer que Zayda era agraciada, para muchas de las damas demasiado radiante. Nunca supo si tenía los ojos claros u oscuros, cambiaban con el tiempo y con Las emociones de la joven. Igual eran negros y borrascosos como una tarde de tormenta que claros y reidores como una mañana de primavera Pero todas hubieron de reconocer al fin que Zayda era una princesa encantadora Sólo que tanto atractivo podía ser pecaminoso.

El ejército de Alfonso con toda su impedimenta, su corte y sus mujeres llegó a la ribera del Tajo. Allí levantaron una ciudad de madera y tiendas de campaña. El tiempo corría y el rey había mandado construir a toda prisa algunos albergues de fábrica para proteger a las señoras de las inclemencias del tiempo. Toledo podía ser muy frío o muy cálido según las estaciones y sólo unas buenas paredes protegerían a la rema y sus damas. Pero él había pensado en todo y el personal necesario para levantar la construcción había venido junto con el ejército. Albañiles y alarifes se apresuraron en edificar un pequeño palacio con dependencias suficientes para la corte mujeril.

Un salón grande con chimeneas en ambos extremos, habitaciones para la reina y sus azafatas y un dormitorio con saloncito para Zayda, amén de alojamientos anejos para su pequeña consigo una dote fastuosa. De ésta ya se había hecho cargo don Alfonso, aun sin haberla matrimoniado. Una habitación y un saloncito no eran demasiado a cambio de un rosario de ricas ciudades amuralladas, con sus huertas y sus jardines.

Los guerreros salían todos los días de razia y reconocimiento. La intención de Alfonso era no dar tregua a los sitiados. Se cerraron todos los caminos a la ciudad y se cortó cualquier acceso por el río con vigilantes para que no pasasen barcos ni balsas ni cosa alguna que flotase o nadase que no fuese pez o rana. Cualquier persona que llegase con la intención de entrar en Toledo era apresada y llevada a la presencia del rey para interrogarla. Sus bienes, si los llevaba, decomisados y sus personas eran tomadas como prisioneros o rehenes.

Los hombres se entretenían con los usuales esparcimientos de la guerra: la muerte, la extorsión, el incendio, la lucha e inclusive los más inocentes regocijos guerreros: alardes, desafíos y juegos de cañas. Las señoras miraban y lo comentaban si es que la acción se realizaba cerca de su morada y, si no, se entretenían bordando entre todas un tapete o mantel para el altar de Toledo para cuando ésta fuese, algún día, ciudad cristiana. Rezaban y se aburrían. Sobre todo la reina Constanza, que pasaba todo el día echada en la lujosa cama que su esposo le había hecho traer desde su palacio. Las telas literatas, las cobijas y almohadones eran árabes y greciscos. Todo de lo mejor, no en vano la reina estaba preñada y merecía lo excelente. Pero ella sentía que este campamento era muy distinto de aquella corte piadosa y refinada que había disfrutado con su primer marido, el conde de Chalons-sur-Saone, don Hugo. Estaba triste porque también echaba de menos a los hijos de su primer matrimonio, a los que había tenido que dejar atrás. Se sentía quebrantada y llevaba mal su pesado embarazo. Doña Constanza vomitaba todo lo que comía y la inicial alegría del rey se fue tornando en preocupación, él necesitaba un heredero, un heredero legítimo, un varón que pudiese heredar el trono y defenderlo, y ahora la madre desmejoraba a ojos vistas y quién sabe si moriría inclusive antes de dar a luz. Entre los augures se rumoreaba que, a lo mejor, la soberana sufría el maléfico influjo de la luna en campo abierto o quizás alguien la había aojado. La reina comía poco y no soportaba a nadie. Sólo a la joven Zayda. La princesa mora se sentaba junto a ella y le sostenía la mano sin agobiarla con sus palabras. A veces le acariciaba la frente hasta que la *regina emperatrice* se adormecía como un niño. Al cabo de un tiempo ya no podía prescindir de ella.

—Zayda —le dijo un día en que amaneció algo mejor—, ¿qué

esperáis de esta corte de cristianos? Ya me comentó mi esposo que fuisteis su prometida. —Sonrió tristemente—. Quizás ahora me muera y podáis casar con el rey. —Cerró los ojos fatigada por la larga parrafada.

Zayda se levantó del escabel que ocupaba al lado de la enferma y le habló casi al oído.

—No digáis eso, alteza. En cuanto a qué espero de esta corte de cristianos, os diré que sólo espero lo que Alá tenga destinado para mí. El hado está escrito en el cielo, aunque —añadió— algo podemos hacer para ese destino diga lo que a nosotros nos conviene sin disgustar ni contradecir al de los Cien Nombres.

Doña Constanza se revolvió inquieta, no se sentía capaz de pensar mucho. Allí dentro hacía calor, pero afuera repiqueteaba la lluvia y la luz que entraba por la ventana protegida por cueros bien curtidos era pardusca, agobiante. Zayda cogió de nuevo la mano de doña Constanza, sabía que esto calmaba a la gestante más que nada en el mundo. La joven princesa sentía que la reina tenía miedo. Estaba sola, una guerra se desarrollaba al otro lado de la pared. No tenía consigo a su madre ni a pariente alguno que le diese seguridad ni que la acompañase en el momento del alumbramiento. Ni una tía vieja ni siquiera una partera real que hablase su idioma. Zayda notaba el agobio de Constanza como algo viscoso y envolvente. El miedo mata, habría que hacer algo por esta mujer, si no moriría de temor y desasosiego. La reina había caído en un sueño pesado e inquieto. Entonces un sonido desacostumbrado vino a perturbar sus meditaciones.

Oyó una voz harto conocida que se dirigía a la dama que cuidaba de la puerta.

—¿Es posible ver a la reina? —Era Alfonso, que como hacía todos los días a esa hora, venía a preguntar por su esposa.

Zayda se levantó y fue al encuentro del rey antes de que éste penetrase en la estancia y disturbase el sueño de la soberana. Salió de la habitación procurando no hacer ruido y se dirigió al rey antes de que éste le hablara.

—La reina duerme, alteza. Pero no se encuentra bien.

Alfonso ya se había acostumbrado a ver a Zayda junto a su esposa. Al principio halló algo incómodo que reina y princesa se hallaran juntas pero desechó su aprensión al percibir que era de lo más ventajoso que ambas hubiesen establecido tan extraña relación. Además él estaba demasiado ocupado con Gontroda de Amiens, la hermosa y picara dama de la reina, le era cómodo y conveniente que ni su esposa ni su prometida se metiesen en su vida. Una se ocupaba de cuidar de la otra y no tenían tiempo de reprocharle nada.

Zayda rompió el hilo de sus pensamientos.

—Debemos alejarnos, alteza, deseo hablar con vos sin que la reina lo oiga.

Alfonso se sorprendió; aparte de su esposa y de sus amantes, nunca ninguna mujer se había atrevido a sugerirle nada. ¿Alejarse de la reina? ¿Por qué? Sintió una ligera irritación y al tiempo curiosidad.

—Bien, Zayda, vayamos a mi tienda, allí estaremos a salvo de oídos indiscretos.

—¡Un momento, señor! —Zayda llamó quedamente a la azafata de guardia—. Dulcidia, sentaos junto a su alteza y cogedle de la mano mientras yo no estoy. Así no se sentirá sola. ¿Habéis entendido? —Dulcidia asintió—. Ahora, alteza, podemos irnos.

Sin hacer ruido salieron de las habitaciones de doña Constanza. Afuera llovía torrencialmente. Alfonso, conocedor de los hombres y como buen soldado que era, no se alojaba bajo techo. Compartía, al menos externamente, las incomodidades de sus hombres. Vivaqueaba en el exterior en la tienda real. Rey y princesa caminaron bajo la lluvia dirigiéndose a la tienda de Alfonso. Él iba bien preparado como corresponde a un guerrero, jubón y calzas de cuero y una capa aguadera tratada con grasas y ceras que la hacían impermeable. Zayda iba vestida para estar en el interior de una habitación caldeada. Túnica de hermosa seda escarlata y un manto de fina lana con orillas de oro bordado. Por el cuello y las mangas asomaban unos bordes de color verde que proclamaban que vestía dos ropones, a la manera de las moras de sangre real. Tan pronto como empezó a caminar bajo la lluvia quedó empapada, Alfonso no lo notó porque andaba delante con grandes zancadas. Ella iba detrás casi corriendo. Pronto llegaron a la tienda real. Dos soldados hacían guardia bajo la lluvia sosteniendo enhiestas dos picas afiladas. Alfonso se volvió hacia Zayda.

—Entrad, señora. —Se volvió a mirarla y se sorprendió al verla tan mojada. Le pareció más pequeña y más joven. Casi como una niña recién bañada. No era mucho mayor que su hija Teresa. Se enojó consigo mismo por no haber pensado en ello—. ¡Por qué no habéis cogido un manto más grueso! ¡A ver si enfermáis! Sólo nos falta tener damiselas resfriadas...

Pero Zayda se echó a reír agitando la cabeza empapada.

—¡Vamos, vamos, don Alfonso, es sólo agua, como la del río cuando me bañaba en él!

—¿Que os bañabais en el río? —se sorprendió el rey. Las señoras no se bañaban en los ríos, sí en tinajas con agua caliente o en los baños públicos con otras mujeres, pero nunca a la intemperie. Luego recordó de sus tiempos en Toledo que algunas damas moras sabían nadar y que ello sólo era posible aprenderlo en los ríos, lagunas o charcas. Nunca en una tinaja—. Bueno, bueno, pasad y sentaos junto al fuego. —Dio un par de palmadas y al instante entró uno de los

centinelas quitándose el agua de los ojos.

—¿Llamabais, alteza?

—Sí, revivid el fuego y luego traed ropa seca para la princesa. ¡Rápido!

El hombre atizó el brasero de bronce, añadió carbón y desapareció andando hacia atrás. «Qué raros son estos reyes y príncipes, —pensó—. ¿No sería mejor que no se hubiesen mojado?» En fin, buscaría ropa seca. ¿Qué clase de ropa sería apropiada para la joven? Le pareció que era pequeña. Ropas de algún doncel del séquito, quizá del escanciador, le vendrían a la medida. A mano no tenía ropas de señora, tampoco el rey había especificado que lo fuesen.

Zayda se acercó al fuego. Sentía frío a pesar de haberle quitado importancia al agua que la empapaba. En su fuero interno agradeció que el rey hubiese pedido ropa seca para ella. El esperó en silencio que ella dijese algo, pero Zayda estaba inmersa en sus propios pensamientos, así que ambos se miraron un rato antes de hablar.

Alfonso era un fino catador de la belleza femenina. El día en que Zayda llegó no había podido verla a placer, pues vino cubierta por muchas ropas que la ocultaban a su vista. Luego la había entregado a doña Constanza y ocupado como estaba con Gontroda ya no había pensado demasiado en ella. Cierto es que la había visto junto a su esposa, pero entonces no le pareció bien dirigir la mirada con demasiada atención en presencia de Constanza, al menos debía guardarle el respeto debido a una reina. No era mala persona su esposa. Estaba embarazada, le había traído el nombramiento de emperador y era sumamente piadosa y rezadora, cierto, pero no era agraciada ni tenía la vivacidad de otras mujeres. Además las repetidas maternidades habían hecho mella en su frescura y su figura no era la de una adolescente, sino la de una matrona. Alfonso se vio mirando a Zayda con ojo crítico. Era hermosa, muy hermosa, con un talle como un junco agitado por el viento, su rostro fresco con ojos de color indefinido, labios que invitaban a probarlos, mejillas sonrosadas, largas pestañas. Recordó que era su prometida, que llevaban años prometidos, que bien podía haber sido su esposa en lugar de Constanza si el papa Gregorio no se hubiese interpuesto. Pensó que, si Zayda estuviese en el lugar de Constanza, no vivaquearía en la real tienda. ¡Que pensasen lo que quisiesen los soldados! Nadie lo habría apartado de Zayda.

El soldado regresó interrumpiendo sus pensamientos.

—Señor, sólo he encontrado ropas de hombre. Aquí hay una muda del escanciador.

—Dejadlas ahí encima y retiraos.

El hombre hizo una reverencia y salió a reanudar su guardia bajo la lluvia.

El rey miró la ropa y luego a Zayda. La tienda era espaciosa y hasta lujosa, pero no había ningún lugar en donde cambiarse sin ser visto. Al fin y al cabo era para él solo. Zayda le leyó el pensamiento viendo sus ojos ir de la ropa a ella. Se echó a reír y su risa era fresca y sonora como el sonido de una *cóclea* (cucharilla) de plata contra una copa de cristal.

—¿No seréis tímido, verdad, señor? Vamos, daos la vuelta y en un momento estaré en esa ropa del escanciero. —El rey obedeció sin rechistar y se puso de espaldas a mirar la chimenea. Ni siquiera tuvo tentaciones de volver la cabeza hasta que ella le dijo—: Ya estoy, don Alfonso. —Cuando se volvió vio a un hermoso doncel con el pelo demasiado largo recogido sobre la cabeza en un rodete. La ropa le venía grande pero el doncel le pareció de insuperable hermosura.

—Y bien, de qué queríais hablarme —preguntó con un deje de malhumor. Ella parecía ir siempre un punto por delante de él, como si fuese ella la que tomaba la iniciativa. Se sentía incómodo.

—Señor —dijo ella, con gran desparpajo—, ¿deseáis conocer a vuestro hijo?

El rey se estremeció. ¿Sería bruja la mora? El no creía en ensalmos ni en el mal de ojo, pero sí en venenos. Sabía cuán hábiles eran los moros en el manejo de éstos. ¿Por qué le hacía esa pregunta? ¿Quería, acaso, envenenar a doña Constanza?

—¿Conocer a mi hijo? ¡Pues claro que lo deseo! —Lo dijo de verdad y fervientemente—. Es lo que más deseo en el mundo.

—Entonces, mi señor, debéis cambiar vuestra conducta.

—¿Que debo qué...? —No se podía creer el atrevimiento de la muchacha.

—La reina está enferma. Disimula por vos, pero está muy enferma. ¿No se os ha ocurrido que podría morir antes de alumbrar a vuestro heredero?

Él se afligió de verdad.

—Ya he notado que doña Constanza enflaquece de día en día, que tiene círculos azulados bajo los ojos y que toda ella parece de color cerúleo. Nada como los embarazos de Jimena... —Calló y repentinamente se avergonzó de hablar de estas cosas con una joven, pero ella asintió gravemente aparentemente sin notar su apocamiento.

—La reina muere por vos.

—¿Por mí? ¿Qué queréis decir?

—Todos en el campamento saben de vuestras relaciones con doña Gontroda. La reina os ama y está pasando por un mal embarazo. Ella no gana nada con parir una vez más, ya ha sido madre antes. Sois vos el que se beneficia de tener un heredero. Ella, con hijos o sin hijos, seguirá siendo la *regina emperatrice*. Al veros con vuestra amante, al notar vuestra ausencia, padece y desea morir. Y si sigue así morirá, los

humores de su cuerpo son cada vez más fríos y la humedad le llega ya al corazón. Morirá por cierto si no cambiáis.

—No sé qué sabéis de estos asuntos, joven Zayda, pero me dijeron que sois conocedora de muchas ciencias, que se os ha educado con las *almeas* y que conocéis los secretos de las plantas y de la filosofía. En fin, según vos, ¿qué debemos hacer para preservar la vida y la salud de la reina doña Constanza?

—Mudaos a sus habitaciones. Visitadla mañana y tarde, cuando no estéis con los soldados o de cabalgada, pasad el tiempo con ella. Hacedle algún regalo. No hace falta que sea nada caro, raro o exótico, sólo algo que le haga comprender que le deseáis bien.

—¿Y con ello mejorará la reina?

—Si Alá y Lela Marien lo permiten, sí.

El creyó todo lo que Zayda le había dicho, pues en su corazón sabía que era verdad. Admiró a la joven por su valor y su sabiduría. ¡Era tan joven y ya tan reflexiva! Y además era tan hermosa. Por un momento le volvió el pensamiento de que debía haber matrimoniado a la mora Zayda y no a Constanza de Borgoña.

—Haré lo que decís hoy mismo, y mientras yo esté de cabalgada vos continuaréis cuidando a mi señora doña Constanza, ¿verdad? —Zayda asintió. El rey aún tenía una pregunta que hacer a la joven, no podía contenerse—. ¿Por qué queréis que cuide tanto a Constanza? Si ella muriese, vos seríais mi esposa. ¿No queréis acaso? ¿No querríais ser la *regina emperatrices*

—Sí, don Alfonso, yo os amo —dijo Zayda simplemente— y desearía sobre todas las cosas ser vuestra legítima esposa, pero si alguna vez llego a serlo, desearía que os comportarais conmigo como os vais comportar de ahora en adelante con doña Constanza. No esperaría ni querría menos de vos.

Don Alfonso la miró. Nunca había visto ni oído a una mujer como aquélla. La tomó entre sus brazos y la besó, luego la dejó ir. Se compuso el traje y se pasó los dedos por el cabello.

—Seré el que vos queráis que sea, hermosa Zayda.

5

LOS AMORES de Zayda y Alfonso. Un concilio en Burgos

Antes de que llegase Constanza, había venido de la Borgoña un piadoso monje, Roberto, en quien Hugo Cándido había confiado para que introdujese el rito cluniacense en Spania. Era persona solemne, respetable y de gran lustre y el rey había maniobrado prontamente para que fuese nombrado abad del Monasterio de Sahagún, el más importante del reino. Sabía Alfonso lo que el hombre santo tenía encomendado de parte del Papa y de Hugo Cándido. Allá en Sahagún había de esperar pacientemente a que él, Alfonso, se decidiese a iniciar la prometida reforma. No había prisa. Mientras tanto había llenado al clérigo de favores y regalos y le había introducido en su círculo más íntimo.

Había sucedido algo que, sorprendentemente, convenía al rey sin que éste lo hubiese promovido, cosa que habría hecho si hubiese estado en su mano. El piadoso abad de Sahagún, don Roberto, quedó enamorado de la vieja liturgia visigótica y no parecía tener la menor prisa por iniciar la reforma de los Monjes Negros, ni urgía al rey para que cumpliese su palabra.

Ahora que el rey estaba sitiando la ciudad de Toledo, don Roberto echaba de menos las visitas mutuas, las veladas con el guerrero que al tiempo era hombre culto y reflexivo. Es cierto que le perdía su amor por las mujeres, pero al fin y al cabo Dios le había hecho varón ardoroso. Del mismo modo que era guerrero valiente, era enamoradizo y apasionado, pues el mismo calor de la sangre hace arder ésta en la guerra y en el amor. El piadoso abad de Sahagún sabía perfectamente que el rey, aunque casado legítimamente con doña Constanza, la pariente de Hugo Cándido y bendecida por el mismísimo Papa, se había enamorado de otra mujer. Era muy hermosa doña Gontroda. En realidad, que él supiese, todos los reyes y ricohombres tenían a su legítima esposa, a la que honraban como portadoras y guardianas del honor de su casa, pero se distraían con otras jóvenes, alegres y desenfadadas, con las que no habrían soñado en casarse. Las damas se solazaban con perritos y oraciones, con bordados y con sus hijos. Todos tenían sus entretenimientos. La vida es larga y aburrida.

Más de una vez el monarca le había hecho partícipe del poco entusiasmo que despertaba en él doña Constanza. En cambio Gontroda... Gontroda también era de sangre noble, y aun nobilísima. Roberto se preguntaba si él podría hacer algo por su señor y amigo. ¿Podrían ambos independizarse de la sombra de Hugo Cándido?

¿Podrían cortar con el Papado sin ser excomulgados? Si se libraran de Constanza, el más firme baluarte de Hugo en Spania, quizá sería posible. Pero Constanza estaba esperando un hijo, aunque ello no sería óbice para deshacerse de ella; se podía declarar el matrimonio inválido pero el hijo ser legítimo, si el rey quería legitimarlo. Sólo habría que esperar que el niño naciese y que el rey tuviese al menos un heredero seguro. Si más tarde Gontroda tuviese un hijo, el nuevo desbancaría al otro como heredero, y el hijo de Constanza quizá sería un príncipe de la Iglesia en el futuro. El piadoso varón de Sahagún se sentó en su *scriptorium* y cogiendo el cálamo lo mojó en el frasco que contenía su tinta negra especial; luego, decidido, se puso a escribir. No lo hizo con la secular letra visigoda que enseñó el obispo Ulfilas, escribió con su hermosa letra Carolina, que era la única novedad que había introducido:

Para Alfonso Rex Imperator: de vuestro servidor en el Señor Jesucristo, Roberto, Abad de Sahagún. Salud y gracia:

Desde hace largo tiempo vengo meditando en vuestra situación pues, siendo devoto hijo de la Iglesia y habiendo obedecido en todo al Papa, creo os encontráis en pecado y en peligro de perder vuestra alma inmortal.

No me consta que fueseis voluntariamente al matrimonio con vuestra esposa Constanza, a quien el cielo bendiga, pues si contrajisteis nupcias con ella fue por obedecer al Papa y ni siquiera un amor surgido luego ha venido a legitimar ese connubio. En ese caso vuestro matrimonio no es válido, por ende estáis viviendo en pecado con la virtuosa doña Constanza.

En cambio sé que amáis a la joven Gontroda, quien también tiene merecimientos para convertirse en vuestra esposa legítima. Decidme, alteza, si mi apreciación es verdadera y procederemos a incoar un expediente de nulidad de vuestro actual matrimonio en base a que no hubo verdadera aceptación de vuestra parte, es decir, que fuisteis forzado a él y no voluntariamente. Luego veríamos de casaros con vuestro verdadero amor, doña Gontroda. El asunto del heredero quedaría, en todo caso, resuelto por doña Constanza, quien pronto parirá vuestro hijo, gracias a Dios.

Quedo a la espera de vuestra respuesta, en Dios Nuestro Señor, el Abad de Sahagún y servidor vuestro: Roberto.

Estaba don Alfonso en su cerco a Toledo, preocupado porque las recientes lluvias debían de haber aliviado, siquiera en parte, el duro cerco. Se habrían regado las pequeñas huertas que salpicaban la ciudad y llenado los cántaros con agua fresca. Aunque hubiera pozos en la urbe, éstos no podían usarse para regar los huertos; su agua era demasiado preciosa para ello. Además, si no lloviese, terminarían por

secarse a pesar de estar cerca del Tajo. El suelo era de roca dura y pocas filtraciones habría para los pozos de reserva. Cualquier aportación del cielo era muy bienvenida y bendecida por los sitiados habitantes. Para ellos era señal segura de que Alá el Misericordioso no les abandonaría en manos del traidor Adefonsus. Para el estratega que era el rey emperador, la lluvia recién caída era un revés. Cada gota alargaba su estancia a los pies de Toledo. Sentado bajo un árbol cavilaba si sería posible desviar el agua del poderoso río para acortar las reservas en lo posible. Sabía que había un hilo de agua desviado del río que terminaba en el sótano inferior de palacio. Lo sabía pues había vivido en él cuando compartió mesa y mantel con su amigo el rey de Toledo, el bienquisto Al-Mamun —¡tan diferente del menguado nieto: Otman ben Abu Beker, conocido como Al-Qabir!—, y si bien, en caso de necesidad, esta corriente era suficiente para la corte no lo era para dar de beber a los sedientos habitantes y menos aún a las bestias encerradas allí arriba.

Un servidor se acercó tosiendo para romper el silencio que envolvía al rey. Este volvió de sus ensoñaciones y se dirigió al hombre.

—¿Sí? ¿Pasa algo?

El individuo se acercó un poco y dijo en voz baja:

—Señor, un correo ha llegado desde Sahagún. Ha dicho que tiene un recado que debe ser entregado en mano.

Suspiró don Alfonso, dudando entre ir al encuentro del mensajero o hacerlo conducir a su presencia.

—¡Dadle de comer y de beber, y cuando se haya repuesto de su fatiga, me lo traéis! —El hombre se fue a cumplir las órdenes recibidas. El rey se quedó tranquilo y a solas. Volvió a sus divagaciones.

Doña Constanza estaba mejor, ya no tenía ojeras moradas ni lloraba a todas horas. Desde que él, siguiendo el consejo de Zayda, trasladase sus cuarteles a la casa de la reina, ella dormía mejor y comía poco, pero comía sin devolver todos los alimentos como antes. El procuraba hablarle todos los días, aunque bien sabe Dios qué no sabía de qué. Era extraño, él era un amador nato que nunca estaba sin palabras ante las damas, pero ahora, como un castigo divino, no sabía qué decirle a su esposa, la buena y piadosa doña Constanza de Borgoña. Buena, piadosa y fértil, pero al tiempo insulsa como una hierba silvestre. Pero ella llevaba en su seno al niño que había de heredar el trono, a la esperanza de Spania, y además ella le amaba, lo veía en sus ojos glaucos y pálidos. ¿Por qué, Dios mío, por qué, él, que se enamoraba de todas, no podía amar a Constanza? Nadie sabía que cuando yacía a su lado se le antojaba que dormía junto al Papa y a Hugo Cándido, su pariente y valedor. ¡Qué sosa era! En cambio Gontroda... Hasta la pequeña Zayda tenía más vida en la punta de sus

uñas que la mesurada y noble Constanza.

Él había besado a Zayda y desde entonces no la había olvidado, deseando repetir el beso y otras muchas cosas que no se le ocurrían en relación con Constanza. No sabía por qué lo había hecho y no se arrepentía de ello. La joven era como una fruta fresca, pero también como una brasa que de pronto puede reventar en llamas. ¿Por qué no era doña Constanza como ella? Claro que la reina era de una antigua familia borgoñona y el Papa la había elegido como reina de Spania porque era fértil, como habían probado sus sucesivos embarazos con el conde de Chalons, y porque era piadosa y porque era pariente de Hugo, no por ser arrebatadora. Siguió el rey con sus disquisiciones mientras una figura se acercaba a él. Zayda también era de una antigua familia, era una princesa de sangre real, más educada e ilustrada que Constanza. Le habían dicho que ella se había educado entre las *almeas*, y aunque don Alfonso conocía bien la cultura árabe, nunca había conocido a una de estas damas y se le hacía difícil comprender, y aceptar, que Zayda supiese de música, de filosofía, de medicina, de alquimia, de geometría y de filosofía, y danzar y cantar y otras ciencias y artes ocultas a los hombres. Pero ese misterio también le atraía deseando ver qué hacía a las *almeas* diferentes de las otras mujeres.

—¡Señor, señor! —La voz de un joven vino a romper sus meditaciones. Era, sin duda, el mensajero de Sahagún. Era un monje de poca edad que ocultaba su tonsura bajo un capuchón pardo, pero que ahora se veía claramente al tenerlo caído sobre los hombros. Le alargó un rollo cerrado con una cinta y sellado con cera—. El buen Dios os bendiga, alteza, traigo esto desde Sahagún para vos. Os lo envía nuestro venerable padre abad, don Roberto. Leedlo cuando gustéis; debo esperar vuestra respuesta, pero no corre ninguna prisa.

El rey tomó la misiva y agradeciendo el largo camino hecho por el emisario le despidió con un ademán. Quería leerlo a solas. ¿Qué podía querer don Roberto? ¿Acaso se le había ocurrido empezar con la encargada reforma de los Monjes Negros de Cluny? No estaba dentro de los planes del rey llevar a cabo esta reforma en ese momento en que debía concentrarse en el sitio de Toledo. Sin duda habría resistencias y rebeldías entre los hombres de la Iglesia y éste no era el mejor momento para acudir a apagar fuegos.

Empezó a leer la misiva... «Para Alfonso Rex Imperator: de vuestro servidor en el Señor Jesucristo, Roberto, Abad de Sahagún. Salud y gracia... —Con sorpresa llegó al punto—:... si mi apreciación es verdadera procederemos a incoar un expediente de nulidad de vuestro actual matrimonio en base a que no hubo verdadera aceptación...» Llegó hasta el final y plegó la carta cuidadosamente. Ante todo habría que esperar a que Constanza diese a luz. Necesitaba

desesperadamente un heredero varón. Constanza era una buena paridora, a los pocos meses de su matrimonio ya estaba esperando dar a luz al primero de sus hijos. Y quizá sería sensato esperar a tener inclusive un segundo hijo antes de deshacer el matrimonio. Lo pensaría. Se levantó y se fue hacia la casa de la reina. Hacía días que había tomado la costumbre de visitarla hacia la hora de comer, y aunque él, como su capitán, almorzaba con sus hombres, hacía ver a la reina que le importaba lo que ella comía, que se interesaba por su salud y ella se lo agradecía comiendo calladamente algo de todo lo que le traían mientras le miraba de vez en cuando, tímidamente, con sus ojos glaucos y lánguidos.

Llegó a las habitaciones de la reina y la besó en la frente.

—¿Cómo estáis esta mañana, doña Constanza? ¿El niño os ha dejado dormir?

Ella enrojeció como si él hubiese dicho algo inconveniente ante sus damas.

—Oh, sí, mi señor. He descansado bien. El niño es bueno;

Él se sentó junto a la *regina* y le tomó la mano.

—Vengo, señora, para asegurarme de que coméis, no como antes, que han dicho que dejabais el plato sin tocar. Ya sabéis que deseo que os alimentéis bien, por vos y por nuestro pequeño. ¿Cómo habría de crecer si no le dais de comer? —Intentaba bromear, pero se sentía in— cómodo. Le parecía que ésas no eran palabras de varón, sino de blanda dama. Buscó a Zayda con los ojos y vio aprobación en ellos, entonces se sintió mejor. ¿Por qué había de buscar la aprobación de la joven? Pero era así. Pensó en Gontroda, pero se dio cuenta de que la aprobación de Gontroda le habría importado menos que un comino ínfimo. Estaba enamorado de Gontroda, pero nunca recordaba haberle preguntado nada en concreto, ni, por supuesto, buscar su callada aprobación. Sintió algo de fastidio. ¿Por qué era Zayda tan imprescindible a los que la conocían? La reina no podía pasarse sin ella. Zayda sabía de pájaros y flores y distraía las horas de forzado reposo de la soberana contándole historias y dibujando para ella aquellos pájaros y aquellas flores de que le hablaba. Otras veces le entonaba canciones que había aprendido en la escuela de las *almeas*\ Zayda tocaba la lira nonacorda, lo que causaba admiración entre los cristianos, pues nadie había visto una. La lira, explicó a las damas borgoñonas, era un instrumento de cuerda punteada primitivo, cuyo origen los griegos atribuyeron a Hermes o a la musa Polimnia. Fue el instrumento que tañó Orfeo y el que acompaña a Apolo como símbolo del Estado ciudadano, de la cultura y de la música... Ellas la escucharon embobadas y desearon al punto saber quiénes eran aquel Hermes y aquella Polimnia. También lloraron mucho con la historia de Orfeo y Eurídice.

—¡Adiós, señora, he de ir con mis hombres! Preguntaré luego si habéis comido bien. —Alfonso se levantó y besó la mano lasa de la reina; ella le miró agradecida—. Volveré esta noche. ¡Esperadme levantada! —bromeó don Alfonso. Constanza enrojeció violentamente. Zayda se echó a reír y luego se tapó la boca—. Perdón, señora —dijo, y salió corriendo. Alfonso aprovechó la tesitura y abandonó la habitación. Al salir se encontró con Zayda, que terminaba de reírse fuera de la habitación de la reina.

—¿A qué viene tanta risa? —dijo entre molesto y divertido—. Tampoco era para tanto. —Ella intentó restaurar su rostro y recuperar la compostura.

—No me reía de vos, don Alfonso, me dio risa la reacción de la reina.

Zayda era hermosa como la musa Polimnia, y Alfonso, sin pensarlo dos veces, la tomó entre sus brazos y la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento. Luego la soltó y dijo:

—Vos también esperadme levantada. —Y se fue a grandes zancadas. Zayda le vio alejarse con mirada pensativa. Había dejado de reírse.

Desde que Zayda y Alfonso iniciaron sus amores, ya nunca se distanciaron uno del otro, a menos que fuese imprescindible. El rey seguía casado con doña Constanza, a la que honraba como su legítima esposa, continuaba sus amoríos con Gontroda, que ahora era sólo la amante ocasional del rey, pero repentinamente se había enamorado y amaba profundamente a la que consideraba su prometida, doña Zayda, a la que no sólo amaba, sino que admiraba como jamás había admirado a ninguna mujer. Sabedor de que la vida de las mujeres, aunque fuesen reinas, pendía siempre de un hilo, y más cuando daban a luz a un hijo, juró a Zayda que, cuando Dios dispusiese de Constanza, ella ocuparía el trono. Zayda quería creer las palabras de su amante; ella, por fin, se sabía amada por quien había sido su prometido desde que era una niña. El la amaba, eso era cierto, y ella convivía con él. Alfonso había tomado su dote y ello era prenda cierta de que la consideraba su prometida y esposa en el futuro; pero como princesa, Zayda sabía cómo era la política, no en vano era hija de reyes y sabía que las exigencias de la corona primaban sobre las exigencias del corazón. Pero no quería pensar más allá de ese venturoso presente en los brazos de Alfonso.

El rey emperador comentaba con Zayda los problemas de la gobernación del reino, había hallado en la joven un consejero culto, prudente e inteligente.

Se sentía agobiado, los hechos se precipitaban y él no podía abandonar el cerco que tanto trabajo le estaba dando. Si lo hiciese, todo lo pasado sería tiempo perdido. Ahora le llegaban noticias

sorprendentes y preocupantes al tiempo.

¿De qué manera se había enterado el papa Gregorio de las intenciones del abad Roberto? ¿O quizá simplemente sospechaba que sus órdenes respecto a la reforma de la liturgia no iban bien encaminadas? Lo cierto es que de un día para otro informó al soberano de que en Burgos se había de celebrar un concilio, ya que la reforma proyectada no iba por buen camino; se quejaba porque el hombre de Cluny en Sahagún no había tomado la menor medida respecto a la dicha reforma romana y, lo que es peor, había llegado a sus oídos que don Roberto abrigaba un propósito nefando, cuál sería la anulación del matrimonio de Constanza con Alfonso. Sin darle tiempo a prepararse, el Papa le anunciaba que el Concilio de Burgos empezaría tan pronto llegase allí el legado papal, que esta vez no sería Hugo Cándido, sino el cardenal Ricardo.

—Ya veis, doña Zayda, el Papa me acosa en relación con este cambio de liturgia que nos ha de traer a todos hartos dolores de cabeza Abandonar, sin más, nuestra liturgia visigótica, o mozárabe si gustáis no nos resultará gratis. Todos los abades y superiores de todos los monasterios y conventos del reino se han de resistir, inclusive violentamente. ¡Y ahora convoca un concilio en Burgos, sin mi aquiescencia previa! Vuelve a esgrimir aquello de la herencia de san Pedro, el mito de la donación de Constantino... ¡El muy pícaro sabe tan bien como yo que eso es un cuento!... —Sentados en el suelo, sobre grandes cojines, al estilo moro que tanto apreciaba el monarca, conversaban amigablemente. Ella le escuchaba atentamente.

—¿Y cuál es su intención, en último grado?

—¿Su intención? Moverme el suelo bajo los pies. Quitarme la silla de debajo del culo. Buscarme problemas. Asegurarse de que su sobrina no sea despedida. Quitar a don Roberto de Sahagún, pues no ha respondido a sus expectativas. Nada bueno para mí, y lo peor es que, aunque tengo derecho a asistir, no puedo moverme de aquí, estoy preso en esta telaraña.

Zayda le miró largamente, algo pensaba pero no dijo nada, en lugar de ello hizo una extraña pregunta.

—¿Don Roberto es un hombre sano? —El rey la miró sorprendido, no comprendía qué tenía que ver todo su problema con la salud de don Roberto. Volvió a escuchar la voz de Zayda—. ¿Decidme, lo sabéis?

Pero el *rex imperator* estaba convencido de que ella era una persona de extraña inteligencia, por ello no se revolvió ante la pregunta, sino que, cautelosamente, preguntó a su vez:

—¿De qué os serviría ese dato, pequeña? —Cuando estaban solos, muchas veces la llamaba así porque junto a él Zayda parecía menuda de cuerpo, aunque en realidad no lo era.

—Vos decidme lo que os he preguntado y luego me explico. —Nadie se atrevía a hablar así al rey, pero él contestó sin dudarlo.

—Considerando su edad es hombre sano y fuerte pero atacado por la gota y dolores en todas sus articulaciones. Cuando el mal lo acomete no puede moverse y a veces se llena de llagas en los pies. Dios le manda pruebas en forma de dolores insoportables. Por lo demás no tiene otra maladía.

Ella pareció alegrarse.

—¡Gota, señor, qué suerte!

—Zayda, no creo que os alegréis de su mal, ¿qué os hace decir tal cosa?

—Bies sabéis que soy mujer educada en ciencias que a vosotros os parecen arcanas o impropias, pero por esta vez os van a ser de utilidad. ¿Ha de acudir don Roberto al Concilio?

—Sí, sí, el más necesario allí es don Roberto, en cierto modo todo esto es contra él y ha de estar allí para contestar, o para al menos tratar de defenderse.

—Alteza, tengo tantos conocimientos de medicina como cualquier galeno, las *almeas* han de conocer el cuerpo y sus funciones y las yerbas, pócimas y pociones que lo curan y enferman. Enviadme con el hombre de Sahagún como su curandera, ya que no puedo ir como su médico, pues no se lo creerían. Yo seré vuestros ojos y oídos en el Concilio.

Alfonso se escandalizó. ¡Una princesa, su prometida, haciendo oficios bajos, como una curandera del pueblo! Pero ella le miraba seriamente. Empezó a ver el asunto desde otro punto de vista. Una curandera no, una espía. Una enviada. Una representante suya, aunque de incógnito. Era una joven inteligente, casi nadie la conocía fuera de la corte. Hablaba perfecto latín y romance además del árabe y otros idiomas que él mismo desconocía, como el arameo y el siríaco. Nadie sabría que era hija de Alá.

—¿Cuál es vuestra idea, princesa?

—Escribid al abad que le enviáis una curandera que ha atendido a doña Constanza. Decidle que creéis que puedo aliviar su gota, que permaneceré con él unos meses hasta que lo vea bien. Luego volveré a vuestra corte. Es mejor que ni siquiera el abad sepa que soy otra cosa que la que aparentaré. Hay que ser cauto, alguien en su entorno está al tanto de todo lo que él hace, ¿cómo si no han escrito al Papa contándole sus intenciones?

Alfonso vio que Zayda tenía mucho sentido común. Sí, era mejor que sólo ellos conociesen los planes.

—¿Y cómo os iríais de aquí por un largo tiempo sin despertar sospechas?

—Doña Constanza está a punto de dar a luz. No es éste un lugar

bueno para parir, hay mucha humedad, mucho ruido y ya va haciendo excesivo calor. Además en cualquier momento puede haber una algarada. El cerco puede producir alborotos, tumultos y reyertas, eso si no hay una lucha abierta. Debéis mandar a la reina, muy despacio, a Burgos. Yo la acompañaré hasta allí y me quedaré con ella hasta que nazca el niño; luego que haya parido, haré ver que me voy, y todos creerán que he abandonado la ciudad; pero en realidad pasaría al servicio del abad don Roberto, que ya estaría en Burgos para el Concilio. El único problema podría ser que aquí me echasen de menos, pero tengo una idea que me hará invisible y a nadie extrañará mi ausencia.

¿Invisible, señora? —se extrañó el rey—, eso no es posible. —Suspiro • ¡Ojalá lo fuese! —Zayda se rio con sonrisa pícara y algo taimada —No quiero decir que desaparezca, señor. Estaré allí pero nadie me verá, ni me echará de menos.

Alfonso se impacientó un poco.

—Decidme cómo. No caigo...

—Dejadme hacer, alteza. Os prometo que nadie me echará de menos. Apareceré en el momento más oportuno. Os escribiré. Sólo hay que seguirme la corriente. A todo decid que sí. Cuando mi función en el Concilio acabe, iré a recoger a la reina para volver. Ella habrá de quedarse allí con el recién nacido hasta que éste esté un poco fuerte para volver a un campamento guerrero.

—¡Pero no podéis ir sola de un lado para otro, como una mujer de la floresta! —se escandalizó el rey—. Cuando os alejéis del séquito de doña Constanza, ¿quién cuidará de vos?

—Yo misma cuidaré de mí, pero no os angustiéis. Mi eunuco Nashi y mi joven servidor Hafs vendrán conmigo. Tienen muchos recursos. En tierra de cristianos serán Basilio, mi padre, viejo mudo; y el joven será un esclavito musulmán, de nombre Yusuf. Si es necesario tener correspondencia privada, Hafs será nuestro correo. ¿Podré disponer de uno de los soldados como correo, digamos, «oficial»?

Zayda hablaba con seguridad y Alfonso pudo ver que ella no tenía temor alguno. ¿Serían todas las *almeas* tan decididas? Alfonso le dio la razón, necesitaba estar enterado de lo que allí se dijese, de lo que el legado pontificio determinase. Parcialmente el futuro de su reino dependía de esa información. Una vez que el rey estuvo de acuerdo, ella explicó sus planes al monarca. Eran simples pero no podían fallar. Alfonso quedó todavía más prendado de Zayda, ella revivía en él sus días más felices, sus días de juventud, cuando lo arriesgaba todo y salía indemne.

Esa misma noche el rey escribió a su amigo don Roberto:

Adefonsus Rex Imperator al bendito don Roberto, Abad de

Sahagún, salud y gracia: sépades que he recibido noticias del Santo Padre y que en ellas me comunica que se ha de celebrar un concilio en mi ciudad de Burgos, concilio que entiendo se celebra para acelerar la conversión del rito mozárabe al rito cluniacense o romano. También creo al Papa informado de vuestra oferta, y no lo sabe por mí.

Entiendo que vos habéis de asistir, como encargado que sois de iniciar este cambio. Yo no puedo acudir porque estoy apretando el cerco a Toledo y dejarlo, aunque fuese por pocos días, sería perder el trabajo de todos estos meses. Mantenedme informado, si podéis, de lo que allí se diga y haga.

Doña Constanza está a punto de traer el príncipe al mundo y he pensado que no es éste el lugar más apropiado para que nazca un infante, el más esperado. Así que la *regina emperatrice* irá a Burgos, en donde permanecerá hasta que el niño esté en condiciones de venir con su madre de regreso. Os digo esto porque con la reina irá una curandera que me han recomendado desde el reino de Asturias y que me ha sido de suma utilidad. Sabe de muchas cosas pero sobre todo puede curar o mejorar grandemente la gota, cosa que ha hecho aquí con varios de mis hombres, torturados como vos por esa dañina maladía. Ya que ha de ir con la reina, luego tenedla con vos mientras estéis allí y ved de mejorar vuestra salud con sus consejos.

Tratadla bien pues está bajo mi protección ya que tan bien me ha servido y espero me sirva en el futuro. Es mujer piadosa y viaja con su padre, un viejo mudo, y les acompaña un pequeño esclavito moro que yo le he regalado en agradecimiento a sus servicios. Ellos son forestanos, dejadles libertad para vivir donde quieran, buscar sus hierbas y hacer sus medicinas y emplastos, que confío os harán bien. Tenedme informado, como os digo, y si os fuera posible, de todo lo que suceda. Queda vuestro en Señor Jesús, Adefonsus Imperator.

Mientras la carta hacía su camino a Sahagún, la reina Constanza con un séquito de damas y soldados hacía camino al norte. A Burgos, a dar a luz al heredero del reino. También iban servidores de muchas clases, la reina llevaba a todo su cuerpo de casa y Zayda el suyo, no en vano era princesa de sangre real y acompañaba a la reina.

A pesar de todas las incomodidades que trae consigo un viaje, doña Constanza estaba contenta y se sentía bien. Hacían camino en jornadas cortas y unos adelantados iban preparando el alojamiento para ella y su corte, de modo que cuando llegaban tenían tiendas confortables, agua caliente para el baño y comida lista. Sólo viajaban por la mañana, comían al llegar y descansaban toda la tarde. Además el rey había insistido

para que Zayda acompañase a su esposa, y la princesa, a su vez, se mostró deseosa de hacerlo. Además, en secreto, Zayda dijo a doña Constanza que, aunque era joven doncella, sabía secretos que le disminuirían su dolor, si llegaba a sentirlo. Le prometió que se quedaría junto a ella cuando llegase la hora y que no se apartaría de su lado por nada del mundo. Doña Constanza, a su vez, le aseguró que no tenía miedo. Que ella era buena paridora, que su hora solía ser muy corta y le confesó que mientas sufría rezaba y entonces todo se le hacía más llevadero. Zayda estuvo de acuerdo en que la oración disminuía el dolor y le prometió rezar ella también a Lela Marien, la madre del buen Jesús.

Zayda llevaba consigo un reducido séquito, alguna doncella, su eunuco Nashi y el pequeño Hafs, que la seguía como un perrillo fiel, más una docena de soldados que constituían su escolta personal; la princesa había rogado que éstos fuesen de origen árabe, algunos de los que con ella habían venido desde Sevilla, cosa a la que accedió de buen grado el *imperator*. Todos comprendían que al ser de sangre real no podía por menos que llevar para su custodia, además, a un hombre fiel, a un pequeño sirviente y alguna mujer que la acompañase por las noches. La escolta árabe de la princesa no hablaba con nadie, sólo con la hija de Al-Mutadid, y esos moros vestían ropas ricas y llamativas, como si quisiesen no pasar desapercibidos. Dormían armados hasta los dientes y sus pálidos alfanjes reflejaban igual el sol que la luna. Aunque constituían un grupo cerrado y hermético, tampoco molestaban a nadie.

Durante el viaje Zayda y Constanza compartían a veces una pequeña litera, donde cabían tan justas que a veces se reían al caer una sobre otra con los desniveles del camino. Otras veces Zayda montaba a caballo como un pajecillo y no a mujeriegas, sino a horcajadas, y cabalgaba junto a la litera de Constanza; entonces trataban de charlar, un poco a gritos por la distancia y terminaban riendo como chiquillas. El viaje rejuvenecía la reina y le sentaba a las mil maravillas, de modo que aún su cutis de normal tan ceniciento se encendió con tonos sonrosados. La princesa pensó que la reina debía de haber sido una hermosa mujer en su primera juventud; eran los repetidos embarazos, el desamor y el aburrimiento los que al fin la habían tornado en una matrona gris y desangelada.

Aprovecharon el viaje para buscar aquellos pájaros de los que Zayda había hablado a las damas sin que éstas los hubiesen observado jamás. Ahora, al aire libre, era posible ver su vuelo fugaz *y oír* su trino cantarino entre las ramas. Más de una vez pararon en su camino y para desesperación de los hombres del séquito, que querían llegar

cuanto antes a Burgos, esperaron en silencio hasta que el pájaro cantor se dejase ver. Alegres como si hubiesen tenido un repentino regalo, seguían luego su camino, justo es decirlo, entre los juramentos en voz baja de los soldados, que no entendían por qué las damas son tan caprichosas e inconscientes del peligro que entraña todo camino, largo o no. Los únicos que no protestaban y callaban a todo eran la guardia mora de la princesa sarracena. Los deseos de la *sayyida* eran ley para ellos.

Zayda, en silencio, vigilaba. Un día, cuando se acercaban a Burgos hizo llamar al capitán. Él se apresuró en venir, sin comprender qué podía querer la princesa agarena.

—¿Me habéis llamado, alteza? —dijo destocándose al estar en presencia de una noble joven.

—Gracias, capitán, por haber venido tan prestamente. Sí, os he llamado para haceros una pregunta, si no sabéis la respuesta seguro que sabéis quién me puede responder. —El la miró, interrogantes sus ojos pardos—. Bien, ya estamos cerca de Burgos, el día de la reina se acerca mucho, quizá demasiado. ¿Sabéis si el palacio ya está listo para recibirla?

El capitán se sorprendió de la pregunta.

—Eso, señora, cae fuera de mi jurisdicción. De palacios no sé nada, sólo velo porque el viaje sea feliz y por la seguridad y comodidad de la reina durante nuestro tránsito.

—Es lo que me suponía. ¿Me podéis decir quién vela por esos arreglos?

—Ha sido designado, creo, el copero mayor, don Eucaristo.

—Gracias, capitán. ¿Me podéis mandar a don Eucaristo? Necesito hablar con él lo antes posible.

—Se hará como pedís, princesa. Si remolonea, yo mismo lo traeré ante vos. —Se despidió con una profunda inclinación y se alejó. «¡Qué hermosa mujer! —se dijo para sus adentros—. ¡Qué suerte la del *rex imperator*\» Ya era *vox populi* que el rey y la princesa mora eran amigos y que doña Gontroda iba quedando cada vez más atrás. La única que quizá no sabía nada era la reina, doña Constanza.

Don Eucaristo no tardó en llegar ante la princesa. Estaba algo molesto porque intuía que ella le pediría algo y no deseaba que una mujer se entrometiese en sus bien perfilados planes, pero no podía negarse a acudir a su llamada, de sobra sabía que era la favorita del rey, y su prometida para el caso de que falleciese doña Constanza, cosa más que probable, como había fallecido doña Agnes, conocida como Inés de Aquitania. Más le valía obedecer a la próxima reina de Castilla y de León, aunque fuese una infiel.

—¿Me habéis convocado, señora? —preguntó al hallarse en presencia de la joven islamita.

Ella le sonrió como si no hubiese otro hombre en la tierra.

—Os pido perdón, noble señor, por haberos interrumpido en vuestros pensamientos, y apartado de vuestros muchos deberes —dijo con respeto a los cabellos grises de don Eucaristo—, pero necesito algunos datos para bien de la reina. ¿Sabéis si en palacio se han hecho ya los preparativos para recibirla en unos días? Estamos ya tan cerca...

El caballero respondió:

—Antes de salir de Toledo ya envié noticias de que todo estuviese limpio y oreado. Todas las bandejas, los *mensorios, frixorios* e *inferturias* deben ya de estar pulidos y en su sitio, sobre todo los argénteos; he ordenado que las *lucernas de allatone* así como cada uno de los *candelabrum* brillen como nuevos. Que se revisen los ciriales y se pongan velas nuevas de cera pura también en los pequeños *castízales*. Que se limpie toda la plata, bronce y auricalco. También he ordenado que las *manutergias* fuesen sólo rojas, que los *plumados* y *culcitras* se golpeasen y pusiesen al sol. Que para la reina se preparen *plumados stricos*. Que se revisen los *aquafusiles* para cuando se ofrezca agua para lavarse las manos a los comensales estén estos *aquafusiles* en buen estado. Espero que todo esté en orden, alteza.

—¡Qué bien, don Eucaristo! ¿Puedo añadir que se llenen de flores todos los búcaros, que se pongan cortinas *pélleas literatas*. También deseo que las sábanas sea integrizas, y que, por esta vez, no sean rojas (*sábanos antemanos*) como pide la costumbre, ni a rayas *literatas*, sino sencillas, de una sola pieza y de color blanco.

—¡Blancas! —se escandalizó el copero mayor—. ¡Pero, señora, eso iría contra la etiqueta! ¡Para los reyes sólo *sábanos antemanos*, sábanas rojas!

—Lo sé, don Eucaristo. Pero por esta vez sean blancas, como pido.

—¡Ni siquiera las habrá en palacio! No será posible.

—Sí lo será, y os lo diré claramente, aunque quería ahorraros las explicaciones. La reina va a dar a luz sobre esas sábanas. Las rojas no son apropiadas, ocultan la sangre. Quiero sábanas que acusen las pérdidas. ¿Habéis ahora entendido? Habrán de ser blancas para mejor vigilar a la reina. —Le miró fijamente.

Él, azorado, bajó la vista. La princesa se le antojó desvergonzada.

—Tomaré medidas, señora, ahora mismo despacharé recado para que lo preparen como habéis pedido.

—¡Ah, y que convoquen a palacio a una mujer que vive en las cuevas del mercado, que se llama Abir! Es mora y vende hierbas en un puesto en la plaza. Para ella tengo un encargo. —Le alargó un pliego —. Que le lean este pedido y que se ocupe de obtener todo lo que aquí está escrito. —Abrió la mano y enseñó una moneda—. Que le den esto como adelanto. Decidle que la hija de Al-Mutamid de Sevilla la esperará en palacio en cuanto llegue. Le mandaré recado. ¿Habéis

entendido? —Don Eucaristo no podía dar crédito a sus oídos, la miró con ojos incrédulos. ¿Era acaso una bruja esta princesa? Las honestas cristianas no jugaban con pócimas ni se hablaban con curanderas ni hierberas, pero esta joven era sarracena... Ella ignoró su mirada e insistió—: ¿Me habéis oído, don Eucaristo?

—Perfectamente, alteza, enviaré hoy mismo un mensajero con vuestras indicaciones.

—Bien, don Eucaristo, pero recordad, no son indicaciones, son órdenes. ¡Ah, y que no vaya un mensajero, que vaya un propio! Yo os facilitaré uno. Deberá acompañarle un soldado, uno que sepa correr, a pie y a caballo. —Se despidió graciosamente con un ademán y una sonrisa y se alejó—. Adiós, gentil caballero. Os envío a mi propio ahora mismo, tened preparado al soldado de compañía. —Fuese sin mirar atrás.

Mientras don Eucaristo, sin tiempo para pensar ni para rezongar; mandaba a buscar a un soldado de su confianza, ya se presentaba ante él un moro perfectamente equipado y vestido como para un raudo viaje.

—Me envía la *sayyida* —dijo—. Espero a un cristiano que vendrá conmigo. Mi caballo se llama Viento, mejor que el del cristiano se llame *Rayo*.

Don Eucaristo masculló:

—Se llevará el mío, se llama *Avalancha*.

El moro sonrió con sonrisa helada mostrando unos dientes perfectos, agudos como los de un lobo.

—Ello complacerá a la *sayyida*.

6

Una heredera para el reino. La doncella Paradox

EN BURGOS todo estaba preparado cuando llegaron los viajeros. En el palacio de Suso todo parecía estar en orden. La plata, el cobre y el auricalco brillaban en las bandejas y en las peanas de los grandes candelabros. Un leve olor a moho delataba que el palacio había estado cerrado durante meses, pero para alejar el desagradable olor se habían quemado sales olorosas y resinas aromáticas.

Al parecer todas las camas esperaban visitantes, estaban perfectamente hechas y aderezadas. Pero eso era sólo una ilusión, debajo de las *calcitras* no había colchones de lana, ni sábanas, ni mantas: una tosca colchoneta estaba cubierta por una sobrecama o cobertor de seda de rayas multicolores, y nada más. Pero la etiqueta pedía que estando allí el rey o la reina todo debía lucir en perfecto estado, las habitaciones debían parecer ocupadas y el castillo íntegro en todos sus detalles. Ni salones sin abrir ni habitaciones polvorientas ni nada por el estilo.

Cuando llegó a Suso, doña Constanza estaba a punto de dar a luz, y aunque su espíritu era bueno, estaba cansada. Zayda no se apartaba de su lado y la reina agradecía la compañía de la que consideraba su mejor confidente en la corte, en donde, al fin y al cabo, ambas eran extranjeras. Se preguntaba si la mora sería su amiga porque ella también era ajena a ese país y a sus costumbres. Sabía que a Zayda la habían enviado a la corte en calidad de prometida de su marido. Pero Constanza era sobrina de altas instancias de la Iglesia y Alfonso no la repudiaría so pena ser excomulgado y perder su título de emperador, y quizá su reino. Por ese lado estaba tranquila. Se preguntaba si Zayda estaba enamorada de Alfonso. ¿Esperaría la joven sarracena a que ella, la rana, desapareciese para tomar su puesto? Se sintió incómoda y prefirió no pensar en ello.

La *emperatrice* se alegró de ver flores en sus habitaciones e inclusive se presentó ante ella un joven músico por si la reina desease ser entretenida con alguna pieza de música mientras bordaba o descansaba También apareció, como por arte de magia, su perrito regalón: *Pincho*— y su bordado de oro y plata para la cortinilla de un tabernáculo que luciría en la iglesia Metropolitana cuando se tomase la ciudad de Toledo. Todo esto se lo debía a Zayda. Desde luego el copero mayor, don Eucaristo, había cumplido de una manera excelente con su función pero estos detalles eran propios de una mujer.

Tan pronto como pudo, Zayda envió a su sirviente, el pequeño

Hafs, a la tienda de la hierbera Abir. Sabía que ésta estaría preparada y aguardando su llamada, así que se sentó en el jardín esperando a la curandera. Hacía un día caluroso, pero bajo los árboles no se sentía la mordedura del sol. Casi se quedó dormida reclinada en un banco del parque.

—*Sayyida*. —Una voz la trajo de vuelta al mundo real—. Damos gracias a Alá el Misericordioso por volveros a ver.

La princesa se levantó y abrazó a la mujer.

—¡Ah, vieja madre Abir, agradezco al Misericordioso de los Cien Nombres porque nos ha dado oportunidad de vernos nuevamente! Pero sentaos a mi lado. Luego hablaremos de nuestros recuerdos, pero ahora el tiempo apremia. ¿Habéis conseguido lo que os pedí?

—Todo señora, y aún más. La reina parirá con felicidad, si ésta es la voluntad de Alá, el Misericordioso, el Generoso. —Sacó de una faltriquera varias bolsitas de yerbas y polvos que enumeró al tiempo que las depositaba sobre las tablas del banco—. Para acelerar las contracciones, si hiciera falta. Para adormecer el dolor. Para cortar las hemorragias. Para inducir al sueño. —Fue poniendo sus bolsitas en fila, unas detrás de otras ordenadas como una hilera de soldaditos mínimos. Sacó una última—: Para ayudar a bien morir si fuera necesario.

Zayda meneó la cabeza.

—No creo que nos haga falta, buena madre. Doña Constanza ha dado a luz muchas veces y siempre con felicidad. Que Alá el Misericordioso y Jesús el Todopoderoso la ayuden a parir un heredero para el reino.

Abir, recogió sus bolsitas con las hierbas y las guardó en un pequeño hato.

—Señora, *sayyidaˆ* ¿es la reina vuestra amiga o vuestra enemiga? Zayda le tapó la boca con su mano blanca y pequeña.

—Eso, Abir, no os toca a vos conocer. Por ahora concentraos en ayudarme a que el niño nazca bien y se críe sano. Luego ya veremos.

La mujer se arrodilló en el polvo y con la frente tocó el suelo. —Soy vuestra servidora, *amirah* Zayda. Me quedaré en palacio hasta que nazca el heredero o hasta que vos ordenéis lo contrario.

Esa misma noche doña Constanza se puso de parto.

Como todos esperaban, la hora de doña Constanza fue breve, nació una criatura sana y bien formada pero para consternación de la madre, no era varón, sino que fue una niña. En todo caso se envió mensaje al padre, en el cerco de Toledo, y al Papa, en Roma... «El reino ha sido bendecido con un heredero legítimo. Es hembra, pero es el primero de los hijos que sin duda alegrarán el matrimonio de los reyes...»

La noticia causó júbilo en todo el país, un gozo mesurado, pero

gozo al fin y al cabo. Un heredero legítimo alejaba el peligro de guerras civiles. Si en el primer año de casados doña Constanza ya había parido un hijo, ¿cuántos más podrían nacer a lo largo de los años en una venturosa vida conyugal?

La niña era fuerte y todo parecía ir bien. La reina se recuperaba satisfactoriamente y pronto manifestó su deseo de volver junto a su esposo. Sabía que Gontroda había quedado atrás y no deseaba dar pábulo a que aquella amistad se estrechase más todavía. Pero pronto hubo de desengañarse. Recibió una carta del *rex imperator*.

De Adefonsus Rex a la Reina doña Constanza. Salud y gracia. Bien sabéis cuán feliz soy por haber sido padre de una robusta criatura y cuánto deseo volveros a ver para reanudar nuestra feliz vida en común. Sin embargo, señora, no es éste el momento para hacerlo. Aquí en Toledo, junto al Tajo, hace un calor insoportable, hay miríadas de mosquitos y las fiebres tercianas y cuartanas campan por sus respetos. Inclusive con mosquiteros es difícil salvarse de la insolencia de las moscas y mosquitos. Pienso en vos y en la criatura que tenemos. No es éste el mejor lugar, al menos de momento. Os ruego y mando que no os mováis de Burgos, en donde el calor es más soportable y en donde vos y la criatura estaréis mejor. Tan pronto amaine el bochorno, enviaré a por vosotras. De momento os envío más servidores y damas de compañía, entre ellas a vuestra prima Gontroda, a quien tanto apreciáis. Ella, sin duda, añadirá tranquilidad a vuestras horas de espera.

Hago esto porque debo privaros, al menos durante algún tiempo, de la compañía de Zayda, a quien envió una carta de la que ella misma os hablará.

Queda vuestro, agradecido, Adefonsus.

Con esa carta quedó Constanza informada de que su viaje no era posible, o conveniente, al menos a los ojos del rey. Ella no había estado aún en un verano a orillas del Tajo, pero todos le aseguraban que era mejor que allí quedasen hombres recios, caballeros y soldados, que mujeres con niños recién nacidos. Además él había pensado en ella. Sin duda para que no sufriese le enviaba a su prima Gontroda, señal de que don Alfonso la amaba, a su manera, y que no deseaba que ella, Constanza, padeciese el tormento de los celos sabiendo que la hermosa Gontroda aprovecharía la ocasión para vivir abiertamente con el rey.

¿Qué asunto sería el de Zayda? Se le ocurrió un pensamiento oscuro: ¿no querría Alfonso sustituir a Gontroda por Zayda? Sin poder contenerse la hizo llamar. Ella acudió enseguida.

—¡Zayda —dijo fingiendo alegría—, he recibido carta del rey! No desea que la niña y yo volvamos a Toledo, por el calor y los

mosquitos, dice. También me comunica que me envía a mis damas y a otras personas para que me acompañen y me sirvan, pero añade que debo prescindir de vos y eso me entristece. —La miró buscando alguna expresión en el rostro de la princesa sarracena—. ¿Qué sucede? ¿Por qué queréis abandonarme? ¿Habéis solicitado vos que os releven de este servicio? ¿Acaso no os tratan bien?

Zayda no contestó directamente a todas las preguntas de la reina, en lugar de ello habló como si no la hubiese escuchado.

—¡Ah, doña Constanza! Me habéis llamado cuando ya hacía camino hacia aquí. Os traigo la misiva que he recibido de vuestro marido. Leedla por favor y así me ahorro las explicaciones. —Le alargó el escrito.

De Adefonsus Rex Imperator a Zayda princesa de Sevilla y reina propietaria de Cuenca. En el nombre de Alá el Misericordioso, por quien se escriben todas las cartas y se hacen todas las cosas, os envío ésta y os deseo salud y gracia.

Os agradezco la ayuda inestimable que habéis prestado a mi esposa doña Constanza y había pensado que guardaseis su compañía mientras ella hubiese de permanecer en Burgos. Resulta, sin embargo, que en Cuenca se ha desatado una especie de *fitna* o guerra civil. Yo no puedo acudir a ese lugar por ver de acallar los tumultos. Cuenca es parte de vuestra dote y vos, en puridad, sois la reina y la única a quien deben de obedecer los levantiscos. Parece ser que creen que, al haber puesto vuestra dote bajo mi administración, se les va a obligar a cambiar su religión islámica por la nuestra cristiana y por lo tanto desean unirse a la taifa de Valencia para que ésta les proteja.

Acercaos hasta vuestro dominio y hacedles saber que nada hay más lejos de nuestra intención. Ellos y su religión serán respetados. Bien sabéis que mi mayor deseo es ser rey de las tres religiones. Si Cuenca se entrega a Valencia habréis perdido parte de vuestra legítima herencia y dote. Haced camino de inmediato. Desde aquí os envío soldados para que refuercen a los que con vos llevasteis y éstos se unirán a vos en la ruta. Mandadme noticias durante la marcha; yo a mi vez se las haré llegar a doña Constanza, para su tranquilidad, pues sé bien lo mucho que os aprecia.

Cuando todo esté aclarado podréis volver con mi esposa. Hágase la voluntad Del Que Está En Lo Alto.

ADEFONSUS *Imperator*, desde Toledo

Constanza devolvió el escrito a su dueña.

—¿Qué pensáis hacer?

—Qué voy a hacer, señora, lo que sugiere el rey. Iré a Cuenca a

acallar a los desconfiados. Es mi dote, mi *mahar*, y es mi tierra, y como bien dice don Alfonso, soy su reina, su señora, la *sayyida*. Aceptarán mi palabra por buena pues viene refrendada por mi padre, que tiene mucho poder. Creo que todo es un malentendido. Como se sabe en toda la tierra de las amenazas de Yusuf ben Tashufin quizá creen que el rey quiere convertir a todos sus súbditos al cristianismo para tener más hombres cristianos contra Tashufin, si es que éste, por fin, llega a invadir la Península, como parece que son sus intenciones. No sé bien qué está sucediendo. Pero como es cierto que yo soy la señora natural de Cuenca y de Huete y otros lugares, que son mi dote, debo velar por ella. Tengo que irme cuanto antes, os mantendré informada, señora. —Se inclinó y besó el manto de la reina, y sin darle ocasión para decir nada más se alejó caminando firmemente sobre el suelo de piedra. La reina exhaló un suspiro, pero se consoló pensando que Gontroda ya estaba de viaje y que pronto la tendría bajo su vigilancia.

Parecería que Zayda estaba preparada para obedecer la repentina orden. En cuestión de horas tuvo a sus hombres armados hasta los dientes, su equipaje hecho y todo arreglado para partir ese mismo día. Manifestó estar segura de que muy pronto se sumarían a ellos los hombres de don Alfonso, y así iniciaron su camino. No pidieron guías ni ayuda de los hombres que constituían el séquito de la reina; uno de los moros de Zayda manifestó haber servido como hombre de pago en el ejército cristiano y por ello conocer los caminos de Spania tan bien como el que más.

Caminaron con sus acémilas, sus caballos y sus hombres armados hasta que Burgos quedó tan lejos que los pocos hombres que hallaban en su camino jamás habían estado allí; entonces hicieron un alto. Hacía ya varias jornadas que habían abandonado la urbe y no había peligro de que hubiesen sido seguidos. En todo caso, la precavida Zayda había ido dejando algunos hombres en retaguardia para que en caso de ser seguidos pudiesen venir a alertarlos. Pero nada sucedió.

Caía el sol; apresuradamente se levantó una tienda para la *sayyida* y todos se prepararon para el *salat* u oración ritual. Era hora del *salat al magrib*, es decir, la oración del ocaso, más tarde llegaría el *salat as isa*, la oración de la noche, pero ésa podía posponerse hasta medianoche. Se elevó la voz del *muaddin*, el muédano, que con voz clara y potente manifestó: «¡Dios es Grande! *Allahu Akbar»,* y luego continuó con todas las otras oraciones de la liturgia. Zayda seguía los rezos lejos de sus hombres. Pero estaba tan preocupada que casi no los oyó.

Tan pronto hubieron cumplido con su deber religioso, el capitán vino a presencia de la princesa.

—Señora, hija de Al-Mutamid, mi señor, sé que queríais hablar

conmigo. —Se arrodilló y tocó el suelo con la frente, no osando mirarla de frente.

—Levantaos, fiel *ad-dalil*, sé que puedo confiar en vos, mi padre me dijo antes de que abandonara nuestra tierra que vos me seríais fiel y no dudaríais ante mis órdenes.

El hombre asintió, agradecido por verse llamado adalid, esto es, guía y conductor. La princesa, en verdad, sabía quién era él, Abbu Ahmed ben Yussuf. *Ad-dalil*\ Esperó con la cabeza gacha.

—Bien, con el resto de los hombres os dirigiréis hasta Cuenca, en donde entregaréis este pliego sellado a mi gobernador. —Le entregó una carta sellada y doblada cuidadosamente en una funda de seda—. Allí os esperaréis hasta que yo os mande llamar; entonces haced el camino de vuelta. Mandadme recado cuando estéis cerca de la ciudad de Burgos, a casa de la yerbera Abir. Ella me lo hará saber. Todo con la mayor discreción. Mejor nada por escrito. Esperad a mis órdenes para entrar luego en la ciudad porque yo habré de reunirme con vosotros antes. Aquí se separan nuestros caminos. Mañanas seguiréis hacia el este y yo iré a mi destino.

El hombre se alarmó.

—Señora, juré al Emir de los Creyentes que os cuidaría con mi vida. No os puedo abandonar.

Ella le miró fríamente.

—Sí podéis. Mañana seguiréis camino. No tengo que daros cuenta de mis intenciones. Sabed que estaré a salvo entre gente amiga. No necesitáis saber más. ¡Que Alá el Misericordioso acompañe vuestros pasos! —No deseando dejar un mal recuerdo en el capitán moro después de haberle dirigido palabras tan categóricas, se despidió gentilmente y el *ad-dalil* comprendió que la entrevista había terminado. Se inclinó profundamente y deseó que Alá el Misericordioso guardase los pasos de la *sayyida*, la princesa hija de Al-Mutamid.

A la mañana siguiente el *ad-dalil* y sus hombres continuaron su marcha hacia Cuenca, mientras, Zayda y su grupo esperaron pacientemente hasta que los perdieron de vista. Tan pronto el *ad-dalil* y los suyos desaparecieron tras la línea del horizonte, Zayda se cambió de ropa, dejando la suya escondida en el hueco de un árbol. Sustituyó sus fastuosas vestiduras de princesa por un traje pardo y modesto como convenía a una joven forestana, una moza casi silvestre, una muchacha del pueblo, con pocos medios. Recogió su hermoso pelo en un rodete y unos modestos pasadores de madera a modo de agujas sirvieron para sujetarlo en su sitio. Sobre su cabeza se puso un manto que igual servía para evitar miradas curiosas que para protegerla de la lluvia y el frío, y aunque ahora no lo hacía, había que ponerse un manto por aquello de la modestia. Sus escarpines de seda y pedrería se

trocaron en zapatos de cuero basto.

Nashi, el eunuco, también cambió su rico vestido por uno más de acuerdo con su nueva personalidad: un traje pardo de rústica lana que le llegaba desde los hombros hasta las rodillas, por debajo unas bragas pardas que le llegaban a media pierna; sus ricas sandalias fueron sustituidas por unas toscas abarcas con el suelo de madera y una tiras de cuero sin curtir hacían las veces de lazadas. Se despojó de sus tintineantes ajorcas, de sus múltiples anillos y sus collares de oro y perlas. Todo desapareció como por arte de magia. Sin que sepamos de dónde, apareció un burro con su albarda y un par de pequeños odres de agua. Seguramente alguien lo había preparado y escondido de antemano y no había olvidado un poco de torta seca o galleta, comida más que apropiada para el camino, sobre todo cuando se es pobre. El último en cambiarse de ropa fue el pequeño Hafs, que ahora se transformó de paje real en rapaz travieso cuyas vestiduras eran tan gastadas como las de su dueña. Tanto el «padre» de Zayda como su pequeño sirviente se ensuciaron lo suficientemente como para hacer creíble un viaje bastante largo y desprovisto de comodidades.

Ambos, Nashi y Hafs, habían sido bien aleccionados en su nueva personalidad y sabían qué habían de hacer. Más temía Zayda por su joven paje que por el eunuco, ejercitado como estaba en las artes del engaño y disimulo que son tan necesarios para moverse con soltura en un harén. Por si acaso el acento del eunuco pudiese delatar su pertenencia al reino del islam, pasaría por el padre, mudo, de la joven curandera, Zayda. El «padre» ahora se llamaría Basilio. El joven continuaría siendo moro, pues no había manera de disimularlo, así que Alfonso había estado de acuerdo en decir que él mismo lo había regalado a la joven curandera en agradecimiento por los servicios prestados. No era nada raro que se regalasen niños como esclavos; éstos al llegar a la mayoría de edad solían ser libertados y más que esclavos en realidad eran lo que se denominaba «propios». El disfraz del pequeño Hafs era perfecto, siempre que no hablase más de la cuenta. Pero el Comendador de los Creyentes, Al-Mutamid, había enviado a este niño con su hija, no por su belleza, sino por sus cualidades. Era pequeño de edad y estatura pero de grandes recursos y astucia, como los niños criados en la calle y en la pobreza.

Todos preparados, antes de partir, Zayda registró las alforjas del asno para ver si se le habían puesto aquellas hierbas que ella había solicitado. Vio, satisfecha, que no faltaba nada.

—Vamos —dijo—, cuanto antes volvamos a Burgos, mejor. Allí nos están esperando. ¡Vos, «padre», estad atento y velad por mí como lo haría un cristiano celoso de la virtud de su hija, pero también un padre que sabe que su subsistencia depende de las curaciones que ésta haga! Y vos, pequeño Hafs, estad atento a todo, tened ojos y oídos

abiertos. Tenemos que saber todo lo que ocurra, todo lo que se diga, y lo que suceda ante nosotros, que no pase desapercibido. En una palabra, somos espías. Estad cerca de mí por si os necesito. Nada de quejarse por la comida, la cama o la bebida, somos pobres y estamos acostumbrados a todo, tenemos que agradecer cualquier cosa que se nos dé y nunca parecemos poco. ¡En marcha!

Hicieron el camino de regreso, al parecer tranquilamente, pero tanto el eunuco como Zayda llevaban armas bien disimuladas bajo sus humildes ropas. ¡Ay de aquel que les hubiese hecho frente! Pero no sucedió nada y en pocas jornadas llegaron a su destino. Nadie hubiese reconocido a la altiva princesa en aquella muchacha parda y modesta que llevaba de la brida a un pequeño asno y a la que acompañaban un viejo y un niño.

Preguntó a un viandante si conocía el paradero del abad de Sahagún.

—¿Don Roberto de Sahagún decís? Sí, todo el mundo sabe dónde para. Está en la que llamamos Casa Grande, junto a la catedral. ¿Sabéis que se celebra un concilio en Burgos? ¡Pero qué vais a saber!

Zayda escuchó la palabrería del hombre y siguiéndole la corriente negó con la cabeza.

—¿Un concilio? No había oído nada. Bueno, no importa; si está haciendo algo, no es cosa mía. Me manda un amigo suyo, soy curandera y le traigo alivio o quizá remedio para sus males. Él me espera.

Oyendo que la muchacha era curandera el hombre la miró con atención, no sería una de esas embaucadoras, una *bruxa*. No lo parecía.

—¿Sabéis de verdad curar los males? —Se alejó un poco para mirarla mejor—. ¿Y cómo lo hacéis, con sahumerios, oraciones, aspergiaciones, purgaciones, concocciones, pociones y otras «ciones»?

Zayda se echó a reír.

—No, amigo, no, con medicinas de la madre naturaleza. Frutos, verduras, hierbas, dieta, a veces con el sueño, o con sangrías. Depende. Aunque el poder de la oración no debe ser despreciado. Siempre ayuda al doliente, al menos para su consuelo. Pero ahora debo irme. Gracias por vuestras indicaciones. Ahora iremos hacia la Casa Grande. —Tiró del ronzal del asno como para irse, pero el hombre se lo impidió.

La joven se adelantó y se puso delante de ella. Le habló esperanzado.

—¿Sabríais tratar a mi hija? —Y sin esperar respuesta empezó a hablar rápidamente—. Hace ya un par de meses que, por mis pecados, tiene secreción en los ojos. Casi no los puede abrir, está peor por las mañanas. Las legañas le pegan los párpados, hemos hecho lo que

siempre se ha hecho por estos contornos, pero no ha servido de nada. ¿Podríais hacer algo por mi niña?

Zayda se compadeció del hombre, lo pensó un momento y preguntó:

—¿Con qué la habéis tratado?

El hombre contestó satisfecho, como alguien que ha hecho todo lo posible.

—¡Como se ha hecho siempre, con orina de mujer!

Zayda se cuidó muy mucho de mostrar sorpresa alguna, de sobra sabía que ésta era la costumbre entre los cristianos de toda la tierra, e inclusive en el reino moro se hacía así. Nadie sabía por qué, pero ésa era una costumbre muy arraigada. En lugar de asentir o pronunciarse en cuanto al tratamiento preguntó:

—¿Está vuestra casa cerca o lejos? Después de visitar a don Roberto, con permiso de mi padre, podría visitaros. Pero tened en cuenta que habréis de hacer al pie da letra lo que yo os diga.

—¡Ah, buena madre! —se dirigió a ella como si fuese una mujer de edad y respeto, a pesar de su evidente juventud—, estamos desesperados. Nos tememos que la niña llegue a quedar ciega. Haremos lo que haya que hacer, siempre que no sea contra la santa madre Iglesia, la Virgen y sus santos.

—¡Pero qué tonterías decís, nada de eso! ¿Dónde vivís?

El hombre se azaró, creyó haber ofendido a la curandera.

—¡Perdón, señora, perdón! Me llamo Tipaso, soy comerciante en pieles, vivo en la plaza, aquí cerca, donde también tengo mi almacén. No lejos de la Casa Grande, en donde está alojado el abad de Sahagún. Si queréis podemos pasar por mi casa antes de que vayáis a ver al hombre santo.

Zayda lo pensó un momento, sería cosa buena hacerse de una pequeña fama como sanadora, su disfraz cobraría fuerza.

—¿Que os parece, padre mío? —El supuesto padre asintió gravemente, pero una mano con la otra hizo señas de contar dinero—. Bien, padre, algo nos dará este rico comerciante si curamos a su hija, como pienso hacerlo.

—Oh, sí, sí, claro que os daré algo si lográis curarla de su mal repugnante. ¡Pobrecita mi niña, su madre llora mucho y no sabe qué hacer!

—¡Vamos pues, sin tardar más, que aún queda mucho por hacer el día de hoy!

La casa era amplia y se llegaba a ella por una entrada tras la cual había una serie de edificaciones de servicio: oficinas, tienda, obradores y además viviendas de sirvientes y esclavos. En verdad el tratante de pieles era un comerciante próspero. La *curtís* era lujosa, con varias habitaciones para la familia, lujo casi desconocido entre el

pueblo que por lo común tenía una sola habitación para todos o, como mucho, dos: una el estar-cocina-comedor y otra que era el dormitorio común. Más raro era tener dos dormitorios: uno para los amos y otro para el resto de la familia, pero esta *curtís* tenía varios dormitorios, lo que hablaba de la riqueza del buen hombre.

En uno de ellos hallaron a la niña. La madre, como a la niña le molestaba la luz, había cegado las ventanas con unos cueros que dejaban entrar sólo una pálida luz mortecina. Con el calor del verano había un ambiente pesado y cargado de un vago olor ácido y desagradable. La habitación estaba bastante limpia y el mobiliario constaba de una cama o *lecto*, un cofre para la ropa *lectuaria* o ropa de cama, una *sedilia* o silla.

Zayda pidió que quitasen los cueros de las ventanas.

—Necesito ver bien a la niña. —Cuando lo hubieron hecho la tomó de la mano y la llevó a la luz. Efectivamente, movía a piedad ver los ojos de la pequeña. Los párpados pegados entre sí por una sustancia amarillenta y gomosa. Inclusive el pelo de la joven aparecía pegado por aquella sustancia en algunos mechones que aparecían tiesos y duros. Zayda la miró largamente—. ¿Haréis lo que yo os diga, sin poner pegas?

La madre dudó, ¿qué podía pedir esta desconocida? ¿Algo que dañase a su hijita?

—¿Qué sería ello? —preguntó con voz dudosa.

—Cortarle el pelo. Afeitarle las cejas y pestañas. Cambiarle toda la ropa de la cama, lavar y hervir todo lo que llegue a su cara. Impedir que se toque los ojos.

—¿Con eso se curará? —Había duda y esperanza en la pregunta.

—Nada es seguro, señora mía. Pero tengo grandes esperanzas.

—¿Y nada más?

—No, aún hay algo más, lavarle mañana y tarde con algo que os diré, y además necesitaremos una sábana cortada en pañizuelos.

Así Zayda les instruyó en que había que lavar la cara toda de la pequeña, primero con agua y luego con agua hervida en la que se habría hecho una infusión de manzanilla del campo —la que nosotros llamamos mamará *camomilla*—. Hervida por el tiempo que se tarda en rezar tres padrenuestros, especificó. La raparían como había dicho, y lavarían sus ojos usando los pañizuelos que también habían de ser hervidos y planchados previamente. Cada vez usarían uno para cada ojo, sin usar, por ningún motivo, el mismo paño dos veces. La almohada y su funda se cambiarían cada día y se hervirían con manzanilla. La niña también se bañaría cada día antes de que se hiciese la cura de los ojos.

La madre juró que lo había entendido bien y que así lo haría. No obstante preguntó tímidamente:

—¿Vendréis a verla para ver cómo sigue?

—Empezad con el baño y lo demás, mañana mismo vendré a ver si ya ha hecho algún progreso. ¡Ah, y que no se toque, hay que atarle las manos si fuese necesario! —Con esto fuese dejando a los padres de la niña maravillados de que todo fuese tan fácil y tan barato. Nada más que agua hervida y manzanilla del campo. ¡Ni siquiera unas oraciones a santa Lucía bendita, patrona de los ciegos y veladora de la salud de los ojos! La madre de la niña pensó en hacer todo lo que la curandera le había d icho y además llevar un cirio a santa Lucía. De todos modos se prometió rezar ese domingo con especial devoción aquella plegaria que le habían enseñado para los males de ojos:

«Santa Lucía, que de la luz recibiste tu nombre, a Ti confiadamente acudo para que me alcances la luz celestial que me preserve del pecado y de las tinieblas del error. También te imploro me conserves la luz de mis ojos, si Dios es servido.

»Haz, santa Lucía, que después de estas oraciones pueda gozar finalmente de vos en el Cielo viendo la Luz eterna de Dios. Amén.» Sin duda, pensó la buena mujer, esta oración no estaba contraindicada con la manzanilla ni con los baños.

Terminada la consulta, el peletero llamado Tipaso condujo a Zayda hasta la puerta de la Casa Grande; llegaron enseguida. El bueno de don Roberto, advertido por su amigo el rey Alfonso de la llegada de una sanadora, esperaba con impaciencia la llegada ésta, ya que tan bien recomendada venía. En realidad le hacía mucha falta que alguien entendido en sufrimientos y miserias humanas le echase una mano. Había acudido a Burgos por orden del Papa, y se temía lo peor. Mientras esperaba a que llegasen los otros conciliares había sido festejado y obsequiado por los clérigos de Burgos pues el abad de Sant Facund, o sea modernamente Sahagún, era el monje con más prestigio entre todos los abades de la tierra y de momento todos querían congraciarse con él.

Desgraciadamente los festejos y obsequios tomaban casi siempre la forma de opíparas comidas. Pichones, liebres, ciervo, trucha, salmón, pasteles, vino y otras exquisiteces, primores, finuras, golosinas y gollerías que muy pronto despertaron en el abad aquel mal que le acechaba escondido en todas las comidas que tanto le agradaban. La gota le impedía casi caminar y amenazaba con abrirle aquellas llagas tan dolorosas y que tan bien conocía para su mal. Por eso, cuando una tarde le anunciaron que su sanadora y curandera había llegado, se alegró infinitamente y mandó que la trajesen a su presencia sin más espera.

Don Roberto yacía sentado en una pila de cojines y almohadones con una pierna en alto sobre un taburete. Así le parecía que estaba más cómodo y que el dolor le mordía menos. La muchacha que

esperaba entró con la mirada baja, como convenía a una doncella modesta.

—¿Sois vos don Roberto? —preguntó sin esperar a que él le autorizase a hablar. Con ello el hombre de Dios vio que la muchacha era una joven sin educación, no acostumbrada a moverse en las altas esferas, pues si así fuese habría sabido que el inferior no se dirige al superior hasta que el superior lo ha autorizado. Pero como ella era protegida del rey Alfonso se sintió benévolo.

—Lo soy, muchacha. ¿Cómo os llamáis?

—Me llaman Gracia, señor, pero mi verdadero nombre es Práxedes.

—¿Práxedes? ¡Qué hermoso nombre! ¡Aquella mártir hija del senador romano Pudens, hermana de santa Pudenciana...! —Don Roberto se explayó un rato hablando de las virtuosas mártires—. ¿Por qué os llaman Gracia?

—Dice mi padre que así me llamaba mi madre. Yo de pequeña era bonita y graciosa. —El abad miró a la joven. Quizá si fuese mejor vestida y peinada podía ser bonita, pero lo de graciosa, lo dudaba. Era más bien pequeña, insignificante y algo chepuda, le pareció. Decidió no seguir por aquel camino—. ¿Habéis venido sola?

—No, mi señor obispo —respondió mirando al suelo—. He venido con mi padre, me envía mi señor don Alfonso, en cuya corte presto mis servicios como sanadora y curandera.

El abad Roberto vio que de nuevo se equivocaba la joven.

—Hija mía, no soy obispo, sólo abad, por la gracia de Dios. Aunque el abad de Sahagún tiene rango de obispo en la liturgia. Pero dejémonos de glorias mundanas. Sufro mucho con esta gota que Dios me ha enviado por mis pecados. ¿Podríais hacer algo por mí?

—Con la ayuda de Dios y de su Santa Madre, creo que podré, pero habréis de obedecerme en todo lo que os ordene.

—¿Qué queréis decir con «obedecerme»? —El tono del abad era algo impaciente e irritado.

Pero la chica no se amilanó, levantó la vista del suelo y contestó tranquilamente:

—Lo que habéis oído, mi señor, sólo podré sanaros si seguís mis instrucciones al pie de la letra. Es decir, si me obedecéis: si no, es mejor que me vaya. Diré a mi señor don Alfonso que no os interesan mis servicios.

—Bien, haré lo que sea, pero debéis ser más respetuosa conmigo, no sois comedida, pero lo achaco a que sois ignorante más que desvergonzada o insolente. —Tomó aliento y la miró largamente, esta vez ella aguantó su mirada, casi con curiosidad más que con descomedimiento—. ¿Qué hemos de hacer?

Ella le contestó con otras frases que no tenían nada que ver con lo

que venían diciendo.

—He venido con mi padre, está fuera de la estancia esperando y también aguarda mi pequeño sirviente. ¿Habláis árabe? Mi criadito penas habla romance...

El señor abad de Sahagún, a quien la única potestad que le hablaba le arriba abajo, como a un dependiente, era el padre general de los benitos, y que en sus desplazamientos era honrado como un obispo, 10 estaba acostumbrado a que nadie le interrogase y menos aún que desviase la conversación, de alguna manera se acordó de su madre, que nunca tomó en cuenta su alcurnia, según él iba escalando peldaños, ella parecía siempre más alta y más inalcanzable. Quizá por ello respondió suavemente:

—¿Qué decíais de vuestro padre?

—Que espera ahí fuera, alto señor y padre mío. Y también mi pajecillo. Quisiera que entrasen, llevan cosas útiles para vos y para mí.

—Llamaré a un sirviente y diré que los hagan pasar. —Con una palmada llamó a un criado al que dio instrucciones en voz baja, éste asintió y se retiró enseguida.

—¿Estáis muy fatigado, alto señor? —Zayda interrumpió sus pensamientos.

El abad se sorprendió de nuevo. ¿Qué pregunta era ésa?

—¿Qué tiene eso que ver? —dijo algo desabrido.

—Mucho, padre mío. La fatiga desasosiega los humores, altera el pulso y lleva la humedad por caminos erróneos. Roba el sueño, acrecienta el miedo y hace las digestiones pesadas, así que ya veis cuánto importa.

De pronto don Roberto se vio a sí mismo infinitamente cansado, cansado de soportar las presiones del Papado para que introdujese el rito romano sin esperar una preparación previa de los monjes, cansado de halagar al soberano con sus caprichos y sus mujeres, cansado de vivir en un país ajeno al suyo, cansado de regir una comunidad de monjes que desconfiaban de él por ser extranjero, cansado del gobierno de tanto monasterio y monasteriolo, cansado de viajar por los pueblos que de él dependían en directo vasallaje, cansado del dolor, de la gota, del calor, de no saber qué esperar del Concilio que se había reunido, como creía, contra él. Cansado de todo. Por un momento quiso cerrar los ojos y morir. Que el buen Jesús le recibiese en sus brazos para dormir como un niño cansado. No se había dado cuenta, pero en un rapto se lo había dicho todo a esa inocente e ignorante criatura. Esa doncella curandera y sanadora que no sabía nada más allá de sus hierbas y sus emplastes. Se sintió mejor, como si se hubiese descargado de un enorme peso. Empezó a hablar de sus cansancios, sus temores, sus pesadillas.

—... y es por todo eso que a veces creo que no puedo con la carga

que me ha destinado el buen Señor —concluyó—. Ya veis, doncella Paradox, mis fatigas cansarían a Titán, y al mismísimo Atlante, perdonad si os hablo en símbolos que no entendéis.

—Todo esto es muy pesado para un sólo hombre —dijo la doncella Paradox—, y os espera una prueba dura, el Concilio. Por ello hay que mejorar la salud, no sólo atacando la gota, sino cuidando al alma. Y no me refiero al alma inmortal, padre mío, sino al alma animal, la fuerza que hace que el corazón siga latiendo, y crezca el pelo, que no decaiga el ánimo viril y esforzado, que dure el optimismo para afrontar la batalla de seguir viviendo todos los días, alto señor.

El abad la miró boquiabierto. No esperaba tales elucubraciones de boca de una mujer sencilla. La miró atentamente. ¿Habría algo más detrás de la joven Paradox? Quizá por ello se la había recomendado el rey.

—Tened cuidado con lo que decís, joven amiga, el alma sólo es una, la inmortal que nos insufló Dios Nuestro Señor cuando cada uno de nosotros fue concebido.

—Eso son meditaciones teológicas, señor abad, yo hablo del pneuma, señor, ése disminuye con la enfermedad y decrece con el miedo y el cansancio, cosa que no sucede con el alma inmortal. Y si el alma inmortal no puede crecer pues ya es de sí infinita, el pneuma puede crecer y fortalecerse si se le ayuda.

—¡Ah, si hablamos del pneuma, eso ya es distinto! —Parecía haberse librado de un peso—. Pasando a otra cosa, ahí al fondo veo a un anciano algo grueso y a un chiquillo. ¿Son ésos vuestra familia? —Zayda miro y vio en la semioscuridad al eunuco Nasif y a su joven criado Hafs, ambos en un rincón apoyados contra la pared. Habían entrado en la estancia conducidos por el criado del abad, sin que nadie se percatase de ello.

—Lo son, buen padre. Mañana empezaremos con vuestro tratamiento global. Por ahora, señor, os daremos un baño tranquilizante, y un masaje. Y no cenaréis carne ni pescado y os beberéis un tazón de un bebedizo. —Vio una señal de aprensión en los ojos del clérigo—. No os asustéis. Sólo es una bebida de valeriana, yo también la tomaré, y mi padre. Todos dormiremos bien, que falta nos hace. Y si os parece, señor, por hoy, alojadnos en vuestra casa. Mañana buscaremos hospedaje en otro lugar, pero hoy es ya tarde para andar vagando en busca de una cama. De paso, mi padre y yo os daremos un baño y un masaje. Esa noche bañaron al abad envuelto en una túnica, como si fuese un gran niño, y él se dejó hacer. Luego recibió un largo masaje bienhechor que le *dejó* tranquilo y sosegado. Cenó parcamente, sólo unas verduras, dejando con ello muy disgustado al cocinero, que le había preparado dos docenas de codornices rellenas.

—¡Qué desperdicio! —dijo el buen hombre mirando su tentadora y apetitosa obra—. ¡Cómo se nota que nunca ha pasado necesidad! —Y para no tener que tirarlas, empezó a comérselas parsimoniosamente.

Don Roberto durmió como no había dormido en un largo tiempo. Apenas si terminó Completas y cayó como un tronco.

7

Zayda en Burgos.

Una abundante correspondencia

LA DONCELLA PARADOX se buscó un pequeño chiscón cerca de la plaza y abrió una consulta para los pobres que no podían pagarse los cuidados de alguien mejor que ella. Allí vendía hierbas, emplastos, cataplasmas, fomentos, bebedizos, cocimientos, infusiones curativas y pócimas y además daba consejos a los escrofulosos, a los que tenían llagas, quemaduras, o cortes, a los que se quejaban de debilidad, fuese ésta de las manos, de los pies o del miembro. Para la tos seca y la tos con esputos, dolores de codos, de piernas y de cuello. Para los temblores, los malos sueños, las digestiones pesadas, el vientre sonoro o fétido. Consejos para las mujeres que no concebían y para las que concebían demasiado. Todo tenía su remedio, su hierba y, cómo no, sus oraciones.

Su venerable padre se sentaba cerca de ella y velaba con ojos de halcón que nadie se acercase demasiado a la doncella Paradox, cuidaba que le hablasen con tono comedido, y lo hacía sin decir nada porque era mudo, solamente esgrimiendo a ojos vistas un nudoso bastón; con el mismo método vigilaba para que no se llevasen sin pagar la pócima o hierba salutífera y, por fin, que no entretuviesen con charlas insustanciales a la curandera Paradox, puesto que las consultas devengaban un óbolo o limosna, y las charlas no. La sanadora había de vivir de su saber, y también su padre y el travieso pajecillo.

Unos cartelillos colgaban de las paredes con ingenuos dibujos de los males que podían ser curados, más la enumeración de algunos remedios, que aunque no muchos podían leer, sí aportaban mucha categoría a la sanadora.

Alguna mano inexperta había escrito: «El aceite de oliva y el aceite de orégano se mezclan con tomillo en proporciones que sabe la sanadora, y se quita el dolor de la piedra interna, se alivian el reuma y los dolores de golpes y caídas.» Esto estaba ilustrado con la figura, algo tosca, de un hombre con un pie hinchado, que al tiempo se agarraba el costado, se suponía que por dolor de la «piedra interna»; junto al dibujo estaban el manojo del orégano y el del tomillo.

Otro cartel pregonaba: «Para el flujo de la dama, agrimonia y milenrama»; otro más: «Para leche en las mamilas, vino blanco y torméntila», y así se cubrían de rimas, dibujos y carteles todas las paredes del consultorio de la sanadora.

Paradox visitaba a sus clientes de vez en cuando y así se enteraba

de los chismes locales. Todos murmuraban por la cantidad de clérigos que se habían aposentado en la ciudad. Burgos era una ciudad tranquila y la vida religiosa tenía sus propios comentadores: casi todos burgaleses. Hacía tiempo que no se celebraba un concilio en esa ciudad y las reuniones se seguían, si no con interés, sí con curiosidad.

Su primera paciente, la niña con los ojos legañosos, mejoraba poco a poco y sus agradecidos padres regalaban a Paradox con piezas de caza menor, algún conejo, un pichón, y no faltaba un azumbre de vino o de buen aceite del sur: *az-zaitun*. La criatura relucía como una pera recién lavada. Habiéndole cortado el pelo, las cejas y las pestañas, su cara parecía aún más redonda, sólo lucía su enorme sonrisa en un rostro extrañamente despoblado de cualquier otro adorno. Además la madre se había tomado muy en serio aquello de bañarla todos los días y lavarla a todas horas con agua de manzanilla. Este peregrino hábito se le antojaba tan poderoso como un agüero o un encantamiento, y sin duda, caso de no matar al paciente, lo curaría de todo. El padre, el bueno de Tipaso, estaba encantado de haber topado con la curandera y la recomendaba a todos sus conocidos. La visitaba en su chiscón llevándole bien regalos, bien clientes, y al tiempo aprovechaba para hablar con la extraña muchacha, pues era al menos inusitado que una moza tan joven cultivase una ciencia más propia de brujas y mujeres viejas y sabias por la edad y los partos. ¿Qué misterio encerraba esta doncella? ¿Acaso, como los profetas, había nacido ya sapiente? No era posible que todo aquello fuese fruto de la experiencia, ésta necesita mucho tiempo para asentarse y rechazar lo malo para aceptar sólo lo bueno. Tipaso sentía sobre todo curiosidad. Ahora, en una de sus acostumbradas visitas, charlaban amistosamente.

—¿Y cómo os fue con el buen abad de Sahagún, Paradox?, ¿curóse de sus males?

—Bueno, Tipaso, no os puedo decir mucho, él también está mejorando. —Mientras hablaba, con sus ágiles manos Zayda machacaba en un mortero unos granos oscuros como semillas brillantes. Al abrirse bajo el ímpetu de los repetidos golpes, cambiaba de color y se hacía como un polvillo verde claro—. Don Roberto también tiene que cuidar su salud, como casi todo el mundo, al menos al llegar a ciertas edades... —Descansó, en su incesante machacar—. Me pregunto si no estará trabajando más de lo que puede en ese Concilio. Las preocupaciones quitan el sueño y éste es muy necesario.

—Cierto, cierto —asintió Tipaso—. Creo que en el Concilio le atacan por todos lados.

—¿Cómo lo sabéis?

—Todo se sabe, ya os dije que soy comerciante de pieles y ahora estoy confeccionando una capa de abrigo para el delegado del Papa, el

cardenal Ricardo; le gusta la caza y se ha aficionado a la piel de zorro ibérico, dice que el nuestro es más hermoso que el de su tierra; bueno, el caso es que voy con las pieles de vez en cuando a medirle o a enseñárselas por si le convienen, pues quiere ver cada una de ellas para aprobarlas. Él me cuenta... —De pronto interrumpió su perorata. Zayda prosiguió con su molienda. Sabía que si no hacía ningún comentario él seguiría contándole cosas. Interrumpiéndole o haciéndole preguntas sólo conseguiría que Tipaso se alarmase, creyendo que quería sonsacarle algún secreto, pero si permanecía callada no rompería el hilo de sus pensamientos; él siguió sin desconfianza alguna—: Que andan en algo así como en cambiar la manera de rezar, la liturgia, el modo de celebrar la santa Misa y de cantar las horas canónicas, creo... Me dijo que el abad, vuestro amigo, se ha resistido al Papa y que éste andaba disgustado; don Ricardo trae una especie de ultimátum. En todo caso creo que van a destituir a vuestro amigo, el tal Roberto.

Zayda siguió moliendo sus polvillos verdes. Siguiendo el comentario de Tipaso, preguntó a éste:

—¿Y qué os hace pensar tal cosa? Don Roberto vino enviado por el Papa, no creo que Gregorio VII se deshaga de él así como así.

—Bueno, quizá me equivoque pero don Ricardo se interesa mucho, demasiado, creo, por el Monasterio de Sahagún. Siempre me anda preguntando si está muy lejos, si la gente lo conoce y lo aprecia, si es muy importante, si devenga muchos impuestos, si para llegar hasta él hay muchos puentes de peaje y otras cosas que si no pensase ir al menos por allí no le importarían.

—Quizá solamente es curiosidad, se aburre y quiere saber cosas de la tierra, cosas de los monasterios.

—No sé, no sé. No me ha preguntado por otros conventos, habiendo como hay tantos. Ha traído con él a un monje que no se separa de él más que la sombra del cuerpo. Me da la impresión de que a este hombre, cuando se habla de Sahagún, le brillan los ojos. Pertenece a los benitos, los temidos Monjes Negros de quien todo el mundo habla. Se llama don Bernardo, Bernardo de Sédirac, es pálido y tiene la boca fina y apretada como si temiese que se le escapasen las palabras.

Zayda sonrió, el hombre probaba ser un observador penetrante. —Decidme, buen amigo, ¿acaso ese Bernardo tiene la piel como amarilla verdosa y como si fuese fría?

Tipaso pareció pensar un poco.

—Pues ahora que lo decís es verdad. Tiene la piel terrosa, como una lagartija pálida y los ojos cercados de ojeras, y la piel brillante y fría como una serpiente. Las manos que bendicen parecen lasas y desmayadas, son blancas con dedos largos y huesudos.

—Bueno, amigo mío, eso nos dice que padece de los humores del hígado. Seguramente tiene tristeza, humores fríos, es vengativo y muy observador. Tened cuidado de esos hombres pues os están mirando todo el tiempo atentos a todo lo que se diga. Estos prójimos padecen mucho con sus dolores de hígado y por ello se hacen reservados y resistentes. Tienen poca paciencia pero en contraste son muy obstinados. Si son dados al estudio cultivan la introspección y a veces son crueles.

Tipaso se admiró de las palabras de Zayda.

—¡Pero cómo, Paradox! ¿Todo eso lo dice el color de su piel?

—Bueno, hablamos en el caso hipotético de que fuese atacado por lo humores del hígado. Tendría que verlo y hablarle, y aun olerlo. Pero sí, si padece del hígado es seguro que será como os he dicho.

De Paradox, curandera real, a don Alfonso, salud y gracia.

Sépades que llegué con bien y como me habíais mandado entré en contacto con don Roberto. Gracias sean dadas al Altísimo hemos hallado enseguida su mal y espero que, con ayuda de la corte celestial y algunas hierbas y oraciones y dejando de comer caza y pesca, podamos curar al hombre santo de sus males. Como es vuestro amigo os hago saber que lo que le atormenta es la duda. Según he oído, el legado papal, de nombre Ricardo, le ha hecho saber el disgusto de nuestro Santo Padre por no haber obedecido las órdenes que le habían dado. Vos sabréis de qué se trata.

También he oído que el legado papal ha traído consigo a uno de los Monjes Negros de Cluny y que éstos, monje y legado, se interesan vivamente por el monasterio de Sahagún. Quizás este interés haga daño a vuestro a amigo, pues bien pudiera significar que el recién llegado de Cluny quisiera quedarse con el monasterio de don Roberto; os lo comento pues si apreciáis a vuestro amigo bien haríais en averiguar cuál es la intención del legado papal y de su acompañante. Sabiendo las intenciones finales se despejaría la duda y mejoraría el mal del enfermo.

No sería mala idea que hablarais directamente con vuestro amigo don Roberto. Si él ya no me necesita yo también partiría de aquí. Decidme qué he de hacer y cuánto tiempo más he de quedarme cuidando de este enfermo que tanto os interesa. Yo aquí he abierto una tienda de hierbas y emplastos y no necesito más para sobrevivir. Puedo quedarme tanto como sea necesario.

Quedo obediente sierva de su Alteza. Paradox, curandera.

La carta viajó rauda hacia el sitio de Toledo; Zayda encargó a su eunuco que buscase en la ciudad alguien capaz de viajar hacia el sur sin despertar sospechas. Nashi se dirigió al barrio mozárabe, con una

lista escrita de pociones y drogas, con el pretexto de comprar algunos elementos de la farmacopea árabe que le eran muy necesarios a su hija, la doncella Paradox, para formular sus remedios. Allí entró en contacto con un hombre fidelísimo, espía de Al-Mutamid. En todas las ciudades cristianas pululaban los espías moros, mientras que en las ciudades moras los había de los cristianos; ello era cosa sabida, sólo había que saber adónde ir, tener los contactos adecuados, la contraseña secreta. Y dinero, mucho dinero, y Nashi lo tenía. No vivían de lo poco que obtenía Zayda, pero este poco era pretexto suficiente para que nadie se preguntase de dónde venía el parco dinero que gastaban en comer y vivir. Nadie sospechaba de la curandera, amable joven que ayudaba a todo el mundo por una pequeña limosna y un cántaro de buen vino o de leche. El fidelísimo hombre de Al-Mutamid, al recibir orden de quien fuera gran eunuco, por lo tanto *fatá*, se apresuró a hacerla llegar a su destino sin hacer ninguna pregunta; además la solicitud vino acompañada de un puñado de oro, ello siempre ayuda a lubricar fidelidades.

Cuando la misiva de Zayda llegó a Alfonso éste la leyó con mayor interés. Se dio cuenta de que, a pesar de todo, ella no se fiaba de que la carta no fuese leída y que por lo tanto había de parecer que sólo hablaba de don Roberto y sus males. Pero el rey la entendió claramente. Su abad iba ser sustituido por un monje de Cluny. El cambio de rito era inminente. Contrariado, auguró males sin cuento para la administración de un reino descontento; todos los abades y obispos nativos serían sustituidos por clérigos franceses que serían los encargados de introducir el nuevo rito. Demasiado sabía que éste traería aparejado el abandono de la curvilínea letra visigótica y la introducción de la letra Carolina e inclusive de la enrevesada y picuda letra gótica. A su vez ello significaría el abandono de todos los escritos que hasta entonces constituían el *corpus* de las leyes de la nación, los fueros, las tradiciones, los misales, los libros de horas, los penitenciales, los libros de meditación, todo, todo pasaría a ser como una hoja arrastrada por el viento nuevo, por la nueva letra... Con tristeza pensó en todos los libros, códices, quaterniones y rollos que serían abandonados o trasladados a sótanos o sobrados, donde serían olvidados, ignorados, y al fin roídos por las ratas. Ello significaba el abandono de la memoria de la Spania cristiana para ser sustituida por la memoria de la Roma cristiana. Era un especie de muerte de todo lo que había conocido y amado, pero no podía resistirse para siempre. Intentaría resistir un poco más, pero era inútil. Escribió a Zayda con prisa, mientras pensaba en enviar otro emisario a su amigo Roberto.

De Adefonsus Imperator a la doncella Paradox, salud y gracia. Con agradecimiento recibí noticias de mi amigo y protegido el santo

hombre abad de Sahagún, don Roberto. Espero que hagáis todo lo que podáis por él, que yo os lo recompensaré debidamente. Quedo muy enterado de todo lo que decís y os agradezco las noticias. Para que mejore mi amigo procuraré despejar las dudas que lo atormentan, ya os haré saber cuál es mi voluntad. De momento seguid donde estáis, espero que por poco tiempo. Cuando veáis que vuestra presencia junto al hombre santo ya no es necesaria, tomad vuestras propias decisiones en cuanto a la duración de vuestra estancia en esa ciudad.

ALFONSO Emperador

De Adefonsus Imperator al Legado pontificio, don Ricardo. Salud.

Sépades que tengo gran disgusto por no haber sido informado día a día de lo que habláis en esa mi ciudad de Burgos. Como yo no he podido atender a este Concilio por estar sitiando la ciudad de Toledo, era vuestra obligación mantenerme avisado y no lo habéis hecho, y si bien debéis acatamiento al Papa en cuestiones de religión, también debéis acatamiento al Rey Emperador de esta tierra.

Deseo que me contestéis a vuelta de correo cuál es vuestra última intención en ese llamado Concilio. No hace falta en Spania ningún concilio para mejorar las costumbres de los clérigos, ni para la mejor administración de los bienes de la Iglesia, ni menos aún por cuestiones de fe y moral. Decidme entonces claramente cuál es la intención de éste o abandonad mi ciudad y mi tierra. Vuestro hijo en el Señor Jesús, pero además: Adefonsus, Rex Imperator.

Al recibir la carta de Alfonso se alarmó el legado pontificio. Contaba con que tarde o temprano el rey le llamaría al orden, pues era bien cierto que no había notificado al rey del devenir del Concilio como era preceptivo, pero creía que aún le quedaban algunos días antes de tener que tomar una decisión. El señor cardenal don Ricardo estaba sentado a la mesa con su inseparable amigo y confidente, el monje cluniacense don Bernardo. Mientras el legado degustaba una cena opípara, el desdichado Bernardo comía, como de costumbre, una cebolla hervida y un muslo de pollo. Junto a esta parca cena, humeaba una taza de tisana, olorosa al olfato y verdosa a la vista. Un grueso cirio iluminaba la escena, amén de algunos otros puntos de luz en la pared, lamparillas y candiles. Cerró el legado el pliego que había leído, y sin hacer ningún comentario por el momento, se dispuso a empezar su cena. Don Bernardo por su parte le interrogó:

—Y bien, ¿cómo veis mi asunto, don Ricardo?

Éste metió la cuchara en un guiso espeso que le habían servido y lo removió antes de servirse con un cucharón —*trulion*— de la sopera —*soparia*—. Se sirvió abundantemente y luego se llenó un vaso de vino tinto.

—Lo veo bien, tened paciencia. Don Roberto no tiene escapatoria. El Monasterio de Sahagún es vuestro.

—Pero tengo entendido que don Roberto es amigo del rey, tanto que inclusive le había propuesto deshacerse de doña Constanza para casarlo a continuación con su querida, la prima de la reina.

—Eso son niñerías, el Papa se opondría a ese divorcio, y más aún cuando la reina ya le ha dado un hijo, una hija, pero, como sea, un heredero. Ese vínculo no se puede deshacer. Y si insiste en conservar a don Roberto como abad, Gregorio está dispuesto a excomulgarle por desobediencia. Le pedirá que le devuelva la herencia de san Pedro y quizá se la dé a un soberano francés.

—¡Pero la herencia es una filfa! Todos sabemos que no existió tal. —Y qué más da, para nuestro propósito es suficiente con amenazarle con pedirla. Lo necesario es que el rito romano se introduzca en toda la cristiandad, por las buenas o por las malas. Vos os encargaréis de hacerlo. Hay que sustituir a todas las autoridades eclesiásticas por buenos monjes de Cluny. A los abades que ahora rigen los monasterios y conventos y a las abadesas y superioras; si son viejos, o viejas, se les dejará en sus puestos hasta que mueran, a los otros se les destituirá sin más para ser reemplazados por frailes o monjas de la Orden de San Benito. Han de acatarlo por la Santa Obediencia. Sería mejor que el mismo Roberto renunciase al abadengo de Sahagún, pero si no lo hace lo llevaremos preso ante nuestro padre Gregorio.

—Se sirvió un segundo plato—. ¡Vamos, vamos, comeos ya ese triste muslo, don Bernardo, no os preocupéis de nada, ya lo tengo todo resuelto!

También don Roberto recibió un mensaje escueto de su rey y señor:

De Alfonso Rey Emperador a Roberto, Abad de Sahagún. Salud y gracia. Sépades que vuestro destino ya está fijado. Creo que si no os plegáis a los deseos u órdenes del legado papal os llevarán preso a Roma. Salid sin hacer ruido y venid conmigo, luego veremos qué hacer para oponernos al Papa, y si al fin no podemos cambiar su designio, al menos cambiaréis una cárcel en Roma por mi compañía en el sitio de Toledo. Vuestro hermano en el Señor Jesús. Adefonsus Rex.

Como se acercaban las celebraciones que se hacían en la ciudad de Burgos en recuerdo de las gracias recibidas de mano de Dios Nuestro Señor, cuando años ha una inundación se llevó parte de la ciudad pero no murió cristiano alguno, se hubieron de interrumpir varios días las sesiones del Concilio para dar lugar al jolgorio y bulla

de las celebraciones. El legado pontificio no deseaba enajenarse las simpatías del pueblo rehusando asistir a sus regocijos y simples diversiones. Además decidió aprovechar la ocasión para celebrar misa mayor con todo el esplendor de la nueva liturgia. Fue una triste coincidencia que don Roberto cayese con un ataque de gota y mandase por ello noticias al legado de que no podría asistir a aquellas funciones, fuesen festivas o religiosas. El cardenal Ricardo se alegró, pues así prescindiría de una cara larga en su preciosa misa. Pero era otra la intención del abad de Sahagún. Tan pronto anocheció, disfrazado de mulero y acompañado de unos monjes fieles, huyó de Burgos e hizo camino hacia donde estaba el rey Alfonso. Nadie lo echó de menos hasta que terminadas las celebraciones se reanudaron las sesiones conciliares y el abad de Sahagún no apareció. Temeroso de que algo le hubiese pasado, y arrepentido por no haberle visitado antes, el legado papal mandó a una comisión a la llamada Casa Grande, sólo para encontrarse con que el pájaro había volado. Las habitaciones estaban vacías, las cocinas apagadas y nadie velaba porque los ladrones no entrasen en las estancias.

—Bien —dijo don Ricardo—, eso facilita nuestro trabajo. Ya no ha lugar tratar de convencerle para que cumpla los deseos del Papa; con esta huida nos hace saber explícitamente que no va a obedecer nuestras órdenes y que se coloca enfrente de Gregorio VII como un rebelde. Mañana haremos saber *urbi et orbi* que es un excomulgado y que cualquiera que le dé acogida, o siga sus pasos, o le obedezca, quedará incurso en el desagrado del Papa y asimismo participará de la excomunión que se lanza sobre él. —Se levantó de su solio en el salón de los concilios en la catedral. Sacudió con ademán majestuoso su enorme manto escarlata y echó a andar. A su sombra caminaba un hombre flaco y pálido, tan cerca de él que era como sus pensamientos.

El capitán de los hombres de Zayda esperó pacientemente a que le llegasen noticias de lo que la *sayyida* quería de él. Cuenca era una hermosa ciudad y los alrededores eran lugares de ensoñación. Enormes figuras de piedra contorneada vigilaban los caminos y los oteros como fantasmas sólidos, sombras coaguladas por algún encantamiento que habían quedado medio en movimiento medio en reposo, quizás eran almas condenadas que se retorcían en agonía de piedra. A medio camino entre el ser y el no ser. El *ad-dalil* era un hombre que gustaba de pensar. Mientras aguardaba órdenes de la princesa salía todos los días con su caballo a pasear por los jardines, *ar-riates*, de las afueras, el *ar-rabal'*, a veces se iba más lejos, hasta el bosque pétreo que tanto le agradaba. Él era un hombre piadoso y ahora que no tenía obligaciones apremiantes aprovechaba para pensar en el *Asmau I-usna*, esto es, «los más bellos nombres de la divinidad».

Porque los buenos musulmanes saben que solamente se puede conocer la naturaleza de Dios, que no su esencia, a través de los nombres que Él se da en el Corán y de aquellos de sus actos que manifiestan sus atributos. Hay noventa y nueve nombres para El, los más bellos, y el que conoce los noventa y nueve entra en el Paraíso. Y el centésimo no lo conoce nadie porque es inefable.

El buen *ad-dalil* aprovechaba estas impensadas e inesperadas vacaciones y aguardaba tranquilamente a que la hija de Al-Mutamid, cuyo nombre verdadero era Muhammad ben Abbad, bendito del Profeta, le enviase una señal, una noticia, un mandato. Él había jurado al Emir de los Creyentes que la obedecería como si fuese él mismo el que le daba esas órdenes, así aguardaba sosegadamente a que la *sayyida* le hiciese saber su voluntad.

No estaba en su mano interpretar la voluntad de los descendientes del Profeta, aunque fuesen mujeres, así que cuando hubo de seguir las indicaciones de Zayda, no se preguntó qué clase de órdenes eran aquellas que en principio parecían absurdas y hasta peligrosas para la princesa, que quedaba atrás sin más compañía que la de su pajecillo y el eunuco Nashi, pero había jurado obedecer sin rechistar a cualquier orden de la *sayyida* como si fuese una orden del mismísimo Al-Mutamid y así no había cuestionado las decisiones de la joven. No entendía por qué él había de ir a Cuenca con una comitiva armada hasta los dientes, llevando sólo una carta sellada de la princesa, y ésta había de quedar en medio de la nada con una triste comitiva.

El *ad-dalil* había servido a su señor mucho tiempo, tanto que se había olvidado de cuándo empezó a hacerlo; ahora era un hombre que había pasado su primera juventud y en el servicio del Emir de los Creyentes ni siquiera había tenido oportunidad de casarse; ahora que tenía tranquilidad para pensarlo se daba cuenta de que la vida se le escapaba de entre las manos y que, de no tomar una pronta decisión, moriría sin dejar un hijo que llevase su nombre para la posteridad. Había visto en Cuenca unas jóvenes hermosas y piadosas; él era un hombre con una buena posición, con algunos ahorros, y seguramente los padres de cualquiera de ellas estarían muy satisfechos si él pidiese en matrimonio a una de aquellas hermosas huríes, que al tiempo parecían tan modestas.

No era tiempo de guerreros, como antes. La paz parecía extenderse sobre la tierra con un manto de bonanza. Sólo había pequeñas guerras como el sitio de Toledo, donde más que estar en guerra se estaba en aburrimiento. A menos que fuese verdad lo que se decía de aquel Ben Tashufin, emperador de África, que vendría para arrasar a sangre y fuego a los cristianos y a los moros de la Península, a los que acusaba de blandos y degenerados. Pero eso ahora al *ad-dalil* le parecía un peligro muy, muy lejano.

Pediría a su señora que, cuando terminase esta misión, le dejase en libertad de volver a Cuenca para hacer allí su vida. Ya había pensado en qué se podía ganar la vida sin dedicarse otra vez a la milicia. Un trabajo que parecía inventado para él: sería *as-sia*, que los cristianos llamaban «*exea*». Eran éstos unos guías juramentados, que se hacían responsables de caravanas cristianas, y que desde la parte oriental del reino de Castilla se desplazaban hasta Al-Andalus. Partían de las zonas ricas de Guadalajara, Cuenca, Albacete, Jaén y Murcia hacia Sevilla, Córdoba o Granada, o a Silves, Morón y otros lugares ricos. Era un negocio productivo, pues al tiempo que conducían las recuas con los comerciantes que eran sus dueños, tenían un derecho sobre los recueros y su remuneración era una parte a tratar cada vez sobre las ganancias de lo transportado, lo que se llamaba el *exeatgo*. El *exea* había de ser conocedor de los caminos, para llevar con rapidez y seguridad a los comerciantes y hombres de gran integridad para no caer en la tentación fácil de robar a la caravana y hacerse rico en una sola acción.

El oficio del *exea* era el de conducir una expedición pacífica y de intercambio entre moros y cristianos; la tarea la desempeñaba generalmente un mudéjar o moro converso, o cristianos algarabiados, mozárabes o simples aventureros que conocían la tierra y hablaban las lenguas de ambos lados de la frontera; el *ad-dalil* conocía los caminos dé ambos lados pues había servido tanto en tierras de cristianos como del islam, hablaba sus lenguas y sobre todo quería dejar el oficio de la guerra y dedicarse a otro tipo de existencia, que ahora se le antojaba más deseable y más productiva sin arriesgar en demasía su vida.

Además era hombre misericordioso, como pide el Corán, y podía ejecutar una de las obras piadosas' que más agradaban a la divinidad: el rescate de cautivos. Al pasar la frontera se podía tener noticia de cautivos irredentos y era común que se llevase noticias de éstos a sus parientes y también que se llevase más tarde el rescate necesario. Esto se hacía tanto para moros como para cristianos y en ambos casos era agradable a los ojos de Alá y no dejaba de producir ganancias apreciables.

Para obtener el permiso era necesario que el *exea* tuviese lazos familiares en ambos lados de la frontera, cosa que nuestro hombre estaba dispuesto a hacer enseguida. Ya había mirado con buenos ojos a una joven de Cuenca y le parecía que ella también, por detrás del velillo de la cara, le había mirado con buenos ojos... Su padre era el cadí o juez y estaría feliz de colocar a una de sus innumerables hijas con un sevillano que había traído felices nuevas de su señora, la *sayyida*. Y es que la carta que había traído el *ad-dalil* era nada menos que una misiva en que se comunicaba a los pobladores de esa ciudad que durante ese año se les perdonaba el pago del *usr*, del diezmo que

se deducía para las necesidades públicas, haciéndoles saber que, si una necesidad surgía ese año en la ciudad de Cuenca, ella la subvendría de su propio peculio. Y ello para celebrar que Cuenca estaría de ahora en adelante bajo la égida directa de don Alfonso, como dote que era de la princesa Zayda. No obstante, la *sayyida* les prometía velar siempre por ellos mientras viviese, como hijos de ella misma. Además se les aseguraba que no se les obligaría a cambiar su religión ni sus costumbres. Ello había sido una gran noticia y el portador era hombre grato en la ciudad. No le correspondía a él saber por qué la *sayyida* había perdonado los impuestos a los ciudadanos de Cuenca ni qué intenciones tenía la *sayyida amirah*.

En esos pensamientos estaba nuestro hombre cuando se dio cuenta de que era llegada la hora de la oración del mediodía: el *salat az-zu.hr*. No había traído la alfombrilla ritual para los rezos, así que, como manda el Corán, con la intención pura, trazó una línea en el suelo que delimitaba el lugar sagrado de la oración, se postró cara a la Meca e inclinándose formuló el *takbir: Allahu akbar*... y luego procedió con la *sobada* o profesión de fe y dijo en alta voz para que el mundo entero lo oyese: *La Haba illa Allah wa Muhammad rasul Allah*... Terminada la oración inició el regreso a la ciudad. A medio camino encontró a uno de sus hombres, que venía corriendo.

—*Ad-dalil* —gritó desde lejos—, hay noticias de la *sayyida*.

Esa misma tarde los soldados de Zayda salieron de Cuenca, se reunirían con Zayda a medio camino para regresar al sitio de Toledo.

8

El Cid es enviado a Sevilla. Un *rababah* con mensaje dentro

TODO había salido bien, quizá demasiado bien. Zayda se había enterado de lo que le interesaba saber. El abad de Sahagún huyó a tiempo para no ser apresado por el legado papal y nadie había sospechado que la curandera fuese otra cosa que una sanadora enviada por Alfonso VI para aliviar los males de su amigo. Una vez que él se ausentó, la doncella Paradox manifestó que estaba claro que sus buenos oficios ya no eran necesarios y, visto que su paciente se había ido, debería retomar al servicio del emperador, a donde pertenecía. Consecuentemente, cerró su consultorio en la plaza, se despidió de sus numerosos pacientes dejándoles antes abundantes consejos y yerbas suficientes para un tiempo, y la doncella Paradox, su padre y el pequeño que la acompañaba a todas partes desaparecieron de la plaza.

En cambio en Sevilla las cosas no iban bien. Las *parias* que Al—Mutamid había de satisfacer a don Alfonso le parecían cada vez más onerosas, al extremo de que, una vez más, optó por no pagarlas; con ello incurrió en el desagrado del soberano, máxime cuando éste necesitaba urgentemente todo el dinero que pudiera recabar para pagar el cerco de Toledo. Envió a cobrar, aunque fuese por la fuerza, el oro que tanto necesitaba. Encabezando la partida envió al señor de Vivar. No era la primera vez que Rodrigo viajaba a Sevilla llevando recados de don Alfonso. Esta vez la encomienda era beligerante.

El rey no amaba a Rodrigo Díaz, en verdad le detestaba. Este ricohombre había osado hacerle jurar, años atrás, tantos años hacía como que aquello había sucedido en 1074, que él no había tenido nada que ver en la muerte de su hermano Sancho, y esa humillación no la había olvidado. Desde el día de Santa Gadea, en que hubo de certificar públicamente su inocencia, aborrecía la presencia del Armiger Real del difunto rey don Sancho. Cada vez que ambos estaban juntos, a Alfonso le parecía que los nobles cuchicheaban a sus espaldas y volvían a relatar el hecho abominable de un rey teniendo que jurar ante sus hombres que no era un regicida y un parricida a un tiempo; por esa razón le envió en una misión que suponía desagradable, y además sabía que ninguno de los otros ricohombres que había escogido para que lo acompañasen le tenía en estima. Rodrigo les había dejado en evidencia más de una vez durante las algaradas y por ello, aunque nominalmente bajo sus órdenes, iban todos descontentos y dispuestos a ponerle la zancadilla, si se pudiese, sin traicionar su misión.

Desde que Rodrigo Díaz y los suyos llegaron a la frontera islámica, las cosas no fueron fáciles. Al-Mutamid, al enterarse de que hombres armados del rey cristiano habían atravesado la raya divisoria de su reino, envió un destacamento para que los detuviesen donde pudiesen aun a riesgo de romper relaciones con don Alfonso. El rey moro estaba convencido de que no podía pagar las cantidades adeudadas sin aumentar los impuestos, y si lo hacía sus súbditos podían levantarse en masa. Lo mejor era no dar más explicaciones y detener a los hombres del rey Alfonso lo más lejos posible de la ciudad de Sevilla.

Zafir se llamaba el hombre que de parte de Al-Mutamid debía detener a Rodrigo Díaz. No era cualquier persona. Pertenecía a la más alta nobleza, sus antepasados habían venido hasta Al-Andalus con las *aynad*, aquellas famosas tropas armadas de la época omeya. El regimiento en que vinieron sus antepasados había pertenecido a la circunscripción siria, el llamado *yund* de los sirios, los más nobles entre todos. Sus descendientes recibían el nombre genérico de *yundíes* y se preciaban de ser los más puros en raza y costumbres, y cada uno se estimaba como un posible visir, cadí o valí, y, por qué no, hasta heredero de la corona mora. No tenían los *yundíes* menos merecimientos que el mismísimo Al-Mutamid.

—Zafir, el Victorioso —le dijo el rey moro a su pariente—, os encargo detener al enviado de Adefonsus, el tirano, haced lo posible por no matarlo para no enconar más nuestra situación con los infieles, pero no permitáis que llegue hasta aquí. Bien sabéis que no podemos prescindir de nuestro oro, lo necesitamos para el normal desenvolvimiento de nuestro reino y para mantener tropas en todos los lugares por donde pueda penetrar Yusuf ben Tashufin. No podemos renunciar a gran parte de nuestro tesoro para dárselo al infiel Adefonsus. Detenedlo por las armas o, si fuera posible, convencedlo con vuestra palabra; o si fuese para él aceptable, proponedle que el pago se haga en especie, cajas de marfil, paños de Damasco, joyas, perfumes, columnas de mármol, fuentes de alabastro, caballos, en fin, ya sabéis de lo que disponemos... —Suspiró el rey moro. Pensaba en su hija, la hermosa Zayda. Ella había sido enviada para reinar en el territorio cristiano y para que desde su posición de reina emperatriz pudiera abogar por su reino moro. Alfonso había tomado la dote y aceptado a su prometida, pero ni se había casado con ella ni parecía que fuese a repudiar a su esposa cristiana. Además había tenido ya una hija legítima con Constanza. ¿Qué le quedaba a Zayda? Sólo Alá bendito, el de los Cien Nombres sagrados, podría hacer que Constanza muriese antes de proporcionar al rey cristiano un hijo varón, entonces Zayda desposaría a Alfonso y le daría muchos hijos, hombres que desplazarían a esa niña de nombre Urraca nacida hacía poco—. Idos

presto, con las bendiciones de Alá el Misericordioso, el cual permita que vengáis con la victoria o al menos con un tratado para no pagar estas tan onerosas.

Tras estas palabras, Zafir partió en compañía de sus hombres, su ejército y algunos *yundíes* de su casa.

Zafir tenía sus propias ideas. Era hombre sabio y, más que llamarse «victorioso», debería ser llamado Nassah, esto es, «buen consejero». El conocía a Rodrigo Díaz y sabía que era un guerrero formidable; y aun con un ejército limitado era de temer; y más aún si él, Zafir, no tenía autorización expresa de hacerle perecer por no empeorar la situación del reino moro ante Alfonso. No veía fácil vencerle sin matarlo. Tomó entonces una determinación: primero parlamentar con él, y si no había otra salida le retaría a una lucha de uno a uno, un reto caballeresco que el adalid cristiano no rehuiría. Zafir se sabía también luchador correoso, y si estaba escrito, él vencería a *sidi* Rodrigo, y le perdonaría la vida. Quizás entonces el de Vivar se aviniese a tomar prendas y preseas como pago en lugar de oro. En caso contrario, si él, Zafir, perecía, no le importaba, era una muerte honorable, y el Profeta le acogería en su seno llevándole al Paraíso.

Los tambores, las chirimías y el sonido claro de los magníficos anafiles anunciaron a *sidi* Rodrigo la cercanía de las tropas de Zafir. Los sonidos llegaban nítidos y cristalinos a los cristianos que estaban acantonados no lejos de allí. Al escuchar tanto estruendo, Rodrigo intentó evaluar la situación. No era bueno precipitarse, y menos aun estando en inferioridad de número ante un ejército que podía ser casi infinito. El sonido de los instrumentos de guerra le sorprendió y al mismo tiempo le hizo saber que el ejército de Al-Mutamid no deseaba cogerlos por sorpresa. Por lo que pudiera suceder puso a sus hombres en orden de combate y él mismo se dirigió al encuentro de los moros. A poco se topó con un destacamento de *alféreces* ricamente vestido y enjaezado, parecían cualquier cosa menos una patrulla guerrera. Cuando ambos grupos se vieron, se detuvieron, como esperando que fuese el otro el que hiciese algún movimiento. Se adelantó Rodrigo Díaz al trote de su magnífico caballo *Centella*. Todas las guarniciones de su yegua alazana eran blancas entretejidas con hilillos de plata. Las crines peinadas y tejidas terminaban en pequeñas campanillas también de plata. El mismo iba vestido como un caballero en una partida de caza. No se veían armas a la vista, sólo un puñal corvo parecía sonreír su sonrisa helada desde la cintura. Nada más, ni espada, ni daga, ni lanza, ni escudo. Vestía Rodrigo de seda y damasco, como alguien rico y despreocupado en terreno que sabe amigo, tocaba su cabeza con un bonete con plumas de avestruz teñidas de colores al tono de su ropas. Levantó su mano mostrando que no llevaba arma alguna en ella y

saludó.

—*As-salamu alaykum* —gritó desde lejos.

Desde allí le contestaron:

—*Alayhi s-salam*. —Un moro se adelantó al trote de su corcel. Éste era negro como el ébano y brillaba como recién pulido. Ambos adalides fueron al encuentro uno del otro.

—¡*Sidi* Rodrigo!

—¡*Sidi* Zafir!

Descabalgaron y se abrazaron como antiguos amigos, dando muestras de alegría por haberse reencontrado. Nada hacía pensar que eran enemigos. Esa tarde eran camaradas que se encuentran, mañana hablarían de otra cosa. Cenaron juntos rememorando los días en que se habían conocido, tiempo ha. Mañana, se prometieron, hablarían de otros asuntos, de los asuntos que al fin y al cabo los habían reunido allí, lejos ya de la frontera. Ambos sabían que en ese mañana, quizá, serían enemigos, hoy por hoy eran dos amigos que se reencuentran y cenan juntos en paz y armonía.

Pero ese mañana azaroso no llegó; en medio de la noche arribó un jinete con noticias aciagas, Sevilla había sido atacada repentinamente por un ejército de Silves, un pariente de Al-Mutamid se había rebelado contra él, apoyado por los hombres de García Ordóñez, conde de Nájera y enemigo jurado de Rodrigo Díaz. El moro y el cristiano, aunando sus fuerzas, habían aprovechado la sorpresa de su movimiento y habían logrado llegar casi hasta el palacio de Al-Mutamid. El de Sil— ves reclamaba para sí el reino de Sevilla.

El jinete además de portar la noticia rogaba a *sidi* Zafir que volviese tan rápido como pudiese para reforzar al ejército real. Rodrigo Díaz de Vivar, al enterarse de las noticias, decidió al insume acompañar a Zafir y combatir a su lado:

—Al-Mutamid está bajo la protección de don Alfonso, porque es su tributario y entre ambos se han firmado compromisos que no pueden ser olvidados por estas especiales circunstancias —dijo a los asombrados ricohombres que lo acompañaban—, y mientras no se denuncie ese tratado, el rey está obligado a defenderlo de sus enemigos mientras sea su tributario. Otra cosa es que demandemos por las armas lo adeudado, pero el tratado está en pie.

Sin darse tregua, *sidi* Zafir y *sidi* Rodrigo avanzaron a toda velocidad hacia Sevilla. Las noticias, aunque malas, no eran desesperadas. Al-Mutamid resistía dentro del Palacio de las Barandas y no sólo era defendido por sus tropas fieles, sino que parte de la población se había levantado contra los invasores. Ello retrasaba lo que el pariente levantisco había pensado que sería un paseo y una rápida victoria. Acusaba a Al-Mutamid de la muerte de su hijo primogénito y de otras cosas, como no ser musulmán fiel, beber vino y

dar libertades que no autoriza el Corán a su esposa, la poetisa Itimad. Pero antes de que se decidiera el último combate entre sitiados y sitiadores, llegaron los refuerzos de Zafir y Rodrigo y muy pronto las cabezas de los rebeldes ludan en la punta de unas picas en la muralla.

Al-Mutamid deseó dar las gracias a su fiel Zafir y al cristiano *sidi* Rodrigo, que tan oportunamente había intervenido a su favor. Para honrarlos recibió a ambos en un salón de su Palacio de las Barandas, el cual estaba rodeado de jardines llenos de árboles exóticos y de palmeras que cimbreaban con el viento. Una multitud de senderillos acababan en unas mínimas placitas en donde, indefectiblemente, se hallaba una fuente cantarina. Estos parterres, independientes unos de otros, venían a recordar al Edén: un jardín con muchas fuentes y ríos que llevan agua y vino «que no emborracha». En ese Edén algunas fuentes estaban aromatizadas con alcanfor y jengibre, y sus aguas, mezcladas con vino, ofrecidas a los creyentes por unos adolescentes «eternamente jóvenes». Para simbolizar tanta riqueza y poesía, las fuentes eran decoradas con azulejos de distintos colores, vidriados o no, y los colores de la cerámica venían a teñir el agua que contenían como si de verdad fuesen de ámbar, oro, plata o violeta.

Enfrente del edificio principal el jardín era formal, inspirado en el *chahar-bag* de los sasánidas, y que por ello estaba dividido en cuatro partes mediante caminos perpendiculares entre sí, y esta organización cuatripartita simbolizaba el Paraíso coránico con sus cuatro ríos, donde, al decir de algunos, siempre mana leche y miel.

Estaba el rey moro sentado en un montón de cojines y almohadones en uno de los salones denominados *iwan*, los cuales son una sala rectangular cubierta por una bóveda y uno de sus lados cortos está abierto al aire fresco. A veces, cuando hace calor, los *iwan* se usan como sala de audiencias porque allí, no importa cuánto calor haga, siempre corre viento fresco y es amable la sombra.

Una multitud de criados, atentos a las órdenes del eunuco de turno, servían viandas y refrescos a los invitados. Luego desaparecían como sombras.

—Nosotros somos fieles a la palabra dada —dijo Rodrigo cuando el moro le hizo saber de su agradecimiento—, nuestros juramentos no son papel mojado, ni las palabras que pronunciamos se las lleva el viento. —Hizo una pausa y bebió saboreando el refresco que le habían servido. Luego continuó—: Aunque hemos venido a recaudar lo debido y adeudado, no teníamos instrucciones de romper el tratado de amistad entre Sevilla y el reino de León; y mientras este tratado esté vigente, el rey Alfonso es vuestro protector y os defenderá de vuestros enemigos, sean éstos moros o cristianos. Es para esto que pagáis las *parias* que ahora venimos a recaudar.

—Noble amigo del rey emperador. ¡Alá el Misericordioso le premie en esta vida con muchos hijos, y en la otra con las bellas huríes que pueblan el Paraíso! —Esto dijo el piadoso monarca. Pero todas las exclamaciones del rey se vieron interrumpidas por el hijodalgo.

—Quizá las intenciones de Alá, bendito sea su nombre, sean premiar a mi señor don Alfonso con todo eso que decís, *sidi hayyi*[4] Al-Mutamid, pero el rey emperador agradecería más el oro que le debéis, pagado ahora mismo. Hace casi dos años que no recibimos nada de vuestra munificencia. Veinte meses para ser más exactos, que hacen un total de diez mil monedas de oro fino.[5]

—¡Bien sé contar, por mi mal! —dijo apesadumbrado el rey moro —. No puedo reunir todo ese tesoro. Mis mil palacios e innumerables mujeres me exigen unos desembolsos enormes, eso sin contar los salarios de todo el personal no esclavo, y los vestidos y alimentos del personal esclavo, que tampoco me sale de balde. Hay que pagar al ejército, haya o no haya guerra. Y hay que tener dinero para subvenir la administración del *zakat* o limosna legal con la que he de socorrer a pobres, huérfanos y viudas. Gasto más de lo que recauda el *diwan al-jar ay*, que es mucho, pues incluye los impuestos territoriales y lo que pagan los *dimníes* o Gentes del Libro por vivir entre nosotros. Ya no se obtiene casi nada del antiguo impuesto sobre la tierra, el *jaray waztfa*, pues las tierras están todas, desde hace tiempo, medidas y pasadas por el catastro. La gente pobre se queja, y con razón, del gravamen sobre los productos del suelo, así que éste, el *jaray muqasama*, ha de ser muy ajustado. Por un tiempo pudimos cobrarlo en efectivo, pero ahora la gente no puede pagar en dinero y lo hace en especie, que si bien es aprovechable para muchos fines, no lo es para pagar *urás*. Las exacciones que obtenemos de los pueblos y ciudades como tales no han sido aumentadas desde hace generaciones, así que el *jaray muqata* casi no llega a las arcas reales, pues las mismas ciudades y pueblos necesitan ese dinero para mantener sus acequias y murallas, para sus jardines y alamedas, para mantener en buen estado los aljibes y torres de observación. En fin —suspiró—, hay más gastos que entradas. Muchos impuestos se han reunificado en una sola contribución, que no es lo mismo que la suma de todas ellas.

Sidi Rodrigo escuchaba atentamente las lamentaciones del rey moro.

—Todo ello puede bien ser cierto, mi señor. Pero hace dos años estabais en la misma situación y el pago llegó puntualmente.

—¡Ah, don Rodrigo, señor de Vivar, en ese año bendito recibimos una caravana de oro fino de Senegal y pudimos reponer nuestra economía! Lo primero que hicimos fue pagar nuestra deuda y compromiso con nuestro hermano y amigo el rey emperador don

Alfonso, a quien guarde el bendito profeta Jesús. ¿Creéis que pudiendo hacerlo dejaría de pagar mis débitos con el rey cristiano sabiendo cómo sabemos de su fuerza? ¿Nos arriesgaríamos a que mandase a alguno de sus valientes para cobrar por la fuerza?

—No dudo de vuestra veracidad, rey de Sevilla. Pero nuestro tratado de protección es a cambio de un estipendio. Ya veis cómo os hemos defendido de vuestros enemigos, aun cuando veníamos en son de guerra contra vos, dicha sea la verdad. ¿Qué haremos ahora, rey Al — Mutamid? No puedo volver sin cumplir el encargo del rey Alfonso.

—En agradecimiento a vuestra defensa de nuestra persona, os pagaremos una parte sustancial de lo adeudado, aunque no todo, en oro fino sin amonedar, que os proporcionaremos en peso bruto. Sé que vuestro rey desea amonedar su propia moneda, reales alfonsíes. Con este oro en polvo podrá llenar la ceca. El resto en dones de precio: cajas y arquetas de marfil, instrumentos de música, ropas de seda, cortinas de damasco, lámparas de alabastro y columnas de pórfido, esclavos, perfumes, joyas, incienso, aceites preciosos. Es lo que tenemos. A vos personalmente os daré regalos mejores que los que recibe un recién casado, me habéis defendido por vuestra propia iniciativa, bien lo sé. Y quizás habéis salvado mi reino.

Y así fue como don Rodrigo Díaz de Vivar, convencido de la veracidad de lo que decía Al-Mutamid, y viendo que era mejor coger algo que nada, aceptó lo ofrecido e inició su vuelta a Toledo. Un trecho del camino lo hizo en compañía de Zafir, quien aprovechó la ocasión para estrechar los lazos que le unían a Rodrigo.

—Mi señor de Vivar, si algún día decidís vivir entre nosotros venid a verme, juntos podemos pasar muy buenos ratos. No hay guerra por estas tierras, al menos no guerras importantes. Como mucho pequeñas algaradas, levantamientos sin importancia, nada interesante para un buen guerrero. Os tengo aprecio, Rodrigo Díaz. — Le apeó el tratamiento en señal de confianza y amistad—. ¿Sabéis que tenía pensado retaros a una lucha de hombre a hombre si era necesario para evitar mataros?

—¡Qué me decís, *sidi* Zafir! —se admiró Rodrigo—. ¡Lo mismo pensé cuando os vi!, no podría matar a un amigo y tampoco faltar a mi palabra con el rey emperador a quien debo fidelidad.

Se rieron ambos por aquella feliz coincidencia. Ambos sabían que era verdad lo que decían.

—Pero hablemos de otra cosa, *sidi* Rodrigo. —La caravana de moros y cristianos caminaba lentamente hacia la frontera, Zafir con algunos de *sus* y *undies* y Rodrigo con sus hombres de guerra—. ¡Qué hermosa yegua es vuestra *Centella'*.

—Es hermosa y resistente, pero deberíais ver una potranquilla que ha tenido el año pasado. Creo que no habrá otra como ella si bien

domada. La he llamado *Babieca*, que quiere decir «corre más que el viento y salta mejor que un venado», creo que oiremos hablar de ella.

—Cuando vengáis la próxima vez, de visita cortés, espero, traedla si está ya en forma. Y ahora que me acuerdo, he traído un regalo para la *sayyida* Zayda, ¿podréis llevarlo hasta Toledo?

—De mil amores, *sidi* Zafir.

Y así, afablemente, acompañó el moro a su amigo hasta la frontera, donde se despidieron hasta que Alá, bendito sea su nombre, permitiese que se volviesen a ver, ¡le pluguiese que fuera en paz, no en guerra!

Cuando Alfonso se enteró del resultado de su campaña, y de cómo sus órdenes de traer el pago en oro de las *parias* no habían sido cumplidas a su satisfacción, montó en cólera e hizo saber a Rodrigo que había incurrido en la «*ira regia*». ¿Cómo había osado aceptar una parte de lo adeudado? Además se enteró de que el mismo Rodrigo había recibido presentes y eso lo interpretó como un soborno. Bien sabía que el rey había esperado la totalidad del pago, para eso lo había enviado a él, y no para que defendiese al moroso monarca. Por ello, Rodrigo Díaz de Vivar fue desterrado y tratado como un maldito en toda la tierra; y con él se fueron al destierro Alvar Fáñez de Minaya, Feles Muñoz, Pedro Bermúdez, Alvar Álvarez, Muño Gustioz, Alvar Salvadórez y otros muchos. Juntos abandonaron Castilla y marcharon hacia Zaragoza, a ofrecer sus servicios al mejor postor, como hombres de pago y soldados de fortuna. Caballeros sin tierra y sin señor. Pero Zayda, ocupada en otros menesteres, no supo nada de ello.

La princesa mora, después de su aventura como la doncella Paradox, volvió, aparentemente de su viaje a Cuenca, y halló a la reina Constanza esperándola con impaciencia. Después de hacer los arreglos pertinentes, y de enviar al rey un mensaje anunciándole su próxima llegada, iniciaron el camino de regreso a casa. El tiempo había cambiado, los calores del verano habían pasado y un otoño bonancible hacía agradables las jornadas, aun yendo con un niño pequeño. La reina casi no se daba cuenta de nada, ni preguntó demasiado por el viaje de Zayda y la supuesta situación de su tierra y heredad de Cuenca, sólo se interesó lo imprescindible para ser cortés. Tan alegre estaba con la nueva niña que no se cuestionaba si su marido la recibiría con satisfacción o acaso tendría una nueva amante calentándole la cama en su ausencia. Por lo pronto, en la comitiva, de mala gana, aunque disimulando su descontento, iba la dama Gontroda. Constanza entendía que su marido se la había enviado a Burgos para que viese que en su ausencia se abstendría de locuras y andanzas amorosas mientras ella daba a luz al heredero del reino.

Verdaderamente, ver a su casquivana prima todos los días a su lado le hacía dormir más segura y contenta. Al menos *ésa* no le disputaría el marido en su ausencia.

Un emisario les interceptó a medio camino portando el siguiente mensaje cerrado y lacrado:

De Adefonsus Rex a su amada esposa doña Constanza, Regina: Salud y gracia. Sépades que he tenido gran contentamiento al saber que ya podéis hacer viaje con la pequeña Urraca. Sé, por las cartas que me habéis enviado, que está buena y sana y crece fuerte. Si Dios no quisiese que tuviésemos otro heredero, al menos tenemos esa niña, que es la esperanza de la paz del reino. ¡Pluga a Dios Misericordioso darnos muchos más herederos, niños y niñas!

Envío a vuestro encuentro un destacamento de soldados, pues aunque las cosas parecen tranquilas, nunca se sabe si puede aparecer un grupo de rebeldes o incontrolados que aunque no fuese más que por pedir rescate os pudiesen perturbar en vuestro camino. Os espera con impaciencia vuestro esposo:

ADEFONSUS *Rex*

Y, efectivamente, a los pocos días apareció un grupo de hombres de armas y además unas cuantas damas, cocineros, trovadores, cantantes y todo ello con un tren de regalos para Constanza y para las pocas damas que habían viajado originariamente con ella, así como para la princesa Zayda. Para ella venía en un estuche de ébano un hermoso *rababah*. Ello le llenó de regocijo. Abrió la caja y sacando el instrumento lo acarició con sus finos dedos. Era la versión primorosa y orientalizada del instrumento llamado rabel. Este ejemplar era particularmente hermoso, ejecutado en maderas preciosas, estaba cuajado de incrustaciones de madreperla. Seguramente, pensó Zayda, el rey lo había encargado ex profeso para ella, conociendo como conocía su afición por la música. La membrana de resonancia era particularmente fina, y ella sabía cuán difícil era obtener esa delgada pleura, y no era raro que se rompieran varias antes de que una quedase en condiciones de ser aprovechada. Ello hacía particularmente caros estos instrumentos, pues la membrana se obtenía del estómago de un cordero lactante, y por cada una que se desechaba había de ser sacrificado otro animal.

Zayda sopesó el *rababah*, lo acarició y luego hizo sonar una extraña escala de sonidos. Le gustaba este instrumento porque se tocaba directamente con los dedos y no con una pieza de madera o metal, como otros. Ello le hacía sentir que la música fluía de ella misma, como el agua en el río, como la lluvia de la nube. Es cierto, al

tañerla, a veces, se hacía daño y en ocasiones los dedos llegaban a sangrar, pero a cambio el alma cantaba o lloraba con el instrumento.

La forma de un *rababah* era variada, los había cuadrados, rectangulares y redondeados. Pero el más perfecto, y el más caro, era en forma de pera, como éste, y en eso se parecía al rabel de los cristianos. Pero sin duda el *rababah* era más hermoso y sonaba mejor, al menos a ella así le parecía.

Empezó a entonar una cantinela y le pareció que el instrumento desafinaba. Sólo un poco, pero para un oído educado era perceptible. Lo intentó de nuevo, ahora estaba segura, había algo que no encajaba. ¿Sería posible que al rey le hubiesen vendido una pieza defectuosa? Miró el instrumento cuidadosamente por ver si la falta era obvia, si había algún defecto en la madera o en el nácar que lo adornaba. Templó de nuevo las cuerdas. Metió cuidadosamente los dedos por la oquedad por donde salía el sonido al pulsar el instrumento. Quizá no estaba bien refinado el orificio de salida. Con sorpresa halló pegado al interior, doblado en varios pliegues, un papel *xativí* mucho más delgado que cualquier pergamino o piel. Venía pegado a uno de los laterales para que no danzase dentro de la caja de resonancia, sólo alguien con oído finísimo se habría dado cuenta de que algo interfería en el más puro sonido; lo despegó y lo alisó con los dedos. Ante sus ojos apareció una misiva escrita en renglones apretados por la misma mano de don Alfonso. Su letra era distinta de aquella de la cancillería, era de caligrafía rápida y picuda, como de alguien que tiene prisa siempre.

De Alfonso, vuestro amante prometido, para Zayda, la hurí del Paraíso. Salud y gracia. Sépades que todos estos días y meses sin vos han sido un cargamento de horas vacías que han pesado sobre mí como una carga insoportable. Como infinitos días sin sol, como largos días de lluvia sin esperanza de que dejase de llover. Ahora sé que nunca podré vivir sin vos, Zayda, princesa de las tierras del Profeta, hija del rey de Sevilla y la más bella flor del Islam. He amado a muchas mujeres, pero ninguna ha sido como vos, os juro que seréis mi amada para siempre jamás, en esta tierra y en la otra. Os quiero dar mil nombres de vuestra lengua: Amana, fidelidad Amirah, princesa; Dhakiya, brillante e inteligente; Bahirah, deslumbrante; y mil otros que os diré al oído cuando al fin os tenga conmigo. Para mí sois mi esposa y mi corazón es vuestro esposo. No os dejaré nunca, y vos no me dejéis jamás. Os espera como la noche a la aurora vuestro Alfonso, que bien puede llamarse Said, afortunado.

Zayda volvió a plegar el papel y lo guardó cuidadosamente. No era prudente contestar, lo que tenía que decir se lo diría a boca, muy pronto.

9

Zayda en Toledo

CASI al mismo tiempo que llegaban de Burgos Zayda y Constanza, llegó una carta del legado papal pisándoles los talones. Don Alfonso se figuró enseguida el contenido de la misma así como los términos en que había sido escrita y, con mucho pesar, hubo de plegarse a lo mandado por el Papa a través del legado pontificio, don Ricardo. La carta decía así:

De Ricardo, Sacrae Romanoe Ecclesiae Legatus, para Adefonsus, que es rex imperator Spaniae por favor especial del Papa: salud y gracia.

Sépades que por encargo especial de nuestro Santo Padre, quien muy especialmente os ama, y así os la ha demostrado, tengo el mandato ineludible de reprocharos vuestra vida liviana y poco edificante. Es sabido en todos los reinos que mantenéis incestuosas relaciones con la prima de vuestra esposa, la virtuosa reina Constanza. Os conminamos a que abandonéis tales relaciones escandalosas además de pecaminosas. Si no lo hacéis así el Santo Padre pensará otras medidas para que entréis en razón.

Quizás esta liviandad se ha debido solamente a una debilidad de la carne y sin más reconvenciones ni amenazas estaréis dispuesto a abandonar a la dama en cuestión y respetar el vínculo matrimonial con la virtuosa reina emperatriz.

También deseamos que sepáis que el Concilio celebrado en vuestra ciudad de Burgos ha sido un éxito, gracias a las luces del Paráclito Iluminador. Allí se ha decidido que el rito romano se introduzca sin más dilación en esta tierra herencia de San Pedro, El monje cluniacense Roberto, a quien agraciamos con vuestro consentimiento con el abadengo de Sahagún, no ha cumplido nuestras órdenes ni llenado nuestras expectativas, antes bien, se ha rebelado abiertamente y por ello será castigado según la Regla de San Benito. Por el momento sabemos que está en vuestra compañía. Ha de salir inmediatamente para la casa de Cluny, en la Borgoña, donde hará penitencia por su rebeldía. Caso de desobedecer nuestras órdenes, será excomulgado, apartado de los sacramentos y recluido en una celda hasta que muestre debido pesar por su mal comportamiento. El lugar que deja vacío don Roberto en Sahagún, será ocupado por el muy devoto monje cluniacense don Bernardo de Sédirac, quien cumplirá nuestras órdenes como hijo devoto de Roma.

No tenemos más que comunicaros por el momento. Recibid las

bendiciones del Santo Padre, para vos, para la regina y su hija, Urraca.

Benedicat vos omnipotent Deus, Pater et Films, et Spiritus Sanctus. Amen. Rodrigo, legado papal.

Así que el amigo del rey, el buen cluniacense don Roberto, hubo de salir de Burgos y viajar a la Borgoña para encararse con su destino y sil castigo, si al fin se decidía castigarlo por su lentitud en cumplir las órdenes de Gregorio VII. En cuanto a la dama Gontroda, se le dio a escoger entre volver a su tierra, ingresar en un convento o contraer matrimonio y alejarse de la corte. Ella eligió volver con su familia, donde seguramente hallaría un buen acomodo. Constanza respiró aliviada, pues al menos por ese lado no tendría preocupaciones, aunque sospechaba que don Alfonso pronto encontraría sustituía para Gontroda; no era su esposo hombre de una sola mujer, aunque de vez en cuando lo intentase.

El asedio continuaba. El ejército de don Alfonso seguía apretando como un dogal alrededor del cuello de la ciudad. Nadie-podía entrar ni salir, excepto los pájaros. Habían cogido algunos prisioneros, curiosamente ninguno que pretendiese salir, sí algunos que habían intentado entrar.

—¿Qué hacemos con ellos, alteza? —había preguntado el capitán encargado de su custodia.

—Nada. Que no se les maltrate. Que se les proporcione agua y comida adecuada como musulmanes que son, sin cerdo ni vino. Que vean que hay abundancia de todo entre nuestras filas. Quizás en algún momento nos puedan ser útiles para intercambiarlos por algún cristiano. En todo caso los prisioneros suelen ser rentables. Éstos no son gente peligrosa, más bien personas que no sabían que había un cerco y pretendían visitar a sus parientes o venían con sus mercancías, como habían hecho siempre. —Se dirigió el rey a doña Constanza, que estaba presente—: Pretendo ser el rey de las tres religiones, más vale que muestre clemencia y justicia con todas.

La *regina* le miró dubitativa. Ella era una Cristina de verdad y no entendía este compadreo con los moros. No hizo ningún comentario.

Pasó el tiempo y todo pareció continuar sin que se notase cambio alguno, la única evolución era la de pequeña Urraca. Ya no era una recién nacida sonrosada, se había transformado en una niña pequeña y bulliciosa. Crecía sana y tenía mal genio, lo cual hacía reír a su padre y lamentarse a doña Constanza.

—¿De quién habrá sacado ese pronto tan vivo? —preguntaba, consternada, la madre cuando los gritos de la pequeña reclamaban lo que deseaba sin atenerse a razones.

—En vuestra familia, no sé, como no sea que haya salido a su tío Hugo Cándido... En la mía sí que hubo alguien de pronto rápido e

impaciente en obtener sus resultados cuando quería algo: mi abuelo, Sancho el Mayor, de Pamplona. A ése le llamaban Cuatro Manos, porque no esperaba que le diesen algo, lo tomaba. En eso no se le parecía mi padre, don Fernando, llamado El Magno, que era prudente y pensador antes de actuar.

Contra lo que cabía esperar, la reina Constanza, de momento, no volvió a concebir, el rey cumplía sus deberes de esposo y la reina parecía consolarse con su pequeña hija, rezando todos los días para que un varón naciese en la familia, pero el Señor hacía oídos sordos a las peticiones de la devota señora.

El asedio continuaba, el cerco era tan apretado que los toledanos apenas si podían respirar. Quizá sólo las moscas entraban y salían libremente de la cercada ciudad. Así habían pasado tres años. Los amores de Zayda y el rey Alfonso ni remitían ni aminoraban, al contrario, cada día parecía descubrir el rey nuevos encantos en la princesa mora. Sólo una pena tenía don Alfonso, que no se podía casar legalmente con la mora Zayda, pero al menos mantenía unas relaciones amorosas tan ardientes como nunca había pensado. El Papa, por su lado, no volvió a molestarlo con aquello de las infidelidades. Probablemente, aunque enterado de estos amoríos, no veían en Zayda un peligro para Constanza, su protegida. Si el rey había de tener una concubina, más valía que fuese siempre la misma, así no buscaría otra cristiana más joven y más hermosa que la *regina*. La situación, aparentemente, se había consolidado. Zayda y Constanza eran buenas amigas, de hecho eran, o semejaban ser, hermanas bien avenidas; el matrimonio del rey parecía sólido a pesar de que el deseado varón no llegaba, y Zayda no parecía querer desbancar a la reina de su trono. Todos contentos, inclusive el Papa. Además, mientras Zayda fuese de religión islámica, no había matrimonio posible entre ellos.

Zayda amaba Alfonso y desesperaba de que el cerco a Toledo llegase a buen fin. Un día, en uno de sus frecuentes encuentros, se atrevió a entrar en ese asunto. Don Alfonso la escuchaba con atención, pues bien sabía de su inteligencia y buen criterio.

—¿Cuánto tiempo habremos de esperar aún, don Alfonso?

—Esperaremos todo lo que sea necesario. Un asedio tiene que madurar, como la fruta. Hay que esperar hasta que la ciudad caiga, como cae una fruta madura. Ya deben de estar maldiciendo el día en que decidieron aceptar a Al-Mutawakkil como su señor y luego se sometieron de nuevo a Al-Qadir.

—¿Y no podríamos acelerar el proceso? Va para cuatro años que estamos vivaqueando junto a los muros. Vuestra hija Urraca no tiene compañía apropiada, aquí no hay más niños que ella. Tampoco sería una buena idea que la reina se fuese lejos con la princesa, pues rey y

reina han de estar juntos.

Alfonso acarició el cabello de Zayda, que yacía desparramado sobre los almohadones. Se tomó un tiempo antes de responder.

—Sí, yo también lo he pensado, pero de momento no podemos hacer nada. Quizás esperando surja la ocasión de hacer algo en ese sentido. Tendremos que estar alerta. —Dudó un poco, como si no quisiera desvelar un secreto, y por fin dijo en voz baja—: Conozco a alguien de toda confianza en el interior... si aún vive...

Se le iluminaron los ojos a Zayda, era como si él hubiese dicho unas palabras que ella esperaba.

—¡Una persona de confianza dentro de Toledo! ¡Justo lo que necesitamos! Alguien que nos pueda asesorar en cuanto a la situación actual de la ciudad. Nosotros aquí fuera no sabemos cuáles son sus reservas, ni sus fuentes de aprovisionamiento, si las tienen. Ni si hay descontento que pudiera ser explotado a nuestro favor. Deberíamos entrar en contacto con ese aliado, si lo tenemos.

—Lo he pensado muchas veces, princesa, pero lo difícil es entrar, ya que el cerco es total y, si a alguien se le permitiese romperlo, ese alguien sería seguido como sospechoso, y con toda razón. El problema estriba en que entre una persona nuestra sin que se note, cosa imposible ahora mismo. Hasta los desagües de la ciudad están vigilados, no sólo por este lado, sino por el interior. No hay resquicio, ni portillo, ni grieta, que no sea vigilado por mil ojos.

Zayda se rio alegremente.

—Por eso es más fácil entrar sin que nadie se dé cuenta. A plena luz del sol, con mucha compañía y ruido, casi diría con esplendor. Nadie lo verá. —Alfonso apretó a Zayda contra sí. Aspiró el perfume de la joven y cerró los ojos. Jamás había sentido lo que Zayda le hacía sentir, casi se le olvidaba el cerco de Toledo, pero ella, aunque pasó sus brazos alrededor del cuerpo del rey, continuó—: Yo sé cómo, si me dais vuestra aprobación.

De momento Alfonso ni dio ni negó su real aprobación, se concentró en hacer el amor a la mora Zayda.

A los sitiados se les anunció que una embajada del rey emperador deseaba ser recibida por las autoridades de Toledo. La petición sorprendió a los toledanos, que veían pasar días, semanas, meses y años sin que el rey Alfonso se retirase ni aflojase el cerco. Asintieron con la esperanza de que alguna novedad podía serles beneficiosa.

El día escogido había amanecido radiante. Los toledanos se apiñaban en las calles para ver pasar a los embajadores del rey cristiano. ¿Les mandaría un ultimátum para que se rindieran? ¿Traerían los embajadores la amenaza de una cruel *gazi* o incursión de castigo? ¿O por el contrario, después de casi cuatro años se habría cansado el rey Alfonso y anunciaría que se alejaba y pedía no ser

perseguido cuando levantase su campo?

Nadie sabía nada y las cábalas era infinitas. Sin embargo sí se sabía que el rey cristiano se había compadecido de los prisioneros que tenía desde hacía tiempo y, mostrando que aunque cristiano era magnánimo, había mandado recado a los habitantes de la ciudad para que los que tuviesen allegados entre los prisioneros, saliesen a recibirlos, y para que, a los que no tuviesen a nadie entre los toledanos, los recibiesen como manda hacer el bendito Profeta con los afligidos y necesitados. Para ellos que preparasen al menos limosna y acomodo mientras organizasen sus vidas en la ciudad.

Era sin duda un gran día. Muchos parientes y deudos se reunirían. Hijos que verían a sus padres, deudos a sus familiares, a los que no veían desde hacía tres o cuatro años.

¡Alabado fuese por siempre el Misericordioso Alá, que había tocado el corazón del tirano Adefonsus y había permitido la reunión de los creyentes! Por su parte, los gobernantes esperaban que estas muestras de generosidad presagiasen algo bueno para ellos. Una embajada que venía en son de paz y que traía prisioneros a los que devolvía sin pedir contraprestación alguna sólo auguraba bonanza. l)c todos modos no estaban tranquilos, ¿y si fuese una añagaza?, ¿y si las intenciones del cristiano fuesen aciagas y lo de los prisioneros devueltos fuese sólo una muestra de una buena voluntad inexistente?

Sin confiarse del todo los toledanos decidieron que esperarían fingiendo amistad y oirían lo que los embajadores dijesen. Al-Qadir tenía miedo. ¿Y si el rey Alfonso pedía su cabeza a cambio de la paz? Es cierto que Al-Qadir era su tributario y como tal el rey le debía respeto y defensa, pero estaba claro que con el cerco a Toledo los vínculos se habían roto. Además, recordó el joven, durante muchos años él, Al-Qadir, no había pagado sus *parias*, con lo que el cristiano no estaba obligado a respetar lo términos de su tratado original.

A las puertas cerradas a cal y canto durante tantos meses, aparecieron los hombres de don Alfonso, el rey emperador. Desde fuera saludaron a los habitantes, no mencionaron a Al-Qadir, su actual señor. Con clara voz sonora, el heraldo enumeró los títulos de Alfonso y los reinos que se sometían a su poder, luego siguió por los nombres de los aliados árabes, los reinos de Taifas, los *tawaif* que *pagaban parias* por protección y sometimiento al tiempo; por último pidieron ser admitidos en son de paz en la antigua ciudad para trasmitir a sus autoridades una oferta de armonía y concordia de parte de su señor, el rey emperador don Alfonso Fernández, hijo de Fernando Sánchez, llamado El Magno, y nieto de Sancho el Mayor, de la Casa de los Abarca.

Atentos, tras las murallas, los observadores de Al-Qadir y los espías de Al-Mutawakkil, rey de Badajoz y aspirante al trono de

Toledo, se sintieron satisfechos. En las salutaciones no se había nombrado a ningún rey, ambos tenían todavía esperanzas. Por fin los defensores hicieron señas al encargado de las cadenas de la puerta para que las abriese; al mismo tiempo a lo largo de todas las almenas se hizo visible una fila que parecía interminable de guerreros vestidos con sus petos de cuero y sus bruñías bien pulidas. Se pusieron de pie y se hicieron visibles al tiempo que lanzaban sus típicos alaridos de guerra. Eran los saeteros, temibles por su puntería, pero además llevaban un escudo pequeño y redondo y una espada corta para el cuerpo a cuerpo si el enemigo por fin lograba subir a la muralla. Por cada almena se dejó caer una banderola con los colores del Profeta. Predominaba el verde, aunque también las había negras con letras blancas en que se leía en sus bellos caracteres cúficos: Alá es el más grande, *Allahu akbar*. También había otra: testifico que no hay más Dios que Alá, *Ashadu arma Muhammadan rasul Allah*. Y así todas las fórmulas de la oración. Al instante, después de sus alaridos, batieron sus escudos con sus espadas haciendo un ruido infernal, capaz de hacer temblar al más animoso. Pero los hombres de Alfonso no se conmovieron lo más mínimo, o al menos no lo demostraron. Cuando se acabó la demostración mora, descabalgaron de sus caballos y se arrodillaron en el suelo. Allí gritaron tan fuerte como pudieron: «¡Santiago, Santiago!» y volvieron a montar en sus caballos. Los moros bien sabían lo que suponía este grito lacónico. Significaba siempre «adelante hasta la muerte». Era mejor no seguir con sus demostraciones si querían que la embajada llegase a buen término.

Además de los embajadores cristianos, lujosamente vestidos, algunos al estilo moro, de los soldados y adalides, de la guardia de honor, de los músicos y demás gente que siempre acompaña a una embajada, venía un grupo muy numeroso de moros: los prisioneros que iban a ser libertados en Toledo. Ellos constituían un grupo multicolor. Venían alegres por recobrar su libertad, aunque fuese dentro de una ciudad sitiada. Se les veía bien alimentados y vestidos, muy lejos de aquel espectáculo que por lo general solían dar los prisioneros: asustados, famélicos y andrajosos. Estos no; si don Alfonso había querido mostrar un adelanto de qué podían esperar de él sus súbditos árabes en caso de que la ciudad se rindiera, había acertado. Los moros que llegaban eran la viva estampa de la tolerancia, inclusive llevaban en sus manos pequeños fardos y paquetes con panes y otros comestibles.

Había varias puertas que daban acceso a la antigua ciudad. Unas de origen romano, que habían sido reconstruidas; otras de origen visigótico, que también había sufrido obras, bien de mejoras en su estructura, bien en su ornamentación. La que habían escogido los emisarios de don Alfonso era la llamada Puerta Vieja de Bisagra, que

muy pronto sería conocida cono Puerta de Alfonso VI. Primero se abrieron las puertas; luego, las cadenas que levantaban y bajaban el puente empezaron a rechinar al tiempo que, muy pesadamente, subían las enormes rejas reforzadas con clavos de imponente tamaño; estas rejas protegían y guardaban el estrecho camino que permitía la entrada a la ciudad. Más que rejas eran una enorme reja doble que cerraba la entrada a una especie de pequeña «habitación» por donde necesariamente se había de pasar antes de acceder a la ciudad propiamente dicha. Por encima, en el techo de la habitación se abría un orificio negro y amenazador por el cual, en caso de necesidad, se vertía pez hirviente. Sin duda alguna, además de la defensa natural que era el río que rodeaba a la ciudad y de la muralla imposible de trepar, estas entradas eran el último punto de una defensa inexpugnable.

Por fin empezaron a entrar en cerrada formación los embajadores cristianos. Detrás de ellos los músicos, los soldados, los acompañantes de todo tipo y los moros cautivos, que por esta vez no serían vendidos en pública *sub-asta*, esto es junto al asta de madera bajo la cual desfilaban los vencidos, y la que daba el derecho a venderlos como esclavos vencidos. Por esta vez, y debido a la generosidad del cristiano, estos prisioneros no serían subastados y enviados a tierras lejanas. Más bien se reunirían con sus familiares, para los cuales traían regalos, siendo no el menor hogazas de pan fresco, del cual no habían catado los toledanos hacía tiempo.

Una enorme multitud alborozada les seguía; los que no tenían parientes entre los presos asimismo se alegraban de ver a estos cristianos que quizá, sólo quizá, les traerían la ansiada *sulh*, la paz, el tratado de paz. Quizás Adefonsus se retiraría y ellos podrían salir de nuevo a sembrar trigo y cebada y cebollas y fruta en la fértil vega que hoy ocupaban los ejércitos de los cristianos.

Se fueron acercando, tanto que terminaron por mezclarse con los recién llegados y sin esperar a más circunloquios ni autorizaciones se abrazaban con los moros que venían en el cortejo de don Alfonso. Nadie se lo impidió, así que los presos se dispersaron por las callejas, unos con sus parientes y amigos, otros en busca de la mezquita en donde, sin duda, se les daría limosna y alojamiento con algún vecino misericordioso. Pronto sólo quedaron, marchando en cerrada formación, los cristianos, en busca de la casa del gobernador en la plaza mayor. Una guardia de honor les abría el camino al son de añafiles y trompetas. Entre los que se esfumaron en busca de otro lugar mejor estaba Zayda; al igual que los prisioneros liberados había marchado en la multitud y cuando ellos se dispersaron ella también hizo su camino alejándose cada vez más de los embajadores. Al fin se quedó sola en una callejuela lejana. Ella venía con otra misión e

intentaría cumplirla, por el bien de sus congéneres y a la mayor gloria de su amado, el rey emperador.

Entre el gentío alborozado ella caminó por las callejas retorcidas alejándose cada vez más. No sabía en dónde estaba. Se decidió a preguntar a una mujer de mediana edad que caminaba presurosa con un niño de la mano y un cántaro a la cadera.

—Buena mujer, he llegado esta mañana entre los prisioneros libertados por el tirano Adefonsus, busco a unos amigos que me pueden acoger.

La mujer se detuvo y miró a la que así le había hablado. Era joven pero parecía muy delgada, lo mismo que el niño.

—Quisiera ayudaros, pero no tengo nada. Si el bendito Profeta hubiese permitido que nuestros campos hubiesen sido cultivados, tendría pan para vos. —Miró a Zayda dubitativamente—. Me han dicho que muchos de los que han venido traían hogazas. ¿Vos no tendréis un pedazo de pan? —Pareció avergonzarse—. Es para el niño. Ni siquiera lo conoce.

Zayda sacó un buen trozo de sus vestiduras.

—Lo guardaba para mis amigos, pero quizá vos lo necesitáis más que ellos.

La mujer lo cogió ávidamente y lo guardó dejando mientras el cántaro en el suelo. Antes de cogerlo de nuevo preguntó:

—¿Qué amigos son ésos, Fadia? Quizá yo los conozca y os pueda llevar hasta ellos. —Fadia es un nombre de mujer que quiere decir literalmente «alguien que sacrifica sus bienes o su vida para salvar a alguien».

Zayda se avergonzó. Se encogió un poco y dijo suavemente:

—Querida hermana, no me llaméis Fadia, mi nombre es más simple: soy Bashira, que quiere decir «portadora de buenas noticias». Ni he salvado la vida de nadie nunca.

—No sabéis cuánta es nuestra necesidad, Bashira, este pan que me habéis dado será nuestra única comida hoy. Pero decidme, ¿quiénes son esos amigos?

—Prefiero no decir su nombre, comprendedlo. Sólo sé que viven en un cuartel que se reparte entre el distrito árabe, el judío y el cristiano. Llevadme hasta allí y os lo agradeceré.

—Un buen distrito —comentó la joven madre—, tiene salidas a todos los otros distritos y en caso de revueltas o guerras es el mejor para escapar. O al menos eso dicen —añadió dubitativa—. Ahora nadie escapa de este férreo círculo que nos aprieta y no nos deja respirar. Nadie sale ni entra, ni un hombre, ni una bestia, ni una onza de comida. Pero vamos, seguidme, está algo lejos. —Cogió al niño de la mano y echó a andar decididamente.

Las callejas eran empinadas y tortuosas, tan pronto parecían ir

hacia arriba como al llegar arriba del todo había que dar la vuelta a un recodo e ir de nuevo hacia abajo. Zayda recordaba su natal Sevilla, donde las callejas eran asimismo estrechas y retorcidas. Sólo que en Sevilla estaban llenas de macetas, de palmeras y de flores. Allí en Toledo todo era más adusto, más seco, pero aun así le pareció una gran ciudad y muy hermosa. Vio magníficas mezquitas, fuentes de colores en donde apenas si brotaba un hilillo de agua. Algunas inclusive estaban secas y las pequeñas teselas saltaban de su sitio por la sequedad. Había casas de piedra con bien trabajadas celosías y grandes entradas con zaguanes imponentes y en las paredes encaladas, de vez en cuando, se abrían diminutas puertecillas que sin duda conducían a jardincillos interiores o comunicaban con el interior de la casa. Se oía ladrar a algún perro y trinar a algún pajarillo.

—No quedan casi perros —dijo la guía al oír los distantes ladridos —, con la necesidad o han muerto de hambre o se los han comido. Sólo los ricos tienen aún algún animal en casa. Pero bueno, no os cuento más de nuestras penas. Aquí os dejo. Este es el distrito que buscáis. —Se volvió a Zayda—. Gracias Bashira, adiós, que el Profeta os bendiga y os ayude.

Zayda la paró tirándole de la manga cuando la joven ya se alejaba.

—Supongo que aquí como en todas partes se podrá comprar algo cuando se tiene algún dinero..

—Sí, Bashira, pero a nosotros no nos queda nada. —Zayda abrió la mano y le enseñó unas monedas—. Tomadlas, a mí me hacen menos falta que a vos. Idos y no contéis nada a nadie. Es mejor así.

La joven miró a Zayda con agradecimiento y sorpresa.

—No sé quién sois, *sayyida*, jamás había tenido en mis manos una moneda de oro, pero nunca os he visto, sólo me acordaré de vos en mis oraciones. Adiós. —Se fue apresuradamente llevando al niño de la mano.

Zayda caminó al azar durante un rato. Buscaba algo, una casa, de la que le habían dado detalles. Estaba situada en el barrio judío, pero tenía salida al barrio árabe y al mozárabe; la ocupaba una familia de toda confianza. Después de cuatro años de asedio, nada era seguro. No había habido ningún contacto, pero malo sería que habiendo vivido tantos años en esa casa ahora hubiesen muerto todos. Zayda tenía confianza en que esa persona le pondría en contacto con otras a las que debía acercarse con todas las precauciones del mundo, so pena de ser capturada y ajusticiada sobre la alfombrilla del verdugo, el temido *siaf*. Por fin creyó haberla identificado. Se acercó a la pequeña puerta y llamó dos veces. Esperó pacientemente hasta que oyó aproximarse unos pasos lentos. Luego se abrió una celosía pequeña y una voz masculina interrogó:

—¿A quién buscáis?

—A Doroteo, canciller de Navarra.

Siguió un silencio largo, luego la voz dijo:

—Ese hombre murió hace tiempo. ¿Quién pregunta por él?

Ella acercó sus labios a la mirilla y susurró;

—La princesa Zayda, de parte de Alfonso, hijo de don Fernando, el Magno. —Dudó un poco y añadió—: Vuestro amigo y hermano.

Siguió una pausa y luego alguien descorrió desde dentro un pestillo y al parecer una cadena. La puerta se abrió y mostró un amplio zaguán. Viniendo desde fuera, en donde brillaba el sol, al entrar en la fresca oscuridad de la entrada los ojos no llegaban a distinguir nada. El de adentro, sin embargo, veía claramente a la recién llegada. Se cerró la puerta tras la joven, se repusieron pestillos y cadenas y todo quedó en silencio. Zayda tardó un momento en adaptarse a la semipenumbra, luego sacó algo de su pecho, un colgante quizá. Era muy pequeño, más que un dije parecía medio anillo.

—Tengo esto para vos. —Lo enseñó. Era lo que parecía a simple vista, medio anillo, sin gran valor pero muy delicado y hermoso. Era de un metal desconocido, ni oro ni plata ni auricalco, el cuerpo lo formaban unos delgados lebreles entrelazados cuyas cabecitas tenían por ojos unas minúsculas piedras a modo de ojos. El interlocutor lo tomó en su mano y acudió a la luz del patio por verlo mejor.

—¡Por el bendito Santiago! —exclamó en voz más que alta—. Creí que nunca vería este anillo otra vez. ¡Era de doña Mayor, Dios guarde su alma! Venid aquí, muchacha, dejad que os vea. Mis ojos ya no son los de antes, aunque gracias a Dios, aún pueden juzgar a las personas.

Zayda se acercó a la luz del patio y miró a su vez al desconocido. Ambos se observaron con curiosidad no exenta de respeto.

—Así que sois la princesa Zayda, la hija de Al-Mutamid, de Sevilla, y una de las más altas *almeas*. Desde hace años que se habla de vos en todos los reinos. Bendito sea Dios, nunca creí conocer a alguna de estas damas. Pero pasad, niña, pasad, estaréis cansada aunque no sea más que por la emoción... —La tomó de la mano como lo hiciese con una hija y la llevó a un salón provisto de *sedilias*, pero además con cojines y con almohadones por el suelo sobre una tarima baja, a la moda de los árabes—. Escoged vos misma, princesa, como os sea más cómodo.

Ella se dejó caer sobre los almohadones y de pronto se sintió infinitamente cansada. El hombre permaneció en pie mirándola. Era un hombre viejo pero de noble estampa, sus cabellos canos coronaban una bien proporcionada cabeza. Zayda se encontró pensando para sí: «Debe de haber sido un hombre hermosísimo.» El perfil de su cabeza,

que el tiempo no había estropeado, era como el de una estampa griega. Tenía el cuerpo aún elegante pero algo cargado por los años, se encorvaba un tanto por el peso del tiempo. En sus facciones se apreciaban las huellas de un pasado turbulento, pero sus ojos destellaban talento y bondad. Todo eso pudo ver la observadora Zayda, pero se calló y no dijo nada. Por respeto a la edad del hombre esperó a que él se presentase sin presionarlo ni hacer ninguna pregunta. Él se arrodilló junto a la joven y la besó en la frente.

—Esperad aquí, princesa, ahora vuelvo con mi esposa. —Se volvió desde la puerta antes de salir—. ¡Perdonad, no me he presentado, es por la sorpresa! Soy en efecto Doroteo, el que buscáis, pero hace más de veinte años que no soy canciller de nada ni de nadie. Ahora vuelvo. —Fuese con rapidez inusual para sus años.

El lugar era tranquilo, nadie diría que estaban en una ciudad sitiada. Todo respiraba orden, armonía, tranquilidad. La habitación en la que estaban tenía algunos lujos inusitados para una casa particular. Las ventanas que daban al patio interior estaban veladas por láminas de colores, que la princesa sabía que eran de vidrio. Ella había disfrutado de este lujo sin nombre en sus palacios de Sevilla, no era cosa común entre los cristianos, ni aun en los palacios más ricos, el usar de estas láminas; eran demasiado caras y frágiles. Los cojines de la tarima eran de las más finas sedas y damascos y estaban bordados primorosamente; las lámparas, caladas al estilo de Granada, dejaban ver en su interior una tenue luz que surgía de una pequeña lamparilla de aceite. Más que alumbrar, adornaban. Todo olía a espliego y a romero. A limpieza, a tranquilidad, a sosiego. Zayda se reclinó y sintió sueño. Todo era sereno y silencioso, le pareció que estaba a salvo de todo peligro, que allí no la descubriría nadie y que el verdugo se iba alejando cada vez más con su sangrienta alfombrilla y la espada con la que cortaba cabezas de un solo tajo: el *siaf*. Sin darse cuenta entró en un sueño reparador donde sus visiones fueron plácidas y afables.

Doroteo volvió con una hermosa señora, casi tan anciana como él.

—Se ha dormido —dijo ella—, pobre niña, debe de haber pasado mucha tensión. El entrar como espía en una ciudad enemiga está penado con la muerte. Ahora descansa agotada en sus fuerzas, debe de ser muy valiente... —lo pensó un poco antes de terminar la frase— o estar muy enamorada de don Alfonso.

Se dirigió a un arcón situado junto a la puerta de entrada, lo abrió y sacó una manta ligera, la extendió sobre la princesa y la arropó como si fuese una niña pequeña.

—Dejémosla dormir, Doroteo.

Ambos salieron con cuidado para no hacer ruido.

10

La embajada de los cristianos.
El amigo de Toledo

YUSUF ben Tashufin había conquistado la plaza de Ceuta y entre sus nuevas preocupaciones estaba la decisión de pasar o no el estrecho que lo separaba de las tierras de Al-Andalus, y continuar allí la conquista con los musulmanes puros y castos, los *al-murabitun*, barriendo de la faz de la tierra no sólo a los politeístas cristianos, sino también a los islámicos impuros, corrompidos y débiles. No se decidía a movilizar a sus seguidores y adeptos, las tribus *sinhayíes* del Sahara y del Sudán Occidental, sus temibles guerreros que no conocían la derrota. Se temía que estaban demasiado fatigados. Habían barrido el norte de África, la Ifriquiya, y ahora descansaban después de haber tomado Ceuta. ¿Cuál sería su próximo movimiento?

Yusuf ben Tashufin había abandonado su hermosa capital, Marraquech, en donde tenía su palacio, y ahora se hallaba tan cerca del otro lado del estrecho que le parecía que si estiraba la mano podría alcanzarlo sin más. Ceuta valía mucho, era una joya y, además, una plaza fuerte para reforzar una retaguardia en caso de necesidad. Ben Tashufin había recibido, una vez más, cartas de los felones reyes moros del otro lado del mar. Eran flojos y cobardes, y además no eran buenos musulmanes, todo venía junto; por ello el bienaventurado Profeta les había negado su protección y sus bendiciones. Abrió con gesto brusco la última carta recibida desde la Península:

De Mutawakkil, rey de Badajoz, al Emir Yusuf ben Tashufin, emperador de Ifriquiya. En el nombre de Alá el Misericordioso, el de los más bellos nombres, desde Ar-rama, el Clemente, hasta Assabur, el Omnipotente, aquel por quien todo es hecho, se escriben todos las cartas y todos los libros se redactan: salud.

Con la frente en el polvo os saluda este desventurado hermano vuestro. Mucho sufrirnos los musulmanes en esta tierra acongojados por el cerco de hierro a que nos tiene sometido el tirano Adefonsus, con los pagos nos aprieta, con las armas nos acongoja, con sus caprichos nos oprime. Dice que quiere ser el emperador de las dos religiones y quiere intitularse «*emberator du l-millatain*», pero no puede ser nuestro «*emberator*» pues nos roba nuestra fuerza al quitarnos nuestro oro, ya que éste es como la sangre de los gobiernos. Sin dinero no podemos pagar a nuestros soldados, ni hacer la limosna ritual, el *zaqat*, a que nos obliga nuestra ley, pues es el tercer pilar del islam, y al ver esta limosna disminuida, el pueblo descontento nos desprecia.

Todo el oro que tenemos, o teníamos, y el que atesorábamos en nuestras arcas, ha hecho camino de los bolsillos del tirano. Pero él sigue exprimiendo nuestros caudales, y a nuestros pueblos, siempre insaciable.

¿No se apiadará el invicto caudillo de Ifriquiya, con sus devotos seguidores, de estos musulmanes de Spania? Hacedme saber si consideraríais una intervención guerrera en estas tierras. Si así fuese, contad con mi ayuda, mis ejércitos y mi consejo, que siempre sería de gran ayuda a un recién llegado.

Por tres veces os saludo, emperador del Norte de África. Jefe de los Almorávides. Caudillo piadoso e invicto. Vuestro afligido hermano Mutawakkil rey de Badajoz.

Yusuf ben Tashufin terminó de leer la misiva y escupió sobre ella, luego la arrugó y tiró lejos de sí.

—Perro infiel —dijo entre dientes—, sois un cobarde y un llorón. No es de hombres ni de creyentes asumir las cargas a que los quiere someter el tirano Adefonsus. Si alguna vez tengo que pasar el brazo de agua que me separa de vosotros, el primero al que cortaré la cabeza es a Mutawakkil, por degenerado y por gimotear como una mujer el día del parto. —Dio dos palmadas y pidió su comida favorita: dátiles y leche de camella. Después de recitar sus oraciones rituales, se fue a descansar. Enseguida se olvidó de la carta de Mutawakkil.

Los embajadores de don Alfonso fueron recibidos en Toledo con gran boato, como correspondía a los enviados de un rey que, en teoría, era un aliado y un protector de la Kora Superior o reino de Toledo. Según la embajada se iba acercando a palacio, unos soldados iban formando guardia de honor a ambos lados del camino, aunque más que para darles guardia de respeto parecían formar allí para atemorizarlos. Eran nubios de aspecto feroz, vestidos con sus ropajes de gala, pieles de fieras anudadas sobre su torso y en la entrepierna; en las manos llevaban lanzas adornadas con plumas cerca de la punta y a la espalda llevaban, terciado, un carcaj enorme lleno de flechas de largo astil.

La multitud era cada vez más apretada, pues el pueblo llano ama las demostraciones de fuerza y poderío. Por detrás de los nubios una muchedumbre multicolor se apretujaba estirando sus cabezas por ver mejor lo que pasaba no deseando perderse detalle alguno.

Si bien una parte del palacio abría, como es costumbre entre los islámicos, a un jardín ameno, la otra parte abría directamente a una gran explanada. Allí solían maniobrar las fuerzas de la milicia del rey, sobre todo en tiempos pasados, cuando se reunían allí los militares de oficio y los voluntarios para ir de *aceifa* todos los años, a arrasar a los

cristianos, quemar sus cosechas, robar sus ganados y raptar a sus hijos y mujeres. ¡Entonces se manifestaba en todo su poderío la gloria de Alá y la de su Profeta! Eso era, hacía mucho tiempo, cuando el de los Más Bellos Nombres y el bendito Profeta les bendecían con su ayuda y el islam prevalecía sobre los politeístas. Ahora, desde el mismo momento en que el padre del tirano Adefonsus, el llamado Ferdinandus, había obligado a los toledanos a pagar hacía ya más de veinte años, no se realizaban *aceifas* y por lo tanto ya no se reunía alegremente aquella enorme multitud de fieles que habían de partir para realizar el deber sagrado de la *yihad*, junto con los guerreros experimentados. Muchos de los más jóvenes no habían visto jamás cómo se realizaba esa reunión guerrera precedida de una semana de fiestas con hogueras, música y comida abundante. Antes de partir, los guerreros veteranos hacían una demostración, un alarde, de sus habilidades a pie y a caballo. Ejercitaban su puntería y hacían carreras en sus hermosos equinos, demostrando su pericia sobre los estribos. ¡Qué tiempos aquéllos!

La gente congregada a lo largo de las calles intentaba seguir el caminar de la embajada hasta la explanada real. Allí, seguramente, se haría un recibimiento como hacía tiempo que no se veía en Toledo. Nadie deseaba perdérselo, todos se empujaban deseando no quedar atrás, entrar en el recinto. Ya no cabía ni un alma. La guardia de honor despejaba a duras penas el camino para que los embajadores no se viesen atropellados por la multitud de curiosos. Los cristianos, en contraste con el multicolor espectáculo, vestían con su atuendo guerrero, severo y hermoso, y aunque por cortesía no llevaban sus armas a la vista, éstas iban en un palafrén junto a cada uno de ellos.

Los caballos que montaban eran no menos hermosos que los de los moros, y en esto los españoles de ambos lados de la frontera, islámicos o cristianos, rivalizaban en la hermosura de sus cabalgaduras. Iban los cristianos vestidos con hermosas túnicas hendidas que se conocen como *mofarrex*, que se veían apenas por debajo de sus armaduras. Algunos usaban lorigas, cuyo origen visigodo se hacía patente en la perfecta labor de miles de pequeños anillos entrelazados que semejaban un chaleco metálico tejido con primor. Ninguna lanza ni flecha penetraría tal labor. Otros caballeros usaban bruñías que llegan hasta más abajo de la cintura. Otros, por fin, inclusive se protegían las piernas con piezas metálicas sobre los muslos. Todos llevaban cascos bien pulidos que apenas dejaban ver los ojos.

Las sillas de sus corceles eran de altos borrenes con pinjantes de plata e incrustaciones de ébano y marfil. Por debajo de las sillas aparecían unos paños bordados con los colores de los caballeros, que terminaban en borlas o flecos. Esto era una fantasía que se habían

permitido por el hecho de que en realidad la comitiva no era una incursión guerrera sino amistosa.

Los moros en la plaza esperaban a los embajadores haciendo un gran alboroto con sus instrumentos musicales, que a los oídos de los cristianos sonaban algo discordantes y agudos. De vez en cuando se interrumpía la música instrumental y la multitud coreaba con extraños alaridos que se oían desde muy lejos. Las excitación crecía por momentos. No sólo se habían congregado los moros, sino también los mozárabes, y hasta los judíos de la ciudad no habían deseado perderse la ocasión y se apiñaban codo con codo con los otros habitantes de la ciudad.

En el centro de la plaza se había salvado un espacio libre que cada vez se veía más amenazado por la multitud que apretaba por todos los lados. En un momento dado aparecieron desde el palacio unos hombres que llevaban una traílla con perros de aspecto feroz. Tenía puestos los bozales, pero gruñían y se esforzaban en escapar de las manos que los sujetaban. Llegaron los perreros con sus animales al lugar que trataban de mantener a salvo de la multitud y entonces quitaron los bozales de los perros y éstos empezaron a ladrar, libres ya sus hocicos de las correas que los cerraban. Aunque los *cositeros* sujetaban a las bestias, éstas pugnaban por acercarse, ladrando, a la muchedumbre. La gente, al ver a los feroces animales, retrocedió, y de esta manera algo drástica se mantuvo el espacio destinado a los embajadores libre de la multitud.

Por fin éstos llegaron a la plaza, con gran dificultad, hasta el espacio libre que se había salvado para ellos y allí hubieron de presenciar cómo desde el palacio se echaban a volar miles de pajarillos por sus ventanas; luego, desde la muralla que rodeaba la fortaleza, una vez más cayeron como una cascada las banderolas del Profeta con sus colores verde y negro. Otra vez más la música estridente atronó sus oídos, esta vez casi era ensordecedora, pues en el recinto cerrado de la plaza el sonido rebotaba una y otra vez, multiplicándose hasta hacerse ensordecedor.

Finalmente los representantes del rey fueron conducidos dentro de la muralla y la rugiente multitud quedó afuera. La puerta interior de palacio se abrió silenciosa y los caballeros cristianos entraron en el primer patio. Allí acudieron de inmediato una gran cantidad de servidores que ayudaron a los caballeros a desmontar de sus cabalgaduras, aunque ellos llevaban a sus propios escuderos y sirvientes. Unos jovencitos, que parecían de menor categoría, ayudaron también a los escuderos. Luego con grandes zalemas tomaron las riendas de los caballos e hicieron saber a los cristianos que ellos atenderían debidamente a sus equinos. Los soldados que acompañaban a los embajadores se dividieron en dos grupos, uno, más

reducido, decidió ir con los animales por ver cómo eran cuidados y aposentados y el resto siguió a sus señores.

—Por aquí, altos señores —dijo un *fatá*, es decir, uno de los eunucos de palacio. Era de los más importantes del servicio del real palacio, pues se veía eso en el número de brazaletes de bronce que llevaba en sus brazos desnudos. Como única vestimenta usaba una túnica anudada a un hombro, dejando el otro descubierto. Como casi todos los eunucos, llevaba el pelo rapado y el cráneo liso y brillante como un casco metálico. Fijándose bien, se podía ver que llevaba antimonio entre las cejas y los ojos, y una fina raya negra rodeándolos. Ello le daba una profundidad a sus ojos que de otro modo quizás habrían parecido algo saltones. Sus manos eran gordezuelas y las movía con extraña gracia cuando gesticulaba con ellas. Les habló en un latín bastante correcto aunque su voz era un poco aflautada, quizá sólo era zalamera—. Me llamo Hasin, esto es en vuestro idioma «Atractivo». Soy el responsable de vuestra comodidad, así que cualquier cosa que echéis de menos me lo hacéis saber y se subsanará. —Echó a andar—. Seguidme, por favor. —Anduvo con pasitos apresurados mientras hablaba moviendo todo el tiempo sus brazos y sus manos—. Lo primero que he preparado para los embajadores son baños y masajes. Seguro que los necesitáis después de tan largo viaje... —Los caballeros se abstuvieron de decir nada, el «largo viaje» apenas había sido de unos cientos de metros, desde el cerco a la ciudad—. Luego comeréis en vuestras habitaciones y descansaréis, y cuando se haya terminado la oración de la tarde, vendré a por vosotros con una guardia de honor y os reuniréis con el Emir de los Creyentes Al-Qadir, que os esperará sentado en la sala del trono.

El embajador principal era un anciano caballero de nombre Servideo, que tenía instrucciones muy precisas de su señor, don Alfonso quien por haber vivido algún tiempo entre moros sabía de sus tretas y tratos. Al llegar a sus habitaciones, antes de que una nube de sirvientes empezaran a despojarles de sus armaduras y de sus ropas, se dirigió al eunuco:

—Alto, *fatá*. —Hasin se movió esponjado de placer, sólo el gran eunuco merecía este tratamiento—. Os agradecemos los trabajos que os habéis tomado para nuestra comodidad, pero somos guerreros y no damiselas. Ni descansaremos ni tomaremos colación en nuestros aposentos, ni esperaremos a la oración de la tarde para ver a Al-Qadir. Bien sabe que ya hemos llegado, como nosotros sabemos que él está aquí y que nos espera impaciente por saber qué tenemos que decir. Ahorrémonos todos estos circunloquios, protocolos y juegos de niños y vayamos a lo que vamos. Deseamos ver al emir enseguida.

Se espantó el eunuco. Nadie podía convocar al Señor de Vidas, al

Emir de los Creyentes con tal insolencia. Tampoco estaba autorizado para dirigirse con dureza a los embajadores, y menos aún a don Servideo, que era el más alto embajador. El representante del mismísimo don Alfonso, el que les tenía echado un dogal al cuello.

—¡Pero, mi señor, *sidi* Servideo, eso no está programado. El emir descansa...

Servideo lo interrumpió secamente:

—Pues que deje de descansar, ya tendrá tiempo. Apenas debe de haberse levantado, no creo que esté cansado. —Sonrió con malicia—. Bien sabemos de sus costumbres, no empieza a trabajar... tan temprano. De hecho nadie ha dicho que trabaje. ¿O es que acaso ahora trabaja?

El eunuco enrojeció violentamente.

—¡Oh, *sidi*, qué humor tenéis! ¡Pues claro que nuestro emir trabaja, y trabaja sin descanso velando por nuestro bienestar e impartiendo justicia por medio del cadí!

—Bien, pues trabaje o no trabaje *vuestro jalifa rasul Allah*, el Sucesor del Enviado de Dios, decidle que antes de la puesta del sol debemos abandonar Toledo y mientras tanto el tiempo corre. Suponemos que quiere oír lo que el rey *emberator du. l-millatain*, le envía a decir. Os rogamos que vayáis con premura a llevar nuestras palabras al señor de la tierra, Al-Qadir, y con todo respeto le pidáis que nos convoque enseguida.

Ante esta petición, desaparecieron todos los sirvientes, jóvenes y viejos, dejando sus abanicos, incensarios y velas abandonados por doquier. El mismo eunuco Hasin salió de la estancia, en su confusión lo hizo andando hacia atrás, como se hace ante el rey y la sultana.

A poco volvió sofocado y turbado. Seguro que nunca tuvo el pobre hombre que llevar un mensaje tan desagradable

—El *jalifa rasul Allah* Al-Qadir amablemente os recibirá ahora mismo en el salón del trono. Si tenéis prisa por abandonar Toledo, él respeta vuestra decisión, aunque no comprende la prisa.

—Gracias, Hasin. —Don Servideo sabía que los eunucos eran fácilmente sobornables, o al menos recibían dádivas—. He traído algo para vos.

—¿Para mí? —preguntó untuosamente el eunuco—. Que el bendito Alá, alabado sea su nombre, os premie por vuestra bondad y gentileza. —Estiró la mano por si acaso el cristiano se arrepentía.

Servideo sacó de un pequeño talego un objeto envuelto en un trozo de seda.

—Para vos, *fata*, de parte de don Alfonso. Él es un príncipe generoso y paga bien a los que le sirven.

Puso en la mano del eunuco la presea. Éste la abrió al instante, no podía esperar a verlo a solas. Su avaricia era notable. Una ajorca

centelleó en su mano. Era de oro rojo y estaba cubierta totalmente de cabujones sin tallar, sólo pulidos. Eran rojos, granates y verdes. Justo la pieza que podría usar un eunuco de alto rango si tuviera la suerte de adquirir uno. El eunuco Hasin se lo puso al instante y estiró el brazo para mejor admirarlo.

—Es magnífico, agradeced al *emberator l-millatain* su generoso regalo. —Bajó la voz—. Si fuese la voluntad de Alá que alguna vez hubiese de servir a tal señor, lo haría con agrado.

Don Servideo hizo como que no comprendía tamaño ofrecimiento y siguió con sus órdenes.

—¿Cuántos servidores nos iban a atender? Me pareció que eran diez. ¿Me equivoco?

Hasin dijo sin dudarlo:

—Once, *sidi*.

Servideo sabía que eran diez, los había contado pero no discutió. No valía la pena.

—Bien, para ellos también hay algo. Nos iban a atender, y no es su culpa que tengamos tanta prisa. —Abrió su mano y enseñó lo que tenía en ella.

Los ojos de Hasin se hicieron redondos de la admiración y la avaricia.

—Meticales de oro, *sidi*. Eso no se puede dar a esclavos. Ellos pertenecen a la casa y su vida y servicios pertenecen al califa.

—Don Alfonso no tiene esclavos que no tengan su propio peculio. Dadles de nuestra parte un metical para cada uno. Quizá con eso puedan comprar su libertad, si Alá es el Misericordioso, Jesús no aprueba la esclavitud, y si por guerra o deudas hubiesen los hombres incurrido en ella, tienen que tener la posibilidad de comprar su libertad. —Luego preguntó suavemente—: ¿No os gustaría ser libre, Hasin, ir a donde quisiereis, comprar vuestra casa y no servir a nadie?

Al eunuco le brillaron los ojos, como si muy dentro de su cara, gruesa y lustrosa, hubiese, quizás, unas lágrimas muy escondidas. Habló como pesaroso, pero con dignidad.

—No puede ser, *sidi*, no sé si nací libre, desde que recuerdo mi vida, fui esclavo y tengo suerte de haber sobrevivido a la castración. Ocupo un lugar alto en la corte de mi señor y tengo la confianza del harén. Me muevo en las más altas esferas y, si no defraudo al emir, en mi vejez podré retirarme rico y respetado. No se puede pedir más.

—Sí, Hasin, la libertad, ser uno su propio dueño. Además, entre los cristianos no hay eunucos.

El *fatá* no dijo nada y recogió las monedas de oro; después comentó:

—Volveré en unos minutos, quizá deseéis quitaros las armaduras. ¿Queréis que os ayuden?

—No, lo haremos nosotros mismos. Sólo prescindiremos de los cascos y de las piezas metálicas más pesadas. Por cortesía no llevaremos más armas que nuestras dagas.

El fatá desapareció sin hacer ruido.

Al-Qadir esperaba impaciente a los embajadores de Alfonso. El también deseaba saber cuál era la oferta del rey emperador, si es que había alguna. Acaso no traían una oferta de conciliación, ni le propondrían el bendito *sulh*, que es la paz, la avenencia, el arreglo. Quizá traían noticas nefastas en sus pergaminos y documentos. Podían venir a anunciarle la muerte, bien por inanición, bien por conquista violenta, y quizás a los cristianos vencedores se les otorgaría *fay* y *gamma*.

Algo que temían los seguidores del islam. *Fay* y *gamma*: botín y saqueo. Bien sabían lo que ello significaba, así se había enriquecido el bienaventurado Profeta cuando inició la conquista del mundo para convertirlo a la verdadera fe; el bendito Mahoma había saqueado a las caravanas y hecho botín de los pueblos enemigos para que el mundo se convirtiese de *dar al-Herb*, o sea la morada de la guerra, en *dar al-islam*, es decir, la morada de la paz. Así había salvado a los pueblos y los había protegido dándoles la religión verdadera, el islamismo. Pero desde entonces el anuncio *de fay* y *ganima* llenaba de terror el corazón de los hombres. Si llegaba la guerra con el botín y el saqueo, no quedaría piedra sobre piedra. Todo era susceptible de ser considerado botín: los bienes muebles e inmuebles, los animales, las personas, las trojes. En cuanto al saqueo —¡Alá no lo permitiese!—, era un hecho tan violento, que preferían la toma del botín. *Fay y ganima*, ambos términos repiqueteaban en la mente de Al-Qadir. Aunque era un mal gobernante y un hombre flojo y nada decidido, sin talento, no deseaba para su pueblo tales calamidades. Al serle anunciado que los cristianos deseaban verle de inmediato, pues habían de volver antes de la puesta del sol, accedió. Cuanto antes supiese su suerte mejor.

Recibió a los embajadores encabezados por don Servideo en un amplio salón arreglado apresuradamente. Se habían encendido todas las lámparas y lucernas; fumaradas y vapores gratos inundaban el ambiente. Ámbar, nardo, canela, incienso, azahar. Los altos funcionarios se arracimaban en grupos multicolores; sentados y de pie, allí estaban los ministros, administradores, secretarios, todos tenían su lugar en el estricto protocolo. Como una función de teatro bien ensayada, todos ocupaban sus puestos a mayor gloria y esplendor del Emir de los Creyentes.

Cubrían el suelo, y hasta las paredes, hermosas alfombras de seda de Esmirna, notables por sus colores acaramelados; las de Isphahan, que se conocían en todo el mundo por sus tonos azules, obtenidos de la planta del añil; de Akkoyonlu, tejidas por gentes asiáticas que

sacaban su lana de unas ovejas especiales, que según decían sólo comían hierba dulce. Otras venían de sitios aún más lejanos: de la India, aunque no eran verdaderas alfombras, eran más bien tapices que se colgaban en las paredes o en las tiendas de los árabes nómadas, las llamadas mantas de Amristar que se tejen sobre algodón y que utilizan el nudo asimétrico. No faltaba lujo ni exquisitez sobre las paredes.

También se habían colocado con precipitación mesitas bajas llenas de golosinas: envueltos de sésamo con azúcar molida, caramelos con sabores de menta e hidromiel, frituras regadas con miel de abeja. Todo estaba pensado para dar la idea de abundancia, esmero y finura. No era el menú de una ciudad sitiada.

Unos biombos escondían una parte del salón, y detrás, los músicos entonaban sus melodías. Detrás de otros biombos de madera de cedro, calados como verdaderas celosías, se sentaban y miraban sin ser vistas las esposas del emir y sus amigas. Los esclavos y sirvientes se movían apresurados para servir a sus amos sin molestar a los demás. Un pequeño estanque de mercurio era agitado continuamente con una varilla de madera para que con su movimiento las luces que salían de las lámparas rompieran en reflejos plateados sobre las paredes y el techo.

No bien se hubieron aposentado los toledanos en su salón, cuando ya don Servideo y los suyos entraban sin más protocolo en éste; sus pasos habían resonado como golpes sobre las losas del recorrido, ya que venían calzados con los escarpines metálicos de montar a caballo vistiendo las armaduras. El esclavo encargado de anunciarlos todavía estaba gritando el nombre del embajador cuando éste ya estaba dentro del aposento.

Don Servideo se acercó a Al-Qadir y le hizo una reverencia. Luego le miró a los ojos. Los circunstantes se horrorizaron, nadie debía mirar a la cara, directamente, a un descendiente del Profeta. Un murmullo de desaprobación recorrió la estancia, pero don Servideo lo ignoró.

—Emir —dijo—, venimos en son de paz y en nombre de nuestro rey, el emperador de León, don Alfonso Fernández, hijo de Fernando el Magno, nieto de Sancho el Mayor de Pamplona. El rey-emperador, vuestro aliado, os recuerda que fue amigo inquebrantable de vuestro abuelo Al-Mamun. Este pueblo noble ha pagado *parias* a Castilla desde el tiempo de don Fernando y es sólo desde que vos ocupáis el trono que esta obligación no ha sido cumplida. Como la alianza no ha sido rota ni el tratado denunciado, venimos a pediros, una vez más, el pago de lo adeudado. Mil monedas de oro fino mensuales, debéis cuatro años; doce mil al año hacen cuarenta y ocho mil monedas. Don Alfonso quiere saber si vais a pagar de buen talante o si vais a esperar a que él se cobre en vidas y bienes vuestra deuda. Son algo más de

cuatrocientas libras de monedas o polvo de oro. Cuatro quintales o, si lo preferís, seis mil cuatrocientas onzas, poco más o menos. Nuestras órdenes son recordaros la deuda y dejaros un plazo razonable para ver si podéis reunir lo adeudado. En caso contrario pensaríamos otra solución más adelante, pero muy pronto.

»Mientras lo pensáis no se levantará el cerco. La magnanimidad del emperador *l-millatain* ha hecho que liberase sin contraprestación alguna a todos los prisioneros y rehenes. No será tan magnánimo si le obligáis a cobrar por la fuerza.

Don Servideo terminó su discurso y esperó la respuesta de Al-Qadir. Éste se había esperado cualquier cosa menos una petición tan abrupta del pago de su deuda, pero en todo caso, aunque quisiese pagar, no podía. Le sucedía lo mismo que a Al-Mutamid de Sevilla: no tenía oro. Las guerras que asolaban al territorio africano, las revueltas encabezas por los almorávides, sus conquistas y las razias en África habían interrumpido el flujo de oro en polvo desde los ríos del Senegal. Ya no transitaban las caravanas de sur a norte llevando el preciado polvo, ni a los esclavos oscuros como el ébano que tan buen mercado tenían en Al-Andalus y en todas las tierras musulmanas de la Península. Ahora los esclavos entraban por el norte, a través de Pamplona y Pertús, eran rubios y de grandes ojos claros, les llamaban genéricamente que es el plural de *saqaliba*, esclavo. Eran muchos de origen eslavo por lo que les llamaban también *eslavones*. Pero no había oro.

Al-Qadir explicó a don Servideo que él se sentiría muy gustoso de pagar la protección de Alfonso Fernández, pero tendría que ser por otros medios.

—¡Cómo no querría pagar ese oro a un amigo! —acabó diciendo el emir—, pero el poco que nos queda nos es aún insuficiente para pagar nuestros gastos normales y para cumplir con el mandamiento de hacer el bien a los pobres y desamparados, ya casi no queda ni para el *zakat*, la limosna ritual —acabó con amargura—. Y ahora con el asedio ni siquiera tenemos el común intercambio de bienes que nos hace falta para sobrevivir. No entra comida ni materias primas para elaborar nuestros bienes, los artesanos ya no tienen plata, ni cobre ni metal alguno para sus repujados, ni lana para tejer mantas y vestidos, ni seda para los trajes de las damas. No se pueden sacar a pastar a los animales, porque los pastos están lejos, donde acampan las huestes de mi amigo y protector, don Alfonso. Y —añadió con amargura y desdén — lo único que ahora mismo nos sobra, y nos podríamos desprender de ellos, son mozárabes y judíos, los *dímníes*, pues ellos también son ahora tan pobres que ya no pagan sus impuestos: ni la *yiza* por la tierra que poseen, ni *el jaray* por lo que ésta produce.

Don Servideo no se inmutó.

—De ellos también quería hablaros. Volveré dentro de un mes a saber vuestra respuesta. Y así como os hemos entregado a los rehenes islámicos que teníamos en nuestro poder, queremos llevarnos a los mozárabes y judíos que quieran abandonar el cerco. Y no pagarán capitación ni rescate alguno para abandonar la ciudad, aunque el rey, magnánimo, os perdonará una parte de la deuda por cada cristiano o judío que quiera salir y salga libremente, sin ser molestado ni él ni sus parientes que prefieran quedarse. No tengo nada más que deciros, *hayyi* Al-Qadir.

Se inclinó y dando media vuelta salió de la estancia seguido de los suyos. Dentro de un mes estaría de vuelta. Era el tiempo que tenía Zayda para cumplir su misión.

Habíamos dejado a la princesa descansando de la primera parte de su aventura. Cuando se despertó había oscurecido, lucían en la habitación unas cuantas lamparillas, y gracias a ellas pudo ver que la estancia era grande, apenas se acordaba de haberla mirado cuando entró en ella. Se dio cuenta de que alguien la había cubierto con una manta. No había ningún ruido, se preguntó qué hora sería y entonces vio sobre la mesa baja que estaba junto a ella una nota escrita en una especie de bandeja de arena. «Cuando despertéis, llamad.» Una pequeña campanilla estaba al lado mismo de la bandeja. Entendió que su anfitrión deseaba ser llamado en cuanto ella despertase, agitó la campanilla y esperó, y no tuvo que aguardar mucho, casi enseguida oyó pasos que se acercaban, y entró el llamado Doroteo.

—Estabais cansada, princesa, en cuanto pusisteis la cabeza en los almohadones, caísteis dormida. ¿Queréis comer algo?

De pronto Zayda se dio cuenta de que tenía un hambre atroz. Había salido temprano y había tomado una colación ligera antes de unirse al grupo de rehenes y prisioneros y luego durante el día no había comido nada hasta ahora. Estaba cansada porque la noche anterior casi no había dormido, se la había pasado con el rey emperador comentando su misión: encontrar posibles aliados para el rey cristiano, sopesar sus posibilidades de éxito si hallaba ayuda desde el interior. El cerco se prolongaba más de lo previsto y era necesario hacer acopio de dinero y de víveres y equipo de todas clases si aquello iba a durar mucho más. Los reyezuelos de las Taifas ya no pagaban con la puntualidad de antes. El dinero se agotaba. También habría que pensar en mandar que se levantasen levas entre los villanos y convocar a los Caballeros Pardos de las Merindades; en ese caso empezarían por llamar a los de Mena, de la merindad de Montija, a los de Espinosa de los Monteros y de la merindad de Valdeporres, a los de Sotoscueva y a los de la Junta de Traslaloma, a los del Valle de Losa, a los de Berberana, de Medina de Pomar y de muchas otras, pues los que

hasta entonces habían prestado sus servicios al rey empezaban a murmurar porque sus casas, su ganado y sus tierras habían quedado desguarnecidos; sólo los niños, los ancianos y las mujeres habían quedado para sembrar y recoger, para guardar el ganado y defender la tierra de bandidos y ladrones.

Por todas estas razones y por mil más, había que averiguar si Toledo estaba a punto para proceder a un asalto o a una rendición sin combate. Zayda había propuesto que ella entrase con los embajadores, entre el grupo de rehenes, y ella luego buscaría a quien el rey le dijese que podría darle los datos que tanto necesitaba. Además ella terna parientes entre la *jassa* local, la aristocracia. No era raro que las familias reales estuviesen entroncadas, y las de Toledo y Sevilla lo estaban. En el peor de los casos siempre podía recurrir a ellos. Sobre todo si se veía en peligro. En ese caso valía la pena acudir a quien fuese, pues ello supondría que ya había sido descubierta por el *barid* o jefe de correos, que lo era también de la información, y que en realidad era el jefe de la policía, la llamada «la invisible». La que tenía mil ojos y mil espías. Había que andar con pies de plomo, cualquier extranjero llamaba la atención, y más en estas circunstancias.

Zayda volvió a la realidad. Le habían ofrecido comer y ella contestó sonriendo:

—Sí, por favor. ¿Es demasiado tarde para que comamos juntos[1]? —Doroteo la miraba con atención.

—No, princesa, mi esposa y yo os esperábamos. Nos gustaría saber qué podemos hacer por vos... y supongo que por el rey Alfonso. Hemos dado libre a todos los servidores, así podremos hablar sin testigos y sin oídos incómodos. Seguidme por favor.

Ella se puso en pie y dejó caer la manta con la que había estado cubierta durante el sueño.

—Bien veo que don Alfonso no se equivocó al pedirme que recurriera a vos. Cuando me explicó quién erais me acordé de vos, aunque no os conocí directamente sí sé que estuvisteis en Sevilla hace años, cuando el rey Fernando, vuestro medio hermano y amigo, os mandó a buscar las reliquias de las santas Justa y Rufina, bajo el reinado de mi abuelo, Abbad ben Abu al-Qasim Muhammad ben Abad, conocido como Al-Mutadid. Se habló durante mucho tiempo de todo aquello, de la muerte del embajador Alvito y de la oración fúnebre que vos hicisteis para su funeral. Mi padre os conoce bien. El me habló de un hombre prodigioso.

—¡Pero, princesa, hace ya tanto tiempo de ello! Yo creía que todo se había difuminado en las nieblas del tiempo.

Mientras tanto caminaban por las habitaciones de la casa haciendo camino hacia alguna estancia que Doroteo conocía pero que la princesa ignoraba.

—Pues ya veis que no, Doroteo, sobre todo quedó vuestra memoria entre los servidores de palacio porque el gran eunuco, Al-Hurr, se suicidó por vos. Además erais conocido en toda la tierra por vuestra memoria, según creo.

Andando andando habían llegado a un aposento en donde esperaba una mesa con algunos manjares. Una mujer pelirroja, vestida de verde y con el pelo recogido en la nuca les esperaba sentada en una cómoda *sedilia*, mientras se distraía con un pequeño bordado. Al verles entrar se levantó y acudió a saludar a la joven. Puso sus manos en los hombros de la princesa y la alejó un tanto de sí.

—Así que vos sois la famosa *almea* de Sevilla... Flor de azahar de los patios de la Baranda.

Zayda la miró sorprendida.

—¿Y cómo sabéis, señora, que mi madre me llamaba así?

—En esta casa nos gusta la lectura y especialmente la poesía, los versos de Itimad, vuestra madre, no nos son desconocidos, princesa. Pero dejémonos de literaturas y sentémonos a comer. Deseamos que nos digáis qué podemos hacer por vos —miró a Doroteo con cariño— y supongo que por Alfonso y los cristianos de Toledo.

Tomaron asiento alrededor de la mesa bien provista a pesar del cerco. Viendo la cara de Zayda, la mujer de los ojos verdes dijo:

—No os extrañéis, *sayyida*, esta casa era de un judío, hace mucho tiempo, y tiene unos sótanos excelentes porque era de un comerciante que los usaba para depósito de mercadurías. Ahora, en lugar de bienes de comercio, hemos acomodado algunos víveres para tiempos de necesidad, como éstos, y con cuidado, podemos resistir aún algún tiempo. Tenemos cereales, aceite, aceitunas, sal, tocino, pasas, pescado seco, en fin, lo suficiente para no morir de hambre, como ya están haciendo otros en esta ciudad.

Zayda tomó asiento graciosamente y al tiempo preguntó:

—¿Cuál es vuestra gracia, señora de la casa?

A la pregunta contestó Doroteo.

—¡Oh, perdón, *sayyida*, he pasado por alto mis modales palatinos, y aun los normales entre cristianos educados! Esta hermosa señora se llama Julita, pasa por mi esposa y como a tal la amo y respeto, pero bien sabréis por vuestro padre que soy eunuco, el eunuco Doroteo, el que fue escribiente del *scriptorio* de Nájera, y medio hermano del rey García. Ahora vivo retirado de todo en Toledo, en vida feliz con Julita, que me ha acompañado durante muchos años. Hicimos una familia, ella tenía un hijo, Quirico, y yo adopté a un hijo: Santiago, hoy no sé dónde está al servicio del rey. Y tenemos otra hija adoptiva, una morita que compramos y que ha sido nuestra compañía y nuestra alegría; hoy es nuestra liberta, pero es nuestra hija en realidad; ya no vive con nosotros, porque está casada. Esos somos. Ya no servimos a

reyes ni a poderosos. Vivimos nuestras vidas tranquilas y apartadas después de muchas vicisitudes.

La comida transcurrió tranquilamente, se habló de cosas sin importancia. Zayda preguntó con interés por el Libro de Horas de don Fernando y doña Sancha.

—Lo he visto, y lo he tenido en mis manos, y no sé cuántas horas pueden estar invertidas en tal obra. Ni cuántas personas hubieron de trabajar en un libro tal.

—En realidad, *sayyida.*, lo hicimos Julita y yo. Ella decoró muchas de las letras unciales que en realidad ya no eran unciales, sino capitulares. Las unciales eran derivaciones de las letras romanas, de las letras capitales y rústicas que con el paso del tiempo se transformaron en los signos gráficos con formas más redondeadas que conocemos como unciales. Si se ponían muchas juntas, dotaban a la página de una hermosa dignidad pero, por el contrario, eran difíciles de leer, pues casi se entrelazaban unas con otras.

»Para ayudar a leer el párrafo con facilidad se escribía la primera letra de cada capítulo fuera del texto, en el margen, y esa primera letra se fue adornado más que las otras, creció en tamaño, se hizo de otro color, y de este modo, sirviendo a un propósito útil, fue como nacieron las letras capitulares. Julita tenía un don especial para adornar esas letras con hermosas vides y plantas que se retorcían agarrándose a las letras y subiendo por ellas como una enredadera. Sus colores también eran notables mezclas y así el texto el texto del Libro de Horas de don Fernando y doña Sancha quedó tan embellecido que pasará a la historia.

»Estas letras, las primeras de cada párrafo, eran muy importantes, pues los libros de oraciones son para ser usados y leídos en lugares recogidos, con poca luz, y es difícil encontrar un fragmento determinado en esa piadosa penumbra, ya os podéis imaginar que una colorida y destacada capitular ayuda mucho para reconocer un párrafo o un capítulo y para situarlo ante nuestros ojos en el momento necesario.

«Yo por mi parte hice los dibujos restantes, ovejas, palomas, cruces, santos y orlas. En fin, fue nuestra obra común. Trabajamos varios años en ello por encargo de doña Mayor, la reina viuda de don Sancho, a quien yo llamé mía madre, pues ella me crió cuando me regalaron al rey de Pamplona, siendo chico y ya eunuco. Eso es todo.

—¡Cómo todo! —se escandalizó la princesa—. Sé que fuisteis un hombre notable, un sabio entre los sabios, con una memoria prodigiosa.

—Callad, Zayda —Doroteo le apeó el tratamiento con voz grave —, eso fue hace mucho tiempo, y prefiero no recordarlo. Fui ambicioso, por don García trabajé con todo mi ser y vendí mi alma a

mi rey, señor y medio hermano: García, pero él me traicionó y rompió mi espíritu. Fui desgraciado muchos años. Prefiero no recordar —repitió—, ahora me dedico a leer cuando puedo obtener algún libro o manuscrito nuevo, a evocar a mis buenos amigos, hoy fallecidos, y a esperar una muerte tranquila después de una vida agitada. Julita y yo nunca hablamos del pasado y somos felices en este presente. —Se sirvió un poco de vino y cambió el tono de su voz. De grave y triste volvió a la normalidad—. Acabemos por hoy, mañana me diréis qué necesitáis de mí. Julita os mostrará unos aposentos que os ha preparado mientras descansabais. Estáis entre amigos, aunque no logremos nada de lo que sin duda deseáis, estáis a salvo. —Cambió de tono y cogiendo un plato con frutos secos preguntó—: ¿Os agradan los higos secos? Aquí tenemos unos de nuestra propia cosecha.

Y así la cena siguió sin hablar más del pasado. Mañana Zayda les manifestaría el deseo del rey. ¿Podría Doroteo hacer algo por él?

11

El alquimista de Toledo

TEMPRANO al día siguiente, Zayda y Doroteo se sentaron en el patio interior de la morada. La pelirroja dueña de casa declinó acompañarlos, arguyendo que la casa necesitaba de su supervisión y, al fin y al cabo, dijo, seguramente ellos le contarían luego lo que habían decidido. Se alejó con paso ligero para su edad y así los dos interlocutores quedaron solos. En una mesita reposaba una jarra de barro llena de limonada que provenía de los limones que proporcionaba un limonero, el cual crecía bien abrigado del frío en un rincón soleado del patio.

—Y bien, Zayda —dijo Doroteo—, decidme por fin qué os ha traído aquí con tanto peligro. No es normal que una de las *almeas* vaya por el mundo disfrazada de rehén, en el cerco de una ciudad. Menos aún, siendo hija de un rey y prometida de otro. ¿Qué sucede?

Zayda se puso de pie y luego se arrodilló junto a la *sedilia* de Doroteo. Le habló casi al oído.

—El cerco se prolonga demasiado. El oro que lo sostiene se acaba; los hombres que están acantonados se cansan con la inacción, la gran obra se colapsa sobre sí misma al no vislumbrarse un fin más o menos cercano o lejano. Eso es lo que pasa. Seguramente en este lado de la raya, en Toledo, también habrá hombres que deseen que se acabe este asedio, que quieran ver este bloqueo roto y finalmente poder respirar y vivir unas vidas normales. Sembrar sus campos, comerciar con sus vecinos, visitar a sus parientes en las ciudades o villas de las cercanías.

—Eso está muy bien, princesa, pero ellos, los toledanos, no tienen conciencia de haber provocado este acoso, si acaso sólo lo sufren.

Zayda suspiró.

—Cierto, bien cierto, los pueblos sufren por los errores o ambiciones de quienes los gobiernan. Siempre ha sido así. Pero todos deseamos que esto acabe, ya ha habido suficiente pesadumbre en ambos lados. Yo lo deseo, y don Alfonso también. I)e momento el rey emperador quiere sondear la situación. Saber cuánto están dispuestos a resistir. Conocer, hasta donde se pueda, si tiene aliados dentro de la ciudad. Si los mozárabes le seguirían, si los judíos de la judería aceptarían bien a un gobernante cristiano y en ese caso sí se puede contar con ellos para un eventual alzamiento desde dentro. En fin, lo que desea es información, información actual y de primera mano, a ser posible. —Zayda se levantó y volvió a su asiento.

—¿Y ha mandado a su embajada para ello? ¿Para preguntar a Al — Qadir si está dispuesto a rendirse? —La voz de Doroteo sonaba algo

incrédula. No suponía al formidable estratega que era don Alfonso tan simple como para preguntar al enemigo cosa tan ingenua.

—¡No, claro que no! La embajada es un movimiento de distracción y la horda de refugiados sin nombre, liberados sin contraprestación alguna, una treta. *Yo* soy la que le ha de proporcionar la información que necesita. Y lo he hacer, con vuestra ayuda, espero, maese Doroteo. Vos conocéis a todo el mundo aquí, habéis vivido tranquilamente durante años con vuestra familia. Todo ha sido urdido para darme cobertura. Si el *barid* no me localiza, volveré a salir de Toledo delante de todos sin que me vean. Tenemos planes...

Pero Doroteo no pareció muy convencido, movió la cabeza como dudando de los planes de Zayda y de don Alfonso.

—Sé que Al-Qadir no es como su abuelo, a quien don Alfonso amaba y respetaba, al punto de que llegó a considerar quedarse a vivir en Toledo bajo la protección de Al-Mamun. Su nieto es un necio, en comparación. Pero es cierto que no puede pagar las cantidades exigidas por don Alfonso, me parece que todos los reyes de los reinos de Taifas, los *tawaif*, están en la misma situación. El sistema ideado por el rey cristiano para romper el espinazo de la resistencia árabe lo ha logrado, pero al mismo tiempo ha drenado todos los recursos en los distintos reinos, al extremo de que, habiendo entregado todo su oro, ya no pueden pagarse la protección del rey emperador. Tampoco él puede obtener más, aunque ponga cerco a toda la morería.

»E1 cobrar tan *alias partas* has sido un sistema sencillo pero infalible, sólo ha necesitado de tiempo y paciencia para fructificar. Sin duda don Alfonso sabe que ninguno de los reyes árabes puede seguir abonando ese dinero, amonedado o no, y menos aún desde que Yusuf ben Tashufin ha interrumpido el comercio del oro con el norte de África. —Pensó un momento, y luego preguntó a Zayda directamente —: En concreto, ¿qué desea de mí mi sobrino?

—¿Vuestro sobrino? —se admiró Zayda—, ¿pero no sois...? —Se quedó como cortada, sin saber cómo continuar.

—¿Eunuco, queréis decir? —Ella pareció algo desconcertada, por ello no dijo nada y sólo asintió con la cabeza. Pero el eunuco pareció no molestarse y dijo sencillamente—: Sí, lo soy, pero fui criado con los príncipes, como sabéis, y los hijos de don Sancho el Mayor de Pamplona y de doña Mayor de Castilla, fueron mis hermanos, y de todos ellos, el que mejor me trató, como a un hombre y a un hermano de sangre, fue don Fernando. Le juré una vez que si llegaba la ocasión no dudaría en prestar algún servicio a cualquiera de sus hijos, si con ello los salvara de un peligro cierto. No para llevar a uno contra otro, ni para daño de sus respectivos reinos, sino para favorecerlos a ellos y a sus territorios. En mi corazón sus hijos fueron, y son, mis sobrinos.

Os repito: ¿qué desea de mí?

—Que le ayudéis a obtener la información que desea. Si el cerco ha de prolongarse hay que tomar medidas inmediatas. Como os he dicho, saber si los judíos y los mozárabes le ayudarían. Y también saber el grado de insatisfacción del pueblo islámico.

Doroteo se concentró en lo que la mora Zayda le había dicho. Recordó todas la mañas de un hombre de Estado, los trucos y tretas que él mismo y su rey don García, el de Nájera, habían inventado durante los largos años que gozó de su predilección hasta que todo se vino abajo. Doroteo sabía cómo se mueven los hilos del poder, y el peligro que entraña desplazarse entre los poderosos, tan peligroso como para una mosca volar entre los hilos de una telaraña.

—Tendremos que ser cautos, muy cautos, *sayyida*. Seguramente la policía secreta ya os está buscando y me extrañaría que no viniese mañana mismo a por vos.

—¿Tan pronto?

—Sí, princesa. Tan pronto. Seguramente ya han hecho una lista de todos los que han entrado en la ciudad como refugiados. Los rehenes se conocían entre sí, llevaban algún tiempo en las prisiones del rey. Vos entrasteis entre ellos, pero alguien debió de darse cuenta de que había una desconocida en el grupo. En cuanto interroguen a los recién llegados, que lo harán con el pretexto de darles casa y repartir el *zakat* o limosna legal, se sabrá que falta una, precisamente la desconocida, y suerte tendremos que no sepan que era la princesa Zayda.

Ella se inquietó, pero sabía que podía confiar en este hombre mayor. Y en el peor de los casos recurriría a sus parientes.

—¿Qué debo hacer, Doroteo?

Vos, de momento, nada. Desaparecer enseguida.

—¿Y cómo?

Doroteo contestó con otra pregunta:

—¿Sabríais disfrazaros de joven, de hombre, quiero decir?

Zayda no dudó:

—Perfectamente.

—Otra pregunta. ¿Sabéis lo suficiente de alquimia como para pasar por un estudiante de alquimia y otras ciencias herméticas?

—Creo que sí.

—«Creo» no vale, princesa, el hombre en el que pienso está algo desquiciado pero de alquimia sabe más que los siete sabios de Grecia. Si le parece que sois un impostor estaremos todos perdidos. Vos y yo. Si no sabéis lo necesario será mejor intentar otra cosa. Os lo vuelvo a preguntar: ¿sabéis lo suficiente de alquimia como para pasar por un estudiante aventajado?

Esta vez Zayda le miró a los ojos y contestó simplemente:

—Sí, Doroteo, por un estudiante aventajado y por un maestro.

—No hay tiempo que perder. ¿Tenéis un mancuso de factura reciente?

Ella buscó en un bolsillo.

—Aquí hay uno de la ceca de Burgos, en él se lee *rex imperator*, por lo tanto es reciente.

La moneda tenía un valor inmenso, pero Doroteo se la pidió.

—Dádmela. Yo os daré el dinero que necesitéis. Ahora id a vuestra habitación y vestios como un doncel árabe, no importa que sea de Sevilla, así si os interrogan no os cogerán en un renuncio. Pensaremos un nombre sin significación alguna, algo ordinario. Os llamaréis...

—Me llamaré Muhammad ben Muhammad. Es un nombre muy corriente, debe de haber cientos de miles con ese nombre y así es imposible localizar a sus parientes.

—Bien, sea Muhammad. Habéis estudiado en la Madrasa de Sevilla. Había un maestro de alquimia en Córdoba, se llamaba Rubén, era judío y ya murió. Escribió mucho, así que podéis decir que de él os viene la afición.

—No os preocupéis, buen Doroteo, en ese campo conozco a los maestros y no me cogerán en un renuncio. Me educaron los mejores, algunos ya han muerto y no me pueden delatar. Hablaré de ellos si fuese necesario. ¿Y mi misión?

—Yo indagaré por vos mientras tanto. No os preocupéis. Tengo muchos amigos entre los toledanos, gentes de libros, de pensamiento

y de lecturas sabias. Conozco también gente del mercado y entre los de la judería. Os tendré al corriente. Ahora idos y volved en una hora vestido como un joven, os han dejado ropa en vuestra cama. Yo mismo os llevaré a donde vive el alquimista. Todo sea por don Alfonso y por mía madre adoptiva, doña Mayor de Castilla, de piadosa memoria.

Antes de que hubiese transcurrido la hora ya estaba Zayda de vuelta. Era un joven que más parecía un adolescente que otra cosa. Aunque era de cuerpo menudo para ser hombre, podía pasar por persona de constitución delgada. Ella, siendo mujer, era alta, por lo que quedaba parcialmente disimulada su fragilidad. Se había cortado el pelo y de alguna manera oscurecido las cejas haciéndolas algo más gruesas. Nadie reconocería a la *sayyida*. Era un trabajo superior, pero Doroteo no perdió el tiempo en felicitaciones, ni en lamentaciones por el cabello perdido. La tomó de la mano, le puso una bolsita con monedas mínimas y un saquito con unos pocos libros.

—Aquí tenéis suficientes feluses, monedas de cobre, un estudiante no tendría más, y unos libros sobre alquimia; son libros de gran valor intrínseco, propios de un gran aficionado a las ciencias herméticas.

Son míos, cuidadlos como a un hijo. Miradlos en cuanto tengáis tiempo. Ahora vámonos, no tenemos tiempo que perder.

Ni siquiera se despidieron de la dueña de casa. Salieron casi corriendo, pero lo hicieron por una puertecilla disimulada que daba a la judería. Allí no había nadie. La calleja estaba desierta.

Andando por la aljama cruzaron muchas calles y callejas. El mismo silencio se respiraba en todas partes, las calles empedradas estaban limpias, bien barridas y cuidadas, no faltaba ninguna piedra en su sitio. Las ventanas que abrían a la calle, como las de los moros, estaban veladas por celosías de madera trabajada como encaje primoroso. Desde dentro permitían ver la calle, pero desde fuera era imposible distinguir nada en las habitaciones.

—Seguidme en lo que yo diga al judío, y estad bien atenta, no podré repetir lo que le cuente. Será vuestra historia. —Ella asintió con la cabeza mientras marchaba rápidamente. Dieron mil vueltas y revueltas. Nuestra Zayda, ahora Muhammad ben Muhammad, se admiró de que alguien pudiese aprenderse tal dédalo; luego recordó que en Sevilla también las calles eran intrincadas y terminaban a veces abruptamente en una puerta cerrada. Cualquiera hubiese creído que allí terminaba la vía, pero abriendo la supuesta puerta, la calle continuaba al otro lado.

Por fin llegaron a una casa insignificante, ni grande ni chica. Tenía dos pisos con una puerta y una ventana abajo y dos ventanas arriba Estaba encalada y necesitaba una mano de pintura, y había algunos desconchones, como si su dueño no tuviese ojos para percatarse de que su morada estaba falta de algún cuidado en el exterior. La puerta principal estaba, o había estado, pintada de verde. Una mano, al parecer de metal, sostenía una bola: era el llamador. Por debajo de la mugre se veía que la pieza era de bronce. Doroteo llamó tres veces. Esperó un momento y luego otras dos. Al cabo de otro rato llamó con un solo aldabonazo.

—Es la contraseña —aclaró—. Si no, no abre a nadie. Enseguida nos franqueará la puerta. —Dicho y hecho, al momento se abrió la puerta sin hacer ningún ruido, al parecer estaba bien engrasada, a pesar del aspecto descuidado del exterior.

—¡Pero si es maese Doroteo! Alabado sea el Señor Jehová que os ha traído hasta aquí. Espero que no sean malas noticias.

Doroteo saludó con deferencia al viejecillo que enmarcaba la puerta.

—No amigo Leví, no son malas noticias, si acaso buenas. ¿Podemos entrar?

—¡Claro, claro, pasad en buena hora, adelante! —Se retiró de la puerta y les hizo sitio para que pasasen—. ¿Quién es este mozo que os acompaña? —Se acercó al «mozo» y le miró a los ojos muy

intensamente—. Veo poco a mis años, pero lo que veo nunca me engaña. Sois persona que ha estudiado mucho, con un gran corazón. Con ello me basta por ahora. —Cerró la puerta y encendió unas candelas dentro de la casa porque el salón en el que habían entrado estaba a oscuras—. Sentaos, buena gente. Os traeré agua fresca, es todo lo que tengo —se disculpó—. Nunca hice reservas de nada y ahora, con el cerco o sitio o como se llame, paso bastantes penurias. Menos mal que tengo amigos y vecinos que no me dejan morir, pero sus aportaciones son cada vez más magras. Ellos tampoco tienen mucho.

De debajo del manto Doroteo extrajo un hatadillo liado con un paño de inmaculada blancura.

—Julita os manda esto. Son unos dulces de sésamo. Conseguimos algo de semillas y como sabe que os gustan os los envía con un saludo. ¡Ah!, y también unos limones del limonero del patio, da tantos que no hay manera de terminarlos, y unos higos secos, pues el año pasado la higuera dio muchos higos y los secamos al sol. Ya hay una nueva cosecha de brevas. Cuando estén maduras las probaremos todos. —Según hablaba iba poniendo los bienes sobre la mesa.

Los ojos del anciano judío se iluminaron, seguramente los víveres le parecían caídos del cielo.

—Jehová bendiga a la generosa y hospitalaria Bermeja. Y ya que ahora tenemos dulces, beberemos agua del pozo con un poco de limón y tomaremos algún dulce de esos tan buenos que hace vuestra Julita, a quien los querubines y los serafines besen las manos.

Doroteo se echó a reír de buena gana.

—Si Julita os pudiese escuchar no sabría dónde esconderse. Ella es de natural generoso y, habiendo para nosotros, hay para nuestros amigos. Pero sentémonos, maestro Leví, os traigo algo que ambicionabais desde antiguo.

—¿Desde antiguo? No caigo, maese Doroteo. Sólo ambicioné el conocimiento, la piedra filosofal. El conocimiento de la ciencia de la alquimia, sagrada, secreta, antigua y profunda. Abrir los arcanos de la filosofía hermética para penetrar los enigmas más profundos de la naturaleza, de la vida, de la muerte, de la unidad de todas las cosas, de la eternidad y el infinito. La ciencia verdadera, que no sólo es la transmutación de los metales, cómo piensan los necios... —Se explayó durante un rato oyéndose a sí mismo como si lo que dijese fuese una letanía, una oración repetida muchas veces—. Pero ahora, decidme, ¿qué me habéis traído además de vuestro hatillo alimenticio?

Doroteo tomó de la mano a Zayda y le hizo adelantarse un paso, hasta que cayó bajo el círculo de luz de la vela.

—Os traigo un alumno aventajado. Un estudioso de la alquimia. El mismo os dirá dónde y cómo estudió estas ciencias herméticas que

tanto os interesan. Aunque joven, ya puede ser considerado maestro en algunos campos. Sobre todo en el de la filosofía. También sabe música por aquello de la música del cosmos, y tañer instrumentos, y mil cosas más que él mismo os dirá. En Sevilla, de un maestro, oyó hablar de vos y ha venido hasta aquí, a pie, sin mula ni acémila, sólo para aprender. ¿Os conviene un aprendiz?

El alquimista pareció interesado. Se acercó al presunto discípulo y le dio varias vueltas, como alguien que sopesa si comprar o no un bien.

—Le tendré en casa unos días, hasta que me cerciore de que no es un ignorante o un charlatán. Siempre quise tener un alumno, un aprendiz con verdaderas ganas de saber, conocer y aprender. No tengo hijos y querría dejar mis conocimientos a alguien que lo mereciese, y el tiempo ya me va corriendo corto, así que, si vale para esto, tendrá que estudiar día y noche para ponerse al corriente. —Cesó de hablar y pareció entristecerse—. ¿Pero qué le daría de comer? Si apenas sostengo mis carnes sobre mis huesos. Lo poco que me dan sería insuficiente para dos, ya lo es para uno...

Pero Doroteo le interrumpió.

—Por ello no os preocupéis, amigo Leví, este joven precavido vino primero a mi casa, había oído hablar de mí y de vos, pero no sabía dónde hallaros así que me localizó antes, ya sabéis que soy bien conocido. Me ha entregado algún dinero con el que yo os conseguiré comida para ambos. Ya sabéis, maestro, que yo consigo lo que quiero, no en vano soy amigo y conocido del mismísimo Al-Qadir. En el peor de los casos lo obtendré de su palacio. Allí no falta nada.

Zayda quedó sin respiración. Si Doroteo era amigo de Al-Qadir, ¿no había peligro de que los traicionase?, ¿los datos que Doroteo trajese serían de fiar? Oyó la voz de maese Leví:

—¡Eh, muchacho! ¿No me oís? ¿Cómo os llamáis?

—Muhammad ben Muhammad, buen padre.

—Bien, Muhammad, despediros de Doroteo, él ya ha cumplido su parte, veremos qué suerte de mozo sois.

Doroteo se despidió con unas frases ambiguas.

—Vendré uno de estos días con los víveres y para ver cómo os encuentra este hombre sabio, Muhammad, hasta entonces portaos bien, como un hijo con su padre. Adiós.

Leví le acompañó a la puerta y la cerró tras él. Se volvió el anciano hacia su recién adquirido estudiante y le preguntó:

—¿Cómo es que vinisteis a casa de Doroteo?

Zayda-Muhammad había preparado una respuesta aceptable.

—Mi abuelo lo conoció en Sevilla y desde entonces mantuvieron algún contacto. Me hablaba de maese Doroteo como de un hombre sabio, sabía que se había retirado en Toledo y siempre pensé que, si

alguna vez venía a esta ciudad, vendría a visitarlo. Nunca imaginé que llegaría justo el día en que se abrían las puertas de la ciudad cuando ésta estaba sometida a cerco. Tuve suerte, entré sin llamar la atención entre el tumulto de gente que entraba en ese momento.

—Sí, Muhammad, sin duda tuvisteis suerte, y más aún en encontrar a maese Doroteo, él es un buen amigo; viene de vez en cuando a charlar conmigo, me presta libros y yo se los presto a él. Bien sé que, si no fuese por él y sus regalos, nunca habría sobrevivido a estos meses tan duros. Los trae como si fuesen golosinas y presentes sin importancia, pero gracias a ello he sobrevivido.

»No creáis que soy tan torpe que no me haya dado cuenta de que tiene un especial interés en que os quedéis conmigo. Será porque no salgo apenas y aquí estáis seguro. Pero hay algo que debéis saber, si no entendéis nada de alquimia, éste no es vuestro lugar. Por el contrario, si amáis la verdadera ciencia hermética, habéis hallado un amigo y un protector. —El anciano parecía cansado, se sentó en una *cathedra* e interrogó al joven que seguía de pie—: Decidme, joven amigo, ¿sabéis quién es el legendario padre de la alquimia?

—Claro, maestro Leví, el padre de la alquimia es Hermes Trimegisto, según el mito; Hermes, en su Tabla Esmeralda, llama a la alquimia operación del Sol. Los alquimistas de todos los tiempos han tenido siempre en cuenta esta Tabla Esmeralda. La Tabla confirma las analogías que existen entre el macrocosmos, representado por el círculo, y el microcosmos, representado por el punto axial que en sánscrito se llama *bindu*, sin el cual el infinito permanecería incompleto.

—Bien, Muhammad, al menos habéis empezado a entender algo de la alquimia, creo que seremos unos buenos amigos que estudiarán juntos un arte y una ciencia sin fin.

Doroteo volvió, apresurado, a su casa. Entró por la misma puertecilla por la que había salido. Aparentemente nadie se dio cuenta de nada. Volvió a sus habitaciones y se encontró a la pelirroja poniendo saquitos de romero entre la ropa.

—¿Todo bien, Doroteo? —preguntó con voz suave la llamada Julita.

—Sí, de momento he colocado a Zayda con el maestro Leví. Allí estará segura. Él no sale jamás ni recibe visitas, más que las que le llevan algo de comida y éstas no pasan de la puerta o acaso de la primera habitación de la entrada. No tiene parientes, ni alumnos ni sirvientes. Es perfecto para esconder a alguien. —Luego el eunuco pareció pensar en otra cosa—. ¿Los sirvientes han notado algo?

—No, ayer les di libre para que viesen a los rehenes, por si entre ellos tuviesen algún conocido. No me preguntaron nada y se fueron a pasar el día fuera. Supongo que aprovecharían para ver a los suyos,

pasear o perder el tiempo. ¡Pero qué más da! Antes de que volviesen he limpiado la habitación en que durmió la *sayyida*, y todo lo que ella pudo haber tocado y puesto fuera de lugar. El pelo que se cortó lo he quemado junto con algunos trapos viejos, por aquello del olor a quemado. Nadie diría que por aquí pasó una joven. Y tranquilizaos, querido Doroteo, sé muy bien lo que tengo que decir si me interrogase el *barid*.

—¿Estáis segura? Ved que el *barid* y su policía secreta son muy astutos.

—Estoy segura, dejad de preocuparos. En la cocina todo está tranquilo y el jardinero ha empezado a trabajar en el otro extremo del jardín, por lo que no os pudo ver salir o entrar. También os llevé vuestro desayuno a la habitación, luego me lo comí yo misma y llevé los platos y cuencos de vuelta a la cocina. Ahora os verán salir como si salieseis de vuestro cuarto. No habéis abandonado la casa. ¿No os acordáis que estamos esperando a María?

Hablando estaba la hermosa pelirroja cuando sonaron unos golpes perentorios en la puerta de entrada. Unos pasos presurosos se dirigieron al portalón por ver quién era el que así llamaba con tanta fuerza e insistencia. Pronto vino una sirvienta a anunciar que el jefe de correos, el *barid*, estaba allí y deseaba ser recibido. Doroteo salió a su encuentro.

—Bendito sea Alá, el Misericordioso, que nos trae a un amigo tan temprano por la mañana —dijo en tono alegre el dueño de casa.

El *barid* no pareció tan contento como Doroteo. Si acaso algo desabrido.

—No es tan temprano, maese Doroteo, se acerca el mediodía, y hay harto trabajo.

—Seguro, *hayyi* Sayf al-Din, siempre hay trabajo para el *barid*, y en cuanto a que sea temprano o no, depende, para los viejos como yo el mediodía es la hora adecuada para levantarse y pasear por el jardín, ahora iba a hacerlo. ¿Me acompañáis a tomar una limonada bajo el olmo? —Le pasó el brazo sobre los hombros, como un hombre que conoce a otro hace largo tiempo—. Vamos, lo que tengáis que decirme lo diréis igual sentado que de pie. —Salieron ambos al jardín que rodeaba la casa—. Vamos Sayf al-Din... ¡Por cierto, qué bien os sienta ese nombre: Espada de la Fe!

Llegaron hasta el olmo que había mencionado el dueño de casa. Había allí unos muebles rústicos y simples de madera sin desbastar: unos bancos y una mesa, eso era todo, pero al estar bajo la sombra del añoso árbol era sumamente grato sentarse allí.

Pronto llegó una sirvienta con una jarra de barro con la mencionada limonada y unos dulces de sésamo. El *barid* tomó uno y lo saboreó con delectación.

—No sé amigo mío cómo podéis tener tales cosas en este tiempo de necesidad y escasez.

—Cambié un poco de sésamo por unos higos secos de mi higuera. Tomad lo que queráis, lo que hay es para mis amigos. Por cierto, que os tengo que contar algo muy curioso que me sucedió ayer, iba a ir esta mañana a contároslo, pero ya que habéis venido de visita aprovecho la ocasión y me ahorro el viaje, —Se metió la mano en un bolsillo—. He tenido noticias del rey Alfonso.

El *barid* por poco salta de su asiento.

—¿Del cristiano que nos asedia?

—Del mismo, al menos eso supongo.

—¿Cómo que lo suponéis? ¿No lo sabéis por seguro?

Doroteo abrió su mano y mostró lo que llevaba en ella.

—Mirad, un mancuso.

Era una moneda de oro, nueva y reluciente. Había gente que en toda su vida no había visto una, ni la vería. Tal era su valor. El moro la tomó en su mano y la mordió por el borde. La miró por todos los lados y leyó la leyenda que circundaba el perfil de un rey coronado: Adefonsus *rex imperator*.

—Sin duda viene de la ceca de Burgos y no tiene más de un año o dos —sentenció el jefe de correos. Le devolvió la moneda—. ¿Cómo llegó hasta aquí? Con el cerco no entra ni un ratón.

—Una mujer la trajo hasta mi casa —contestó—. Ya sabéis que Julita cuida de mí, ella abrió la puerta ante una llamada, una joven preguntó si aquí vivía Doroteo; al decirle que sí sacó esto que veis y se lo entregó.

—¿Dijo algo esa joven?

—Sí, que don Alfonso no deseaba que pasase necesidad por el estrecho cerco. Que con esto comprase a cualquier precio lo que necesitase. Julita fue a llamarme, y cuando llegué a la puerta, la joven había desaparecido. No sé quién era ni cómo se llamaba, no lo dijo y, por descuido y por la sorpresa, nadie se lo preguntó. Ya veis, me ha llovido una fortuna del cielo. ¡Ay, *barid*, en estos tiempos de desconsolación y miseria a veces suceden cosas extraordinarias! Decidme si con esto puedo ayudar a algún hijo del Profeta en necesidad. Aunque como cristiano no tengo obligación del *zakat* o limosna legal del islam, también tengo sentimientos y si vos tenéis algún protegido os daré gustoso una parte para su ayuda. Yo tengo todo lo que necesito, soy viejo y mis necesidades son parcas. Pedidme lo que haga falta para alguna familia necesitada. Hoy iré a la mozarabía a ofrecer también ayuda a sus pobres.

—¡Qué cosas pasan, Doroteo! Os quería interrogar porque una madre de familia apareció con una moneda de oro en el zoco, y seguida por mi policía hubo de confesar que no la había robado, que

una mujer se la dio a cambio de llevarla a una casa que identificamos como la vuestra. Dijo que era joven y agraciada y no pudo especificar nada más, también confesó que no la vio llegar hasta la misma casa.

—Lo que os dije, una joven sin nombre. Y con mucho oro, por l0 que se ve. No puedo hacer más por vos. —Doroteo miro al *barid* y añadió—: Pensad en lo que os he dicho, no hay razón para que alguien muera de hambre si con este mancuso podríamos remediarlo.

12

El alquimista y la decisión del Bet Din

AL DÍA siguiente Doroteo se dirigió a visitar a un amigo en la judería: Abraham bar Abraham, el representante en Spania de la Casa de Cachemira. Era un rico comerciante y era ya viejo, por lo que sólo recibía personalmente a sus clientes más antiguos y prósperos y a algún amigo; fuera de eso, su casa permanecía cerrada a cal y canto. Sus servidores atendían el negocio. Pero la amistad con Doroteo venía de muy antiguo, tanto que él, Abraham, había sido casi un niño la primera vez que vio a Doroteo. Y ahora Abraham era viejo, más viejo de lo que había sido su padre entonces, cuando llegó Doroteo a Toledo la primera vez. Al venerable Abraham no le parecía que Doroteo fuese demasiado viejo, quizá fuera que cuando lo conoció no era tan mayor como le pareció a sus ojos de niño; en realidad en aquellos días Doroteo era un adolescente, algo mayor que Abraham, pero no demasiado. Lo que sucede es que en los primeros años de la vida los años semejan ser mucho más largos que en la vejez. Una diferencia de cinco años en la niñez aparecen como una montaña de años. Y en la vejez como un suspiro.

El eunuco Doroteo llegó a la puerta de Abraham y la golpeó con el llamador de pulido metal. La puerta era de madera de caoba, oscura y lustrosa. Los remaches de hierro brillaban como la plata, y aunque eran de vil metal, pacientes manos los habían frotado hasta hacerlos relucir como pequeñas lunas sobre la oscuridad de la madera. Todo parecía nuevo, o al menos reluciente, rico y bien cuidado. Tras los altos muros que rodeaban el jardín se veían las copas de añosos árboles y a pesar de la distancia se escuchaba la algarabía de los pajarillos que sin duda poblaban ese vergel en medio de la ciudad.

Una chiquilla abrió la mirilla y preguntó:

—¿Quién es el que llama? Mi padre no está y mi abuelo no recibe visitas.

Doroteo reconoció la voz de la niña.

—¡Hola, Ruth! ¿Os acordáis de mí? Decidle al abuelo que Yusuf ben Yusuf ha venido a verle.

La jovencita le miró otra vez a través de la rejilla abierta en el portón.

—No sois de verdad Yusuf ben Yusuf, sois Doroteo. ¿Qué me habéis traído?

—Ya sabía yo que me reconoceríais. Os he traído una cajita con una cigarra que, cuando hace calor, canta. —Ella continuó sin abrir la

puerta, como esperando algo más—. Y unos dulces de sésamo.

—Bueno —dijo ella, al parecer satisfecha—, se lo diré al abuelo.

—Le gastaremos una broma, decidle que soy Yusuf ben Yusuf. ¿Lo haréis?

—¿Una broma? ¡Qué divertido! Le diré que Yusuf ben Yusuf quiere verle. Esperad aquí mismo. No os vayáis, ¿eh? —Se oyó cómo ella saltaba posiblemente de una silla al suelo y echaba a correr gritando—: ¡Abuelo, abuelo!

A poco un sirviente malhumorado vino a abrir el portalón. Seguramente había estado durmiendo, pues tenía cara de sueño.

—Por aquí, maese Doroteo. —Arrastró los pies por el corredor cubierto de azulejos de hermosos colores donde predominaba el azul y el tornasol mezclado de vez en cuando con listones de baldosas doradas—. Ahora viene el amo.

Le dejó en una habitación que él ya conocía y el criado se fue arrastrando de nuevo los pies. A poco llegó Abraham, hombre de rasgos afilados y nobles, ojos profundos, nariz aquilina, pelo canoso y manos con dedos largos.

—Alabado sea Jehová —y añadió cortésmente—: y el Señor Jesús, por haberos traído a esta casa. Ya os echábamos de menos, sobre todo Ruth. —Apareció una pequeña cabeza detrás de la túnica de Abraham —. Saluda, pequeña, si no, no os darán el regalo que esperáis.

—*Shalom*, paz y felicidad —dijo la chiquilla, y añadió, como con prisa—: ¿Dónde está mi regalo?

—¿Cuál preferís primero? La cigarra o los dulces.

—Ella dudó, la elección no era fácil.

—Quiero ver la cigarra.

Doroteo sacó del bolsillo una especie de jaulita hecha primorosamente con delgados junquillos. A modo de pájaro, dentro de ella, estaba una gran cigarra que comía parsimoniosamente una hoja verde. La niña pareció desilusionada.

—¿Y «eso» canta? Ambos hombres se echaron a reír al tiempo.

—Desde luego, querida Ruth, canta y mucho, sólo hay que esperar a que haga calor. Entonces frota sus patitas una contra otra y suena como un instrumento. No debéis olvidaros de darle de comer hojas verdes y jugosas para mantenerla con vida hasta que haga bastante calor.

Ella casi pareció haber olvidado a la cigarra.

—Ahora quiero mis dulces.

Doroteo sacó un puñado de dulces de sésamo envueltos en un pañizuelo blanco.

—Tened cuidado, Ruth, son pegajosos, pues tienen mucha miel y seguramente vuestra madre no querrá tener que lavaros la cara, las manos y el traje.

Pero ella ya no escuchaba las advertencias y había echado a correr con sus regalos. Abraham la siguió con la vista hasta que desapareció.

—Es la luz de mis ojos —dijo en voz baja—, rezo a Jehová todos los días para que halle un buen marido, un hombre honrado, trabajador y cariñoso. Pero sentaos y decidme, buen amigo, ¿a qué habéis venido? Cuando os anunciasteis como Yusuf ben Yusuf, supe enseguida que algo extraordinario había sucedido. Ese nombre sólo suena una vez cada muchos años. En estos días de congoja nadie viene a verme. Los clientes no pueden llegar hasta Toledo porque la entrada está cegada, y tengo pocos buenos amigos aquí. Tampoco puedo viajar, ya sabéis que por el cerco no nos dejan salir. Estamos en una cárcel, los comerciantes sufrimos más que los demás. Nuestros negocios se derrumban, los clientes huyen de nosotros y buscan otros proveedores. No podemos reemplazar los géneros y nuestras arcas se vacían. No he recibido carta ni mensaje de la Casa de Cachemira desde hace años. Quién sabe si aún subsiste o ha quebrado y cesado en el negocio.

Doroteo le escuchó sin interrumpirle. Cuando terminó preguntó suavemente:

—Por algo de eso he venido.

Los ojos inteligentes del viejo judío brillaron con nuevo interés.

—Decidme entonces de qué se trata, Yusuf ben Yusuf. —Ambos se comprendían perfectamente.

—¿Desearíais ver terminado este cerco? ¿Volver a la normalidad?

—¡Naturalmente, pluga al cielo y al bendito Jehová que esto acabe de una vez!

—Entonces escuchadme con atención. Tengo noticias precisas. —Habló durante largo tiempo y Abraham no le interrumpió ni una sola vez—. Y por ello —terminó Doroteo—, es necesario que convoquéis en secreto al Bet Din, vuestra asamblea y consejo de ancianos y notables. Yo les hablaré. Por favor, no les adelantéis de qué se trata, alguien puede ser espía y echarlo todo a perder.

—Lo juro —dijo simplemente el amigo semita—. Haré que se convoque al Bet Din cuanto antes, y os avisaré con el mayor sigilo.

Muhammad, entretanto, trabajaba con la mayor dedicación para el maestro Leví. El alquimista deseaba saber cuán preparado estaba el alumno recomendado por Doroteo. Al menos era necesario que supiese varias lenguas, pues los tratados alquímicos estaban escritos no sólo árabe, sino en latín, en sánscrito, en hebreo, en siríaco y otros lenguajes que era conveniente conocer para acceder al conocimiento de esos textos herméticos, por lo demás. Con complacencia vio que Muhammad dominaba con rara perfección todos esos idiomas y se admiró el judío porque la edad aparente de su joven discípulo no

hacía sospechar tales conocimientos. Quizás era uno de esos escasos personajes que nacían con facilidad para aprender.

—Para empezar nos concentraremos en Avicena, al tiempo que leemos sus páginas en su idioma original, hablaremos de sus teorías y así, comentándolo, acaso nos aclaremos nosotros mismos. Es un autor difícil y oscuro.

—Lo que digáis, maestro —contestó el alumno—. Algo sé de Avicena, cuyo nombre verdadero, en el idioma persa y en árabe es Ibn Sina. Sé que nació en Afshana, provincia de Jorasán, en tierras de Uzbekstán. En la ciudad de Bujara, capital de los semaníes estudió física, matemáticas, medicina, filosofía, jurisprudencia y lógica, así como el bendito Corán. Fue tal su cúmulo de conocimientos que a los diecisiete años salvó la vida del emir Nuh ibn Mansur, con lo que adquirió gran fama. El agradecido emir le quiso recompensar con lo que el médico le pidiese, pero él, amante del conocimiento, tan sólo pidió permiso para acceder a la biblioteca real, gracias a la cual amplió sus conocimientos de matemáticas, música y astronomía. Además se convirtió en médico de la corte y consejero de temas científicos hasta la caída del reino samaní en el año 999.

—Basta, basta —dijo complacido el alquimista—, veo que habéis indagado al menos en su vida. ¿Sabíais que a los veinte años, nuestro Ibn Sina escribió diez volúmenes sobre las costumbres de la época en que le tocó vivir?

—Sí, maestro, lo sabía, como también que el que propició y apoyó esta obra fue Abu Bakr al-Barjuy, y que el libro se llamó *La Inocencia y el Pecado*. Con él se hizo famoso como filósofo, médico y astrónomo.

Y así, maestro y discípulo, pasaban las horas hablando de los alquimistas célebres y de sus vidas y teorías. Leví estaba rejuvenecido, jamás tuvo un interlocutor tan interesado ni unos oídos tan propicios.

A veces les clareaba el día hablando de la posibilidad de transmutar el hierro, que era el metal enfermo por excelencia, en oro, el metal sano. Para ello había de encontrarse antes la piedra filosofal, el *lapis philosophorum*. Recordaban que en la alquimia del Egipto dominado por la cultura griega ya se hablaba de la posibilidad de transmutar metales en oro mediante el uso de unos polvos de *lithós ton philosophon*, o «piedra que no es piedra»: la piedra filosofal.

Discutían de cómo los alquimistas árabes habían conservado esta idea del polvo transmutador, traduciendo el término *xerión*, acuñado por Zósimo, por *al-iksir*, que había pasado al latín como «elixir». Este elixir se había identificado a su vez con el *lapis philosophorum*. Volviendo así, como en un círculo, a la idea original. La conclusión que se extraía de todo esto es que los metales no nobles, como en el caso del hierro, eran en realidad metales enfermos, y el elixir o piedra filosofal contribuiría a «sanarlos» y llevarlos hasta su perfecto

potencial: oro o metal «curado» o «sano».

Así, a lo largo de interminables horas, en almireces de bronce, se molían materiales que combinados con el hierro enfermo contribuirían a sanarlo, convirtiéndolo en oro. Los polvos obtenidos se purificaban en matraces y hornillas, se colaban y filtraban, luego se mezclaban con el hierro, esperando ver siempre al final el metal sano, amarillo y brillante, como los rayos del sol, como los cabellos de Hermes Trimegisto.

Zayda llegó a querer sinceramente al viejo Leví; él se dedicaba en cuerpo y alma a sus investigaciones sin rendirse al tiempo, ni a la vejez, la necesidad o el hambre. Ella, además de estudiar con él, trataba de hacerle la vida algo más fácil y cómoda. Mientras Leví, absorto en sus libros y matraces, se olvidaba de comer, ella le preparaba algo y le obligaba a cenar. Doroteo, cumpliendo su promesa, le había enviado algunos víveres y éstos, si bien administrados, les durarían varios días. Aunque inquieta por el resultado de las indagaciones de Doroteo, Zayda-Muhammad puede decirse que era feliz en su obligado escondite.

El Bet Din se reunió en secreto para escuchar a Doroteo. Sin duda ese hombre sabio tenía algo que comunicar a la asamblea de notables. Dos días antes, Abraham bar Abraham, le mandó recado con un sirviente. Su pequeña Ruth estaba algo enferma; como Doroteo conocía mucho sobre pociones curativas, ¿podría venir con algunas hierbas? La niña sólo estaba empachada por comer demasiado deprisa, pero Abraham deseaba hacer algo por ella. Doroteo contestó que esa misma tarde iría con sus bebedizos y que, si todo iba bien, esa noche ya la niña estaría bien. En casa de Abraham la niña estaba perfectamente, pero ambos hombres comentaron en voz baja los pormenores de su futura reunión ante los varones sabios de la judería de Toledo, dentro de dos días.

La reunión tuvo lugar en uno de los salones adjuntos a la sinagoga. No era el lugar en que comúnmente se reunían, pero por discreción prefirieron no llamar la atención y así los notables y ancianos fueron llegando de dos en dos o solos a la cita. A media tarde estaban todos reunidos.

El gran rabino se levantó y llamó por su nombre al hermano Abraham.

—Nos hemos reunido aquí a petición de nuestro honrado hermano, el anciano Abraham bar Abraham, quien a su vez nos ha convocado en nombre del gentil Doroteo, nuestro amigo de muchos años. No lo hemos hecho en la Gran Sala del Bet Din por precaución, porque aunque nuestra aljama goza de cierta autonomía no dejamos de ser observados por la policía secreta, y más en este momento de

guerra latente. Hemos preferido que sea en este *Bet Haquenéset*, casa de reunión de la sinagoga, en donde llevemos a cabo nuestra reunión secreta. Ahora esperamos una explicación.

Se levantó el anciano Abraham y dijo gravemente:

—Agradezco a la asamblea y al gran rabino que se hayan reunido para escuchar a maese Doroteo, a quien todos conocemos y de cuya honorabilidad no tenemos duda. El mismo os dirá de qué se trata. —Dicho esto se sentó sin más.

Los *dayanes*, rabinos y ancianos asintieron y esperaron a que Doroteo se pusiera en pie frente a ellos. Les habló por deferencia en el más bello hebreo, pues Doroteo hablaba muchos idiomas, habiendo sido educado en su primera niñez en una escuela de esclavos como eunuco de harén y de administración, en cuyo caso era imprescindible conocer muchos idiomas. Y así habló:

—Hace ya muchos años que comparecí ante el Bet Din, como algunos de vosotros sabéis, honorables *dayanes* y rabinos. Entonces aquello terminó a satisfacción de todas las partes y selló un pacto de amistad entre los judíos de Toledo y Yusuf ben Yusuf, que es como me hacía llamar en esos días, por precaución. Estar aquí, *dayanes* y rabinos, es para mí un *alyah*\ que significa «regreso». Es el término que se utiliza para indicar «el viaje de regreso», el que realizan los judíos desde la diáspora a Israel. Yo también vuelvo, venerables padres, realizo mi particular *alyah,* y lo hago en momentos de tribulación.

«Estamos cercados por el rey don Alfonso, el rey emperador, y él no va a ceder aunque le cueste toda la vida de espera el entrar finalmente en Toledo. —Un murmullo de preocupación recorrió los bancos en que sentaban los miembros del consejo. Doroteo, como si no hubiese escuchado nada, continuó—: La situación se agrava por días. No quedan víveres y la gente del pueblo empieza a pasar hambre, hambre de verdad. Yo bien lo sé, porque ayudo a muchos dentro de mis posibilidades, pero pronto dejaré de hacerlo porque yo tampoco tendré nada que repartir.

«Traigo a vuestra consideración un asunto penoso del que preferiría no hablar, pero callando el peligro no adelantamos nada. Cuando hay necesidad y hambruna los primeros asaltados son los judíos, esto siempre ha sido así. Los temibles levantamientos contra la aljama llevan a la muerte y la ruina. Las juderías son saqueadas, vuestros hijos y mujeres muertos, el comercio deshecho, las casas incendiadas. Estamos todos en peligro. Los árabes cuando entran en una ciudad dictaminan *fay y gamma*—, botín y saqueo. Pero el saqueo de la aljama es todavía peor. Si llega no quedará piedra sobre piedra.

Todos se miraron amedrentados, el eunuco tenía razón. Hacía ya tiempo que ese pensamiento había sobrevolado las mentes de los

judíos de Toledo, pero se sentían impotentes. No era su guerra, no podían firmar la paz, ni siquiera rendirse y esperar misericordia del vencedor. Con la ayuda de un bastón se puso en pie el más anciano de todos.

—Soy Jacob, el gran rabino, a quien todos conocéis, y a quien llamáis por deferencia a mis años, que no a mi sabiduría, *hakham*, hombre sabio. Lo que dice nuestro amigo el gentil Doroteo es verdad. Ahora, la cuestión es ver si podemos hacer algo para evitarlo. Sin duda él sabe algo que nosotros ignoramos; oigámosle, pues, y luego decidiremos.

Doroteo se admiró de la penetración del anciano, que había visto a través de sus palabras su verdadera intención.

—Es cierto, padre y venerable *hakham*, que sé algo, y de ello vengo a hablaros en el más estricto secreto. Me habéis de jurar que, sea cual sea vuestra decisión, lo que aquí se diga no saldrá de las paredes de este *Bet Haquenéset*. Yo también deseo terminar esta situación insostenible. He recibido un recado para la judería.

—¿Un recado?, ¿de parte de quién? —preguntaban varias voces al mismo tiempo.

—Antes me habéis de jurar, poniendo a vuestras almas ante Jehová, que nada saldrá de aquí. —Y los ancianos *dayanes* así lo hicieron y su palabra era inquebrantable, pues su juez era el Señor del cielo y la tierra ante cuyos ojos nada se esconde ni se falsea—. Bien, tengo un recado del rey emperador, don Alfonso.

Hubo un estremecimiento de sorpresa.

—¿Don Alfonso? Imposible, no ha entrado ni una mosca. A menos que...

—Eso es, entre los rehenes ha entrado un recadero. Está escondido donde nadie lo puede hallar. Espera respuestas.

—¿Qué desea saber?

—Si la aljama vería con buenos ojos que él, Alfonso, fuese el rey de Toledo. Él a su vez os promete ser justo con todos, permitir que sigáis con vuestras costumbres y vuestros negocios como hasta ahora y como lo hacen los judíos de otras aljamas en tierra de cristianos. No se os gravará con otros impuestos más que los que ya venís pagando al señor moro, conservaréis vuestra sinagoga y todas vuestras propiedades. Alfonso desea ser conocido como el rey de las tres religiones y para ello respetará la vuestra.

»Seréis hombres del rey, directamente suyos; ni justicia ni sayón intervendrá en vuestros casos, conservaréis vuestros tribunales y estaréis exentos de la justicia real en todo menos en aquello que suponga condena a muerte, entonces habréis de contar con la justicia real; en lo demás podréis dictar sentencias como hasta ahora. Se os hará justicia si otros os persiguen y siempre podréis acogeros a la

protección real.

—Eso está bien, pero no veo que mejoremos nuestra posición —aventuró uno de los *dayanes*.

—No estamos en posición de pedir mejoras, bastante es que nos conserven lo que tenemos —dijo otro.

—No tengo más que decir —dijo Doroteo—, si queréis me voy y lo discutís a solas. Pero urge dar una respuesta. ¿Si el rey entrase en Toledo, le ayudaríais? ¿Sí o no?

—Quedaos, buen amigo —dijo el viejo *hakham* Jacob—, creo que hablo en nombre de los demás. En las otras juderías de Spania los judíos son hombres del rey, como habéis dicho, y están satisfechos con ello. Si va a conservar nuestras sinagogas, respetar nuestras costumbres y nuestros negocios, apoyaremos a don Alfonso. Mantendremos con los cristinos, hoy mozárabes, buenas relaciones, y también con los moros. ¿Será posible?

—Lo será, *hakham*. Os lo juro.

—¿Y el rey no pide oro? —lo preguntó con recelo uno de los rabinos.

—Por ahora no se ha hablado de ello, pero debo ser sincero, quizá le haga falta alguna contribución después de tan largo asedio. Pero por ahora no hace falta, sólo saber si estáis dispuestos a ser fieles súbditos del *rex imperator*.

—Lo seremos, si él mantiene su palabra.

Doroteo terminó su sesión con los rabinos y *dayanes* y se retiró a su casa. Estaba satisfecho, quizás el asedio durase poco aunque aún quedaba lo más difícil. Los judíos se quedaron aún largo tiempo comentando lo sucedido. Después de lo que habían oído tenían esperanza de que el cerco tocase a su fin más pronto que tarde. Quizá todo empezase a ir bien para los negocios, la Casa de Cachemira volvería a estampar su rosa púrpura en los fardos que iban a la China y a Persia.

13

La decisión de la mozarabía toledana.

La entrevista con Al-Qadir

EL VENERABLE TESIFONTE, máxima autoridad religiosa de los cristianos en Toledo, recibió gustoso la visita de Doroteo. Siempre le agradaba que el eunuco viniese a verle, con él compartía, aparte de sus creencias, su amor por los libros y por la sabiduría, fuese ésta laica o profana. Muchas veces Doroteo se había prestado a ayudar en el *scriptorio* de la iglesia aconsejando a los ilustradores y copistas, no en vano tenía gran experiencia en esos menesteres, toda vez que había sido escribiente y prácticamente el canciller de Navarra bajo el rey García, el de Nájera, aunque de eso hacía ya mucho tiempo.

—¡Alabado sea Dios, amigo Doroteo! —saludó alborozado el buen Tesifonte. Vivía en un edificio anexo a la iglesia. Éste había visto días mejores, pero todavía hacía gala de unas paredes poderosas con ventanas pequeñas y elevadas que hablaban de un antiguo edificio defensivo. Era una pervivencia de cuando Toledo había sido capital del reino visigodo.

—Que el señor Jesús tenga a bien bendecirnos a los dos —contestó Doroteo abrazando al viejo amigo.

Don Tesifonte llevó a Doroteo hasta unas *cathedras* junto la ventana más próxima.

—En estos días de tribulación y pesar, ver a un amigo nos devuelve en algo la alegría y aleja, siquiera por un momento, el temor al futuro. ¿A qué debemos el placer de tan inesperada visita? —Suspiró el clérigo—. Ya no espero que me traigáis un nuevo documento o libro conseguido por los viajeros judíos...

—¡Ah, querido amigo Tesifonte, ahora ya no hay comercio entre los hombres! Ni intercambio de ideas ni nada. Todo está en suspenso. Toledo es una casa con sus puertas y ventanas cerradas en donde los moradores se asfixian y desesperan. Yo lo resisto porque recuerdo todo lo leído anteriormente y ello me consuela, pero la novedad nos está vedada.

—Dejadme que os ofrezca algo de lo que aún tengo. Puedo ofreceros una infusión de hojas de limonero endulzadas con miel. No tengo nada mejor, amigo mío.

—Lo tomaré con placer, y mientras lo bebemos os hablaré de algo que a todos nos importa.

—¿Y qué es ello? —Don Tesifonte sabía que Doroteo no hablaba sin razón, y menos en asuntos serios. Dio una palmada y enseguida apareció un criado, al que pidió la infusión de hojas de limonero;

asintió el criado y desapareció prontamente a cumplir la orden.

—De la paz, amigo mío, quería hablaros de la paz.

—¡Ah, mi querido Doroteo, ojalá ésta llegase pronto! Pero nosotros, por más que hablemos de ella, no podemos hacer nada.

El eunuco esperó unos momentos antes de hablar, luego lo hizo despaciosamente.

—Quizá no está tan lejos de nuestras posibilidades el colaborar a que llegue antes de lo que pensamos.

—¿Y eso? —Don Tesifonte pareció francamente interesado.

—Aunque sé que sois juicioso y reservado por vuestro propio oficio, me habéis de prometer que lo que os diga no saldrá de entre nosotros, al menos durante un tiempo prudencial. Si se llega a saber algo antes de tiempo, nos podría costar la cabeza, a nosotros y a todos en la mozarabía. No sería la primera vez que se hace un escarmiento entre los cristianos, sean o no culpables.

—Ay, Doroteo, qué razón tenéis. Ha sucedido muchas veces, aunque, por la misericordia del divino Jesús, hace ya tiempo que eso no pasa.

—Por la misericordia del divino Jesús y por el miedo que tienen los islámicos a la espada de don Alfonso —añadió sentenciosamente el eunuco—, porque ¿creéis acaso que si don Alfonso fuera un rey débil tendrían algún respeto con los cristianos? No, don Tesifonte, volverían a donde solían. Venderlos como esclavos, tratarlos como vencidos, obligarles a pagos duros y continuados impuestos, cargas y gabelas; hace mucho tiempo que la tolerancia con las Gentes del Libro pasó a la historia, creo que desde que murió el profeta Mahoma se olvidó ese respeto de los islámicos por las otras religiones que se basan en la Biblia. Sólo la fuerza les convence de ser respetuosos y tolerantes.

—Bueno, os doy la razón, pero decidme aquello sobre la paz con que empezasteis vuestra frase.

—El caso es el siguiente, don Alfonso está cansado del cerco, le agobia la inacción y además se le acaban los suministros y el dinero para pagar a sus tropas, por lo que está considerando terminar con esto. Debe tomar una decisión en un sentido o en otro.

—Y eso quiere decir...

—Quiere decir que si ha de continuar su cerco tiene que conseguir financiación y hacer levas para reemplazar a los soldados que han aguantado hasta ahora. Llevan demasiado tiempo junto al Tajo, sobre todo los Caballeros Pardos, ellos desean volver a sus casas, a sus mujeres, sus hijos y sus cosechas.

—¿Y en dónde entramos nosotros, Doroteo? —Don Tesifonte empezaba a ver una luz al final del túnel, pero quería que las palabras de Doroteo le confirmasen en sus sospechas.

—Sencillamente, amigo Tesifonte, quiere saber si puede contar

con los cristianos de la mozarabía.

—Contar, ¿en qué sentido? —Ahora llegaba la parte central del asunto, el clérigo se incorporó en su asiento y fue todo oídos.

—Como fuerza en la retaguardia. Si él fuerza una entrada quiere saber si lo apoyaríais desde dentro.

—¿Cómo podríamos? Vivimos con una cierta libertad de movimientos, pero el *harid* Sayf al-Din no nos pierde de vista, el jefe de la invisible tiene sus informadores sobre todo lo que se dice y hace entre el pueblo cristiano, y mucho más si se trata de traicionar a Al-Qadir. Lo mismo hace el *sahib as-shurta* o jefe de la policía local, ayudado en todo por el *muhtasib* o zabazoque, que con el pretexto de comparar sus pesas y medidas con las de nuestros mercados entra y sale de las tiendas y se pasea por el mercado igual que por el zoco. Allí escucha, pregunta e indaga, a veces ni siquiera se da a conocer.

—Eso no sería obstáculo. El rey sólo quiere saber si en caso de que él fuese rey de Toledo le seguiríais y obedeceríais, y si, en caso de necesidad, cuando se lleve a cabo el asalto a los muros, podríais hacer alguna maniobra de distracción para retirar los más hombres posibles de los muros y la defensa.

Don Tesifonte empezó a animarse, él, en su juventud, había sido soldado y aún tenía memoria de algunas mañas y trucos.

—Sería posible, si tenemos información sobre un punto: por dónde podrían disparar los saeteros incendiarios desde fuera de la muralla. No hay nada más fácil que ayudar al fuego, asustar a los animales y poner el pánico en las gentes. Si cayera una lluvia de fuego por esa zona, eso nos daría cobertura y nadie sospecharía de que son los mozárabes

los que acrecientan el fuego. Los incendios causados deberían ser suficientes como para forzarlos a retirar un número apreciable de gentes que correrían a apagar las llamas. En cuanto a nuestra fidelidad a don Alfonso, siempre ha contado con ella, todos los días en la misa rezamos por él y —bajó la voz hasta que ésta se convirtió en un susurro

ya sabéis que en todas las misas se reza por el retorno de la verdadera fe y por el triunfo y la salud del soberano que la representa. Aunque no lo hacemos en alta voz, como os podéis suponer, por lo que pudiera suceder; nadie nos dice que en esas misas no esté el oído de la invisible, los hombres del *barid*. Rezar por otro rey sería alta traición y significaría la muerte.

—Entiendo, entonces podemos contar con los mozárabes. Me ocuparé de que se os haga saber por qué lado de la muralla caerán las saetas, aunque pensándolo bien quizá casi sería mejor que me dijeseis ahora por dónde os conviene que lleguen las saetas incendiarias, por vuestros conocimientos de dónde están la paja de los animales, el

heno y las bestias estabuladas. En este momento tengo una oportunidad única de hacer saber vuestras palabras a don Alfonso, luego quizá sea imposible llevar o traer noticias.

Y así, Tesifonte y Doroteo discutieron hasta casi el alba el mejor plan para ayudar a don Alfonso desde dentro de la muralla. Los mozárabes estaban dispuestos a todo por recobrar su libertad de culto y tocar las campanas a misa mayor el domingo, porque eso, desde hacía siglos, estaba prohibido. Los cristianos, habiendo resistido tanto tiempo, aún esperaban ver la capital del reino visigodo ser de nuevo la capital de un reino reconquistado a los musulmanes. Muchos también deseaban ver la cabeza de Al-Qadir en la punta de una pica adornando la muralla.

Leví recibió un nuevo paquete de víveres de parte de Doroteo. Como el anciano en realidad no se ocupaba más que de sus asuntos al — químicos, olvidando, inclusive, la comida, fue Zayda-Muhammad quien se ocupó de ver qué contenía el envío. Era harina, miel, higos secos y un papel bien doblado y sellado que una vez abierto contenía el siguiente mensaje:

De Doroteo a Muhammad. En el nombre de Alá, por quien se escriben todos las cartas y todo es hecho: salud y gracia. Sépades que vuestra presencia es requerida en un lugar por cierta persona que no estoy en libertad de descubrir. Dos días después del Shabbat, pediréis a vuestro maestro que os deje tomar la tarde para una visita. Diréis que iréis conmigo. Yo iré a por vos y se lo explicaré. Diréis que no sabéis a quién vais a ver, lo que será verdad, pues prefiero que no sepáis nada hasta el momento de la visita. Podéis mostrar esta carta al venerable Leví, si él no ha leído ya, ella se explica por sí misma. Espero que seáis un alumno dócil y útil para el venerable sabio Leví. Que el Profeta os bendiga y que Jehová mire complacido al maestro Leví. Doroteo.

Zayda vio que la misiva estaba escrita para que cualquiera que la leyese no sospechase nada en relación con su verdadera personalidad. En cuanto a lo de la visita, no podía pensar a qué se refería Doroteo, pero ya había aprendido a confiar en el sabio amigo de don Alfonso; visita o no, seguramente era algo importante, que ella, o ambos, habían de llevar a cabo.

Llegó el día señalado y Doroteo llegó en un coche cerrado. Llamó a la puerta y habiéndosele abierto entró en la morada del alquimista. Allí conferenció unos minutos con el anciano maestro y le explicó que alguien de la *jassa*, la más alta aristocracia musulmana, deseaba hablar con el joven estudioso.

—No estoy autorizado para daros el nombre, venerable Leví, así que no lo haré. Pero pensad en alguien muy elevado y acertaréis, así comprenderéis que no he podido negarme.

—Comprendo y veo que negarme sería necio. ¿Volveréis hoy?

—Con la venia de Jehová y del bendito Jesús, espero que sí. Si no volvemos esta noche no volveremos nunca, venerable. Eso sería señal de que habíamos sido tomados presos y entonces nunca más se sabría de nosotros.

—¿Quedo en peligro?

—No, maestro Leví, vos no sabéis nada, y Muhammad apenas lleva unos días con vos. El, en efecto, es un gran alquimista, aunque joven. De todos modos yo he tomado mis precauciones y no nos seguirán. Nadie sabe dónde vive Muhammad, sospechan que conmigo. *Shalom, hasid* [piadoso] Leví, y que Jehová, cuando os llame al seno de Abraham, os permita ver con vuestros ojos el *Beit Hamikdash* o templo sagrado que estuvo en Jerusalén en tiempos de vuestros padres de piadosa memoria.

—Amén —contestó piadosamente el viejo judío.

El coche de Doroteo entró en el patio de Leví, cogió a sus viajeros e inició su marcha. Nadie podía sospechar que, habiendo entrado visiblemente una persona, salían dos, ya que el segundo acompañante permaneció oculto en el suelo. Dieron muchas vueltas hasta que Doroteo se convenció de que no eran seguidos y entonces llamó a Zayda.

—Sentaos, *sayyida*, y escuchadme, no hay tiempo que perder. Vamos a visitar a Al-Qadir, tenemos unos momentos para convencerle de que se rinda a don Alfonso. Sólo he logrado asegurar que no seréis tomada presa, lo demás depende de vos. Vos sabéis cuáles son sus intenciones y sus armas. Queda en vuestras manos el lograr algo para don Alfonso y los cristianos. Vamos, sin perder el tiempo, cambiaos de ropa.

—¿Que me cambie?

—Sí, aprisa, nos esperan. Esperan a la princesa Zayda, no a un zascandil, un mozalbete. Os he traído ropa digna de una reina. ¡Ah, y una peluca, no es decoroso que una princesa aparezca con el pelo trasquilado como una oveja después de la esquila!

Zayda confiaba plenamente en su nuevo amigo. ¿Acaso no le había conseguido un escondite que desafiaría a la policía más eficiente? Abrió el paquete que Doroteo le ofrecía y lanzó una exclamación de sorpresa. Esperaba un traje hermoso, como el que puede vestir una princesa que va de viaje, no más, pero lo que Doroteo le había traído excedía todo lo imaginado. Era de seda amarilla como el sol, de un tejido casi transparente, tan fino que había de tener cuidado de que los dedos no lo rasgasen al desplegarlo. Tenía

un forro también de seda del mismo color para evitar que los ojos penetrasen secretos que no debía ver ojo humano. Traía a juego un largo manto, también de seda adamascada, que brillaba con suavidad en cada pliegue y un velillo para la cara; de aquellos que usan las moras en Al-Andalus, que más bien descubren que cubren, provocando la ira de los ulemas que consideran tal pieza una desvergüenza. Todo el traje y el velo estaban recamados de delgadísimas láminas de oro batido y cortado en menudos trozos irregulares, de modo que parecía que se había estrellado el sol en tal vestido. Zayda, que estaba acostumbrada a llevar todo lo que una princesa mimada puede desear, no recordaba haber visto pieza semejante a ésa.

—Vamos, deprisa, deprisa, princesa. No es tiempo de hacernos vergonzosos. Yo miraré hacia otro lado.

Ella se dio cuenta de que no era momento de agradecimientos ni otras efusiones, así que dijo decidida:

—No hace falta que miréis para otro lado, al contrario, necesito que me ayudéis, la delicadeza de este traje necesita de más de dos manos para vestirlo sin romperlo o desgarrarlo. —Se quitó la ropa de hombre y la lio en el suelo del coche—. Ayudadme a ponerlo sobre la cabeza sin ninguna violencia, como si se posara un pájaro en una rama. —Tan pronto estuvo el traje sobre su cuerpo, ella pidió—: ¡Venga la peluca! —Doroteo sacó una cascada de rizos castaños, más o menos del color de los originarios de Zayda—. No tenemos tiempo de hacer un peinado elaborado —dijo la princesa—, pero veo que los rizos suplirán otro peinado. —Se acomodó la peluca de modo que no cayese de su lugar. Previsoramente el artesano la había dotado de unas delgadas cintas que la ajustaban a la cabeza y que se anudaban en la nuca—. Perfecto —dijo ella, y con un deje coquetería, después de sacudir la cabeza para que los rizos cayesen en su lugar, preguntó —: ¿Cómo estoy? —Doroteo había visto mujeres muy hermosas en su larga vida, pero hubo de reconocer que, con tal traje, nunca había tenido ocasión de ver una más espléndida.

—Como una divina hurí del Paraíso, señora. Por cierto, he aquí calzado apropiado a una princesa y manto de abrigo. —Le entregó ambos—. Y algunas joyas, una princesa sin joyas no infunde respeto.

Sacó una caja de debajo del asiento. Zayda abrió la caja y quedó absorta ante la riqueza de lo que se le ofrecía.

—¿De dónde sale esta maravilla, esta riqueza? No me digáis que es vuestra o de vuestra Julita, no me lo podré creer, Doroteo. No las hay iguales en todo Al-Andalus.

—No tiene importancia, *sayyida*, nos las han prestado los mozárabes.

—¿Los mozárabes? —se extrañó la joven—, no lo creo, los mozárabes en todos los pueblos árabes son pobres y explotados. No

tienen casi ni para sus necesidades. Ningún pueblo tiene estas joyas, ni los hijos de Abraham, que comercian con el oro, la plata y las gemas.

—Son joyas del tesoro de Salomón, señora, ya habréis oído decir que los árabes, con Musa ben Nusayr a la cabeza, encontraron el tesoro de Salomón cuando entraron en Toledo; es cierto que hallaron una parte y que se llevaron algo, la espada, la mesa y otras cosas, pero sus joyas y las doce coronas de sus reyes permanecen ocultas y son algunas de las que veis, los mozárabes las guardan en un lugar secreto y sólo dos personas saben dónde. Yo no sé cuáles son esas dos personas, pero alguien me las ofreció para vuestro aderezo. Son prestadas, las devolveré en cuanto hablemos con Al-Qadir.

—Vamos pues —urgió Zayda tomando lo que le ofrecía el eunuco Doroteo. El coche reanudó su marcha.

Llegaron hasta el palacio del Emir de los Creyentes, vivienda del joven y desdichado Al-Qadir. En el portalón se detuvo al coche indagando por el nombre del visitante y la contraseña del día.

—Soy Doroteo, el emir me espera, junto con un personaje real cuyo nombre no estoy autorizado a dar. Es descendiente del Profeta ¡poned vuestro rostro en tierra!

Asustado, el vigilante así lo hizo, aunque desde el polvo insistió:

—Dadme la contraseña, o me cortarán la cabeza.

—La contraseña, sí; son los tres nombres últimos de Alá, el Misericordioso, antes del número cien, que sólo es conocido por Él mismo. —Doroteo, con recogimiento, recitó los nombres que hacían el noventa y siete, noventa y ocho y noventa y nueve del bendito Alá, del *al asma al husma*—: Al-Wariz, el Heredador; Al-Rachid, el Rector; Al-Sabur, el Omnipaciente.

Oyendo esto, todos los vigilantes de la puerta cayeron al polvo y saludaron los nombres. Luego tampoco se levantaron.

—Es cierto, Doroteo, que ésta es la contraseña de hoy, pero no esperábamos oírla —dijo el vigilante con el que había hablado el eunuco—, y sabemos que cuando lleguéis y deis la contraseña os acompañará alguien de sangre real. Pedidle al bendito descendiente del Profeta que nos dé licencia para levantarnos del polvo.

Lina mano delicada, recubierta de joyas rutilantes y casi tapada por un manto hermoso como el sol, asomó por una ventanilla del coche cerrado e hizo ademán de que les permitía levantarse, y al tiempo les habló con dulce voz, pues el ademán no podían verlo, cara al polvo como estaban.

—Levantaos del suelo, buena gente. Yo os lo autorizo.

Al punto todos se pusieron en pie y corrieron a abrir las puertas de entrada a palacio. Su sorpresa no conocía límites, el descendiente del Profeta era una mujer, una princesa de sangre real. No era lo mismo que si fuese un varón, pero ¿acaso el único descendiente del

Profeta no había sido una mujer, su hija Fátima?

Entraron en el patio y al punto apareció el gran eunuco de palacio; ya se había extendido la voz de que la persona real era una princesa y era mejor que no la atendiesen los soldados de honor. El eunuco Hannan (nombre que quiere decir «el que siente cariño») apareció corriendo y agitado por la inesperada nueva, se acercó al coche y mirando al suelo suplicó:

—No bajéis aún, princesa, ahora vienen las damas y doncellas a escoltaros como merecéis.

Pero Zayda no hizo caso, se apeó con desenvoltura y dijo al eunuco Hannan:

—Gran eunuco, os agradezco la preocupación por el protocolo. Pero no tenemos tiempo para esas lindezas. Doroteo me acompañará. Tratadme como un embajador, hombre para todos los efectos.

—Entonces —se lamentó el gran eunuco todo confuso— deberíamos llamar a una guardia de honor con músicos que han de tañer los instrumentos de rigor, entre los que no han de faltar el adufe, el algorgue, la ajabeña y los añafiles. En cuanto a maese Doroteo, no tengo instrucciones...

—Me da igual, él es mi consejero y el embajador elige a sus consejeros, no el emir. Y ni añafiles ni adufes, vamos, aunque vayamos solos —dijo Zayda, echando a andar.

El gran eunuco no cesaba de lamentarse, aunque tomó el camino delante de la princesa.

—Por aquí, por aquí, gran *sayyida*. El emir os espera en el salón del trono, os espera solo, os hace gran honor.

Avanzaron por los pasillos a través de patios perfumados con albahaca y yerbabuena. Jaulas con pajarillos adornaban algunas esquinas, algunos eran bellos por sus colores, por sus plumas y sus picos, no conocidos en Spania; otros eran pequeños y amarillos y cantaban insistentemente. Había hermosos árboles en los patios, y flores bien cuidadas. Los caminillos de los jardines estaban enlosados de diferentes colores y no faltaban fuentes en los cruces de los senderos. Era hermoso, pero Zayda no estaba impresionada, para sí pensó que nada de esto se igualaba al Palacio de las Barandas, donde ella había crecido, ni a los jardines tan espaciosos como aquellos en que los maestros educaban a las *almeas* bajo árboles frondosos y centenarios. Pero quizás era porque Toledo estaba todo arrebujado encima de una plataforma, una enorme roca, mientras que Sevilla se extendía lánguida a orillas del Guadalquivir, a lo largo de un valle inconmensurable. El mismo hecho de tener un bello jardín era un lujo extraordinario en esta urbe tan apretada.

De vez en cuando a Zayda le pareció que detrás de las columnas les miraban ojos curiosos. No vio a las personas, pero sí sus sombras.

Seguramente eran las mujeres del harén, que avisadas de que una princesa había llegado, acudían, curiosas, a ver cómo era una princesa de otras tierras.

Delante de la *sayyida* y de Doroteo, corría casi Hannan, el gran eunuco de palacio.

—Por aquí, altos señores, por aquí... —Dando la vuelta a mil vericuetos.

Por fin llegaron, aparentemente, al final de su recorrido. Hannan se detuvo y recompuso su rostro secándolo con un paño que sacó de un bolsillo. Arregló los pliegues de su túnica y puso en su lugar las ajorcas de su brazo izquierdo, símbolo de su puesto y poder en palacio, pues éstas se habían deslizado hasta la muñeca y tintineaban, cosa impropia del protocolo.

—Ahora entramos en el Pasillo de los Mil Mármoles —anunció el eunuco—, al final hay un recodo en donde se abre la puerta del salón del trono del emir, bendito sea su nombre. Parece que no hay nadie en ese recodo, pero no os engañéis, detrás de los tapices y banderolas están los Silenciosos de guardia. Sólo hay uno visible, pero su número es infinito —presumió el gran eunuco.

Pero ni Zayda ni Doroteo se sintieron impresionados en lo más mínimo; Doroteo conocía todos los recovecos del poder; aunque retirado del mundo y en perfecta felicidad con la bermeja Julita, no había olvidado su vida anterior, y en cuanto a Zayda, no importaba cuán complicada fuese la etiqueta de Toledo, esa etiqueta y todas las otras se habían hecho para ella, para rendirle tributo a ella y para gente como ella, que estaba por encima del común de los mortales porque descendía del Profeta (alabado sea su nombre), y ese eunuco Hannan y todos los otros que hubiese en Spania lo eran para servirla a ella. Se sorprendió pensando: «excepto Doroteo», un hombre ante el cual ella sentía su pequeñez y su fragilidad, y aun en esta tierra enemiga, estando con Doroteo, se sentía segura.

Llegaron ante el Silencioso que de pie se interponía con su enorme estatura ante la puerta de entrada. Vestía éste una blusa de franjas negras y doradas y un pantalón bombacho de seda verde; entre la blusa y el pantalón se adornaba con una ancha faja de color carmesí y atravesado llevaba un alfanje cuya empuñadura relucía de piedras preciosas. No era un arma de guerra ni de defensa, era un arma de lujo, para hacer guardia ante la puerta de Al-Qadir, pero, así y todo, su filo cortaría una hebra en el aire. El Silencioso cruzaba sus brazos y era como una estatua de ébano vestida con lujosas sedas. Casi se podría decir que era hermoso si no fuera porque su rostro, lleno de cortes y melladuras, era feroz.

El gran eunuco se dirigió a él:

—Mío *sahib*, éstos son los embajadores que esperaba el emir.

El *sahib* los miró con desprecio. Un hombre sin ningún signo externo de poder y una mujer, aunque bien vestida. Zayda se adelantó un paso y le miró a los ojos.

—¡Al suelo, sucio gusano mudo! —El hombre la miró sorprendido, pero ella no se arredró—. Soy la princesa Zayda, hija del rey Muhammad ben Abbad, ben Abbu al-Qasim Muhammad ben Abbad, ben Abbu al-Qasim Muhammad ben Ismail ben Abbad. El más noble de los descendientes de los Banu Abbad, reyes de Sevilla, de Mértola y de Silves. Yo misma soy señora de Huete, Caracuey, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Oreja Uclés y Amasátrigo. Soy gran *sayyida* por derecho propio, hija de reyes, noble descendiente del Profeta y la prometida del rey emperador, don Alfonso. ¡Al suelo he dicho!

El Silencioso, al oír la genealogía de Zayda se echó a temblar, en verdad nunca había visto a una princesa como ésa y tan enfadada, además. Se arrodilló en el suelo y allí se dio tres golpes con la frente. Zayda le dio un puntapié.

—Levantaos, y dad gracias al Profeta que no tengo tiempo para mandaros cortar la cabeza por insolente. ¡Sólo se os puede educar con la alfombrilla del verdugo y el temido *siafl* ¡Entrad ahí y decidle al emir que estamos aquí; rápido, o entro yo misma sin esperar a que nos anunciéis!

El Silencioso se levantó del suelo, pero ya no osó levantar la vista y andando hacia atrás desapareció por la puerta. Zayda se dirigió al gran eunuco.

—Gracias, Hannan, lo habéis hecho lo mejor posible, dadas las circunstancias; no dudo que sois un hombre muy educado y capaz para vuestro trabajo. Si pudiera me gustaría teneros a mi servicio. —El gran eunuco se esponjó de gozo, no era insensible al halago—. Podéis besar mi mano, os aseguro que es un gran honor. —Le tendió su mano enjoyada y el eunuco se arrodilló para besarla con devoción. No todos los días se podía tocar a un descendiente del bendito Profeta, alabado sea su nombre. Zayda miró a Doroteo, en sus ojos había una interrogación. El asintió sin palabras, sacó de un bolsillo un objeto y se lo dio a la princesa; ella se dirigió de nuevo al esclavo Hannan—. Tomad esta ajorca para vos en recuerdo de nuestro encuentro, pensad siempre que lo ha tocado una persona sagrada.

Le alargó una ajorca de oro, el gran eunuco la besó con devoción y dijo:

—*Sayyida*, nunca me olvidaré de este día, ni de vos.

Unas damas salieron de la habitación y dando a Zayda la bienvenida le tomaron de la mano para introducirla en la habitación.

—No entraré si no entra maese Doroteo, es mi consejero.

Una voz fastidiada desde dentro se hizo oír.

—Pues que entre maese Doroteo, ya da igual.

Doroteo y Zayda entraron en la sala del trono. La costumbre era que el lugar estuviese lleno de sirvientes, invitados, visires. Algunos notables ostentaban el doble visirato, entonces se les llamaba por el título honorífico de *du l-vizarayatin*; también solían asistir los secretarios de Estado, cada uno de ellos llamados *wazir* seguido del título de su nombre, multitud de parientes, príncipes y nobles de la familia real. Generalmente se reunía allí, en honor del monarca reinante, un microcosmos de riqueza, lujo y poder.

No había nadie en la enorme habitación excepto algunas damas de edad, las más jóvenes habían salido a dar la bienvenida a Zayda. El emir estaba sentado en el suelo, encima de una pila de cojines de raso. Dio dos palmadas y las señoras se levantaron y todas, jóvenes y viejas, desaparecieron haciendo reverencias. Allí quedaron los tres solos, como tres frágiles figuras en un salón enorme pesadamente perfumado con sándalo y otros olores agobiantes y almizclados. Nardo, jazmín y azahar y otras muchas flores competían por hacerse notar sobre los otros perfumes. El emir Al-Qadir no se levantó de sus cojines, tampoco Zayda se inclinó ante él. Se miraron con curiosidad unos instantes; al fin él se rio.

—Vamos, Zayda, sentaos a mi lado, así podremos hablar sin dar voces —bajó el tono mientras le hacía sitio a su lado—, la voz se pierde en esta inmensidad. Y cuando hay mucha gente es peor, se oye todo porque hace eco y la algarabía es insoportable. —Suspiró filosóficamente—. Siempre pensé en hacer una salita más pequeña, pero luego no lo hice porque sin salón no sería respetado. ¡Ah, y vos Doroteo, sentaos también, no hay nadie que lo apruebe o lo critique! Me place que os sentéis junto a nosotros. Mi abuelo os tenía en gran estima, siempre decía que le habíais salvado el trono cuando fuisteis desde Talavera a buscar la ayuda de don Fernando de Castilla y León, en los tiempos en que Suleyman ben Hud por poco se hace con el emirato. —Miró a Zayda con mirada apreciativa. El mismo era un joven no feo pero con las huellas de una vida disipada ya impresas en su rostro. Los labios eran gruesos y carnales, los ojos algo caídos, los párpados gruesos. Todo él reflejaba molicie y poca inteligencia—. Zayda, sois más hermosa de lo que me habían dicho. Si lo hubiese sabido habría pedido vuestra mano para mi harén.

Zayda quiso creer que era un cumplido, así que contestó con voz glacial:

—Gracias, Al-Qadir, yo, desde muy niña, estaba prometida al rey emperador, quizás hubiese sido una petición vana. Pero dejémonos de cumplidos, el tiempo apremia y no vuelve. Tengo palabras de don Alfonso, el rey emperador, guardadas en mi boca y he decirlas.

—¿Y de qué se trata? —Fingió desinterés el joven emir.

—Bien lo sabéis, Al-Qadir. De la guerra, de la paz, de la vida y de

la muerte. Como escojáis.

—Decid pues lo que tengáis que decir, alta *sayyida*.

—Va ya para varios años que el cerco de Toledo se estrecha como un dogal al cuello, la gente ha resistido bravamente, aunque no os aman... —El emir intentó interrumpir a Zayda, pero ésta movió la mano—. No me interrumpáis, alteza. Bien sabéis que ofrecieron vuestro trono a Al-Mutawakkil de Badajoz y que inclusive fue Alfonso él que hubo de intervenir a vuestro favor. Ahora mismo, si pudiesen librarse de vos, lo harían. La ciudad de Toledo no tiene ya víveres, ni casi agua, ni comercio, ni esperanzas, y si el cerco no se levanta la gente morirá de inanición. Casi no hay soldados dentro de la muralla y los cristianos tienen una retaguardia bien surtida con hombres innumerables que siempre podrán reemplazar a los que caigan, caso de que os decidáis a defenderos. No podéis pagar lo que debéis en oro al rey Alfonso. ¿Qué pensáis hacer, Al-Qadir? Alfonso os tiene en su mano e inclusive, si entra a la fuerza, os puede entregar a los descontentos y vuestra cabeza estaría en menos de una hora en una pica sobre la muralla.

Al-Qadir se quedó pensativo. En su no muy inteligente cabeza ya había penetrado hacía tiempo que su situación tenía mala salida. Pero quizás era preferible morir que vivir en el deshonor y el destierro. Era nieto de Al-Mamun, el amigo de Alfonso. Quizás el cristiano todavía se acordase de su amigo moro y le permitiese reinar en algún sitio bajo su tutela. Estaba cansado. Preguntó sencillamente:

—¿Qué quiere Alfonso? ¿Cuál es su oferta?

—Don Alfonso desea cerrar este capítulo sin que se derrame sangre, aspira a ser rey en Toledo y no desea el mal a sus futuros súbditos. Bien sabéis que, si él se fuese, al día siguiente os enfrentaríais a un levantamiento. Los toledanos os sufren ahora porque sois el símbolo de su resistencia, por nada más; si don Alfonso abandona, os abandona también a ellos.

—No me habéis dicho aún su oferta.

—Que entreguéis Toledo. Él os dejará marchar con todo lo que sea de vuestra propiedad y pueda ser trasladado. Os acogerá en algún lugar que determinéis entre los dos y os propone intercambiar el reino de Toledo por el de Valencia. Valencia es menos áspera que esta meseta. Hay jardines perfumados, flores todo el año, hay abundancia de agua y está llena de naranjos.

—¡Pero eso es imposible! El reino de Valencia no es de don Alfonso.

—Pero lo será en breve. Estad seguro de ello. Allí podéis reinar en su nombre y bajo su protección; además se compromete a no agobiaros con *parias* demasiado onerosas.

—¿Juraría el rey cristiano, en el nombre del profeta Jesús, que

me dará el reino de Valencia?

—Sí, lo haría —afirmó Zayda tajantemente.

—Entonces lo pensaré. No puedo entregar el reino sin batalla, lo comprendéis, Zayda.

—Cierto, pero se puede simular una resistencia no demasiado enérgica, y al fin ceder y abrir las puertas al vencedor, no sin antes hablar de una rendición honorable y generosa para los moradores de la ciudad.

—Quede esto en secreto entre nosotros, *amirah*. Pedidle a don Alfonso que me envíe los detalles, yo mientras tanto pensaré mi parte. Quede bien claro que Toledo va a cambio de Valencia.

Doroteo, que escuchaba sin participar, tomó parte entonces.

—Me parece *hayyi* Al-Qadir que el tiempo apremia. Los embajadores que aparentemente vinieron con el ultimátum de don Alfonso no retornarán hasta dentro de dos semanas poco más o menos. Hasta entonces nadie entrará ni saldrá de la ciudad sitiada. Necesitamos hacer llegar a don Alfonso nuevas de vuestra decisión, pero ello no debe ser conocido por el pueblo, pues podría levantarse en masa.

—Es cierto —dijo apesadumbrado el rey moro—, la gente ha empezado a enfermar de hambre y necesidad, cada día es un día ganado a la muerte. —Lo pensó un momento—. Quizá podríamos hacer lo mismo que don Alfonso.

—Hablad claro, Al-Qadir —dijo Zayda.

—Pues podemos mandar al campamento de don Alfonso a los mozárabes que quieran abandonar la ciudad. Entre ellos iría la princesa con mi recado. No soy tan torpe que no imagine que así es como entró, entre los rehenes. Ya temía la policía secreta que algún agente o espía entraría entre ellos, sólo que le perdieron la pista justo en vuestra casa. —Miró con desconfianza a Doroteo—. Le dije al *barid* que no os molestase, no había pruebas contra vos. Buscaron a la princesa en todas partes. Pero ahora ya no importa, me alegro de que no la hayan hallado, pues de este modo nos hemos entrevistado en secreto.

—Entonces, alteza, ¿qué haremos?

—Mañana mismo mandaré que los mozárabes que quieran partir a tierra de cristianos lleven consigo lo que puedan sobre un asno y no más. Las personas pueden salir sin contarlas, pero por familia un solo pollino con carga. Se les dará un plazo de tres días, en el tercero saldrán libremente por la Puerta del Sol, a la vista de todos. Los que quieran quedarse se quedarán, y los que quieran marcharse que lo hagan. Entre ellos ira Zayda, como acordamos. Cuando vuelvan los embajadores, que me traigan las palabras de don Alfonso en cuanto a una rendición pactada. Nada más. —Pareció cansado, seguramente en

toda su vida no había tomado tantas decisiones juntas. Se levantó de los cojines que le habían servido de asiento y ayudó a Zayda a incorporarse. La miró de arriba abajo—. Ciertamente, princesa, don Alfonso no os merece, sois la más divina hurí que no está aún en el Paraíso. Con una esposa como vos, quizá yo no habría perdido el reino de Toledo.

14

La reina Constanza, administradora de Toledo. Bernardo de Sédirac, arzobispo metropolitano

TOLEDO cayó sin esfuerzo en manos de Alfonso VI. El desgraciado de Al-Qadir fuese al destierro a unas alquerías que poseía su familia en las inmediaciones de Cuenca, a esperar con paciencia que don Alfonso cumpliese su palabra de instaurarle en el trono de Valencia. Nadie le apoyó en su desgracia, ni sus súbditos, cansados de su gobierno débil e irresoluto, ni los mozárabes, que ansiaban el gobierno de un rey cristiano, ni los judíos, que a cambio de seguridad física, económica y legal estaban dispuestos a servir al rey Alfonso con la misma fidelidad que lo habían hecho con el moro Al-Qadir.

Desencantado, timorato y vacilante, Al-Qadir desde su destierro, que no otra cosa era, pidió ayuda a otros príncipes moros, por si ellos le quisieran ayudar a recobrar su reino: a Mutawakkil de Badajoz, a Allah ben Badis de Granada, e incluso al de Valencia, en cuyo trono pensaba reinar. Como no tenía especial talento para gobernar ni para tramar conjuras, al mismo tiempo envió a Valencia a un fidelísimo suyo, Ibn al-Farach, con el encargo de que se informase de qué posibilidades tenía de que los valencianos le aceptasen como soberano en sustitución de Ibn al-Aziz, el soberano efectivo. Después de algunos sondeos, esto es lo que escribió, con mucho disimulo, el hombre de Al-Qadir:

De vuestro siervo Ibn Al-Farach, en el nombre de Alá, por quien todo es hecho y todos los documentos escritos. A mi rey y señor, el Emir de los Creyentes, Yahya ben Ismail ben Yahya, conocido como Al-Qadir: las bendiciones del Profeta, alabado sea su nombre.

En relación con lo que me encargasteis, sépades que, sin la ayuda de vuestro hermano, no será posible llevarlo a cabo. Más vale que ofrezcáis oraciones a Quien Todo lo Puede para que os ayude ablandando el corazón de quien os prometió otra cosa.

Espero otras órdenes y, si no las recibo, volveré a las tierras en donde pueda besar vuestros benditos pies.

En resumen, que los valencianos no deseaban cambiar a su soberano y menos por Al-Qadir, a quien en todos los reinos de Taifas se despreciaba por no haber muerto en batalla contra el cristiano, el tirano Adefonsus en lugar de entregar el reino de Toledo con poca resistencia. Pero Al-Qadir no se amilanó por la respuesta recibida y no contento con ello escribió una carta a Yusuf ben Tashufin, el terrible

rey de los almorávides.

En el nombre de Alá, por quien se escriben todas las misivas y todo es hecho, al León de Ifriquiya, Yusuf ben Tashufin, de parte de Al-Qadir, destronado rey de Toledo. Salud y gracia. Sépades que hace días que el tirano Adefonsus, al fin, ha conseguido arrojarme del reino de mis mayores, me ha obligado a renunciar a mi trono, el que por la gracia de Alá, ¡alabado mil veces su bendito nombre!, me correspondía por herencia.

Si alguna vez pensasteis pasar a Spania desde Ifriquiya con vuestros piadosos almorávides, éste es el momento, los monjes—soldados surgidos de aquellos morabitos sabrían castigar con muerte y sangre a los infieles politeístas que han tomado el gran reino de Toledo y que amenazan con tomar el resto de la Morada de la Paz (*dar al-Islarrî*) y convertirla así en infiel y por tanto en la Morada de la Guerra (*dar al-Herb*) a quien todos, inclusive Yusuf ben Tashufin, tienen obligación de subyugar.

Hagamos juntos la bendita *yihad*, hagamos juntos el esfuerzo sagrado, para que *dar al-Herb* se torne en *dar al-Islam*. Os bendice vuestro desgraciado amigo, Yahya ben Ismail ben Yahya, conocido como Al-Qadir, rey de Toledo en el exilio.

Recibió el emperador del Norte de África la tal misiva y como de costumbre escupió sobre ella y luego la pisó en señal de desdén. No obstante, esta vez miró largamente hacia el horizonte; esa noche ordenó a su fiel esclavo negro que transmitiese a sus hombres en toda África que necesitaba las pieles de quinientos hipopótamos antes de que la luna cambiase tres veces.

El 25 de mayo del año 1085 fue el día en que entró el rey Alfonso VI en Toledo. La capitulación de la ciudad había sido presentada por los notables del reino y aceptada por el *rex imperator*. La invasión de las tropas de Alfonso fue más una escaramuza que otra cosa y, tras una breve resistencia, las puertas de la ciudad se abrieron sin que hiciera falta incendiarla desde fuera con las temibles flechas que ardían sin apagarse. Como se había hablado con Al-Qadir, se garantizó a los musulmanes la seguridad de sus personas y sus bienes y asimismo se les prometió que conservarían para siempre su espléndida mezquita mayor; a cambio habían de rendir la fortaleza y el alcázar. Lo mismo se hizo con los judíos, que habrían de conservar en exclusiva su sinagoga. Como el rey no podía permanecer en persona en todo momento en la ciudad se nombró como gobernador a un conde que tenía amplia experiencia, un hombre tolerante y acostumbrado a convivir con todas las religiones: el conde Sisnando Davídiz, cuyos padres y antepasados lo habían sido de Coimbra. Todo

parecía ir por buen camino.

En la puerta de las iglesias, en la sinagoga y en los zocos y en los cruces de caminos se hizo publicar de viva voz y clavar en carteles las condiciones de a paz:

... y que los habitantes musulmanes tendrán seguridad para sus vidas y haciendas, así como para sus mujeres e hijos.

Que a nadie se le impedirá salir de Toledo según su voluntad. Que no se le impondrá contribución a los que permaneciesen, fuera de la capitación de costumbre.

Que la mezquita quedará en poder de los muslimes y la sinagoga en manos de los judíos sin ser molestados...

La paz al fin se había instaurado y la vida de la ciudad se reanudó poco a poco. Don Alfonso pidió con urgencia víveres de sus reinos para abastecer los mercados y encargó al zabazoque, al *mutashib*, que velara porque no se subiese indebidamente el precio de los comestibles. El comercio retomó su pulso y la alcaicería empezó a tener géneros que vender, el zoco víveres, y los judíos empezaron a organizar sus caravanas tanto tiempo interrumpidas; los cristianos, por su parte, se sentían dueños de la situación, ya no eran el pueblo sojuzgado y oprimido que habían sido durante tantos siglos, ahora iban con la cabeza alta y se sentían los conquistadores y los verdaderos dueños de la ciudad cristiana. Las campanas llamaban a misa desde los campanarios.

Por su parte, Zayda contaba con el aprecio o al menos el respeto de todos, pues al fin se había hecho público su esfuerzo para lleva cuanto antes la paz a todos los implicados, inclusive poniendo en peli gro su misma vida. Los amores de Zayda y Alfonso eran ya conocido del uno al otro confín, y la princesa, aunque discreta, no podía ocultar sus relaciones con el emperador. Inclusive doña Constanza parecía soportarlo como algo inevitable. Ambas mujeres nunca hablaban de ello aceptaban la situación y se adaptaban a ella sin protestar, poniendo de su parte cada una lo que se esperaba de ella.

El gran palacio que había pertenecido a Al-Mamun se habilitó para el rey y la reina Constanza, y otro, no lejos, para Zayda, sus damas y pequeña corte; este último se llamaba el Palacio Alficén, que era el nombre latinizado de *al-Hizam*. Dicen que fue originariamente construido por el califa Abd al-Rahman III; estaba situado en un mirador sobre el Tajo, un lugar inexpugnable situado en la parte noreste de Toledo. La mansión, relativamente pequeña, fue siempre considerada una verdadera joya por los sucesivos dueños de Toledo, por lo que cada uno de ellos contribuyó a embellecerla, y así lo hicieron Smail al-Zafir, Al-Mamun y el mismísimo Al-Qadir.

Contaba con extensos jardines que rodeaban el edificio y la vegetación le aislaba del resto de la población, por lo que era un lugar

tranquilo y retirado. Debido a los desniveles el jardín estaba ordenado en forma de terrazas y cada una tenía un nombre, «terraza de los alhelíes», «terraza de los lirios», «terraza de los arrayanes». En ese sitio tenían lugar los encuentros de Zayda y Alfonso. Allí se hallaban como dos amantes sin preocupaciones de gobierno, entonces sólo pensaban en sí mismos y en lo efímero de la vida, así que trataban de vivir a fondo cada minuto de que podían disponer el uno para el otro por si no hubiesen muchos más en la clepsidra de su vida mortal.

Don Alfonso amaba la poesía árabe, que había aprendido a apreciar cuando vivía en el Palacio de Al-Mamun, palacio que ahora ocupaba como rey él mismo.

A la sombra de los arrayanes, recostados los amantes sobre almohadones, colocados sobre alfombras persas perfumadas con romero, recitaba el rey de memoria:

Cuando el palacio de la noche encienda su hermosura vendrá mi amada...

Zayda, como lo había hecho su madre Itimad, cuando era lavandera a las orillas de un río, terminaba la poesía:

... y su belleza apagará la noche y se hará el día.

Y así pasaban las horas, leyendo poesía y bebiendo en los labios del amante el vino que no embriaga y nunca sacia, como decía el poeta Ibn Mussaddiq.

—Hay que solucionar la cuestión de la catedral de Toledo —decía la piadosa doña Constanza a su real esposo—. No es posible que después de haber tomado con tanto trabajo esta ciudad no tengamos ya arreglada la iglesia y carezcamos de catedral y que no sepamos aún quién ha de regirla.

El la miró largamente.

—¿Habéis recibido carta de Hugo Cándido?

Ella enrojeció.

—Sí, don Alfonso, pero hace ya algún tiempo me encarecía que cuando tuviésemos la oportunidad, hiciésemos lo posible por introducir ya desde el principio el rito de Cluny. Me sugirió que os hablase en favor de Bernardo de Sédirac, el que hasta hoy ha sido abad de Sahagún; él, apuntaba, sería un gran arzobispo de Toledo.

Alfonso sorprendió a Constanza cuando contestó de inmediato.

—¿Bernardo de Sédirac? Me parece bien. Podéis contestar a vuestros parientes en Roma que su candidato es agradable al rey emperador, y que me complace.

Se levantó y después de besarla en la frente se fue a visitar a Zayda. La princesa le recibió como siempre, como se recibe al amado

a quien se espera cada día con la misma impaciencia. Pero el rey estaba preocupado.

—Debo partir, Zayda, la reina me suplirá en mi ausencia como gobernadora general; en estos momentos ya no hago falta aquí, pero me es insoportable la idea de dejaros detrás; ahora que ya hemos organizado el gobierno de Toledo debo revisar el resto del reino que he conquistado, hacer saber a todos los pueblos capturados que bajo mi reinado tendrán libertad para sus cultos y para sus negocios y vidas. Publicar en cada uno lo mismo que en la ciudad de Toledo. Que son libres de mantener su religión, que los impuestos que de ellos se esperan son menores que los que pagaban en tiempo de Al-Qadir, que pueden conservar sus mezquitas, que no serán vendidos como esclavos, y todo lo demás. Es mejor que lo diga yo mismo ante sus notables, será más creíble que si mando a pregonarlo por los reales sayones. Pero no puedo dejaros aquí. ¿Vendríais conmigo?

Ella le miró extrañada.

—Pues claro, mío señor. ¿Qué había de hacer aquí, en Galiana, yo sola? La reina no me necesita. Si se queda de gobernadora general de la ciudad tendrá bastante que hacer y no creo que me eche de menos. La niña Urraca crece contenta, sana y alegre. He oído que la reina doña Constanza cuenta con Bernardo de Sédirac para que ocupe el puesto de arzobispo de Toledo. Tendrán mucho que hacer y una islamita como yo quizá no sea la mejor consejera para eso.

Don Alfonso se extrañó un tanto.

—¿Habíais oído ya hablar de Bernardo de Sédirac y su futuro nombramiento?

—Sí, lo comentaban las damas de la reina. Además casi conozco al abad de Sahagún, acordaos que estaba con el cardenal en Burgos, con motivo del Concilio. Alguien me habló mucho de él, debe de ser persona biliosa, fría y determinada. Desde el principio quizá quiso ser arzobispo de Toledo. Ha cumplido su deseo. Nada lo detendrá en su ambición y en su piedad, si es que es piadoso.

El rey lo pensó un momento y luego dijo:

—Dejemos que la reina tenga alguna compensación, lo merece. —Ambos callaron después de esta frase de don Alfonso.

Como había dicho, el *imperator* inició una visita a sus nuevos territorios con el fin de asegurar a los moros que su intención era dejarles tanta libertad como fuese posible, siempre y cuando ellos se aviniesen a reconocerle como su rey. Ante ellos firmaba en sus documentos como *Adefonsus Imperator in Tole to, Legione, Galleria et Castella*, y aun a veces como *Adefonsus Imperatur Toletanus Magnificas Triumphator*. Todo ello soliviantaba a los reyezuelos de las otras Taifas limítrofes, y el hecho de que se presentara con Zayda como su prometida, no hacía sino indignar más a los príncipes moros, pues no

ignoraban que su esposa principal, como ellos lo veían, era una cristiana, y Zayda no era la gran *sayyida* sino más bien una esposa secundaria y aún una concubina puesto que no habían legalizado su unión de modo alguno. ¡La hija de Al-Mutamid de Sevilla, la más hermosa de las honradas y enaltecidas *almeas*, una concubina!

Prácticamente todos los reyezuelos de las Taifas en la Península eran tributarios de Alfonso y, aunque de mala gana para sus adentros, se avenían a pagar sus *parias* para no concitar las iras del triunfador de Toledo, el *Magnificas Triumphator*. Pero por debajo una rabia sorda se extendía por todas partes. La superficie era plácida, pero en el fondo se agitaban pasiones violentas, ansias de venganza y de tomar el desquite aunque fuese a cualquier precio.

Tan pronto como don Alfonso empezó su viaje triunfal, que no era otra cosa, empezaron a llegar los reyezuelos a prestarle sumisión y vasallaje, y el primero fue el señor de Albarracín, Hosam ad-Daula, el cual se apresuró a mostrarse ante el rey emperador con *sus parias* y otros presentes. Al fin se fue éste muy ofendido, aunque disimulando su enfado y resentimiento. En retorno a sus valiosos regalos y a sus zalemas y felicitaciones, había recibido como regalo un feo mono, cosa que consideró un insulto personal.

Los menos insistían en no pagar lo pactado y contra ellos decidió actuar el rey, no fuese a cundir el ejemplo y se hallase en algún momento con que nadie le pagaba y entonces no estaría en condiciones de ir contra todos. El primero en su lista era Al-Mutamid. Éste, seguro de que su «yerno» no osaría levantarse contra él, hacía ya años que no enviaba el oro debido. Los hombres de sus reinos le apoyaban en esta callada rebelión y el poeta Aben al-Gassel había escrito:

Andaluces, tomad vuestras monturas, la permanencia aquí es un error.

El collar de la península se desgrana por sus cabos: su hilo se haya roto por el medio.

Vémonos rodeados de enemigos que nos acosan, ¿cómo vivir en un saco de culebras?

Y estas palabras se repetían en los zocos y en las calles; y además se decía que el mismísimo rey Al-Mutamid había dicho con sus propios labios: «Vale más guardar camellos en Marruecos bajo su rey que cerdos al monarca de Castilla.» Así, muchos de los reyezuelos de las Taifas escribieron a Ben Tashufin pidiéndole amparo contra el tirano, quien, decían, a no dudarlo, tomaría toda Spania y la convertiría en cristiana. ¡No lo permitiese el Profeta!

Yusuf esperaba pacientemente a que llegaran los quinientos

cueros de hipopótamo para hacer escudos y atambores. Lo que estaba escrito se cumpliría a su tiempo; mientras, no descuidaba de rezar; desde los minaretes los muecines gritaban con voz potente:

Allahu akbar. Alá es el más grande.
Ashadu an la ilaha. Testifico que no hay más Dios que Alá. *Ashadu anna Muhammadan rasul Allah*. Testifico que Mahoma es el enviado de Alá.
Hayya alas s-salat. Venid al azalá.
Mayya ala l-jalab. Venid a la felicidad.
La ilaha illa lia. No hay Dios, sino Alá.

Y los ecos de la oración iban rodando por los montes y llegaban hasta las mismísimas orillas de Spania.

Al partir don Alfonso, tal y como había dicho, encomendó a doña Constanza la gobernación del territorio, y ella ejercía como dirigente con inusitada energía. Había llamado a Bernardo de Sédirac para comunicarle su elección como arzobispo de la nueva diócesis de Toledo y ambos se dedicaron a organizar una ciudad cristiana tal y como la entendían los borgoñones, pues ambos lo eran, y a los dos les había encomendado el Santo Padre, desde hacía mucho tiempo, que transformasen Spania en una nación romanizada. Tan pronto como amanecía ya estaba la reina recibiendo visitas de gente, sobre todo cristianos, que venían a pedir, a demandar justicia, a sugerir mejoras en todos los campos y sobre todo a insinuar que no tenían una iglesia decente, ni lo suficientemente grande como para acoger a los fieles, mientras que los moros, los infieles, disfrutaban de la Gran Mezquita, la cual, para mayor deshonra, había sido construida sobre las ruinas de una iglesia visigoda. En estas consideraciones estaban cuando llegó un día un mensajero cansado y cubierto de polvo. Mediaba el mes de junio y el calor apretaba, más que en las vegas, en la ciudad de Toledo, en donde sólo en el palacio real, que gozaba de anchos muros, se podía estar con relativa comodidad.

—Señora —dijo un sirviente presentándose ante la reina—, un mensajero desea veros de inmediato.

—Un mensajero —se extrañó la reina—, ¿es de mi marido, el rey?, hace poco que se fue y no espero aún mensaje alguno, a menos que...

—No, alteza —interrumpió el heraldo—, no es de don Alfonso, viene de Roma. —Constanza y Bernardo de miraron, alarmados y sorprendidos al tiempo—. Que pase pues, le recibiremos aquí mismo. —Dejó la reina sobre una mesa el documento que tenía en sus manos y don Bernardo enrolló el mapa que iba a mostrar a la soberana. A

poco entró el mensajero cuyo aspecto bien dejaba traslucir la prisa con que había venido. Compadecida, la reina llamó con una palmada y un criado se presentó al instante—. ¿Que traigan para el mensajero un refresco de limón con miel. Está agotado. —Y al emisario—: ¿Y bien? Qué es aquello que con tanta premura habéis de relatar?

—Mi mensaje era para el rey, pero puesto que no está, os lo diré a vos si me prometéis que se lo haréis saber en cuanto sea posible.

—Sois un tanto descarado, pero os disculpo porque seguramente nunca habéis tratado a una reina. Hablad.

—Prometed antes.

La soberana puso gesto de fastidio.

—Venga ya de tanta tontería y tanta pepla. Lo prometo.

—Hildebrando Aldobrandeschi, conocido en esta vida como Gregorio VII, ha muerto. Ahora el sumo pontífice es Víctor II.

—¿Que ha muerto? —Ambos lo dijeron a un tiempo; Constanza y el arzobispo de Toledo no podían creer lo que sus oídos habían percibido. Nadie había oído que el Papa estuviese enfermo, y aunque era mayor, no se esperaba que muriese tan repentinamente—. ¿Y cuándo sucedió?

—El veinticinco de mayo, alteza. En Salerno, la ciudad de Roberto Guiscardo, rey de los normandos.

—¡El día que Alfonso entró en Toledo, el Papa lo fue a celebrar con el buen Jesús! —Esto comentó, piadosamente, el arzobispo Bernardo de Sédirac—. También el Papa se liberó ese día de la persecución de Enrique IV.

La reina y el prelado despacharon al correo y comentaron largamente las repercusiones que podía tener la muerte inesperada del pontífice.

—Fue un error perdonar al emperador Enrique IV en Canossa —dijo gravemente don Bernardo—. A los enemigos de Dios no se les debe absolver con tanta facilidad. Sólo sirvió para que ese demonio de Enrique se aprovechase de la generosidad del Papa y luego lo persiguiese toda la vida, hasta que consiguió encerrarlo en el castillo de Santangelo; menos mal que Roberto Guiscardo lo liberó y lo protegió; si no, a lo mejor Enrique lo habría hecho asesinar. —Bernardo se paseó de un lado a otro de la habitación, dudaba en decir lo que estaba pensando, pero al fin no pudo contenerse—. La culpa de que lo perdonase fue de Hugo Cándido, que era padrino del sacrílego e intercedió por él. Lo siento, señora, ya sé que sois su pariente, pero por culpa de Hugo los cristianos tienen casi un cisma. El muy atrevido de Enrique osó nombrar otro Papa, más cómodo para él, un antipapa en realidad, y ahora en Roma se han apresurado, según dice el trotamundos, en nombrar a un nuevo Papa sin ajustarse a las normas, ese tal Víctor, que se hace llamar Víctor II. Todavía fresco el cadáver

de Hildebrando y ya otro se sienta en su solio. ¡Una vergüenza!

—Siento mucho que se haya muerto Gregorio —suspiró conciliadora la soberana—, pero así es la vida, a todos nos ha de llegar el momento y por lo tanto debemos hacer lo que podamos por el honor de Cristo y de su Santa Iglesia. Este Papa era un amigo y un pariente. Siempre veló por mí, y en mi viudedad me consiguió un segundo marido mejor que el primero... —pareció sopesar sus palabras — más rico y poderoso, más joven y enérgico que el conde de Chalons-sur-Saone aunque debo decir que al ser tan joven es también muy impulsivo y demasiado apasionado para una borgoñona de mediana edad. —Miró la reina a lo lejos y quizás había tristeza en su mirada—. De todos modos agradezco a Dios el haberlo conocido. —Y luego dijo algo extraño que escandalizó al arzobispo—: También agradezco a Dios que Zayda me ayude a sobrellevarlo.

—¡Pero cómo, señora!, ¿dais gracias a Dios por su escandalosa vida de concubinato con una infiel? —El natural de don Bernardo, que era pálido tirando a verdoso, se tornó rojo violento—. Sois entonces su cómplice, estáis en pecado, no sois víctima sino partícipe.

La reina de puso de pie y miró con ira al prelado.

—Don Bernardo, es por mí que estáis donde estáis, que sois arzobispo de una tierra antigua y noble, inclusive me debéis el haber venido a Spania como abad de Sahagún, uno de los tres monasterios más importantes del mundo, junto con Montecassino y vuestro Cluny. Os codeáis con Desideruis abad, hombre sabio y santo, y con don Hugo el Grande abad, mi tío, borgoñón como nosotros. Así que más cuidado con lo que decís, vuestra fortuna fue mi protección así que guardaos muy mucho de faltarme al respeto obligado y al acatamiento que me debéis; no me costaría nada manifestar mi desagrado a mi esposo y saldríais de Spania más raudo que una paloma mensajera. Además no sabéis nada del amor entre esposos.

Constanza siempre había parecido una mujer gris y apocada, pero este arranque de ira mostraba otra reina, no la triste y apagada *regina emperatrice*, sino a una mujer llena de espíritu, de energía, de vigor y de potencia, capaz de defenderse aún del mismo Papa levantándose en su dignidad. Además era una mujer enamorada que había aceptado sus limitaciones, e inclusive daba gracias a Dios porque Zayda era la única otra en la vida de Alfonso y así, entre las dos, creía la reina que el rey no la abandonaría jamás, si ella, Constanza, se comportaba como una reina, mientras Zayda sería la amante. Bernardo de Sédirac, al darse cuenta de que había ido demasiado lejos, retrocedió.

—No lo toméis así, doña Constanza, bien sé lo que os debo y no es vuestra culpa que el rey sea tan libidinoso. El Señor sabrá por qué lo hizo así.

En estas conversaciones o discusiones estaban ambos cuando se

hicieron anunciar los parientes de la reina que siempre estaban cerca de ella como su corte de honor.

—Alteza —anunció el guardián de la puerta—, varios nobles desean veros con premura, según me han manifestado.

—¿Varios nobles? Estoy muy ocupada con don Bernardo. ¿Quiénes son?

—Vuestros primos y allegados, señora, vuestro primo, Enrique de Borgoña; el conde de Saint Giles, Raimundo de Tolosa, el señor de Aurillac...

—Bien, que pasen don Enrique y don Raimundo, despedid a los demás. Decidles que, si necesitase consejo, los llamaría enseguida. —Casi enseguida entraron los susodichos caballeros. Hicieron una profunda reverencia a su pariente y señora. Ella manifestó cierta impaciencia—. Y bien, don Raimundo, ¿algo urgente como para interrumpir mi trabajo?

—Creemos que sí, alteza, los cristianos se quejan en Toledo y nadie parece transmitir sus querellas.

—¿Y de qué se quejan? Les hago justicia todas las mañanas, escucho sus problemas y en lo posible facilito el desenvolvimiento normal de sus vidas. Ahora que no son un pueblo vencido, sino los vencedores, están antes que los demás en todo y en mi interés los preceden. Están antes que los judíos y antes que los moros. ¿Qué quieren ahora?

—Lo mismo que nosotros. Tener una iglesia digna de la nueva sede episcopal, recuperar la iglesia visigoda que ahora es mezquita, que se les rebajen los impuestos y que en cambio se suban a los moros, al menos en recuerdo de cómo fueron ellos tratados cuando los moros mandaban y ellos, los cristianos, eran los oprimidos. Que a los moros y judíos no se les permita salir o entrar de la ciudad a partir de ciertas horas, que se cierren las puertas de la ciudadela y que entonces ni unos ni otros puedan entrar ni salir. —Y así don Raimundo fue desgranando las peticiones, que según él, hacían los cristianos de Toledo—. Además —terminó el noble—, los francos y borgoñones no entendemos esta convivencia, esta tolerancia, entendimiento y comprensión hacia los que son nuestros enemigos naturales, no de hoy sino desde hace muchos siglos. No debe haber paz hasta que uno de los contendientes, moros o cristianos, haya desparecido de la faz de la tierra. Lo demás es denigrante, ruin, sórdido e interesado, no se corresponde con la dignidad de un pueblo cristiano el mezclarse y tolerar a los herejes, sacrílegos y sectarios. Las ordenanzas que hizo proclamar don Alfonso son intolerables, inadmisibles e insufribles para los borgoñones y lo serían para el Papa si estuviese enterado de esto. Aunque —vaciló un poco— se nos ha dicho que Gregorio VII ha fallecido.

—Cierto, ahora debemos esperar nuevas órdenes de Roma, en cuanto haya un nuevo Papa legalmente. En relación con lo demás, no podemos hacer nada de lo que pedís, don Raimundo, son órdenes de don Alfonso, él desea ser rey de las tres religiones y ha de respetar a las tres por igual.

—¡Respetarlas, quizá sí, por igual no, porque la nuestra, siendo la verdadera, no puede estar sometida en plan de igualdad con las otras dos, que son falsas! —terció Enrique de Borgoña—. Si no nos concedéis esa satisfacción, nos volveremos a Borgoña y denunciaremos al rey emperador ante el Santo Padre, cualquiera que sea el elegido.

—Bien, señores primos, he oído vuestras peticiones, las discutiré con el máximo representante de la Iglesia, que ahora entre nosotros es don Bernardo de Sédirac, de la misma tierra que nosotros y que comprende nuestros sentimientos. En breve os haré saber mi decisión. Adiós. —Agitó la mano dando la audiencia por terminada.

Cuando los nobles, haciendo una reverencia, salieron de la habitación, Constanza y Bernardo se quedaron en silencio. El clérigo dijo al fin:

—Me temo, alteza, que a pesar de todo don Raimundo tiene razón. No podemos tolerar a los moros con su insolencia, sus ritos odiosos y todas sus costumbres como si no fueran en Toledo los vencidos, que más bien parecen los vencedores. No hay una sola iglesia decente en todas esta gran ciudad y sin embargo, además de la Gran Mezquita, hay infinidad de mezquitas, todas ricas y hermosas. Inclusive la sinagoga es mejor que cualquier iglesia de la ciudad. Todas son pobres, escondidas, pequeñas y verdaderamente miserables. Y si Alá o Jehová han de ser adorados con tal insolente despliegue de lujo, ¿por qué no lo ha de ser Jesús, el Salvador del Mundo?

—En eso os doy la razón, don Bernardo, mi corazón sufre al ver la miseria de nuestras iglesias, pero es mejor esperar a que el *rex imperator* tome la última decisión en un asunto de tanta importancia.

—¿Y mientras, nos lavamos las manos, como Pilatos?

La reina capituló, pues en su corazón pensaba igual que el monje.

—Está bien, que mañana mismo se haga saber al Gran Ulema y a los alfaquíes que la Gran Mezquita, que fue templo cristiano, vuelve a sus verdaderos dueños. Pasado mañana os encargo que saquéis a los demonios, si los hubiese, de ese edificio y que lo bendigáis en nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo para que en él se pueda celebrar misa. Enseguida que se levante un altar en lugar del *mihrab*. El altar, de momento, será vestido y alhajado con lo que tiene ahora mi oratorio privado, hasta que tengamos adornos y telas dignos de una gran iglesia en Toledo.

"Mandaré hoy mismo que los artistas y artesanos inicien la creación de una serie de aplicaciones olovítreas que conmemoren la

Pasión del Señor... —Constanza parecía poseída de una emoción nunca sentida antes, la pasión de mandar, de mandar de verdad sin consultar ni dar razón para sus decisiones. Se sintió más que reina, emperatriz.

Si los moros perdieron gran parte de lo prometido por don Alfonso, lo mismo les sucedió a los judíos. Se revocaron gran parte de las leyes y concesiones hechas por el rey cuando entró en la ciudad y en cambio se pusieron cortapisas en todos los órdenes, pero sobre todo los islámicos se sintieron engañados por el rey que tanto les había prometido y tan pronto lo había olvidado, y si al principio se habían hecho lenguas de la tolerancia del rey de las tres religiones, ahora maldecían el momento en que le permitieron entrar en Toledo sin derramar hasta la última gota de su sangre.

A Zayda, sigilosamente, le llegó la siguiente misiva:

A Zayda, princesa de Sevilla, y prometida del rey emperador: salud y gracia. Sépades que aquí en Toledo las cosas no van bien, las leyes benévolas que don Alfonso tuvo a bien dictar para proteger a todos sus súbditos han sido derogadas, y judíos y musulmanes ven atropellados sus derechos. La Gran Mezquita ha sido convertida en Iglesia Catedral, y si bien el Señor Jesús lo merece todo, hay que respetar los sentimientos de los moros y no comportamos como ellos lo hicieron cuando despojaron a los cristianos de su iglesia. Quizá con tiempo se habría obtenido la devolución sin tanta violencia. *Sayyida*, haced lo que podáis, la población amenaza con levantarse en masa y la vida de la reina Constanza peligra. También peligra la de su consejero, don Bernardo de Sédirac, el arzobispo de Toledo, pero él se ha ido a Roma por el asunto de la consagración del nuevo Papa, así que la reina está sola en este peligro que no ve, como tampoco lo hacen sus parientes borgoñones.

Escribo aparte al rey don Alfonso, pero esta carta es sólo para vos, actuad en consecuencia como os dicte vuestro generoso corazón y vuestra gran inteligencia, hermosa *almea* y amiga mía. Besa el halda de vuestro vestido

DOROTEO

A don Alfonso le llegó otra carta de Doroteo, en cuyo criterio confiaba ciegamente.

De Doroteo a don Alfonso Rex Imperator, salud y gracia.

Sépades que siendo mal aconsejada la *regina emperatrice* ha derogado todas las leyes benévolas que habíais dictado para el bien y la tranquilidad del reino y de sus súbditos. La Gran Mezquita ha sido tomada por don Bernardo, bendecida y transformada en Catedral

Metropolitana. Los sarracenos se resienten de esto que califican de atropello y despojo y nos tememos que la ciudad se levante en masa y haya una gran matanza como en aquella Noche toledana de aciaga memoria.

Si os place, mandad vuestras órdenes en cuanto a lo que mejor conviene, pero si la situación no ha de cambiarse, os pido que volváis enseguida so pena de perder lo conquistado e inclusive de perder la reina y la heredera, que corren serio peligro en estos momentos.

Desde Toledo os escribe, apesadumbrado,

DOROTEO

Cuando el rey leyó esta carta montó en cólera. Nunca le había visto Zayda en tal estado de indignación.

—¡Cómo ha osado doña Constanza rectificar mis órdenes! ¡Le dije bien claro que habíamos de ser los reyes de las tres religiones y para ello no había que herir los sentimientos de ninguno de ellos! ¡Maldita sea la hora en que me casé con tal mujer obcecada y piadosona!

Zayda le oía sin intervenir, era mejor dejar que el rey se desahogase, así, sin preguntarlo, se enteraría de sus intenciones y ello, para sus planes, era imprescindible. La princesa se temía lo peor, y no iba descaminada. Llevado por su ira el rey gritaba su indignación y nadie se atrevía a intervenir por no atraer la furia del soberano.

—Me voy —gritó—, me voy ahora mismo y cuando llegue mataré al osado arzobispo (malhaya la hora en que vino) y también a la reina. Nadie ha osado jamás interferir en mi política. ¿Acaso ella se piensa la escogida de Dios para implantar el cristianismo, o cosa similar? ¡Salimos en una clepsidra! —Salió de la tienda real y gritó al soldado de guardia—: Que todos se preparen, salimos de vuelta a Toledo. Nos llevamos todo. —Volvió a entrar y abrazó tiernamente a Zayda—. Lo siento, pequeña, he de salir enseguida por ver qué se puede hacer todavía para no perder Toledo. Os dejaré unos diez soldados y con los vuestros id despacio hacia allá. Levantad el campo con calma e id con vuestras damas y corte a vuestro paso, sin prisa, el guerrero soy yo, no vos. Os esperaré en Toledo con impaciencia.

—Haced lo que penséis mejor, don Alfonso, pero nada de matar a doña Constanza. Ella no tuvo mala intención, es cristiana y seguramente se dolió de la pobreza en el culto de los cristianos.

—No os metáis en mis decisiones, Zayda—dijo algo ásperamente don Alfonso.

—He de insistir. Si matáis a la reina cometeréis un uxoricidio y os veréis automáticamente excomulgado e inútil para gobernar, pues nadie puede obedecer a un excomulgado. Entonces no sólo habréis perdido Toledo sino también todo el reino y la pequeña Urraca no podrá heredar.

Lo pensó el rey y aspiró aire profundamente.

—Tenéis razón, princesa, será mejor temperar y apaciguar mi ira y mi frustración. Salgo de inmediato.

La besó con la misma pasión que lo hizo aquel día en que la besó bajo la lluvia siguiendo un impulso irrefrenable. Al fin se separaron con pena y Zayda aún tuvo ánimo para decir:

—Otra cosa, don Alfonso, llevaos a todos vuestros hombres, con los míos tengo bastantes, son fieles, grandes guerreros y feroces, si llegara el caso.

—Está bien, en cuanto hayan levantado tiendas nos vamos, y perded cuidado, no mataré a Constanza, aunque ganas tengo. No demoréis en llegar, sin vos la ciudad me parecerá vacía.

15

La vuelta de Zayda.

El poder de don Alfonso

TODOS los hombres de don Alfonso iniciaron el camino de regreso hacia Toledo, una larga caravana de hombres, caballos y mulas que transportaban las tiendas de campaña, los víveres, el agua y la utillería necesaria para un periplo largo como tenía proyectado el rey emperador.

La de don Alfonso no había sido pensada ni organizada como una expedición guerrera estrictamente hablando, aunque estaba constituida por guerreros, sino más bien una marcha triunfal para dar a conocer al recién conquistado pueblo la grandeza y el poder de su nuevo soberano. Por esta razón llevaba una gran cantidad de objetos y parafernalia diversa, que más que servir para ningún efecto práctico, era para impresionar a los mahometanos. Enormes tiendas de seda y damasco, adornadas y guarnecidas con borlones, gallardetes y guiones de colores vivos, que para su transporte demandaban grandes cargas y paquetes para guardarlas adecuadamente, mesas plegables con platos de metal y cerámica esmaltada e *inferturias*, o bandejas de plata y auricalco, vasos de metales preciosos o del codiciado y exquisito vidrio de colores, que sólo se obtenía en tierras islámicas, pues su secreto de fabricación estaba bien guardado desde hacía muchos años. Monturas de altos borrenes con pinjantes de plata, ropa primorosa, instrumentos musicales y muchas otras cosas que hablaban del poder y de la riqueza del rey emperador así como de su entendimiento de las costumbres moras, pues en las horas de descanso vestía a la usanza sarracena sin faltar ni sobrar nada. Y para completar la puesta en escena, llevaba consigo músicos y tañedores de los distintos instrumentos así como cantantes y recitadores. No faltaban en esa caravana ni los cetreros con sus aves de presa, necesarios en las sesiones de caza, ni los abanicadores para los días de calor que en las horas de las comidas ahuyentaban las moscas con sus grandes abanicos de hojas de palma al tiempo que traían un poco de fresco al mover el aire recalentado de la meseta.

Todo esto cumplía, o había cumplido, su propósito; pero ahora, en una retirada más o menos urgente, constituía una impedimenta que retrasaba la deseada rapidez del viaje, pues todo había de ser empaquetado con gran cuidado y trasladado de modo que no se rompiese por el camino, ya que su valor era enorme; ello entorpecía la caravana. La recua de caballos, mulas y borricos tenía que ir necesariamente casi en fila por lo tortuoso del camino y de vez en

cuando había que parar a fin de que las bestias pudieran beber, comer y descansar. Muchas, entonces, habían de ser descargadas y luego vueltas a cargar para continuar el trayecto.

Tan pronto las huestes del rey emperador estuvieron fuera de la vista, la princesa hizo llamar a su fiel eunuco Nashi y al *ad-dalil*, Abbu Ahmed.

—Os tengo que comunicar algo. —Ambos guardaron silencio y esperaron a que la *sayyida* se explicase—. Salimos inmediatamente hacia Toledo, estaos preparados para una cabalgata sin interrupción. Necesitamos dos caballos corredores por cabeza y dos bridones para llevar lo que nos haga falta, que es poco. Agua, galleta y ropa de abrigo para la noche. Es todo. No tengo que explicar más y no lo haré. ¡Zape!

Asombrados por lo cortante de la exclamación, y por lo extraordinario de la orden, ambos se retiraron a cumplir las órdenes de la princesa. Al resto del pequeño ejército propio de la *sayyida* sólo les dijo que fueran tan rápido como pudieran a Toledo y que ella se adelantaba por la premura que tenía en llegar. De nada sirvió que los hombres intentaran hacerle ver lo arriesgado de un viaje acompañada sólo por dos hombres. Ella sonrió.

—Conmigo son tres, sé pelear como el mejor. Con el alfanje no tengo rival, y con las flechas os reto cualquier día a cien pasos en un blanco movible. No temáis.

Antes de que media clepsidra se hubiese vaciado, ya estaban la princesa, Nashi y el *ad-dalil* en camino.

Casi sin equipaje y con dos caballos cada uno estaban en condiciones óptimas para iniciar una carrera contra el tiempo. Raudos como el viento se dirigieron siempre al norte evitando los lugares por donde podía pasar don Alfonso. Ni pidieron ni compraron nada en su camino, no querían que alguien comentara que tres viajeros apresurados habían pasado por allí rumbo al norte. Apenas si se detuvieron para descansar y dejar dormir a los caballos, también a los animales de relevo, no fueran a estar agotados cuando necesitaran de ellos. Comieron galleta seca, como lo hacen los soldados en campaña, y bebieron del agua de su reserva. No estaba fría, pero eso no importaba, aunque tibia, era agua limpia y suficiente para sus necesidades. Una vez atravesaron en medio de la nada un melonar y de allí cogieron un melón que les supo a gloria, fue el único expolio, el único atropello sobre bienes ajenos. El resto: galleta y agua.

Por fin llegaron a Toledo. Como todas las puertas estaban abiertas y no había llegado la hora del toque de queda, pudieron entrar entre la multitud que pululaba en los puentes sin que nadie se detuviese a mirarlos particularmente. Antes ya habían descabalgado y para no llamar la atención se internaron despaciosamente en el dédalo de

callejas, como quien va llevando de las riendas a una pequeña recua de caballos. Luego, por pasajes apartados, de uno en uno, fueron llegando al Palacio Alficén.

Una vez dentro Zayda agradeció su esfuerzo a su *ad-dalil* y al eunuco Nashi, y ordenándoles descansar del viaje se retiró a sus habitaciones. No había advertido a nadie de su llegada, por lo que la servidumbre se sorprendió de la súbita aparición de la *sayyida*, pero sin comentarios siguieron con sus obligaciones.

Zayda tomó un baño y se hizo dar un masaje, tenía los músculos agarrotados por las jornadas de viaje, siempre a caballo, pero no tenía tiempo que perder. Se vistió apresuradamente e hizo llamar a su pajecillo Hafs.

—Hafs, tengo para vos un encargo importante que ha de ser cumplido a rajatabla y sin demora.

Le brillaron los ojos al joven.

—Decid, pues, *sayyida*. Ya sabéis que podéis confiar en Hafs. ¿Hay que matar a alguien?

A pesar del cansancio y de la preocupación, Zayda se echó a reír de buena gana.

—¡Pero bueno, muchacho! ¿Cuándo os he mandado a matar a alguien?

—Nunca, *sayyida*, pero no pierdo la esperanza.

—Dejaos de tonterías. Os enviaré con una carta para doña Constanza. Tiene que recibirla en mano, ¿lo entendéis? Y no dejéis que nadie lo vea.

—En mano, sí, señora, para doña Constanza. —Puso cara de complicidad—. Y que nadie lo vea.

La joven sarracena, mientras, se sentó y escribió apresuradamente.

De Zayda para su alteza, doña Constanza. Salud y gracia. Señora, ha sucedido algo de la máxima gravedad. Os ruego que ahora mismo, sin pérdida de tiempo, vengáis al Palacio Alficén. Yo no puedo ir al vuestro. No hay un segundo que perder. Quizá cuando llegue esta carta será ya demasiado tarde. Dejad a la niña, que no corre peligro. Procurad venir con la máxima discreción, si es posible, en secreto. Confiad en mí. Zayda.

—Corred con esta carta y dádsela en mano a la reina. Todo depende de vos, mi pequeño Hafs. —Lo abrazó y luego lo empujó fuera de la habitación.

El pajecillo no había sido escogido por nada, era un niño lleno de recursos. Se puso la carta entre el pecho y la túnica y salió a cumplir el encargo sintiéndose muy importante. Realmente nadie sospecharía

del joven, ya que cuando no tenía nada que hacer, que era casi siempre, andaba de acá para allá en el Palacio de Al-Mamun husmeando por los rincones, o en las cocinas, buscando golosinas y galletas. Tanto paseo incontrolado le había hecho conocer todos los recovecos de palacio, tanto de los del Palacio Alficén, como los del Palacio de Al-Mamun, en donde residían los reyes emperadores. Todo el mundo sabía que Hafs era el paje favorito de Zayda y le dejaban deambular, creyendo, las más de las veces, que llevaba o traía algún recado.

El Palacio de Alficén y el de Al-Mamun compartían el jardín, bien que separado por un muro, pero en realidad estaban en el mismo bosque. Hafs se dirigió hacia la pared de separación y se subió a un árbol; desde allí se divisaba el otro lado. No había guardia a la vista, ni nadie reposaba ni paseaba en el jardín, al menos al parecer. Con agilidad se pasó por las ramas de un lado a otra rama del otro lado del muro, y al fin bajó, hallándose entonces en el jardín del palacio de doña Constanza.

Pronto halló a los patos y pavos reales que pululaban por los senderos del vergel. Para disimular su presencia se dedicó a perseguirlos asustándolos con una rama, hasta que, atraído por el escándalo que hacían las aves, salió un soldado y le recriminó su comportamiento.

—Me quejaré a vuestra señora, cuando vuelva —dijo el hombre medio malhumorado medio divertido al ver la cara compungida de Hafs—. Vamos, entrad en casa y haced algo útil. Dejad a los patos en paz. En la cocina a lo mejor tienen algo para vos... —Sabía el buen hombre que a Hafs siempre le aguardaban algunos dulces en la cocina, pues la cocinera le apreciaba y al verle tan joven se acordaba de sus propios hijos y lo malcriaba.

Dando saltos como un joven despreocupado y travieso, Hafs se dirigió hacia las cocinas, pero tan pronto perdió de vista al soldado, corrió por los pasillos en dirección a la capilla; sabía que doña Constanza era piadosa y que a esa hora más o menos solía estar dedicada a sus devociones en su capilla particular.

Todo estaba muy tranquilo, avanzó sigiloso hasta la puerta del oratorio y abrió una rendija, por allí espió por ver si la señora reina estaba dentro. Efectivamente, estaba de rodillas, muy recogida en sus oraciones. Una dama la acompañaba, pero no parecía tan devota como la señora y miraba distraída las paredes y el techo. Esto le pareció un inconveniente a Hafs, que cerró sigilosamente la puerta. Debía hacer algo y rápido. Retrocedió hasta la habitación de doña Constanza, que estaba casi al lado mismo del oratorio y abrió la puerta, allí estaba su perrito preferido, tenía un extraño nombre: *Nene*.

Hafs lo conocía bien.

—*Nene* —llamó en voz baja—, *Nene*. —El perrito salió como un proyectil y se le tiró encima, Hafs lo cogió y le acarició las orejas—. Conmigo perrito, venid, que me vais a hacer un favor.

Sacó de un bolsillo un trocito de galleta y se la dio al perro, que le lamió los dedos. Cogió al animal en brazos y anduvo por el corredor con cuidado de no hacer ruido. Se detuvo un momento y sacó la carta para la reina, la dobló todo lo que pudo hasta que era apenas un paquetillo. Entonces se puso a la puerta de la capilla y se tiró al suelo con el perrito en brazos.

—¡Ah, bandido —dijo en voz muy alta—, ya os tengo! ¿Adónde creéis que ibais, cara sucia? ¿Dónde está vuestra ama, feo *Nene*?

Al oírse nombrar el animalito y, creyendo que al rodar por el suelo con Hafs aquello era un juego, ladró varias veces con gran alegría e hizo esfuerzos por zafarse de los brazos del paje, quería correr y jugar más, pero el niño no lo soltó y por el contrario rodó más, haciendo ruido y hablando sin parar con el perro. Muy poco tardaron ambas damas en salir de la capilla. El alboroto había interrumpido las oraciones de doña Constanza.

—¿Qué pasa aquí? —dijo la reina algo extrañada al ver a su mascota en brazos de Hafs.

Sin ningún miramiento la dama de compañía se dirigió a Hafs, lo levantó del suelo cogiéndole de un brazo y de un tirón lo puso de pie, luego le dio un coscorrón.

—¿Qué es esto, rascar zangolotino? ¡Qué falta de respeto! Además, ¿qué hacéis con el perro de la reina? —Le miró con ojos acu ores.

—Ay, señora, qué mano tan dura tenéis —dijo el paje frotándose la cabeza—; he visto a *Nene* corriendo por el pasillo y lo he cogido ¿Acaso debía haberle dejado salir hasta el jardín o la calle?

La dama se aproximó a Hafs con cara de pocos amigos.

—No digáis mentiras, la habitación de la reina estaba cerrada, vos habéis dejado salir al perro.

El paje corrió hasta ponerse detrás de doña Constanza, y desde allí dijo con voz quejumbrosa:

—¡Me quiere pegar otra vez, no dejéis que lo haga, señora! —Mientras esto decía buscó la mano de la reina y le puso el billete en ella. Le apretó la mano para que la *regina* no lo dejase caer.

—Basta de alboroto —dijo la reina—, no tiene ninguna importancia si el perro se escapó o no. El caso es que Hafs lo ha cogido y ambos están bien. —Se dirigió al paje—. Gracias, muchacho. —Ambos sabían a qué se refería.

—Señora, me voy a la cocina, si queréis mandar algo, estaré allí al menos un rato.

—No —dijo la reina—, venid a hacerme compañía. Ahora iba a

almorzar, seguramente hay bastante para los dos. —Se dirigió a la dama de honor—: Dejadnos solos, desde que don Alfonso se fue estoy muy sola y, como don Bernardo también se ha ido, en mis horas de comida me aburro, a lo mejor este joven sin cabeza me hace reír un poco.

Doña Aurea hizo una reverencia y se alejó pensando en qué poca formalidad y seriedad tenía doña Constanza. ¡Mira que almorzar con un sirviente! Esperaba que al menos le pusiera el plato en el suelo.

Tan pronto como paje y señora entraron en la habitación, la reina abrió el arrugado mensaje y lo leyó. No había transcurrido aún media hora desde que lo escribiese Zayda. La reina lo leyó y se asombró.

—¿Está vuestra señora en el Palacio Alficén?

—Sí, mía señora.

—¿Llegó hace mucho?

—Ni una clepsidra, doña Constanza.

—¿Sabéis lo que dice el mensaje?

—No, señora, sólo me dijo que lo entregase en vuestras manos disimuladamente y enseguida.

—Bien —el tono de doña Constanza era resoluto—, el almuerzo está sobre la mesa. Hacedme el favor de ensuciar todos los platos y comer de todo, de modo que parezca que los dos hemos comido. ¿Lo entendéis? —Hafs asintió con la cabeza—. No os preocupéis por mí, decidle a Zayda, si llegáis antes que yo, que voy de camino y que nadie lo sabrá. La buscaré en persona cuando llegue.

»Cuando hayáis terminado con el almuerzo y los platos, pero rápido, salid por la puerta principal, que os vean bien, sobre todo la guardia. Luego volved por la calle dando un rodeo donde os vean todos, hasta el Palacio Alficén. —Le puso las manos sobre la cabeza—. Creo que me habéis hecho un gran servicio, Hafs, no lo olvidaré. Si os preguntan, decid a todos que me dejasteis en esta habitación después de comer y que no sabéis más. —Abrió la puerta y miró a ambos lados, no se veía un alma. La guardia se situaba a la entrada de los aposentos, pero ya dentro de sus dominios no había nadie que la reina no llamase. Mientras la soberana se marchaba, el paje comía apresuradamente de lo que había en las bandejas, amontonando platos sucios unos sobre otros.

Salió por puerta principal con gran desparpajo.

—¡Hola y adiós! —dijo al soldado de la puerta.

—¿Por dónde habéis entrado? —preguntó sorprendido el guardia —, no os he visto entrar.

—Pues no lo digáis a nadie, porque os cortarán la cabeza. Vine muy pronto, como mi ama está de viaje, vengo a que la cocinera me dé algo bueno para desayunar. A lo mejor entré antes de vuestro tumo.

—Será eso —dijo el hombre rascándose la cabeza. Hafs lo tenía a mal traer, siempre entraba o salía sin que él supiese cómo. Tendría que fijarse más o un día le costaría un disgusto.

Doña Constanza se alarmó al recibir el mensaje de Zayda. Se fiaba de la princesa sarracena. Sin duda la acechaba un gran peligro ahora que su marido no estaba y, sobre todo, el que Zayda hubiese vuelto sin don Alfonso y en gran secreto la llenaba de temor. Algo terrible estaba a punto de suceder. Algo que sólo la amenazaba a ella, a la *regina emperatrice*. No al reino, ni a su familia, ni a su hija, a ella. Sigilosamente y sin perder un instante corrió hacia el pasadizo secreto que unía el Palacio de Al-Mamun con el Palacio Alficén. Nadie la vio entrar en él y la abertura se volvió a cerrar sin dejar rastro. La existencia de éste era un secreto que se transmitía sólo entre la casa reinante y sus hijos mayores; don Alfonso se lo había comunicado a ella y él a su vez lo supo de Al-Mamun, cuando ambos eran jóvenes y convivían en aquel palacio. La reina corrió en medio de la oscuridad. El pasaje discurría debajo del parque y tenía humedades, por el suelo corrían sabandijas y otros bichos repugnantes y escurridizos, pero doña Constanza apretó los dientes y procuró no pensar. El olor era putrefacto. Sentía las paredes adhiriéndose a su vestido y cómo el légamo se quedaba pegado en su traje de damasco haciéndolo pesado y casi imposible de arrastrar Sus pies se hundían en una blandura fría y mojada. Perdió un escarpín y aún tuvo presencia para agacharse y recogerlo en medio del barro no deseaba dejar huellas de su paso. Por fin llegó al otro extremo. Empujó y se abrió una puerta silenciosa dentro de un gran armario.

La reina Constanza salió despaciosamente al otro lado de la puerta, que a su vez daba a una especie de despensa. Afortunadamente estaba vacía y pudo cerrar la puerta sin que nadie oyese nada. Salió de su escondite y se vio en una estancia que estaba llena de trastos. Muebles viejos, cortinas enrolladas, restos de cosas como baúles, mesitas y arcones. Miró con esperanza los cofres preguntándose si en ellos hallaría alguna prenda que le permitiese cambiar su enlodado vestido por otro seco. Abrió uno y vio efectivamente algunos atavíos pasados de moda. Olían algo a moho. Cogió uno de mujer y lo sacudió, una pequeña nube de polvo la hizo estornudar. Eran trajes de mujer árabe, túnicas y mantos, algunos manchados de verdín, otros casi arruinados por la polilla. Escogió el primero que le pareció más o menos aprovechable y de un tamaño apropiado. Se quitó el que llevaba lleno de barro; por precaución lo envolvió con unas telas que vio cerca en el suelo y luego puso el envoltorio dentro del mismo cofre. Se quitó asimismo los zapatos, los ocultó dentro de una vasija y la tapó con restos de platos, jarras y trapos. A nadie se le ocurriría buscar nada allí. Había de andar descalza, pero no le importó, el traje

era largo y a la vista de un observador no demasiado curioso no se hacía patente que caminaba sin nada en los pies. Cerró el baúl con cuidado de no hacer ruido y no atrapar nada de lo que contenía, no fuese a ser notorio que se había abierto. Cuidadosamente, miró por ver si había dejado algo que la delatase, y quedó satisfecha. No se notaba nada, todo parecía tan abandonado y sucio como antes de que ella entrase allí. Seguidamente abrió la puerta de la habitación y miró hacia afuera, había un pasillo que estaba vacío y silencioso. Echó a andar decididamente. Con el manto algo desvaído que había sacado del cofre procuró taparse el cuerpo para que en el caso de que alguien la viese pareciese una modesta sirvienta que andaba por el pasillo sin mirar a derecha ni izquierda.

Constanza conocía el Palacio Alficén, no en vano había visitado a Zayda en su morada más de una vez. Sabía en dónde encontrarla, seguramente estaría en el Salón de los Sueños, lugar tranquilo y sosegado en donde la princesa solía sentarse a escribir, a leer o a descansar. Al final de la habitación llamada Salón de los Sueños, había un recinto peristilo, entre cuyas hermosas columnas se habían tendido cortinas de diversos colores y, en el centro, sobre una tarima había un lugar para dormitar entre tanto silencio y frescor. Quizá de ahí le venía el nombre de Salón de los Sueños. Anduvo la reina sin detenerse hasta que llegó a la puerta del salón, abrió con precaución y, efectivamente, vio a Zayda sentada de espaldas a ella mirando el verdor del jardín, el *arriate*, a través de la ventana. Entró con cuidado de no hacer el menor ruido y llamó en voz baja.

—¡Zayda!

La *sayyida* se dio media vuelta y se le acercó apresuradamente.

—¿Os ha visto alguien?

—No, Zayda, me imaginé por vuestro mensaje que cuanto más secreto mejor, y así me vine por el pasadizo secreto...

La sarracena se admiró.

—¿Hay un pasadizo secreto? Y yo sin saberlo.

—Luego os diré cómo funciona y en dónde está. Ahora decidme, ¿qué peligro nos acecha?

El gesto de Zayda se puso grave.

—La muerte, señora. El rey estuvo tan furioso con vos y el arzobispo Bernardo que juró quemaros públicamente.

—¿A mí? ¿A la madre de su heredera? —Doña Constanza no podía creer lo que oía, sin duda era una exageración, un malentendidoˆ una amenaza sin sentido, un exceso de un momento de ira.

—No, alteza, el rey lo decía de corazón. Con vuestra actitud habéis devastado todo el trabajo que tan cuidadosamente había llevado a cabo vuestro marido. Un edificio cuidadosamente preparado

y levantado. Habéis arruinado su prestigio y su credibilidad. Nadie se cree ya la palabras o las promesas de don Alfonso Fernández, el rey emperador. Él había decretado que la Mezquita Mayor continuaría en manos sarracenas y que los musulmanes continuarían practicando su fe como siempre.

—Lo siento, no pensé ir contra lo planeado por el rey. Lo hice por el honor de la Iglesia y de los fieles.

—No es momento de pensar por qué lo hicisteis. El rey llegará de un momento a otro. Mi amigos y yo hemos hecho más de trescientas millas en cuatro días y el rey debe de estar a punto de llegar a Toledo. Me prometió que no os mataría, pero está furioso y temo su primer encuentro con vos y no sé si sabrá contenerse.

—¿Y qué haremos? —se afligió la *regina emperatrice*—, Alfonso es un hombre de pasiones violentas. Aunque os haya prometido no matarme, puede hacerlo sin pensar, en un arrebato.

Zayda ya había previsto una salida a la situación, por eso había venido rauda como el viento, así que tomó a la reina de la mano y con ella se dirigió a través de algunas puertecillas disimuladas a su propio dormitorio.

—No temáis, señora, aquí estaréis segura. El rey os buscará en palacio y mientras os busca perderá mucho tiempo, el necesario para enfriar sus ánimos, al menos lo suficiente como para que recapacite. Luego vendrá a buscarme, sospechando que yo pueda saber algo, sobre todo en cuanto se entere de que he llegado antes que él, eso lo pondrá sobre la pista. No imaginará que estáis en mi dormitorio. Ya veré cómo lo calmo y le hago reflexionar al menos para que no haga ninguna cosa de la que luego pudiera arrepentirse. —Sentó a la reina en un rincón apartado—. Cambiaos de ropa y quedaos tranquila. En esas cajas hay de todo. Si oís ruido, entráis en la habitación contigua, cuya puerta veis desde aquí; es mi baño, nadie, si no es mi doncella, entra jamás ahí. Ni siquiera el rey —lo dijo simplemente, como si aquello fuese lo más natural, y la emperatriz lo aceptó sin comentarios.

A poco se oyó en las murallas de Toledo resonar las voces metálicas de las trompas que anunciaban que el rey entraba en la ciudad. Se sorprendieron los toledanos, fuesen cristianos, moros o judíos, pues no esperaban tan rápido retorno. Al principio pensaron que quizás el soberano estaba enfermo y de ahí la prisa por volver, pero pronto se despejó esa duda, pues el monarca montaba a caballo a la cabeza de su tropa y nadie hubiese dicho que aparentase padecer alguna maladía.

Alfonso se dirigió derechamente a palacio, con lo que la curiosidad subió de punto. Los acompañantes, preguntados por el súbito regreso, no supieron qué contestar. A ellos sólo les habían dado órdenes de empaquetar todo e iniciar el regreso tan rápido como fuese posible.

La guardia de la puerta principal del Palacio de Al-Mamun vio pasar al rey raudo y reconcentrado, que ni siquiera les dedicó una mirada, al contrario de lo que solía hacer. Entró en la primera habitación arrojando al suelo sus guanteletes y el casco y la cimera. Unos pasos más allá cayó también el manto, y la coraza, con estruendo sobre el suelo de piedra. No esperó al sirviente presuroso que acudía a ayudar a su amo a desprenderse de tan pesadas e incómodas piezas.

—¿Dónde está la reina? —preguntó abruptamente al escudero.

No estaba acostumbrado el buen hombre a que el rey le preguntase por su esposa; según el protocolo no debía el rey interrogar acerca de su mujer a nadie más que a sus damas. Ningún hombre debía saber el paradero de la reina, era algo íntimo y reservado a las damas y a la real pareja...

—¿Dónde está la reina?

Sonó como un mazazo en los oídos del sirviente, que balbució:

—No lo sé, alteza, a estas horas suele descansar después del almuerzo.

—Es cierto, y no me miréis como si hubieseis visto una aparición. ¡Fuera de mi vista! —El rey se alejó a zancadas que decían bien a las claras que estaba disgustado y que las formas le importaban un ardite.

Llegó a la antesala de las habitaciones de la reina, donde una sola dama solitaria hacía guardia bordando un paño con hilo de oro. Era una cortinilla para poner ante el tabernáculo, la cual velaría el Tesoro Eterno de los ojos humanos.

La dama se puso de pie.

—¿Os anuncio a su alteza?

El la miró casi con ira.

—No hace falta. Ya me anuncio yo mismo. —Entró en el dormitorio y lo halló vacío. Volvió a salir algo sorprendido—. ¿A quién hacíais guardia?

Ahora se sorprendió la dama de compañía.

—A mi señora, la reina, naturalmente.

—Pues no está.

—¿Que no está? No puede ser. Llevo aquí una hora larga y no ha salido. Vine puntual, cuando la clepsidra agotaba su tiempo. Con la última gota estaba en mi puesto.

—Pues si no ha salido, es que más bien no ha entrado. ¿La visteis entrar?

. —No, alteza, no la vi, mi obligación no era escoltarla, sino estar aquí fuera por si llamaba. Por lo que dijo doña Delfina, hoy almorzó sola, mejor dicho, con su perrito y un paje. Cuando almuerza sola ella misma viene luego al dormitorio, lo hace a veces muy pronto o a veces da antes un paseo por los *ar-riates*, por eso si no la vemos entrar no nos preocupamos.

A pesar de su mal humor don Alfonso vio que no podía descargar su disgusto en la vieja dama. Dio media vuelta y decidió ir a buscar a la reina en el parque. Quizás estaría descansando bajo los árboles e inclusive oyendo música de alguno de esos trovadores que se había traído con ella desde la Borgoña y que tocaban instrumentos de cuerda y pequeñas flautas hechas de hueso o de madera.

Primero la buscó en todas las habitaciones en donde pudo pensar que una dama podría estar sin faltar a la etiqueta y al protocolo. Quedaban fuera las cocinas, las áreas del servicio, las partes del palacio no ocupadas, las habitaciones de los guerreros y de los hombres en general, las salas de guardia, los salones de audiencias, en donde sólo entraba la reina con el rey y nunca sola. Sólo restaban las habitaciones, cuartos y salones propios de ella, su oratorio privado, su comedor íntimo, la sala de bordados y algunos balcones que miraban sobre el parque o sobre el Tajo, balcones que se habían cerrado con hermosas celosías de cedro tanto por la parte exterior como por la interior, proporcionando así una agradable intimidad a las damas si deseaban sentarse a contemplar el paisaje o a respirar el aire fresco. Descartado que estuviese en el interior salió al jardín.

Todo lo recorrió don Alfonso con la esperanza de dar con su esposa. Trescientas millas a caballo para verla y no la encontraba. ¿Sería posible? Ahora, más que furioso, estaba sorprendido, asombrado, extrañado y hasta confundido. Empezó a tener ideas raras. ¿Acaso cuando él faltaba la reina desaparecía? ¿Qué hacía entonces? ¿Salía a pasear por la ciudad sin decir nada a nadie? No era posible, eso era una idea estúpida. A donde quiera que iba la reina era conocida y además no podría salir de palacio sin que se supiese. La guardia la vería salir. ¿En dónde estaba entonces? De pronto se sintió cansado. Había venido en cuatro días a uña de caballo como si le persiguiese el diablo. Seguramente la reina aparecería en cualquier momento. Decidió descansar un rato, pidió su baño de agua de rosas y que se llamase al moro masajista. Después del baño y el masaje se sintió mejor, se puso su albornoz favorito de fina lana y seda. En su habitación dejó que cerrasen las cortinas para impedir que la violenta luz del sol entrase por todas partes. Cerró los ojos un momento y sintió cuán agradable era yacer tendido en un lecho. Sólo unos momentos. Luego diría a las damas que trajesen a su presencia a la *regina emperatrice*. Sólo unos momentos. Cerraría los ojos unos

instantes. Estaba tan cansado. Tan cansado.

Cuando abrió los ojos rompía la aurora por el horizonte. ¿Cuántas horas había dormido? Se levantó sintiéndose fresco y descansado. De pronto recordó que no había hallado a doña Constanza, pero eso había sido ayer, sin duda la reina sabría ya que él había vuelto y se extrañaría de que no hubiese ido a saludarla. Llamó al servicio con una palmada; aprovecharía antes para ir a misa y tomar luego colación, más tarde hablaría con Constanza. No era cosa de escandalizar a todo el palacio yendo por los pasillos a las habitaciones de la reina a esas horas. Eso iba contra todo el protocolo, aunque ayer mismo el protocolo le había importado menos que un comino.

A su llamada contestó un servidor apresurado. En cuanto lo vio empezó a darle órdenes.

—Decid al sacerdote que iré a misa enseguida, que se prepare. —El hombre no se movió, parecía incómodo—. Vamos, ¿qué pasa? ¿No me habéis oído? —El sirviente se apoyó primero en un pie luego en otro y pareció vacilar. El rey insistió—: ¿Qué pasa?

—Es la reina, señor.

—¿La reina? ¿Qué pasa con la reina? ¿Está mala acaso? —Se levantó de un salto.

—No, alteza, que no ha dormido en palacio.

—¿Que no ha dormido en palacio? Eso es una tontería. ¿En dónde podría estar? ¿La han buscado?

—Por todas partes, alteza. No está, ni cenó, ni ha dormido en su cama, ni se despidió de la princesa doña Urraca como hace todas las noches, ni ha madrugado a misa, ni ninguna de sus damas la ha visto desde ayer al mediodía.

El rey hizo una pregunta bastante insólita:

—¿Sabéis si ha llegado ya la princesa Zayda? Venía detrás de nosotros.

—Sí, señor, la princesa Zayda llegó ayer mismo, antes que vuestra alteza.

La sorpresa hizo que no contuviese una exclamación.

—¡Antes que nosotros, imposible!

—Lo siento, alteza, pero es así, la princesa llegó varias horas antes. Nadie la vio llegar, pero el Palacio Alficén está completo y todo el servicio está en activo, además en el zoco se sabe porque ya se han empezado a comprar víveres y otros bienes para la *sayyida*. Su paje, ese niño llamado Hafs, estuvo por aquí ayer, pero a mediodía, después de comer con doña Constanza, se fue y no ha vuelto, seguramente porque está sirviendo a su señora, que si no andaría enredando en la cocina, como suele cuando la princesa no está.

—¿Hafs anduvo por aquí? Gracias, decid a todos que no se preocupen por la reina, seguramente se quedó a pasar noche con doña

Zayda.

El hombre pareció respirar tranquilizado, todos se habían temido lo peor cuando el rey se enterase de que su esposa había desaparecido, pero ahora él parecía estar convencido de que Constanza estaría con Zayda. «Estos ricos y poderosos no son como los demás mortales —pensó el buen hombre—. La esposa legítima y la amante, de charla amistosa.» ¡Vivir para ver! Hizo una reverencia y salió andando hacia atrás; todavía oyó:

—Que preparen la capilla, ahora voy a misa.

Don Alfonso no sabía cómo, pero estaba seguro de que su esposa estaba con Zayda. Cómo había llegado hasta el Palacio Alficén, sin que nadie se enterase, era un misterio. Un misterio que al fin no resultó irresoluble. Pensó en el pasadizo secreto cuya existencia había revelado a la reina, el pasaje que unía ambos palacios, y dedujo que la *regina emperatrice* lo había usado para pasar al otro lado del parque, para no estar en su propio palacio cuando él llegase.

Sus pensamientos fueron aún más allá. ¿Por qué habría de huir Constanza, si ni siquiera sabía que él venía? Pues porque Zayda lo sabía, había llegado antes que él y se lo había dicho. Pero Zayda no había ido al Palacio de Al-Mamun, luego el mensajero de todo este lío era el paje Hafs. Alfonso oyó misa, esperó a que abriese el día y se dirigió al Palacio Alficén.

Tan pronto como llegó, se acercó a él un servidor que lo esperaba en la escalinata de la entrada.

—Alteza, la *sayyida os* espera en el Salón de los Perfumes.

El Salón de los Perfumes era el preferido por ambos, era una suerte de mirador sobre el Tajo, una habitación tapizada con brocado de Tastar, bordados en oro y cortinajes que pendían de los arcos poli lobulados. Estaba situado en lo alto, sobre el río, y era el más lujoso de los salones. Siempre estaba perfumado por el aroma de los innumerables pebeteros de plata que contenían áloe indio, mezclado con ámbar de Fusta, de allí su nombre. Desde sus balcones y ventanas se podía contemplar el pasaje de la vega y el río.

Era una habitación dedicada a los sentidos. En las esquinas miraban a los invitados cuatro leones de oro por cuyas bocas salía agua que alimentaba a cuatro estanques, y ésta al caer, según escribió el poeta Ibn Yabirú, lo hacía «*con la suavidad de las gotas de lluvia o de las limaduras de plata*». Dentro de los estanques, un árbol de plata rezumaba también agua que caía a gotas sonoras sobre la superficie.

Todo invitaba a la ensoñación, al amor, a la dulzura.

Zayda esperaba a su amante sentada en un rincón sobre una pila de almohadones. Al verla Alfonso olvidó todo, su ira, su enojo e inclusive que él era el rey emperador y se sintió el esclavo de esta sarracena, tan hermosa como una aparición. Ya no tenía el pelo largo

que tanto le gustaba al rey, lo tenía bastante corto desde que se lo trasquilara para, valientemente, parecer un joven alquimista. Ahora se lo había rizado según la moda importada por el exquisito Abu al-Hasan Ali ibn Nafa, conocido como Siria (Mirlo), por su tez oscura y su voz profunda y hermosa. Éste había sido el árbitro de la elegancia en Bagdad y desde hacía años había importado un peinado corto para hombres y mujeres, rizado u ondulado. También había importado el uso de afeites y cosméticos, la música greco persa y muchas otras cosas que no relataremos. Zayda admiraba a Siria y por ello se había enrojecido los labios lo justo para que parecieran rosas y delimitado los ojos con kohl, y retocado las pestañas con unos polvos azules que hacían sus ojos más profundos. También se había teñido de rosa las puntas de los dedos y las palmas de las manos. Iba descalza, llevaba puesto aquel traje que le había traído el eunuco Doroteo para la entrevista con Al-Qadir, pues no había visto jamás otro más hermoso; ni ella ni don Alfonso. Toda ella refulgía como si la hubiesen salpicado con polvillos de oro. Y quizás era así. Muchas lamparillas y lucernarios ardían en distintos lugares de la habitación, y un estanque de mercurio las reflejaba por las paredes.

Alfonso se olvidó de todo, del pasado, del futuro, de la guerra, de la Gran Mezquita, de la aljama, de la sinagoga, de Cluny y del Papa. Se arrodilló junto a Zayda y se olvidó de todo, y creyó que ese olvido sería para siempre. Se acercó a ella y percibió el perfume de agar, el que se extrae del aceite de la madera del árbol conocido como alquilaría, cada gota valía lo que un reino.

Poco le costó a Zayda hacer que el rex emperator perdonase a doña Constanza, al menos externamente.

—Es la reina y vos le encomendasteis el gobierno del reino de Toledo. Además, el Gran Ulema y el Rabino Mayor están de acuerdo en que castigar a la reina sólo producirá escándalo entre las gentes cristianas y dureza de parte del papado y de Cluny; esto revertiría en odio hacia los moros y los judíos. Es mejor dejar las cosas como están e intentar que en el futuro no empeoren.

—Se extralimitó —gruñó él—, debe saber que no se puede desobedecer mi mandato. Al menos dejadme que la mande a un convento, que la repudie —añadió misterioso—, entonces a lo mejor me puedo casar con vos.

—No, mío señor, eso no sería limpio. Prefiero el amor verdadero al matrimonio con trampas. Ella es una buena esposa, no tiene la culpa de que vos no la améis. No sería un castigo, sino un pretexto para libraros de ella sin matarla.

Él suspiró.

—Tenéis razón. Ella, a su modo, me ama y es mi espina legítima y

madre de Urraca. Pero, decidme, cómo sabéis lo que piensan Ulema y el Rabino Mayor?

Ella respondió simplemente, como algo natural:

—Porque los he convocado para hablar del asunto. No hay como preguntar para saber. Ellos prefieren, a pesar de todo, que la situación se quede como está, es mejor para la paz, a largo plazo.

Pero lo acaecido en Toledo había sido conocido en los reinos de Taifas, y no estaban contentos con lo sucedido. El dogal de don Alfonso les apretaba cada vez más la garganta con la cadena de las *parias*. Visto lo prometido en Toledo y el resultado final, ya no se fiaban ni siquiera de que se respetara su religión; por ello los reyes escribieron de nuevo a Yusuf ben Tashufin, excepto el rey de Valencia y el de Zaragoza. Le pedían ayuda para resistir al rey emperador, al tirano Adefonsus, pero en su interior sabían que, si el emperador de Ifriquiya pasaba el estrecho, quizá perderían sus reinos y aun sus vidas, pero inclusive esto les parecía preferible a ver sus reinos quizá convertidos en cristianos. Al-Mutamid le escribió en relación con las victorias de don Alfonso: «Él ha venido pidiéndonos pulpitos, minaretes, *mihrabs* y mezquitas para levantar en ellos cruces y que sean regidos por sus monjes, pero a vos Dios os ha concedido un reino en premio a vuestra Guerra Santa y a la defensa de Sus derechos por vuestra labor y ahora contáis con muchos soldados de Dios que, luchando, ganarán en vida el paraíso. Venid a ayudarnos en la lucha, el esfuerzo, la *yihad*, contra el infiel.» Su carta, esta vez, venía avalada con los nombres de los emires de Badajoz y Granada.

Yusuf ben Tashufin ya había recibido las quinientas pieles de hipopótamo y parsimoniosamente hacía con ellas tambores y escudos.

Tampoco don Alfonso perdía el tiempo, deseaba llevar a cabo cuanto antes su plan de conquistar lo más posible de la tierra mora, en el menor tiempo, sin dar a los moros ninguna oportunidad para reaccionar. Así envió a García Jiménez con un grupo numeroso de soldados para que pusiese sitio al castillo de Aledo en Murcia y procediese, si posible fuere, a la toma del mismo. Por su parte, él mismo decidió ir a tomar Zaragoza, que los sarracenos llamaban taifa Saraqusta. La situación de esta taifa era complicada, Al-Mutaman, su señor, se había casado con la hija de Abu-Bakr de Valencia en enero de ese mismo año de 1085. Pero el padre de la novia, Abu-Bakr, murió en junio y él es poso Al-Mutaman lo hizo a poco. Am, la situación que en principio había parecido fraguar una connivencia favorable para ambo» reino» se rompió. El horizonte de ambas taifas era ahora inestable y esto decidió aprovechar Alfonso para ver de anexionarse los reinos de Zaragoza y de Valencia al tiempo. Muerto Al-Mutaman, Ahorno había de verse con el heredero de éste: Al-Mustain II.

Alfonso se sentía invicto y así no descuidó de pedir una vez más los dineros adeudados aunque supiera que era imposible pagarle. Envió a Al-Mutamid de Sevilla a sus legados encabezados por su cobrador, un judío de nombre Ben Salid. Al-Mutamid, harto y desesperado, no sólo se negó a pagar el tributo, sino que hizo ejecutar a Ben Salid. Con esta acción tan atrevida quemaba todos sus puentes. Pero el rey emperador no se amilanó y en respuesta acto seguido envió a Alvar Háñez, su lugarteniente, para que, nominalmente, se encargara del cobro, pero en realidad para que gobernara la taifa andalusí a través de Al-Mutamid. Dos poderes frente a frente. La situación no podía durar.

Por su parte Al-Qadir, el depuesto rey de Toledo, ponía todo su dinero y las tropas de que disponía, para ayudar a Alfonso a tornar Valencia, ya que contaba con que, después de la conquista. Alfonso se la cedería, como había prometido. Así, de una manera o de otra, todas las taifas estaban en guerra, bien contra el rey cristiano, bien unas contra otras. Un escenario especialmente favorable para el estratega que era Alfonso.

Mientras al otro lado del estrecho empezaban a batir los tambores de piel de hipopótamo, en la Península Alfonso se consolidaba como el príncipe más poderoso.

Era rey de Castilla, de León y mantenía en prisión a su hermano García, por lo que Galicia también era su territorio; el rey de Navarra y Aragón, Sancho Ramírez, su primo, le reconocía como emperador. Toledo era suyo, la taifa de Saraqusta, Zaragoza, estaba bajo su directa amenaza, Valencia quedó finalmente intervenida por Alvar Háñez, Sevilla, Granada y Badajoz se replegaban temerosas y sólo rezaban al Misericordioso para que moviese el corazón el emperador de Ifriquiya y sus temibles almorávides para que les salvasen de la derrota final. Que viniesen aquellos que se llamaban a sí mismos «los puros» y que sólo se vestían de piel de oveja y comían dátiles y leche de camella. Lleno de orgullo y confianza en sí y en su poder, Alfonso hizo acuñar moneda en la que se leía: *Adefonsus Imperator super omnes Híspanme nationes constituías*. Ya no se conformaba con menos.

Era el hombre más feliz de la tierra, y Zayda lo amaba.

Al otro lado del mar, miles de tambores de piel de hipopótamo redoblaban llamando a la guerra a los temibles almorávides, los monjes-soldados. Los puros. Todas las tribus saharianas se pusieron en pie de guerra, y los hombres que poblaban la Ruta de las Caravanas oyeron redoblar los tambores que decían guerra y botín, *fay* y *gamma*. Desde el Senegal, desde el sur del desierto del Sáhara, desde Marruecos y Mauritania, miles de pies echaron a andar hacia Marraquech.

16

La invasión de los almorávides. La decisión de Zayda

EL SONIDO de los tambores era tan alto que Alfonso llegó a oírlo, pero no se amilanó, al contrario, envió una carta al emir. Una carta bermellona, escrita en oro sobre un papel xativí, teñido de escarlata con bermellón y oro rojo. Casi nadie, ni aun los reyes, recibía una carta bermellona en toda su vida; era señal de riqueza y de poder más allá de toda imaginación. Sólo el Basileus, allá lejos, en Bizancio, usaba estas cartas con frecuencia.

De Alfonso rex, emperador de las dos religiones, emberator du 1-millatain, a Yusuf ben Tashufin, emperador de Ifriquiya. En el nombre de Alá, por quien todo es hecho y se escriben todas las cartas, salud.

Me han llegado noticias de que pensáis venir a mis tierras a presentarme guerra. El bendito Profeta, loado su nombre, os quite esa idea de la cabeza pues mis huestes de cristianos, judíos y moros os haremos frente y vuestra fama de invicto se deshará para siempre como una nube de polvo ante el simún del desierto.

Ahora que aún estáis a tiempo retroceded con vuestros hombres, quedaos en Marraquech y no paséis más allá. Rezad para que el Misericordioso os dé clarividencia de entendimiento para no buscar más territorios en Spania, que es mía y de mi influencia.

Os desea paz y felicidad el rey emperador, pero si vinierais en son de guerra, entonces os desearía muerte y destrucción.

ADEFONSUS emberator du 1-millatain

Alfonso se sabía el mayor rey y el más poderoso de la cristiandad acaso el Señor Jesús lo había elegido a él, al hijo de Fernando el Magno de Castilla y de León y nieto de Sancho el Mayor de Navarra, para que derrotara a los terribles guerreros de las arenas del desierto.

Por su parte, los moros de la Península también oyeron los tambores de guerra, y se alegraron y escribieron a Yusuf ben Tashufin ofreciéndole apoyo, suplicándole que, una vez en tierra andalusí, respetara sus reinos y sus vidas y que les diera treinta días de plazo para desalojar la ciudad de Sevilla si pensaba entrar en ella. El emir contestó que, efectivamente, entraría en Sevilla, y que les garantizaba esos treinta días de tregua. Todo lo prometió el emir, pero no pensaba cumplir nada de lo apalabrado.

Habiendo el emperador almorávide recibido la carta de Alfonso, la juzgó como una bravata intolerable. Pensó que el miserable

cristiano no sabía lo que decía y despreció la carta bermellona como un lujo superfluo y pecaminoso. Llamó ante sí a su más florido *al-katib*, escribiente y secretario, para que compusiera una carta, digna contestación a la que había recibido, pero nada de lo escrito por éste le satisfizo, así que al fin cogió la misma que había manuscrito el rey emperador y escribió él mismo en uno de los márgenes, una frase escueta que decía todo lo que quería manifestar: «Os arrepentiréis.» Nada más, sin firma ni nada. Era suficiente. Esa carta mandó a Spania con un correo senegalés, velado y vestido de negro de pies a cabeza. Un hombre oscuro y sombrío, sin lengua, para que no pudiera traicionarle. «Os arrepentiréis.» Eso era todo. No esperaba respuesta.

A poco, Alfonso, que estaba sitiando la ciudad de Zaragoza, oyó que el emperador de Ifriquiya estaba cruzando el estrecho con tantos hombres como arenas tiene el desierto y gotas la mar. Dejó el sitio inmediatamente en manos de sus lugartenientes y ordenó a Zayda, que siempre le acompañaba, aun en la guerra, que se refugiase en Toledo junto con la reina Constanza, y que desde allí, si oían algo desfavorable, ambas fuesen hacia el norte, a Burgos, con la niña Urraca y los más ancianos de la curia regia. Burgos estaba en el corazón del reino cristiano y Alfonso dijo a la princesa que allí estarían seguras aun en el caso de que las cosas no fuesen bien en el campo de batalla para los cristianos, cosa que en principio no consideraba posible. Zayda creyó prudente obedecer y levantó campo.

Sin pérdida de tiempo don Alfonso reunió sus tropas y se dirigió al encuentro del temible Yusuf, al tiempo que ordenaba llamar a la guerra total contra el invasor a todos los hombres de la tierra, nobles y llanos, a los Caballeros Pardos, a los hombres de mesnada, a los municipios, a los nobles de la nación entera con sus ejércitos privados y a todos los hombres de sus posesiones y señoríos; y sus emisarios y sayones corrieron en raudos corceles anunciando a los reinos que el invasor venía de África dispuesto a recuperar todo el territorio que los moros habían perdido, a matar a los hombres y vender a los que sobreviviesen, y a esclavizar a las mujeres, que serían vendidas en los zocos de África y Persia, y tomar a los niños para educarlos en las doctrinas del islam. Y terrible como pueda sonar, ésta era más o menos la intención de Yusuf ben Tashufin, que además pensaba arrasar las tierras de los corrompidos sarracenos de Al-Andalus. Pero todo a su tiempo. Lo que estaba escrito en las estrellas del cielo se cumpliría, servido fuese Alá el Misericordioso.

Hacía tiempo que don Alfonso esperaba esta invasión, pues no era lógico pensar que los monjes soldados, los *sinhaya*, o *al-morabitun*, los almorávides para los cristianos, habiendo salido de lo profundo de África, desde más allá de las orillas del Niger, estos temibles guerreros, se pararían al llegar al mar. Como ya lo hiciera Mahoma

siglos antes, habían barrido a sangre y fuego todo lo que se les puso por delante y ahora lo lógico era que desearan seguir su avance imparable hacia Spania. Así que el eco de los enormes tambores de piel de hipopótamo no amilanó al rey.

Habiéndose enterado los cristianos por los sayones y emisarios de las intenciones del emir de Ifriquiya, cien generaciones de guerreros que dormían en su sangre, despertaron, y los hombres de los reinos, condados y mandaciones se aprontaron a encararse con el temible emir almorávide. Se estremecieron los recuerdos atávicos de las batallas de San Esteban de Gormaz, Valdejunquera, Osma, Simancas, Alhandega, Rueda, Calatañazor, Llantada, Golpejera, y el recuerdo de la guerra rodó como un trueno sobre las montañas despertando la excitación de la batalla próxima. El rey emperador, don Alfonso, convocó el fonsado general, como se hace cuando el reino está en peligro. Los sayones reales habían de publicar el fonsado en todas las ciudades, villas y lugares, en los caminos y en las plazas, en las ferias y los atrios de las iglesias. Fueron llamados los *milites palatii*, los fideles, la *militia regis*, los magnates con sus deudos, guerreros y vasallos, las guarniciones de los castillos y fortalezas, los hombres llanos, en fin todos los varanes disponibles en el reino. Todos: a la *expeditione regis*, el fonsado general. No era una algarada, ni una expedición. El fonsado tenía un carácter terrible y definitivo. Triunfar o morir. Ni paz, ni acuerdo ni rendición. Victoria o muerte. Morirían antes que dejar a sus mujeres y sus hijos en manos del enemigo de la religión cristiana.

Como se hacía de costumbre cuando había un gran peligro, los sayones, al toque de cuernos y bocinas, pregonaron esta movilización general del reino haciendo gran ruido para despertar a todos para una campaña contra una oleada de moros invasores que llegaban desde la insondable África, de donde habían llegado siempre los moros enemigos de Cristo. Así, *iussit intonare buccinis vivrare bastas*, se hizo el llamamiento a las armas: nobles y plebeyos, ricos y pobres, pastores y agricultores, magnates y merinos, condes y potestades, los poderosos, los ricos, los hombres libres y también los *meskinos*, todos al combate, junto con los condados y mandaciones, señores de castillos y fortalezas. Todos convocados a formar el ejército real. También se presentaron muchos árabes que habían abandonado la religión de Alá y ahora eran cristianos, y los mozárabes de Toledo, y los creyentes del Señor Jesús y de su Madre, que habían huido de la dominación sarracena y que ahora vivían en tierra de cristianos. Se presentaron también los judíos de las aljamas de tierras cristianas, y los soldados de muchos territorios, de norte a sur y de este a oeste, que combatían por la paga, siéndoles indiferente la religión del que pagaba su

soldada.

Mientras se convocaba el fonsado general, Yusuf ben Tashufin había casi terminado su paso del estrecho. Cien barcos con las velas negras desplegadas hacían el camino de ida y de vuelta con las tropas del emir, tantas veces que se perdió memoria del número de viajes. La cantidad de guerreros exigió que el trasvase de un lado a otro del estrecho durase varios días. Al fin también llegó un barco cargado de víveres como regalo para su anfitrión. En Algeciras, un hijo de Al-Mutamid daba la bienvenida a los hombres de Yusuf; al verlo desembarcar el joven príncipe lo colmó de regalos y de lisonjas. El emir lo aceptó todo con el gesto serio y no lo agradeció ni abrazó al adolescente.

Si el emir almorávide odiaba a los cristianos, también despreciaba a los moros de Al-Andalus, a quienes tachaba de cobardes y poco cumplidores de los mandamientos del Corán. Degenerados, bebedores de vino y aun de carnes prohibidas. Amantes de la molicie, la poesía, los perfumes y las delicadezas en comer y beber. Perdían el tiempo proyectando jardines y aspirando bálsamos y fragancias que valían un tesoro y se esfumaban en el aire. No se fiaba de ellos, de hecho confiaba menos en los sarracenos de Spania que en el enemigo cristiano, al menos de éste ya sabía que era el adversario natural y jurado y que nada bueno podía esperar de él, pero los sarracenos hispanos le pedían que luchara por ellos, en su lugar, mientras ellos mismos pensaban huir lejos del peligro (como Al-Mutamid, que le había pedido un mes de tiempo para desalojar Sevilla). Los consejeros del emir pensaban como él y le habían pasado por escrito un documento en que le exhortaban a no confiar en los aliados sarracenos.

... Lo único que pretende Al-Mutamid de Sevilla (Madinat Ishbiliya) con esta dilación (se referían al mes pedido por Al-Mutamid, antes de que Yusuf ben Tashufin entrase en su ciudad) es entretanto enviar un embajador que comunique a Alfonso vuestra próxima llegada, por ver si amenazándole con vos consigue sus deseos y logra estipular con él un tratado en el que Alfonso le perdone el tributo por algunos años. Si realmente lo logra, pedirá al cristiano un ejército y vendrá a Algeciras...

Pero ante el desembarco de las tropas almorávides, después de haber rogado tantas veces la intervención del emir, temerosos de provocar sus iras si no aparecían de inmediato, se presentaron como aliados los reyes de Sevilla, Granada y Badajoz, para unirse a ellos; no vinieron los reyes de Zaragoza, Lérida y Valencia. En esta última ciudad ya estaba entronizado Al-Qadir, y más le valía demostrar

fidelidad a Alfonso, quien le había puesto, como títere, es cierto, en el trono, que ofrecer sus tropas al belicoso emir, de quien no sabía qué esperar. Zaragoza había estado sitiada y argumentaba que no había podido prepararse para ayudar a Yusuf; el rey de Almería, Ibn Sumadih, argumentó que ya era demasiado viejo para ir a la guerra; y así varios otros, de modo que al final los únicos que se presentaron ante Yusuf con tropas de refuerzo, fueron Al-Mutamid de Sevilla y Al-Mutawakkil de Badajoz, junto con el rey Abd-Allah de Granada. El primero en abrazar al emir fue Al-Mutamid. Se arrodilló en el suelo y dijo:

—Bendito hermano, emperador de Ifriquiya, los hijos de Alá, alabado sea siempre su nombre, os agradecemos que hayáis venido con vuestros guerreros invictos para ayudarnos a sacudir lejos de nosotros el pesado yugo del cristiano Adefonsus. Dejadme, bendito del Profeta, que bese vuestra mano. —Intentó tomársela, pero Yusuf era un rudo soldado y no se lo permitió. Escondió sus manos dentro de las amplias mangas de su túnica negra.

—No permita el Profeta, siempre bendito su nombre, que un hermano me bese las manos. He venido a restaurar el honor del islam. Los enemigos de nuestra religión besarán el polvo, y sus cabezas irán apiladas en carros por toda Ifriquiya, para que se vea la gloria de *dar al-Islam*.

Mientras esto decía el emir miraba fijamente al arrodillado Al-Mutamid, y éste, sin saber por qué, se estremeció. Muy dentro de su corazón empezó a sentir que quizá no había sido una buena idea insistir tanto a Yusuf ben Tashufin para que viniese a salvarlo de Alfonso de Castilla. Le pareció que también miraba su cabeza cavilando si la mandaría en los carros junto con las de los cristianos.

El ojo de halcón del emir notó enseguida que faltaban muchos reyezuelos en este besamanos.

Vista la división de los sarracenos en la Península, Yusuf, que tenía un genio estratégico notable, decidió no apresurarse en atacar Toledo y a los cristianos en cualquier lugar. Desconfiaba de los moros hispanos y hasta sospechaba que los datos que le habían proporcionado sobre la capacidad de resistencia del enemigo podían no ser ciertos. Tenía que asegurarse antes de actuar. También esperó un tiempo junto al mar por ver si llegaban refuerzos de tropas retrasadas. Una enorme multitud acampaba el 30 de junio de 1086 en las playas de Algeciras; dicen las crónicas que llegaban a veinte mil hombres, aunque algunos hablan de trescientos mil.

Zayda, acatando las órdenes de su amado, se dirigió tan rápido como pudo a reunirse con Constanza en Toledo, iba con su pequeño grupo de hombres armados y su corte de damas, pues si don Alfonso se iba al frente de batalla, era inútil que ella permaneciese junto a las

murallas de Zaragoza.

Dos meses tardó el moro en decidirse a avanzar hacia el corazón de la tierra enemiga. En este lapso don Alfonso no había perdido ni un minuto y había organizado un enorme ejército. Moros y cristianos se dirigieron a encontrarse a medio camino, marcharon hacia Badajoz.

El lugar elegido fue en las inmediaciones de Badajoz. Cerca del río Guadiana. Don Alfonso llegó con diecinueve escuadrones de caballería cristiana, catorce provenientes de los obispados y condados, dos aportados por los magnates de los reinos de Alfonso VI, uno llegado del reino de Aragón, otro venido desde Valencia con Alvar Fáñez y otro perteneciente a la Guardia Real al mando del alférez del rey. Más una formidable multitud que se presentaba a la batalla bajo sus propios mandos. Comparecía el ejército real preparado para todo. Los hombres armados hasta los dientes, protegidos con sus cotas de malla llamadas también en latín *lorica hamata* o lorigas de anillas, que llegaban hasta más abajo de la cintura y provistas de mangas para proteger los brazos. Iban equipados con espada, lanza, adarga, maza y clava. La cabeza protegida con un casco que a veces tenía piezas que cubrían la nariz, las mejillas y el cuello. Sólo los ojos permanecían desprotegidos y miraban a través de las mirillas buscando al enemigo.

Por encima de sus cotas vestían una capa, y debajo, la túnica hendida llamada *mofarrex*, que les permitía montar a caballo a pesar de la túnica. Debajo del casco se llevaba una capota de paño para impedir que la dureza del metal hiriese el cráneo. Los pies calzados con borceguíes protegidos en el exterior por unas fundas metálicas, y sobre ellas una calzas que cubrían las piernas hasta medio muslo y se ataban por encima de la rodilla. A diferencia de la caballería musulmana, no se usaba el estribo, de modo que las piernas colgaban a ambos lados del caballo sin sujetarse a nada. Mientras los caballeros llevaban escudos oblongos, reforzados por blocas de metal y cuero endurecido, los hombres de a pie usaban aún los pequeños escudos redondos heredados de la tradición visigoda, más ligeros que los de los señores y por ello más rápidos de movimiento para el cuerpo a cuerpo, aunque cubrían menos.

Unos días antes del combate, los emisarios de ambos bandos se hablaron en tierra de nadie para acordar el día de la batalla. Aún no estaban los contendientes uno a la vista del otro. Primero hablaron los enviados de Ben Tashufin.

—El emir saluda a don Alfonso y le ruega que, a ser posible, se respete el día sagrado del viernes, que es día de oración y recogimiento, más aún cuando muchos van a enfrentarse con el Creador de todas las cosas.

—El rey *emperator du l-millatain*, emperador de las dos religiones, reina sobre moros y cristianos y también sobre judíos, y respetará las

costumbres de todas las religiones. Sea, pues, salvo el viernes. Pedimos a cambio lo mismo: sea salvo el domingo, que para los cristianos es día de fiesta de guardar y de paz.

Llegaron a un acuerdo, sería el día de la batalla el sábado.

Don Alfonso venía con los suyos, y a su lado estaba uno de sus campeones: Alvar Fáñez, en quien confiaba mucho.

Volvamos a Zayda, a quien habíamos dejado en su camino hacia Toledo, tal y como le había ordenado su amante.

Tan pronto llegó se hizo anunciar a la reina Constanza. Esta, sospechando malas noticias, no demoró la audiencia.

—Señora —dijo la princesa, después de haber saludado a la reina como exigía el protocolo—, señora, vengo en nombre de vuestro esposo a notificaros que se va a enfrentar con el morabito Yusuf ib Tashufin. Teme por nuestra seguridad y me ha enviado para que o acompañe y para que en evento de ir mal las cosas nos fuésemos juntas a Burgos. En ese caso deberíamos llevar con nosotros a la infanta y los ancianos de la curia regia. Al fin y al cabo éstos y vos deberíais gobernar hasta la mayoría de edad de doña Urraca, en caso de que la muerte segara el camino de don Alfonso.

La reina palideció y se santiguó.

—No permitirá Dios que su defensor perezca en el empeño.

—Señora, los caminos del Altísimo, llámese como se llame, son insondables para las criaturas.

—¿Cómo, Zayda, «llámese como se llame»?

—Sí, doña Constanza, si es Uno sólo; si sólo Él está en los cielos. Sólo hay ese Dios y no importa el nombre; eso, el nombre quiero decir, sólo lo necesitamos nosotros los hombres para referirnos a Él. Llamémosle Jehová, Mesías, Alá o Zoroastro, e inclusive Jove o Júpiter. Él nos comprenderá cuando le llamemos, al fin está solo y quiere oír nuestra voz.

Doña Constanza escuchó atentamente el párrafo de Zayda y luego dijo como pensativa:

—Quizá tenéis razón, princesa, y los hombres de las religiones, los sacerdotes, rabinos o ulemas lo llaman cada uno el Único para su propio prestigio. Pero es mejor que cada uno se quede con la religión con que ha nacido, ¿no creéis? —Por una vez la piadosa *regina, emperatrice* pareció dudar de sus fuertes convicciones.

—Dejemos esta conversación para otra ocasión, señora, y hablemos del presente. Quizá mañana sea demasiado tarde para ello.

—Y bien, Zayda —le apeó el tratamiento como hacía cuando la trataba como a una igual—, que Dios proteja a don Alfonso, ¿nosotras qué hemos de hacer para proteger al reino en esta tesitura?

—Creo, alteza, que lo mejor es que, sin aguardar a que la

situación empeore y entonces no podamos hacerlo, os vayáis con la infanta, tierra dentro. Si la espera se hace larga, bien puede suceder que los musulmanes se inquieten, se alboroten y solivianten y que ello acabe en un levantamiento en toda regla; que desemboque en la terrible *fitna*, el caos y el desorden. Una sublevación sería el fin de todo lo que don Alfonso ha compuesto y equilibrado. Somos muy pocos en una ciudad de más de treinta mil habitantes. Sólo nos sostiene el prestigio del rey; si dudasen de él, no duraríamos un momento. Un levantamiento en Toledo nos puede coger por sorpresa como en una jaula. Moriríamos sin remedio, y lo que es peor, la infanta Urraca caería en manos de los rebeldes y el reino quedaría descabezado, ya que no tenemos otro heredero legítimo.

Constanza escuchó atentamente las disquisiciones de Zayda.

—Creo que tenéis razón, hermana mía, y que la vida de Urraca vale más que las nuestras, porque ella es el reino y la continuidad del cristianismo en estas tierras. Daré orden enseguida para que se aliste lo necesario para el viaje.

—Esperad un momento, alteza, no hagáis nada precipitado. Si salimos sin reflexionar creerán que huimos, y cundirá el pánico creyendo que les abandonamos porque su caída es inminente; enseguida puede haber revueltas y saqueos. Mucha gente abandonará la ciudad y vagará por los campos haciéndolos inseguros. Mejor haced correr la voz de que la pequeña Urraca está enferma por el calor, porque en verdad hace mucho calor, señora. A los pocos días os podéis ir con una breve escolta hacia el norte. Partid enseguida a Burgos, a León, tan lejos como penséis, será entonces sólo un desplazamiento por la salud de la infanta. Yo me quedaré aquí con el gobernador Sisnando Davídiz organizando la retaguardia y tranquilizando al pueblo.

Así, la reina y la infanta, a los pocos días, con una escueta escolta, unas damas y los ancianos de la curia regia iniciaron un viaje hacia el norte, teóricamente para huir del calor, que ese año era extraordinario. Zayda iba todos los días a visitar al buen gobernador y éste despachaba los asuntos rutinarios con la misma parsimonia con que lo había hecho siempre. Algeciras estaba muy lejos y una gran parte del ejército de don Alfonso estaba a pocas jornadas. No se esperaba una invasión de Toledo, al menos no de momento. Esta ciudad era la retaguardia, allí estaba la tropa de refresco, en caso de que el primer golpe fuera en falso. Su milicia era la segunda oportunidad contra el emir velado. Poco a poco los toledanos se fueron tranquilizando, el comercio seguía sosegado, la justicia se impartía día a día, a las puertas de la mezquita el cadí impartía sus enseñanzas y los niños se sentaban en el suelo repitiendo incansables las sagradas *suras*. Seguramente don Alfonso despejaría las nubes del

horizonte; desde que Almanzor, el Azote de Dios, había triunfado por última vez en el año de 1008, los cristianos habían tomado siempre la iniciativa y a la larga salido vencedores en todas las confrontaciones. Casi ochenta años de triunfos ininterrumpidos les daban fe para suponer que Yusuf ben Tashufin sería derrotado muy lejos de Toledo. Pero Zayda tenía sus propios servicios de información y cada día estaba más temerosa.

Algunos visires habían abandonado Madinat Ishbiliya, Sevilla, y huido con sus parientes de otras ciudades; algunos habían llegado en secreto a Toledo. Más de uno se entrevistó con la *sayyida*. El anciano visir sevillano que ostentaba el título honorífico de *du l-wyzaratayn*, que es lo mismo que decir el poseedor de los dos visiratos: el de la pluma y el de la espada, era deudo de Zayda y a ella se acogió en su desventura. No desempeñaba cargo efectivo alguno, por eso su partida no fue sentida como una traición, sino que se tomó por el viaje de un anciano a otras tierras lejos del peligro y de la guerra. Ella lo recibió en su Palacio Alficén con su mujer y sus hijas, los demás habían quedado en Sevilla. Allí, sin dar explicaciones a nadie, tenía a sus parientes, que no cesaban de contarle lo que a ellos les habían narrado los servidores de Ben Tashufin.

Los invasores, los futuros nuevos señores, eran rudos, brutales e ignorantes. No hablaban árabe, despreciaban la música, la poesía, el refinamiento. Era seguidores de una doctrina severa, estrecha e intolerante, preconizada por Malik. Sus seguidores, comentó el visir, se llamaban a sí mismos malequitas y creían sólo en la Mudawana, el libro sagrado escrito por el fundador de la doctrina, defendían a muerte la poligamia, la virginidad y el repudio de la mujer. Era una doctrina ultraortodoxa alejada de todos los refinamientos tan queridos a los árabes de la Península. En Madinat Ishbiliya, muchos había huido antes que enfrentarse a estos guerreros que sólo comían dátiles y bebían leche de camella. No sólo las mujeres, también los hombres, iban velados, por lo que se les conocía como los *sinhaya*, los portadores del velo. Sus ropas eran negras y sus ojos ardientes.

Zayda oyó las noticias con creciente preocupación. Al día siguiente sucedió algo que precipitó su decisión. El eunuco Nashi se presentó ante ella y pidió hablarle en privado. La princesa consideraba al eunuco más que un servidor, un amigo, que le había acompañado a todas partes asistiéndole fielmente; al oír su petición se extrañó y al instante se apartó para oír lo que tenía que decir.

—*Sayyida* —dijo el hombre—, tengo graves noticias.

—¿Y qué es ello?, Nashi, hablad sin temor, bien sabéis que os escucho con atención y que vuestra opinión me es valiosa.

—Tengo amigos en Toledo, princesa, me los he buscado por si nos eran necesarios. También en el zoco se saca mucha información. —

Abrió la mano y dejó ver algo en la palma—. Mirad.

Zayda miró con atención aquello que Nashi enseñaba, era una pieza de oro, un morabetín nuevo y brillante. Una pieza de oro puro. La princesa se horrorizó.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Del zoco, ya os lo dije. Cada día hay más de éstos. Naturalmente sólo los ricos pueden llegar a tener uno, pero con que hubiese uno solo, estaríamos perdidos. Me lo ha prestado un amigo que se fía de mí; se fía, pero no tanto que me lo haya dejado sin garantías, a cambio le he dejado dos mancusos, que valen aún más.

—Gracias, Nashi, vuestra información es muy valiosa. Devolved el morabetín. Y quedo en deuda con vos, de nuestro caudal podéis coger otro mancuso.

—¡Pero, *sayyida*, si con los dos que tengo ya soy rico!

—Cierto, pero los habéis dejado como prenda por un solo morabetín y no es seguro que los recobréis. Si es así hacédmelo saber.

El eunuco se inclinó profundamente y salió andando hacia atrás, como si estuviese en el harén.

Zayda se quedó sola hondamente preocupada. Las monedas de oro fino que emitía el imperio almohade sólo podían haber llegado a Toledo porque había alguien, o algunos, que se dejaban pagar. Espías, enviados de Yusuf ben Tashufin o gente vendida al emir. En todo caso estaban empezando a ser permeados por el enemigo. El peligro estaba más cerca de lo que creían. Toledo no era invulnerable.

Y si esto sucedía en Toledo, tan lejos de Algeciras, ¿qué estaría sucediendo cerca?, ¿se habría dado cuenta don Alfonso de que el enemigo estaba comprando a los moros de la Península? Al día siguiente Zayda tomó una súbita decisión, llamó a Nashi, su más íntimo confidente y servidor y le anunció:

—Nos vamos, Nashi.

El eunuco no se sorprendió, y si lo hizo no dejó traslucir nada, sólo preguntó:

—¿Cuándo, *sayyida*?

—Ahora mismo, vestios de guerrero, coged un caballo y un bridón, que nos vamos a la guerra. Cuando llegue a mi destino, vos os volveréis.

—No lo haré, *sayyida*, a donde vayáis vos iré yo —argumentó el eunuco y fiel sirviente, pero la princesa tomó la mano de Nashi. Al sentirla él se azoró. No era digno de tocar a una descendiente del Profeta.

—No, querido amigo, a donde yo voy no podéis ir. Me acompañaréis y luego volveréis, es una orden.

Al atardecer, un joven señor y su criado salían disimuladamente de Toledo camino del sur a unirse al fonsado general. Iban ricamente

armados aunque vestidos modestamente.

17

La batalla de Sagrajas, llamada también de Zalaca

YUSUF ben Tashufin llegó al lugar acordado antes que don Alfonso; era un buen estratega y deseaba estudiar previamente el lugar de la batalla. Se posicionó al sur del río Guadiana; pensó, no sin razón, que para el ataque los caballeros cristianos, pesadamente equipados, se verían entorpecidos por sus armas y equipo al tener que pasar el río. Ellos, los almorávides, los esperarían tranquilamente, al otro lado, en seco, y los diezmarían según fuesen atravesando la caudalosa rambla. Si los moros lograban producir pánico entre los caballos de los cristianos, cosa que no dudaban, ni siquiera llegarían a combatir. Yusuf tenía confianza en su victoria, la proporción de guerreros entre unos y otros era, al decir de los espías del emir, de diez a uno a favor de los guerreros velados, pero, por precaución, Yusuf no se fiaba. No dejaba de abrigar algún recelo el emperador de Ifriquiya, pues al parecer tampoco los cristianos mostraban temor alguno ante la inminente batalla, y su seguridad en un próximo triunfo era inquebrantable. Eso le tenía preocupado. ¿Acaso tenían un arma secreta? ¿Contaban con más guerreros de los que él, Yusuf, pensaba? ¿Conocerían algún arcano que él ignoraba? ¿Serían los politeístas, como algunos decían, insuperables, invencibles? ¿Conocerían alguna magia y ensalmo que les pondría a salvo de sus flechas y lanzas? Ben Tashufin era creyente y adorador de Alá —bendito por siempre su nombre—, pero también, como hombre del desierto, creía en las estrellas, los horóscopos y las augurios. Por precaución llamó a sus pronosticadores y videntes, y les preguntó por los agüeros del día de la batalla. Ellos le aseguraron que habían estudiado concienzudamente las estrellas y su posición en el cielo, y que todos ellos habían llegado a la conclusión de que el planteamiento del ataque era de mal ornen, las estrellas no estaban en sintonía con el espacio elegido, por el contrario: estaban en desacuerdo y contradicción. La posición elegida era mala. Estrellas y territorio no estaban concordancia, los presagios en este caso eran definitivamente mal Esto contrarió a Yusuf, pero fiel seguidor de los astrólogos les preguntó cuál era la mejor posición según las estrellas del cielo.

—Al otro lado del río, emir.

Él no se inmutó, iba contra su experiencia y sus planes, pero se decidió en el acto.

—Entonces cruzaremos el río y planearemos una nueva estrategia. —Y así se hizo.

Estaba mediado el mes de octubre del año de 1086, Yusuf había

enviado un emisario que llegó ante Alfonso a medianoche.

—Mi señor os ofrece clemencia si os convertís al islam con todos vuestros hombres y vuestro pueblo —dijo el emisario—. Otra alternativa es que conservéis la vida, os declaréis vencido y sigáis viviendo en esta tierra que ahora regís y que a partir de este momento será *dar al-Islam*, en lugar de *dar al-Herb*; entonces sólo pagaréis la *yizah*, es decir, el tributo de los vencidos; la última alternativa *es* la guerra a muerte, como sólo los almorávides saben hacerlo.

—Los cristianos no han conocido la derrota en ochenta años. Sea guerra a muerte, y ahora idos y dejadme dormir. —Ésta fue la tranquila contestación de Alfonso, el rey emperador.

Pero el monarca no estaba solo esa noche, Zayda había alcanzado a las huestes de la *militia regis* y ahora se alojaba con el soberano. Ella no consintió en estar en otro sitio. Se quedaría con su amante, quizá por última vez.

—Puede que ésta sea nuestra postrera noche juntos, quién sabe si el Todopoderoso nos llame a sí mañana; durmamos juntos como dos amantes.

Se abrazaron estrechamente. Pero Alfonso no pudo dormir, la última bravata de Yusuf le había encolerizado y así, mucho antes de que rompiera el día, levantó a la tropa y se dirigieron a galope tendido hacia donde sospechaba se hallaba —descuidado, creían— el emir.

Amaneció muy caluroso el día, viernes, 10 de *rayab* del año 481 de la hégira, 23 de octubre de 1086. Los cascos de los caballos de los cristianos retumbando sobre la tierra recalentada debieron de ser tambores suficientes para despertar a todos los sarracenos. Hacía calor, la feroz cabalgada fue como para agotar a los caballos que llegaron al campo de batalla piafando y rezumando espuma blanca por la boca. Detrás, a paso ligero, venían los infantes armados con picas, espadas y horcas, pero pronto quedaron muy descolgados del pelotón de la caballería.

Apenas rompía el alba y la luz rojiza de un sol aún no nacido empezaba a asomar tras el horizonte. Antes de llegar al río vieron los cristianos lo que imaginaron ser las tiendas de piel de camello de Yusuf y sus oficiales; en tremendo tropel, contra ellas fueron gritando cada uno al santo de su devoción. Creían que era un ataque por sorpresa y que éste, unido al ruido, desconcertaría a los atacados. Pero el astuto emir había hecho ocupar las primeras filas y las tiendas, no por sus almorávides, sino por la tropa andalusí, de modo que fueron dios los que recibieron el primer envite mortal.

Casi al mismo tiempo llegaron los catorce escuadrones de don Alfonso, formados cada uno por cuarenta o sesenta caballeros; había el rey pensado que este primer encuentro infligiría un fuerte quebranto al enemigo, y así fue, pero desgraciadamente los moros

muertos no fueron los de Ben Tashufin; éstos, emboscados, esperaban tranquilamente a que los andalusíes desgastaran a los cristianos, que eran de menor número, para en el momento oportuno surgir de la espesura como una bandada de muerte y destrucción y rematarlos luego.

En un primer momento Ben Tashufin había dividido el ejército en tres divisiones: la primera la dirigía Abbad III al-Mutamid y estaba compuesta por 15.000 soldados; la segunda la dirigía el mismo Yusuf, y estaba compuesta por 11.000 hombres; y la tercera división eran 4.00C guerreros negros africanos con espadas indias y largas jabalinas. Detrás, invisible de momento, quedaba el pelotón de infantes almorávides, los feroces guerreros del desierto que animados por el batir de los tambores de piel de hipopótamo avanzarían luego andando como negras hormigas infinitas sobre la tierra ardiente. Eran maestros en el arte de disimularse en el terreno, maña aprendida en las dunas, en donde —Dios sabe cómo desparecían hasta que de pronto surgían de la arena gritando ferozmente y blandiendo sus espadas curvas, cortantes sólo por un filo. Eran las suyas espadas de origen indio, cuyo nombre verdadero era *talwar*, pero que los árabes llamaban *saif*, y que en Marruecos se llamaba *nimcha*. Pero el nombre daba igual, era un arma ligera y feroz, cortaba en dos un velo en el aire, y los trozos caían al suelo como blandos suspiros. Mientras que las espadas de los cristianos cortaban un hombre en dos mitades por su resistencia y dependiendo de la fuerza del atacante, la de los almorávides entraba por cualquier resquicio de la armadura, veloz y suave, como el viento y salía llevándose la vida del enemigo en su hoja.

Animados por su éxito contra los primeros atacados, los cristianos, que no sabían que los agredidos eran los andalusíes, continuaron apretando al enemigo hacia el río.

La desbandada y el pavor cundieron entre los moros de Abbad III al-Mutamid, que retrocedían teniendo el río a sus espaldas; los cristianos, enfebrecidos, penetraron tras ellos y se enzarzaron en un cuerpo a cuerpo en medio de las aguas. Alfonso, exultante, encabezaba el ataque gritando a sus hombres e invocando al apóstol Santiago y a san Millán de la Cogolla. Junto a él, como si fuera su joven escudero, blandía una cimitarra como el más ducho de los guerreros la princesa Zayda. Educada por el *atabeg* de palacio (tutor de armas), y por los otros maestros de esgrima y ataque, con toda tranquilidad miraba a su alrededor haciéndose dueña de la situación. Se puso a las espaldas de su amante y cuidó de que nadie lo atacase desde detrás, pues era fácil reconocerlo, ya que su casco puntiagudo estaba ceñido por una fina corona de oro que proclamaba bien a las claras quién era su dueño. Además, para animar a sus hombres y que

lo viesen desde la distancia, vestía un manto carmesí. Estas vestiduras tenían un inconveniente, pues si bien animaba a los guerreros ver a su rey y capitán a la cabeza de la hueste, en el caso de que cayese el rey cundiría el pánico y la batalla estaría perdida casi con toda probabilidad. Zayda deseaba evitar todo daño al rey; aunque se temía lo peor, no veía alrededor a los miles de guerreros de que les habían hablado. Sospechó de una celada, una encerrona, una trampa que se iba cerrando inexorablemente. Retrocedió y gritó al rey:

—¡Salgamos del río, alteza, me temo una encerrona! Esto está saliendo demasiado fácil. ¡Vámonos! —insistió, mientras hacía molinete con el acero—. ¡Juntémonos a la tropa, Alfonso!

Pero él tenía la fiebre de la sangre y estaba ciego. Era valiente como un león y en la batalla no había retrocedido jamás, y menos ahora que veía al odiado almorávid huyendo en desbandada. No hizo caso o no la oyó.

No se dio cuenta del peligro hasta que de pronto oyó el atronador sonido de mil tambores gigantes, aquellos que había mandado fabricar Yusuf ben Tashufin con la piel de los hipopótamos de África para añadirlos a los que ya tenía. Entonces Alfonso vio cómo de debajo de la tierra, de entre los arbustos, de los árboles, de las hondonadas, y aun de dentro de las aguas surgían como miles de fantasmas negros los verdaderos almorávides armados de sus temibles espadas. Para añadir horror a los cercados cristianos, una multitud de pardos hipopótamos empezaron a correr sin sentido entre los combatientes, sembrando el desconcierto y la muerte entre ellos. Después de los salvajes animales, una enorme multitud ululante los envolvió desde todos los lados encerrándolos en un círculo sin salida. Una nueva forma de pelear, desconocida para los cristianos, se mostró ante ellos, que habían sido imbatibles en el cuerpo a cuerpo: una marcha cerrada y compacta de miles de combatientes que no se detenía ante nada, miles de guerreros feroces que presentaban un frente sólido, que continuaban andando a pesar de que muchos cayesen por el camino, sin detenerse ante nada, como una barrera moviente al son de miles de tambores horrísonos y rítmicos, como el latir de un corazón inmenso que retumbaba por toda la tierra. Nada se podía oponer a esa marcha, era como una ola gigante abatiéndose sobre la tierra. Su espuma era el brillo de las espadas. Miles de cristianos cayeron, entre ellos los condes Rodrigo Muñoz y Vela Ovéguez.

De todos los caballeros apenas si se libraron unos pocos, quizá cien, que milagrosamente escaparon, pues el círculo no pudo cerrar del todo al llegar los retrasados infantes cristianos que habían venido corriendo detrás de la caballería y pudieron salir por ese espacio salvando su vida, aunque casi todos malheridos. En esta situación, Zayda, de un manotazo le quitó al rey su corona y le arrebató su

manto carmesí. Se arrimó con su caballo y se puso de frente a él.

—¡Vámonos, todo está perdido! —gritó la joven mientras que con un tajo de su cimitarra cortaba la cabeza de un enemigo. Cuando vio que el rey ponía grupas, la *sayyida* hostigó a su caballo y ambos iniciaron un loco galopar sin mirar los miles de cuerpos de los muertos en el campo de batalla. El rey sangraba abundantemente. De entre las pequeñas armellas metálicas que lo protegían, rezumaba un líquido rojo y espeso que al final llegaba hasta sus pies y goteaba por el camino.

Hacía calor, un sol rojizo se había levantado en el cielo y arriba, muy arriba, unos invitados funestos empezaban a volar en círculo, los buitres, que se prometían un enorme festín. La sangre corría por la tierra y teñía de rojo el río. Un olor acre, dulzón e inmundo inundaba el aire.

Los supervivientes huyeron en tropel cómo pudieron, unos a pie y otros a caballo. Muchos se salvaron porque los almorávides se entretuvieron en saquear el campamento que había sido de Abbad III al-Mutamid, el que había sido diezmado por el primer empuje de los cristianos de Alfonso. Más tarde, acabado este saqueo se dedicaron a robar los trajes, las joyas, las armaduras y los caballos de los caídos en el bando cristiano.

Yusuf ben Tashufin hizo reunirse a sus moros e inmediatamente todos dieron gracias a Alá, el Todopoderoso, que les había bendecido con una victoria sobre los infieles. Sobre todo se agradeció a Alá, el de los Cien Nombres Benditos, que el caudillo Dawud ben Aisha se cubriera de gloria en la vanguardia de los almorávides. Ahora empezaba la reconstrucción de *dar al-Islam*.

Setenta carros se llenaron con las cabezas de los caballeros cristianos. Toda la nobleza de la Península terminó en los carros de Yusuf, quien los había de pasear por toda Spania y luego por Ifriquiya, a la mayor gloria de los almorávides y de la bondad de Alá, bendito sea su nombre. Cuando el macabro viaje de todas las cabezas de los muertos en Zalaca terminó, en Marraquech se hicieron explanadas para rezar sobre ellos. Y los pies de innumerables sarracenos pisaron las cabezas de los cristianos hasta que éstas se deshicieron en el polvo.

Muchos soldados, infantes y caballería huían sin saber adónde, sólo iban hacia el norte. Lejos, lo más lejos posible, de los terribles guerreros negros. El sonido de sus tambores se oía hasta el confín y creían ser perseguidos por una jauría de fantasmas con alfanjes y jabalinas, amén de los portentosos animales desconocidos por los cristianos, los feroces hipopótamos. Muchos soldados cayeron por el camino, muertos por las heridas recibidas, por el cansancio o por el terror. También había caballos enloquecidos que corrían por los

caminos, sin dueño, desbocados. Algunos guerreros tuvieron la suerte de atrapar una cabalgadura y se alejaron cabalgando hasta que el animal cayó muerto. Fue un desastre para los cristianos, un desastre que nunca se olvidará.

Zayda cogió la rienda del caballo *Raudo* que llevaba a don Alfonso. El rey iba tan herido que al cabo de un tiempo fue incapaz de guiar al inteligente animal.

—Dejadme, Zayda, voy a morir. Salvaos vos —dijo con el poco aliento que le quedaba—. Dejadme en el suelo, no puedo sostenerme en la silla.

Zayda miró al rey y vio que efectivamente estaba muy pálido y le faltaba la respiración. Iba dejando un rastro de sangre según pasaba el caballo. Se habían alejado mucho, tanto que ya no veían a nadie. Zayda se apeó y puso una brazada de ramas verdes con hojas y luego puso su manto sobre ellas.

—No hay nada mejor, Alfonso, os ayudaré a bajar de *Raudo* y trataré de curaros. Vos tenéis que descansar.

El rey casi se cayó del caballo más que apearse. Ella lo recibió como pudo y lo llevó hasta el camastro de hojas que había preparado. Cuando lo tuvo allí, con gran trabajo le fue despojando de sus armaduras, él era un hombre grande y ella, proporcional mente, mucho más pequeña, así que el esfuerzo era considerable.

Respiró aliviada, la sangre que inundaba su cuerpo era toda de heridas más o menos leves, ninguna mortal. Sólo un pierna mostraba una herida que podía ser de muerte si no se taponaba a tiempo. Un profundo tajo que casi le llegaba al hueso manaba sangre casi negra. Era ésa la que había dejado un rastro por la tierra por donde fueron pasando.

—Tratad de descansar, voy a curaros pero antes tengo que preparar algo.

La princesa, antes de buscar nada de lo que necesitaba, le ató la pierna con un vendaje que hizo con una banda que a manera de fajín llevaba en la cintura. Esto detuvo la hemorragia de momento. El rey parecía dormir, al menos cerró los ojos y se quedó quieto. Quizás había perdido el conocimiento.

Zayda fue a su caballo y sacó un pequeño odre lleno de agua, tenía dos, uno a cada lado del animal. Era algo precioso y había que aprovecharlo bien. Se acercó al herido y le habló:

—Vamos, amado mío, Alfonso, habéis perdido mucha sangre, pero yo os curaré. Ahora debéis beber, despertaos o moriréis. Tengo agua, hay que beber. —Ella se sentó en el suelo y le ayudó a incorporarse, puso la cabeza del rey sobre su regazo—. Venga, ésta es agua con sal y miel que siempre llevo, es excelente para el cansancio y para los heridos, necesitáis el líquido. —El pareció volver de su sopor

y bebió ávidamente, el sabor le pareció algo extraño pero no desagradable. Zayda le quitó el cuero y lo cerró cuidadosamente—. Ya es suficiente por ahora. Dentro de un rato os daré más.

Se alejó dejando al rey más tranquilo. Ella sabía que pronto le subiría la fiebre; de momento había que buscar en esa umbría algo que le fuese útil, alguna hierba curativa, pero ignoraba cómo era la vegetación en esa zona, así que, en lugar de buscar algo determinado, se puso a mirar lo que había alrededor por si algo fuese adecuado al propósito que ella abrigaba.

No halló lo que buscaba en primer lugar, pero al rato detectó una planta que Dioscórides llamó panacea, y que de nombre común se llama ligustia. Nace en las umbrías, cerca de los ríos, y aunque en general sólo brota en las montañas, quién sabe por qué capricho, había una cuantas plantas junto a un arroyo que halló. Se aseguró de que a pesar de la extrañeza que le produjo encontrarla en tal lugar era la misma planta que el maestro Galeno llamó libystico. Cogió ramos de estas hojas, que son semejantes a las del hinojo y muchas semillas. Las lavó cuidadosamente en el arroyo recién descubierto y luego las machacó entre dos piedras. Mejor sería una infusión, pero no tenía medios. Aunque este vegetal era mejor para el sufrimiento del estómago, también se usaba para las heridas causadas por las fieras, un corte con espada no difería mucho de una herida por fiera, al menos no tenía otra cosa a mano. Hizo un emplasto quitó la venda, lo colocó sobre la herida y lo volvió a tapar. Luego buscó algo con que abrigar al herido. Había poca cosa. Afortunadamente el tiempo era bueno y se hubieron de conformar con cubrirse con hojas y ramas. Ella se acostó junto a don Alfonso, sobre la improvisada yacija, y le abrazó para darle calor. De vez en cuando le daba de beber. No les molestó nadie, pasó la noche y llegó el día. Asomó el sol y don Alfonso no se despertó. La fiebre le impedía sentir dolor.

La *sayyida* dudó unos momentos sobre qué hacer. Estaban lejos de Sagrajas y ya no vendría nadie en su persecución, al fin y al cabo los almorávides también tendrían que enterrar a sus muertos. Decidió dejar un rato solo al herido y buscar algo, ayuda, comida, en fin cualquier cosa que les sirviese para sacar a don Alfonso de esa situación. De momento no temía por su vida, pero había que llevarlo a un lugar mejor para curarlo en condiciones.

Anduvo un rato en círculos concéntricos abriendo el radio cada vez más por no dejar nada sin examinar. Al cabo vio una especie de casa, era morada de *meskinos*, casa pobre, apenas más que una choza, pero ella sabía que al menos tendrían fuego y quizás algo de comida. Zayda iba vestida como un doncel así que en su papel se acercó a la casa diciendo en voz alta:

—¿Hay alguien ahí? —Lo repitió varias veces.

Finalmente salió un niño, como temeroso.

—¿Quién sois? —La miró con miedo y curiosidad.

—Soy José, Yusuf para otros —mintió la joven. No sabía si eran amigos o enemigos—. ¿Hay alguien más en casa?

—Mi madre, que ha traído un hermanito esta noche. Mi padre se fue la guerra y no ha vuelto.

—¿Vuestra madre está sola? —preguntó Zayda.

—No, sola no. Está conmigo. —El niño tendría quizás unos seis años. Poca ayuda para una parturienta.

—¿Habéis comido hoy?

—Sí, mi madre hizo ayer gachas para dos días. Hoy no se ha levantado.

—Venga, hijo, vayamos a ver a vuestra madre. —Se dirigió decidida a la casa. Desde la puerta dijo en voz alta—: No temáis, buena mujer. Puedo ayudaros y quiero hacerlo. —Entró en la mísera casa y vio a una joven pálida acostada sobre una *culcitra* (especie de colchón) delgada colocada sobre un poyete. En sus brazos tenía a un precioso niño que dormía sosegado. Zayda la tranquilizó—. No temáis nada, aunque voy vestida de doncel soy una mujer como vos y sé cuidar de los recién nacidos y de las madres. ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Anisa, señora.

—¡Qué extraño nombre, Anisa! Bien, Anisa, ¿cómo estáis?

—Bien, el parto fue tranquilo, pero la placenta tardó mucho en salir y perdí mucha sangre. El niño está bien.

Lo miró con orgullo.

Zayda, más práctica, le preguntó:

—¿Habéis comido?

—Algo que me trajo el niño, el que os oyó. No me puedo levantar, estoy mareada.

—Bien, yo os cuidaré hasta que estéis bien, pero vos también me tenéis que ayudar a mí.

—¿Y cómo podría hacerlo?, ya veis cómo estoy... —se lamentó Anisa.

—Supisteis que ha habido una batalla.

—¿Una batalla? Serían los almorávides, se decía que habría guerra muy pronto.

—Ha habido una batalla. Con muchos muertos y muchos heridos. Yo he traído uno hasta cerca de vuestra casa. Necesita descanso, abrigo y calor. Yo os cuidaré a ambos, y a los dos niños, hasta que todos estéis bien.

—No tengo mucho, somos pobres y mi marido se fue la *militia regis*, al fonsado. Somos cristianos en tierra de moros, mozárabes. Al saber que el rey cristiano llamaba a la guerra, mi marido se fue. No ha vuelto, ni sé si volverá. Pero lo que pedís, techo, abrigo y calor, os lo

ofrezco de corazón. Nos arreglaremos un poco apretados en este magro espacio. Dadme agua, por favor, tengo sed.

Zayda se apresuró en limpiar un poco la morada y ayudó a la madre a cambiarse de ropa, pues desde que parió aún llevaba la misma ropa. Había poca cosa a la que acudir, pero la *sayyida* hizo lo que pudo.

—Ahora me voy a traer a mi herido, tiene fiebre y debe estar a cubierto. ¿Tenéis otra *culcitra*?

Anisa meneó la cabeza.

No, señora, pero hay paja seca en un cobertizo, si eso os sirve.

Servirá. Volveré pronto y lavaremos al niño recién nacido. Mientras, descansad. Ya no estáis sola.

Volvió apresuradamente a donde había dejado a don Alfonso. Éste se revolvía inquieto. Ardía de fiebre, pero la herida, que era más preocupante, no tenía mal aspecto. No exhalaba el olor fétido de la putrefacción que lleva a la muerte, la temida gangrena.

Zayda buscó los caballos que estaban pastando atados a un árbol. Improvisó con dos ramas una especie de parihuelas, ató ramas cortas atravesando las ramas largas y arrastró al herido hasta que lo puso encima de las angarillas. Luego, muy lentamente, lo fue transportando hasta que llegaron a casa de Anisa.

Con gran esfuerzo lo entró en casa. Allí, al menos había sombra y un cierto frescor contrastaba con el bochorno del día. Zayda lo puso sobre un lecho de paja y enseguida fue al pozo y trajo agua para todos. Lavó con esmero al herido y vio que sólo la herida de la pierna era de cuidado. Anisa le dijo dónde tenía algo de ropa.

—Es de mi *ajuwar*, mi ajuar, de cuando me casé. Es lo único valioso que tengo. No lo he estrenado. Pensaba guardarlo para mis hijas, si tenía alguna. Os lo ofrezco de corazón, no hay más tela en esta casa que lo que llevamos puesto y una muda vieja. Quizá sirva para salvar al caballero herido. Dios me lo premiará, espero, en la otra vida.

Zayda se emocionó, la pobre mujer, que quizás era ya viuda, le daba todo lo que tenía.

—No temáis, Anisa, Dios os lo premiará, sin duda, pero nosotros, mi señor y yo, podemos resarciros de esta pérdida. —Buscó entre los pliegues de su ropa—. No tengo gran cosa, pues vengo del campo de batalla, pero he aquí un mizcal.

—¿Un mizcal, señora? ¿Cuánto es eso? —Era tan pobre que jamás había visto una moneda de ese valor, ni siquiera sabía cuánto valía. Zayda no le aclaró sus dudas.

—Vale mucho, Anisa, tanto que podéis comprar otro *ajuwar* para vos y para todas las hijas que podáis tener en vuestra vida. Y aun os sobrará para comprar otra casa mejor que ésta y vivir de lo que reste.

Cuando vayáis a cambiarla, id a una casa de cambio de los judíos, ellos son honrados. Buscad en Toledo la Casa de Cachemira y pedidles que os lo cambien de parte de la *sayyida* Zayda. Ellos me conocen y no osarán engañaros, aunque no creo que lo hiciesen de todos modos, viven de su prestigio.

La mujer sintió algo de curiosidad por esa joven tan decidida que igual lavaba a una parturienta que a un caballero herido. Era hermosa y joven y llevaba consigo una moneda de considerable valor. No había buscado en los bolsillos o faltriquera del hombre herido, ella misma tenía lo que era, al parecer, su propio dinero.

—¿Quién sois, buena señora? —preguntó con curiosidad la joven madre.

—Soy Zayda, una amiga ahora mismo. Vos me habéis ayudado más que yo a vos. Quedad tranquila. No me alejaré. Ahora tenemos algún peligro, hay muchos hombres que huyen y podría alguno llegar hasta aquí, y al ver a una mujer sola... Pero yo velaré por vos, amiga Anisa. Traeré algo de caza, ave o liebre, lo que haya, y comeremos en compañía. El herido debe descansar, beber y dormir. Yo le curaré con hierbas que conozco, y si el Todopoderoso lo permite, sanará. Entonces nos iremos, pero antes me aseguraré de que quedéis en buenas manos. Dormid vos también, no estoy lejos, yo haré luego la comida para nosotras y el niño.

Se fue con paso decidido dejando maravillada a la madre, que no podía comprender cómo una joven tenía tanto valor. Había hablado de defenderla de hombres, de soldados perdidos. Anisa se estremeció y decidió que era más práctico rezar para que Dios alejara a tales seres de su casa.

El rey se iba recuperando poco a poco gracias a los cuidados de Zayda, al refugio hallado en casa de Anisa y a las buenas comidas que pudo tomar gracias a las dos mujeres. La parturienta poco a poco recuperó algo de sus fuerzas, y si no podía hacer grandes esfuerzos, sí podía vigilar a los niños y al herido mientras Zayda cazaba, recogía leña o traía agua. Ambas mujeres se hicieron amigas, no hay como la adversidad para forjar amistades para toda la vida. Aun personas que son tan diferentes como el agua y el aceite se descubren unidas por el peligro, la adversidad o la pobreza. Y así, Anisa y Zayda hablaban largas horas de sus sueños, de sus temores y de sus esperanzas, que al fin y al cabo no eran tan distintos. Que su hombre saliese con bien de la guerra. Envejecer al lado del esposo o amante, ver crecer sanos a los niños, nacidos o que nacerían, y vida y salud suficiente como para ver nietos. Eso era todo.

Un día el rey emperador despertó de su sueño febril y su fuerte naturaleza le hizo recuperarse cada día un poco más. Esperaron unas jornadas más por si el marido de la joven campesina volvía, pero él no

apareció. Por fin llegó el momento de partir. Con la salud el soberano había recuperado la memoria y el recuerdo de la atroz derrota le hizo sumirse en una negra tristeza. Se culpaba a sí mismo por no haber calibrado mejor el peligro que suponía el sombrío Yusuf ben Tashufin. Cuando Zayda le contó todo lo sucedido, hasta donde ella sabía, Alfonso cerró los ojos y unas lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas. Lloraba por sus amigos, sus nobles, sus guerreros y también por los incontables meskinos que, contestando su llamada al fonsado general, fueron a la guerra como al matadero. Pero su sentido del deber le hizo recuperarse de este desahogo y con un suspiro decidió no dejar sin venganza tales matanzas.

—¡Vámonos, Zayda —dijo—, tenemos mucho que hacer! Hay que reorganizar el reino, y debemos dar noticia a la reina Constanza de que no hemos muerto. El reino no está descabezado ni la niña Urraca sin padre.

Cuando partieron Zayda se llevó consigo a su nueva amiga, la joven Anisa. Su esposo no había vuelto de la guerra.

Cuando Alfonso y la princesa iniciaron su regreso a Toledo, ninguno de ellos sospechaba que la reina Constanza estaba al borde de la muerte y que había recibido ya los Santos Oleos.

18

La grave enfermedad de doña Constanza. El regreso del rey

LA REINA CONSTANZA se había retirado hacia el norte, huyendo de la frontera, tal y como había sugerido el rey y como Zayda le había urgido hacer cuanto antes. En Toledo quedó como gobernante el conde Davídiz y nadie se alarmó por la desaparición de toda la familia real, acompañada de la curia regia. Se comprendía bien que la reina, junto con la infanta Urraca y los ancianos, se fuese, al parecer en busca de mejor clima, y que Zayda fuese tras el rey, pues todos sabían que eran amantes. Sin embargo, ni Zayda, ni la misma reina, ni el rey Alfonso sabían que la *regina emperatrice* estaba embarazada y su estado, por tanto, no fue tomado en consideración. Si Zayda lo hubiese sabido, seguramente no habría dejado sola a la reina, pero entonces ¿qué habría sido de don Alfonso? Sin duda los cuidados de la *sayyida* fueron los que le salvaron la vida cuando recibió la terrible herida de la pierna. Los caminos del Señor son inescrutables, no sabemos qué hubiese sido mejor: que Zayda se fuese con Alfonso o que hubiese permanecido con la reina. Quizá fue mejor salvar la pierna del rey que salvar al nuevo infante. Quién sabe; la respuesta sólo la conocía Dios, y Él no decía nada.

Durante el viaje, mejor huida, hacia el norte, el calor, el miedo y la fatiga minaron la salud de la reina. Constanza ya no era joven y tanto sobresalto y ajetreo eran demasiado para ella. A poco de llegar a Burgos, y cuando empezaba a reponerse del agotamiento del viaje y a preocuparse por los repetidos vómitos que le impedían retener la comida en el estómago, se recibió la noticia de la terrible derrota de Zalaca. Todo el reino se estremeció, y más aún cuando nadie daba noticias del rey. La única esperanza de que aún estuviese vivo era que por parte de los moros triunfadores no había llegado noticia de que hubiesen matado al emperador, ni su cabeza había sido vista en una pica, y aunque se sabía que por los pueblos miles de cráneos de los derrotados cristianos eran mostrados con júbilo por los almorávides, se creía que de haber sido muerto el rey se publicaría con regocijo en todo *dar al-Islam*, Y nada de eso había sucedido. Todo el reino contenía el aliento en espera de noticias creíbles sobre el destino de su señor y rey. Cristianos moros y judíos estaban en suspenso esperando saber con certeza qué había sucedido a Alfonso, y a su amante, la mora Zayda, que también había desaparecido.

Una noche despertó la reina presa de terribles dolores. Llamó angustiada a sus damas y la dueña de turno, que dormía ante la puerta del dormitorio real cuando la reina estaba sola, entró

precipitadamente con los ojos llenos de sueño.

—¿Qué sucede, mi señora? —indagó arreglándose el pelo bajo la cofia—. ¿Alguna pesadilla?

Pero la reina se quejó como un animal herido de muerte y no contestó a la pregunta. La azafata se quedó sin saber qué hacer de momento, pero tuvo una súbita inspiración. Se acercó a la *regina emperatrice* y con cuidado destapó la cama. La reina yacía en un baño de sangre.

Aterrada, sin saber qué hacer en ese momento, la dama salió corriendo mientras llamaba a gritos a la guardia de palacio. Cuando el capitán se presentó alarmado por las voces, la mujer manifestó que el estado de la señora era crítico. Se necesitaba un galeno con urgencia. La reina se iba con una hemorragia inesperada. Mientras venía el médico de palacio, se llamó a un sacerdote. No había tiempo que perder. El alma de su alteza estaba en peligro, un sacerdote cualquiera serviría para otorgarle el perdón de sus pecados, de manera que, si el Eterno la llamaba a Sí, se presentara ante El con la túnica alba de los inocentes en gracia de Dios.

Vino el médico corriendo por los largos y fríos corredores de palacio. De trecho en trecho, unas antorchas lucían en los pasillos alumbrando con su luz macilenta los pasadizos de piedra. La sombra de maese Petrus corría tras él estirándose y encogiéndose como un fantasma según el galeno se alejaba o acercaba a la luz en su carrera por la vida de la reina.

Según lo que le habían dicho, no había duda: la reina tenía un malparto, algo temido por todos, médicos y parteras. Era un milagro salir con bien de tal evento. Antes de salir hacia las habitaciones reales mandó recado a la partera, sabía que la mujer no tardaría en presentarse, pero se sorprendió cuando al llegar ella ya estaba allí. Al verle meneó la cabeza con pesimismo. Tenía las manos llenas de sangre, y se las limpió en una especie de delantal que llevaba puesto.

—Maese Petrus, la reina ha abortado de un feto de dos meses.

—¿No sabía que estaba en estado?

—Aparentemente, no. Al menos eso he creído entender. —Se alejaron ambos—. He sacado con las manos los restos del malparto. He bautizado al niño. La reina ha perdido mucha sangre, si no para la pérdida, morirá sin remedio.

Llegó el sacerdote ya revestido de sus vestimentas sagradas.

—¡Quietos todos, lo primero es velar por su alma! —Se acercó a la pálida señora que yacía en la cama. Apenas si respiraba—. ¿Podéis oírme, alteza? —Ella no contestó. Pensando que la reina ya no podría contestar a sus preguntas ni confesarse, empezó el clérigo prestamente con sus oraciones—: *Misereatur vestri omnipotent Deus, et dimissis peccatis vestris, perducat vos ad vitam aeternam.*

Los circunstantes y testigos se habían arrodillado, muchos lloraban; no obstante conservaron la presencia de ánimo para contestar Amén al oficiante. Este prosiguió:

—*Idulgentiam* —trazó una cruz sobre la moribunda— *absolutionem et remissionem peccatorum vestrorum, tribuat vobis omnipotens et misericors Do minus*...

El Dios misericordioso de los cristianos había perdonado los pecados de la buena Constanza, ahora se podría presentar ante el Cordero vestida de blanco. Todavía el clérigo le impuso los Óleos y cantó varios versículos y salmos y, visto que nada más podía hacer, se retiró a un rincón a rezar y esperar.

La partera, mujer práctica al fin, sugirió que con cuidado cambiasen las ropas de la cama, así podrían, dijo, ver mejor si la hemorragia había cesado o si continuaba. El médico se fue presuroso a buscar alguna yerbas benéficas, y la partera, ayudada por alguna sirvientas, procedió a cambiar a la reina y a limpiar la habitación, en donde parecía que se había llevado a cabo un sacrificio cruento. Se limpió la sangre que había caído y la reina ni pareció mejor ni peor. Había perdido el conocimiento y apenas respiraba. Su cuerpo era cada vez más frío.

—Que traigan algunos ladrillos calientes —pidió la partera—. Quizá podamos aún reanimar a la reina. —Mientras alguien iba presuroso a cumplir con el encargo, la mujer, curiosa, preguntó—: ¿Quiénes son todos esos varones que nos miran desde la puerta?

Una de las damas de Constanza satisfizo su curiosidad.

—Son los miembros de la curia regia. Algunos faltan, como el obispo de Toledo, pero están el *comes stabulorum*, que acompaña a la reina en todos sus desplazamientos cuando no está el rey; además del capellán real, a quien ya habéis visto, está el limosnero, el copero o escanciado el camarlengo o camarero o cubiculario, el trinchante o dapifer, el mayordomo y otros más. Algunos faltan, como el canciller real, pues acompañan, o acompañaban, a don Alfonso en el *fonsado regis*.

—¿Y qué hacen aquí todos esos sesudos varones? No veo que hagan nada útil.

La dama se estremeció y acercó su oído a la vieja partera.

—Están aquí para dar fe y testimonio de la muerte de la reina. Para que nadie pueda decir que fue asesinada, por alguien o por alguno de ellos.

La partera la miró asombrada.

—La reina estaba preñada, ha tenido un mal parto. Un aborto. Nadie la ha asesinado. —En esto llegaron los ladrillos calientes y la mujer procedió a envolverlos con paños y colocarlos a los lados de la yerta Constanza. Luego la abrigó con cuidado. Tomó su pulso y

pareció, si no complacida, al menos no más preocupada que antes. Reuniendo valor se dirigió a la curia regia—: Nobles señores, si es necesario para la marcha del reino que uno de vosotros se quede de guardia, sea. En todo caso la reina puede morir enseguida o durar muchos años; es mejor para ella que salgan de aquí las personas innecesarias. Se quedará el sacerdote para la salud de su alma, yo misma para la salud de su menguado cuerpo y una de las damas conmigo, puedo necesitarla. También uno de vosotros, repito, si es necesario como testigo, pero nadie más. Yo vi nacer a don Alfonso, y creo que él me apoyaría en este momento. Os ruego, altos señores, que volváis a vuestro descanso, si algo sucede, si muere o si empeora, los soldados de la guardia irán raudos a avisaros.

Habiendo oído a la anciana, la curia regia se fue sin rechistar. En verdad tampoco sabían qué hacer; es cierto que debían presenciar la muerte y el nacimiento de las personas reales, pero no había nacimiento, ni muerte, por ahora. Se le habían dado los últimos sacramentos a la reina y ésta estaba en las manos de Dios. Quizá todavía se recuperaría y daría hijos al reino.

Doña Constanza estuvo entre la vida y la muerte varios días. Se le cortó la hemorragia después de que la partera le hiciera las maniobras que seguramente le salvaron la vida. Cuando volvió en sí era mediado el otoño y un olvido piadoso le había borrado todo recuerdo de lo pasado. Estaba muy débil y sólo despertaba para comer algo y beber también muy poco, luego volvía a un sopor misericordioso. La partera que la cuidaba junto con una de sus damas prohibió las visitas, incluso las de Urraca; temía que al ver a la niña se acordase de quién era y de lo que había pasado y estaba demasiado débil como para sufrir. El rey continuaba desaparecido.

Como se sabía que a la reina le gustaba la música, se pidió que uno de sus músicos provenzales tocase, muy quedamente, al otro lado del muro las trovas que más le agradaban a la reina, por ver si la música la curaba de su indiferencia ante la vida. Cuando el joven músico tocaba lejos de su cuarto aquellas melodías que tanto habían agradado a la reina, parecía la *emperatrice* mover sus ojos como si soñase, pero tampoco despertó plenamente a la vida.

Todo iba muy despacio, infinitamente despacio. La reina entre la muerte y el olvido y el rey sin aparecer. La noticia de salud de doña Constanza corrió por el reino como un relámpago y todos hacían ruegos por su salud. ¿Qué sería del reino si Alfonso no aparecía y la reina moría también? ¿Quién velaría por la herencia de la niña Urraca? ¿Acaso sus tíos de Borgoña? ¿Y no podría ser más bien que le disputasen el trono?

Pero un día, en Toledo, ante la estupefacción de todos, apareció el rey, flaco, macilento y barbudo, pero era él y obviamente vivo y con

salud. A su lado, una sola persona cabalgaba también flaca y desmejorada: la mora Zayda. Detrás un curioso grupo de *meskinos*, una mujer con un niño en brazos y otro niño, todos montando una mula. La primera que habló al llegar ante la puerta de palacio fue Zayda.

—Aquí estamos, hemos vuelto. El rey está bien, y aunque ha sido malherido, ya está curado. Ved de atenderlo. Y esta familia que está aquí que sea alojada en mis habitaciones en el Palacio Alficén, hasta que vea qué hacer con ellos. Sed muy respetuosos con ellos, nos han salvado la vida.

Los servidores se llevaron al soberano casi en volandas. El médico real apareció con sus sondas y sus brebajes y miró la herida del rey. Hubo de reconocer que era muy mala, pero que se había salvado milagrosamente de perder la pierna. Luego el monarca pidió ser bañado en agua de rosas, tantos días tirado en el suelo con paja rancia por toda cama le habían dejado en un estado lamentable. Sus ropas eran harapos malolientes. Su cabello y sus barbas necesitaban de un rapado. Mientras lo aseaban preguntó por su esposa.

—¿Está cerca la reina? Debo ir a tranquilizarla.

Los sirvientes se azoraron. Obviamente el emperador no sabía que la reina estaba muy enferma, lejos de allí; en Toledo se sabía de ello. Prefirieron no decir nada en aquel momento.

—Su alteza se fue a Burgos, o a algún sitio hacia el norte, con la infanta Urraca y la curia regia, don Alfonso. En cuanto terminemos con vuestro servicio enviaremos noticias para que la reina se tranquilice.

El rey suspiró, por primera vez en muchos días empezaba a descansar, sentía sueño, el baño oloroso le había relajado de modo que sólo deseaba caer en su colchón de damasco, correr el dosel y dormir cuanto su cuerpo le pidiera. Así, se hizo poner una túnica suelta de seda y aun antes de comer lo que le habían preparado cayó dormido en la cama que tanto había echado de menos. Estaba tan fatigado que no pudo esperar a Zayda, como había sido su primera intención.

La princesa se había ido con Anisa y sus hijos al Palacio Alficén. Atravesaron andando los jardines y la joven mozárabe creyó estar soñando. ¿Quién era esa joven que la había cuidado, fregado el suelo, traído agua del pozo y lavado a sus hijos? ¿Era acaso la reina? ¿Y si era la reina, por qué no estaba con el rey? Y el hombre herido ¿quién era? Anisa no lo había preguntado. Después del desastre de Zalaca habría miles de hombres, caballeros y *meskinos* huyendo por toda la tierra. Anisa había dado cobijo a esta pareja porque no podía hacer otra cosa y porque rezaba a Dios para que, si su marido huía herido por los montes y los campos, una mano compasiva le salvara también a él de la muerte. Pero su marido no había vuelto. Seguramente había

muerto en el combate y la compasiva joven llamada Zayda le había propuesto que se uniese a ellos cuando por fin pudieron irse.

—Venid con nosotros, no os arrepentiréis, yo velaré por vos y por los niños. Ya os di algún dinero, podéis conservarlo. Con ello tenéis una dote por si halláis otro hombre por marido, pero si no queréis volver a casaros podéis manteneros como viuda con posibles. Os aseguro que os puedo proporcionar un administrador que no os engañe nunca.

—¿Un administrador? Pero, señora, yo no tengo nada que administrar.

—Os equivocáis, Anisa, tenéis un mancuso. Es más de lo que muchos ven en toda su vida. Podréis, inclusive, dotar a vuestros hijos cuando se casen.

La joven campesina sacó el mancuso y lo miró detenidamente. ¿Sería posible que ese disco brillante valiese tanto? En todo caso decidió irse con la hermosa señora, ella le había prometido protección y decidió acogerse a ella. Una mujer sola en medio del campo era una aventura demasiado peligrosa. Sin excesiva pena abandonó la pobre choza y, cogiendo a sus niños y lo poco que tenía, decidió acompañar a la misteriosa pareja. Ahora había llegado a Toledo, una ciudad como no habría imaginado nunca y su primera casa era un palacio con vistas a un río. Un sirviente la condujo a una habitación. Abrió una puerta y anunció:

—La Habitación del Balcón y la Alberca. Quedaos aquí de momento y no salgáis, que os podéis perder, hay una pequeña alberca perfumada en la habitación de al lado, tened cuidado no se caigan en ella los niños. Luego os traerán de comer a vos y a los pequeños. —Cerró la puerta y se alejó sin hacer ruido.

Después de dejar al pequeño sobre unos cojines en una tarima, Anisa corrió a ver qué era la «alberca perfumada». Se sorprendió, era como un estanquecillo cuyas aguas exhalaban un dulce olor a nardos. El suelo era blanco, como lechoso, con vetas. Nunca había visto el mármol, y por ello no lo identificó. Delante de las ventanas colgaban telas tan suaves y ligeras que eran transparentes, como jirones de nubes en un día de primavera. ¿Qué era todo eso? ¿Estaría soñando? ¿Era un embrujo, una ilusión de los sentidos? ¿Existían tales cosas en la tierra? Metió una mano en el agua del estanque y notó que estaba tibia. Luego olfateó sus dedos, olían a nardos recién cogidos.

Se fue junto a los niños y los abrazó.

Sin mucha tardanza trajeron la comida prometida. Bandejas con manjares exquisitos. Perdices rojas de Toledo, huevos de codorniz, truchas en salsa de almendras, leche de cabra, aún caliente. Todo en platos de fina alfarería y en bandejas de plata y auricalco. Cuencos de cristal, vasos crisoelefantinos. Anisa se olvidó del hambre que había

sentido hasta momentos antes al ver tanta riqueza y abundancia. Tenía hasta miedo de empezar a comer, no fuese todo a desvanecerse como un sueño. Metió un dedo en la salsa de almendras y se lo llevó a la boca: era exquisito. Llamó a su hijo mayor.

—¡Venid aquí, Orbita! —El chiquillo llegó enseguida junto a la mesa—. ¿Tenéis hambre? —Asintió el pequeño con la cabeza. Ella le sirvió un poco de todo lo que había—. No tengáis prisa. No se lo van a llevar. El Señor nos ha bendecido por nuestra caridad con dos desconocidos.

Ambos comieron hasta saciarse y fueron de sorpresa en sorpresa, todo les parecía mejor que el maná que había caído del cielo a los seguidores del santo Moisés cuando caminaban por el desierto. Después de comer la joven dio el pecho al pequeñín y lo acostó sobre unos cojines.

Unas horas más tarde vino un sirviente a llevarse las sobras. Anisa estaba asomada al balcón que daba nombre a la estancia. Miraba pensativa el discurrir del río a través del verdor de los jardines.

—¿Qué río es éste a nuestros pies?

El sirviente se admiró de que alguien ignorase el nombre del padre

Tajó;

—Es el Tajo, señora.

—¡Qué grande es! Yo he visto otros ríos, pero ninguno tan correntoso.

El sirviente creyó llegado el momento de presumir un poco.

—¡Ah, señora, y los hay aún más grandes...!

—¿Más grandes aún?

—Sí, mi señora. El venerable río Guadalquivir, que lleva todas las aguas de Al-Andalus, y el Ebro, que recoge las lluvias y las escorrentías del reino de Zaragoza.

—¡Dios mío, qué grande es el mundo! —Pareció pensar un momento y luego, tímidamente, interrogó al sirviente una vez más—: ¿Para qué es el estanque perfumado?

—Para el *gusl*, señora.

—¿El *gusl*?—se extrañó la joven.

—Sí, la purificación antes de la oración, sobre todo si antes se han tenido relaciones sexuales. Si las ha habido, es necesario lavarse con agua, pero si por la voluntad de Alá, bendito mil veces su nombre, no hubiese agua cerca, entonces se puede usar arena para la purificación.

—¿Y se lava alguien con arena?

—Sí, mi señora, si no hay agua dice el Corán que la arena bastará, siempre que se haga con correcta intención, con *niyya*.

—Gracias por la información; ¿sería incorrecto usar el agua perfumada para lavarse simplemente?, ¿para lavar a los niños?

El criado se echó a reír.

—¡Pero, señora, en qué cabeza cabe! Cualquiera se puede lavar o bañar a cualquier hora, el agua se cambia continuamente y el perfume se añade siempre a agua limpia. Bañaos cuanto queráis. En el arca hay paños para secarse a todas horas. Tanto si sois observante de la verdadera religión como si sois infiel. Sois invitada de la *sayyida* y podéis hacer lo que queráis. La princesa me ha asignado a vuestro servicio; mañana, cuando hayáis descansado os mostraré el palacio y el jardín, podéis entrar y salir a vuestro antojo. Si deseáis salir a la ciudad, os acompañaré hasta que la conozcáis bien. Ahora, si os place, traeré ropa para todos vosotros, inclusive para los niños, y el más pequeño está incluido. —Saludó y se fue silenciosamente, como había venido.

Mientras todo esto sucedía a la maravillada Anisa, Zayda también descansaba de sus aventuras, aunque su descanso fue menos profundo que el de don Alfonso. Al preguntar por la reina se enteró enseguida de que doña Constanza había abortado un niño y que su vida pendía de un hilo. Hacía ya días que se esperaban noticias de su muerte. Durmió pesadamente, no deseaba mal a la reina, ni deseaba que la pequeña Urraca quedase sin madre. Ciertamente le gustaría matrimoniar a su amado, si éste fuese libre de hacerlo, pero comprendía que ella era mahometana y él cristiano. Que reinase en tierras de cristianos una emperatriz de religión islámica era algo que nunca había sucedido, el Papa no lo permitiría. El matrimonio entre unos y otros no era ni muy común ni muy raro, pero entre reyes era otra cosa. Quizás inclusive el reino se rompería entre los que lo admitiesen y los que rechazasen tal matrimonio. Quién sabe si Alfonso sería excomulgado y su reino se perdería. Era mejor esperar. Mientras, había que salvar a Constanza, si aún era posible.

Era aún temprano cuando la *sayyida* se presentó en la habitación donde el rey dormía profundamente. Se introdujo dentro de su cama y le besó dulcemente; él no se enteró, tan pesado era su sueño.

—Alfonso, despertad, tenemos algo que hacer con toda urgencia. —Le sacudió cogiéndole por los hombros. Alfonso intentó escapar a esto y se movió en su cama intentado zafarse de la presión de ella, pero Zayda no cejó en su intento—. Despertad, señor, despertad, es urgente. —Por fin el rey abrió los ojos somnolientos; al ver a Zayda intentó tomarla en sus brazos, era una hermosa aparición, pensó, pero ella no le dejó—. Lo siento, Alfonso, vengo a despertaros, no a gozar de vuestra muy amada compañía, apenas ha amanecido y debéis salir ya de viaje.

Alfonso de despejó al oír aquello de ir de viaje.

—¡Si apenas hemos llegado!— arguyó, no sin razón—. Quedémonos al menos un par de días antes de retomar el gobierno.

Sólo con vernos de regreso el país entero se ha regocijado. —Pero Zayda puso el gesto grave, abandonó la cama de Alfonso y él vio que ella estaba completamente vestida—: ¿Qué pasa, Zayda?

—La reina, don Alfonso, doña Constanza está a punto de morir. Hace ya varios días que el pueblo espera de un momento a otro que se anuncie que la emperatriz ha pasado de esta vida a la otra. Ha tenido un mal parto y no se ha repuesto.

Alfonso se despertó violentamente, salió de su cama y dio una palmada; apareció el sirviente de turno.

Mi ropa de viaje, rápido. —El criado se fue después de hacer una reverencia—. ¿Cómo os habéis enterado? Maldita sea mi estampa ayer me dijeron que estaba lejos y no pregunté más.

—Tampoco os hubieran dicho más, alteza; las buenas gentes os vieron tan flaco y desmejorado que pensaron que unos días, o al menos una noche de descanso, os vendrían bien. No os preocupéis, tampoco hubierais podido partir ayer, ahora rompe el día y ya está todo preparado. En cuanto os vistáis y hayáis tomado la colación partiréis. Estoy segura que, si a doña Constanza le queda una brizna de vida, vivirá por vos. Id enseguida y, aunque ella al parecer no os oiga, decidle muchas veces que su vida os importa. Ello la traerá de vuelta de la región de las sombras, si aún puede escucharos.

El pareció dudar, aquello le parecía una tontería.

—¿Decís que, si le aseguro que me importa su vida, vivirá? ¿Es eso un ensalmo?

—No para las mujeres, mi señor. Las palabras del amado son vida, y a veces casi tan poderosas como la misma muerte.

Tan pronto como el rey emperador se hubo vestido bajó al patio de armas y vio que todo estaba ya organizado para él. Zayda se negó a acompañarlo.

—No, no sería bueno para ella; esta vez deberéis hacerlo solo, es vuestra esposa y se lo debéis. —Luego lo pensó un momento y dijo en voz baja—: Yo también se lo debo. Llamadme cuando haya mejorado y mi compañía pueda serle de utilidad y no de pena. Idos con toda celeridad.

Al llegar don Alfonso a Burgos se dirigió directamente al palacio real. La noticia de su vuelta de la guerra, vivo, aunque flaco y desmejorado, le había precedido y por ello había alegría en todo el reino, como un niño que halla a su padre cuando más temía a la oscuridad. En todas las iglesias se habían celebrado misas cantadas con toda pompa y fervor, *bonus Israel Deus rectis cordel Mei autem pene moti sunt pedes, pene effusi sunt gressus mei...* Cuán bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón. Casi vacilaron mis pies, por poco se extravían mis pasos...

Pero el Señor les había devuelto, sano y salvo, a su rey y defensor.

Ya no temían al moro. Dios les había librado del maligno Yusuf ben Tashufin. A los pocos días del terrible suceso de Zalaca, una carta había llegado a manos de Ben Tashufin:

En el nombre de Alá, el Misericordioso, en cuyo nombre todo se hace y se escriben todas las cartas, recibid desde Marraquech ésta.

Recibimos con júbilo las noticias de vuestra gloriosa, espléndida y brillante victoria sobre los cristianos del tirano Adefonsus en tierras de Spania. Nada se hace ni sucede sin la voluntad de Alá —bendito mil veces su nombre—. Dejasteis a vuestro hijo enfermo a vuestra partida y, mientras el Profeta os bendecía con una victoria memorable, también se llevaba a vuestro hijo con las huríes del Paraíso...

A este tenor habían escrito al emir desde África.

Enterado éste de la luctuosa noticia, en lugar de proseguir su marcha triunfal cuando el aturdimiento aún atenazaba a los cristianos y su rey estaba desaparecido, abandonó todo y precitadamente se volvió a Ifriquiya. La nación respiró aliviada, seguramente el moro volvería, pero esos días o semanas que les daba de tregua eran tan bienvenidos como la lluvia después del verano. Y ahora el rey había aparecido sano y salvo y la reina, a pesar de todo, no había muerto aún. Quizá Dios les había perdonado sus innúmeros pecados. Había muchos motivos para que se echasen las campanas al vuelo y se rezase en todas las capillas y oratorios, en las catedrales y en las iglesias de cada pueblo. Y ahora, para mayor alegría de los burgaleses, el rey en persona se presentaba ante sus puertas. En cuanto se presentó frente a la muralla ya fue reconocido y el júbilo fue inenarrable. Desde la torre albarrana que cuidaba la puerta se oyó el trémolo de las trompas que anunciaban la presencia real. Las cadenas que bajaban el puente levadizo empezaron a chirriar para que el señor natural de la tierra pudiese entrar en Burgos. A la muralla acudió una inmensa multitud deseosa de ver a su rey, al que muchos habían dado por muerto. Fue aclamado como en el día de su coronación

—¡Alfonso, Alfonso, rey, rey...! —Las voces se extendían por murallas y calles y hasta dentro de las casas llegó el rumor de las aclamaciones. El soberano se emocionó, después de tan terrible derrota se sentía avergonzado y pesaroso. Miles de sus súbditos habían muerto, casi todos los nobles que le habían acompañado también habían muerto y sus cabezas eran ahora paseadas por villas y ciudades, haciéndose escarnio de los valientes que un día fueron hombres jóvenes esforzados.

El rey entró en Burgos y se paró para recibir los aplausos de los burgaleses. Una lágrima cayó rodando por sus flacas mejillas. Sintió que no se merecía todo este amor, él los había defraudado, casi había perdido el reino por su orgullo y su jactancia. No evaluó bien los

triunfos del emir y creyó que era otro de los blandos reyezuelos de la Taifas. Pero todos le habían advertido que Yusuf ben Tashufin era un gran guerrero y ahora sabía que quizás era mejor guerrero que él mismo. No quiso pensar más, había venido con un solo propósito, salvar a la reina, si aún era posible. Espoleó a su caballo y llegó raudo a palacio; allí, en la escalinata, se presentó la curia en pleno para recibirlo pero él los despidió con unas palabras corteses y siguió su camino hacia las habitaciones reales. A la puerta de doña Constanza estaba la dama de guardia, como pedía el protocolo. Al ver a don Alfonso, tan flaco y pálido, se sobresaltó, luego recuperó sus modales y dijo las palabras de rigor:

—Don Alfonso, señor, os anunciaré a la reina.

Pero él la miró con pena.

—Dejaos de tonterías, doña Gaudencia, bien sé que, aunque me anunciéis, la reina no autorizará mi entrada. —La miró expectante—. Decidme, mi buena señora, ¿cómo está hoy la *regina*! Las noticias que me han dado son malas...

—Alteza, está mejor que cuando abortó, pero no vuelve del todo en sí. Parece dormir y no contesta si se la llama. A veces se despierta y pide de comer o de beber y luego vuelve al país de las sombras y el olvido. —Doña Gaudencia, haciendo poco honor a su nombre, alegría, se puso a llorar con sollozos sordos.

—No lloréis, señora, ya veréis cómo con mi llegada a lo mejor sale de sus sueños. —Entró decidido en el dormitorio de la *regina*. Se acercó a la cama y miró a la durmiente. Estaba pálida como la cera. Tomó una de sus manos y ésta cayó flácida y fría entre las suyas. Su corazón se llenó de ternura y arrepentimiento. Él no la había cuidado como debiera. Muchas veces, más de las que le gustaría reconocer, la había pospuesto a Zayda. Constanza se había afanado por hacerle la vida fácil; sin quejarse, sin ser un estorbo, como pidiendo perdón por estar allí. Era una reina imbuida del sentido de la realeza. Ella había llevado la carga de representar con toda dignidad al rey cuando éste no estaba. Le había dado una hija, Urraca, y ahora había perdido a otro hijo. Estaba a las puertas de la muerte y aun allí parecía no querer estorbar, se iría silenciosamente.

Don Alfonso se arrodilló junto a la cama y le habló al oído.

—Ya estoy aquí, Constanza, he venido en cuanto supe de vuestro mal. No os muráis ahora que estoy de vuelta. No me iré ya nunca de vuestro lado. —Sintió por ella una ternura desconocida hasta entonces —. Me quedaré aquí, junto a vos, hasta que abráis los ojos y me llaméis por mi nombre. —Se sentó en un taburete junto a su esposa y allí permaneció todo el día con la mano de Constanza entre las suyas. ¿Por qué no podía amar a esta buena esposa como amaba a Zayda? Porque no la amaba, la respetaba, sentía ternura, devoción y respeto y

aun apego por ella, pero nunca la había amado. Quizá no había amado a ninguna mujer hasta que conoció a Zayda. Supo que, con Constanza o sin Constanza, su alma y su cuerpo eran de la mora Zayda, la *sayyida.*

Al llegar la noche nada había cambiado, pero él no se retiró, le volvió a hablar suavemente y pensó que la faz de la reina tomaba algo de color. Estaba cansado, él también había sufrido y había estado enfermo muchos días y había perdido mucha sangre, pero sintió que si Constanza no comía él no podía hacerlo. Se acostó junto a ella y sintió su cuerpo flaco y frío. Se acercó un poco más para darle calor.

—¡Venga, Constanza, vuelve! —La abrazó suavemente, pues temía que se rompiese, tan frágil le pareció—. ¡Abre los ojos, volveremos a ser felices, tendremos otros hijos! Yo también estoy cansado, he perdido una batalla y a muchos hombres buenos que murieron por el reino. Tengo que contároslo, abrid los ojos.

Ella abrió los ojos y miró sin comprender, al ver a Alfonso junto a ella suspiró y volvió a dormirse, pero don Alfonso supo que ella había abandonado el país de los muertos.

19

Después de Zalaca: los señores borgoñones El destierro de Zayda

COMO una pequeña recompensa a sus sufrimientos don Alfonso recibió del papa Urbano II un impensado regalo: la sede de Toledo fue restaurada como la primera entre todas las de los reinos en la persona de su arzobispo, don Bernardo. Con ello se daba un prestigio renovado a su título de emperador: *imperator in Tole to*, ése era él, el conquistador de la antigua ciudad regia hispano-visigoda.

Pero en lo profundo de su ser el rey emperador sabía que algo se había roto. Su prestigio era menor, la confianza del reino en sus fuerzas se tambaleaba. La mayoría de los reinos de Taifas se negaban a pagar sus impuestos. Con diferentes pretextos, sin romper con él abiertamente, le enviaban buenas palabras, regalos y embajadas, pero el necesitado oro no aparecía. Echó la vista atrás y se dio cuenta de que su política había sido errónea, había apretado el dogal demasiado, exigiendo tanto oro que al fin la cuerda se había roto y por ello los desesperados reyezuelos había llamado al temido emir de Ifriquiya, y además, cuando pudo debió haber fortificado los puntos del litoral por donde podría haber llegado el enemigo; no lo hizo, demasiado confiado en su poder, y ahora veía que en cualquier momento por esos puertos descuidados podrían entrar los almorávides cuantas veces les apeteciese. Sobre él y el reino pendía una espada. Todas las generaciones de cristianos muertos para recuperar onza a onza el polvo de los antepasados godos le reclamaban desde su tumba la sangre derramada, quizás ahora en vano. Tenía pesadillas y remordimientos.

Recapacitó y vio que inclusive muchos de sus más fieles seguidores y amigos habían muerto. Necesitaba guerreros, aliados, fuerzas de refresco; en cualquier momento volvería Yusuf ben Tashufin y podía asestarle el golpe de gracia. Aunque se había ido a África, desde el día de la batalla era de todos conocido que Ben Tashufin se hacía llamar *Amir al-Muslimin wa Nasir al-Din*, esto es: Emir de los Musulmanes y Defensor de la Religión. Emir de los Musulmanes, de todos, inclusive de los de la Península, a los que había ayudado derrotando a las tropas del tirano Adefonsus y haciendo ver que éste no era imbatible ni sería nunca más invicto.

Don Alfonso decidió pedir ayuda a los príncipes y condes cristianos, tanto a los de Spania como a los de fuera. Desde allende los Pirineos respondieron a su llamada algunos caballeros franceses: el mismísimo duque de Borgoña, primo de la reina Constanza, Eudes I; el vizconde de Mélum, amigo y vasallo del anterior, don Guillermo *le*

Charpentier; los cuales, nada más atravesar los montes, se unieron al emperador, que se hallaba a la sazón sitiando Tudela. Junto a él se encontraba otro de los borgoñones ilustres: Raimundo de Borgoña.

Los caballeros franceses no sabían cuán correoso era el enemigo musulmán, y aunque se unieron con entusiasmo al sitio de la ciudad, según pasaban los días, las semanas y los meses, viendo que la ciudad no capitulaba, empezaron a impacientarse.

Corría ya el mes de febrero de 1087, los guerreros estaban en la tienda de don Alfonso revisando sus éxitos y fracasos y de paso intentaban ver si aquello tenía visos de terminar con una derrota bien para el emperador o bien para el moro sitiado.

—Varios meses llevamos ya aquí en esta tierra fría e inhóspita, don Alfonso, y no parece que hayamos avanzado en nuestro propósito —decía pesaroso el poderoso duque de Borgoña, Eudes—, no sé qué más podríamos hacer. Aguardar a que se rindan por inanición puede ser largo y tedioso. No creo que los sarracenos tengan la menor intención de salir fuera de su muralla a presentar combate, abrigados como están tras sus muros y murallas, quizás aguardan refuerzos y en ese caso sería peligroso que esperásemos aquí vivaqueando al aire libre mientras quizás una multitud de infieles puede caer sobre nosotros en cualquier momento.

Don Alfonso rio de buena gana.

—No es ésa la situación. Conozco bien la circunstancia de todos estos pequeños reinos. Sólo muy raramente se reúnen para acción conjunta. Ahora están diezmados por la batalla presentada en Sagrajas. Es cierto que en conjunto ganaron los islamitas, y que los cristianos fuimos derrotados en toda línea, pero los que en realidad triunfaron no fueron nuestros moros, fueron los almorávides, y ellos están en África en este momento. Es cierto que hay tres mil morabitos de reserva en Sevilla, pero están muy lejos y mis espías guardan todos los caminos, si alguien se moviese lo sabríamos al instante. Los moros de Spania lleva-' ron la peor parte en el combate y están diezmados, Yusuf ben Tashufin los puso en primera línea y ellos pagaron ese honor con su sangre. Los almorávides se presentaron cuando los cristianos ya estábamos cansados de cortar cabezas, cabezas que eran de sarracenos de Spania; entonces surgieron los almorávides y nos envolvieron por los lados y nos aplastaron con su número. ¡Nunca se dirá que nos vencieron por nuestra cobardía!

—Eso está muy bien, don Alfonso, pero no nos dice cuánto tiempo hemos de aguantar esperando que el infiel se decida a presentar batalla. Nosotros somos guerreros, no sembradores que aguardan con paciencia a que la simiente brote y fructifique. Somos hombres de acción. Vinimos a ayudaros en un apuro, no a asediar una ciudad que sigue tan tranquila después de casi medio año de sitio.

Don Alfonso no deseaba perder a sus nuevos aliados, así que pensó rápidamente, ellos, en cierto modo, tenían razón. Decidió dejar a sus hombres continuar el sitio y llevarse a los inquietos visitantes hacia el sur. Les enseñaría sus vastos dominios y así verían la importancia de su reino y de ser aliados de tal rey; además todos ellos eran parientes de la reina Constanza, seguramente se alegrarían de verla.

—Quizá tengáis razón y no debamos eternizamos ante Tudela, no merece la pena. Además aún durará muchos meses este sitio, si las cosas no cambian. Así que ¿por qué no nos vamos unos días a Toledo? Es una ciudad hermosísima, muy poblada, rica y feraz en sus campos de alrededor. Por lo demás, allí está la *regina emperatrices* de quien sois parientes. Ella, aunque tiene su propia corte de damas, está muy sola. No tiene casi compatriotas suyos que le hablen de sus recuerdos y de su infancia.

De eso precisamente querían hablar los parientes de la reina. Todos sabían que el rey mantenía una relación de muchos años con una princesa mora. En todo el mundo cristiano los moros eran los enemigos jurados de la cristiandad; se miraba hacia otra parte si algún caballero tenía amores con una islamita, pero lo de don Alfonso pasaba de lo que se podía normalmente aceptar. Era comúnmente sabido que el *rex imperator* se había prometido a Zayda cuando todavía vivía su primera esposa y que, aun cuando casó con doña Constanza de Borgoña, no había roto ese compromiso.

Que esperaba a que Constanza muriese para matrimoniar a Zayda.

Que la mora no se había convertido, ni bautizado, como sería lo normal en una prometida de un rey cristiano que aspiraba a ser reina algún día.

Que el rey escandalizaba a la cristiandad manteniendo relaciones adúlteras con la princesa.

Que ésta y la reina se veían obligadas a convivir y compartir el lecho del rey. En resumen, que ellos no podían ir a Toledo y ver cómo su pariente era humillada y desmerecida cuando tenía que aguantar a su lado a la concubina de su esposo. Todo esto expusieron gravemente al monarca de Spania, y aunque respetuosamente, le preguntaron qué iba a hacer al respecto. El Papa, dijeron, ya había muerto y él había sido el principal valedor de la solitaria reina, pero ellos eran sus parientes varones y hacía tiempo que querían hablar con él sobre este espinoso asunto.

Tenían razón los borgoñones, a su modo, pero la tenían. La reina era una buena emperatriz, dulce, sumisa y callada. Ella le amaba y le consentía todo, inclusive estaba dispuesta a compartirle antes que perderle del todo. Le había dado un heredero, bien que hembra, y casi

había perdido la vida en busca de otro. Ya no era joven y aún se esforzaba por darle un hijo varón, había perdido su lozanía pero conservaba, extrañamente atractivos, sus ojos azules claros como el cristal y éstos le interrogaban con pena cuando le veían mirando a los lejos. Si le veía cavilando con aspecto pensativo se preguntaba si acaso pensaba en Zayda, pero callaba y la pregunta no salía de sus labios.

La situación para el emperador era muy difícil. Él estaba enamorado de Zayda y por nada del mundo la dejaría. Era una mujer extraordinaria, que lo mismo era espía que alquimista, amante o escudero. Consejera o prometida. Todo por él. Nunca pedía nada, ni le había recordado que debía casarse con ella cuando la reina falleciera, si ésa fuese la voluntad de Dios. Pero ahora los mismos que la habían celebrado le rehuían. Los cristianos habían perdido una batalla a manos de sus congéneres, de los moros, y ver siempre a la sarracena junto al rey era demasiado duro para los caballeros cristianos. Cierto que la *sayyida* había salvado la vida de su señor, pero su presencia era insoportable. Zayda era la hija de Al-Mutamid, el que había llamado a Yusuf ben Tashufin, junto con el reyezuelo de Badajoz y el de Granada, ellos tenían la culpa de todo, de la derrota a manos de los guerreros negros y de la gran mortandad entre los cristianos. De que las cabezas de sus hijos, de sus padres y de sus deudos viajasen por Marruecos sobre unas carretas sangrientas para escarnio de la cristiandad. No había ninguna casa noble que no hubiese perdido a alguno o a todos sus varones en el terrible día de Sagrajas. Ver a Zayda se tornó en algo odioso.

La princesa se había quedado en Toledo y allí fue doña Constanza obedeciendo órdenes de su marido. En Toledo se volvieron a encontrar las dos mujeres.

La *regina emperatrice* estaba ya muy recuperada, aunque todavía débil, y Zayda le hacía compañía y le relataba historias de príncipes y princesas moras, de tesoros enterrados y otras fantasías que distraían a la reina. De vez en cuando la *emperatrice* se lamentaba por el infante perdido.

—Ya veis, Zayda, para una vez que logramos una preñez, va ésta y se deshace. ¡Qué lástima, era ya de dos meses!

—No os agobiéis, alteza, aún queda mucha vida por vivir. Quién sabe si vuestro próximo embarazo será de gemelos y así se podrá ganar lo perdido de una vez...

Estas tontas esperanzas hicieron reír a la reina.

—Ay, Zayda, en mi familia nunca hubo gemelos, aunque sí somos muy paridoras.

—Más a mi favor. En la corte de mi padre, Al-Mutamid, el médico de la familia decía que, una vez que se ha concebido, es como si el cuerpo hubiese aprendido un camino y lo reemprende una y otra vez.

Parecía que todo seguía igual que antes del asunto de Sagrajas y de que doña Constanza hubiese perdido a su hijo. Pero algo flotaba en el aire que lo hacía distinto. Quizá lo que había cambiado menos era la relación entre la *sayyida* y la reina. Zayda ya no salía a pasear por el zoco o la alcaicería, había notado que la gente cuchicheaba a su paso, algunos moros escupían cuando ella había pasado y los cristianos se santiguaban como si ella fuese la impersonación del diablo. Nadie osaba decir nada, pero sentía como un viento gélido que la acompañaba a todas partes, un rechazo general. La única que la trataba igual que siempre era la reina.

La princesa sarracena comprendió que de alguna manera ella era el símbolo de la terrible batalla y que los ojos que la miraban con resentimiento en realidad no la veían a ella, sino a sus muertos queridos. Alfonso estaba lejos y quién sabe cuánto tardaría en volver, bien se acordaba ella de que el sitio de Toledo había durado varios años, ¿y si el de Tudela era semejante? No se atrevía a abandonar a la reina, convaleciente como estaba. Fingiendo no notar nada continuó su vida corriente.

Don Alfonso meditó largamente lo expuesto por sus parientes, los deudos de doña Constanza. Por lo menos mientras ellos se hallasen de visita en Toledo sería mejor que la mora Zayda no se hiciese visible. Con pesar escribió una misiva a su amante y concubina.

De Alfonso a la princesa Zayda:

En el nombre de Alá, por quien se escriben todas las cartas y en el mundo todo es hecho, os envío ésta con harto pesar.

Bien sabéis el lugar que ocupáis en mi corazón, pero las circunstancias me obligan, al menos de momento, a rogaros vuestra comprensión.

El sitio de Tudela ha terminado por aburrir a los caballeros francos parientes de la reina, ellos no están acostumbrados a estas guerras de desgaste que solemos tener en Spania. Están a punto de abandonar, cosa que no nos conviene, pues más tarde o más temprano los necesitaremos, cuando Ben Tashufin decida volver —¡quieran Alá y el Buen Jesús que tarde!—. Pensando en motivarles les he invitado a conocer la ciudad de Toledo para que vean cómo es nuestro reino, tan enorme y poderoso, y cómo es la ciudad, tan diferente a sus enflaquecidas villas de allende los Pirineos. Pero ellos me han puesto un obstáculo que al fin he tenido que aceptar: no vendrán a Toledo mientras vos estéis ahí. Lo consideran un insulto a la reina, su pariente, y una falta de respeto.

Os ruego —y os pido perdón por ello— que mientras dure la visita os mudéis a alguna de vuestras posesiones, os será fácil encontrar un pretexto para que no parezca un destierro. Yo os haré saber cuándo sea oportuno que volváis. No deseo vivir sin vos, pero

ahora hay que satisfacer a los borgoñones, pues los necesitaremos pronto.

A vuestros pies rendido, Adefonsus Imperatur.

Esta carta recibió Zayda en secreto y enseguida hizo arreglos para ir a Cuenca; tenía asuntos urgentes que solucionar en su propiedad, dijo; además sabía que su capitán y adalid, Abbu Ahmed ben Yussuf, deseaba liberarse del servicio de armas y consideró que ésta era la oportunidad de favorecerlo, y también deseaba llevar a Anisa a un lugar seguro y definitivo.

Cuando Alfonso llegó con sus deudos, ya la *sayyida* había partido hacía días y los borgoñones se alegraron de no tener que saludar a la princesa mora. No preguntaron si la ausencia era temporaria o definitiva, por el momento se contentaron con no verla. Después de maravillarse de ver a la ciudad desde la distancia, empinada encima de un risco como un aguilucho en su nido, se quedaron pasmados de ver el padre Tajo corriendo salvaje por su lecho rocoso. Los hermosos edificios asomaban por encima de la muralla apiñados en el poco espacio que permitía la defensa y sus barbacanas. Los puentes les parecieron obra de ángeles arquitectos, pues no era posible que seres humanos hubiesen salvado tales distancias con tanta belleza y tanta utilidad al tiempo.

Se les aposentó en palacio y enseguida pidieron ver a la reina; el primero deseó ser don Raimundo, su primo.

—¡Alteza —dijo el conde al ver de nuevo a la reina—, alteza, cuánto me alegro de estar de nuevo con vos! He sabido que habéis estado a las puertas de la muerte y ello me llenó de desconsuelo. Ahora os veo recuperada y, aunque la situación del reino es de peligro, aquí estamos los borgoñones para ayudar a vuestro esposo y a vos misma.

—Os agradezco, conde, que hayáis venido tan prontamente al llamado de don Alfonso. Todos los amigos son pocos. Aunque paulatinamente los aliados van apareciendo. El rey Sancho Ramírez de Aragón ha reconocido a mi esposo, su primo hermano, como emperador de los príncipes cristianos y se ha ofrecido a ayudarle aún más de lo que venía haciendo. Hoy mismo, nada más llegar, me ha pedido el rey que enviase una misiva al generoso Rodrigo Díaz de Vivar para que vuelva.

—¿Para qué vuelva? —se extrañó el conde de Amaous—. ¿Estaba acaso de viaje?

—No —se revolvió incómoda doña Constanza—, de viaje no, estaba incurso en la *ira regia* y por ello no fue llamado al campo de Sacralias, que el pueblo llama Sagrajas, o Zalaca según los moros.

—Comprendo. Aun así me parece un mal asunto el haber

prescindido de tan bravo y famoso personaje, aunque no fuese nada más que por dar aspecto de unidad, se debería de haber llamado a don Rodrigo *alfonsado regis*.

—Ahora lo vemos así, querido primo —la reina tomaba sobre sí parcialmente la responsabilidad de la decisión—, ahora lo vemos así y hemos decidido escribirle. Estaba desterrado en Zaragoza y allí se puso al servicio de su reyezuelo. Ha cosechado triunfos sin cuento para su nuevo señor.

—Era de esperar. Un guerrero en el destierro es normal que venda su brazo y si es como Rodrigo Díaz es aún más normal que coseche victorias.

—En fin —la reina suspiró—, yo misma le he escrito esta tarde, por encargo de mi esposo, a él se le hacía más difícil. Ya sabéis cuán orgulloso y roqueño es en sus decisiones...

Desde Toledo, de Constanza, reina emperatriz, a Rodrigo Díaz, en Zaragoza. Salud y gracia.

Sépades que mi esposo el rey me ha encomendado una misión importante y agradable al tiempo. Me ha pedido que os haga saber de su parte que de nuevo desea tener con vos trato y amistad como antiguamente lo tuvisteis. Os ruega que volváis, que abandonéis ese destierro en Zaragoza y vengáis a recuperar vuestras tierras, vuestro puesto de honor y vuestra familia, que os espera deseosa de veros, pues es harto largo el tiempo que ha pasado en ausencia de vos.

Al rey le urge haceros saber que la ira regia ha terminado, yo misma tomo placer en hacéroslo conocer. Desea acogeros en Toledo como vasallo y así otorgaros, en cuanto tal, prestimonio y honor. Se os hará entrega de varios castillos que no enumero ahora por no hacer la carta demasiado larga; sí os menciono los castillos de Langa del Duero y la fortaleza de Gormaz, que pasarán a vos...

A este tenor escribió la reina la carta para Rodrigo Díaz, el cual la recibió con la satisfacción de ver su honor recuperado y además porque deseaba vivamente ver a su esposa e hijos, después de tantos peligros pasados y tanto tiempo transcurrido. Se despidió de su señor moro, Ahmad ben Yusuf, al-Mustain, al que además de un contrato de armas le unía una buena amistad, e inició el camino de vuelta a tierras de cristianos.

Sucedía que Al-Qadir, en Valencia, sin la protección de Alvar Háñez y los suyos que habían acudido a unirse al rey, a duras penas podía sujetar su reino. El primer encargo para don Rodrigo fue el ayudar al torpe e incompetente nieto de Al-Mamun. Tan pronto le vieron desprotegido de su valedor don Alfonso, los alcaldes de la comarca valenciana se habían levantado contra él, uniéndose para ello a los señores musulmanes de Lérida, Tortosa y Denia. Una sublevación en toda regla.

El rey Alfonso no podía tolerar este alzamiento, que si llegaba a triunfar podía degenerar en un levantamiento general de los moros de la Península. Deseaba enviar el mensaje a los reinos de Taifas de que él aún era poderoso y capaz de intervenir con éxito en los asuntos de los reyezuelos. En esta ocasión se fiaba de que Rodrigo Díaz sabría hacerles entender su idea. Le derrota de Zalaca o Sagrajas había trastocado toda la política de la Península, roto todos los equilibrios y puesto en duda el poder del rey emperador.

La política era tan complicada y su situación tan precaria después de la derrota de Sagrajas que el rey, si no olvidó a su concubina, guardó para otra ocasión el arreglar el asunto de su retorno. Éste habría de demorarse al menos hasta que los borgoñones volvieran a su propia casa y esa fecha estaba aún lejana.

De momento había despedido a Zayda, por mor de los parientes borgoñones ya la llamaría más adelante. Y Alfonso no pensó más. Sabía que ella se había ido a sus posesiones alrededor de la ciudad de Cuenca y que allí estaba a salvo pues era la *sayyida* por derecho propio, heredera de Al-Mutamid y descendiente del Profeta. Esos territorios eran de su heredad exclusiva. Además ella tenía muchos recursos y no se dejaría coger en una trampa. Eso creía Alfonso, o al menos eso deseaba creer.

Después de recibir la carta de Alfonso, Zayda la dobló cuidadosamente y llamó a su eunuco Nashi y al joven Hafs.

—No me habéis de preguntar nada. Nos vamos a nuestra tierra de los aledaños de Cuenca. Tenemos cosas que hacer.

—No preguntaremos, *sayyida*, la razón del viaje, puesto que nos lo habéis prohibido, pero sí podemos preguntar cuándo hemos de partir. —Esto dijo el fiel eunuco, acostumbrado como estaba a las órdenes, al parecer sin sentido, de la princesa. En último término éstas siempre fueron a la postre prudentes y razonables.

—Salimos hoy mejor que mañana. Preparadlo todo. Hay que dejar aquí todo lo que no nos pertenezca por posesión directa. Inclusive ropas, aderezos y joyas. Adornos, menaje y perfumes. Todo. Si quedamos sin nada, no importa, ya lo adquiriremos en cualquier sitio.

El eunuco se alarmó, dejarlo todo parecía un presagio de que no volverían. De que la princesa y el emperador habían roto sus amarras. ¿Acaso ya no se amaban? No correspondía a él, sólo un sirviente, hacer preguntas, sólo obedecer. Pero el joven Hafs era mucho más imprudente y preguntó con los ojos muy abiertos:

—¿Ya no sois la prometida del emperador?

Antes de que la princesa contestase, el buen Nashi le atizó un pescozón.

—¡Vámonos a cumplir con nuestro mandado, zagal preguntón! —Y cogiéndole de una oreja se lo llevó de allí mientras el joven

protestaba amargamente.

Zayda se dirigió seguidamente a las habitaciones de Anisa.

—Anisa, recoged lo vuestro. Lo que hayáis comprado con lo que os di. Dejad el resto, que no nos pertenece. Si os hace falta algo lo compararemos en el zoco, sea para vos o para los niños, ved que no les falte de nada para un viaje largo. Enviad a un sirviente para que obtenga lo que creáis oportuno. Será a mi cuenta, así que no es menester que os privéis de lo necesario. Saldremos tan pronto esté todo listo, sea de noche o de día, así que descansad lo que podáis y lo mismo los niños. Velaré por vos como os prometí, el fin de vuestro peregrinar está cerca. Por favor, no me preguntéis nada, no hay tiempo. —Dio media vuelta y salió.

Anisa, sin preguntar qué pasaba, se apresuró a cumplir las órdenes recibidas, se fiaba de la *sayyida* y sabía que sus órdenes eran por algo grave. Envió a por ropas para los niños, pues lo que tenían lo habían traído de palacio y en puridad no era ropa suya. Algo de comida —era mujer precavida—, y una capa aguadera para ella. No necesitaba más. En realidad nunca había tenido tanto, le sobraba casi todo. Preguntó si las cabalgaduras les serían proporcionadas por la princesa; al oír que sí, ya no se le ocurrió nada. Hizo unos atadijos con lo que consideró imprescindible, acostó a los niños y se sentó a esperar. Le era imposible dormir.

Era casi medianoche cuando el eunuco vino a por ella y su familia.

—Vamos, Anisa, la hora ha llegado. Coged a uno de los niños, yo cogeré al otro.

Salieron a la noche, hacía fresco y estaba oscuro, pero la caravana se había pergeñado como si fuese a mediodía, sólo que se alumbraban con antorchas.

—Adelante —dijo el *ad-dalil*, Abbu Ahmed ben Yussuf.

La caravana se puso en marcha sin mirar hacia atrás. Sólo Zayda sabía que iban al destierro y que quizá nunca volverían.

En Shabiyya el prestigio de Al-Mutamid había bajado vertiginosamente, hasta el punto de que sus súbditos le hacían culpable personalmente de la muerte de tantos y tantos sevillanos en Sagrajas en el primer encuentro con los cristianos. En esa batalla los que más habían pagado con su vida la victoria de los almorávides habían sido los moros de Al-Andalus. ¿De qué les servía un triunfo que sólo había beneficiado a Yusuf ben Tashufin? Al fin y al cabo el tirano Adefonsus nunca les había infligido tal mortandad. Era tal el descontento que el rey no podía ir ni siquiera a la oración de los viernes, so pena de ser abucheado en su camino.

Para mayor desgracia, el *rex imperator* decidió recuperar el cobro

de las taifas y envió un lucido séquito a solicitar de Al-Mutamid que pagase lo debido y los atrasos correspondientes. A la cabeza de esta comisión iba uno de los hombres de confianza de don Alfonso, el judío recaudador de impuestos Ben Salid. Se presentó éste ante el soberano moro y le afeó su conducta.

—Hace varios años que con uno u otro pretexto no habéis pagado lo que prometisteis a mi señor; él espera que esta vez me entreguéis todo lo debido de una sola entrega, si no es así os enviará sus mesnadas, que os lo arrebatarán de allí donde se halle, bien sea en vuestros palacios o en vuestras cabezas en forma de coronas y collares. Se venderá todo lo que sea necesario hasta que todo esté pago: hombres, mujeres y niños, propiedades y tierras.

Mucha gente escuchaba estas palabras y cuchicheaban los presentes sobre cuál sería la contestación del *wali* a estas palabras tan duras.

Pero él no contestó nada, hizo una señal a su verdugo y antes de que el infeliz judío se diera cuenta, con un tajo limpio de su espada, el *siaf* le cortó la cabeza. Al-Mutamid se levantó de su trono y se fue, lo único que dijo antes de salir del salón fue:

—Que entreguen la cabeza del judío a la comitiva de cobradores, que se la den primorosamente colocada en una cesta de sal, para que dure bien en su viaje. —Se volvió hacia los aterrados cristianos y preguntó todavía—: ¿Desea alguien preguntar algo?

Nadie contestó.

Los alfaquíes deseaban fervientemente que Yusuf regresase a la Península y terminase su obra convirtiendo, aunque fuese a la fuerza, a todos-los musulmanes tibios en rígidos observantes de las ciento catorce *azoras* y de las seis mil doscientas *aleyas* que contenía el bendito Corán, así serían gratos a los ojos de Alá, el Misericordioso. Cada una de ellas era un signo de Dios; cuanto antes se entendiese así, mejor para *dar al-Islam*. Presionado por todos los lados, Al-Mutamid no tuvo otro remedio que pasar de nuevo a África y rogar al emir de Ifriquiya que viniese otra vez a Spania y que viese de liberarlos del yugo cristiano. Lo hizo con el corazón temeroso, como si fuese a pedir su misma muerte.

20

La esperanza de una boda para Urraca. El viaje de Zayda

AUNQUE la reina Constanza tenía grandes esperanzas de volver a quedar embarazada para que el reino se beneficiase de un heredero varón, no tuvo suerte. Es cierto que, desde que malparió, quedó preñada casi cada año, pero uno tras otro los niños se malograron y, aunque ella nunca llegó a estar al borde de la muerte como lo había estado cuando su esposo estaba ausente en Sagrajas, cada vez su naturaleza se iba resintiendo más y más. Su cutis de por sí pálido se fue apagando y tornándose enfermizo, su faz se tornó triste y sus ojos cristalinos como el agua clara se llenaron de arrugas a su alrededor. Decían que de tanto llorar las muertes repetidas de todos sus hijos. También echaba de menos a Zayda, que, en cierto modo, la había cuidado como si fuese su hermana y, aunque sabía que compartía el tálamo de su marido con ella, había llegado a aceptarlo sin pensar demasiado en ello.

La princesa se había ido, un día le presentó unas excusas vagas: que si tenía asuntos graves que resolver, que si ya la avisaría cuando pudiese regresar. Nada en concreto. Esa misma noche organizó una caravana y se alejó de Toledo sin despedirse de nadie. Dejó todo abandonado en el Palacio Alficén, ropas, joyas, adornos, muebles. Se llevó a su gente y nada más.

Los parientes de doña Constanza estaban satisfechos, por fin la mujer sarracena había desaparecido de la corte. Una asamblea de cristianos no debía soportar la presencia de una infiel y menos en la cama del rey haciendo la competencia a la verdadera reina emperatriz. Aquello había sido un capricho intolerable, una conducta indigna, de un cristiano fiel a la Santa Madre Iglesia. Doña Constanza era una buena esposa y nadie tenía la culpa si los niños concebidos morían uno tras otro. Al menos había una niña sana y rozagante: doña Urraca.

Ella crecía bien y ya tenía siete años. Bien es cierto que aún había otras niñas, que en caso de que Urraca muriese —¡Dios no lo quisiese! — podrían todavía heredar el reino: las hijas de Jimena, su primera concubina. Pero nadie pensaba en esas niñas, habiendo como había otra sucesora legítima que ya había pasado los primeros años, que era cuando la muerte se llevaba a los niños. Urraca era ya una doncellita voluntariosa y malcriada.

Un día el duque de Borgoña preguntó de sopetón mientras comían con el rey bajo unos árboles en una jornada de caza:

—¿Qué fue de la mora Zayda?

El rey se quedó sin palabras, no deseaba hablar de ese asunto; harto pesado y difícil le era prescindir de la *sayyida* para que ahora el duque quisiera saber dónde estaba. Contestó con algo de acritud.

—Básteos saber, señor duque, que no está con doña Constanza, como me pedisteis. En ello os he complacido. La princesa estará en donde le plazca. —La salida de tono de don Alfonso fue suficiente para que el duque nunca más le preguntase por la hermosa sarracena.

Desde el descalabro de Zalaca, los moros se rebelaban por todas partes, seguramente estaban probando cuánto había herido a los cristianos la derrota de Sagrajas. En Aledo, unos cuantos musulmanes se levantaron contra el rey haciéndose fuerte en el famoso alcázar, y el rey acudió desalojarlos del castillo-fortaleza.

Era una edificación impresionante, estaba enclavada sobre un espigón rocoso que dominaba extensos campos, y que era un hito clave en el control de las vías de comunicación que conectaban el litoral del sureste peninsular con la meseta central. El punto elegido para colocar semejante atalaya era la cumbre de un cerro con forma alargada y escarpadas laderas. Parecía imposible desalojar a los rebeldes de semejante nido de águilas. Los borgoñones que acompañaban en la expedición a don Alfonso se mostraron casi ciertos de que aquel lugar fortificado era imposible de desocupar. Pero el rey no pareció impresionado.

—Nuestra tierra es quebrada y llena de montañas y cerros como éste. Nuestras guerras siempre han sido así. Estos castillos han sido sucesivamente de los romanos, de los íberos, de los moros, de los cristianos, otra vez de los moros y previsiblemente serán de nuevo de los cristianos. Se han tomado y perdido muchas veces. Lo tomaremos. —Su voz era tranquila y definitiva y su confianza contagió a los francos. Al fin y al cabo, pensaron, esa tierra llevaba ya cientos de años luchando contra el moro que se hacía fuerte en castillos roqueños como ése y a pesar de todo iba recuperando su territorio palmo a palmo. De hecho, exceptuando la derrota de Sagrajas, los cristianos sólo habían tenido victorias durante ochenta años consecutivos.

El más fogoso de los guerreros foráneos era su pariente, mejor dicho, el de doña Constanza, Raimundo de Borgoña. Pronto, al ver su entusiasmo, el rey lo llamó y le explicó sus intenciones, su táctica para ese lugar. Raimundo escuchó atentamente las razones del rey, estuvo de acuerdo con sus argumentos, y su enardecimiento creció, y no sin razón. Por la rapidez con que habían llevado a cabo la ocupación del castillo, los rebeldes, dijo el rey, seguramente no se habían preparado bien y no tenían suficientes vituallas dentro de la fortaleza, ni agua, pues la vena del pozo era conocida por los cristianos, que se aprestaron a cortarla. Sin agua, muy pronto hubieron de salir los

moros a presentar batalla, y ello estaba en el carácter de don Raimundo: batalla, no asedio largo y pertinaz. Llegado el momento de la lucha, aunque los insurrectos se defendieron bravamente, no eran en número los suficientes como para afrontar a la *militia regis*.

Entre todos vencieron a los defensores del castillo y lo tomaron para los cristianos: en la batalla don Raimundo se significó por su bravura, que no pasó desapercibida al rey emperador. «Todo un hombre», pensó. Y ello quedó en su mente.

Tomado el alcázar se encomendó a la dirección y cuidado de don García Jiménez, en quien confiaba el rey para que desde ese punto privilegiado vigilase las fronteras de Murcia, pues su rey, Ibn Rashid, secretamente simpatizaba con Al-Mutamid; no fuesen a unirse ambos para molestar en esa zona y frontera al rey emperador.

Terminada la revuelta, don Raimundo y don Alfonso regresaron amigablemente a Toledo.

Allí, nada más llegar, el rey fue como de costumbre a visitar a su esposa, tenía algo importante que decirle. La halló piadosamente rezando con sus damas bajo la sombra de unos árboles. Estaban encalando la capilla de palacio, así que habían salido al aire libre mientras se llevaba a cabo el blanqueo de las paredes. Esperó el rey que terminasen las damas sus preces; enseguida, haciéndoles una señal para que se alejasen, se acercó a su consorte, la besó en la frente y pidió una silla junto a ella. Un sirviente presuroso le trajo una *sedilia* con una *culcitra* de seda y damasco. Ambos quedaron a solas, excepto por un sirviente que desde lejos, respetuosamente, esperaba alguna señal para servir a sus señores.

—¿Cómo habéis estado en mi ausencia, alteza? —preguntó el rey a Constanza.

Ella tomó la pregunta casi como un cumplido. Le agradaba tanto hablar con él que sus palabras eran siempre bienvenidas.

—Triste hasta que os vi, señor, ahora contenta y satisfecha pues habéis vuelto de la guerra y veo que al parecer sin heridas ni consecuencias.

Él se manifestó complacido de que la reina también se hallase bien.

—La campaña ha sido más corta de lo que creíamos, los rebeldes no se habían aprovisionado debidamente y hubieron de salir al campo llano. Allí estábamos preparados, pues éramos más que ellos, no hay cerca población suficiente como para hacer frente a la *militia regis*. Sólo acudimos con nuestra propia mesnada y vuestros parientes, los borgoñones, como bien sabéis. No hubimos de reclutar hombres ni pedir ayuda a los ricohombres ni mandaciones del reino.

—Estuve preocupada, alteza, por si era una añagaza y os esperaban escondidos otros muchos moros, como hicieron los

morabitos de Yusuf ben Tashufin.

—¡No, señora mía, estos de Aledo no tienen esa categoría! No se había movido ningún ejército. Sólo contaban con sus propias fuerzas, creo que únicamente querían ver si aceptábamos como buena su rebelión, o si acudíamos al instante a sofocarla. Estaban probando su poderío, su nervio y el nuestro, eso es todo.

«Por cierto —continuó el rey—, ¿sabéis que vuestro pariente es un gran soldado? Es valiente, frío en el campo y muy avezado. Si también fuese prudente, sería un hombre completo.

—¡Oh, lo es, podéis estar seguro! En Borgoña sé que se acude a él para pedir consejo, es un hombre cuya discreción se mide por su prudencia.

—Entonces, esposa mía, no debemos dejar escapar a este varón. Hará un rey magnífico.

Ella, de momento, se quedó sin palabras. Luego preguntó asombrada:

—¿Un rey, señor? ¿Un rey de dónde? ¿Podemos hacer reyes?

Don Alfonso tomó la mano fría de su esposa y le dijo casi al oído: —Un rey, sí, el rey de Spania.

—¡Un rey de Spania! Pero los reyes somos nosotros. ¿Vamos a abdicar?

—No, mía reina y señora, rey para más adelante. Cuando vos y yo nos hayamos muerto. Debemos casar a Urraca con un príncipe fuerte y prudente. Uno que se quede algún tiempo conmigo para aprender todo sobre esta tierra dura y altiva. Que maneje a Urraca, a pesar de sus pocos años he visto que es voluntariosa y caprichosa, necesitará un varón mayor que ella que la guíe y la lleve por buen camino para el bien del reino.

—¡Pero Raimundo es mucho mayor que ella!

—¿Qué tendrá, treinta años? Creo que en realidad tiene veintiocho. Recuerdo que los trovadores cantaban el nacimiento de Raimundo en Dijon hacia el año del Señor de 1050, ¡vos lo debéis saber mejor que yo, señora! —Pareció pensativo—. Y Urraca ya tiene siete. Dentro de otros siete tendrá la edad canónica para contraer matrimonio. Podríamos celebrar con gran pompa sus esponsales y dejar para más adelante la boda en sí. Con los esponsales, si los acepta el Papa, ya estamos cubiertos. Si nosotros morimos, Urraca no quedará en minoridad, sino prácticamente casada, y el reino, suceda lo que suceda, no quedará sin varón de mérito que lo administre.

—Pero qué manía, mío señor, ¿por qué habríamos de morir?

—Alteza, miradlo bien, he estado a punto de morir en la batalla de Zalaca, me salvó la Providencia Divina y que Zayda estaba conmigo. Vos casi habéis muerto de malparto. Nadie tiene comprada la vida, ni un minuto de ella. Hay que ser previsores. ¿Acaso no os

agrada vuestro primo Raimundo?

—No, si agradarme sí me agrada, y creo que sería un buen esposo, tiene prudencia y paciencia. Sólo que es tan mayor.

—Mayor que él era yo cuando os desposé, doña Constanza.

—¡Ah, pero no es lo mismo! Yo también tenía años aproximados a los vuestros, y Urraca tiene sólo siete años.

—¿Sabéis de algún otro varón digno de su mano?

Constanza movió la cabeza de lado a lado. En realidad nunca se había planteado la solución a ese problema, le había parecido que la boda de Urraca era algo lejano, y ahora se le presentaba con una inmediatez que la agobiaba.

—¿Habéis hablado ya con mi primo?

—No, señora, esperaba vuestro permiso y aquiescencia.

La reina piensa con desesperación, no desea dar a su hija tan pronto en matrimonio, ni siquiera celebrar esponsales con un pariente tan cercano. Tiene una idea que se le antoja brillante.

—Alfonso —le apea el tratamiento—, Alfonso, debemos ser cautos, hay que obtener primero permiso de la Santa Iglesia, los contrayentes son parientes y hay que obtener una dispensa so pena de que el matrimonio sea declarado nulo y la descendencia, quizá, fruto de punible y dañado ayuntamiento, con lo que los hijos se verían incapacitados para reinar.

El rey se queda sorprendido, es bien cierto que la Iglesia puede, si quiere, dar la dispensa, pero había que pedirla y esperar a que llegue antes de anunciar los esponsales. Si se anuncian, o peor aún, si se llevan a cabo sin autorización, la boda será prohibida y los padres quizás excomulgados al igual que los contrayentes. ¿Cómo pudo olvidar ese requisito? Él, que se había visto reprendido más de una vez por sus proyectadas bodas con damas que eran menos cercanas en parentesco que Raimundo y Urraca, que tienen un parentesco de tercer o cuarto grado. Hasta el sexto grado requiere dispensa eclesiástica. Oye la voz de la discreta reina:

—Además, mientras estabais lejos, en la toma de la fortaleza de Aledo, me ha llegado una comisión de la ciudad de León, de la que sois emperador; desean que este año Urraca tome parte en las fiestas de San Froylán.

»Me han dicho que Urraca tiene la edad perfecta; ya no es una niña, y sí una inocente doncellita. Justo las que deben tomar parte en la ceremonia. De siempre, me han dicho, las infantas toman parte en esta fiesta de su patrono, san Froylán. Les prometí que lo consultaría con vos tan pronto como regresarais. —Hizo una larga pausa—. No supe qué más decirles, ignoro qué es la ceremonia de las Doncellas Cantaderas y no quise preguntar a la comisión, por no hacer patente mi ignorancia de sus amadas costumbres.

—Es cierto, doña Constanza, debía de haberos puesto sobre aviso, no me imaginé que desearían que la infanta heredera fuese en procesión con el resto de la nobleza y del pueblo llano... No había precedentes. En todo caso no podemos decir que no, nos enemistaríamos con todo el pueblo leonés, aman esa ceremonia y la esperan todo el año.

»Todas las infantas de León han ido sucesivamente a procesionar y a tomar parte en la ceremonia de las Doncellas Cantaderas, pero es que no ha habido hasta ahora una infanta heredera, como Urraca, eso la pone por encima de todas las otras, pero hay que observar las tradiciones. —Se decidió repentinamente—. ¡Sea, mandaremos un mensaje diciendo que la infanta tomará parte en la ceremonia! Cuando esté casada o haya celebrado esponsales, ya no podrá ser «cantadera», esta función sólo la pueden desempeñar vírgenes sin ningún compromiso.

M ¡entras, mandaré recado al Papa y le expondré razones que no podrá rehusar. Ello le hará apresurar su respuesta.

Don Alfonso envió al Papa una carta exponiéndole sus motivos para desear casar a su hija Urraca con Raimundo de Borgoña, primo de su madre, y por lo tanto tío segundo de la contrayente; hechas las explicaciones le pedía una bula de dispensa por parentesco. Para motivar al pontífice le envió una cuantiosa limosna «para sus necesidades»; al mismo tiempo escribió a don Hugo, abad de Cluny, al cual envió nada menos que tres mil monedas de oro fino. Sabía el monarca que don Hugo estaba empeñado de construir el mayor templo de la cristiandad para albergar allí a los innumerables frailes de la orden benedictina de Cluny, los temidos Monjes Negros que pretendían unificar los ritos de la cristiandad entera bajo la égida de Roma.

... este oro es mi contribución a la gran obra, y espero al tiempo que intervengáis para que el Santo Padre autorice la boda de mi heredera con su tío segundo, don Raimundo de Borgoña; él y ella serán protectores tanto de la Santa Madre Iglesia como de la Orden bendita de Cluny... si los asuntos de la boda van bien, recibiréis otro tanto después de que se celebre..

Ello motivaba al más remiso. Además la carta añadía:

... si bien es cierto que don Raimundo es pariente en tercer o cuarto grado con Urraca, también es cierto que ambos son parientes vuestros y que tanto Raimundo de Borgoña, vuestro sobrino, como Urraca, hija de Constanza, también sobrina vuestra, escucharán vuestros sabios consejos y os apoyarán con los gastos de Cluny cuando

reinen. Siempre recordarán con gratitud que vos ayudasteis a obtener la dispensa papal...

Aunque el abad de Cluny, don Hugo, era el mismo legado papal que había venido a Spania a reconvenir a don Alfonso por sus amores varios, ahora sus nuevas responsabilidades le obligaban a ser menos duro y más cauto y agradecido.

No tuvo que pensarlo mucho, él ayudaría al matrimonio de estos dos buenos cristianos que, por añadidura, eran sus sobrinos. El único problema era que justo en esos momentos no había Papa.

El solio pontificio estaba vacante, debía haber sido ocupado por el príncipe Dauferio de Fausi, hijo de Landolfo V de Benevento. El joven

Dauferio había probado ser hombre piadoso c ingresó a los trece años en Montecassino; ahora hombre maduro, había sido elegido Papa. Por alguna razón desconocida para todos, él había intentado retrasar su nombramiento efectivo, de modo que en este momento, a mediados del año de 1087, aún no había sido consagrado. Esta circunstancia había sido aprovechada por otro hombre de iglesia que se había hecho elegir Papa con el nombre de Clemente III. Ahora se daba la circunstancia de que el Papa electo no había sido consagrado y el que había sido consagrado no era el elegido por el sínodo. Don Hugo escribió a don Alfonso una carta como contestación a la suya, entre otras cosas le decía:

... las tres mil monedas de oro creo servirán para la mayor gloría de Dios y de su convento y cenobio, que albergará a la mayor cantidad de monjes que se pueda en todo el mundo conocido. El nuevo Cluny que tengo en mente es tan grande y tan poderoso que hablará por sí mismo de la grandeza de Dios y de su poder... Con vuestro dinero le daremos de inmediato un gran empuje. Ya no agrandaremos la fábrica antigua, sino que nos ponemos a demoler lo viejo y levantaremos un monasterio como jamás se vio: ni Sahagún, ni Montecassino, ni ningún otro igualará el nuevo Cluny...

Del asunto que os interesa, una dispensa papal para que Urraca y Raimundo puedan lícitamente contraer matrimonio canónico, dadlo por solucionado. Yo mismo acudiré en peregrinación a Roma (y salgo hoy mismo) para ver de obtenerlo; mientras tanto sed paciente y no actuéis antes de recibir la dispensa, si se prometen o casan antes de recibir la dispensa, ésta será inválida. El parentesco no es en primer o segundo grado, que son muy difíciles de dispensar, sino cuarto, y el Papa verá la conveniencia de tener unos reyes favorables a las enseñanzas de la Santa Madre y de la Orden de Cluny, en que se apoya para extender la paz de Dios...

Dejamos al abad Hugo de Cluny en su camino hacia Montecassino; bien sabía él que Desiderio no estaba en Roma, sino oculto en el monasterio que tanto amaba, en donde había sido abad más de treinta años. Los partidarios de Calixto III, el antipapa, le buscaban en Roma, casa por casa, con la nada santa intención de matarlo allí donde lo hallaran. Pero el príncipe Desiderio, hijo de Landolfo V de Benevento, contaba con incondicionales, tanto dentro de la Iglesia como en Montecassino, y así estaba oculto sin que nadie lo sospechase justo en medio de todos: en Montecassino. Sus perseguidores jamás lo buscarían allí, y Hugo sabía dónde estaba, quizá no había más que dos o tres personas que lo supiesen.

Mientras, hemos dejado a Zayda que abandonaba el reino de Toledo después de recibir una carta de su amado Alfonso en que le pedía que, al menos por el momento, fuese a alguna de sus posesiones hasta que el rey emperador la llamase de nuevo. Sin hacer ningún comentario, sin llevarse nada de lo que no le pertenecía, Zayda recogió a su gente: su guardia personal, su eunuco y amigo, Nashi; su paje Hafs; a su protegida, la cristiana mozárabe, Anisa, con sus hijos; sus servidores y damas, y esa misma noche hizo saber que se iba a una alquería cerca de Cuenca, pero en verdad, con todos ellos bajo su protección, se dirigió a Huete. Era más seguro que no se supiese de momento en dónde estaba.

Después de todo lo vivido con Alfonso, la carta le pareció algo así como un destierro, o peor aún, una especie de corte en su relación, como un divorcio o repudio: el odioso *talaq*, palabra que en árabe tiene el sentido de «verse libre de ataduras». Por el *talaq* el casado renuncia a sus derechos sobre el cónyuge. Este *talaq*, divorcio o ruptura, puede ser temporal o definitivo. Eso le pareció a la princesa cuándo el rey le comunicó que ya la mandaría llamar cuando fuese oportuno. Todos los días volvía a leer aquello... «Yo os haré saber cuándo sea oportuno que volváis...» La princesa tenía afligido el corazón pero también tenía su dignidad herida. Decidió tomarse un tiempo para pensar, al fin y al cabo era una princesa de sangre real y siempre podría volver a su tierra como una mujer repudiada, aunque ello era algo triste, pero al fin tendría a dónde ir. Había habido más mujeres repudiadas y muchas, inclusive, llegaron casar con príncipes y reyes.

Habiendo tomado el mandato de Alfonso como un *talaq*, Zayda se acogió a la literalidad de la ley que decía que éste no tenía efecto inmediato, sino que había un plazo —*idda*— de tres meses entre la declaración de repudio y la efectividad del mismo. Pasado ese tiempo ella estaría en libertad de ir a donde quisiese y además había de reclamar al rey la totalidad de su dote o *mahr* y su *ad-dujuwar* o ajuar,

a modo de compensación simbólica. Alfonso, que se intitulaba «rey de las dos religiones», tendría que aceptar la ley islámica si la apartaba de su lado. La famosa dote de la mora Zayda, con sus ciudades, castillos y plazas fuertes, alquerías y salinas, volvería a *dar al-Islam*.

Después de un viaje más o menos sin incidentes dignos de mención, arribaron a las cercanías de Huete. Allí tenía la princesa un palacio fortificado y ya había mandado recado de que pensaba alojarse allí. Los sirvientes se habían apresurado a preparar todo para su señora, la *sayyida*. La descendiente del Profeta, la hija de Al-Mutamid de Sevilla, la *almea* más famosa del islam todo. Era tal la expectación que, aun cuando se sabía que ella no entraría en la ciudad, los habitantes se habían desplazado para verla pasar aunque fuese fugazmente. Ella no quiso defraudarles y, al saber que la multitud habían tomado sitios a la vera del camino desde muy temprano, se detuvo en su viaje justo el tiempo necesario para bañarse con agua perfumada y así borrar las huellas del cansancio y el polvo de la senda. Se hizo vestir como para recibir a un rey e hizo sacar la silla de manos desplegable que venía en su equipaje. Un poco de lujo complacería a sus vasallos. Delante de ella las damas, ricamente vestidas y veladas, montaban sus hermosos caballos bien enjaezados y adornados, a los que se les había entretejido en las crines unas campanillas o cascabelillos diminutos que al andar de los equinos acompañaban a la comitiva con sus leves ráfagas sonoras y delicadas, como correspondía a una caravana de damas y a su reina.

Así llegaron al Palacio de las Cúpulas, nombre un tanto jactancioso, pues apenas tenía una, harto chica, en la misma entrada fortificada. Durante el breve camino, al ver a la hermosa *sayyida*, como un sueño o un cuento oriental, los súbditos se tiraron al suelo, como es de rigor cuando pasa la sultana, y ya sin mirarla de frente gritaron su nombre y pidieron bendiciones al cielo para tan hermosa criatura. Los niños de la villa de Huete iban delante de la comitiva echando flores y tomillo para que al paso de los caballos su aroma se elevase al cielo.

Tan pronto llegó la señora a su palacio, hizo salir a unos sirvientes que echaron a los circunstantes una lluvia *de fe tuses* que fue bien recibida por la muchedumbre. Después, todos se retiraron, pues se acercaba la hora de rezar y convenía hacerlo.

A poco se hizo oír la voz clara del muecín:

—*¡Allahu akbar!*

21

En el Palacio de las Cúpulas, otra prometida para Alfonso

EL PALACIO fortaleza de Zayda en Wabba, Huete, no era, ni lejanamente comparable al Palacio Alficén. Este último había sido construido para las delicias del cuerpo y el espíritu, mientras que el Palacio de las Cúpulas era un alcázar defensivo. Nada de jardines amenos, ni fuentes sonoras, ni caminillos de losas de colores en los hermosos vergeles y alamedas, ni árboles frondosos, ni flores perfumadas. Un nido de águilas encima de una roca pelada, un edificio áspero sobre un altozano abrupto que dominaba por un lado una llanura, y un valle largo y estrecho por el otro. Lejos, coronando las montañas circundantes, se habían levantado como una ristra de puntos de observación unas torres altas y macizas, atalayas, cuyo único fin era albergar a un solo soldado cuya obligación era otear el horizonte en previsión de la llegada de algún enemigo. El fuego encendido en estas torres era señal de alarma.

Por dentro, el Palacio de las Cúpulas albergaba un dédalo de corredores y muchas habitaciones frías y oscuras; y esto había de ser así necesariamente porque las paredes eran gruesas y construidas de piedra roqueña y las ventanas no podían perforar estos muros más que con unas oquedades largas y estrechas, aspilleras o saeteras las llamaban, porque también cumplían este oficio.

Las habitaciones de la *sayyida* se habían acomodado lo mejor posible, con colgaduras y tapices, aunque en principio eran lugar destinado y pensado para hombres duros, batalladores, capaces de sostener un asedio, mandar sobre hombres impetuosos y bravos guerreros y no para damas ni menos aún princesas. A pesar de las colgaduras y cortinajes, una *almea* estaba tan fuera de lugar en este sitio como un ramo de nardos en una duna de arena.

Pero Zayda no pareció notar nada de extraordinario en aquel sitio Lo primero que hizo fue hacerse conducir a todas las estancias de su palacio. No lo conocía y deseaba hacerlo cuanto antes. El mayordomo la condujo por los fríos pasillos explicándole para qué finalidad estaba construido cada cuarto o salón. Después de pasar revista a toda la casa aún tuvo ánimo para pedir:

—Ahora, llevadme por favor a las cocinas y las habitaciones de los siervos.

El mayordomo se azaró.

—Eso no es posible, *sayyida.*

Zayda alzó sus finas cejas en gesto de incredulidad.

—¿Por qué no es posible, *nazir*?

Él no supo de momento qué contestar. Luego dijo atropelladamente:

—Pues porque nunca se ha dado el caso de que los señores de la plaza visiten los cuartos de los sirvientes y esclavos.

—Bien, así ha sido, pero el señor de la plaza soy yo, la princesa Zayda, y es mi deseo visitarlos. —Le miró fríamente a los ojos—. ¿Tenéis algo que objetar, *nazir*?

El agachó la cabeza y le hizo varias zalemas.

—Desde luego que no, mía señora, sólo lo decía por vuestro bien. No es espectáculo agradable.

Pero Zayda no cambió de idea, antes bien dijo:

—¿Vamos pues? —Y echó a andar hacia las estrechas escaleras que se hundían en el suelo, pues suponía que por allí se iría a las habitaciones de los siervos.

Unos hachones en las paredes alumbraban de trecho en trecho las profundidades de la tierra. Un olor a musgo y a humedad rezumaba por todos lados. El castillo o alcázar, si bien construido sobre piedra, no era completamente estanco y el agua goteaba por los pasillos, ya que una vena afloraba en el sótano, siendo ésta la que daba vida al alcázar, pues en caso de sitio los defensores y los allí acogidos no se verían derrotados por la sed.

Un hormiguero de pequeñas estancias se alineaba a lo largo de un pasillo que no era derecho, pues se curvaba siguiendo las rocas y piedras que evitaba. Zayda entró decididamente, sin llamar, en algunos de esos habitáculos. En realidad no eran malas las estancias y estaban amuebladas si no con lujo, sí con lo necesario. Pero eran oscuras y su atmósfera atosigaba al que no estaba acostumbrado a ella. La cocina era amplia y era la única estancia con un respiradero hacia el exterior; allí se afanaban los cocineros preparando las viandas sobre fuegos abiertos y sobre fogones y espetos.

Zayda miró lo que había ido a ver y salió sin decir nada. Volvió a subir por las escaleras y entonces habló al *nazir*.

—Mañana notificareis a los sirvientes que se han de mudar al primer piso.

—¡Imposible, *sayyida* ese piso es para los soldados!

—Ahora sólo tenemos un destacamento pequeño, el de mi seguridad. Sobran estancias. Además, si es necesario, que ellos ocupen el siguiente piso, está lleno de salones inútiles.

—¿Inútiles...? —Empezó a rechistar el *nazir*, pero la soberana le interrumpió.

—Ni una palabra, no he venido a discutir con un miserable administrador. ¿Queréis que os autorice para marcharos? Mañana mismo podríais hacerlo, mi eunuco Nashi podría ocupar vuestro lugar sin menoscabo. Él es capaz de organizar una corte de más de tres mil

servidores y un harén sin rechistar y mejor que vos, sin duda. ¿Deseáis iros?

—No, no, *sayyida*, sólo intentaba explicaros por qué tenemos esos salones... pero en fin, veo que tenéis vuestras propias ideas. Se hará como decís. Mañana se mudarán los siervos al primer piso. Los soldados, si hace falta, llegarán al segundo. —Luego con cierta malicia preguntó—: ¿Y vos, alta señora, en dónde queréis quedaros? —Ella le miró a los ojos y lo que él leyó en ellos le hizo retroceder—. Perdón, quiero decir si no os gustan las habitaciones que os hemos preparado.

—Me parecen bien, de momento. Quizá me mude en un día o dos, por ahora sirven. ¡Ah, ponedme a la cristiana Anisa en las habitaciones colindantes a las mías!, no quisiera que tuviese ninguna dificultad, es mi invitada, junto con sus hijos. Mis damas se alojarán en el mismo piso y la cristiana comerá con nosotras mientras estemos aquí y yo no disponga otra cosa. ¿Queda todo entendido?

El mayordomo se inclinó. Había entendido perfectamente, con Zayda no valían subterfugios ni medias palabras. Se jugaba la cabeza.

Hacía muchos años, todavía en el siglo VIII, el rey Mauregato, para estar en buenas relaciones con Abderramán I, le prometió enviarle cada año cien doncellas de las más hermosas del reino. Estarían divididas entre nobles y llanas. Según la leyenda, tan innoble tributo se pagó a los moros hasta el año 860, en que el rey Ramiro I llegó al trono y decidió terminar con este infame tributo que arrancaba de sus hogares

a las más resplandecientes doncellas del reino y las campesinas más hermosas.

Estas señoras, decía la tradición, eran llevadas a tierras moras y naturalmente, iban llorando todo el camino, pensando en qué destino ignominioso les esperaba al llegar a *dar al-Islam*. Para consolarlas y darles una mejor idea de su destino, las acompañaba una señora de edad de respeto que durante el viaje les hablaba continuamente de su destino: serían esposas de hombres poderosos, ricas y bien honradas, tendrían hijos que serían a su vez mandatarios y líderes de hombres. Serían mujeres acomodadas y realzadas por sus maridos, pues en modo alguno serían vendidas o esclavizadas, al contrario, se las esperaba cada año con impaciencia, pues bien se sabía que estas cristianas del tributo a más de hermosas eran buenas madres y esposas.

Esta señora que así les hablaba era llamada la Sotadera, y era figura imprescindible en el viaje.

Cuando el virtuoso rey don Ramiro I decidió terminar con tan vil tributo, rezó mucho para que el Altísimo le concediese la victoria, no sólo por él, sino por las doncellas que deseaba liberar de tan

espantable destino para todos los años futuros. Por la noche se le apareció el apóstol Santiago, quien le prometió que le ayudaría si él, Ramiro, también ponía todo de su parte. Así lo prometió el rey, y al día siguiente, en Clavijo, apareció el bendito Santiago montando un caballo blanquísimo y repartiendo mandobles, lo que animó mucho a los cristianos y al fin les dio la victoria.

Con la batalla de Clavijo se acabó para siempre el Tributo de las Cien Doncellas, y desde entonces tal suceso se celebraba en León con gran alegría. Las Doncellas Cantaderas eran las representantes de aquellas cien que durante muchos años hicieron, llorando, el camino del sur hacia su destino como esposas o concubinas de los moros, y más aún, representaban, a su manera, a todas las que se fueron y que ahora volvían cantando de su destierro en tierras islámicas a casa de sus parientes en tierras cristianas.

Hacía ya más de doscientos años que tal suceso liberador había tenido lugar y cada año se celebraba tal fiesta en todas las plazas e iglesias y todo el pueblo se volcaba lleno de alegría. Las doncellitas de León esperaban con ansia el cumplir los años necesarios para ser cantaderas.

Era tradición que las infantas de León, cuando llegaban a una edad adecuada, fuesen también cantaderas en la procesión.

Salían de San Marcelo hacia la catedral y las acompañaban niños que regaban con pétalos el suelo por donde ellas habían de pasar. Grupos de músicos tocaban a su paso y los sacerdotes las inciensaban continuamente. Las cantaderas se llamaban así porque literalmente cantaban su alegría por volver de tierras del Profeta a tierras del Señor Jesús. En la primera parte entonaba largas canciones la Sotadera, intentando convencerlas para que no volviesen de *dar al-Islam*, en donde, decía, eran grandemente honradas, pero ellas contestaban y argüían que eran cristianas y que volvían por la gracia de Dios y por la bravura del rey Ramiro a su tierra y con sus parientes. Todo esto acompañado de recitaciones, cantos y bailes que se prolongaban todo el día dentro de la catedral, con todo el pueblo por testigo.

Este año la presumida infantita Urraca era la atención de todos, pues si bien había de vestir al igual que sus compañeras, como si volviese de tierras islámicas, su sola presencia era la atracción, pues se sabía que era la heredera al trono, si no nacía varón, cosa que no parecía probable, dados los años que llevaban casados Constanza y Alfonso y ello no había sucedido.

Aunque la infanta tenía que hacer lo mismo que las otras doncellitas, el rey se preocupó de que, ya fuera de la procesión, un séquito de honor acompañara a la infanta. No menos de cien ricohombres engalanados de punta en blanco, seguidos de sus hombres y mesnadas, seguían piadosamente la ceremonia, dando

testimonio de la calidad de esta cantadera. Eran todo un ejército y hablaban del poder de los reyes emperadores.

El soberano estaba contento. Justo ayer, y aún no lo sabía nadie, había llegado una carta sellada y lacrada de Hugo de Cluny.

A mi señor el rey emperador, don Alfonso, sexto de su nombre, de Hugo, Abad de Cluny: salud y gracia.

Tal y como os prometí partí a ver al Santo Padre, el cual atendió a mis razones y os envía por mi mediación noticia de la dispensa para que Urraca y su tío Raimundo puedan contraer matrimonio canónico según manda la Santa Madre Iglesia; con esta dispensa de consanguinidad los hijos habidos de tal matrimonio serán hábiles para reinar y el matrimonio válido a todos los efectos. Siento deciros que el Santo Padre está muy enfermo y quizá cuando os llegue esta carta ya haya fallecido; en todo caso yo me he adelantado a cualquier dificultad y también he hablado del asunto con el próximo Papa, que será un hombre de Cluny, sea Dios Servido, y es el virtuoso monje Eudes de Lagery.

Tanto uno como otro me piden una sola cosa para confirmar la

dispensa, que si por la Voluntad del Todopoderoso muriese la virtuosa y recatada Constanza, habréis de contraer matrimonio con Berta de Borgoña, llamada también Berta de Benevento, pues su madre era italiana y condesa de tal lugar. De momento ya ha sido instruida acerca de cuáles son los deseos del Papa y no tiene inconveniente alguno en desposaros. Para vuestra información añado que doña Berta estuvo casada con el emperador Enrique IV en el año 1069. Aunque de edad, aún es fértil y esperamos que os proporcione un heredero varón.

En cuanto reciba vuestra confirmación os haré llegar la dispensa.

Vuestro, en el Señor. Hugo abad de Cluny.

Don Alfonso le refirió a su esposa el contenido de la carta de Hugo, su pariente, y de cómo el hombre santo estaba de su lado y había conseguido la dispensa para que Urraca y su tío contrajesen matrimonio. No había prisa, sólo se celebrarían esponsales, dada la edad de la contrayente. El documento, lastrado con la bula de plomo, llegaría a tiempo para la boda. No le dijo que el papado ya tejía su tela de araña alrededor de Spania en caso de que la reina Constanza muriese, como bien podía ser por la larga serie de abortos habidos. Además la reina estaba muy avejentada por estas pérdidas repetidas. No mencionó para nada a Berta de Borgoña.

El rey contestó enseguida y un propio de toda confianza viajó raudo hacia Cluny con la respuesta:

De Adefonsus Rex Imperator, a don Hugo de Cluny: salud y gracia.

Sépades que recibí la carta última con gran alegría, pues ella significaba la salvación del reino. Si bien Urraca es muy joven, el tiempo pasa raudo y no podemos descuidarnos. En cuanto tenga en mano el documento de dispensa, procederemos a la ceremonia de los esponsales. Urraca quedará en manos de sus tutores desde entonces hasta que la entreguen a su esposo. Nada se hará público hasta no recibir el protocolo papal.

Dios permita que mi amada esposa, la Regina Emperatrice, viva largos años a mi lado, pero si no fuese ésa la voluntad del Altísimo, entonces no tendré inconveniente en tomar por esposa a la virtuosa señora que me decís, doña Berta de Borgoña. Espero que vos me digáis si me atañe algún grado de parentesco con ella, por

el lado de mi actual esposa, pues en ese caso tampoco podría desposarla a menos que contase, yo también, con la dispensa debida. Os enviaré lo que resta de mi óbolo para vuestra magna obra de Cluny tan pronto como reciba el documento de Su Santidad.

ADEFONSUS *Imperator*

Concentrado en su proyecto de casar a Urraca con Raimundo de Borgoña, Alfonso olvidó que ya estaba prometido a Zayda, ahora ausente. Y a pesar de todo la amaba, sólo que ante las necesidades del Estado posponía cualquier otra consideración, al menos de momento.

Una vez que Zayda hubo acondicionado la vivienda en Wabba, se dedicó a pensar cuál debía de ser su próximo paso. Es cierto que sus propiedades exigían de ella un seguimiento, pero en puridad, y aunque el rey no las reclamaba, ya eran de él y si quisiese reclamarlas ella no tendría fuerza ni moral ni militar para conservarlas.

Suyas eran, según lo otorgado por su padre, las plazas de Caracuey, Alarcos, Consuegra, Mora, Ocaña, Uclés, Huete, Amasátrigo y Cuenca, con sus tierras circundantes, alquerías y tierras de labor. Hasta ahora la *amirah*, princesa, se había movido en ellas como si fuesen todavía de su propiedad, pero si el emperador las reclamaba, ella quedaría en evidencia y sin tierras.

Decidió resolver el estatus jurídico de estos dominios y propiedades, saber, de una vez por todas, si el rey las consideraba suyas o si por el contrario las podía mantener bajo su gobierno hasta que ella matrimoniase a Alfonso, o en caso contrario mantenerlas como suyas si al fin no había matrimonio. Ella sentía que podía conservar estos lugares como un pequeño reino para sí, igual que hacían las cristianas solteras, hijas de reyes, a las que se agraciaba con

un infantazgo para que contasen con un patrimonio digno como miembros de la real familia, si escogían no casarse.

En estos pensamientos estaba cuando una mañana vino, muy cortés pero al parecer preocupado, su *ad-dalil*, Abbu Ahmed ben Yussuf, el cual manifestó que deseaba hablarle. Ella lo apreciaba sinceramente, pues ya hacía años que le servía fielmente.

—Hablad ingenuamente, mío *ad-dalil*. Decidme qué os preocupa. ¿Acaso os habéis cansado de mi servicio? Sabed que no sois esclavo, sino libre y que os podéis marchar, si ése es vuestro deseo, aunque lo sentiría.

No es eso, *sayyida*. Cuando entré al servicio de su alteza yo ya era hombre de edad de conocimiento. El servicio de vuestro padre y las muchas guerras en las que le hube de acompañar me robaron parte de mi vida. —Zayda le miraba sin comprender adonde quería ir a parar Abbu Ahmed. El hizo una pausa y continuó—: La última vez que estuve en Cuenca vi a algunas hermosas y honestas doncellas y eché de menos el tener yo también una esposa, unos hijos y una familia. No soy viejo, *amirah*, pero no debo dejar pasar más tiempo. —Tomó aire y luego continuó—: Vi, señora, como os dije, unas hermosas jóvenes, hijas del cadí, quien por la voluntad de Alá, sea alabado su nombre, tiene varias y está deseoso de casarlas.

—¿Pedís mi permiso para matrimoniar a alguna?

Él pareció incómodo.

—Señora, el caso es que he cambiado de idea.

La princesa no comprendía qué quería, al fin, decirle su capitán. Empezó a sospechar que el bueno de Abbu Ahmed estaba enamorado y era eso lo que le trababa la lengua y le impedía explicarse con claridad.

—Vamos a ver si nos entendemos. ¿Habéis escogido ya una esposa? —He escogido, *sayyida*, pero ella aún no lo sabe.

—¡Ah, querido *ad-dalil*, eso no sería tan importante, aún estáis a tiempo de cortejar a la joven! —Luego una duda surgió en la cabeza de Zayda—. Si ella es libre... digo que si ya está casada o prometida...

—No, no, *sayyida*, no osaría mirar a mujer con marido o prometido...

—¿Cuál es el problema entonces?

El vergonzoso Abbu Ahmed se decidió a decirlo.

—Es viuda, señora.

—Bueno, ¿y cuál es el problema? Muchas viudas se casan si encuentran pretendiente. ¿Es rica?

—No, al menos que yo sepa.

—Eso, querido *ad-dalil*, significa que la amáis de verdad, no por el interés.

—Señora, he servido muchos años a vuestro padre y a vos misma.

Con Al-Mutamid muchas veces hubo reparto de botín y siempre sueldo. De vos también he recibido paga, tengo ahorros como para empezar una vida modesta pero sin ahogos. Además quiero seguir un oficio, dejar el ejército, eso os quería decir, y convertirme en *exea*. He viajado mucho y conozco todos los caminos. Quiero ser guía de caravanas; mi paga será una cantidad cerrada y una parte de lo que se gane en el viaje.

—Es un hermoso oficio —convino la princesa al verle tan entusiasmado—, pero difícil y arriesgado.

—No para mí, señora, que he combatido toda mi vida y sé cómo salvaguardar las cosas y la vida.

—Tenéis mi permiso entonces, que el Profeta os bendiga y si necesitáis un socio para esas caravanas yo misma pondría dinero para llevar y traer cosas desde esta parte de Spania hasta Al-Andalus, como suele ser costumbre entre los *exeas*. —Calló un momento y luego añadió—: Quizá de vez en cuando os solicitase alguna información de los sitios que atravesaseis.

El buen hombre no habría soñado tener una mujer como socio y menos aún tan rica y poderosa como la *sayyida*, pero le pareció una gracia del cielo. A veces la fortuna cae de las manos de las mujeres. ¿No había Mahoma matrimoniado a una viuda mayor que él? ¿Y eso no le había permitido dedicarse a la oración y la contemplación? Así, con una princesa como prestamista y aval, nunca tendría necesidad de contar los feluses y si ella estaba de acuerdo podría transportar sólo cosas pequeñas y valiosas que redundarían en grandes beneficios para ambos. Pero de pronto se acordó de que todavía no había llegado a lo más espinoso del asunto.

—No os he dicho quién es mi escogida, señora.

—¿Y bien, pasa algo? ¿Quién es esa afortunada dueña de vuestro corazón? Decídmelo de una vez.

—Es Anisa, *amirah*—, vuestra protegida.

Esta vez sí que Zayda se quedó sin habla, nunca se habría imaginado que la viuda cristiana levantase pasiones; pero pensándolo bien, era una mujer joven, callada y discreta. Bien es cierto que ya tenía dos hijos, pero eso no preocupaba al parecer al galán, era ya mayor y probablemente no le importaba empezar ya con dos hijos, otros vendrían, seguramente, y así serían una gran familia. Además, él no lo sabía, pero Anisa tenía nada menos que un mancuso que llevaría de dote. Eso y lo que él tenía ahorrado les convertía en una pareja rica.

—Me parece todo bien, mío *ad-dalil*. Dejadme hablar en vuestro favor a la cristiana. ¿Podrían los cristianos conservar su religión?

—Bien, señora, ya sabéis que los *exeas* son generalmente moros conversos, cristianos algarabiados o mozárabes. Tienen su propio

estatuto y deben tener cierto bilingüismo, así que suelen estar casados moros con cristianas y viceversa. Muchos viven a caballo en la frontera, entre uno y otro país. Sus hijos son indistintamente moros o cristianos, así que no hay problema por ese lado, unos pueden ser moros y otros cristianos. Quiero con ello decir que los hijos de Anisa ya son cristianos, y podrán seguir siéndolo, acudirán al barrio mozárabe para sus oraciones. Los de Anisa y míos, si ella me acepta por marido, he pensado que los varones sean islámicos y las niñas cristianas.

—No es fácil, amigo Abbu Ahmed —dijo la princesa pensativamente—. Pero en la vida en realidad nada es fácil, vivir es ir resolviendo problemas, y unas veces acertamos y otras erramos, pero así se pasa la vida. Idos pues con la certeza de que yo haré lo que esté en mi mano para que Anisa y vos mismo lleguéis a un entendimiento. Luego participaremos al cadí que habéis decidido vivir como marido y mujer con mi aquiescencia y que deseáis inscribiros en el censo de los *exeas* para poder devengar lícitamente el *exeatgo*. Ya me ocuparé yo de que no falten recuas para llevar al otro lado de la frontera y hasta Al-Andalus.

A poco de recibir la carta de Hugo Cándido, abad de Cluny, un monje trajo para don Alfonso un documento sellado y lacrado del que colgaba una rodela de plomo, iba dentro de una bolsa de seda, asimismo lacrada y bien cosida, y ésta a su vez en una especie de cubierta de cuero en donde venían impresas las iniciales del Papa.

Alfonso, al tener en su mano el paquete, quedó algo en suspenso. Le dio varias vueltas en sus manos. ¿Admitiría el Papa su sugerencia de casar a ambos primos? ¿Se negaría en último extremo? ¿Le haría más peticiones antes de acceder a otorgarles la bula de dispensa? Pensó que debía compartir las noticias con doña Constanza y se dirigió a sus habitaciones.

—Querida esposa —le dijo—, han llegado noticias del Papa, tal y como nos prometiera vuestro pariente don Hugo Cándido.

—¿Y qué dice? —interrogó casi sin curiosidad la reina.

—Veremos, aún no he abierto su pliego. —Abrió la bolsa exterior, luego con cierta dificultad la de seda y por último tuvo en sus manos el documento en sí, rompió el lacre, le despojó de la bula de plomo y por fin extendió el pergamino sobre una mesa.

Venía escrito en la letra clara y redonda que preconizaban los monjes de Cluny. Decía así:

Sepan todos cuantos este documento papal vieren y leyeren, como yo, Víctor III, por la Gracia de Dios, Sumo Pontífice de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, vengo en otorgar dispensa de cualquier grado de consanguinidad entre Urraca, hija de Alfonso Rey

Emperador de Spania y Constanza de Borgoña, para que pueda contraer matrimonio con su agnado Raimundo de Borgoña. Sea válido este documento para el presente y asimismo para que las generaciones venideras respeten ese matrimonio como lícito y a los hijos habidos dentro del mismo, como legítimos y adecuados para reinar.

Dado en Montecassino el primer día de Septiembre de 1087.

—¡Ya tenemos resuelto el problema de la sucesión! —dijo exultante el soberano—. ¿No os parece magnífico? Ahora ya no nos tendremos que preocupar de que dejamos el reino en manos de una doncella sin experiencia. Ella heredará el poder y la legitimidad del trono y él la *potestas*. Ella heredará el reino y él lo administrará como un marido fiel. Además, como aún ha de esperar al menos siete años para consumar el matrimonio, puede mientras tanto venir conmigo a todas partes y adquirir experiencia en estas guerras y este territorio tan difícil. Conocer y respetar al enemigo sarraceno, esperar a Ben Tashufin o a sus descendientes, que seguramente volverán a terminar su obra.

—Bien —dijo la reina dubitativa—, quizás es mejor así, si yo muero ella ya tiene valedor y esposo. Vos estáis siempre tan ocupado...

Antes de terminar el año ya se habían celebrado los esponsales de Urraca y Raimundo, y para que la fiesta y la alianza fuera completa, también se anunciaron los esponsales de las otras hijas de Alfonso, las habidas con Jimena: Teresa, la mayor, fue prometida a Enrique de Borgoña, primo de don Raimundo, y la pequeña Elvira a otro Raimundo, el conde de Saint Gilles, conde de Tolosa, hombre sumamente pío y pariente de los dos anteriores; así don Alfonso aseguraba a su yerno unas fidelidades tan necesarias cuando se ha de reinar. Para éstas no había necesidad de pedir dispensa, toda vez que no eran parientes de los de Borgoña.

El rey casi no se acordaba de que él también estaba prometido, aunque no se hubiesen celebrado esponsales, con Berta de Benevento.

El mismo mes que escribió la dispensa para Urraca y Raimundo, falleció el papa Víctor III, y tal y como había previsto don Hugo, ascendió al solio papal el abad de Cluny, Eudes de Lagery, bajo el nombre de Urbano II, tío de Berta.

22

La boda de Anisa. El primer viaje del *exea*

AL DÍA siguiente de hablar con el *ad-dalil*, Zayda invitó a Anisa a que viniese para hablar con ella. Esta acudió a la llamada de la *sayyida* con cierta curiosidad. Anisa estaba alojada con sus hijos en el Palacio de las Cúpulas y, aunque provenía del campo y de una casa *meskina*, no dejaba de darse cuenta de que el Palacio de las Cúpulas no era en modo alguno como el Palacio Alficén. Ésta era una fortaleza defensiva, aquí no había lujos asombrosos, ni estaba construida para la vida muelle, y faltaba mucho de aquello que hace la vida exquisita y bonancible. De todos modos ella estaba agradecida, pues no carecía de refugio, comida y de la esperanza de ver su situación, algún día, consolidada gracias a los buenos oficios de su protectora, la princesa sarracena. No quería Anisa quedarse toda la vida a la sombra de la *amirah*, era joven y pensaba que ahora que ya no era pobre debía iniciar una vida independiente, aunque no se atrevía a plantearlo a Zayda de una manera directa.

—¿Me habéis llamado, señora? —dijo cuándo se halló en presencia de Zayda.

Ésta estaba mirando por la ventana la amplia vega que se divisaba a lo largo del valle. Al oírla se dio media vuelta y se dirigió hacia ella con los brazos tendidos.

—Sí, querida amiga —la abrazó y le indicó que se sentara—, desde que me ayudasteis, a mí y al rey emperador, cuando no sabíais quiénes éramos, estoy en deuda con vos. —Anisa hizo gesto de querer decir algo, pero la princesa no le dejó, negándole con la cabeza y las manos la oportunidad de hablar—. ¡No me interrumpáis, por favor, debo terminar lo empezado! Os alejé de vuestra heredad porque creí que si os dejaba sola os abandonaba en peligro en tierra de nadie; vuestro esposo es seguro que ha muerto, si no hubiese vuelto. Muchos murieron en el *fonsado regis*. Nobles, grandes señores, mandaciones, y también Caballeros Pardos, hombres de las Milicias Concejiles y hombres llanos y los pequeños, llamados *meskinos*. —Pensó un rato y miró a lo lejos como percibiendo algo que le daba gran pesar—. También murieron muchos sarracenos, algunos inocentes por completo de la invasión de Ben Tashufin. La tierra ha bebido mucha sangre, hay que hacer algo por la vida. —Preguntó repentinamente—: ¿Habéis pensado qué hacer con vos misma? A mí no me importa llevaros conmigo, pero eso no es vida para una mujer. Hay que intentar vivir vidas completas, no la vida de otros. Os repito la pregunta: ¿qué habéis pensado hacer con vos misma?

—Eso, señora, es difícil de decir —contestó cautelosamente Anisa —, nunca he sido mi propia dueña. Primero fui de mis padres, luego de mi marido, y ahora creo que soy de mis hijos.

—Dejemos eso, ahora podéis decidir. ¿Qué os gustaría? Os podéis instalar como una viuda independiente en algún pueblo, comprar algún esclavo que os ayude en las faenas duras y poner vuestro dinero a trabajar con los judíos. Yo misma os puedo recomendar alguno que os hará producir lo suficiente para vivir modestamente sin necesidades.

»Por otro lado —continuó, como hablando consigo misma—, sois joven y quizá debáis rehacer vuestra vida, buscar un buen hombre que os quiera en matrimonio. No carecéis de dote y un hombre trabajador la puede multiplicar. Además, no perderéis vuestro dinero, pues según la ley nunca será de él, si os repudia tendría que devolver la dote y el ajuar. ¿Qué pensáis?

Anisa no se atrevía a hablar, en su corazón le habría gustado que su marido no hubiese muerto. Pero comprendía que eso era un deseo imposible. Antes de abandonar su casa todos habían esperado un tiempo prudencial a que volviese, pero el esposo se había ido al fonsado y no volvió. Tenía dos niños pequeños y, si bien gracias a la princesa no carecía de medios para alimentarlos y verlos crecer, se sentía sola y sin norte. Por fin se decidió a contestar a la pregunta de Zayda.

—Señora, si no hay más remedio, me estableceré como buñolera en algún pueblo. Tengo buenas manos para la cocina, y también para la costura. No podría dedicarme al campo siendo mujer sola con hijos pequeños, no tengo suficiente fuerza para ello, y no me fío de un esclavo. —Pareció pensar un momento, como poniendo sus pensamientos en orden—. Con lo que me habéis dado, aunque mi industria produjese poco, creo que lograría sacar a mis hijos adelante. Ahora bien, *sayyida*, si Dios me mandase un buen marido, yo se lo agradecería siendo una buena esposa.

Ahora fue el turno de Anisa para sorprenderse, pues sin esperar ni un momento la princesa apuntó:

—Yo tengo un buen esposo para vos, si él os agrada.

—¿Un buen esposo? —Los ojos de Anisa se abrieron como platos —. ¿Y dónde está ese hombre? —Luego lo pensó un poco y preguntó en voz muy baja—: ¿Sabe él que soy viuda y tengo dos hijos?

—Lo sabe, Anisa, y está dispuesto a criarlos como suyos. Él os ama.

—¿Que me ama? ¿Quién me ama? Apenas conozco a nadie, soy extranjera en tierra extraña, de distinta religión y sin parientes...

Por un momento pareció que se echaría a llorar, pero Zayda le pasó un brazo por los hombros.

—El Dios de todas las criaturas vela por cada ser. El Benevolente de los Cien Nombres os ha buscado un hombre bueno que os cuide y os acompañe en la vejez. Pero la ancianidad está aún muy lejos, hay que pensar en el presente. El hombre que os digo es fuerte y os dará muchas satisfacciones y muchos hijos. Sé que es fiel a la palabra empeñada, y espero que además de trabajador sea un buen amante para su esposa.

Al oír esos asertos, Anisa enrojeció y ocultó su cara bajándola.

—¿Lo conozco yo, Zayda? —En ese momento de intimidad, como dos hermanas que hablaban de algo que les atañía a las dos, Anisa le apeó el tratamiento.

—Sí, Anisa, no sé si os habréis fijado en él, es mi capitán, mi fiel *ad-dalil*.

—Oh, el *ad-dalil* —repitió Anisa; y es que ella ya se había fijado en el fornido moro, un ejemplar de hombre que prometía ser trabajador y gran amador. Le satisfizo. Si era cierto que él estaba dispuesto a criar a sus hijos como si fuesen propios, era hombre que no era pobre y por añadidura contaba con la protección de la *sayyida*. ¿Se podía pedir más? Pensó un momento y luego, con curiosidad preguntó—: ¿Os lo ha dicho él?

—Sí, Anisa, vino a pedirme permiso para hablar con vos. Quiere casarse cuanto antes y establecerse como jefe de caravanas, como *exea*, oficio muy productivo, si llevado con cuidado y honradez. ¿Qué le digo?

—Decidle, señora, que hable conmigo. Si vos lo autorizáis yo le aceptaré por esposo. —Pensó un rato y volvió a preguntar—: ¿Me dejará seguir siendo cristiana?

—Sí, Anisa, los caravaneros viven a caballo entre las fronteras y casi siempre hacen matrimonios con judías o cristianas. Ello les asienta en más de una comunidad y acrecienta su prestigio como hombres que conocen todas las religiones y a muchas personas a los dos lados de la frontera. Al zabazoque y al *barid* y a los mercaderes cristianos y judíos. Además suelen tener carta franca de los reyes cristianos y de los señores musulmanes. Su oficio es muy necesario.

—Pues si vos me lo recomendáis, señora, decidle que espero que venga a verme.

El matrimonio se arregló pronto y la misma Zayda quiso ser uno de los dos testigos necesarios para formalizar el contrato de boda; llamó al cadí a su Palacio de las Cúpulas y le explicó que dos de sus más queridos servidores deseaban contraer nupcias.

—¿Seréis, mío cadí, tan amable de venir mañana con vuestros libros para anotar esa intención? Luego lo celebraremos por todo lo alto según el uso y la costumbre.

Vino el cadí, oyó las promesas de rigor y dijo algunas frases

santas a los contrayentes. Les recordó las palabras del Corán.

—Abba Ahmed ben Yussuf y Anisa, recordad que Alá ha dicho y está en el Corán: «¡Hombres! ¡Temed a vuestro Señor, que os ha creado de una sola persona, de la que ha creado a su cónyuge, y de los que ha diseminado un gran número de hombres y de mujeres!», y también habéis de recordar en vuestra vida en común que es «Él quien os ha creado de una sola persona, de la que ha sacado a su cónyuge para que encuentre quietud en ella». El próximo viernes, en la oración comunal del pueblo, daremos a conocer vuestra boda y la perfeccionaremos ante todos y nos alegraremos de que hayáis hallado el amor y la felicidad. —Luego continuó el cadí—: También quiero decir a todos que, aunque Anisa es de religión cristiana, la boda es válida y agradable a los ojos de Alá, pues ella pertenece también a una religión del Libro Revelado y, por ese libro y esa revelación, es lícito matrimoniar un islámico con una cristiana.

Zayda se preocupó de contratar un grupo de personas para que vinieran a hacer fiesta y celebración en el Palacio de las Cúpulas. Para manifestar su agrado por la boda nada mejor que invitar a todos los del pueblo de Wabba, Huete, a que vinieran a comer y a cantar hasta el anochecer en la explanada que había delante del castillo y en los patios interiores. Además contrató a algunos tragasables y malabaristas, encantadores de serpientes y contadores de cuentos así como bailarinas que hicieron las delicias de los presentes. Para que todo resultara inolvidable, las mujeres fueron obsequiadas con pequeños pomos con esencia de jazmín y los hombres con un par de babuchas de fino cordobán trabajado con flores y hojas. Un lujo para andar por casa que sólo se podían permitir los más ricos, no los pobres ni los agricultores. Seguramente tanto ellos como ellas guardarían el regalo como una heredad, para contarles a sus descendientes cómo una princesa, hija del rey de Sevilla, celebró la boda de unos servidores en su palacio y les obsequió con finos presentes. Era una historia que pasaría de generación en generación. No sucedía todos los días que un descendiente del Profeta invitase a todo el pueblo a una boda.

Acabadas las celebraciones, habiendo sido los esposos muy celebrados y vitoreados, los invitados dejaron el Palacio de las Cúpulas y se retiraron, bien que de mala gana. Anisa y Abbu Ahmed fueron los encargados de despedir a los invitados a la puerta hasta que no quedó ninguno que no les hubiese deseado larga vida, riquezas sin cuento y muchos hijos. Cuando al fin terminaron de recibir parabienes se dieron cuenta de que todos se habían retirado y que en el patio sólo quedaban ellos dos. Se sintieron algo tímidos, no en vano casi no habían tenido tiempo de hablar de ellos mismos. Anisa, aunque tenía dos hijos, era muy joven. Poco tiempo había tenido para disfrutar de

su primer esposo, el cual también había sido muy joven, ninguno tenía aún diecisiete años cuando se casaron y apenas tres más cuando el esposo se fue a la guerra y no volvió. Abbu Ahmed, en cambio, era un hombre hecho y derecho, curtido por mil batallas y campañas bajo el sol abrasador o bajo la lluvia o la nieve, era el prototipo del guerrero sufrido cuyo cuerpo y mente eran obedientes al hombre. Anisa, ahora que estaban solos, le miró de reojo y enrojeció. El comprendió su recelo y la miró con una sonrisa, como para darle ánimos.

—Vamos, Anisa —la tomó de la mano—, vamos, tenemos dos hijos y hemos de ver que están bien y que han comido antes de retirarnos.

La joven se sorprendió de oírle hablar así, nunca habría sospechado que su nuevo esposo le hablaría de sus hijos y que se preocuparía de si habían comido o no. Ello le hizo sentir bien y en su corazón lo agradeció más que ningún cumplido, ahora sabía por cierto que este hombre cuidaría de ellos.

Entraron en las habitaciones de Anisa y hallaron a los niños durmiendo pacíficamente. Una sirvienta les dijo que la *sayyida* ya se había preocupado de que todo estuviese a punto. Fátima, la doméstica, les dijo que las órdenes de la princesa eran que ella durmiese en ese aposento junto a los pequeños. Los nuevos esposos debían ir a las habitaciones que les habían preparado en lo más alto del castillo, en donde nadie les molestaría.

Cogidos de la mano, y tomando aliento de vez en cuando, subieron más de doscientos escalones hasta llegar a lo más alto de la torre del homenaje. Caía la noche, desde allí se disfrutaba de una vista inigualable Subieron hasta la terraza y miraron el horizonte hasta que el rosa de las nubes de poniente se tornó en rojo y luego en violeta y más tarde en morado. Las sombras brotaban de abajo arriba, como si se llenase un vaso con la oscuridad. Y llegó un momento en que en la terraza no se distinguía un hilo negro de un hilo blanco. Desde lejos oyeron al muecín llamando a oración y Abbu Ahmed se arrodilló y rezó.

Luego se miraron a los ojos y vislumbraron que serían felices. Ya nunca más estarían solos, ni él iría a la guerra, ni ella se quedaría sin compañía o sustento para ella y sus hijos. Abbu Ahmed sería *exea*, como había deseado, viajaría por toda la tierra pero siempre volvería a donde una cristiana le esperaría pacientemente. Entraron en su habitación y el guerrero se atrevió a besarle en los labios, y aunque ella se escandalizó un poco, hubo de reconocer que su difunto marido nunca había provocado en ella ese cosquilleo y ese latir del corazón como si se le fuera a salir del pecho. Instintivamente comprendió que lo mejor que podía hacer era abandonarse a esa nueva experiencia.

Pasó un tiempo, no demasiado y el nuevo comerciante se sentía impaciente por iniciar su oficio. Invariablemente había envidiado a esos pacíficos viajeros que iban de un sitio hacia otro, sin mucha prisa, y que paraban en todos los lugares y cuya llegada era siempre bienvenida en los pueblos y ciudades. También sabía que el viajar era peligroso, y más si se llevaban mercancías valiosas. Es cierto que siempre habría bandidos dispuestos a jugarse la vida por arrebatárselas, pero Abbu Ahmed no tenía miedo, él era un guerrero experimentado y, aunque alquilaría los servicios de algunos hombres de armas para que lo acompañasen, él mismo era capaz de hacer frente a muchos individuos juntos, no en vano había sido educado en todas las artes marciales por un *atabeg* y además, con cualquier arma, tenía una experiencia que ningún bandido tendría.

El principal problema era conseguir mercaduría. No se podía lanzar al mundo sin nada en las alforjas. En todo caso, lo primero que compró con parte de sus ahorros fue una casa para él y su nueva familia. Una vivienda con un terreno circundante en donde hubiese ya algunas edificaciones para el servicio. Si Anisa había de quedarse sola durante temporadas más o menos largas, al menos tendría algunas mu — ¡eres durmiendo en casa y hombres de servicio vigilando fuera. También perros que se soltarían por la noche para mayor seguridad.

Anisa y él fueron al mercado a buscar animales de carga, pollinos, asnos, mulas y algunos caballos. Toda una recua necesaria para transportar las mercancías. Amén de otras cosas para portear agua, comida, ropa de repuesto, tiendas de campaña enceradas por si hubiese que vivaquear al aire libre, colchonetas, capas aguaderas de tela embreada. Lo necesario para largos y continuados viajes.

Luego había que contratar a los hombres y proveerlos de armas, ropas y cabalgaduras, que todo corría por parte del *exea*. Cuando todo estuvo listo sólo quedaba obtener la mercancía, pero la casualidad, o el destino, vino a resolver el problema.

Una caravana que atravesaba las tierras desde Lérida se dirigía a Sevilla, la mitad de los caravaneros se despedían allí, en Wabba, y el guía con ellos, pues iban a otro sitio y no al sur. Los mercaderes restantes necesitaban otro guía que los llevase a Sevilla, y además hombres de armas para protegerlos durante el viaje. Llegados al zoco se dirigieron a la alhóndiga, donde todo se sabe y se comenta; allí los mayoristas hicieron sus averiguaciones y preguntaron por los *funduq*, una fonda, una casa de comidas; mientras almorzaban pacíficamente un gran plato de *azemita*, preguntaron por la dirección del zabazoque.

—¿Cómo, no la sabéis? —se admiró el posadero—. Todo el mundo sabe dónde vive.

—Tened en cuenta, hermano, que somos de fuera y que no conocemos al venerable, sólo conocemos el cargo, de siempre

honrado, pero no a la persona y menos su dirección.

—Ah, tenéis razón, que distraído soy; el zabazoque vive junto a la fuente de la plaza más grande del pueblo. —Hizo señal de que le siguiesen—. ¡Venid, venid! —Desde la puerta señaló a un punto indeterminado—. ¿Veis aquel árbol?, pues a su derecha hay un camino, al final de éste está la plaza con la casa de *hayyi* Mustafa, el venerable zabazoque.

Los comerciantes que se habían apresurado a mirar en la dirección indicada le manifestaron su agradecimiento y al terminar de almorzar su *azemita*, un plato de natillas y unos dulces de miel y sésamo, se dirigieron a la casa del *hayyi*.

No les fue difícil hallarla pues las indicaciones probaron ser precisas y pronto se vieron frente a una puerta de madera bien trabajada y encerada. Los sólidos tablones estaban clavados con gruesos clavos con cabeza de cobre. De tan limpios, brillaban sobre la madera. Por lo demás la casa era pulcra y modesta, como corresponde a un zabazoque. Es éste un personaje de gran prestigio y honradez contrastada, que se ocupa de que nadie cobre de más o pese de menos en el mercado. Ni se deja comprar, ni está abierto a ningún soborno. Su palabra es ley y sus castigos no tienen apelación, por eso mismo ha de dar ejemplo de sabiduría y templanza. Todo en su justa medida, ni mucho ni poco. Las pesas, las justas; él tiene un juego de contraste y lo compara con las pesas de los tenderetes. Vigila también que el dinero sea entero, sin raspar los bordes, como hacen algunos judíos para quitar algún polvillo de oro de sus bordes. Él envía cada día un emisario, hombre, mujer o niño a comprar en alguna tienda o puesto, y cuando le traen lo comprado, él lo pesa de nuevo y ve lo que se ha cobrado por el producto, y si algún perjuicio se ha producido, actúa inmediatamente. Multa, el rollo, azotes o expulsión del comercio son las penas, dependiendo de la falta.

Los comerciantes llaman a la puerta y esperan con paciencia. Sólo hay esta puerta en el muro, como en todas las otras casas no hay más que una puerta y ninguna ventana en el piso bajo.

Al cabo de un rato se oyen pasos en el interior y una voz que pregunta:

—¿Quién llama?

—El venerable zabazoque no nos conoce, somos mercaderes de Lérida.

Un largo silencio siguió a estas palabras, como si el invisible interlocutor sopesase qué podían querer unos extranjeros de Lérida del *hayyi* zabazoque; por fin contestó:

—Esperaos un momento que se lo diré al amo.

Siguió otra espera y los mercaderes aguardaron con paciencia a la puerta del supervisor de los mercados, de pesas y medidas. Por fin éste

llegó y abrió la puerta. Era un hombre de ciertos años, con una barbita rala y puntiaguda y ojillos azules que miraban curiosos a través de unas cejas pobladas que casi le tapaban la vista. Iba vestido con humildad pero muy limpio y casi atildado.

—¡Pasad, pasad! Hace calor ahí fuera. —Se quitó de la entrada para dejar paso libre a los visitantes; éstos entraron y de pronto quedaron como cegados. Afuera la luz era brillante y dentro, en la fresca semioscuridad en el zaguán, se quedaron sin poder distinguir nada.

—Perdonad, *hayyi* Mustafa, que vengamos a disturbar vuestra casa y descanso. Somos forasteros y necesitamos de ayuda. El tiempo nos es precioso, cada día perdido es dinero gastado y no ganado.

—Seguidme, seguidme y me contaréis; entraremos en una habitación fresca y allí me contáis. —Le siguieron por un dédalo de pequeñas habitaciones que todas abrían a un patio. Subieron al piso alto, en donde las estancias tenían ventanas con celosías que permitían mirar al exterior pero no ser vistos desde ninguna parte—. Tomad asiento, llamaré a una niña que nos traiga limonada. —Así lo hizo y mientras tanto todos tomaron asiento en sendos cojines o almohadones sobre el suelo cubierto con una aseada y bien fregada esterilla. Las paredes estaban encaladas y los muebles eran escasos y simples—. Decidme, ¿para qué soy bueno?

—Mi señor zabazoque, somos, como ya os dijimos, comerciantes de Lérida, tenemos autorización de nuestro señor Ahmad II al-Mustain, a quien el Profeta bendiga, pero no tenemos la suerte de contar con defensores propios, pues somos modestos comerciantes, no como la Casa de Cachemira y otras que cuentan con sus propios defensores y soldados.

—¿Y qué puedo hacer por vosotros?

—Veníamos en busca de información, para contratar a gente que nos acompañe por un jornal y que sepa defendernos en caso de que nos asaltaran bandidos, salteadores, atracadores o ladrones. Bien sabéis que los caminos no están escasos de éstos, al contrario, hay demasiados, y si no nos topamos con más, es porque nuestro número casi siempre disuade a los ladrones de atacamos. En resumen, *hayyi*, queremos saber si hay gente que pueda prestarnos esos servicios, si no es así enviaremos un mensajero a la próxima ciudad o villa por ver de buscarlos allí, pero todo eso cuesta tiempo y dinero y queríamos saber si aquí, en Wabba, podríamos hallar lo que buscamos. —El zabazoque miró a los comerciantes, no era la primera vez que tales servicios se pedían de él, como hombre honrado todos fiaban en su consejo, pues sabían que no recibiría comisión ni pago por recomendar a inútiles o ladrones. La vida entera del zabazoque era garantía de su honradez.

—Habéis tenido gran suerte, amigos. Hasta hace poco teníamos

sólo soldados que ofrecer, pero ahora tenemos algo mejor.

—¿Hay soldados de pago acantonados aquí?

—No, amigo, mejor que eso. Tenemos entre nuestros vecinos a un *exea*.

—¿Un *exea* de verdad?

—Sí, claro, de verdad. Está casado con una cristiana, habla varios idiomas y tiene experiencia viajera. Además en su empresa cuenta con un socio excepcional, nuestra princesa, la *sayyida* Zayda. Ella avala con su dinero la empresa, por lo que es imposible perderlo.

—Eso costará mucho dinero, quiero decir que cobrará mucho...

—De eso no sé nada, pero si buscáis seguridad, la tenéis en este *exea*. Lo demás habladlo con él. Lo cierto es que os puede llevar con toda seguridad, he oído decir que tiene todo listo para partir, sólo esperaba a alguien, de Denia, creo, y luego partirá, estáis a tiempo de hablar con él para ir juntos.

Satisfechos, los comerciantes agradecieron al zabazoque todos sus informes y partieron en busca del mencionado *exea*, debían de hablar con él cuanto antes, no fuese a partir antes de que ellos le hubiesen hallado.

Curiosamente, *hayyi* Mustafa no quiso decirles dónde estaba el deseado *exea*, sino que les remitió al *barid* o jefe de correos, que también, como es sabido, es el jefe de la policía local en cada ciudad. Sin perder el ánimo, bajo un sol de justicia, los mercaderes se fueron en busca del jefe de correos. Éste les atendió con amabilidad y prestó mucha atención a lo que le comunicaron los mercaderes; de vez en cuando, tomaba algún apunte en una pizarra. Por fin quedó satisfecho de que los mercaderes eran gente honrada y se prestó a acompañarlos él mismo hasta la casa de Ahmed.

—No vive en una calle —explicó—, sino que su casa está en medio de un campo, por lo que es muy difícil dar las señas, nosotros todos sabemos cómo llegar a él, pero la primera vez será mejor que os acompañe, si no os importa.

—No, no, *sahib as-surta*, no nos importa en absoluto, por el contrario lo apreciamos y agradecemos —dijo uno de ellos.

El *barid* explicó que él solamente era el policía local y que su categoría no llegaba a *sahib as-surta*, que era el jefe de policía en grandes ciudades y el encargado del orden público y la seguridad de las calles.

—En este pequeño lugar nos basta con el cargo de *barid*, nos conocemos todos y sobra una fuerza de policía —terminó el buen hombre, aunque se le veía complacido por haber sido tomado por alguien tan alto y distinguido.

Abbu Ahmed estuvo encantado al saber que unos comerciantes solicitaban sus servicios. De hecho ya tenía un compromiso y estaba a

punto de partir, pero cuantos más mercaderes fuesen bajo su cuidado, mejor sería la recompensa final, ya que la mayor parte de la paga estaba constituida por una participación a convenir sobre las ganancias de los clientes.

—Nos han dicho —manifestó el jefe de los mayoristas, de nombre Al-Hurr— que estabais esperando a unas gentes de Denia o así.

—No es exacto —dijo el *exea*—, no los espero, iré en busca de ellos, sólo estoy esperando que me manden recado para partir, pues a su vez traerán género que llega de las islas y, hasta que les llegue a ellos, no pueden salir hacia Sevilla.

—¿Y qué llevan? —indagó Al-Hurr.

—Eso es confidencial, al menos por mi parte. Si llegado el caso los transportadores quieren decirlo, eso es su decisión. Yo me conformo con saberlo yo y qué participación tendré en su venta. Yo sí debo saber qué transportamos y verlo además, según la ley y la costumbre. Puede darse el caso de que se quieran llevar armas u objetos robados o prohibidos y entonces tendríamos que tener un permiso especial del *barid*.

—No temáis respetable y honrado *exea*, nuestros bienes no son un secreto para nadie, llevamos seda, seda *baztrí*. Vale mucho y abulta poco; merece la pena transportarla, pues se vende a precio de oro. En pocos bultos llevamos suficiente como para vestir al harén de un califa. También transportamos fleco de oro; eso abulta más pero también se paga al doble que el oro bruto, por ello necesitamos alguien que nos defienda, estamos seguros de que más de un indeseable querría arrebatarnos este tesoro. No siempre llevamos bienes de tanto valor. Pero esta vez sí que necesitamos protección.

—Tendríais que dar un rodeo para que yo os acompañase, habéis llegado cuando ya me había comprometido en otro itinerario. Tendríais que ir conmigo hasta Denia y de allí todos juntos iríamos a Sevilla, si os place.

Los mercaderes se miraron unos a otros, esto era algo con lo que no contaban, pero el *exea* parecía hombre capaz y era mejor dar un rodeo que exponerse a los peligros del camino. Ese rodeo les costaría dinero. Como si les hubiese leído el pensamiento Abbu Ahmed dijo:

—Ya sé que el rodeo encarece la mercancía, pero estoy dispuesto a cobrar la mitad de lo acostumbrado por mi participación en la venta de la seda, con lo que el sobreprecio quedaría más que enjugado. Si os unís al grupo iríamos más gente en la caravana y así viajaríamos todos más seguros, vosotros y los otros clientes. Por mi parte queda asegurada la carga, si se pierde la pagaré a mi costa, si estáis de acuerdo y pagáis una cantidad por esta seguridad extra. Llevaré diez lanzas fuertes y dos honderos. Seremos un número importante, los bandidos no suelen estar en partidas tan grandes.

Todos estuvieron de acuerdo y por la tarde acudieron al cadí para formalizar el contrato y todo lo prometido por ambas partes. Esa noche acudió Abbu Ahmed a dar cuenta de todo a su «socio», la *sayyida*. Zayda pareció complacida, era ella la que pagaría la mercancía si se perdía, a cambio tendría la mitad de todo lo que generase esa partida. Cuando había un *exea* de por medio, jamás se perdía la mercancía, eran gente brava y curtida, y en general los mercaderes pagaban gustosos el seguro. Zayda nunca había entrado en negocios y se sintió muy satisfecha de cómo su socio había realizado el primer contrato. Nunca había oído de ninguna mujer que hiciese lo que ella y ahora, ya iniciado el asunto, le parecía fácil. Durmió complacida consigo misma y por primera vez en muchos meses no soñó con Alfonso.

El rey emperador, por su parte, nunca durmió en su lecho sin preguntarse qué estaría haciendo la princesa Zayda.

23

La caravana

SI EN un principio Ben Tashufin había intervenido en los asuntos de Spania como respuesta a la llamada de los reyezuelos de algunas taifas, más tarde se dispuso a hacerlo por sus propios motivos e intereses. Cuando el emir africano decidió inmiscuirse definitivamente en los asuntos de los reyes moros, la suerte estaba echada para ellos.

Corría el año del Señor de 1090 cuando Ben Tashufin envió a sus negros a conquistar nada menos que la ciudad de Granada. Un gran ejército desembarcó desde África para reforzar al ya existente en la Península, y al son de sus enormes tambores de hipopótamo se dirigieron en marchas interminables hacia la gran urbe, corazón del mundo islámico en Spania. Eran como miles de hormigas negras marchando sobre una tierra infinita que convergería en Granada. Sus pisadas retumbaban sobre el suelo reforzando el repetitivo redoblar de sus tambores.

Zayda, en su retiro de Wabba, supo de este avance e intuyó que este golpe no sería el único. Decidió que tenía que convencer a su padre de que pidiese ayuda al único hombre que podría aún prestársela: el rey emperador, sin su ayuda toda la Spania musulmana estaba perdida. Inclusive con ese auxilio, quizá ya era demasiado tarde.

El *Amir al-Muslimin wa Nasir al-Din*, Emir de los Musulmanes y Defensor de la Religión, Yusuf ben Tashufin, era inmisericorde; inmisericorde y ambicioso, es posible que su codicia estribase en extender el reinado de Alá, el *dar al-Islam*, hasta los confines del mundo y de los mares. Él era piadoso y quería completar la *yihad*, el esfuerzo justificador y redimidor al que todos los islamitas están obligados, sea en la guerra o en la paz, en la oración o en el trabajo, y este esfuerzo, la *yihad*, para el *Amir al-Muslimin wa Nasir al-Din*, era la guerra y el exterminio no sólo de los infieles, sino también de los musulmanes tibios. Como nos dice Suetonio que exclamó Julio César al cruzar el Rubicón, podían los reyes moros clamar: *alea iacta est*; definitivamente para éstos, cuando Yusuf decidió la conquista de Spania, la suerte estaba echada. Un río de sangre les esperaba como castigo a su tibieza y a sus costumbres impías y degeneradas.

Los tambores de hipopótamo retumbaban amenazadores en toda la Península.

A los que no muriesen en la batalla les esperaba la alfombrilla del verdugo y el *siaf*, su espada corva.

Abbu Ahmed acababa de regresar de su último viaje, muy productivo por cierto, como eran todos los suyos. El *exea* era un hombre feliz, amaba a su esposa cristiana, tenía ya un hijo con ella y esperaba otro, también cuidaba de los dos hijos que ella había aportado, y lo hacía con agrado pues gustaba de los niños y creía que nunca tendría demasiados a su alrededor. Sentía que había sido un acierto escoger la vida de guía de caravanas y mercader al tiempo; la vida al aire libre y los continuos viajes le parecían siempre una aventura y cada vez acompañaba a distintos mercantes y se enteraba de muchas cosas y conocía a muchas personas, algunas poderosas, otras ricas, otras ansiosas de prosperar y algunas interesantes por su larga experiencia en el mundo de la compra y de la venta. Gente que llevaba toda la vida de viaje buscando el objeto deseado y raro que luego se disputarían los clientes.

De todas ellas obtenía beneficios. Ahora Abbu Ahmed distinguía las perlas más finas de otras que no lo eran tanto, las sedas y cachemiras de distintos países, las alfombras de Oriente, los perfumes, tintes, colorantes y aceites de olor; las especias llegadas del Lejano Oriente y de la India, y los instrumentos musicales raros y exóticos que se compraban para el harén de los poderosos reyes moros. Y aun calificaba a las bestias, pues aunque por su experiencia como guerrero conocía hermosos caballos, ahora sabía que los había que sólo habían sido nacidos y criados para el recreo de la vista y no para la utilidad y no era raro que los comerciantes transportaran equinos de mucho valor de un lado para otro y solicitasen de los cuidados de un *exea* para llegar con bien llevando intactos a los preciados corceles. Hasta un halconero le había contratado pagándole a precio de oro para que atravesase con él un territorio peligroso. Esa vez no cobró como siempre, sino que solicitó como pago alguno de los halcones, que llevó a Zayda como rico presente. Nunca sospechó que un halcón pudiese complacer tanto a la *amirah*, ella era una cazadora consumada con la flecha, la jabalina y el halcón, y el tener uno posado en su puño fue para la *amirah* como recuperar su infancia y toda la felicidad de esos días sin preocupaciones. Era costumbre adornar las pihuelas de las aves de presa con campanillas diminutas de plata, pero Zayda estuvo tan complacida con *Almanzor* que le mandó hacer unos cascabelillos de oro, que luego hizo colgar de unas tiras de cuero dorado. La caperuza que cubría sus ojos durante el traslado de un lugar a otro estaba recamada con ricas gemas y plumas multicolores de tamaño diminuto. Era la reproducción fantástica del casco de un guerrero en tamaño apropiado a la cabeza del ave.

Una tarde Zayda mandó llamar a su socio, sabía que había llegado porque en Wabba se sabía todo y además porque él siempre le mandaba recado de cuándo arribaría. El propio pidió a Abbu Ahmed

que se quedase con su familia dos días y que luego fuese a ver a la princesa.

Cenaba tranquilo el buen *exea* y comentaba con su esposa la llamada de la *amirah*.

—¡Qué raro que me haya mandado llamar! Bien sabe que en cuanto llego voy a verla, sobre todo para darle cuenta de nuestras ganancias. Ella es muy generosa con el negocio e invierte en él todo lo necesario, y yo procuro que su dinero se multiplique.

Mientras él hablaba, Anisa le sirvió un segundo plato. La cocina de los cristianos había sido un descubrimiento para Abbu Ahmed. Él estaba acostumbrado a la comida árabe, pero descubrió otro modo de condimentar y tratar las carnes y los pescados y, exceptuando el perpetuamente maldito cerdo, no se privaba de catar todos los platos que su esposa le preparaba. También ella se aplicó a aprender la rica repostería árabe durante las largas ausencias de su esposo, y el uso de las especias, tan querido en la cocina sarracena; cada vez que él volvía de un viaje ella procuraba sorprenderle con algo que a él le gustase. También solía hacer provisión de golosinerías varias, pues sabía cuánto le gustaban; siempre tenía una reserva bien de mazapán, bien de turrón, o rosquillas de almendra y sésamo o algún otro confite que guardaba con cuidado de que no fuera encontrado por los pequeños de la casa. Al efecto había acondicionado una alacena con llave en donde reposaban los dulces a salvo de manos inquietas y de ratones golosos.

Llenó de nuevo el plato con trucha en salsa de almendras y se dispuso a escuchar los comentarios de su marido. Un plato de natillas y otro de empiñonados esperaban sobre la mesa.

—¡Qué rico está todo! —dijo él como si se hubiese olvidado de la llamada de la *amirah*—, cómo echo de menos esta mesa en esos caminos del buen Profeta (alabado sea su nombre) cuando nos hemos de contentar con galleta, agua y pan duro a falta de otra cosa mejor.

—¿Pero no os cuidáis? —preguntó afligida la buena mujer—. ¿No paráis a comer en los pueblos? En una *funduq* siempre hay comida para un forastero.

—Sí, sí, pero es raro que nos coja la hora de la comida en un pueblo; de hecho casi nunca estamos en un pueblo, siempre que es posible vamos campo a través para ganar tiempo. Los bienes, Anisa, pierden valor si no llegan a tiempo y además el servicio del *exea* cuesta dinero cada día a los mercaderes, así que el camino más corto es el mejor y más barato. —Mientras hablaba tomó las natillas de un cuenco y se las bebió con gesto de satisfacción, luego probó los empiñonados y con un suspiro de contentamiento hizo señas a su esposa para que se sentase en sus rodillas. Ella estaba esperando este momento, pero se hizo la remolona, entonces él se levantó prontamente y la sentó en su regazo—. ¡Qué bien hueles, Anisa! Mejor

que el romero y el tomillo juntos. Ni el nardo ni la canela huelen mejor que tu pelo. Te he traído un regalo...

Les dejamos en su felicidad doméstica y retomamos la historia cuando al día siguiente, sin esperar los días que había mencionado la princesa, Abbu Ahmed se presentó en el Palacio de las Cúpulas.

—Ya estoy de vuelta, princesa Zayda. ¿Qué os urge que me habéis mandado llamar cuando sabéis que vengo enseguida aun sin ser llamado?

La princesa parecía preocupada, y se disculpó con su antiguo *ad-dalil*.

—Perdonad las prisas, querido amigo. Bien sé que venís prontamente, pero he estado suspirando por vuestra vuelta y ya no podía esperar.

—¿No me preguntáis por nuestro negocio, *sayyida*'!

—Esta vez, no, Abbu Ahmed. Bien sé que sois honrado y que lo mucho o poco que se haya sacado hará su camino debido. Los administradores se ocuparán esta vez de las ganancias o pérdidas. No obstante —continuó la princesa— debo confesaros que estoy muy sorprendida porque nuestro negocio produce mucho más de lo que yo pensé. Yo, lo confieso, en un principio sólo quería probar si una mujer tiene talento para invertir su dinero en algo productivo, como lo hacen los hombres: cristianos, moros y judíos. Ahora veo que no es difícil, sobre todo si se halla un socio honrado y trabajador. —Lo pensó un momento y luego miró a los ojos a su hombre de confianza —. Quizás, amigo mío, todo el mérito es de vos.

Abbu Ahmed se sintió ampliamente recompensado de todos sus esfuerzos. Aunque algún día él fracasase en llevar un negocio a buen término, ahora sabía que Zayda confiaba en él y que no le culparía a él sino al destino, que no puede ser siempre favorable.

—En fin, señora, ¿qué os turba que me habéis llamado?

—Deseo pediros un favor.

—Si está en mi mano favorecer a una princesa, haré lo que sea posible. Ya sabéis que siempre os fui fiel.

—Deseo ir en la próxima caravana.

El buen hombre se quedó de piedra. Era lo último que se le habría ocurrido. Es bien cierto que en las caravanas de los *exeas* podían viajar personas particulares que pagaban la protección igual que lo hacían los mercaderes, y que muchos lo hacían porque el amparo que ofrecían estas caravanas era muy superior al que podrían pagar viajeros particulares viajando solos con un ejército propio, que resultaba más caro y al fin la protección constaba necesariamente de menos hombres.

—Pero, señora, no tenéis que pedírmelo. Cuando queráis saldremos a donde vuestra alteza diga.

Pero Zayda negó con la cabeza.

—No, mío *ad-dalil*, no es así como tiene que ser.

—¿Entonces?

—En secreto.

—¿Y cómo puede ser, *sayyida*?; todos os conocen y es imposible que salgáis sin que lo sepan hasta los cuervos.

Ella se echó a reír.

—Ya tengo un plan. Tengo que llegar a Sevilla, y pronto. Escuchadme. —Acercó sus labios al oído de Abbu Ahmed y durante un largo rato le contó sus intenciones.

Él se limitó escuchar. Al fin asintió.

—Es algo complicado, señora, pero creo que puede salir bien. ¿Cuándo habríamos de salir?

—Vos esperaréis aquí hasta que lleguen los de Toledo. Unos días para que no parezca que salimos al unísono. Yo estaré informada. Tres días más tarde nos reuniremos en Tresfuentes. Haced lo que os he dicho y todo saldrá bien. Yo saldré mañana, no os preocupéis de mí, acudiré puntual a la cita. No os asombréis, mirad bien este colgante —le enseñó uno de ámbar, no muy caro, que colgaba de una cadenilla mediana también—, puede ser necesario que me identifiquéis por él. Tomadlo y vedlo bien. —Abbu Ahmed así lo hizo, luego lo devolvió.

—No lo confundiré con ningún otro.

—Entonces, querido amigo, adiós. Preparadlo todo bien, hay mucho peligro en este viaje, los almorávides se mueven sobre la piel <j_e nuestra tierra y es mejor que no nos encontremos con ellos. Que el Profeta nos lleve con bien a Sevilla, de ello puede depender la suerte de los moros de Spania.

Abbu Ahmed se despidió con cierta preocupación, bien se daba cuenta por su experiencia como *ad-dalil*, guerrero y *exea* que se enfrentaban a un peligro cierto y mortal. Si la princesa era descubierta, ni ella ni él sobrevivirían a la venganza de Yusuf ben Tashufin. A la entrada de Sevilla sus cabezas se pondrían sobre sendas picas.

Al día siguiente los ciudadanos de Wabba vieron cómo una galana comitiva partía llevándose a la *sayyida* en su silla de manos. Su guardia personal, su ejército, su casa, sirvientes y criados de toda laya amén de Nashi, su eunuco, y el paje Hafs, iniciaron a pie el largo camino que había de llevarlos a Consuegra, pues pronto fue sabido por todos que allí, en Consuegra, era necesaria la presencia de la princesa, que era la reina y propietaria de tal enclave. En realidad ella les había hecho favor permaneciendo tanto tiempo en Huete, ahora debía cumplir con los otros sitios y así, después de Consuegra, viajaría a otros lugares. No se despidió para siempre, sólo por un tiempo indeterminado. El cadí supliría con su autoridad su ausencia, como lo

había hecho antes de que ella viniese a vivir en Wabba. El pueblo la vio partir con cierta pena, pues se habían acostumbrado a su generosidad y a verla de vez en cuando en el zoco en compañía del respetado y venerable zabazoque. A Zayda sobre todo le agradecían el haberles perdonado una gran cuantía de los impuestos y también apreciaban que no era un gobernante cruel sino al contrario, magnánimo. Pero no podían detenerla, así que la saludaron con vítores y aclamaciones mientras veían alejarse su figura velada en una hermosa litera, siendo vista por todos en medio de su lujosa y bien protegida comitiva. Era cierto, comentaron, que la *sayyida* era una descendiente del Profeta.

Mientras Zayda iniciaba su viaje a Consuegra y a otros lugares, como era pública voz y fama, Abbu Ahmed hacía correr la voz de que esperaba con impaciencia a unos comerciantes de Toledo que le traerían bienes fastuosos para su transporte. Cosas de grandísimo valor y gran rareza: damasco *baztrí*, entretejido con hilillos de oro y seda de la China y tejido con la más pura cochinilla; vasos del Oriente lejano, decorados con pajarillos y ramas; nuez de la India, azafrán de la isla de las Perlas, esencia de nenúfar y nardos del mismísimo Egipto, aceite de habas de olor del corazón de la Europa rubia. En el zoco se lamentaban de que todas estas exquisiteces y maravillas no podrían ser vistas por los comerciantes, pues venían en bultos y cajas cerradas y selladas por la Casa de Cachemira. Cada bulto tendría su sello de plomo y su precinto de cera y éstos habían de permanecer intactos si el *exea* quería luego cobrar su participación, que se suponía espléndida. Se decía que, después de este viaje, Abbu Ahmed, el *exea*, podría retirarse, pues ya sería rico por el resto de su vida.

Cuatro días tardaron los ricos comerciantes en llegar después de que Zayda se hubiese ido. Nada más arribar a Wabba preguntaron por la casa de Abbu Ahmed, pues al parecer tenían prisa por depositar los bienes bajo su cuidado. Cosas tan valiosas habían de ser entregadas cuanto antes; además, dijeron, debían regresar lo más pronto posible a su lugar de origen, la Casa de Cachemira los necesitaba para otro viaje.

Con muestras de gran deferencia el respetado *exea* los recibió en su morada y ante testigos leyó la lista de los bienes, los cuales recibió cerrados y sellados con su marchamo de origen: una flor carmesí, la Flor de Cachemira, estampada en un bulón de cera que unía las cintas que colgaban y que cerraban la tan preciada mercancía. Un exquisito olor a canela se escapaba de los bultos. Terminada la ceremonia de la recepción de la mercaduría, el transportista y los mercaderes se quedaron a solas para hablar de lo que devengaría el viaje, pues esto era materia reservada entre uno y otros.

Tan pronto salieron los testigos, los mercaderes cambiaron de actitud.

—Bien, amigo Abbu Ahmed, aquí están los bultos tal y como se convino con la *sayyida*. Contienen, como está estipulado en este documento, telas de seda normales, aceites para perfumes, azafrán, canela (la mayor parte se ha usado en perfumar los bultos), vasos crisoelefantinos y poca cosa más. Ahora esperamos el pago de nuestro viaje. No entendemos el capricho de la princesa en hacer transportar tales bienes que cuestan poco en relación con el coste de transporte, pero nosotros hemos cumplido nuestro encargo. Los poderosos son caprichosos (¡Loado sea Jehová por ello!) y comprendemos que la princesa quisiera hacer ver que por su territorio pasan mercadurías mejores que las que pudo transportar la reina de Saba para Salomón. —Suspiró el judío—. Quizás ello le aporte prestigio. Ahora dadnos nuestro pago, y partiremos haciéndonos lenguas de la bondad de lo dejado en vuestro cuidado.

Abbu Ahmed les entregó una bolsita que contenía polvo de oro del Senegal, lugar de dónde provenía el oro más puro y más apreciado

—Esto paga el viaje y sobre todo vuestro silencio.

—La Casa de Cachemira es prudente y jamás ha traicionado a un cliente, y menos aún a una princesa tan munificente, Jehová sea alabado.

Esa misma tarde partieron los israelitas satisfechos de haber terminado con bien tan curioso negocio, pero les daba igual si el cliente deseaba perder dinero; no serían ellos los que le reconviniesen, máxime cuando la princesa Zayda era una asidua de su Casa. Una bolsa de oro del Senegal era una paga más que magnífica, nunca comentarían este viaje y menos aún el contenido de sus fardeles y bultos en sus hermosos embalajes.

Abbu Ahmed ya estaba preparado para salir con su «preciosa» carga, así que en cuanto se pudo cargar a los mulos y caballos, burros y carretas con todo lo necesario para un largo viaje, se pusieron en marcha. Como de costumbre, un pequeño grupo armado le acompañaba. Disimulados como viajeros y comerciantes, iban otros hombres de armas contratados en lugares cercanos para así reforzar la caravana sin levantar sospechas. Los caballos, cargados ligeramente, eran caballos de repuesto para el caso en que los hombres de armas hubieran de cambiar los suyos por otros de refresco. Como un buen general, el antiguo *ad-dalil* había preparado todo para la seguridad de la *sayyida* en tan largo viaje

Salieron de Wabba entre la admiración de los vecinos, que aunque acostumbrados a los viajes de Abbu Ahmed, esta vez soñaban con riquezas inimaginables para ellos; el valor de lo que creían transportaba despertaba su imaginación y la hacía volar, por lo que

todos salieron a verlo partir con su tren de carretas, mulas, burros, caballos y pollinos.

—¡Adiós, Abbu Ahmed, que volváis con éxito y sano! —gritaron algunos vecinos.

Otros decían:

—¡Que cuando volváis os acordéis de vuestros vecinos y amigos!

—¡Que el Profeta os guíe!, bendito sea su nombre.

Así lo vieron perderse en el horizonte al paso de su recua tranquila y acompañado de sus hombres. Nadie osaría enfrentarse a tal grupo armado. Hicieron el camino del suroeste. A los dos días llegaron a un lugarejo llamado por las pocas personas que lo conocían como Tres— fuentes, y ello porque alguna vez las tuvo; ahora apenas tenía una de la que manaba un hilo de agua. No era mucha pero para unos viajeros valía más que el oro, pues era una oportunidad para renovar la de los odres y contenedores de todas clases. Además había algunos árboles que proporcionaban sombra. No se puede pedir más cuando se es viajero. Tranquilidad, agua y árboles: el paraíso.

Tan pronto arribaron a Tresfuentes, el honorable *exea* ordenó un alto en el camino. Nadie osaría preguntarse el porqué de sus órdenes. Él era totalmente responsable de todo lo que sucediese para bien y para mal a la caravana, y por tanto obraba en su mejor saber y conocer, que no era poco.

—Aquí acamparemos, no tenemos prisa pues vamos bien de tiempo. La fecha de entrega nos permite cenar esta noche —bromeó —. Más adelante —siguió— no hay agua por varias millas, así que aquí haremos acopio. Todo aquel que haya incurrido en impuridad mayor, *yanaba*, puede realizar aquí el *gusl* o ablución total, de manera que a la hora de la oración estemos todos preparados.

Así lo hicieron, pues es bien sabido que aquellos que han mantenido relaciones sexuales han incurrido en impuridad mayor y es imprescindible bañarse para lavar cuerpo y espíritu, de otro modo su oración será inútil, lo mismo que el rito del *tawaf*. Ante todo hay que tener la intención de alcanzar la pureza y a esta intención se la llama *niyya'*, el devoto Abbu Ahmed les recordó que tenían que tener presente la *niyya* antes de bañarse en la fuente de agua que luego corría rumorosa y alegre entre las piedras, hasta desaparecer tragada por la tierra.

Se preguntaba el buen caravanero cuándo aparecería la princesa y en esos pensamientos estaba en su tienda, que era la principal de acuerdo a su categoría, cuando una voz desde fuera le llamó respetuosamente, no en vano era el que pagaba los jornales y merecía la máxima consideración.

—*Hayyi* Abbu Ahmed —insistió de nuevo tras una pausa—, *hayyi*.

—¿Sucede algo, Alí? —Había reconocido la voz del que le

llamaba desde fuera.

—*Sidi*, unos viajeros pretenden unirse a nosotros. Les hemos dicho que deben hablar con el honorable *exea*.

¡Unos viajeros! Sin duda eran la princesa y los suyos, pero Abbu Ahmed decidió no traicionarse en su interés, así que tras pensarlo un rato, preguntó:

—Así que unos viajeros... ¿Cuántos son? —Salió de la tienda fingiendo que se ponía el manto con desagrado.

—Son sólo tres, *hayyi*, un hombre, su esposa e hijo.

—¿Son de aspecto acaudalado?

El mensajero dudó.

—No sabría decirlo, mío *sidi*. Van modestamente vestidos de negro, él, la mujer y el niño.

—¿De negro? El Profeta nos libre de ellos y nos proteja, pueden ser almorávides. Vamos a verlos, no podemos negarnos, es la ley del camino, si no puedo perder mi licencia.

Con paso decidido siguió al emisario, que lo condujo a donde cenaban los caravaneros alrededor de una fogata. Mientras comían miraban con curiosidad a los recién llegados. Sin duda eran musulmanes piadosos y estrictos observantes. Tanto él como ella iban velados y sólo dejaban ver sus hermosos ojos oscuros y ardientes ribeteados con kohl. El hijo parecía un mocito travieso y no tan piadoso porque miraba con insolente curiosidad a los hombres de Abbu Ahmed. Sus padres le habían vestido de negro, pero el color de la piedad no parecía afectarle en lo más mínimo y no parecía dispuesto a parecer modesto, comedido o recatado. Más bien era un rapaz travieso a todas luces.

Abbu Ahmed entró en el círculo de luz de la fogata y saludó a los recién llegados mientras los miraba con curiosidad, parecía que evaluaba sus posibilidades económicas. ¿Podrían pagar el estipendio de costumbre a un *exea* tan experto como él? Si no había paga de por medio, nada de llevar viajeros con ellos, gastan agua y comida y son un peso muerto. La ley del camino obliga a compartir lo que se tenga una vez que se hace el camino juntos, haya o no pago de por medio. Por eso es imprescindible ajustar antes el precio y luego unirse a la caravana.

—¡Que el bendito Profeta os tenga en su mano! —saludó cortés— mente el caravanero—. Me han dicho que deseabais uniros a nosotros en nuestro camino. ¿Sabéis acaso adónde vamos?

Los forasteros se miraron entre ellos y como está mandado el esposo respondió por todos:

—¡Oh, sí, respetable *exea*!, porque sois el *exea*, ¿verdad?

—Sí, sí, lo soy —dijo él impaciente—. ¿Qué queréis?

—Bueno, pues somos de Toledo y tenemos que ir a Sevilla. En

Toledo oímos que una caravana de la Casa de Cachemira iría a Wabba, para entregar unos bienes de alto precio, que esta caravana luego viajaría a Sevilla, y que vos, *sidi* Abbu Ahmed, los llevaríais. Os hemos salido al paso, pues el mejor camino a Madinat Ishbiliya, para un experto conductor de caravanas es éste. No pudimos unirnos a los de Cachemira cuando fueron hacia Wabba, pues cuando nos enteramos ya habían partido. Os rogamos que nos aceptéis entre los vuestros, somos pocos y nos comportaremos de modo que no tendréis queja de nosotros.

—¿Podéis pagar vuestro peaje? No es barato...

—Podemos, con gran esfuerzo, como lo es todo para los pobres, pero podemos. Además, *sidi*, no os arrepentiréis. Yo fui guerrero, *atabeg*, en mi juventud y aún retengo algunas mañas. —De entre sus ropas negras sacó como el rayo un corvo alfanje que brilló como una centella, cortó el aire con siseo amenazador y desapareció de nuevo sin dejar rastro. Movió su mano imperceptiblemente y una daga voló hasta un árbol cercano y se clavó hasta el pomo. Todos quedaron admirados y con sus cabezas hicieron signos de aprobación. Quizá sería una buena idea aceptar a tan buen guerrero aunque no pagase. Él continuó—: Además mi esposa es una gran cocinera y podría ocuparse de hacer la comida para todos cuando nos detengamos en medio de la nada. Aunque carezcamos de víveres, ella hallará setas, bayas o frutos que nos alimentarán. Yo cazaré, y malo será que no caiga una liebre o conejo o pájaro que hará camino de la olla.

Todos se echaron a reír, sin duda el hombre se vendía bien.

—Me parecéis un buen hombre, ¿os conoce alguien en Toledo? No llevamos gente sin identificar.

—Comprendo, *sidi*, por seguridad no se puede aceptar a desconocidos que luego puedan ser bandidos. Conocemos a alguien que os conoce. A maese Doroteo, de los mozárabes, hombre tenido por el más respetado entre los viejos de Toledo, sea de la religión que sea.

A punto estuvo de decir Abbu Ahmed que él no lo conocía, pero se contuvo. Todo era un teatro y él había estado a punto de descubrirse o estropearlo todo.

—¿Tenéis alguna prueba de lo que decís?

—Efectivamente, respetado *exea*. —Hizo una señal a su esposa, que se adelantó y sacó de un bolsillo algo que alargó a su marido. Él se lo ensenó al *exea*—. Dijo que vos lo reconoceríais. —Era el colgante que Zayda le había enseñado, el colgante de ámbar, sin duda alguna.

—¡El colgante! Esta pieza me es conocida. No se hable más, si sois amigo de maese Doroteo, sois de fiar. Os uniréis a nuestro grupo, venerable *atabeg*, y en caso de necesidad nos ayudaréis con la espada. Vuestra esposa nos servirá de cocinera y el chico hará los recados y cogerá leña. Todos seréis útiles y la paga será la que podáis pagar.

El hombre vestido de negro se acercó a besar la mano de tan generoso caravanero. La mujer vestida de negro y velada toda ella se inclinó profundamente sin proferir palabra, como debe hacer una esposa casta y recatada. Todos estaban contentos y no era para menos, contar con los servicios de un antiguo *atabeg*, maestro de armas, era una gran suerte, y más llevando como llevaban una carga tan valiosa. Un *atabe*? no es un maestro de armas cualquiera, es un maestro de príncipes y su fama y su nombre van de ciudad en ciudad, pero el hombre no consintió en dar el suyo.

—Soy un humilde viajero —dijo—. Es mejor que no sepáis mi nombre. Llevadnos tan pronto como sea posible a Sevilla, el padre de mi esposa está allí y nos han dicho que el Profeta lo llama insistentemente para que lo acompañe en el Paraíso. Deseamos verlo antes de que muera. —Esto fue todo lo que sacaron de él.

El viaje transcurrió sin incidentes. Por fin llegaron a su destino no sin haber visto antes infinidad de hombres de guerra que se dirigían apresurados de un lado a otro. Sin duda había guerras en varios sitios, pero ellos los evitaron y llegaron a su destino. Entraron por la Puerta del Arenal, *bab Abul-Qalis*, que les pareció la más tranquila, ignorando la más populosa *bab Karmuna* o puerta de Carmona. Entre la gente que atravesaba la puerta el *exea* pagó el peaje acostumbrado, el pontazgo, y preguntó por la Casa de Cachemira; un tumulto de chiquillos se ofreció a llevarlo por unos feluses.

Marcharon por las calles de la ciudad guiados por los niños, que vociferaban sus indicaciones y corrían delante de ellos, volviendo de vez en cuando hacia atrás para asegurase de que eran seguidos por los dueños de los prometidos feluses. La ciudad era grande y hermosa pero se advertía una especie de sombra pesada de tormenta. Los hombres iban rápidos pero cabizbajos y pocas mujeres se aventuraban por las calles, señal inequívoca de que se esperaba algo, algo desagradable. Por el contrario, había muchos hombres armados hasta los dientes que deambulaban con gesto amenazador.

Llegaron por fin a la Casa de Cachemira. Un edificio sólido sito en la judería abría su única puerta la calle. Un hombre fuertemente armado se sentaba al parecer indiferente a la puerta misma de la Casa.

—Venimos con mercancía de Toledo —anunció Abbu Ahmed al guarda—, el venerable hermano Isaac ibn Abraham nos espera.

—¡Bendito sea el Señor de todas las cosas! —respondió el hombre —. ¿Sois acaso el *exea* contratado por la Casa de Toledo?

—Sin duda, ése soy yo, el *exea* con permiso de reyes cristianos, moros y de las aljamas. Trafico y viajo en nombre de todos y para todos por igual... siempre que paguen mis servicios. Pero dejémonos de charlas y llevadnos a su presencia.

—Perdonad, amigo, es que me he sorprendido. Nadie entra ni sale

de Sevilla y menos aún con mercancías. Nadie piensa en comprar ni vender. Todo lo que quieren los sevillanos es huir, salir como sea, aunque sea malvendiendo lo que se tenga o aun abandonándolo todo.

Abbu Ahmed se alarmó.

—¿Y eso por qué?

Ahora le tocó el turno de sorprenderse al buen hombre portero.

—¿Pero acaso no lo sabéis? Ha caído Córdoba en poder de los *sinhaya*, los Portadores del Velo, los bereberes de África, los hombres negros del desierto, los que los moros llaman *morabitun* y los cristianos *almorávides*. Sabemos que ahora se dirigen hacia aquí, a Sevilla, nosotros seremos los próximos. Son gente feroz e inculta y, por lo que hemos oído, persiguen a todos los que no son islámicos devotos, aun a las Gentes del Libro. De muchos pueblos han huido los mozárabes y los industriosos hebreos, aunque —añadió con orgullo— no les será tan fácil tomar esta ciudad. Pero ya que habéis llegado, seguidme, hay que honrar la palabra en los negocios, de lo que sea de nosotros, únicamente Jehová lo sabe.

Diciendo esto echó a andar y entró en la Casa. Sólo le siguieron dentro del patio los que llevaban las acémilas cargadas y el *exea*, el resto de los hombres de armas y los viajeros acogidos a la protección del caravanero permanecieron fuera, pacientemente, esperando que éste saliese, entonces sería el momento de cobrar ellos también, o de pagar, como era el caso de los viajeros.

Una vez dentro, mientras los mozos descargaban los bultos, se dirigieron a una pequeña habitación interior; cuando llegaron a ella el guía le dijo:

—Esperad aquí, respetable y honorable *exea*, el hermano Isaac ibn Abraham estará enseguida con vos, me ha dicho que le llamase en cuanto llegarais. —Se fue sin más.

No había pasado ni un minuto cuando ya se oyeron pisadas apresuradas sobre las losas del patio. Entró un hombre de mediana edad, cabellos grises y ojos claros y vivaces. Cerró la puerta con cuidado no sin antes mirar a ambos lados por si había alguien cerca. No se anduvo con circunloquios.

—¿Sois el enviado de la princesa Zayda?

Abbu Ahmed se sorprendió y contestó con cautela:

—Soy el enviado de la Casa de Cachemira, vuestra Casa en Toledo. Me han confiado algunos bienes y los he traído fielmente. —Sacó un papel *xativí* cuidadosamente doblado—. Aquí está la lista firmada y sellada de lo confiado a mis servicios.

—Estoy al tanto, en un principio figuraban bienes de incalculable valor que justificarían un viaje a través de un país en guerra, pero bien sé que son bienes de mediana cuantía. Sé que habéis pagado, mejor dicho que la princesa ha pagado este servicio y que el valor de

lo enviado es lo de menos. —Se acercó a una caja de medianas proporciones y la abrió de ella sacó otra metálica con varios cierres. El sacó una llavecita que colgaba de su cuello y la abrió—. Dadme la lista de lo que habéis traído. —La miró cuidadosamente e hizo sus cálculos recorriendo los apretados renglones con un dedo largo y manchado de tinta—. Como todo estaba pagado —dijo—, tenéis una cantidad a vuestro favor. Lo que recibimos, aunque sea para cubrir las apariencias, no debemos tomarlo a beneficio de inventario. Jehová lo prohíbe y Él lo sabe todo. —Contó una cantidad que a Abbu Ahmed le pareció bastante apreciable, así, sin haberla contado él mismo.

—Gracias —dijo sencillamente—, no esperaba cobrar, sólo se me dijo que debía entregar la mercancía para que hasta el final todo pareciese legal.

Pero Isaac no parecía haber terminado con sus preguntas.

—¿Dónde está la princesa?

Abbu Ahmed fue tomado por sorpresa. El creía que nadie, excepto él mismo, sabía que la *sayyida* había viajado con ellos bajo la apariencia de una mujer casada con un islamita observante, el cual era en realidad su eunuco Nashi. El supuesto hijo era el travieso pero fiel Hafs.

—Eso me está vedado revelarlo —contestó el caravanero—. Lo que haga la *amirah* consigo misma no me atañe.

—¡Vamos, vamos, dejaos de jeroglíficos y decidme dónde ha quedado! Es imprescindible que entre en contacto conmigo.

—Si ella desea entrar en contacto con vos, ya lo hará; yo no sé nada —insistió Abbu Ahmed—; ahora debo irme, mis hombres estarán impacientes por cobrar. —Se levantó y marchó hacia la puerta—. *Shalom*, quedad con Dios, digo con Jehová. Nuestro negocio ha terminado, espero que a satisfacción de ambos. —Salió de la habitación y se dirigió al patio, en donde, efectivamente, sus hombres le esperaban con inquietud. Tardaba demasiado. ¿Era ello señal de que la mercancía no había llegado en buen estado? ¿Faltaba algo?—. Vámonos, todo en orden. Nos vamos enseguida a buscar una buena en donde estáis todos invitados a una sustanciosa comida, nos la merecemos. —Miró a los viajeros que habían venido con ellos—. Inclusive vosotros tres.

—Bien sabéis que una musulmana fiel no comparte habitación con otros hombres a no ser que sean de la familia —dijo el esposo.

—Buen hombre, dejad esa interpretación tan estrecha de la palabras del Profeta (alabado sea su nombre) para los almorávides, nosotros, los islámicos de Spania, no observamos esas reglas tan extremas, además hemos compartido mucho durante el viaje y no objetasteis entonces...

—Sí, pero compartíamos bajo las estrellas, el Profeta nunca dijo

no compartir la luz de las estrellas.

—Entonces, buen amigo, pediremos que nos sirvan una buena cena bajo las estrellas, al resplandor de los luceros, en el patio. ¿Os parece bien? Luego cada uno se acomodará en donde pueda, en la fonda o en una tienda, o con parientes si los tiene en esta ciudad.

Así todos cenaron opíparamente en una hermosa y bien provista fonda, cosa que les alegró sobremanera. El islámico velado pagó su transporte y el de su familia y agradeció al *exea* su hospitalidad. Luego cada uno se fue a donde quiso. Los caravaneros volverían a *Wabba* después de dos días de descanso. La hermosa ciudad de Sevilla bien merecía una visita.

—Adiós, honorable *exea*, mañana iremos a casa de los parientes de mi esposa. Hoy descansaremos en la fonda, pues ella está extenuada y quiere presentarse bien ante los suyos. Ya no nos veremos más. Que el de los Cien Hermosos Nombres os bendiga.

—Que Él os oiga, y os bendiga también —apostilló piadosamente Abbu Ahmed.

Cada uno se dirigió a su habitación. Era bien pasada la medianoche cuando unos dedos sigilosos golpearon a la puerta del honorable *exea*. La puerta se abrió inmediatamente y volvió a cerrarse sin que nadie en la *funduq* se diera cuenta de nada.

—¿Me esperabais, querido amigo? —Era la princesa Zayda, desprovista de sus negras vestiduras; con ella venía el eunuco Nashi.

—Sí, *sayyida*, os esperaba. No sabía cuándo vendríais, pero sabía que debíais hacerlo. Tengo noticias para vos y no sabía cómo dároslas.

—Tenemos mucho que hablar antes de que os vayáis. Ante todo: ¿qué noticias son ésas?

—El judío Isaac ibn Abraham sabe que habéis venido conmigo; aunque yo lo he negado creo que no se ha creído mis excusas.

—Lo sabe, buen *ad-dalil*, yo le escribí y la carta vino por medio de un propio. Estaba cifrada, así, aunque la interceptaran por el camino, no sabrían de qué se trataba, parecía una misiva de un comprador de joyas. No estaba segura de sí el emisario habría llegado antes que nosotros o no, por eso no os advertí. ¿Qué os ha dicho?

—En realidad nada, sólo que era imprescindible que entrarais en contacto con él, con esas palabras. —Luego con algo de curiosidad inquirió—: ¿Lo haréis, princesa?

Ella lo pensó un poco y luego dijo despaciosamente:

—He venido con un fin, el único que puede ayudarme es mi amigo Isaac, sin él estaría sola en esta ciudad. No puedo ir a palacio, donde todos me conocen y nadie debe saber que estoy aquí. Por otro lado he de ver a mi padre, Al-Mutamid, y a mi madre, Itimad. El comerciante judío puede arreglar la entrevista sin que nadie sospeche. Sí, iré mañana mismo. Saldré de la fonda con mi «marido» y en cuanto

pueda me vestiré de mujer corriente, de las que hay por miles en Sevilla e iré a ver a Isaac. Nashi alquilará una casa humilde en las afueras, donde nadie nos conozca, y con nuestro «hijo» pasaremos por una familia de las que hay por miles. Nadie sospechará nada.

—Haced lo que creáis, señora. ¿Os queda dinero? No es fácil obtenerlo en una ciudad que, a todos los efectos, es extraña. Hasta que veáis a vuestro padre debéis vivir.

—Nashi trae suficiente, creo —dijo la princesa.

—Nunca hay suficiente, señora, cuando la situación es tan peligrosa. Yo ya he pensado en ello. Tomad, he traído algo en previsión. —Le alargó una bolsa con monedas que parecía bien llena —. Guardadla con cuidado, hay muchos ladrones. Dejaré otro tanto al cuidado del judío para entregároslo si os hace falta, así no tendréis todo en el mismo sitio.

La princesa Zayda le miró con ojos emocionados.

—Os agradezco ese gesto, amigo, pues bien sé que es vuestro propio peculio el que tan generosamente me cedéis. Yo tengo crédito ilimitado con Isaac, no os preocupéis por mí. Lo que me habéis ofrecido os lo centuplicaré, y aun así estaré en deuda con un amigo fiel que me ofreció todo lo que tenía. Nunca nadie fue tan generoso conmigo.

»No deseo complicaros más la vida, idos como lo haría un comerciante que ha terminado su jornada y su viaje.

—¿Y cómo volveréis? —preguntó afligido el caravanero—. Os esperaré, señora, volveremos juntos, diré que sois una esclava que he comprado en el mercado y que os llevo para mi servicio o para revender.

—No está mal pensado, pero es mejor que os vayáis. Yo me cuidaré sola, quedo con Nashi y con Hafs; cuando hable con mi padre él arreglará todo para que regrese sana y salva a mis dominios, o quizá me quede aquí con los míos a arrostrar el mismo destino que ellos. ¡Cúmplase la voluntad de Alá, el Misericordioso!

Se despidieron como dos amigos, no sabían si esta despedida era para siempre.

24

La visita de Zayda a la ciudad de Sevilla y la muerte de Al-Mutamid

HACÍA ya varios días que Zayda había abandonado su ciudad de Wabba cuando llegó un correo real con un pliego para ella. Al no hallarla, de momento el correo no supo qué hacer. Por fin se enteró de que ella se había ido a Consuegra y hacia allí encaminó sus pasos, temía que si volvía sin entregar la carta incurriría en el desagrado real.

El mensaje, que nadie leyó, decía así:

De vuestro rendido amante, Alfonso:
Zayda, no puedo vivir sin vos, volved o iré a buscaros.

ADEFONSUS *Imperator*

Después de varios días de viaje, el emisario llegó hasta Consuegra, pero allí, para su sorpresa, nadie sabía nada de la princesa. Sorprendido, creyó haber entendido mal a los que en Huete le enviaron Consuegra. Por fin, el emisario, sin haber entregado la carta, desanimado y cansado, volvió sobre sus pasos e informó a Alfonso de su fracaso. Ese mismo día el rey emperador mandó recado a todos sus servicios de información, cristianos, moros y judíos, que averiguaran el paradero de la princesa Zayda, sobre todo a los *almogataces*, aquellos hombres de la frontera que servían de espías a moros o cristianos, siempre por una buena paga.

Alfonso estaba verdaderamente preocupado, una princesa no desaparecía como una mujer corriente, sin dejar rastro, y Zayda parecía haberse desvanecido sin dejar el más mínimo vestigio o indicio que pudiera llevar a hacer una conjetura sobre su paradero.

A los hombres que la habían escoltado a su salida de Wabba se les preguntó por ella, pero ellos tampoco sabían nada.

—Nos abandonó a medio camino acompañada sólo por su eunuco y el paje. No sabemos más. Nos dijo que esperásemos en Consuegra, que ella vendría cuando terminase lo que tenía que hacer. Después de eso no hemos vuelto a saber nada.

Era como si se hubiese disuelto en el aire, como la neblina cuando sale el sol.

Pero a pesar del bien trazado plan de Zayda, de momento ella no pudo ver a su padre. Muy pronto se enteró de que él no estaba en

Sevilla, se había ido a organizar la defensa de su reino en otros lugares. Mientras, los almorávides empezaron a llevar a cabo su proyecto de conquista. Empezaron por Córdoba, en donde se convocó a todos los reyes a una reunión para anunciarles que desde ese momento quedaban despojados de su poder sin excepción alguna. Los representantes del rey Adballah de Granada intentaron oponerse al enviado de Ben Tashufin, pero entonces fueron encadenados y puestos en dura prisión y a su ciudad se dirigió un gran ejército. El rey Adballah intentó resistirse, pero los granadinos prefirieron rendirse al devoto y piadoso emir de Ifriquiya y Abdallah fue tomado prisionero y enviado de modo humillante a un diminuto pueblo del norte de África, Agmat, donde lo único que pudo conservar fue la vida en una casa pequeña como una choza para resguardar cabras. No estuvo solo mucho tiempo, muy pronto empezaron a llegar al remoto lugar otros reyes destronados, que fueron alojados igualmente en chozas, cuevas o simples cobertizos. ¡Qué lejos quedaban los palacios lujosos con fuentes rumorosas y jardines con arrayanes, laureles y cipreses junto a los macizos de flores! Ni jilgueros, ni pavos reales ni aves exóticas de hermosas plumas, los únicos animales que veían eran viejos camellos y perros famélicos tendidos al sol sobre el polvo que lo inundaba todo.

Tampoco disfrutaban de poetas áulicos, ni de músicos, el único sonido amable era el gruñido de aquellos camellos que transportaban agua incansablemente de un pozo lejano hasta Agmat. Las hermosas sultanas y sus hijos se vieron obligadas a cocinar con sus manos las insípidas e indigestas tortas que eran todo lo que se podía comer en aquel lugar. Sólo en días de fiesta se podía hallar en la única tienda algún dátil o un tazón de leche de camella. Todo esto se supo en Spania y el pánico cundió entre los reyes moros de la Península; los almorávides iban apoderándose de todo, sólo quedaban el reino de Sevilla y el de Badajoz.

Habiendo terminado su conquista en las *koras* del norte, los almorávides de Ben Tashufin se dirigieron a la cuenca del Guadalquivir; en cuanto se supo que hacia allí se dirigían los *sinhaya*, se cerraron las puertas de la ciudad de Sevilla y nadie pudo entrar ni salir. Días antes una muchedumbre aterrorizada había huido llevando consigo lo que pudieron, a veces cosas inútiles en una huida desesperada, como colchones, cestos con gallinas y otras futesas. Para evitar que la ciudad se despoblase, el cadí ordenó que nadie más saliese, a menos que fuese con una autorización personal emitida por él mismo. Zayda se quedó escondida en una pequeña casa de aspecto humilde en el *ar-rabal*. Esperaba noticias de Al-Mutamid; seguro que su padre vendría, no podía abandonar la cabeza de su reino en manos de los *sinhaya*, los Portadores del Velo.

Tal y como Zayda suponía, pronto se supo que el rey, al frente de

todas las tropas que había podido reunir, se dirigía a marchas forzadas a su ciudad, Madinat Ishbiliya. Tenía que llegar antes de que lo hicieran las tropas de los *al-morabitun*, los negros africanos, los de los tambores de piel de hipopótamo. Las puertas de Sevilla se abrieron para dar paso al rey y a los refuerzos que él traía consigo para cerrarse enseguida tras ellos. El enemigo estaba al llegar, los sevillanos, llenos de miedo, creían oír cada día el eco de los malditos tambores que anunciaban *fay* y *ganima*: guerra, destrucción, botín y saqueo.

Un hombre pobremente vestido se acercó hasta la puerta del Palacio de las Barandas. Las puertas no se abrían para nadie y estaban custodiadas por la guardia personal del rey moro, eran los temidos *jurs*, los Silenciosos, a quienes se había arrancado la lengua para que no revelasen secretos de los que podían enterarse durante su vigilancia. Los eran todos escogidos por su tamaño gigantesco y su aspecto feroz. No hablaban, pero oían y se comunicaban por signos, sólo conocidos por ellos mismos y por los eunucos, pues los *jurs* a veces eran agraciados por el rey con visitas al harén de cortesía y los eunucos a cargo de estos harenes especiales debían entender su preferencias y gustos para satisfacerlos en lo posible. Para esto estaban estos amables harenes, para premiar a los héroes y dar acogida a visitantes distinguidos.

Nashi, pues era él, se acercó a la puerta en donde el Silencioso de turno le miró con cara de pocos amigos y cruzando una lanza ante él le indicó que se alejara so pena de ser ensartado. Pero Nashi no se arredró y, ante la incredulidad del Silencioso, le indicó de palabra y por señas, muy diestramente, que deseaba ver al soldado a cargo de las puertas y la defensa, quería que llamase al *al-muqaddam*. Debía verlo sin falta, dijo, tenía un mensaje para él.

El Silencioso, a pesar del aspecto exterior, casi humilde, del eunuco de Zayda, comprendió que ese hombre era alguien muy importante y que era mejor que cumpliese lo solicitado, al fin y al cabo no deseaba entrar, sólo ver al capitán, al almocadén, *al-muqaddam*. Por señas, con respeto (quién sabía quién era ese hombre así disfrazado y que tan bien hablaba el lenguaje de los signos), le hizo saber que volvería con el almocadén. Cosa que hizo a no tardar.

—*Sidi al-muqaddam* —dijo el eunuco—, tengo que hablar con Al-Mutamid, enseguida. —El capitán pensó que el hombre que así le hablaba era un pobre loco y estuvo a punto de dar media vuelta y alejarse sin contestar siquiera. Pero Nashi, que había vivido muchos años en el harén real, estaba acostumbrado a lidiar con poderosos y reyes y no se amilanó. Le atrapó del manto cuando el hombre daba media vuelta y le dijo con altivez—: No os vayáis sin escucharme, que os puede costar la cabeza. ¿Quién os asegura que no soy un espía de nuestro rey, alguno de sus *almogataces*, y que debo informarle de algo

importante? —El almocadén empezó a dudar—. ¡Vamos, sólo quiero que le enseñéis este colgante! Hacedlo enseguida, si no yo mismo pediré vuestra hermosa cabeza y ella adornará una pica esta misma tarde. —Le entregó el colgante de ámbar que Zayda había mostrado al fiel Abbu Ahmed. No valía gran cosa y el capitán no disimuló su asco al tomarlo.

—El emir no tocará siquiera esta mala imitación, pero se lo llevaré y cuando vuelva castigaré vuestra insolencia con veinte latigazos. ¡No os mováis de aquí!

Dejó a Nashi al cuidado y vigilancia de uno de *los jurs* y se adentró en palacio. A poco salió; su actitud había cambiado. Hizo tres o cuatro zalemas y se dirigió a Nashi.

—Seguidme, alto señor, brazo del poder.

—¡Dejaos de tonterías!, no soy brazo del poder, ese tratamiento sólo corresponde al eunuco mayor, llamadme *sólo fatá*. Ahora devolvedme el colgante.

—Tomad, tomad, *benigno fatá* —se lo entregó como si fuese una reliquia del Profeta—, y seguidme por este camino... —El almocadén inició su camino profiriendo alabanzas y cumplidos durante todo el rato.

No sabemos qué hablaron Al-Mutamid y Nashi, pero ese viernes, al regresar de la oración, un grupo de hombres y mujeres vitoreaban al rey a las puertas de palacio mientras gritaban:

—¡El Profeta os bendiga, padre de los pobres!

El Emir de los Creyentes se detuvo en su camino antes de entrar en cl Palacio de las Barandas. Como señal de su benevolencia él mismo lanzó a la multitud puñados de monedas, como estipula la costumbre. Los menesterosos se arrojaron al suelo en busca de los preciados feluses, todos excepto una mujer pobremente vestida y velada que se quedó de pie, quizás impresionada por la vista del magnífico emir. Parecía una viuda en necesidad y por ello llamó la atención del misericordioso rey de Sevilla.

—A esa pobre mujer que la traigan a mi presencia —pidió haciendo ademán de abandonar la entrada de palacio—; el Profeta, mil veces alabado sea su nombre, nos pide ser misericordiosos con los pobres y las viudas. Añadió con un suspiro de pesar—: Quizá nos queda poco de vida antes de enfrentarnos con el de los Noventa y Nueve Nombres, quiero hacer tanto bien como pueda.

A poco la viuda era conducida, sin muchos miramientos, a presencia de Al-Mutamid.

—¡Que nos dejen solos! —ordenó con voz seca el rey.

Los sirvientes se inclinaron y salieron de espaldas como pide la etiqueta palatina. Tan pronto como se aseguraron de que nadie los veía el rey y la joven vestida de oscuro se abrazaron como dos

personas que se aman y que no se han visto por mucho tiempo, sin pronunciar palabra alguna, apretándose el uno contra el otro. Por una portezuela disimulada entró la bella Itimad, la poetisa Rumayquiya, y silenciosamente corrió hasta ellos y se unió en el abrazo. No decían nada, en los palacios las paredes tienen oídos y a veces hasta ojos. Pero el salón en que se hallaban tenía un balcón que se asomaba al exterior, sombreado por altos arrayanes. Nadie los podía ver desde el jardín, ni oír; allí se fueron.

—¡Hija mía! ¿Que hacéis en Sevilla? Os hacía con vuestro amante prometido en Toledo o Consuegra. —Esto dijo el rey después de que se soltó del abrazo y en el balcón pudo hablar sin ser oído.

—Padre y señor, he venido a rogaros que, en esta terrible tesitura en que se hallan los reinos, tengáis a bien pedir ayuda al rey emperador. Bien sé que habéis tenido vuestras diferencias por el asunto del oro de las taifas, pero no es el momento de recordar querellas del pasado. El *imperator* es el único que puede ayudarnos a salvar el reino, si no, caerá en manos de los *al-morabitun* y sus salvajes negros y nuestra civilización bien puede desaparecer entre el piadoso run run de sus ulemas. Yo me ofrezco a hacer de intermediaria, aún creo que tengo algún poder sobre don Alfonso. Pero el tiempo apremia. ¿Qué pensáis de mi consejo?

—Llega tarde, amada hija Zayda, tarde en todos los conceptos.

Aunque Alfonso quisiera venir, ya no llegaría antes de que arribase Ben Tashufin. Mis espías me dicen que apenas está a unas jornadas de aquí y Alfonso está lejos. Además, ya se lo he pedido yo, si no ha venido es porque no ha querido o se ha visto detenido en su camino.

El mundo de Zayda se hundió. Todo el trabajo que se había tomado arriesgando su vida y la de sus fieles Nashi y Hafs había sido para nada. Abrazó a su madre.

—¿Entonces, qué haremos?

—Vos, querida Zayda, abandonar Sevilla inmediatamente, cuando aún es tiempo de hacerlo. Hoy mismo mejor que mañana. Os lo ordeno. El Misericordioso nos ha permitido veros antes de que Yusuf ben Tashufin nos coja prisioneros y nos mande cortar la cabeza con el corvo *siaf* sobre la alfombrilla del verdugo. Alá nos ha premiado permitiéndonos veros antes de que llegue Ben Tashufin. Casi todos los otros hijos que tuvimos han muerto, sólo quedan vuestras tres hermanas menores; pero es mejor que no las veáis, son demasiado pequeñas y pueden contarlo y sería vuestra perdición.

Zayda no dejaba de llorar, se daba cuenta de que estaba viendo por última vez a su madre, la exquisita poetisa Itimad, aquella que había fundado la escuela de las *almeas*.

—Tengo una sugerencia —continuó el animoso Al-Mutamid—,

salid con los mozárabes, tienen permiso para abandonar la ciudad y sé que lo harán hoy mismo. Idos enseguida, empezarán a sospechar si la visita se demora demasiado. Os daré una bolsa con algo que parezca la limosna ritual y con ella salid de palacio.

Itimad se quitó un collar que llevaba debajo de su túnica y se lo puso a Zayda.

—Llevadlo siempre, me lo dio vuestro padre el día que nos casamos. Si me toman presa me lo quitarán o, peor aún, lo romperán para llevarse cada uno un trozo. Adiós, querida hija, que seáis muy feliz y que el de los Noventa y Nueve Nombres os revele el último, como lo hace con los bienaventurados. Salvad vuestra vida, quizá seáis la única de nuestra familia que aún puede hacerlo.

Una semana más tarde Al-Mutamid e Itimad eran llevados al exilio, de donde no volverían nunca jamás. Si el rey había dicho alguna vez que era preferible ser camellero con los almorávides que porquero con los cristianos, fue peor su destino que el de un camellero, pues murió con toda su familia de abandono y hambre en un pueblo perdido de Ifriquiya, aquel llamado Agmat.

Alfonso había recibido una carta de su antaño protegido, Al-Mutamid:

Para Adefonsus, Rex Imperator:

En el nombre de Alá el Misericordioso, por el cual todo es hecho, os envío esta carta. Yusuf ben Tashufin ha tomado casi toda la Spania musulmana, sólo quedamos libres los sarracenos de Al-Andalus y no sabemos por cuánto tiempo. Al son de sus tambores ya vienen marchando como hormigas innumerables los negros de Ifriquiya. Os lo advierto, rey y hermano, la conquista no quedará aquí, cuando estas tierras sean de los almorávides, los cristianos serán los siguientes, porque sus ejércitos, acrecentados con los nuestros, serán invencibles. Venid en nuestro socorro, quizás aún estamos a tiempo de parar esta peste que nos acongoja. Os esperaré hasta el último día con las tropas que pueda reunir. ¡Hágase la voluntad de Alá!

Mi padre, Al-Mutadid, prometió al vuestro, don Femando, al que la historia llama El Magno, que los mozárabes podrían salir libremente de Sevilla si así lo deseasen en cualquier momento. En prenda de mi buena voluntad les he dado permiso para abandonar ésta a pesar de que se han cerrado las puertas para todos los demás.

Que el Profeta Jesús los guíe y que lleguen a un lugar donde puedan volver a vivir en paz, aquí ya no será posible.

Ya no podré escribir más, los caminos estarán cortados y toda la correspondencia será interceptada. Adiós, os espero con vuestros guerreros o si no en el Paraíso. Vuestro hermano, el desgraciado rey

de Sevilla. Al-Mutamid.

Alfonso ya había iniciado el camino hacia el sur cuando recibió la carta del rey moro, pero el formidable estratega que era Ben Tashufin ya había previsto esta contingencia, no le interesaba que sus tropas entrasen en confrontación directa con los cristianos, sólo entretenerlos en su camino. El emperador no debía llegar a tiempo para estorbarle en sus propósitos, ya se ocuparía de él más tarde. Así, durante todo el trayecto las huestes de Ben Tashufin se mantuvieron lejos del alcance de Alfonso, pero se dedicaron a hostigarlo continuamente, cortando puentes, produciendo incendios a su paso, e inclusive soltando de vez en cuando manadas de hipopótamos que producían el caos en el campamento de los cristianos. A lo lejos, incesantemente, batían sus ominosos tambores con la esperanza de producir terror en el ánimo de los cristianos. No se presentaron ante ellos, pero les cortaron el camino interponiéndose en la ruta más fácil y empujándoles a buscar caminos difíciles y que daban grandes rodeos.

Pero Alfonso estaba decidido a acercarse todo lo que pudiera a la ciudad de Sevilla, Madinat Ishbiliya, pues si bien era ya imposible que llegase a tiempo para salvar a la ciudad y a sus reyes, debería ir al encuentro de los mozárabes, que según le había dicho Al-Mutamid, había sido liberados y seguramente vagarían sin destino. Eran varios miles de cristianos, con impedimenta, con sus ancianos y sus niños, los que necesitaban de su ayuda. Si era el rey de las tres religiones, o al menos deseaba serlo, mucho más lo era de los cristianos; por su honor no los podía dejar desamparados. Así que a pesar de todo continuó su difícil marcha hacia el sur.

Esperaba no verse atacado en forma por las huestes de los *sinhaya'*, por unos días los moros de Ben Tashufin se dedicarían a consolidar la conquista de Sevilla y sus posesiones, pero en cuanto se vieran liberados de este afán, perseguirían a los cristianos y era seguro que en donde los encontrasen los masacrarían, y a ellos también si los hallaban. Sus cabezas seguirían el camino que habían hecho los guerreros muertos en Sagrajas; suelo para los pies de los devotos islámicos cuando se reunían para el *salat* u oración ritual. Sólo con pensarlo, el generoso Alfonso sentía que debía apresurarse, tamaña afrenta no podía repetirse.

Traía comida para una urgencia, en caso de que los cristianos no llevasen suficientes bastimentos; comida de soldados, alimentos parcos, es cierto: harina, salazón y galleta, pero era suficiente para que no muriesen de hambre. Y agua, no en demasiada cantidad, pero para dar de beber a una muchedumbre hasta que pudiesen hallar fuentes seguras. Alfonso era un guerrero y sabía planificar, los cristianos que huían eran ovejas del Señor Jesús, y llevarían poco más

que sus vidas y la ropa puesta.

Según se acercaban a Sevilla, las noticias eran más y más ominosas. Los *sinhaya* había entrado en la ciudad con la aprobación de los ulemas y la desesperación de los eruditos y el pueblo. Los reyes habían sido enviados al exilio y sus partidarios muertos por centenares.

Los servicios de espionaje y los *almogataces* del rey emperador no habían trabajado en vano, al acercarse a Sevilla, pronto le llegaron noticias de por dónde andaban sus cristianos, los mozárabes huidos de Ishbiliya.

Sabiendo por dónde avanzaban, rectificaron su rumbo para encontrarse con ellos. Sabiamente, los huidos, en su marcha, habían escogido lugares poco poblados para evitar a los señores de la guerra que buscaban botín en las villas y pueblos. Iban rumbo al norte, en busca de sus hermanos de religión, que aún estaban muy lejos, al menos eso creían. Pero para su sorpresa un día se toparon con unos exploradores que dijeron venir en su busca.

El jefe de los mozárabes era el anciano obispo, don Orbita.

—¿Y decís que nos buscabais? ¿De parte de quién?

—De parte del rey emperador, don Alfonso Fernández.

Don Orbita era muy viejo y a veces se olvidaba de las cosas, pero sin embargo recordaba sucesos de hacía mucho tiempo.

—¿Alfonso Fernández? ¿Hijo de Fernando Sánchez? ¿El Fernando al que llamaron El Magno? —Pensó un rato como en una ensoñación —. Yo lo conocí, gentil caballero y gran rey. Envió una delegación a Sevilla, en tiempo de Al-Mutadid, como no se ha visto otra desde entonces. Vinieron a llevarse las reliquias de las santas Justa y Rufina pero al fin no las hallamos y se llevaron las de san Isidoro...

Parecía que iba a continuar sus memorias pero el explorador le interrumpió casi con rudeza.

—Ya hablaremos de eso otro día, hombre santo, ahora urge que vengáis con nosotros. ¿Cuántos sois?

—No lo sé, buen amigo. Sólo los que veis aquí.

El explorador era hombre avezado y miró alrededor.

—Esperábamos más, aquí no hay mil almas.

—Cierto, capitán. El resto o no quisieron venir o no pudieron. No pocos se han ido por su cuenta a otros lugares, tenían parientes entre los sarracenos y se fueron a disimularse entre ellos. También quedaron muchos ancianos que prefirieron no abandonar sus casas y enfermos que no se sintieron con ánimo de partir.

—Bien, como sea que fuere, aquí estamos. ¿No hay rezagados?

—No, señor capitán. Pero aún no nos habéis dicho quién nos busca.

—El mismo rey Alfonso, venía para ayudar al rey de Sevilla, pero

ha llegado tarde; de todos modos se enteró de que los mozárabes habían salido de la ciudad y que vagaban sin defensa alguna. No está el tiempo como para que un grupo de cristianos vaguen sin rumbo. Pero no hablemos más, debemos irnos cuanto antes, quién sabe si Yusuf ben Tashufin ya ha mandado a buscaros. —Levantó un brazo haciendo un amplio ademán que fue comprendido por todos—. ¡Adelante!

La muchedumbre se puso en marcha. Un emisario se envió al rex *imperator* para hacerle saber que habían encontrado a los cristianos y que venían con ellos. Los cocineros empezaron a preparar algunas viandas para los emigrados, los aguadores prepararon cuencos y se levantaron tiendas. Al menos por una noche se les permitiría descansar ello haría que cuando reanudasen la marcha lo pudiesen hacer descansados y ágiles. El servicio de espionaje no había detectado ningún movimiento de persecución.

Pronto llegaron los de Sevilla al campamento de don Alfonso. Enseguida se les pidió que se organizasen por grupos no demasiado grandes, de manera que se pudiese repartir la comida y el agua sin desorden. Uno de cada grupo sería el encargado de recoger la comida y otro la bebida para su corrillo; así se hizo y pronto los atribulados mozárabes estuvieron atendidos. Agradecieron sobremanera tanto la comida como el agua pues, aunque llevaban cantimploras consigo, el temor de no hallar fuentes de aprovisionamiento les había hecho reservarla como un bien escaso.

—Bendito señor, os agradecemos que hayáis venido a salvarnos —dijo uno de ellos dirigiéndose a don Alfonso—. No sabíamos a quién recurrir, sino al Señor de nuestras oraciones.

—Pues dadle gracias al mismo Señor que ha hecho que os encontrase a tiempo —dijo amablemente el rey—, soy el rey de todos los hombres que viven en Spania y todos caen bajo mi responsabilidad, y más los cristianos que están perseguidos.

Mientras hablaba miraba a su alrededor intentando calcular la cantidad de gente y el estado de la misma, de ello dependía la velocidad de la marcha. Al día siguiente, en cuanto amaneciese, iniciarían una jornada casi sin descanso hacia el norte, hasta tierra de cristianos o tierras amigas en donde pudiesen sentirse a salvo. Quedaban muchas millas por recorrer.

Sus ojos tropezaron con una figura que se le antojó conocida, se acercó a ella con curiosidad. No podía ser quien él pensaba. ¿Pero cómo era que aquella figura le recordaba tanto a otra bien conocida? Se acercó despaciosamente y la rodeó cuidando de que los otros no se diesen cuenta de su maniobra.

Había caído la tarde y por precaución no se habían encendido hogueras, una luz pálida de color violeta claro iba haciéndose cada

vez más oscura. La gente, cansada, empezaba a dormirse, unos sobre el suelo, otros sobre sus mantos, algunos en las tiendas preparadas por los hombres del rey emperador. Nadie hablaba ya, había que aprovechar el tiempo para descansar.

Alfonso se acercó a una joven que, sentada en el suelo, con la cabeza inclinada parecía pensar en algo. Se sentó en el suelo junto a ella.

Nadie pareció extrañarse, cosas harto maravillosas les habían sucedido ese día como para sorprenderse de que el rey emperador se sentase en el suelo.

—Zayda —dijo—, ¿qué hacéis aquí, entre toda esta gente?

Ella le miró de frente. Sus hermosos ojos llenos de pena.

—He perdido a mis padres, a mi patria y quizás a vos. ¿Qué más da en dónde me halle?

—Venid conmigo, os he estado buscando por toda la tierra. Habíais desaparecido, nunca pensé que pudieseis estar en Sevilla.

Se puso de pie y le tendió la mano y ella se levantó del polvo. Sus ojos, que hacía unos instantes estaban llenos de pena, parecieron cambiar. Miró a Alfonso directamente.

—¿De verdad me buscabais?

—Sí —dijo el *rex imperator*—, os buscaba y os buscaré siempre. Y pase lo que pase, no os dejaré ir jamás.

25

El sueño de Constanza. Berta de Borgoña

DESDE que Zayda y Alfonso se encontraron en tierras de Al-Andalus, ya nunca volvieron a separarse, ni siquiera cuando las otras hijas de Alfonso casaron también con nobles de Borgoña.

—No —dijo con resolución el rey cuando los borgoñones sugirieron la conveniencia de alejar a la *sayyida*, cuando se acercaron las celebraciones por la boda de sus otras dos hijas—, no, ya la alejé una vez, cuando casó mi hija Urraca, y nunca me he arrepentido bastante. Lo hice para daros satisfacción por ser parientes de mi esposa Constanza, pero en realidad no era necesario. Todo el mundo sabe que la amo y que aunque se vaya varios días nunca la alejaré de mí, así que basta de hipocresías. He cumplido en todo con mi esposa, y si ella no se queja, mucho menos lo deben hacer personas interpuestas.

Así que las dos bodas, tanto de Elvira como de Teresa, las hijas habidas de la bienamada Jimena Núñez, se celebraron con solemnidad y Zayda no se fue a ninguna parte, al contrario, los invitados la vieron cómo alguien de la familia real que se movía entre ellos como uno más.

Las dos hermanas casaron con parientes de Constanza, su madrastra, y ambos novios eran a su vez primos entre sí. Teresa desposó a Enrique de Borgoña, que era nieto de Roberto de Borgoña. Elvira casó con Raimundo IV de Tolosa, hijo de Pons de Tolosa y de Almodís de la Marca, condes ambos de Tolosa. Esta vez no hubo que pedir dispensa papal, pues las jóvenes no eran en modo alguno parientes de los maridos, ya que ellas no eran hijas de Constanza, sino de Jimena Núñez, la primera concubina de Alfonso. A Teresa y Enrique se les dieron como dote, en la modalidad de /«re *hereditario*, los territorios de Miño, Beira y Tras Os Montes.

Estas bodas fueron la última fiesta a la que acudió Constanza. No menos de cinco abortos habían minado su salud, y aunque no era una vieja casi lo parecía. Sus ojos claros tenían una expresión como adormecida, su piel pálida se trocó terrosa, el pelo rubio se hizo opaco y perdió sus ondas naturales para tomarse en guedejas lacias. La vida se escapaba a raudales de entre sus dedos. Gustaba la reina de sentarse bajo la sombra de los árboles y oír el trino de los pajarillos, era lo único que parecía animarla, eso y la compañía de Zayda.

Como cuando estaba embarazada de Urraca, Constanza pedía a Zayda que se sentase junto a ella y que le tomase de la mano, como un niño asido a la mano de su madre, así descansaba y hasta dormía

largos períodos la *regina emperatrice*.

Alfonso acudía siempre que sus deberes se lo permitían a visitar a su esposa y la entretenía relatándole sucesos de las batallas con los almorávides y los problemas del reino. Constanza tal vez no oía la exposición, pero el run run de las palabras de Alfonso tenía un efecto adormecedor y tranquilizante, al fin ella se adormilaba sosegada oyendo la voz que tanto amaba. Y es que quizás había vuelto a una piadosa infancia en donde la voz que amamos es todo lo que necesitamos para ser felices y estar tranquilos. Es como oír la voz de Dios en un entorno conocido, y entonces nada puede ir mal, todo es felicidad y sosiego y el universo es apacible.

Un día se supo que la *regina* estaba de nuevo embarazada; la corte se preocupó y se alegró a partes iguales. Una vez más la reina tuvo esperanzas de alumbrar, esta vez sí, a un heredero varón.

—¡Si naciese un varón, Zayda, cuánto se iba a alegrar el rey! —decía, apretando la mano de Zayda, y ella al verla tan animada la alentaba. Tiempo habría para consolarla, ahora era imperativo levantar su espíritu.

—Dios querrá que sea así, señora. El reino lo vería con buenos ojos, aunque —añadía cautelosa— no debéis olvidar que Urraca puede llenar ese puesto, más ahora que ya tiene esposo de buena edad y acreditado valor. El reino lo aceptará como rey aunque ella sea la verdadera portadora de la realeza. Ya no importa si nace o no varón, aunque bien puede ser que éste venga.

—Sí, sí, es cierto... pero un varón... —En su corazón, Constanza sentía que había fallado a su marido y a su pariente, el difunto Papa, que la había casado con Alfonso para que ella le diese un heredero, no una heredera, que herederas ya había tenido dos antes de que ella llegara: Teresa y Elvira. Es cierto que Urraca era hija legítima, pero también es cierto que Teresa hubiese podido ser igualmente legitimada por el proyectado matrimonio de su madre, Jimena Núñez, con Alfonso. Todo esto se revolvía en el corazón de la borgoñona y, por más que rezaba para verse libre de este dédalo de dudas, no lograba liberarse de esa pesadumbre ni ver qué ventaja había proporcionado a Alfonso su matrimonio con ella. Ni tan siquiera la había amado.

Llegó el día del parto y todo pareció normal; cuando empezaron los dolores la partera real acudió con sus pócimas y sus sahumerios. Los sacerdotes corrieron a la capilla de palacio para implorar al Altísimo que esta vez se dignara traer al mundo un heredero varón, un hombre que en el futuro fuese capaz de regir con mano firme el extenso y bravo reino de su padre. Un hombre capaz de enfrentarse a los *al-morabitun*, a los Portadores del Velo, los feroces *sinhaya* llegados de África por culpa de nuestros pecados. Todavía estaba en la

memoria de los hombres el terrible recuerdo de Almanzor, el Azote de Dios, que había hecho collares para sus eunucos con las campanas de bronce de las iglesias cristianas. Estos eran más peligrosos.

Durante el parto Zayda se sentó junto a Constanza dándole ánimos. En su corazón sintió envidia de la reina, al fin y al cabo era una mujer dando a luz, que era más de lo que ella podía decir. La *sayyida* Zayda hubiese también deseado engendrar un hijo de Alfonso, inclusive una hija, pero Alá se lo había negado y ella se había hecho a la idea de que nunca tendría hijos.

—Ánimo, Constanza —en momentos de intimidad le apeaba el tratamiento, como si fuese una hermana—, ánimo, ya está casi aquí.

El niño nació, safio vivo y lloró con fuerza.

—¿Qué es? —preguntó la madre, cansada por el esfuerzo.

—¡Qué iba a ser, señora! ¡Un hermoso varón!

Al oír esas palabras, todo fue felicidad para la *regina emperatrice*. ¡Por fin había cumplido su papel, su vida había tenido un propósito! Todo cambiaría para ella y para Alfonso. Estaba cansada pero la felicidad le impedía dormir, no obstante cerró los ojos.

—La reina ha muerto —dijo con pesar la vieja partera—•, y el niño también, aunque —añadió dudosa— no creo que eso importe mucho, era una niña enclenque y no habría sobrevivido.

Zayda se levantó de su asiento y acarició la cara de la reina, como si fuese la de una niña dormida.

—Que el Profeta os lleve al Paraíso y os dispense de todo dolor para toda la eternidad, querida hermana Constanza, y que todos vuestros hijos muertos os esperen con música a vuestra llegada. —Luego le cerró los ojos y tapó su cara con su propio manto—. Yo misma iré a decírselo al rey.

El rey, que nunca se había emocionado por nada de Constanza, al saber la triste nueva volvió la cara a otro lado para que Zayda no viese una lágrima surcar su curtida mejilla. Los hombres no lloran y menos por una mujer, y una mujer no amada. Pero la fiel borgoñona le había amado en silencio, sin reproches, sin pedirle nada a cambio, e inclusive había hecho algo inusitado: había amado a la que él amaba. Nunca encontraría otra mujer como doña Constanza de Borgoña. Decretó que se celebrasen misas por el alma de la *regina emperatrice* en todo su reino y que durante tres días nadie comiese carne. Que se cerrasen todas las puertas y ventanas y se pregonase su muerte en todas las plazas del reino. No podía hacer más.

La noticia de la nueva viudedad del rey se extendió por todo el reino. La gente lamentó que la reina hubiese muerto.

—Fue una buena mujer —comentaron—, jamás se oyó nada de ella, excepto que era muy piadosa.

Así como en la Península corrió la voz de la muerte de la *regina*,

también se supo mucho más lejos, a poco llegó una carta del nuevo Papa, Eudes de Lagery, que se hacía llamar Urbano II, tío de Berta de Lombardia.

Del Sumo Pontífice Urbano II a Alfonso, rex imperator en Spania. Salud y gracia.

A Nos ha llegado noticia de la muerte de Constanza, hija fiel de la Iglesia y reina emperatriz de vuestras tierras. Ha sido la voluntad de Dios, ante la cual deben doblegarse todas las demás, que vuestra esposa haya ido al encuentro del Creador; rezamos por ella para que pronto deje el triste Purgatorio y entre en el Cielo con los ángeles, santos, serafines y querubines de la Corte Celestial. Ella fue un alma buena y quizá ya ha purificado sus faltas en esta vida *[¿era ésta acaso una disimulada reconvención a la vida escandalosa de Alfonso?]*. Según nuestro trato y la promesa que me hicisteis cuando se necesitó de dispensa papal para casar a vuestra hija Urraca con su tío Raimundo, ha llegado el momento de casaros con mi sobrina Berta, la cual está esperando en un convento no lejos de los Pirineos.

Bien sé que se ha de guardar un período de luto, pero en cuanto éste expire enviaré a la dama con mi bendición y un legado papal que la acompañe hasta allí, el cual, en representación mía, os dará las bendiciones a que haya lugar.

Espero que Dios quiera daros un hijo varón con esta señora virtuosa.

Aunque creo innecesaria la advertencia, no tengáis ideas de matrimoniar a la sarracena con la que tenéis amores, una infiel nunca sería aceptada por el Pueblo de Dios y la excomunión sería inmediata.

Recibid las bendiciones de vuestro padre en el Señor.

EUDES DE LAGERY, Urbano II ante el Señor

No se había aún extinguido el llanto por la buena Constanza cuando se recibió una nueva misiva del Santo Padre. Hechas las invocaciones y salutaciones de rigor, entraba enseguida en materia.

... es bien cierto que hay que observar un período de luto, pero eso, ante los intereses del reino, es más bien protocolario. Si fuera una reina viuda, habría que esperar al menos nueve meses, no fuera a darse caso de que ella estuviese esperando un hijo de su difunto marido y entonces habría dudas en cuanto a la paternidad del neonato, pero siendo como sois el rey, y el reino en grave necesidad de heredero varón y que no sois vos tampoco joven, como no lo es la casta y virtuosa esposa que os destino, os conmino a que celebréis el connubio tan pronto como llegue a Burgos doña Berta. Sólo espero, a

vuelta de correo, que me deis vuestra aquiescencia, para enviaros a mi sobrina. Recibid las bendiciones de vuestro nuevo tío, en el Señor.

EUDES DE LAGERY

Ante la inminencia de la llegada de Berta de Lombardia, don Alfonso no tuvo otro remedio que afrontar la situación; con la misiva en la mano se dirigió al Palacio Alficén, en donde Zayda tenía su morada. Tras la muerte de Constanza ambos habían estado de acuerdo en pasar una temporada en Toledo. Siguiendo la costumbre de cuando aún vivía la reina Constanza, cada uno se alojaba en un palacio, aunque sabemos que ambos se comunicaban por el parque.

La *sayyida* estaba leyendo en la habitación de las columnas grises. Era una estancia peculiar, toda ella estucada de blanco perlado formando complicados dibujos geométricos sobre un fondo rojo oscuro como el granate; el arquitecto había tenido la idea de adornar la habitación alrededor de las paredes con una doble fila de columnas grises como las perlas del océano índico, que son las únicas que tienen ese extraño y hermoso color. El insólito contraste prestaba a la habitación una atmósfera rara mezcla de sensualidad y severidad. Una tarima forrada de seda carmesí y con abundancia de cojines de colores variados, en que todos jugaban con el rojo y el gris en distintas gamas, era el único mobiliario, si no contamos con una mesita baja en la que de vez en cuando una sirvienta dejaba alguna golosina o refresco. Los libros de Zayda yacían por la tarima y por el suelo, como si su dueña no se decidiese por cuál leer al fin. Un vago perfume mezcla de nardos y jazmín llenaba la estancia.

La *amirah* oyó los pasos que tan bien conocía y se incorporó; no le esperaba, aunque en cualquier momento podía aparecer si tenía algo que contarle o simplemente porque quería compañía.

—Dios os guarde, señora —saludó Alfonso.

Ella se extrañó, no solía ser tan formal, pero al fin y al cabo era una salutación normal y no dijo nada. Él le tendió la carta.

—No —negó la princesa mora, sin alargar su mano para tomarla —, supongo que es importante si me la dais a leer; decidme vos si me atañe y si no qué importancia tiene.

—Tenéis razón, en parte os atañe, princesa, viene de Roma y me anuncia que en breves días llegará mi nueva esposa. En todo caso estoy amenazado de excomunión si se me ocurre casar con vos antes de que llegue.

—¿Una nueva esposa? ¿Tan pronto?

La sorpresa de Zayda era auténtica. Ya había considerado que seguramente Alfonso habría de contraer matrimonio por ver si aún podía dar al reino un heredero varón. Ella había decidido no

recordarle la promesa que hacía años le hiciese a su padre de desposarla cuando la virtuosa Inés de Aquitania muriese, si ésa era la voluntad del que todo lo puede. Murió Inés, y no la desposó, vino Jimena Núñez y tuvo tiempo de darle dos hijas, luego llegó Constanza de Borgoña en 1081, y llegó ella también a la corte del rey emperador. Hacía de todo más de veinte años. Ahora la fiel borgoñona había muerto. Hacía casi veinte años que Zayda se consideraba la prometida del rey Alfonso. Pero ahora sabía que nunca lo desposaría, habían convivido muchos años y no habían tenido descendencia, seguramente era estéril y por voluntad de Alá jamás engendraría ningún hijo. ¿Cómo casarse con un hombre que necesitaba un hijo, que lo deseaba sobre todas las cosas?

No, sin duda ella no era la esposa que necesitaba Alfonso, al fin y al cabo él no era estéril, en pocos años tuvo dos hijas con Jimena, y Constanza concibió hasta seis veces, ¿o fueron siete? Ella, en cambio, la más adorada, nunca engendró un hijo.

—¿Una nueva esposa? ¿Tan pronto? —A pesar de esperar la noticia, un dolor le atravesó el corazón.

Él asintió con la cabeza.

—Es pariente de Eudes de Lagery, el nuevo Papa; se me impuso este casamiento como condición para otorgar una bula de dispensa para el matrimonio de Urraca con su tío Raimundo. Necesitaba que Urraca se casase con un hombre hecho y derecho, capaz de defender el reino y su heredad. —Parecía disculparse.

—¿Sabéis algo de ella? —A despecho de su pena tenía curiosidad por saber cómo era su rival. ¿Acaso joven, hermosa, rubia, morena?

Alfonso asintió:

—Algo sé, pero poco. No os hará sombra, debe de ser mayor, estuvo casada con el emperador del Sacro Imperio, Enrique IV, él la repudió, aunque no se hizo pública la razón.

—¿El emperador germánico? —se extrañó Zayda—, ya debe de ser un hombre muy mayor... Entonces ella también...

—Enrique nació hacia 1050, si mi memoria no me engaña; tendrá unos cuarenta y tres años, yo nací unos diez años antes...

—Ah, pero vos, mi señor, sois hermoso y vuestro cuerpo es el de un joven.

—No tanto, Zayda, vos sí que sois joven para mí. En fin, que tampoco ahora puedo desposaros, aunque en mi corazón sois mi única esposa. Debo casar con Berta de Benevento y Lombardia, ya veis...

—Y yo, mío señor, ¿qué he de hacer?

—¿Vos? Nada, quedaros conmigo, para siempre.

—¿Y si la emperatriz se disgusta? ¿Y si se opone?

—Pues entonces la mandaremos de vuelta con su pariente y que regrese al convento de donde viene. Es mi última palabra. —Se

arrodilló junto a Zayda sobre la tarima carmesí—. Vos sois mi única esposa verdadera.

Poco tiempo pasó cuando ya se hizo público que el rey había decidido casarse de nuevo, un heredero era necesario para el reino y no era cosa de guardar lutos protocolarios. La esposa, una dama escogida por el mismo Sumo Pontífice, venía de camino hacia Spania. Se hicieron los preparativos para la ceremonia en que el rey recibiría a su nueva consorte y en el mismo acto el enviado papal bendeciría a los contrayentes deseándoles larga vida de felicidad y muchos hijos. El rey le entregaría regalos como es costumbre y al día siguiente le daría en una bandeja el precio de su virginidad: el *matutinale donum*. Ella, seguramente, también traería algún regalo para su esposo.

Llegó la esperada señora cuando aún hacía frío en Burgos, se la recibió con todos los honores debidos a la futura *regina emperatrice*\ ella era modesta y recatada. No era difícil ver qué había pasado gran parte de su vida en un convento. El emperador del Sacro Imperio la había repudiado en 1069. ¿Cuántos años habría tenido entonces? ¿Cuántos tendría ahora? Había abandonado las tocas por ropajes regios que vestía con incomodidad. El pelo lo llevaba recogido dentro de un rodete y éste cubierto por telas y adornos. No era fea, pero tampoco hermosa. Tenía dignidad y eso era todo.

Cuando llegó, su prometido se apeó del caballo para besar el halda de su traje, en señal de respeto y de galantería. Ella se sofocó como si tuviese doce años, los circunstantes se sintieron de inmediato al lado de esta dama que a pesar de sus años se ruborizaba como una niña. Seguramente tendría buen corazón.

Los grandes del reino estaban invitados, aunque muchos no pudieron venir de sus distantes condados o mandaciones por estar muy alejados y no habérseles convocado con la debida antelación. El rey emperador se disculpó como pudo.

—No supe que venía hasta que su tío, el Papa, me hizo saber que doña Berta estaba de camino.

Llegó el cortejo con la novia y después de las cortesías de rigor, sin más esperar, se dirigieron todos a la iglesia, adornada apresuradamente con flores y cirios; allí se entonó un *Te Deum*, el comisionado papal bendijo el matrimonio de ambos, les deseó felices años de convivencia y muchos hijos y así terminó la ceremonia. En palacio se invitaría a los nobles a una solemne comida de celebración y en la plaza pública el rey invitaba al pueblo a *condumio*, esto es, que todo lo que se comiese y bebiese corría por cuenta de él. Había gran expectación en la calle, no todos los días había invitación real y fiesta; los pequeños y *meskinos*, los hombres llanos, celebraron el nuevo matrimonio de su señor como si hubiesen olvidado ya a la reina

Constanza, y a lo mejor la habían olvidado. Comida y bebida a placer, por todo lo alto. Cerdos asados, novillos en espeto, pan de todas clases, bollos dulces y salados, vino a raudales. ¿Qué más se podía pedir? Adiós, Constanza; bienvenida, Berta.

Por la noche los invitados de palacio acompañaron al nuevo matrimonio con música y cánticos hasta la real alcoba, los sacerdotes y chantres entonaron sus salmodias y asperjaron el lecho con agua bendita, unas doncellas arrojaron pétalos sobre el tálamo y al fin la fiesta terminó en palacio y cada uno se retiró a sus habitaciones.

Alfonso se retiró un rato para dejar que las damas de doña Berta la vistiesen para la noche; cuando juzgó que ya estaba acostada y que las dueñas y azafatas se habrían retirado, volvió a su alcoba, mejor dicho a la alcoba que de ahora en adelante compartiría con Berta. Había hecho tapiar la que compartiera con Constanza, así que esa habitación de palacio también a él le era extraña.

Se sentó en el borde de la cama. Le hizo una pregunta que hacía tiempo deseaba hacerle, más que nada por curiosidad.

—¿Señora, sois virgen?

Ella le miró como si le hubiese preguntado por la salvación de su alma, con horror, pero al fin se decidió a contestar; lo hizo con voz muy tenue, avergonzada.

—Sí, mi señor.

—¿Entonces vuestro matrimonio con Enrique...?

—Nos casamos de muy niños, pero antes de que me entregaran a él el Papa lo excomulgó y mi matrimonio, entonces, no tenía validez; él me repudió, o le obligaron a repudiarme. Ni siquiera nos vimos.

El rey emperador se sintió triste por su nueva desposada, era un extraño sentimiento. Quizá debería alegrarse de que su esposa fuese intacta, pero todo lo que se le ocurrió fue sentir pena por la adolescente abandonada y desdeñada. Veinticinco años en un convento y ahora casada seguramente sin ser preguntada siquiera. Nunca conocería el amor, él no la amaba ni la amaría, y era demasiado tarde para que ella conociese a otro. Decidió que haría lo posible para que al menos fuese feliz como reina. Apagó la candela que alumbraba la estancia y entró en la cama. En la plaza todavía cantaban los aldeanos.

Zayda no se había desplazado a Burgos, y aunque a todos los efectos siempre se contaba con ella como miembro de la familia real, la *amirah* no creyó conveniente asistir a la boda de su prometido. Se quedó en el Palacio, *al-Hizam*, Alficén, en donde tantas horas felices había pasado. Parte de su vida había transcurrido en la morada que hiciera construir el califa Abd al-Rahman III para donarlo a una hermosa hurí y ahora Alfonso se lo había otorgado como su vivienda

permanente. Todo allí invitaba a la vida muelle y a la sensualidad. Zayda quedó a la espera de la vuelta del rey emperador. No sabía si su espera sería larga o corta. ¿Y si quedaba prendado de la nueva esposa? En el hermoso balcón que sobrevolaba el Tajo, a la sombra de los castaños Zayda bordaba, de vez en cuando, un paño con hilo de oro y pequeñísimas perlas que algún artesano habilidoso había perforado de manera qué se pudiera pasar un hilo sutil a través de ellas.

Pasó un mes sin que Alfonso apareciese de nuevo por Toledo. Zayda empezó a sentirse mal, no mal del espíritu sino mal del cuerpo. Dormía mal, se levantaba mareada y dejó de comer, una invencible repugnancia por los alimentos no ayudaba a que ella ingiriese nada. Le parecía tener fiebre y al fin dejó de acudir al mirador sobre el Tajo por miedo a tener un desfallecimiento y caer en el abismo. Cayó en una lasitud como nunca antes había sentido y temerosa de que la enfermedad pudiese con ella deseó poder llamar a la yerbera Abir, por ver si ella tenía alguna idea de cuál podía ser su mal; a ella misma no se le ocurría qué maladía podía ser ésta que le hacía tener círculos violáceos debajo de los ojos y sentir un enorme vacío dentro de sí.

Había días en que en sentía casi bien, pero otros apenas si reunía fuerza para levantarse de la cama. Repentinamente supo cuál era su mal: estaba embarazada. El mundo entero pareció cambiar de color y súbitamente se sintió bien y capaz de todo. Sin demora se sentó en su *scriptorio* y garabateó el siguiente mensaje:

Desde Toledo, de la amirah Zayda para Adefonsus, rex imperatur.

Os escribo en el nombre de Alá, el Misericordioso, por quien se hacen todas las cosas, y también en nombre del Señor Jesús, el Todopoderoso de los cristianos. Salud y gracia.

Sépades que en el período de vuestra ausencia he llegado a conocer que hemos sido bendecidos por el Señor de todas las cosas y que estoy esperando un hijo vuestro. Quiera el que todo lo puede que sea varón, por el bien del reino.

No os apresuréis en volver, yo estoy bien y la felicidad me desborda. Os ama.

ZAYDA

Se hallaba Alfonso en Burgos ocupado en discutir con el conde Pedro Ansúrez sobre algunos problemas surgidos en el repoblamiento de Cuéllar, cuando llegó el propio de Zayda. Él había pensado escribirle ese mismo día contándole las razones de su retraso, así que al saber que había un mensaje de ella supuso que Zayda le preguntaba cómo le iba con su nueva esposa y si consideraba la idea de llevársela a Toledo, que al fin y al cabo era la perla del reino.

—Dadle albricias al mensajero y que coma en la cocina. Esta

tarde, después de yantar yo mismo, le veré para que me cuente las nuevas y me entregue la misiva de la princesa. —El sirviente que había traído la noticia de la llegada del correo cargó el peso del cuerpo en un pie y luego en otro, como si se sintiese incómodo. Don Alfonso lo miró comprendiendo que el hombre no se atrevía a contradecirlo—. ¿Pasa algo? —preguntó, empezando a preocuparse.

—Nada, mío señor, sólo que el mensajero de la *sayyida* ha dicho que era urgente.

—Entonces no demoraremos, traedlo a mi presencia.

A poco entraba en la habitación alguien a quien Alfonso conocía bien: el eunuco de Zayda, Nashi.

—¡Pero cómo, el *fatá* Nashi! ¿Vos como mensajero? ¿Acaso le ha sucedido algo a la princesa?

Nashi se inclinó profundamente y habló con mesura y en voz baja.

—Don Alfonso, traigo buenas nuevas para vos...

—¿Buenas? —le interrumpió el rey—, deben ser muy buenas para que vengáis vos, el *fatá* en persona de parte de la princesa.

—Así es, *sidi*. La princesa os envía una carta con la noticia, pero en consideración a mis muchos años de servicio, me ha autorizado a que os lo diga de palabra. La princesa espera un hijo de vos.

Le alargó la misiva, que Alfonso tomó casi sin saber qué hacía. Se le abrió el cielo. Ahora vendría el esperado heredero, y sería hijo de Zayda. De momento no se acordaba de que acababa de desposar a Berta de Lombardia.

26

Una carta bermellona. El bautizo de Zayda

TAN PRONTO como Alfonso se enteró de la noticia, decidió escribir al Papa una misiva haciéndole partícipe de las buenas nuevas; quiso enviarle una carta que se distinguiese de todas las demás, una de aquellas que sólo se escribían en ocasiones muy determinadas: una carta bermellona. Ella hablaría por sí sola de la riqueza de su tierra, de la importancia de su cancillería y de la trascendencia de la noticia.

Para obtener el pergamino había que teñir la piel de una cabritilla nonata con cochinilla de la más cara, hasta que tomase un hermosísimo tono rojo ardiente. Luego se pulía con piedra de ágata hasta que se hacía fina como la piel de una doncella. Se volvía a teñir, a secar y a curtir. Luego, por procedimientos parecidos a los del alquimista, se oscurecía el color hasta que semejase el de la sangre. Se recortaba el pergamino así obtenido al tamaño deseado y se doblaba en quaterniones; hecho esto se procedía a decorar los márgenes con finos dibujos, al gusto del escribiente o artista, con oro rojo que apenas brillaba sobre el fondo bermejo. Por último se escribía el texto con oro amarillo que destacaba fieramente del fondo rojo oscuro. Una carta bermellona era en sí misma una joya. Lo normal era que el recipiendario la guardase para enseñarla a sus descendientes o que se archivase en el archivo de palacio, pues generalmente se escribían para los reyes en algunas ocasiones señaladas.

Desde Toledo, de Adefonsus rex imperator in Spania a Su Santidad el Papa, Eudes de Lagery, Urbano II, tío de Berta de Lombardia y Benevento, la *regina emperatrice*, mi esposa. Salud y gracia.

Siguiendo nuestro pacto, y en obediencia a la Santa Madre Iglesia que vos representáis, contraje matrimonio con vuestra sobrina Berta de Lombardia, también conocida por otros como Berta de Borgoña.

De la *regina* no tengo queja, Santo Padre mío, ella, como yo, se humilló a vuestras órdenes y vino a casarse con un desconocido. De vos, Eudes de Lagery, sí tengo queja. Me enviasteis a vuestra sobrina sabiendo con largueza que ella ya no está en edad de procrear, enterado como estabais de que el reino necesitaba sobre todas las cosas un heredero que ella nunca podría proporcionar. Puedo levantar un escándalo monumental en la cristiandad, podría repudiar a vuestra sobrina Berta, y sería ya la segunda vez para ella, si hiciese público el motivo de tal repudio: haber sido engañado por vos, Eudes de Lagery, en cuanto a las dotes de la desposada.

Considero que por respeto a la emperatriz y por respeto a la Iglesia puedo pasar por alto este engaño, a cambio de algo.

Os hago saber con gran alborozo que mi prometida, la princesa Zayda, ha concebido un hijo que nacerá a finales de este mismo año. Desearé legitimar al príncipe, por ser de *prole regis*, y nombrarle mi heredero con la aquiescencia de la Iglesia. Conservaré a la regina *emperatrice* con todo honor a mi lado, pues ella no se merece otra cosa, pero en caso de que ella —Dios no lo quiera— falleciese, entonces deseo haceros saber que desposaré a Zayda, que desde hace unos de veinte años es mi prometida y a quien amo y deseo honrar como reina madre.

Para vuestra obra predilecta, el convento de Cluny, de quien fuisteis abad, enviaré una limosna sustanciosa para que se puedan continuar las obras emprendidas para su engrandecimiento.

Espera vuestra bendición y parabienes, vuestro fiel hijo y ahora pariente

ADEFONSUS *Imperator*

El Papa recibió la carta bermellona de manos de un embajador, no de un simple mensajero o de un propio. El representante del emperador, como era privativo de su categoría, pidió audiencia para comunicar nuevas de su señor a Su Santidad. Como hacía poco tiempo que el Papa había enviado a Berta y el matrimonio apenas si había tenido tiempo de consumarse, el hombre de Dios se extrañó de la petición. ¿Acaso Berta no había llenado las expectaciones del rey? ¿Se habría ella negado a consumar el matrimonio? ¿Devolvería la novia por alguna razón? El Papa sabía de algunas, pero prefería no pensar en ellas.

—Decidle al embajador de don Alfonso que en tres días lo recibiré, con el boato que merece el representante de tal señor.

Y así, tres días más tarde, el enviado del rey emperador entraba con paso firme a la presencia del Santo Padre. Era este embajador un hombre de una edad aproximada a la de Alfonso, habiendo cruzado la frontera de los cincuenta, se hallaba lejos de los sesenta. El embajador cumplimentó protocolariamente al Sumo Pontífice, besó su anillo y su sandalia y luego, con toda solemnidad, le entregó la carta que portaba para él. Eudes de Lagery recibió la bolsa de seda carmesí cerrada con seda y lacrada con un bulón de oro. La admiró, la sopesó y luego, gravemente, la abrió. Leyó su contenido sin mover un músculo.

—¿Sabéis lo que contiene esta carta? —preguntó mirando a los ojos al emisario.

—No, Santidad, se me entregó y se me pidió que viera, personalmente, que la leíais; hecho esto, mi misión ha terminado.

Ahora he de volver; decidme si he de llevar algún mensaje para mi señor.

—Enviaré otra carta más adelante con los términos de mi contestación; por ahora decidle al emperador que le envío mis bendiciones y que me alegra su alegría. Decidle que le envío parabienes. ¿Os acordaréis?

—¡Cómo no, Santo Padre! Le enviáis bendiciones y parabienes.

Poco tiempo pasó cuando ya el Papa Urbano II escribía una carta de respuesta formal a su sobrino Alfonso.

... agradezco que conservéis con todo honor a vuestro lado a la piadosa Berta, la *regina emperatrice*. Si Dios os ha bendecido con un hijo en la mora Zayda, no somos nadie para cuestionarnos los designios del Altísimo, quizás estaba escrito desde toda la eternidad que un hijo de la princesa fuese el heredero del trono en esa tierra antigua y honorable. Estaréis de acuerdo en que, si por un milagro, recordad el de santa Ana, Berta llegase a concebir un hijo, entonces el hijo de Berta tendría preeminencia sobre el hijo de Zayda.

Dios no permita que mi sobrina fallezca, pues aunque no es joven, aún puede vivir años de tranquilidad y honesta felicidad a vuestro lado; pero si ello sucediera, entonces, y sólo entonces, autorizaría el matrimonio con Zayda, siempre y cuando ella se convirtiese a la verdadera fe; no podemos tener en el trono de Spania a una sarracena. Comprendedlo. Doy por descontado que vuestro hijo, si es varón, será cristiano, como corresponde al hijo de un rey bautizado.

El hijo que esperáis puede ser legitimado y declarado apto para reinar, si vos os comprometéis a guardar a Berta y sus derechos como os he dicho, y como vos mismo habíais propuesto.

Recibid mi bendición y mis parabienes. Cluny, enterado de la noticia, reza todos los días por vos y porque el hijo esperado sea varón.

En el Señor, os recuerda en sus oraciones

EUDES DE LAGERY, Urbano II

Entre unas cartas y otras, el embarazo de Zayda avanzaba y la felicidad de la princesa también. Siempre se había sentido disminuida ante otras mujeres que eran madres de varios hijos, porque aunque fuesen pobres le parecía que ellas tenían algo que ella, la princesa más hermosa, más cultivada y más amada, no tenía: hijos. Nunca le importó no estar casada con Alfonso, ella le amaba y él a ella, pero creía oír en los nobles murmullos a su paso... ahí va la sarracena estéril, la concubina inútil. ¿Qué hará para embrujar de tal modo a

don Alfonso? Otras mujeres le dieron al menos hijas, pero ésta, con la que convive y a la que no abandona, es estéril, yerma e infecunda.

Ahora le parecía ver cómo la gente la contemplaba con admiración, aunque no fuese así; de hecho las murmuraciones eran ahora más copiosas que nunca. «Ahí va la mora, al fin ha conseguido colocar a un sarraceno en el trono de Spania... si resulta ser varón el hijo que trae.» Eso pensaba más de uno. Pero otros muchos rezaban para que el hijo del rey fuese —¡al fin!— el varón que venían esperando desde que Alfonso había casado con la ya casi olvidada Inés de Aquitania. Es cierto que el hijo no era primogénito de matrimonio velado, pero eso qué importaba, era de *prole regís* y el Papa podía legitimarlo y declararlo apto para reinar. Seguramente lo haría en vista de que era el único varón nacido.

Por su parte la *sayyida* pensaba en su hijo, él sería el heredero de todos los reinos de su padre, sería también rey emperador, un gran soberano, su nombre entraría en la genealogía de los monarcas y se acordarían de él generaciones venideras. Deseaba para él, como todas las madres, lo mejor.

Después de unos meses de casados el rey manifestó a Berta la conveniencia de ir a vivir en Toledo, lugar desde el que él gobernaba sus reinos.

—Debemos irnos a Toledo, señora, es la ciudad más grande de todas en las que reino y además tiene más de la mitad de la población musulmana, hay que estar allí para vigilar de cerca a los islamitas, prometí tratarlos justamente y debo velar por ellos.

—¿Por los moros? —se extrañó la reina Berta—, ¿pero no son el enemigo? En todo caso entiendo que habría que exterminarlos.

—Si los exterminamos, ¿quién poblaría tan rica y excelente ciudad?

—Los cristianos, alteza, naturalmente.

Alfonso meneó la cabeza, todos los extranjeros pensaban igual: al moro, exterminación. No comprendían que eran de esta tierra y que era mejor conservarlos e intentar convertirlos a la verdadera fe. Si eran bien tratados en las ciudades conquistadas, quizá no se resistieran tanto y aceptaran el yugo cristiano como yugo suave y aceptable. Pero Alfonso no quería dar grandes explicaciones a la *regina*.

—Con cristianos... ¡No sabéis lo que decís, señora! No tenemos tantos hombres como para llenar una ciudad como ésa. El problema de los cristianos es, precisamente, la falta de hombres, en cambio los moros tienen legiones innumerables que pasan el estrecho y reemplazan a los caídos en las guerras. Nunca se acaban. Pero cuando en la guerra mueren los cristianos dejan un hueco que tarda generaciones en llenarse, y a veces nunca lo hace. En fin, señora, nos

iremos a Toledo, os gustará, nunca habréis visto nada igual.

Doña Berta había vivido muchos años en un convento, bien que sin profesar como religiosa, ¿quizás esperando una ocasión de matrimoniar de acuerdo a su alcurnia?, pero a pesar de ello no ignoraba todo lo que pasaba en el mundo, y más desde que llegó y se convirtió en la *regina emperatrice*. Mucha gente le había hablado de la mora Zayda y de que ella estaba esperando un hijo del monarca, su esposo.

Se decidió a preguntar por la situación de ambas.

—¿Viviremos en palacio con la princesa Zayda?

Alfonso la miró sorprendido. Había pensado más de una vez que debería aclarar la situación de Zayda y del hijo que esperaba, pero ahora, al oír la voz clara de Berta, que preguntaba con sencillez sobre el asunto, se sintió sin palabras. Esperó un momento a fin de reunir las palabras adecuadas y el valor suficiente para pronunciarlas sin herirla demasiado.

—No, alteza, nosotros viviremos en el palacio que fue de mi amigo Al-Mamun, y Zayda seguirá viviendo, como lo ha hecho todos estos años, en el Palacio Alficén. Cuando nazca el niño vivirán allí hasta que el niño tenga cinco años, que es cuando debe empezar su entrenamiento como caballero; entonces vivirá en palacio conmigo... y con vos. No temáis, no tendréis que compartir mesa y mantel con ella si no lo deseáis.

—El niño... ¿cuándo nacerá?

—Antes de que vos y yo cumplamos un año de casados.

—No falta tanto entonces.. Decidme, señor, ¿cuándo nos casamos sabíais ya que la mora estaba preñada de vos?

—Os quiero ser sincero, alteza. No sabía nada. Tampoco Zayda lo sabía.

—¿Os habríais casado conmigo si lo hubierais sabido?

El rey la miró largamente. Conocía esa mirada en las mujeres, no en balde era un fino conocedor de ellas.

—Señora, si hubiese sabido que esperaba un hijo de Zayda, me habría casado con ella, necesito un heredero, quizá sea éste mi último hijo.

La reina bajó la cabeza pensativa; ella, pensó, no podía dárselo. —Entonces, ¿cuál es mi sitio en la corte?

—Vuestro lugar es el de mi esposa, la reina emperatriz de Spania, seréis siempre honrada como la reina; Zayda es mi prometida.

—Quizá deseéis repudiarme...

—No, señora, ya he escrito a Urbano II sobre ese aspecto. No os repudiaré, os habéis casado de buena fe y sois una buena mujer. Sea lo que Dios quiera.

Ella no quiso saber más, con lo oído tenía bastante. Si antes ya

amaba a Alfonso, ahora su amor subió de punto y decidió algo en su corazón.

Los reyes se fueron a Toledo y la vida se reanudó. Los almorávides seguían presionando en toda la tierra y el rey de Badajoz, Al-Mutawakkil, vio que su autoridad peligraba; su reino era de los últimos que quedaban por conquistar y Yusuf ben Tashufin no tardaría en tornar sus ojos hacia él, así que se dirigió al único que podía ayudarlo: el odiado Alfonso. Le escribió una larga misiva.

... Ben Tashufin no tardará en dirigirse a Badajoz al frente de sus sinhaya, al son de sus atambores, con sus negros senegaleses y sus manadas de terroríficos elefantes e hipopótamos, y aunque nos defendamos hasta el último hombre, es muy posible que Badajoz caiga en sus manos como lo han hecho las otras perlas del collar del Islam en Spania... Luego caerán los cristianos, ¿o acaso habéis pensado que parará al llegar al limes con vosotros? Unámonos y veamos de vencerlo, si aún estamos a tiempo. En prenda de mi buena voluntad os cedo desde hoy las plazas de Santarem, Lisboa y Cintra...

La oferta convino al rey y de inmediato encargó la custodia de sus nuevos lugares al conde Raimundo de Borgoña, el marido de la infanta Urraca. Era bueno que fuese fogueándose en la guerra y en la administración de plazas moras, acaso el hijo de Zayda no llegase a nacer; y, hoy por hoy, Raimundo era el rey venidero como consorte en nombre de Urraca, la legítima heredera. Ella cumpliría muy pronto catorce años y los cónyuges ya convivían como marido y mujer; era bueno que ella también entrase en contacto con los musulmanes. Ambos partieron hacia Santarem.

En Valencia, el Cid, Rodrigo Díaz, había humillado a los almorávides, e Ibn Chahaf, su caudillo, se vio obligado a pactar con él. A los ojos de los buenos musulmanes la humillación había sido intolerable y Yusuf ben Tashufin, desde África, envió como refuerzo un gran ejército de hombres, animales, armas y víveres que desembarcó con la intención de dirigirse a Valencia y recobrar lo capturado por el castellano. La situación era amenazadora y peligrosa tanto más cuanto que los de Badajoz, al saber que su rey había pactado con Alfonso, se levantaron contra Al-Mutawakkil y solicitaron del cadí de Sevilla, Sir ben Abu Bakr, que los tomase bajo su protección. Mutawakkil fue tomado prisionero y muerto antes de que su aliado pudiese hacer nada por su vida. La mayor parte de la Península estaba en manos de Ben Tashufin y sus almorávides, sólo quedaba libre el Levante.

El gran ejército almorávide enviado por Ben Tashufin se dirigía a Valencia, y sus tambores atronaban la tierra. Rodrigo Díaz, se vio

obligado a pedir auxilio al rey; éste, que conocía bien al castellano, supo que la situación era desesperada, pues si no don Rodrigo no le habría pedido ayuda. Apresuradamente se despidió de Berta y luego de Zayda. Esta tenía algo que decirle.

—Si os vais, Alfonso, quiera el Todopoderoso que volváis, pero antes os quiero notificar algo.

—¿Sí? —Él tenía prisa y, aunque no deseaba abandonarla pues su hora estaba cerca, comprendía que cada minuto urgía y no podía detenerse a escucharla.

—Sólo una palabra, señor, nuestro hijo será rey de cristianos y debe nacer de mujer bautizada; en vuestra ausencia me haré bautizar con el nombre de Isabel.

Alfonso se arrodilló y besó el halda del vestido de Zayda.

—Bendita seas, mujer. —Se levantó y con paso ligero se fue. Sidi Rodrigo Díaz de Vivar estaba esperando.

Al día siguiente una nueva cristiana nacía de las aguas del bautismo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

27

La decisión de Berta.

LA GLORIA de doña Isabel, la *regina emperatrice*

Aunque don Alfonso apretó la marcha para llegar a tiempo de salvar la situación de Rodrigo Díaz, más aún apretaron los almorávides a Rodrigo, de modo que, colocado en la tesitura de escoger entre esperar a los refuerzos y acaso morir en la espera atacado por los de Ben Tashufin, escogió la otra opción, acometer sin esperar a don Alfonso y los suyos. Usando el sistema de *tomafuye* engañó una y otra vez a los almorávides; los senegaleses, creyendo que tras un ataque Rodrigo y los suyos habían huido, cabalgaron frenéticamente en su persecución, y entonces los supuestos fugados aparecieron tras ellos, y cogidos por delante y por la retaguardia por las fuerzas de *sidi* Rodrigo Díaz de Vivar los *sinhaya* perecieron por miles; otros, ganados por el pánico, huyeron deshaciendo la formación y pisoteando a los suyos en la atroz huida. Los animales reservados para sembrar el pánico entre los cristianos se soltaron de sus cuerdas y cadenas y otros se escaparon de sus jaulas aterrados ante el fragor de la batalla y los gritos espantosos de los combatientes; hipopótamos y elefantes comenzaron a correr sin rumbo fijo; así contribuyeron a sobrecoger a los últimos refuerzos de los almorávides, los que aún no habían entrado en combate. *Sidi* Rodrigo consiguió una victoria memorable. La batalla de Cuarte fue la primera gran batalla ganada por los cristianos ante la que parecía una fuerza imparable de los *sinhaya*. Los de *sidi* Rodrigo echaron pie tierra y rezaron dando gracias a Dios y al apóstol Santiago por su triunfo. En toda la tierra de los islamitas reinó un gran desconcierto y un gran pesar.

El gran estratega que era don Alfonso decidió aprovechar al vuelo el momento, y aunque no había estado presente en la batalla de Cuarte, se dirigió a la comarca de Granada, devastando la zona de Guadix; pero su suerte no fue como la del Campeador, al fin fue vencido por Sir ben Abu Bakr y hubo de regresar a Toledo sin una victoria definitiva. También Lisboa se perdía de las manos de Raimundo de Borgoña. No había victoria definitiva en ninguna de las dos partes: ni los cristianos se daban por vencidos ni mucho menos los almorávides.

En sus campañas estaba cuando una noticia aciaga llegó de Toledo. La *regina emperatrice* había muerto.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó aún conmocionado por la nefasta noticia—. La dejé buena y sana.

—No sé más de lo que dice la carta, mío señor. La reina se cayó

desde una almena de la más alta torre.

—¿Y qué hacía la reina en una torre? —Se lo preguntaba más para sí mismo que al mensajero.

El hombre movió la cabeza de un lado hacia otro.

—Quién sabe lo que piensan los otros, alteza. La emperatriz había tomado la costumbre de subir por las tardes a la torre del homenaje y mirar a la distancia, con la vista perdida quién sabe dónde. Acaso soñaba y en su sueño se cayó al vacío.

—Será eso —dijo el rey—, quizá tenía una fantasía, un sueño. —Pero lo dijo por no disgustar al pobre hombre que le había traído el mensaje. Había transitado a través de un territorio muy peligroso por traerle la noticia y no era cosa de entrar en discusiones con él.

Tenía que volver a enseguida. Sin duda habrían preparado el cuerpo de Berta para que no se corrompiese antes de que él llegase, pero aun así corría prisa. Levantaron el campo y salieron rumbo a Toledo sin perder un instante.

Todo era luto y llanto en el Palacio de Al-Mamun. En la capilla habilitada al efecto se velaba el cuerpo de la desdichada emperatriz. Sobre un catafalco todo revestido de blanco, el color del duelo, yacía la reina vestida y enjoyada como el día de su boda. Parecía más joven y desvalida, su piel era pálida y cerúlea, sus manos blancas y afiladas estaban cruzadas sobre su pecho. La habitación estaba llena de monjes, sacerdotes y chantres que entonaban sus oraciones y salmodias, cuatro grandes hachones ardían pesadamente desprendiendo una fina columna de humo negro y cientos de cirios llenaban todo el espacio que sobraba. Un olor a humo y a cera lo inundaba todo. El aire era caliente y pesado.

—Señor obispo, pedid a todos que salgan, quiero quedar a solas con ella un rato. —Eso pidió Alfonso cuando llegó a la capilla en donde piadosamente se velaba a la emperatriz.

Sin decir nada los religiosos salieron bendiciendo a don Alfonso según salían. Cuando la habitación quedó vacía vio que en un rincón estaba Zayda, vestida de blanco. Él la llamó a sí con la mano.

—¿Qué sucedió, Zayda?

La *sayyida* le miró con ojos tristes.

—Os amaba demasiado, mío señor. El amor da vida pero también trae muerte.

—¿Por qué decís eso, princesa?

—Nadie lo dice, pero yo creo que se dejó caer desde la más alta torre.

El rey era buen cristiano y se horrorizó.

—No digáis eso, entonces su alma inmortal no irá al cielo y no podrá descansar con los bienaventurados.

Zayda movió la cabeza.

—No creo que sea así, alteza. El que Ama Infinitamente comprenderá el dolor de amar sin ser correspondido. Más bien creo que la esperará con amor y la consolará de su pena, como se consuela a un niño pequeño que ha perdido a su madre, la tomará de la mano y la conducirá para siempre por los eternos jardines del Edén.

Alfonso se dirigió a la yacente figura y la besó en la frente. Quizá pensó que Zayda tenía razón, ni Enrique, el emperador del Sacro Imperio, ni él mismo habían amado a esa mujer, Dios le debía una compensación.

El día del nacimiento del hijo de Zayda se aproximaba y Alfonso se decidió a actuar con toda prisa. Ahora era posible que su hijo fuese de origen legítimo si él se casaba con Zayda antes de que llegase el infante. Se celebraron con gran fausto y esplendor las honras fúnebres por la difunta emperatriz y el emperador escribió una carta al tío de la difunta, el papa Urbano II.

Desde Toledo, de Adefonsus Imperator a Su Santidad Urbano II, en el mundo Eudes de Lagery. Salud y gracia.

Sépades que las noticias que os tengo que dar son funestas, la emperatriz ha fallecido impensadamente. En mi ausencia, por un fatal accidente dejó su vida en el Palacio de Toledo; por ello siento gran pesar, pues había pensado vivir con ella el tiempo que Dios me concediera en esta tierra, pero visto que el Que Todo lo Puede se la ha llevado, me siento en libertad para matrimoniar a Zayda, la madre de mi próximo hijo (¡Dios quiera que sea varón!).

No guardaré el luto de rigor, pues deseo que el niño nazca dentro de matrimonio, y ya hemos hablado de esta posibilidad anteriormente cuando vos mismo me presionasteis para que matrimoniase a Berta cuando aún no había terminado el luto por Constanza. Espero, no obstante, vuestra bendición apostólica para mi matrimonio puesto que Zayda ya está bautizada y se casará como los cristianos con el nombre de Isabel.

Queda en el Señor vuestro hijo fidelísimo:

ALFONSO

Urbano II recibió esta carta y la leyó despaciosamente. Hacía días que el recuerdo de Berta le atormentaba. La noticia ya le había llegado. Quizá, pensaba, no debió llevársela del monasterio en donde estaba recluida. Allí había encontrado una especie de pálida aceptación de su destino, una vida tranquila y sosegada entregada a la oración y la meditación. Él había sido su tutor y siempre quiso para ella la vida que se merecía por sus virtudes y por su alcurnia. El

primer matrimonio fue fallido y luego, aunque se la ofreció en matrimonio a varios reyes, éstos la rechazaron, pues era bien sabido que Enrique de Alemania la había repudiado, aunque ella era completamente inocente. Ni siquiera había llegado a conocer a su primer marido. Pero cuando Eudes se vio en el camino seguro del Papado había pensado en resarcir a Berta de una vida de privaciones y humillaciones y decidió hacer lo posible por casarla con el rey emperador de Spania, si un emperador la había rechazado, otro la aceptaría, y así había sido. Ahora estaba muerta. Él sospechaba que Berta, que no había conocido varón, se había enamorado de Alfonso con una pasión como sólo se puede conocer en el ocaso de la vida. También llegó a conocer la existencia de Zayda y que ésta esperaba un hijo del rey y que este hijo sería el rey. Zayda sería siempre, con boda o sin boda, la reina madre. Eudes de Lagery se fue a su capilla particular para rezar por el alma de su sobrina, el Señor la perdonaría si es que había cometido el pecado que él creía; ella fue siempre un alma buena. Quizá, pensó Urbano II, sería pertinente que rezase por su propia alma, él la había casado sin consultarle, ella no había tenido ambiciones, él sí.

A toda prisa se envió recado a León de que se preparase la catedral para la boda del emperador con la princesa Zayda; ellos, los contrayentes, irían más despacio en atención al estado de la *sayyida*.

Cuando llegaron al palacio de León apenas si tuvieron tiempo de descansar y de vestirse para la ceremonia; el pueblo, entusiasmado, les esperaba desde hacía horas. Salieron de palacio y se dirigieron andando a la catedral, no estaba lejos y merecía la pena dejarse ver por los habitantes. Gente venida de todas partes, de los pueblos, las villas y las ciudades de los alrededores, además de los campesinos, se amontonaba en las calles y ventanas para verlos pasar, al fin y al cabo no era todos los días que se veía a un rey emperador y a una princesa casarse. Les llamaban por sus nombres, algunos les arrojaban flores.

A la puerta de la iglesia, acomodados en las escalinatas, se hallaban los sacerdotes, dentro esperaba ya la nobleza en apretadas filas de poder y riqueza. No cabía un alfiler. Los de dentro oyen el estruendo y el griterío y coligen que los reyes se acercan; en estos momentos sus puestos privilegiados no les permiten ver nada. Los de fuera, en cambio, se sacian de espectáculo. Antes de que los reyes entren, el obispo les aspergía repetidas veces con agua bendita y los niños que estaban en un rincón les entonan unos cánticos de bienvenida y bienaventuranza; Alfonso y Zayda esperan pacientemente a que acaben los parabienes.

En el atrio están situados en primer lugar los diáconos y presbíteros, ellos visten sus hermosas capas listadas con rayas rojas y negras sobre una urdimbre de hilos de oro fino. Otros llevan casullas

de carmesí y plata incrustadas de perlas y cabujones de piedras preciosas. Los de más allá lucen mantos bordados con el *agnus dei* y cruces en altorrelieve. Por fin entran en la iglesia, un rumor recorre las filas de los nobles, que se ponen en pie en señal de respeto y también para ver mejor, los hombres admiran la apostura del rey emperador, las señoras se fijan en los vestidos de los reyes y hacen los comentarios de rigor. El rey viste sencillamente, como lo haría para estar por casa: una túnica semicorta, verde oscura con una ancha franja bordada al borde; por debajo se muestran las bragas largas del mismo color, los pies calzados con tafilete color del gamo del que provienen. No lleva espada por respeto al lugar sagrado, sólo lleva al cinto una daga que brilla con las piedras incrustadas en su vaina. Sólo ella vale un reino. En la mano derecha lleva un guante de color escarlata y con esa misma mano sostiene el de la izquierda; ésta la lleva desnuda asiendo con fuerza la mano de Zayda. Un bonete asimismo escarlata tachonado de pequeñas estrellas de plata, y una hermosa pluma blanca, completa el atuendo. Al entrar en la iglesia se destoca en señal de respeto al Rey de Reyes ante cuya presencia ninguna potestad puede cubrirse.

Zayda lleva tres trajes, uno encima de otro, cada uno algo más corto que el anterior, de modo que se pueda ver algo de cada uno. El más interior es casi amarillo, por encima otro más fino aún es color anaranjado, como el sol cuando se pone en el mar, el exterior va todo bordado de modo que casi no deja ver la trama, que es roja como el amanecer en las dunas del desierto. Sobre su cabeza y cayendo por encima de la ropa, lleva un manto de color azul, ¿o es verde? No hay manera de decidirse, verde o azul, como las plumas del pavo real que son a la vez verdes y azules. Ella luce hermosísima, pero no es el traje el que la adorna, es la felicidad.

Por fin ha llegado su hora. La hora de la gloria de Zayda, por la que ha esperado toda la vida desde que apenas era una niña hasta hoy, que ha pasado de los treinta. Ya no será la prometida, ni la concubina del rey, será su esposa y la *regina emperatrice*. Dios le ha compensado de todas sus penas y humillaciones, y además está esperando un hijo que es la esperanza de Alfonso y de toda Spania.

La iglesia ha sacado sus tesoros para la ocasión y luce sus mejores cortinas, *alhagaras pelleas*, que se corren y se descorren con la ayuda de pequeñas y efectivas poleas, así se cubre y descubre cada parte del templo según las necesidades de la liturgia. Son de distintos colores y tan finas que se puede ver a través de ellas. Algunas son regalos de potentados o reyes, así que su riqueza es indescriptible, sólo se lucen en ocasiones muy solemnes, como la de hoy.

El altar principal está cubierto de un mantel *grecisco*, es decir, de damasco confeccionado en tierras bizantinas, y sobre él se han

colocado ciriales de oro macizo y además multitud de pequeñas cruces olovítreas que en su interior contienen reliquias de santos venerados; en el centro hay un crucifijo grande que está adornado con piedras preciosas sin tallar. Los vasos litúrgicos son de cristal, cosa de gran lujo por su rareza, de plata y de oro, todos ricamente trabajados por orfebres primorosos. El altar mayor está incrustado de trozos de cristal de colores y marfil y hueso formando figuras regulares que se repiten como en un espejo. En un gran analogio de plata maciza, reposa pesadamente el libro litúrgico escogido para la ocasión: es un volumen de gran tamaño que lleva el nombre de *Super evangeliario*. Del techo, y sobre el altar, cuelgan coronas de distintos tamaños de las que penden pequeñas cadenillas de oro puro. Todo es como un sueño este día en León. Es un día especial, el emperador ha encarecido que todo el lujo posible salga a relucir para su boda con Zayda, hoy ya doña Isabel, pues ha sido previamente bautizada.

Se han preparado dos tronos para los reyes emperadores; éstos los ocupan, los chantres entonan un *Te Deum* y luego el *Veni Creator*, el incienso lo inunda todo mientras las voces invocan al Paráclito Consolador, el Espíritu Santo. El obispo los bendice, les desea larga vida y muchos hijos; eso es todo, la ceremonia ha terminado. Ahora los clérigos, en señal de júbilo y regocijo, les esperan a la salida con sus instrumentos musicales y entonan epitalamios. La reina emperatriz está cansada, pero con una sonrisa espera a que terminen antes de iniciar el regreso de la mano del rey.

Previsoramente, Alfonso había pedido que un carruaje les esperara en la puerta; subieron a él y en medio de vítores y aclamaciones volvieron a su palacio.

Esa misma noche la *regina* doña Isabel se puso de parto.

Ella esperó su hora con gran alegría. Pronto vería al hijo de Alfonso, a su hijo, al que le traería con todo merecimiento la corona de reina madre y el galardón más preciado: el de ser madre. La partera real se hizo presente, pero ella la rechazó gentilmente, sabía que a ella no le haría falta, lo presentía. La buena mujer no se alejó y se quedó fuera esperando por si sus servicios fuesen necesarios al prosperar el parto. Traía hierbas para el dolor y para las hemorragias, e inclusive otras para amortajar a la reina —¡Dios no lo quisiese!— si moría en el alumbramiento.

Pero Zayda, la *regina emperatrice* Isabel, sabía que todo iba a ir bien. Tantos años esperando ese feliz acontecimiento, y ahora que por fin el que Todo lo Puede les había concedido el hijo que el reino necesitaba, no iba a morir. Doña Constanza parió en su vida unas ocho veces; y ella en realidad murió por agotamiento de su misma naturaleza; además ya era mayor. La madre de Zayda, Itimad, también había parido muchas veces y nunca tuvo ni siquiera fiebre. Ella viviría

para ver a su hijo crecer y quizá reinar. Alfonso era mucho mayor que ella, era posible que, como su padre, Al-Mutamid, predijo, llegase a ser tutora de su hijo y gobernar en su minoridad; se convertiría entonces en la *sayyida kubra*. En toda Spania se hablaría de ella, le dejaría a su hijo un país en paz y prosperidad.

Mientras el parto prosperaba, Alfonso estaba a su lado, no soltó en todo el tiempo la mano de la sudorosa Zayda y le habló quedamente.

—Ya queda poco, Zayda, ya se ve la cabeza del niño.

Ella cerró los ojos, estaba cansada pero aún tenía fuerzas, un último esfuerzo y tendría al pequeño consigo, sería su momento de gloria.

—Ya está aquí. —Oyó la voz de la partera, ¿no se había quedado fuera? Quizás había entrado a coger al pequeño para lavarlo. Ahora no importaba.

—Dejadme verlo —dijo con voz firme. Se lo pusieron en los brazos, era un hermoso varón, rubio y fuerte, el rey que necesitaba Spania. Ella lo tomó en sus brazos y lo besó—. ¿No es perfecto? —preguntó, y antes de oír la contestación del emperador, su corazón se paró, ladeo su hermosa cabeza aun sonriendo y se fue a la eternidad. Alfonso no podía creer lo que estaba viendo. En un solo día se había casado, tenido un hijo y perdido a la mujer que amaba. La partera, gentilmente, lo separó de la emperatriz. Puso su cabeza sobre su pecho escuchando por si aún latía ese corazón.

—Idos, señor, la reina ha muerto, no se puede hacer nada. Algunas veces pasa así. Os llamaré cuando la haya lavado y vestido.

Alfonso cogió al infante en brazos, se sentía desolado, el niño era lo único que le quedaba de Zayda. Salió del dormitorio real del palacio de León, no lo había estrenado con Isabel, la *regina emperatrice*.

Ese día, el 13 de septiembre, jueves de 1093, fue el día más feliz y más glorioso en la vida de la mora Zayda.

notes

Notas a pie de página

[1] Ver nuestro libro *Reinas medievales españolas*. Aldebarán. Madrid. 2000.

[2] Para facilidad del seguimiento de la historia, usaremos el calendario gregoriano, aunque no se introdujo hasta el siglo XVI. Usar el calendario romano, que era el vigente, o el árabe, haría difícil seguir la acción de la novela.

[3] Llamábase *castellana* al servicio obligatorio de reparación y servicio de los castillos de la línea de la frontera o lugares potencialmente fronterizos.

[4] La expresión «hayyi» antes del nombre propio de un islámico significaba que éste había cumplido con la obligación de peregrinar a La Meca o a otra ciudad santa. Se anteponía al nombre como signo de respeto.

[5] Toda vez que el mizcal, o dinar, o metical, era una moneda de oro fino de cuatro gramos, la deuda del moro era de cuarenta kilos de oro. Casi cien libras del tiempo. Unos dos quintales.